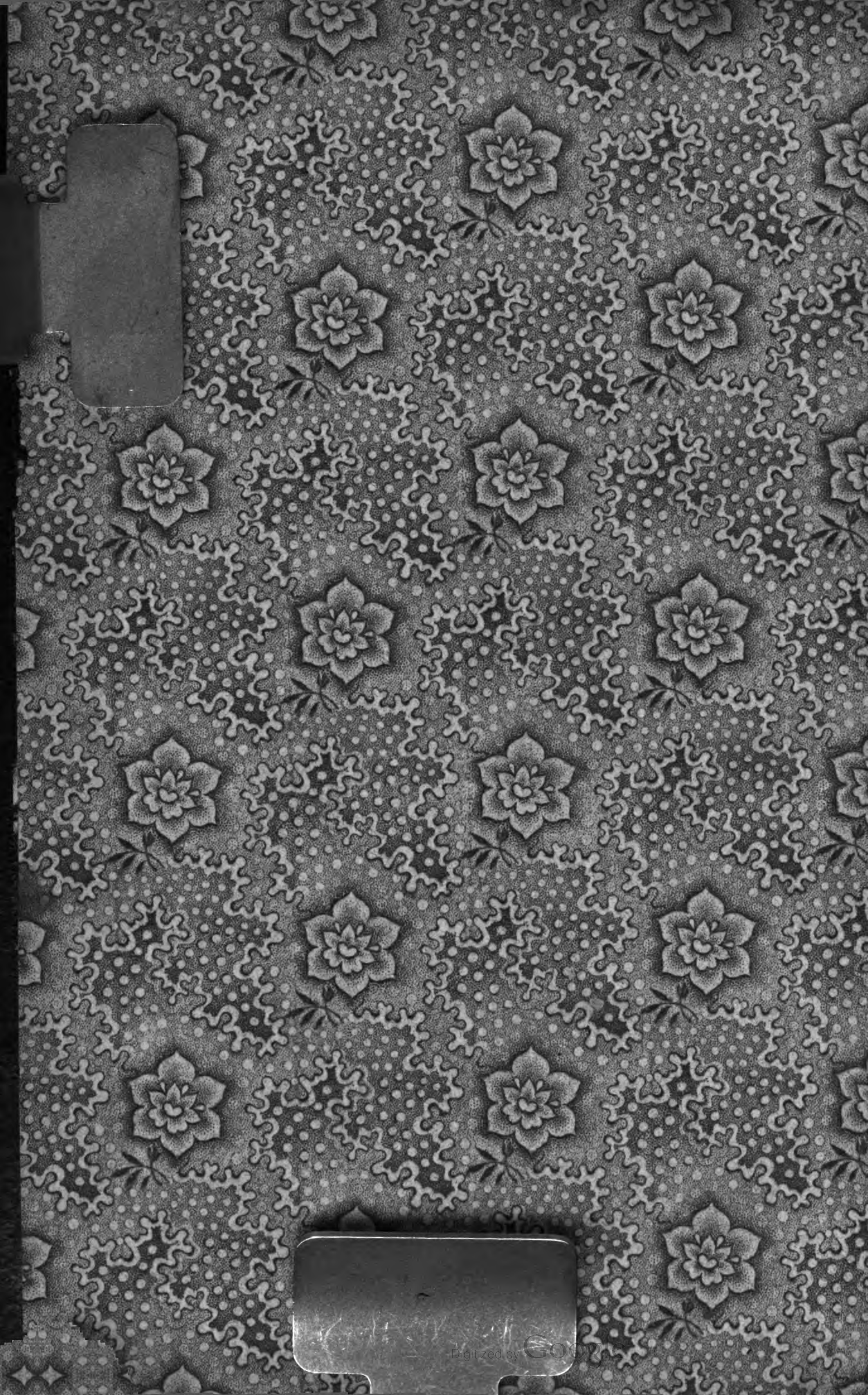
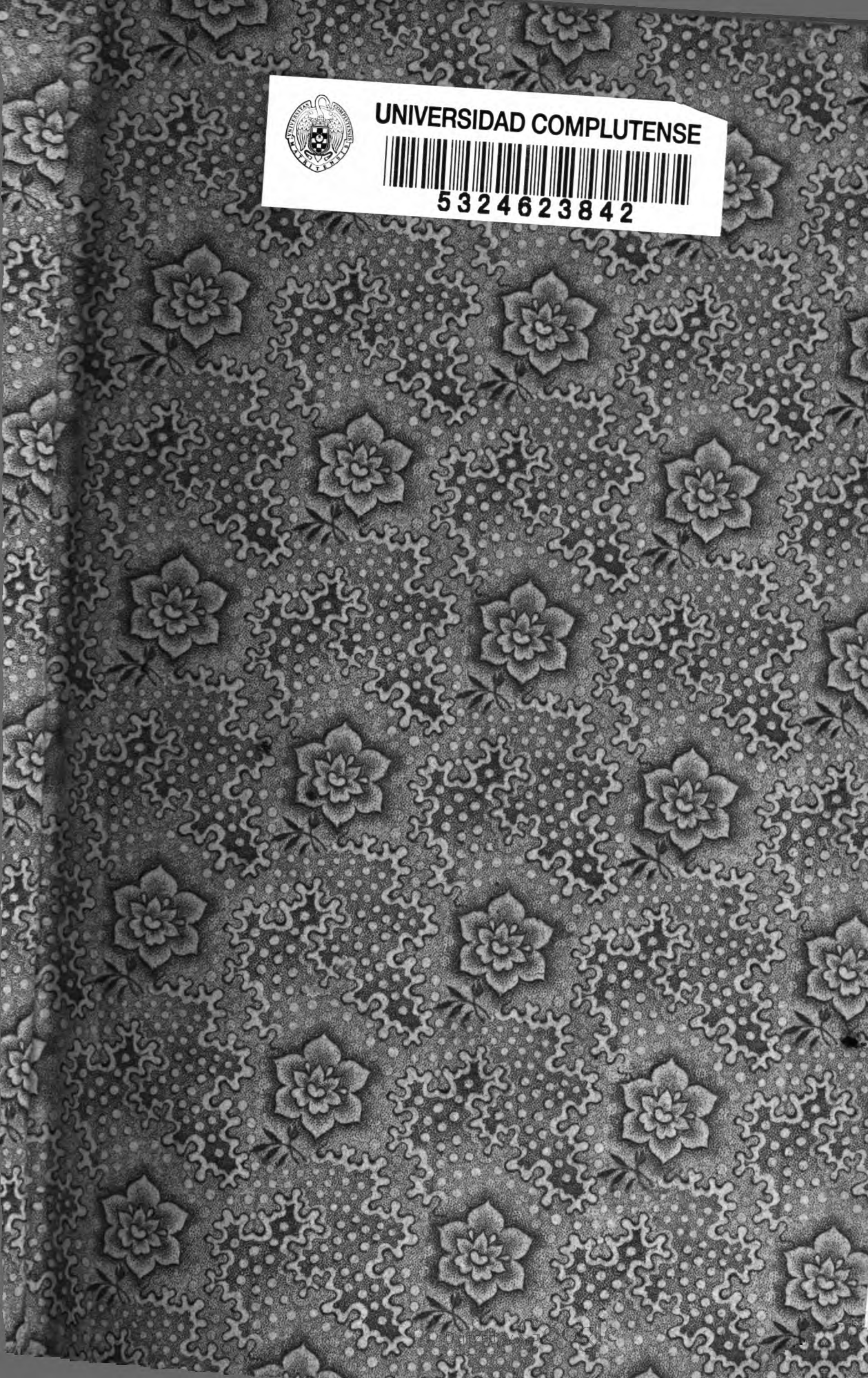





UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5324623842

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

AGOSTO.

Varios Prelados de España han concedido 2480 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO;

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,

de la misma Compañía:

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. FR. PEDRO CENTENO Y FR. JUAN DE ROJAS,

DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,

ESMERADAMENTE CORREGIDA Y NUEVAMENTE ADICIONADA
CON EL **MARTÍROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS RECIEN APROBADOS,
HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA Y UN ÍNDICE ALFABÉTICO
DE LOS NOMBRES DE TODOS LOS SANTOS QUE PUEDEN
IMPONERSE Á LOS BAUTIZANDOS.

AGOSTO.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,

calle den Robador, núm. 24 y 26.

1863.

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

AGOSTO.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

La dedicacion de san Pedro ad Vincula, en Roma en el monte Esquilino. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de los santos siete hermanos Macabeos, martirizados con su madre en tiempo del rey Antíoco Epifanes en Antioquía. Sus reliquias trasladadas á Roma fueron depositadas en la misma iglesia de San Pedro ad Vincula. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de las santas vírgenes Fe, Esperanza y Caridad, que en tiempo del emperador Adriano alcanzaron la corona del martirio en Roma. *(Santa Sofía, su madre, por devocion á las tres virtudes teologales, les dió los nombres con que son conocidas).*

Los santos mártires Bono, presbítero, Fausto, Mauro y otros nueve, en Roma tambien en la via Latina, de los cuales se hace memoria en las Actas del papa san Estéban.

Los santos mártires Cirilo, Aquila, Pedro, Domiciano, Rufo y Menandro, todos coronados en un mismo dia, en Filadelfia de Arabia.

Los santos mártires Leoncio, Atcio, Alejandro y otros seis labradores, en Perga en Panfilia, que en la persecucion de Diocleciano fueron degollados por mandato del presidente Flaviano.

El martirio de san Felío, mártir, en Gerona en España; al cual, despues de haber sido atormentado de varias maneras, le mandó Daciano azotar hasta que dió á Jesucristo su alma invencible. *(Véase su vida en las del dia* 13 *de este mes).*

San Eusebio, obispo y mártir, en Verceli; al cual por haber confesado la fe católica desterró el emperador Constancio á Scitópoli y despues á Capadocia: vuelto á su iglesia fue martirizado por los Arrianos que lo perseguian. Celébrase su memoria con la mayor solemnidad el dia 15 de diciembre en que fue consagrado obispo. *(Véase su vida en dicho dia).*



San Justino, mártir, en el territorio de París. *(Su cuerpo fue enterrado en Louvres, pueblo cerca de París, y la cabeza trasladada á Auxerre, donde este Santo es venerado desde el siglo V).*

San Vero, obispo, en Viena. *(Fue discípulo de los Apóstoles, y el quinto obispo de Viena en Francia).*

San Ethelwoldo, obispo, en Winchester en Inglaterra.

San Nemesio, confesor, en una aldea de Lisvin.

OCTAVA DEL APÓSTOL SANTIAGO.

La Misa de esta Octava es igual á la del propio dia de la festividad del Santo, como se halla en 25 de julio, pág. 527 y siguientes.

SAN FÉLIX, PATRONO DE LA CIUDAD DE SAN FELIPE DE JÁTIVA.

Distinto de san Félix de Gerona es tambien otro santo mártir y presbítero del mismo nombre que con los diáconos Fortunato y Archiloco ó sea Archileo, como quieren algunos, padeció en la persecucion de Severo á principios del siglo III. Es tradicion antiquísima en la Iglesia de España que estos Santos fueron enviados á predicar el Evangelio á estas provincias por san Ireneo, obispo de Leon de Francia; que San Félix convirtió muchos á la fe en la ciudad de *Setabis*, la cual despues de la entrada de los moros se llamó Játiva, y mas adelante San Felipe, en el reino de Valencia; que en ella fundó un templo de que aun hoy dia se conserva una buena parte á la falda del castillo, en el sitio antiguo de la ciudad; y que habiendo pasado de allí á Valencia, despues de haber padecido muchos y muy crueles tormentos por confesar á Jesucristo, fue degollado con sus gloriosos compañeros. Beuter, Garibay, Mariana y otros dicen haber pasado esto en la ciudad de Valencia en España. Algunos han pretendido que padecieron en Valencia la del Delfinado de Francia, por estar cerca de Lyon, donde era obispo san Ireneo, el que les envió á predicar. Mas la verdad, dice Beuter, no se puede esconder, que los libros antiguos dicen Valencia de España. Añádese la tradicion de la iglesia de *Setabis* ó Játiva, que desde tiempo inmemorial hace fiesta hoy á este glorioso Santo como á su patrono, en agradecimiento á los bienes que recibió del cielo por medio de su predicacion; y tambien el conservarse allí parte de aquel templo antiquísimo que de padres á hijos se ha tenido por el que edificó san Félix: en él se ven aun ahora vestigios de remotísima antigüedad: allí quedaron los Cristianos durante la cautividad de los moros. Y por último, el infante

D. Fernando Perez, hijo del rey moro de Valencia Zeyte Abuceyte, el año 1262 dejó en su testamento una manda para que lo reparasen.

LOS SANTOS SIETE MACABEOS HERMANOS, Y SU MADRE, MÁRTIRES.

El mismo dia que celebra la Iglesia las cadenas de san Pedro, hace conmemoracion de los siete hermanos Macabeos y la madre de ellos, los cuales siendo hebreos murieron en Antioquía por defender la ley de Dios. La historia de este martirio se escribe muy por extenso en el libro segundo de los Macabeos, á los siete capítulos, de esta manera. En el tiempo que Antíoco Epifanes entró en Jerusalen, y profanó y robó el templo, y saqueó la ciudad, y mató muchos ciudadanos, é hizo otros desafueros y crueldades extrañas en odio y ruina de los judíos, para echar el sello á sus maldades, quiso hacer que idolatrasen, ó fuesen en algo contra su ley, para que enojado el Señor con ellos, los desamparase, y estuviesen fuera de su amparo y proteccion; y despues de haber atormentado acerca de esto á un escriba ó maestro de la ley, hombre de noventa años de edad y de presencia venerable, llamado Eleazar (quien quiso antes perder la vida que quebrantar la ley de Dios, ó fingir que la quebrantaba, por no escandalizar, ni dar ocasion á los mozos de prevaricar), fue traida delante del Rey una valerosa mujer con siete hijos que venian con ella. Decíanles que comiesen carne de cerdo, que segun la ley no podian comer, y como no quisiesen, los azotaron cruelmente con nervios de buey, amenazándolos con otros mayores tormentos, si no obedecian. El mayor de todos los hermanos dijo al tirano: *Preparados estamos á morir antes que violar las leyes de Dios.* Enojado el Rey, mandó calentar ollas de metal y sartenes, cortar la lengua, y arrancar la piel de la cabeza al que habia hablado primero con tanta libertad; y no contento con esto, le mandó cortar las extremidades de las manos y de los piés, y en una de aquellas sartenes ó calderas en seco, asarle poco á poco hasta que murió, estando presente la madre con los demás hijos, los cuales unos á otros se animaban á padecer semejantes tormentos, pidiendo á Dios favor para sufrirlos. Por los mismos tormentos pasó el segundo hermano, el cual, estando ya para espirar, dijo al Rey: *Tú, ó perversísimo, nos haces perder la vida presente; mas el Rey del mundo nos resucitará en la resurreccion de la vida perdurable, por haber muerto por sus leyes.* Muerto el segundo, echan mano del tercero, y pidiéndole la lengua la sacó luego, y extendió las manos para que se las cortasen, diciendo: *Del cielo tengo estas cosas; mas todas ellas las desprecio ahora por las le-*

2*

yes de Dios, porque espero que de él las he de recobrar. Quedó el Rey admirado, viendo el ánimo y esfuerzo de este mancebo, que contaba por nada los tormentos. Muerto el tercero, traen el cuarto; y estando ya para morir dijo al Rey: *Nos es mayor ventaja ser entregados á muerte por los hombres, esperando firmemente en Dios, que de nuevo nos ha de resucitar; pero tú no resucitarás para la vida.* Atormentaron luego al quinto, y puesto en el tormento decia: *Teniendo poder entre los hombres, aunque eres un hombre mortal, haces lo que quieres: mas no te persuadas que Dios ha desamparado á nuestra nacion; aguarda solo un poco, y verás su gran poder, y de qué manera te atormentará á tí y á tu linaje.* Traen al sexto, y dijo: *No te engañes; pues nosotros por los pecados de nuestro pueblo y por los nuestros padecemos esto: mas no te persuadas que quedarás sin castigo, porque has osado pelear contra Dios.*

En estos tormentos y muertes de los seis hijos estaba la santa madre, digna de eterna memoria, viéndolos morir; y vencida la natural ternura de su corazon, con la esperanza que tenia en Dios, amonestaba á cada uno con ánimo varonil. *Hijos mios*, decia, *no sé de qué modo os formásteis en mi seno; porque no fuí yo la que os dí espíritu, ni alma, ni vida, ni tampoco fuí yo la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros. Mas el Criador del mundo, que formó al hombre en su orígen, y que dió el principio á todas las cosas, misericordioso os restituirá el espíritu y la vida, porque vosotros ahora por amor de sus leyes os despreciais á vosotros mismos.* Muertos los seis hermanos, viendo el rey Antíoco que era vencido de aquellos santos mozos, y que no quedaba sino uno, comenzó á halagarle y acariciarle, prometiéndole con juramento que le haria rico y feliz, si dejaba la ley de sus padres; y no contento con esto llamó á su madre, y le encargó que aconsejase al séptimo y último hijo que no se dejase matar como sus hermanos. La madre contesta que persuadirá á su hijo lo que le convenia, y haciendo burla del tirano, le dice en su propia lengua: *Hijo mio, ten lástima de mí, que te llevé en mi seno nueve meses, y te dí el pecho tres años, y te he criado y conducido hasta esta edad. Ruégote que mires al cielo y á la tierra, y á todas las cosas que allí hay: y entiende, que Dios á ellas las hizo de la nada, y á todos los hombres: de este modo no temerás á este verdugo; y haciéndote digno consorte de tus hermanos, recibe la muerte, para que yo te recobre con tus hermanos en aquella misericordia que esperamos.* Estaba aun ella hablando, cuando volviéndose el mancebo hácia el tirano, le dijo: *¿Á qué esperais? no obedezco al mandato del Rey, sino al*

mandato de la ley que nos fue dada por Moisés. Mas tú, que eres el autor de todos los males contra los hebreos, no escaparás de la mano de Dios: pues nosotros padecemos esto por nuestros pecados; y si Dios se ha airado un poco contra nosotros para corregirnos y enmendarnos, de nuevo se reconciliará con sus siervos. Pero tú, ó malvado, y el mas perverso de todos los hombres, no te ensoberbezcas inútilmente con vanas esperanzas, enfurecido contra sus siervos. Porque aun no has escapado del juicio de Dios todopoderoso, y que ve todas las cosas; porque mis hermanos, habiendo tolerado ahora un dolor pasajero, están ya bajo la alianza de la vida eterna: mas tú por el juicio de Dios pagarás las penas debidas á tu soberbia. Por lo que á mí toca, del mismo modo que mis hermanos entrego mi alma y cuerpo por las leyes de mis padres, rogando á Dios que se muestre cuanto antes propicio á nuestra nacion, y que tú á fuerza de tormentos y de azotes confieses que él es el solo Dios. Mas en mí y en mis hermanos cesará la ira del Todopoderoso, la que justamente ha venido sobre toda nuestra nacion. El tirano embravecióse sobremanera contra este mas cruelmente que contra los otros, indignado de verse burlado; y él sufrió con grande constancia. Muertos los siete hijos, hizo el tirano matar á la santa y valerosa madre, digna de perpétua gloria y alabanza, no solamente por haber parido tales hijos, sino por haberlos criado en temor de Dios, y vístolos morir delante de sí con gran fortaleza, y animándolos para que muriesen con alegría por la ley de Dios, teniendo mas cuenta con ella que con el afecto tierno de madre, juzgando que morir por Dios es verdadera vida; y por esta razon muchos Santos y gravísimos Doctores de la Iglesia dicen maravillas de esta santa madre y de sus hijos, y nunca acaban de alabarlos. Y aunque estos santos Mártires padecieron en la ley antigua, siempre se les ha considerado como pertenecientes á la Iglesia cristiana, pues esa fe denodada, que les hacia menospreciar el suplicio y la muerte, era un don precioso de la gracia del Mesías que ellos esperaban, y en quien tenian puesta toda su confianza, mirándole como á su Salvador. Los justos del Viejo y del Nuevo Testamento hacen una Iglesia, y son miembros de un cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo. Josefo escribió la historia de estos Santos, y dice que la madre se llamaba Salomona, y el hijo mayor de los siete Macabeo, el segundo Aber, el tercero Machir, el cuarto Judas, el quinto Achas, el sexto Arat, y el séptimo y último Jacob, y que eran de un pueblo de Judea que se decia Sosandro.

SAN PEDRO AD VINCULA (Ó Á LA CADENA).

Despues que la Iglesia celebró con tanta solemnidad las maravillas y el glorioso triunfo del Príncipe de los Apóstoles el dia 29 de junio, instituye hoy una fiesta particular para honrar singularmente su prision y sus cadenas, y sobre todo el insigne milagro que obró Dios para librarle de ellas. Era muy justo que habiendo hecho el Señor un prodigio tan ilustre por las oraciones de toda la Iglesia, para conservarla su cabeza visible, consagrase todos los años esta memoria con particular solemnidad.

Queriendo Dios castigar los pecados de los gentiles, dice san Juan Crisóstomo, y con especialidad el odio mortal que los judíos habian concebido contra los Apóstoles, afligió á la Judea con una horrible hambre, que poco tiempo antes habia pronosticado el profeta Agabo. Pero no fue este azote el que mas mortificó á los fieles; mas les dieron que padecer los enemigos de la fe en la sangrienta persecucion que por aquel mismo tiempo suscitaron contra ellos.

Era á la sazon rey de los judíos Herodes Agripa, el cual poseia como soberano todos los Estados que en otro tiempo habian sido de su abuelo Herodes Ascalonita. Tenia el título de rey, que le habia querido conceder el emperador Claudio, aunque no gozaba ni toda la autoridad ni todo el poder, repartido uno y otro entre él y los magistrados romanos. Era Agripa hijo de Aristóbulo y nieto de la virtuosa Mariamne. Habíanle criado en las máximas de una política mundana, siempre opuesta á la ley de Dios y á las reglas de la conciencia, pudiéndose decir que no habia heredado menos la crueldad que la corona del mas inhumano y del mas impío de todos los reyes.

Apenas tomó posesion del reino de Judea, al cual en favor suyo agregó el Emperador la provincia de Samaria, cuando declaró la guerra á los fieles, resuelto á borrar enteramente de la memoria el nombre cristiano. Mandó prender á muchos, y aun quitó la vida á algunos, entre ellos á Santiago, hermano de san Juan, á quien mandó cortar la cabeza. Esta injusta sentencia dió gran gusto á los judíos, mostrando todos mucho gozo. Y como Herodes pretendia ganar la inclinacion y amor del pueblo, á cuyo fin no omitia medio alguno, le pareció no podia granjearla mejor que continuando la persecucion contra los Cristianos, y que el atajo para exterminarlos era comenzar por su cabeza, no dudando que derribada esta columna daria en tierra todo el edificio. Dió, pues, la órden para que

fuese preso san Pedro en la fiesta de la Pascua el año 44 de Jesucristo, y mandó se asegurase en una estrecha prision, poniéndole la guardia de diez y seis soldados, que debian relevarse de cuatro en cuatro á cada vigilia de la noche. Era su ánimo sacarle de la cárcel pasadas las fiestas, y ponerle en manos del pueblo judáico, furuiosamente irritado contra el santo Apóstol. Sobresaltáronse todos los fieles, y tuvieron mas fuerza las fervorosas y continuas oraciones de toda la Iglesia para libertar al Príncipe de los Apóstoles, que todas las precauciones y toda la malicia del tirano. La noche antes del dia en que Herodes habia resuelto hacerle comparecer, y entregarle á discrecion de sus enemigos, estaba el Santo echado y durmiendo sosegadamente entre dos soldados, con los cuales, segun costumbre de aquel tiempo, tenia estrechamente ligadas ambas manos por medio de unas esposas, y al mismo tiempo otros hacian centinela á la puerta de la prision para que no se escapase; pero nada bastó para embarazar el recobro de su libertad.

Aparecióseie el Ángel del Señor cercado de un resplandor celestial, que llenó de claridad el lóbrego calabozo, pero sin ser visto de otro que de solo el Santo: tocóle en un lado, despertóle, y le mandó que se vistiese cuanto antes. En aquel mismo punto se le cayeron las esposas de las manos, sin que los soldados lo advirtiesen. *Cíñete la túnica*, añadió el Ángel, *cálzate, toma tu manto, y sígueme*. Obedeció prontamente, salió de la prision, fué siguiendo al Ángel, pero todavía dudoso de si era verdad ó sueño lo que le pasaba, no pudiendo apenas persuadirse á que no dormia á vista de un suceso tan extraordinario. Pero tardó poco en conocer que no soñaba; porque el Ángel, despues de haberle sacado de entre los soldados con quienes estaba preso por las manos, le llevó por medio de los otros que hacian guardia á la puerta, y de allí le condujo á otra puerta que se llamaba *la Puerta de Hierro*, y caia á la ciudad, la cual se abrió por sí misma. Todavía no le dejó allí el Ángel; acompañóle hasta el fin de una calle larga, y desapareció. Entonces san Pedro acabó de conocer claramente que era realidad lo que le parecia sueño, y exclamó diciendo: *Ahora sé ciertamente que el Señor se dignó enviarme su Ángel para que me librase de las manos de Herodes, y burlase la esperanza que tenian los judíos de quitarme la vida*. Esta milagrosa libertad, solicitada por las oraciones de la Iglesia, y puesta en ejecucion por un Ángel enviado de Dios para quitarle las cadenas, es el objeto de las gracias que hoy se rinden al Señor por haber conservado la cabeza visible de su Iglesia.

Para perpetuar la memoria de tan ilustre maravilla procuraron los fieles hacerse dueños de las cadenas que aprisionaron al santo Apóstol; las que se guardan cuidadosamente para trasladar á la posteridad este insigne monumento de una gracia tan singular. Habiendo hecho el viaje de Palestina la emperatriz Eudoxia, mujer de Teodosio el Menor, en el año 439, con el piadoso fin de visitar la Tierra Santa, hizo alguna mansion en Jerusalen, y mostró deseo de algunas reliquias. Quiso el patriarca Juvenal contentar su devocion, y le pareció no la podia hacer regalo mas precioso, ni que fuese mas de su gusto, que presentarla las dos cadenas con que san Pedro habia sido aprisionado. Recibiólas la Emperatriz con veneracion y con gozo; reservó una de ellas para la iglesia de Constantinopla, y regaló la otra á su hija Eudoxia, que dos años antes se habia casado con el emperador Valentiniano III. La jóven Emperatriz, no cabiendo en sí de contento con el piadoso regalo, se lo mostró luego al papa Sixto III, quien correspondió por su parte mostrando tambien á la Emperatriz otra cadena con que Neron habia tenido aprisionado al mismo santo Apóstol antes de sentenciarle á muerte, y se conservaba en Roma con mucha veneracion. Asegúrase que habiendo acercado el Papa una cadena á otra, al instante se unieron las dos tan perfectamente, que formaron una sola, y parecia obra de un mismo artífice. Con este milagro creció mucho la devocion que ya se tenia á las preciosas cadenas, y la emperatriz Eudoxia, nieta del emperador Arcadio, mandó fabricar en el monte Esquilino una magnífica iglesia en honor del santo Apóstol, donde se conservaron las dos cadenas, que ya representaban una sola. Al principio se llamó esta iglesia *de Eudoxia*, tomando el nombre de su fundadora; despues se le dió el de *San Pedro ad vincula*, y es título de cardenal. Así por las maravillosas curas como por otros milagros que obró Dios al contacto de estas cadenas, se hicieron célebres en todo el universo, y se aumentó mucho la devocion de los fieles.

Dice san Agustin que el hierro de las cadenas de san Pedro era entre los Cristianos mas estimado que el oro, considerándole santificado por lo que habia atormentado al santo Apóstol. En fe de eso nos consta por san Gregorio el Grande, que en su tiempo era costumbre muy comun enviar por reliquias las limaduras de las cadenas de san Pedro, y que por medio de ellas obraba Dios grandes milagros; siendo el mismo Papa el que las limaba para sacar los polvos. El mismo san Gregorio, que hablaba en esto de experiencia propia y de la de sus predecesores, afirma que muchas veces la lima sa-

caba los polvos sin la menor dificultad; pero que otras, cuando los pedian ciertas gentes, por mas que se limase no habia forma de desprenderse ni una sola arena. Las limaduras se engastaban unas veces en cruces, y otras en llavecitas de oro ó plata, las que atadas á un cordoncito se descolgaban hasta que tocasen al sepulcro del santo Apóstol, y despues se traian pendientes al cuello como preservativo contra toda suerte de males y accidentes molestos de la vida. Esto escribia aquel gran Pontífice á Childeberto, rey de Francia, enviándole una de aquellas llavecitas, guarnecida con las limaduras de las cadenas. Refiérele al mismo tiempo el ejemplar castigo de cierto señor lombardo, que burlándose de la virtud sobrenatural que se atribuia á ellas, y rompiendo una por menosprecio para sacar el oro en que estaban engastadas las limaduras, al punto el demonio se apoderó de él, y entró en tanto furor, que se quitó la vida por sus propias manos.

El conde Justiniano, sobrino del emperador Justino, y sucesor suyo en el imperio, deseó tener algunas reliquias de san Pedro, despues de haberle dedicado una magnífica iglesia que á sus expensas hizo fabricar en Constantinopla. Envióle el papa Hormisdas un lienzo santificado, esto es, tocado á su santo sepulcro, con una llavecita ó cruz enriquecida con limaduras de sus cadenas. Los lienzos santificados, como asegura san Gregorio, eran recibidos en todas partes con mucho respeto. Colocábanse como reliquias en las iglesias consagradas á Dios en honor del Santo, y obraban los mismos prodigios que si estuviera en ellas el propio cuerpo. Añade tambien el Santo que algunas veces estos lienzos cuando se cortaban destilaban sangre, y que habia muchos testigos de esta maravilla.

Hallándose en Italia el año de 969 un conde muy estimado del emperador Oton el Grande, se apoderó de él el demonio con tanta furia, que él mismo se despedazaba con los dientes. Compadecido el Emperador del lastimoso estado de su favorecido, mandó que le llevasen al papa Juan XIII para que le hiciese conjurar. Pero apenas le echaron al cuello la cadena de san Pedro, cuando salió de su cuerpo el demonio dando espantosos alaridos. Quedó tan asombrado de esta maravilla Teodorico, obispo de Metz, y primo hermano del Emperador, que asiéndose fuertemente de la cadena, protestó no la soltaria mientras no le diesen un eslabon; concediéronselo, y es el mismo que hoy se guarda en el monasterio de San Vicente de Metz como preciosa reliquia.

Las cadenas con que san Pedro fue preso en Roma en tiempo de

Neron, desde aquel mismo tiempo fueron sigularmente veneradas de los fieles. Hallándose en la prision san Alejandro, papa y mártir, curó milagrosamente á una señora romana, por nombre Albina; y queriendo esta besar las cadenas en que estaba preso, no se lo permitió el santo Pontífice, diciéndola: *Esa reverencia solo se debe á las cadenas de san Pedro; id, haced que os las enseñen, y besadlas con respeto.*

Entre los sermones de san Juan Crisóstomo se halla uno sobre la fiesta de este dia, que el cardenal Baronio juzga ser de san Proclo ó de san German, sucesores del Santo. *Hic enim dies*, dice el autor, *venerandas ejus catenas manifestas ostendit, et earum adorationem proponit, quibus Apostolus devinctus, multiplices ejus, qui est malorum omnium origo, nodos ac machinas dissolvit, et quos diabolus adstrictos tenebat, eos ereptos à morte sempiterna liberavit.* «Este es el dia en que «se exponen á los ojos y á la veneracion de los fieles aquellas vene«rables cadenas con que fue preso san Pedro, á cuya vista el mismo «santo Apóstol desata los nudos, y disipa todos los artificios malig«nos de aquel que es funesto orígen de todos los males, y haciendo «conseguir gloriosa victoria del enemigo de nuestra salvacion, nos «libra de la muerte eterna.»

«Eran estas cadenas, añade el mismo, el mas bello ornamento «del santo Apóstol, que triunfaba de alegría viéndose oprimido con «ellas: *His catenis Apostolus ornabatur; his exultans ac gestiens se «oblectabat.* La Iglesia, aquella casta esposa de Jesucristo, se honra «y se adorna con estas cadenas como con un rico collar y preciosa co«rona, que la hace mas brillante á los ojos de su divino Esposo: *His «et nunc sanctissima ac pura Christi sponsa Ecclesia, tamquam splen«dido monili, ac velut corona quadam decorata ad dexteram sui sponsi «partem assistit.* En todo tiempo, pero singularmente en este dia, ten«gamos gran veneracion á estas cadenas; toquémoslas con confianza; «besémoslas con respeto: *Has, inquam, catenas hodierno die ample«xamur; has reverenter veneramur, et colimus.* Á la verdad seria muy «justo reverenciar con mucha devocion, no solo estas sagradas ca«denas, sino todo lo que sirvió al uso de aquel santo Apóstol, vica«rio de Cristo en la tierra, intérprete fiel de sus secretos, órgano de «su voluntad, y oráculo de los fieles: *Deceret certe, deceret non solum «catenas quæ manus illas adstrinxerunt, magnopere venerari, sed etiam «indicia omnia, ad quæ Apostoli membra accesserunt singulatim am«plecti ac revereri, et in illis singulis diem festum ac panegyrim vene«rari, etc.*»

Refiere despues el modo de que se valió la divina Providencia para conservar á la posteridad estas preciosas cadenas. Dice que habiéndose quedado en la cárcel las cadenas con que estaba preso el santo Apóstol, algunos guardas, que se convirtieron á vista del prodigio de su milagrosa libertad, tuvieron cuidado de recogerlas, y con gran secreto se las entregaron á los fieles de Jerusalen, los cuales dejaron este escondido tesoro á sus descendientes, y estos le conservaron con el mayor sigilo, hasta que abolido el paganismo, se hallaron con libertad para venerar públicamente aquellas santas reliquias. *Ipsi Herodis ministri, quibus divinæ cognitionis lumen effulserat, clam sustulerunt, et apud ipsos velut thesaurum quemdam eas conservarunt: quod vero à patre suo, ut dicitur, traditum, et de catenis illis narratum sibi quisque acceperat, posteris suis deinceps tradebat, et tuto in loco catenas illas servabat*, etc.

«¡Oh, y si me fuera lícito, continúa el mismo Santo, ver aquel «calzado y aquella ropa que el Ángel mandó se vistiese: *illa certe aper*«*tis ulnis exciperem, et amplecterer;* seguramente no dejaria de estre«charla reverentemente entre mis brazos, de aplicarla á mi corazon, «y de adorarla como preciosa reliquia. *Tu vero, ô Petre; Christi Ec*«*clesiæ petra et firmamentum, summe Apostolorum vertex... qui cate*«*nas has instar scelerati alicujus hominis pertulisti, et curationum fon*«*tem illas reddidisti, tu, quæso adesto hodie misertus nostri, et hoc in* «*loco spiritu venerare:* y tú, ó Pedro, piedra fundamental de la Igle«sia de Jesucristo, su apoyo, y príncipe de los Apóstoles... que lle«vaste estas cadenas como si fueras un facineroso, y con tu contacto «las convertiste en fuente de milagrosas curas, ten misericordia de «nosotros, compadecido de nuestras miserias; favorécenos hoy con «tu poderosa proteccion.»

Si la sombra de san Pedro, dice san Agustin (*Serm.* 28), fue tan saludable, ¿cuánto mas lo serán las cadenas con que fue aprisionado? ¡Oh dichosas cadenas, que os convertísteis en coronas! ¡oh bienaventurados grillos, y qué dignos sois de nuestro respeto!

Esta festiva memoria de san Pedro *ad vincula* se fijó al dia 1.° de agosto, en que se celebra la dedicacion de su iglesia, con cuya festividad se intentó desterrar los profanos regocijos que en tal dia acostumbraban los gentiles en memoria de la impía consagracion del templo del dios Marte.

HIMNO.

Miris modis repente liber, ferrea
Christo jubente vincla Petrus exuit:
Ovilis ille pastor, et rector gregis
Vitæ recludit pascua, et fontes sacros,
Ovesque servat creditas, arcet lupos.
Patri perenne sit per ævum gloria;
Tibique laudes concinamus inclytas,
Æterne Nate; sit superne Spiritus
Honor tibi, decusque: sancta jugiter
Laudetur omne Trinitas per sæculum.
Amen.

Manda á Pedro Jesús sacuda sus cadenas,
Y libre queda Pedro de ellas de repente:
Del divino redil con facultades plenas
Es él el gran pastor que pace diligente
Y libra su rebaño de lupina diente.
Al Padre gloria por eternidades,
Gloria al Hijo por siempre duradera,
Al de entrambos amor por sus bondades
Gloria se le dé imperecedera;
Al trino y uno Dios alábele la tierra.
Amen.

La Misa es en honor del apóstol san Pedro, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Petrum apostolum à vinculis absolutum, illæsum abire fecisti: nostrorum, quæsumus, absolve vincula peccatorum, et omnia mala à nobis propitiatus exclude. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que libraste al apóstol san Pedro de sus cadenas, y le pusiste en libertad sin que recibiese daño alguno; suplicámoste que rompas las cadenas de nuestros pecados, y que por tu bondad apartes de nosotros todos los males que nos amenazan. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XII *de los Hechos de los Apóstoles.*

In diebus illis: Misit Herodes rex manus, ut affligeret quosdam de Ecclesia. Occidit autem Jacobum, fratrem Joannis, gladio. Videns autem quia placeret judæis, apposuit, ut apprehenderent et Petrum. Erant autem dies Azymorum. Quem cum apprehendisset, misit in carcerem, tradens quatuor quaternionibus militum custodiendum, volens post Pascha producere eum populo. Et Petrus quidem servabatur in carcere. Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo. Cum autem producturus eum esset Herodes, in ipsa nocte erat Petrus dormiens inter duos milites, vinctus catenis duabus: et custodes ante ostium custodiebant carcerem. Et ecce Angelus Domini astitit: et lumen refulsit in habitaculo; percussoque latere Petri, excitavit eum dicens: Surge velociter. Et ceciderunt catenæ de mani-

En aquellos dias: El rey Herodes comenzó á perseguir á algunos de la Iglesia. Mató, pues, á Santiago, hermano de Juan, con muerte de espada. Y viendo que esto agradaba á los judíos, pasó tambien á prender á Pedro. Eran entonces los dias de los Ázimos. Y habiéndole prendido, le metió en la cárcel, entregándole á cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno para que le guardasen, con ánimo de presentarle al pueblo despues de la Pascua. Pedro, pues, estaba custodiado en la cárcel. Mas la Iglesia hacia continuamente oracion á Dios por él. Estando, pues, Herodes para presentarle, en la misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas, y las guardias estaban á la puerta custodiando la cárcel. Y hé aquí que el Ángel del Señor vino, y la habitacion resplandeció con una luz,

bus ejus. Dixit autem Angelus ad eum: Præcingere, et calcea te caligas tuas. Et fecit sic. Et dixit illi: Circumda tibi vestimentum tuum, et sequere me. Et exiens, sequebatur eum, et nesciebat quia verum est quod fiebat per Angelum: existimabat autem se visum videre. Transeuntes autem primam et secundam custodiam, venerunt ad portam ferream, quæ ducit ad civitatem; quæ ultro aperta est eis. Et exeuntes, processerunt vicum unum: et continuo discessit Angelus ab eo. Et Petrus ad se reversus, dixit: Nunc scio vere quia misit Dominus Angelum suum, et eripuit me de manu Herodis, et de omni expectatione plebis judæorum.

y habiendo dado á Pedro un golpe en un lado, le dispertó diciendo: Levántate prontamente. Y las cadenas se cayeron de sus manos. Y el Ángel le dijo: Cíñete, y cálzate tus sandalias. Y él lo hizo así. Y le dijo: Échate encima tu manto y sígueme. Y él saliendo le seguia ignorando que era verdadero lo que se hacia por el Ángel, sino que creia ver una vision. Y pasando la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro que introduce á la ciudad, la cual se abrió por sí misma, y saliendo afuera, pasaron una calle; y súbitamente se apartó de él el Ángel. Y vuelto en sí Pedro, dijo: Ahora sé de verdad que el Señor envió á su Ángel, y me ha sacado de las manos de Herodes, y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos.

REFLEXIONES.

El martirio de san Estéban fue efecto de la envidia de los sacerdotes y doctores de la Ley, y del furor de un populacho alborotado y rabioso contra Jesucristo. Pero el que ahora excita la persecucion contra la Iglesia es el mismo Príncipe, siendo lo mas extraño que lo hace por lisonjear la pasion de un pueblo apasionado y furioso, cuyo amor pretende granjear á costa de la justicia. De esta manera se sacrifica la salvacion y la religion á las pasiones y al interés de cada uno. Pero no se piense que solamente son los grandes del mundo los que muchas veces prefieren su propia gloria á la de Dios, y sus gustos á sus obligaciones y á su conciencia. Todos los dias, y en todas las condiciones, se atreve el respeto humano á violar las mas sagradas leyes. Todo el mundo quiere ser lisonjeado, quiere ser aplaudido, quiere agradar; *pero si yo quiero agradar á los hombres*, dice el apóstol san Pablo, *no seré siervo de Jesucristo*. No importa: como se agrade á los hombres, ningun cuidado da desagradar á Dios. Declámase contra la torpe injusticia de Herodes, que por puro motivo de ambicion, solo por ganar el afecto del pueblo, mandó prender á san Pedro, le cargó de hierro, y le condenó al último suplicio. Pero ¿acaso somos nosotros mas religiosos que él, somos menos injustos cuando por satisfacer nuestra pasion violamos los mandamientos de la ley de Dios, y perdemos el alma? ¿No se puede decir con razon

que los respetos humanos entraron á ocupar el lugar de los perseguidores de la Religion? ¡Cuántos impíos, cuántos indevotos, y, por decirlo así, cuántos apóstatas de la virtud cristiana hacen cada dia los respetos humanos! Avergüénzase aquel de parecer virtuoso, y desde el mismo punto deja de serlo. Semejantes á las tímidas avecillas, dice san Agustin, que espantadas con el ruido que expresamente se hace para levantarlas, salen del nido, ó abandonan la zarza donde estaban seguras, y van á caer en el lazo que les tiene armado el cazador. ¿Cuántos dejan el camino de la virtud por miedo de las zumbas y de los juicios de los hombres, y tan imprudentes como cobardes no conocen ni lo despreciable del peligro que les atemoriza, ni lo terrible de aquel á que se arrojan por huir del primero? ¡Oh, y cómo ellos se reirian de su propio temor, si conocieran qué vano es en su causa, y cómo le temerian si consideraran qué funesto es en sus fatales efectos! ¡Qué bien muestra la milagrosa libertad de san Pedro el gran cuidado que tiene el Señor de sus verdaderos siervos! Si son menester milagros para sacarlos de los peligros, trastorna Dios en su favor todas las leyes de la naturaleza. Nada importa que los tres mancebos israelitas sean arrojados en un horno encendido; en medio de las llamas encontrarán el refrigerio. Sea enhorabuena Daniel encerrado por muchos dias en una caverna en compañía de leones hambrientos; no recibirá de ellos el mas ligero daño. Mas que á san Pedro le guarden estrechamente en una prision, le carguen de cadenas, y le rodeen de soldados; las prisiones se le caerán, y saldrá con la mayor seguridad, sin que lo adviertan las guardias. Prudencia humana, todos tus artificios son débiles estorbos á los intentos de Dios. ¡Oh, y cuántos milagros veríamos, si no nos faltara la confianza en el poder y en la bondad de la divina Providencia! Sirvamos á Dios con sincero y generoso corazon; pongamos todos nuestros intereses en las paternales manos de nuestro divino Dueño, y nada nos dañará; de todo cuidará aquel gran Dios que tiene tan en el corazon los intereses de los que le aman y le sirven.

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi, et interrogabat discipulos suos dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii ve-

En aquel tiempo vino Jesús á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos que es Juan el Bautista, otros que Elías, otros que

ro Jeremiam, aut unum ex Prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

Jeremías, ó alguno de los Profetas. Díjoles Jesús: Y vosotros ¿quién decís que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos: y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

De las aflicciones.

Punto primero.—Considera que los trabajos y las miserias de esta vida no son puramente castigos; puesto que el reo cuando sufre la pena que corresponde á sus delitos no merece recompensa. Pero queriendo el Hijo de Dios convertir este destierro á que estamos condenados en una carrera gloriosa para nosotros, le quitó el nombre de suplicio, y le dió el de combate, ennobleciéndole tambien con su ejemplo y con la dignidad de su persona; de suerte, que aquel que mas y mejor padece, es el que consigue la mayor corona: considéranse las aflicciones de esta vida como señales de un Dios irritado, y como efectos de su justo enojo; concepto errado: antes por lo mas comun son remedios específicos de un hábil y experimentado médico, y pruebas particulares del tierno amor con que nos mira el mejor de todos los padres. ¿En qué habia delinquido el inocente Abel? ¿qué delito habia cometido José contra sus hermanos? En medio de eso uno y otro son afligidos, odiados y perseguidos. ¿Quién fue nunca mas amado del Padre celestial que el Hijo de Dios? En él tenia el Padre eterno todas sus delicias. Sin embargo, las aflicciones fueron como la herencia de este querido Hijo. Dirán que Jesucristo habia cargado con todas nuestras maldades. Pero si el Hijo querido no tomó otro camino para entrar en su gloria, ¿habrá otro para los siervos rebeldes y culpados? No debemos recibir los trabajos que nos envia la divina Providencia como materia de dolor, sino de gozo. El ver-

dadero cristiano debiera afligirse cuando se ve colmado de honras y de prosperidades del mundo, por lo que le desvian de la semejanza con Jesucristo, siendo así que toda su dicha consiste en ser semejante á este Señor. Por eso decia san Pablo que hallaba un exquisito gusto en los trabajos. Nunca discurrieron los Santos de otra manera, y este era su lenguaje. Las adversidades de esta vida traen consigo cierto carácter de predestinacion; por lo que san Gregorio Nazianceno las llama camino real del cielo: *Regia ad cœlum via.* ¿Dónde hay cosa mas eficaz que la tribulacion para convertir al pecador, y para adelantar al justo en el camino de la perfeccion, para conservarle en la justicia, para preservarle de la tibieza, y para fortalecerle? Desengañémonos, la prosperidad hace delicada al alma, y la sujeta á los sentidos; ninguna cosa fomenta tanto las pasiones como la prosperidad y la abundancia: es cierto que lisonjean el gusto; pero tambien debilitan, y al cabo extinguen del todo la virtud. ¿Hubiera echado en tu corazon tan profundas raíces la humildad, si no te hubiera humillado Dios con aquella vergonzosa desgracia que te envió? ¿Á quién debes ese desasimiento de los bienes terrenales sino á la amorosa providencia de Dios, que permitió los perdieses? ¿á quién debes esa invencible paciencia sino á las enfermedades que te han puesto disgusto en todas las cosas del mundo? Y si el orgullo, si la concupiscencia, si el amor propio todavía levantan cabeza en medio de las mayores aflicciones, ¿qué seria si todo saliese á medida de tu gusto?

Punto segundo.—Considera que los trabajos son, por decirlo así, el tesoro del Evangelio; pero tesoro escondido, que pocos le hallan: pocos saben aprovecharse de él, porque pocos saben lo que vale. En la cruz se encuentra la vida, la salvacion, la proteccion de Dios, la fuerza del alma, el compendio y la práctica de las virtudes con la perfeccion de la santidad. ¡Oh, y cuántas riquezas encierran las aflicciones! Debieran las adversidades ser para nosotros un copioso manantial de consuelos; y por lo regular suelen ser ocasion de quejas y de sentimientos. Debieran fortificarnos y alegrarnos; y por lo comun nos afligen, nos desalientan y nos abaten. No hay cosa mas provechosa para mí, decia David, que verme humillado. Las flores suelen hacer mal á la cabeza; el resplandor deslumbra; las honras encantan. No se piensa en la patria cuando todo nos lisonjea en el destierro; pero cuando la tierra que se pisa solo produce espinas y abrojos; cuando se habita en una region donde solo se experimen-

tan huracanes y tempestades; cuando el cielo nunca se descubre sereno; cuando siempre se come el pan mezclado con lágrimas, entonces se cuentan los dias que faltan, y se suspira por aquella dichosa hora en que se ha de salir de aquella region de trabajos y amarguras. Gran ceguedad es no conocer lo que valen las adversidades. *Bienaventurados los que lloran*, dice el Salvador, porque el consuelo que se seguirá á sus lágrimas los recompensará con ventajas de todo lo que padecen. Y no espera Dios á la otra vida para consolarlos. En el calabozo estaba san Pedro; ¿quién dejaria de compadecerse de sus cadenas? Dormia san Pedro en la prision; pero Dios nunca se duerme en las aflicciones de los que le aman. No olvida á su Apóstol en sus trabajos; se le caen de las manos las prisiones, y las puertas se le abren por sí mismas. Multiplique en buen hora Herodes las guardias para que no se escape; sale seguro y sereno sin el menor estorbo por medio de las centinelas. ¡Mi Dios, cuántos imprevistos socorros, cuántos secretos recursos de una providencia todopoderosa se experimentarian si los hombres supieran aprovecharse de las aflicciones de esta vida; si en vez de aquellas enfadosas inquietudes, de aquellos ímpetus de impaciencia, de aquel mal humor, si en lugar de las escandalosas quejas, que no alivian el trabajo, se besara humildemente la benéfica mano que se agrava sobre nosotros, y se bendijera á Dios que nos aflige!

¡Oh Señor, y qué dolor me causa haber malogrado hasta aquí las ocasiones que se me han ofrecido de daros pruebas de mi amor y de mi confianza, aprovechándome mejor de mis trabajos! Poco he conocido lo que valen las aflicciones de esta vida; pero confio en vuestra gracia que en adelante sabré aprovecharme mejor de este tesoro escondido.

JACULATORIAS.—Conozco, Señor, que me es muy provechosa la humillacion. (*Psalm.* CXVIII).

Ninguna cosa me ha consolado mas que los golpes de tu amorosa vara. (*Psalm.* XXII).

PROPÓSITOS.

1 Mas que el nacimiento haya sido rodeado de esplendor y de abundancia; mas que hayas nacido grande y dichoso, segun el mundo, no tiene remedio: la vida está sembrada de cruces; ninguno se libra de trabajos: está llena de altos y bajos la vida del hombre sobre la tierra; en medio del dia padece sus eclipses la prosperidad;

ningun mortal fue por largo tiempo feliz; las adversidades, las pesadumbres y los disgustos nacen en todos los estados, en todas las condiciones y en todas las edades. Buscar uno solo que se exima de ellos, es lo mismo que correr tras de un fantasma. Los mas dichosos del mundo no son los que carecen de trabajos, sino los que mejor se saben aprovechar de ellos. Es, pues, de suma importancia poseer esta ciencia, adelantar en este arte; seas quien fueres, no esperes vivir sin tener que padecer. Pero estudia en padecer como cristiano, y en aprovecharte de todos tus trabajos. Los mas meritorios son aquellos que trae consigo el estado particular de cada uno. Tambien dan abundante materia á la paciencia cristiana los reveses de la fortuna; en todos ellos alaba á Dios como Job. Salióte mal aquel negocio, perdiste aquel pleito, arrebató la muerte al hijo, al pariente, al protector, al amigo, dí con Job: *El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; cumplióse su voluntad; sea su nombre bendito.*

2 ¡Cuánto hay que padecer en las familias! El humor extravagante y violento de un marido divertido; el genio altanero, indócil, caprichoso de una mujer altiva; las malas inclinaciones de los hijos; la malicia de los envidiosos ó de los concurrentes; una desgracia en los negocios, una enfermedad, un achaque habitual, etc., todas son cruces bien pesadas, es verdad; pero son cruces; ¿y por qué las malograrás no recibiéndolas como tales? Á este duro ejercicio de paciencia ligó Dios tu perfeccion, y acaso tu salvacion; pues ¿para qué te inquietas? Bien puede ser que cualquiera otro ejercicio de mortificacion y de virtud fuese mas de tu gusto, pero no te seria tan provechoso; el que ahora te pesa tanto y quisieras sacudir de tí, es el que Dios te ha destinado. Guárdate bien de reputar las afliccione por desgracias; eso seria juzgarlas por los sentidos; míralas con ojos cristianos, y las estimarás como merecen. Ellas son un manantial perenne de gracias que facilitan la salvacion. Es buen medio para hacerlas saludables y dulces dar de cuando en cuando gracias á Dios, especialmente al acabar la oracion de la mañana y de la noche, por los trabajos que se ha servido enviarnos, como diciendo: Yo os doy gracias, Señor, por la afliccion que me habeis enviado; haced por vuestra piedad que me sea provechosa, y que me sirva para desprenderme de los vanos atractivos y bienes aparentes de este mundo para unirme á solo Vos (*Job*, I): *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut placuit Domino, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.*

DIA II.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Estéban, papa y mártir, en Roma en el cementerio de Calixto; el cual en la persecucion de Valeriano, estando celebrando el sacrificio de la santa misa, sorprendido por los soldados, sin turbarse ni moverse permaneció en el altar hasta concluir el sacrificio, y fue degollado en su misma silla. *(Véase su vida en las de hoy).*

El martirio de santa Teodota con tres hijos suyos, en Nicea en Bitinia; de los cuales al primogénito, llamado Evodio, porque confesó á Jesucristo con fortaleza, Nicecio, prefecto de Bitinia, le hizo azotar con manojos de varillas, y despues mandó que la madre fuese quemada con todos sus hijos.

San Rutilio, mártir, en África; el cual habiendo huido de la persecucion de pueblo en pueblo, y algunas veces comprando su vida con dinero, al cabo preso de improviso, y presentado ante el presidente, fue atormentado con muchos suplicios, hasta que, arrojado al fuego, fue coronado con esclarecido martirio.

San Máximo, obispo de Padua, en la misma ciudad, el cual esclarecido en milagros acabó santamente.

INDULGENCIA DE LA PORCIÚNCULA.

Entre todas las indulgencias que están en uso en la Iglesia, una de las mas célebres, tanto por su antigüedad como por lo maravilloso de su orígen, es la indulgencia de la *Porciúncula*. Cuando tanto se entibia la fe, consideramos muy útil ofrecer á las personas piadosas una reseña histórica, etc., de tan singular gracia, á fin de ilustrarlas, de excitar su confianza y de inspirarlas un vivo deseo de participar de tan precioso tesoro.

Á principios del siglo XIII, á media hora de la ciudad de Asis (Estados pontificios) habia una muy pequeña iglesia, conocida con el nombre de Nuestra Señora de los Ángeles, que se llamaba igualmente iglesia de la *Pórciúncula* [1], á la que el santo Fundador del

[1] Esta iglesia no era otra cosa que una pequeñita y ruinosa capilla, unida á una porcioncita de tierra que allí contigua poseian los monjes de san Benito, quienes generosamente cedieron el referido local y capilla al restaurador de esta, san Francisco, para fundar allí el primer convento de su Religion. Hoy dia la antigua y propia iglesia de la *Porciúncula*, cabeza de toda la Órden seráfica, se halla situada bajo la cúpula de una basílica, que es una de las mas grandiosas y magníficas de Italia. La mencionada iglesia pequeña no tiene mas que un preciosísimo altar, ante el que hay diez y siete lámparas de plata, de las cuales siete arden dia y noche.

Órden de Menores tenia una especial veneracion. Allí acudia á menudo para satisfacer la tierna devocion que profesaba á María y á los santos Ángeles, de los cuales ella es la Reina; allí se engolfaba en la oracion en medio de los armoniosos conciertos de los espíritus celestiales, con los que tenia la inefable dicha de conversar, segun de ello dan testimonio los historiadores de su vida; allí finalmente logró que Cristo nuestro Señor le concediese la gracia mas extraordinaria en favor de los míseros pecadores.

Compadecido el seráfico Padre san Francisco de la ceguedad de los mortales, con lágrimas y oraciones solicitaba continuamente del Señor la conversion de tantos infelices, y el perdon de las culpas y penas que por ellas merecian. Sucedió, pues, por el mes de octubre de 1221 que, estando una noche por los referidos motivos muy angustiado el corazon de este enamorado de Cristo, mientras que, desde su retiro de la *Porciúncula,* clamaba al Señor de lo íntimo de su alma, pidiendo por todos misericordia, y ofreciéndose para la salvacion del mundo á ser víctima de la caridad, la Majestad divina le envió un Ángel en forma visible, el cual le dijo que fuese á la iglesia, donde le esperaban Cristo nuestro Señor y su purísima Madre con numerosa comitiva de espíritus celestes. Entró en la iglesia, y, atónito y reverente, se postró en tierra, no pudiendo soportar aquel divino resplandor. En seguida la Majestad de Cristo, dirigiéndole amorosamente la palabra, dijo: «Francisco, ya que son «tan ardientes tus deseos de la salvacion de las almas y á mí tan «agradables, te doy permiso para que pidas alguna gracia en favor «de ellas, para consuelo de los fieles y exaltacion de mi nombre.» El temor reverencial tuvo un rato al Santo en delicioso asombro; pero vuelto en sí, respondió: «Altísimo Señor y Padre de miseri«cordias, ateniendo el precio inestimable de vuestra sangre y la so«breabundancia de los méritos de vuestra dolorosa muerte, os pido «con toda humildad y rendimiento un favor, muy del agrado de «vuestra piedad para los hijos de vuestra Iglesia: concededme, dul«císimo Señor mio, que todos los fieles que entren en esta santa casa «contritos y confesados, ganen indulgencia plenaria y total remision «de todas las culpas, y queden libres de las penas debidas por la «satisfaccion, y reducidos al feliz estado en que los puso la prime«ra gracia que recibieron en el santo Bautismo. Y Vos, soberana «Reina de los Ángeles y Madre de mi Señor, ya que vuestra gran «piedad os ha merecido el glorioso título de abogada de los peca«dores, sed la medianera con vuestro divino Hijo, á fin de que,

«por vuestra intercesion, conceda lo que no puede merecer este «indigno esclavo vuestro y pecador miserable.» Con el mayor agrado oyó la Vírgen Madre la súplica de su devoto siervo, y dijo á su Hijo: «Señor mio é Hijo dulcísimo de mis entrañas, la peticion que «el celador de vuestra gloria y mi devoto Francisco ha hecho á vues«tra Majestad os repite mi amor, alegando á favor de los hombres, «de quienes soy abogada, las humillaciones de esclava y los privi«legios de Madre vuestra á fin de que concedais esta gracia.» Respondió el Señor: «Francisco, mucho has pedido, pero con medio «tan eficaz como son los ruegos de mi amantísima Madre, aun á «mayores empresas puede anhelar tu celo. Yo te concedo la indul«gencia plenaria que me pides; pero quiero que vayas á mi Vica«rio, á quien dejé en la tierra plena potestad de atar y desatar las «prisiones de la culpa, y le intimes de mi parte que es mi voluntad «que confirme esta indulgencia, para que el mundo entienda la es«timacion y aprecio que debe hacer de la rúbrica de mi Vicario, á «quien dejé la fiel secretaría de mis mercedes.»

Desapareció esta celestial vision, y los compañeros del Patriarca de los pobres que habian alcanzado ver las luces y oir las voces, aunque deseaban saber el misterio, pudo mas para detenerlos el temor que para avivarlos la curiosidad. Aguardaron, pues, á que el Santo saliese de la iglesia, y pidiéronle con instancia por amor de Dios, que les diese noticia de lo sucedido. No pudo negarse á su peticion, viéndolos tan enterados de las prodigiosas señales que habian tocado, y así les participó por entero todo lo acaecido, encargándoles el secreto. La mañana siguiente eligió uno de ellos por compañero, y se partió á Perusa, donde á la sazon se hallaba el Sumo Pontífice. Obtenida audiencia y habiéndole besado el pié, le dijo: «Santísimo Padre, pocos años há que á diligencias mias se re«paró en los campos de Asis una antigua ermita consagrada á la «Madre de Dios, con advocacion de Santa María de los Ángeles. En «este nido nació y creció esta pobre Religion de los Menores, favore«cida con la proteccion de esta gran Señora: suplico, pues, humil«demente á vuestra Santidad que, á honor suyo y á la mayor hon«ra y gloria de su santísimo Hijo y bien de las almas que redimió «con el precio de su sangre, me conceda indulgencia plenaria y re«mision de todos los pecados para aquellos que, contritos y confe«sados, visitaren esta iglesia, sin que para ganarla tengan obliga«cion de dar limosna alguna.» Dificultó el Papa la concesion, por la circunstancia de pedir indulgencia plenaria sin obligacion de dar

limosna, como cosa opuesta al corriente estilo de la Iglesia romana, que no concede semejantes gracias sin el gravámen de limosnas y obras pias, con que los fieles se hagan mas capaces y se dispongan mas bien para el logro de tales indulgencias. Preguntóle por cuántos años pedia la dicha indulgencia. Á lo que respondió el seráfico Patriarca: «Santísimo Padre, yo no pido años, sino almas. «No entiendo tu peticion, replicó el Papa, ¿cómo pides almas? Lo «que yo pido á Vuestra Santidad, respondió Francisco, es que to«dos los fieles que, contritos y confesados, visitaren la iglesia de «Santa María de *Porciúncula*, queden absueltos y libres de toda «culpa y pena, como quedaron por la gracia primera del Bautis«mo.» Quedó el Papa suspenso, y le dijo: «Francisco, muy difi«cultosa es tu peticion y no practicada en la Curia.» Insistió el Serafin de Asis, diciendo: «Santísimo Padre, sepa Vuestra Santidad «que esta peticion no es mia, sino órden expresa de Nuestro Señor «Jesucristo, en cuyo nombre os lo intimo, y os hago saber que es«te es el beneplácito de su adorable voluntad.» Estas palabras hicieron tal impresion en el corazon del Sumo Pontífice que, movido de impulso divino, dijo tres veces: *Estoy satisfecho, y te concedo la gracia que pides.*

Los cardenales que se hallaron presentes extrañaron mucho esta resolucion, é intentaron disuadirle de ella con estas razones: «Bea«tísimo Padre, mire bien Vuestra Santidad que esta concesion, á «mas de ser excesiva, es perjudicial á los Santos Lugares de Jeru«salen y á las Estaciones de Roma, porque ¿quién habrá que se «determine á pasar por las incomodidades y peligros que tienen tan «largas peregrinaciones, si con menos gastos y trabajo puede lograr «en Asis lo que se busca en Jerusalen?...» Respondió el Sumo Pontífice: «La concesion ya está hecha y no conviene revocarse: lo que «podemos hacer es, modificarla y limitar la indulgencia á un dia «natural y determinado en cada año.» Vuelto despues al Santo, dijo: «Francisco, yo de plenitud de potestad concedo que todos los «fieles que, contritos y confesados, visitaren la iglesia de Santa Ma«ría de *Porciúncula* un dia natural y determinado, que empezará «desde las vísperas primeras hasta las segundas del dia siguiente, «en cada año ganen indulgencia plenaria y remision de todos sus «pecados, y esto perpétuamente.» Oyó el seráfico Padre la resolucion del Vicario de Jesucristo, y, hecha una profunda reverencia, se despidió sin hablar palabra. Díjole entonces el Papa: «Hombre «sencillo, ¿dónde vas, y qué despachos te llevas que hagan fe de

«este indulto?» Respondió Francisco: «Santísimo Padre, bástame «la palabra de Vuestra Santidad, porque siendo esta, como es, obra «de Dios, corre á cuenta de su providencia el que se haga notoria «al mundo, y tenga efecto su santa voluntad. Yo sé muy bien que «el notario que da fe de esta gracia es Cristo, sabiduría de su eterno Padre; María es el cándido papel en que se escribió con caractéres de gloria, como todas las demás gracias que compendió en «ella el dedo de Dios, ó sea el Espíritu Santo, y los testigos son los «Ángeles, de cuyo antiguo testimonio tienen la autoridad las obras «del Altísimo.» Esta respuesta hija fue de su fe y humildad, que daban alientos á la firmeza de su esperanza fundada en la infalibilidad de las divinas promesas. No se acordó el Serafin de Asis de los estilos de la Curia, porque como negociaba con Dios, sacando sus despachos del tribunal de su misericordia, no le ocurrió que fuesen necesarias humanas diligencias, excepto aquellas que le prescribió la voz de Dios, cuando le mandó que le diese la noticia á su Vicario.

Despues de concluida su audiencia, salió san Francisco de Perusa para regresar á Asis, y, llegando á la mitad del camino, se sintió interiormente tocado de la visitacion divina; y como tan práctico en las vias de la perfeccion, acogió con agrado estos movimientos, haciéndose mas capaz de nuevas gracias con la obediencia pronta á las divinas inspiraciones. Apartóse del compañero buscando la soledad, y en ella derramó como agua su corazon en hacimiento de gracias por los frecuentes beneficios que recibia de la mano liberal de su Dios, y singularmente por el buen suceso que habia tenido su pretension en la Curia pontificia. Revelóle el Señor como la indulgencia que habia aprobado su Vicario en la tierra estaba ya confirmada en el cielo. Participó despues á su compañero esta alegre noticia para que le ayudase á ser agradecido, correspondiendo en parte con sus fervores á la grandeza de su obligacion. Llegó al convento de la *Porciúncula*, y en los dos años siguientes no tuvo efecto la indulgencia; porque no hubo oportunidad de sacar los despachos para la promulgacion, á causa de la turbulencia de los tiempos y viajes del Sumo Pontífice. Afligíale mucho esta dilacion, por ver paralizado el fruto que esperaba recoger á beneficio de las almas; y así instaba al Señor que lo dispusiese con la suavidad y fortaleza de su providencia.

Absorto estaba nuestro Santo en las dulzuras de la contemplacion una noche de los primeros dias del mes de enero de 1223, cuan-

do el comun enemigo, que hasta entonces habia combatido al animoso soldado de Cristo con fierezas y crueldades, mudó todas sus baterías, y le acometió con lisonjas y compasiones. Aparecióseele como ángel de luz, y le dijo: «Francisco, ¿cómo te das tanta prisa «por acabar con esa vida que ha sido y será de tanto provecho pa«ra la universal Iglesia? Gastar en la oracion las noches enteras sin «darle al cuerpo la necesaria refeccion del sueño, es una impiedad «ajena del Cristianismo que, fundado en las máximas de la caridad, «condena que el hombre se dé voluntariamente la muerte. Las vir«tudes dejan de ser virtudes, si tocan en los extremos; y pierden «toda su sazon, si les falta la sal de la prudencia. La oracion es un «ejercicio en que gasta el alma sus mas puros afectos, cuya nimie«dad y eficacia sofocan el calor natural, y consumen los espíritus «vitales del corazon, y cuanto tiene de provechosa si es moderada, «viene á tener de inútil si es continua; porque flaqueando la cabe«za con la atencion demasiada y la disipacion de los espíritus, cuan«do se busca la devocion se encuentra el delirio. No es esta la pri«mera vez que te he dado este aviso; pero viéndote tan poco corre«gido, temo que te pierdas por caprichoso, y que con la nimiedad «indiscreta de tu celo cortes los vuelos á tu principal vocacion, que «es ganar muchas almas. Ahora estás en la mejor sazon de lograr «este precioso fruto; porque tu edad no es mucha, es madura, «amaestrada de las experiencias y ayudada de la opinion que el «buen olor de las virtudes ha ganado entre los hombres. Tu Reli«gion, aunque está bien dilatada, todavía es planta nueva y tierna «que necesita del cultivo de tu mano. Si en la breve ausencia que «hiciste á la Siria se marchitaron sus verdores, ¿qué esperas suce«da, si por la indiscrecion de tus penitencias perdieses la vida? Tem«pla, pues, el rigor de estas austeridades, y atiende á que naciste «para el bien de muchos, al que debes posponer el tuyo propio. «Fuera de que tu mayor bien es ser bueno para todos; y este mo«tivo debe empeñarte á que atiendas en lo posible á tu conserva«cion. Conténtate con los deseos de la mortificacion, y deja su ejer«cicio para los que tienen rebeldes sus pasiones, pues la Iglesia te «ha menester mas vivo que mortificado;» y dicho esto desapareció.

Como el dañado aliento de esta bestia es venenoso, ocasionó en el corazon del Santo un turbulento desasosiego, que le dejó bien seguro de su infame causa. Levantóse de la oracion, desnudóse el hábito, y quedandò en paños menores, salió de la celdilla del extremo del huerto en donde oraba, y una vez fuera de la cerca, se

arrojó en unas zarzas, cuyas penetrantes espinas con el riego de su sangre se convirtieron en bellísimas rosas, unas blancas y otras purpúreas. «Ó maldito consejero, decia, ¿quitarme querias el ejercicio «de la penitencia? Claro está, quisieras hacerme acomodado para «tenerme por tuyo; pero así respondo á la sofistería de tus engaños «con la sutileza de estas espinas. No puedo vengarme de tu mali«cia, sino despreciando tu soberbia, y castigando en mi carne con las «puntas de este espino tus atrevimientos. Desengáñate, rebelde é in«feliz espíritu, que no quiero vivir sin padecer, ni he de buscar des«cansos, sino penas, para sentir en el modo que me sea posible los «dolores y tormentos que padeció por mi amor mi maestro Jesu«cristo.»

Estando así bañado en su sangre y hecho su cuerpo una llaga, se aparecieron una multitud de Ángeles que llenaron de resplandor todos los alrededores. Diéronle los parabienes de tan insigne victoria, y le dijeron: «Francisco, triunfador valiente de los engaños del «demonio, levántate, sal presto de la espesura de esa zarza, y ca«mina en seguimiento nuestro á la iglesia, donde te esperan Cristo «nuestro Señor y su purísima Madre y Reina nuestra.» Salió de la zarza, y se vió milagrosamente cubierto con una ropa candidísima; y cogiendo por mandato de los Ángeles doce rosas blancas y doce encarnadas, de las muchas que produjo la zarza que fue instrumento de su martirio, tomó la senda que guiaba á la iglesia, la que á la vista estaba cubierta y entapizada con preciosas alfombras. Entró en la iglesia, y vió en ella á Cristo y su santísima Madre asistidos de innumerable multitud de Ángeles. Adoró postrado en tierra á la Majestad soberana, diciendo: «Omnipotente Dueño de cielos y tier«ra y piadoso Salvador del linaje humano, os ruego con humildad, «por las grandezas de vuestra inefable misericordia, os sirvais de«terminar el dia dichoso en que haya de tener efecto la indulgencia «que me concedió vuestra dignacion, por ruegos de vuestra santí«sima Madre y mi Señora. Y á Vos, Reina y Madre purísima, en «quien han tenido siempre feliz éxito mis esperanzas, suplico ro«gueis á vuestro amantísimo Hijo me conceda este favor para bien «de las almas redimidas con el precio de su sangre.» Á los ruegos de María santísima respondió propicio su benditísimo Hijo, diciendo: «Francisco, yo te concedo lo que me pides por mi Madre dul«císima, y quiero que el dia sea aquel en el cual mi apóstol Pedro «fue desatado de las cadenas (el dia 1.° de agosto), empezando des«de las segundas vísperas y acabando en las del dia siguiente, in-

«clusa la noche intermedia: durante cuyo tiempo, cualquiera que «entre en esta iglesia alcance la indulgencia plenaria que tú pedis«te. Pero, Señor, repuso Francisco, ¿cómo sabrán esto los hombres, «y cómo me darán crédito? Esto se hará, respondió el Señor, con «mi favor y el auxilio de mi gracia; tú entre tanto partirás á Roma «y notificarás á mi Vicario ser este mi beneplácito, pues yo moveré «su corazon para que todo tenga debido efecto. Y porque mi Vica«rio dé entera fe á tu legacía, llevarás á algunos de tus compañe«ros, que están noticiosos de estas maravillas, las rosas blancas y «encarnadas que cogiste de la zarza, y se las darás en mi nombre, «con lo que tendrán mi voluntad y tu pretension entero cumpli«miento.» Dicho esto, el coro de los Ángeles entonó el himno *Te Deum laudamus*, que concluyó con suavísima armonía, y desapareció toda aquella celestial vision, dejando enajenado al Santo en júbilos de alegría.

Gozoso y confiado el dia siguiente el seráfico Patriarca, tomó tres rosas blancas y tres encarnadas en reverencia del inefable misterio de la beatísima Trinidad, y con tres compañeros suyos partió á la ciudad de Roma, y en San Juan de Letran, habiendo ofrecido los debidos homenajes al Sumo Pontífice, le refirió todo el suceso, dando por testigos á sus compañeros que estaban enterados de tantos misterios, y, para dar mas fe á su legacía, le ofreció las rosas blancas y encarnadas. Quedó maravillado el Papa, viendo en el tiempo mas riguroso del año y en lo mas erizado del invierno rosas de tan rara belleza, frescura y admirable fragancia, y dijo: «¡Qué testi«timonio mas irrefragable de esta verdad que estas rosas, en que «veo y admiro otras tantas maravillas, que son las voces con que se «explica la Omnipotencia! Creo ser así como dices la voluntad de «Dios; pero el asunto se ha de proponer al consejo de nuestros her«manos los cardenales, con cuya aprobacion y consentimiento ten«ga mayor celebridad esta gracia.» Entre tanto dió órden á sus domésticos que en palacio acogiesen con decoro á aquellos religiosos y les suministrasen cuanto hubiesen menester. El dia siguiente compareció el bienaventurado Padre con sus compañeros al consistorio sagrado, y postrándose en tierra, dijo: «Dignísimo Vicario de Cris«to, dignaos cumplir la voluntad del Señor y de la Vírgen Madre «en la materia que os he propuesto.» Respondióle el Papa: «Aun«que ya me has enterado de todo, vuelve, no obstante, á decirlo «aquí en presencia de mis hermanos los cardenales.» Entonces hecha una circunstanciada relacion de todo lo acaecido, conclu-

yó Francisco, diciendo: «La voluntad de Dios es que cualquiera «que desde las vísperas del dia 1.° de agosto hasta las vísperas del «dia siguiente entrare en la iglesia de Santa María de los Ánge-«les de Asis, reciba plena remision de todos los pecados que ha-«ya cometido desde el dia del Bautismo hasta el momento en que «entre en dicha iglesia, y asimismo quede libre de la pena por «ellos merecida, con tal que se haya confesado con corazon con-«trito y humillado.» En seguida el mismo Pontífice mostró las tres rosas blancas y las tres encarnadas, que fueron de grande admiracion y placer á los cardenales, tocando su hermosura y oliendo su suavidad tan intempestiva como en los rigores de enero. Hablóse largamente de este asunto en el consistorio, y penetrado el Sumo Pontífice de que esto habia sido del agrado de Cristo por los ruegos de su inmaculada Madre, concedió públicamente la indulgencia pedida, ó mas bien la confirmó. Escribió despues al obispo de Asis y á otros seis obispos de aquella comarca, que el dia 1.° de agosto se reuniesen en la referida iglesia para promulgar solemnemente la indulgencia de la *Porciúncula*.

Á la manera que las industriosas abejas en los alegres dias de la primavera recorren presurosas las flores y posan sobre ellas para lamer y extraer con su trompa el delicioso almíbar que contienen, y recoger al propio tiempo de los estambres el pólen para fabricar la mas dulce y sabrosa miel, así tambien, no solo los vecinos de Asis y lugares comarcanos, sí que tambien muchísimos venidos de lejanos países, anhelando chupar el celeste rocío, acumular tesoros de gracia y formar en su interior el hermoso panal de las virtudes, llegado el ansiado dia de la promulgacion de la indulgencia de la *Porciúncula*, de todas partes se veian afluir en tropel solícitos de su salvacion, sin perdonar gastos ni fatigas, con tal que pudiesen tener la envidiable dicha de saborear las bendiciones celestiales y ganar la especialísima y sin igual indulgencia que de un modo tan solemne se iba á promulgar. Se habia preparado de antemano un tablado, desde donde pudiesen los obispos promulgar la indulgencia. Estando ya todo provisto, estos aconsejaron á Francisco que subiese á predicar en el púlpito prevenido en el mismo tablado. Obedeció el Santo, é hizo un fervoroso sermon, en el cual, ponderando las misericordias del Altísimo, expuso lo que habia sucedido, y concluyó diciendo, que tanto Cristo nuestro Señor como su vicario el Papa le habian concedido perpétuamente aquella indulgencia para el dia señalado. Al oir los obispos que el Santo decia

que la indulgencia era perpétua, lo tomaron á mal: intentaron despues reconvenirle, y le dijeron que iban á publicar la indulgencia, pero duradera únicamente por el espacio de diez años. Francisco respondió con mucha humildad, que la mente del Sumo Pontífice era que la indulgencia fuese perpétua, que así se la habia concedido el mismo Jesucristo y confirmado Su Santidad. Poco crédulos los obispos á las palabras del santo Patriarca, resolvieron rectificar lo que él habia dicho sobre la perpetuidad, y de comun consentimiento de los otros se levantó el obispo de Asis, y, queriendo decir *por diez años*, dijo contra su voluntad *perpétua*. Súpoles mal á los otros, quienes, siguiendo aun en su primer modo de pensar, se levantaron, y sucesivamente con voces altas hablaron contra lo mismo que sentian, mudándoles á todos el Señor las palabras, y dándoles á entender con este admirable suceso que su voluntad era que la indulgencia fuese perpétua todos los años, conforme habia predicado san Francisco. Esto les causó grande admiracion. De esta manera, con entusiastas aclamaciones y universal alegría de todos los presentes, fue promulgada la indulgencia de la *Porciúncula*. Los obispos no solo reconocieron y publicaron ser esta la voluntad de Dios, síno que depusieron con juramento y suscribieron á este prodigio. Iguales testimonios fehacientes dieron las autoridades locales y la nobleza de Asis, cuyos documentos quedaron depositados en el archivo. Los cronistas refieren que, cuando el seráfico Padre predicaba el sermon, tenia en la mano una cédula, y, elevando tiernamente la voz y con gran fervor de espíritu lo que en ella estaba escrito, á menudo repetia: *Quiero enviaros á todos al paraíso.*

La Iglesia, madre cariñosa de sus hijos, viendo que los fieles apartados de Asis por la distancia del camino ú otros inconvenientes no podian aprovecharse de gracia tan singular, fué extendiendo y ampliando esta indulgencia á otros puntos, hasta que por concesiones de Gregorio XV de 4 de julio de 1622, y de Benedicto XIV de 25 de setiembre de 1741, etc., todo fiel cristiano puede actualmente ganar la indulgencia de la *Porciúncula* en cualquier iglesia de religiosos ó religiosas de san Francisco, sean de la familia que sean, ora estén las religiosas sujetas al Ordinario, ora no lo estén. Hay algunas otras iglesias en que, por especial gracia de la Santa Sede apostólica, se puede disfrutar de este inapreciable tesoro.

Á tenor de las disposiciones pontificias, para ganar la indulgencia de la *Porciúncula* se requieren tres condiciones:

1.ª *Confesion.* El sacramento de la Penitencia debe recibirse aun-

que no se considere reo de culpa grave; pero aquel que no teniendo legítimo impedimento acostumbra confesarse á lo menos una vez cada semana, y no sabe que haya cometido culpa mortal desde la última confesion, puede ganar esta indulgencia sin necesidad de volverse á confesar. (*Sacr. Congr. Indulg.* 15 *decembr.* 1841).

2.ª *Comunion.* Toda persona adulta que quiera ganar esta indulgencia ha de recibir la sagrada Comunion [1], y no basta la costumbre de comulgar cada ocho dias, ni aunque fuese con mas frecuencia.

Advertencias. 1.ª La confesion y comunion pueden practicarse en cualquier iglesia [2]. 2.ª Pueden efectuarse ya sea el dia 1.°, ya el dia 2 de agosto, y no importa que se verifique esto antes ó despues de la visita de la iglesia en la que puede ganarse la indulgencia de la *Porciúncula.*

3.ª *Visita.* La visita puede hacerse desde las dos de la tarde del dia 1.° de agosto, hasta la puesta del sol del dia siguiente [3]. Durante la visita, se han de dirigir algunas piadosas súplicas á Dios por la concordia entre los príncipes cristianos, extirpacion de las herejías y exaltacion de la santa Iglesia [4]. No está asignada la oracion que se ha de recitar ni su duracion, pero bastará rezar seis veces el *Padre nuestro, Ave María* y *Gloria Patri,* rogando á la intencion del Sumo Pontífice.

Nótese: que seria muy útil que aquellos que saben leer, para hacer las visitas usasen el modo que sigue á continuacion, por mas que no estén á ello obligados.

La dicha indulgencia de la *Porciúncula* puede ganarse tantas cuantas veces se repita la visita. Una de las visitas puede cualquiera aplicarla á sí mismo; pero las restantes deben aplicarse por modo de sufragio para los fieles difuntos [5]. Al empezar las visitas es muy regular que cada cual procure aplicarse la primera visita para sí propio, y en las demás visitas para los difuntos es muy del caso que en cada visita la aplicacion sea para algun difunto determinado; v. g. una visita se aplica por el alma del padre, otra por la de la madre, la siguiente por la de una hermana, etc., y seria bueno que se sustituyese otro difunto para el caso que no necesitase la tal in-

[1] Gregorius XV, brevi *Splendor,* 4 julii 1622.
[2] Sacr. Congr. Ind. 23 februarii 1847 et 8 julii 1850.
[3] Id. Gregorius, brevi *Splendor,* ut supra.
[4] Id. id.
[5] Innocentius XI, brevi *Alias,* 12 januarii 1687.

dulgencia aquel difunto para quien principalmente se aplica. Despues de cada visita acostumbran los fieles salir del templo, y despues de pasearse un poquito, vuelven á entrar para hacer otra visita, y así se va practicando tanto el dia 1.° como el dia 2 de agosto. De este modo se hace en todas partes, y á esta costumbre aludia continuamente la sagrada Congregacion, cuando, siempre que era consultada sobre si se podia ganar esta indulgencia tantas veces cuantas se repetia la visita, respondia, *servandum esse solitum;* esto es, que se habia de guardar lo acostumbrado. Finalmente la sagrada Congregacion, para evitar nuevas consultas, no se contentó con responder que se guardase lo acostumbrado, sino que respondió claramente que los que por la *Porciúncula* visitaban las iglesias del Órden de san Francisco, y oraban allí un poquito, ganaban indulgencia plenaria tantas cuantas veces repetian la visita [1].

MODO CON QUE SE PODRÁ HACER Y OFRECER LA VISITA DE PORCIÚNCULA.

Arrodillado y hecha la señal de la cruz, se preparará con un fervoroso acto de contricion y en seguida podrá hacer la siguiente

Aplicacion de la indulgencia para sí mismo.

Ó divino Salvador mio, que habeis bajado sobre la tierra para abrasarla en la llama de vuestro amor; inflamad en mi corazon ese fuego sagrado, para que pueda ganar cumplidamente para mí mismo la indulgencia concedida por vuestra infinita misericordia. Atraedme á Vos, unidme á Vos, transformadme en Vos, á fin de que, habiéndoos seguido fielmente durante la vida por el camino que me habeis trazado con vuestra sangre, pueda despues venir luego á gozar las celestiales delicias y cantar las eternas misericordias. Amen.

Aplicacion para algun difunto.

Ó piadosísimo Redentor, los excesivos tormentos que sufren las afligidas almas del purgatorio y el inmenso amor con que las amais, porque están estrechamente unidas á Vos por los lazos indisolubles de la caridad, es lo que me anima á implorar por ellas vuestra inefable clemencia; y la indulgencia que con los auxilios de vuestra gracia intento ganar en esta visita, la aplico en sufragio del alma

[1] Sacr. Congr. sub die 23 februarii 1847 et 8 julii 1850.

de N., y si á ella no puede aprovechar, la aplico á la que sea de vuestro mayor agrado y de mi especial obligacion. Dignaos, Señor, aceptarla plenamente, y haced que desde ahora suba á recibir el eterno ósculo de paz en la gloria. Amen.

Despues de aplicada la indulgencia, salúdese á la Reina de los Ángeles con la *Salve Regina*, y en seguida, á la intencion del Sumo Pontífice se dirá la siguiente

Oracion.

Ó Jesús amantísimo, que habeis prometido asistir á vuestra esposa la Iglesia hasta la consumacion de los siglos, miradla con la grandeza de vuestra bondad y segun la multitud de vuestras misericordias, y extended vuestra poderosa mano para calmar los vientos y tempestades que rudamente la azotan. Consolad, sostened, alentad al Sumo Pontífice, vuestro vicario sobre la tierra, contra quien está conjurada la impiedad. Ostentad, Señor, el poder de vuestra omnipotente diestra y exaltad la santa fe católica, á fin de que, con su celestial brillo y pureza, atraiga todos los entendimientos al conocimiento de la verdad y todos los corazones al amor de la virtud. Extirpad todas las herejías y errores, desbaratad las pérfidas é hipócritas maquinaciones de los que se deleitan en desgarrar las entrañas de tan bondadosa Madre, convertid á los pecadores y perfeccionad á los justos. Conceded una perfecta union y concordia entre los príncipes cristianos, infundid un santo temor á sus consejeros y ministros, y atended, finalmente, con entrañas paternales á vuestro católico reino y á sus reyes, alentad la fe que tan pura conservan y con la que tanto se esmeran en tributaros sus debidos y respetuosos homenajes. Y Vos, ó Vírgen Madre, Reina de los Ángeles y refugio de pecadores, asistidme, acogedme bajo vuestro maternal manto, y alcanzadme de vuestro divino Hijo las gracias especiales que necesito para serle fiel hasta la muerte, y alabarle despues eternamente en compañía vuestra en la celestial patria. Así sea.

SAN ESTÉBAN, PAPA Y MÁRTIR.

San Estéban papa, primero de este nombre, fue hijo de Julio, ciudadano romano. Nació hácia el fin del siglo II; y aunque se tienen pocas noticias de los primeros años de su niñez, hay razones para creer que su familia era cristiana, y que el niño fue criado en los principios y máximas de la verdadera Religion. Como su corazon



era naturalmente bien inclinado, y estaba dotado de excelente ingenio, se dedicó al estudio de las letras humanas y divinas, pero singularmente al de la ciencia de los Santos; y en poco tiempo se hizo un lugar muy distinguido entre los fieles de Roma. Siendo de poca edad fue recibido en el clero, y por la pureza de sus costumbres, por el celo de la Religion, por su sabiduría y por su mérito captó la admiracion y el concepto universal, considerándole todos por digno de los primeros empleos de la Iglesia. Los papas san Cornelio y san Lucio, sus predecesores, hicieron juicio que no debian dejar escondida debajo del celemin aquella brillante antorcha. Ordenáronle de diácono, y despues le hicieron arcediano de la Iglesia romana (dignidad que ponia á su cargo la custodia y la distribucion del tesoro de la Iglesia) dándole al mismo tiempo jurisdiccion de vicario; lo que acredita la estimacion que hacian de su mérito y de su mucha virtud.

Jamás se habia visto la Iglesia, al parecer, agitada de mas violentas tempestades, ni combatida de mas artificiosos y mas malignos enemigos, que hácia el fin del año 254, en que murió el papa san Lucio. Novaciano, presbítero de la Iglesia romana, y Novato, presbítero asimismo de la de Cartago, el primero antipapa, los dos cismáticos, y ambos herejes, tenian muchos parciales de sus errores en Oriente y en Occidente hasta en el mismo gremio de los obispos. Aunque san Cipriano de Cartago y san Dionisio de Alejandría se habian opuesto con valor á sus impiedades, consiguiendo que fuesen condenados por varios concilios, no por eso dejaba de inficionar á muchos el veneno de la herejía; y su partido, con el engañoso pretexto de reforma, hacia desertar á muchos fieles de las banderas de Jesucristo, y adelantaba cada dia nuevas conquistas. Defendian que no debian ser admitidos á la comunion los que hubiesen caido en el crímen de idolatría; y sus sectarios, extendiendo esta errada doctrina á todo género de culpas, quitaban á la Iglesia el poder para atar y desatar. Condenaban las segundas nupcias, y obstinadamente sostenian que debian ser rebautizados todos aquellos que despues del bautismo hubiesen cometido algun pecado mortal. Aprovechándose los gentiles de aquellas funestas divisiones, perseguian cruelmente á los Cristianos, incitando á los Emperadores y á los magistrados para que hiciesen sangrienta guerra á la Iglesia. Viendo los santos papas Cornelio y Lucio tan combatida la navecilla de san Pedro, y fluctuando entre las encrespadas olas, llamaron á nuestro Santo para que les ayudase á gobernar el timon en un tiempo en que jamás habian sido los escollos mas frecuentes, ni las borrascas mas deshechas. Por su virtud, por

su doctrina y por su celo se granjeó, aun en vida de sus predecesores, todos los sufragios del público para ocupar el lugar á que el cielo le tenia destinado. Habiendo terminado san Lucio gloriosamente su carrera, coronando con el martirio su pontificado, por unánime consentimiento fue electo sumo pontífice san Estéban el año de 257. Dice Anastasio que san Cornelio, seis meses antes de morir, le habia entregado todos los bienes de la Iglesia, y que san Lucio al tiempo de su muerte le confió todo el rebaño, recomendándole toda la Iglesia afligida. Algunos son tambien de opinion que san Estéban gobernó la Iglesia como vicario de san Lucio, que fue desterrado pocos dias despues de su eleccion.

Luego que se sentó en la cátedra de san Pedro, se dedicó enteramente á desempeñar todas las obligaciones de aquella suprema dignidad. Ofreciéronsele presto ocasiones en que resplandecieron su virtud, su celo y su gran capacidad. Por mas artificios de que se valieron los herejes para sorprenderle, ó para intimidarle, siempre y en todas ocasiones el santo Pontífice se mostró azote de la herejía, defensor de los sagrados cánones, y oráculo de la Iglesia.

Fueron acusados y convencidos de *libeláticos* Basílides, obispo de Astorga en España, y Marcial, obispo de Mérida. Llamábanse *libeláticos* aquellos cobardes cristianos que, si bien no habian sacrificado á los ídolos, daban ó recibian certificaciones falsas de haber sacrificado, para libertar por este medio su vida, su libertad y sus bienes. Á este delito de los dos Prelados se añadian otros tan enormes, que los hacian indignos de la mitra, viéndose precisados los obispos de España á deponerlos, y á nombrarles sucesores. Acudieron al papa Basílides y Marcial, haciendo cuanto pudieron para engañarle. Recibiólos, y los oyó con tanto amor y con tanta benignidad, que ya se daban por restituidos á sus sillas; pero luego que el santo Pontífice recibió las cartas de san Cipriano y de los obispos de España en que le informaban de los delitos que habian cometido, no quiso verlos mas, y mantuvo inflexible su teson.

Pero lo que da mayor idea del alto mérito de nuestro Santo es la célebre disputa que se suscitó entre los mas santos y mas sábios obispos de la Iglesia sobre el valor ó nulidad del bautismo conferido por los herejes. Parece que esta disputa tuvo principio en la iglesia de Cartago, donde san Cipriano, fundándose en la práctica de su predecesor Agripino, enseñaba que era nulo todo bautismo fuera de la Iglesia católica, y, por consiguiente, que se debian rebautizar todos los herejes que se reconciliaban con ella. Siguieron esta misma opi-

nion los obispos de Oriente, que se juntaron en Iconio, y fue la dominante así en el Oriente como en el África. Pero san Estéban la condenó, y declaró que respecto de los que volvian al gremio de la Iglesia, de cualquiera secta que fuesen, *nihil innovetur*, nada se debia innovar, sino seguir precisamente la tradicion, que era imponerles las manos por la penitencia, sin rebautizarlos, una vez que hubiesen sido bautizados en el nombre de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por otra parte no se hubiese omitido cosa alguna de las esenciales al Bautismo.

Costó trabajo á san Cipriano mudar de parecer. Convocó muchos concilios que confirmaron su opinion, y en virtud de esto escribió al Papa. Lo mismo hicieron los obispos de Oriente; pero san Estéban, guiado del Espíritu Santo, que gobierna siempre la Iglesia, y asistido con aquellos auxilios sobrenaturales que Jesucristo prometió á su Vicario hasta el fin de los siglos, ni se deslumbró á vista del mérito, ni se acobardó con el número de los que se oponian á su declaracion; y así escribió resueltamente á san Cipriano y á los obispos de Cilicia, de Capadocia y Galacia, que se separaria de su comunion, si persistian en su opinion sobre el bautismo de los herejes. Con el tiempo se redujeron todos los obispos de Oriente á la decision del Pontífice, contribuyendo no poco á este feliz suceso san Dionisio, obispo de Alejandría. Mayor fue la resistencia de los obispos africanos; pero al fin toda la Iglesia abrazó lo definido por san Estéban. Tambien tuvo el consuelo de saber por carta de san Dionisio Alejandrino que en general todo el Oriente habia abandonado el partido de los Novacianos, uniéndose con Roma; y al mismo tiempo que le participa esta gustosa noticia, se congratula con el santo Papa de los socorros espirituales y temporales que solicitaba á los fieles de Siria y Arabia; prueba evidente de lo mucho á que se extendia su caridad y vigilancia pastoral, dilatándose esta á todas las necesidades de la Iglesia, siendo su celo tan inmenso como aquella.

Al principio de su pontificado Faustino, obispo de Lyon, y san Cipriano, le escribieron que Marciano, obispo de Arles, daba en los errores de los Novacianos, y se habia declarado parcial de aquella secta: al punto procedió contra él con todo el vigor de su celo; pero siempre acompañado de mucha blandura y caridad. Con la paz que gozó la Iglesia los primeros años del imperio de Valeriano pudo el santo Pastor cuidar de su rebaño con toda libertad, desviándole de los pastos inficionados; pero duró poco esta dulce tranquilidad. Marciano, su primer ministro, y uno de los enemigos mas mortales del

nombre cristiano, mudó la voluntad del Príncipe, y le indujo á declarar la guerra á nuestra santa Religion; en cuyas circunstancias no perdonó san Estéban medio ni diligencia para fortalecer á los fieles contra la tempestad que les amenazaba.

Publicó el Emperador un edicto por el cual confiscaba los bienes de los Cristianos, y los concedia al que los denunciase. Con esta ocasion convocó el santo Papa al clero y al pueblo; y habló con tanta energía y con tanta eficacia sobre la vanidad de los bienes de esta vida, inspirando á todos tan animoso valor, que un presbítero llamado Bono, arrebatado de un santo fervor, exclamó á nombre de todos, que no solo estaban prontos á perder todos sus bienes, sino á padecer los mas crueles tormentos, y á dar la vida por Jesucristo; declaracion que fue recibida con aplauso universal. Encendido el fuego de la persecucion, es indecible el ardor con que todos se disponian al martirio. El santo Papa andaba de casa en casa, y pasaba los dias en lugares subterráneos, ofreciendo el santo sacrificio, y dando á los fieles la sagrada Comunion. En un solo dia bautizó ciento y ochenta catecúmenos, administróles el sacramento de la Confirmacion, dicen las actas, ofreció por ellos el sacrificio incruento, sustentólos con el pan de los fuertes, y pocos dias despues cási todos merecieron recibir la corona del martirio.

No dudando el santo Pontífice que él mismo seria tambien dichosa víctima dentro de poco tiempo, quiso dar providencia en las necesidades de la Iglesia. Arregló lo que mas urgia en la actual constitucion de los negocios para el gobierno de su querido rebaño; encargóselo á tres presbíteros, siete diáconos y diez y seis clérigos, á quienes encomendó la custodia de los vasos sagrados y la distribucion de las limosnas. Al mismo tiempo que daba estas providencias, poniendo órden en todo, Nemesio, tribuno militar, andaba buscando al santo Papa, por haber oido que era hombre extraordinario, de mucho poder con Dios, y que hacia grandes milagros. Tenia el Tribuno una hija única, ciega desde su nacimiento, á quien amaba tiernamente. Encontró en fin á san Estéban, y le suplicó que diese vista á su hija. Harélo, respondió el Santo, pero con condicion de que has de creer en Jesucristo, en cuyo nombre y virtud he de obrar el milagro. Sin detenerse un punto lo prometió todo Nemesio, y asegurando con juramento que se haria cristiano, desde luego creyó en Jesucristo, y pidió el Bautismo. Instruyóle el Papa, y bautizóle juntamente con su hija, la cual cobró la vista luego que recibió el Bautismo, y se la dió el nombre de Lucila. Á vista de esta maravilla se convirtie-

ron y se bautizaron sesenta y tres gentiles, creciendo cada dia tanto el número de los Cristianos, que san Estéban, corriendo dia y noche las grutas en que estaban escondidos para alentarlos, consolarlos, asistirlos y decirles el santo sacrificio de la misa, continuamente estaba administrando el santo Bautismo á los que habia instruido.

Fueron mientras tanto arrestados Nemesio y su hija Lucila, como tambien Sempronio, su primer secretario, ó mayordomo de su casa, á quien el juez le mandó que pena de la vida declarase el estado de todos los bienes de su amo. Respondió el fiel criado que el Tribuno nada tenia absolutamente desde que todo lo habia repartido entre los pobres. *¿Luego tú tambien eres cristiano como tu amo?* replicó Olimpo, que así se llamaba el juez. *Esa dicha tengo, y me honro mucho con ella,* respondió Sempronio. Irritado Olimpo con esta respuesta, hizo traer una estatua del dios Marte, y mandó á Sempronio, en nombre de aquella mentida deidad, que declarase los tesoros de Nemesio. Mirando Sempronio con indignacion al ídolo, exclamó: *Confúndate Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y hágate pedazos en este mismo instante.* Al momento cayó el ídolo á sus piés reducido en polvo. Asombró á Olimpo el milagro; y abriendo los ojos del alma, creyó que todos sus dioses eran quimeras, y que no habia otro verdadero Dios que Jesucristo. Descubrióse á Exuperia, su mujer, que interiormente era cristiana; esta le confirmó en su pensamiento, y le aconsejó que se convirtiese. Hízolo con toda su familia: acudiendo san Estéban informado de lo que pasaba, instruyólos, bautizólos, y los exhortó á la perseverancia.

Metió mucho ruido en Roma la conversion de una familia tan conocida; y noticioso el Emperador, lleno de ira mandó que á todos les quitasen la vida en un mismo dia, teniendo el santo Papa el consuelo de darles á todos sepultura. La misma suerte lograron otros doce clérigos ó presbíteros de su iglesia, á cuya frente estaba el fervoroso presbítero Bono. Habiendo enviado al cielo delante de sí el santo Pontífice tanto número de generosos Mártires, suspiraba tiempo habia por la misma corona, y al fin la consiguió. Mandóle prender el Emperador, y quiso verle. Preguntóle luego si era él aquel sedicioso que turbaba el Estado, desviando al pueblo del culto debido á los dioses del imperio. *Señor,* respondió el Santo, *yo no turbo el Estado; solo exhorto al pueblo á que no rinda culto á los demonios, y á que adore al verdadero Dios, á quien únicamente se le debe.*—*Impío,* exclamó el Emperador, *esa blasfemia que acabas de proferir la vengará tu muerte;* y volviéndose á los soldados de su guardia, aña-

dió: *Quiero que sea conducido al templo del dios Marte, y que allí sea degollado y ofrecido en sacrificio.* Ejecutóse la órden, lleváronle al templo de Marte; pero apenas llegó cuando el cielo rompió en truenos, relámpagos y rayos; cayó en tierra el templo, y huyeron todos los gentiles. Quedó Estéban solo con los cristianos que le habian seguido; retiróse con ellos al lugar donde acostumbraban juntarse, y ofreció el divino sacrificio. No bien acabó de celebrar el del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, cuando vió acercarse el feliz momento en que él mismo habia de hacer el de su vida; porque entrando los soldados que le andaban buscando por todas partes, le degollaron sobre su misma silla pontifical cuando estaba exhortando á los Cristianos al martirio. Sucedió el suyo el dia 2 de agosto, hácia el año de 249, y su santo cuerpo, con la silla en que fue sacrificado, bañada toda de su sangre, fue enterrado por los Cristianos en el cementerio de Calixto. Trasladóse su cabeza á Colonia, donde es singularmente venerada.

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO.

Los venturosos progenitores del bienaventurado san Alfonso María de Ligorio fueron D. José de Ligorio, caballero del órden patricio de la ciudad de Nápoles, y D.ª Ana Catalina Cavalieri, señora de la ciudad de Brindis. El padre era generalmente respetado, así por la nobleza de su nacimiento, de sus talentos militares y cargos honoríficos que desempeñaba con integridad y prudencia, como por el conjunto de virtudes cristianas que le adornaban. Distinguíase su madre en las prácticas de piedad y de mortificacion. Nuestro Santo fue bautizado con los nombres de Alfonso María el 29 de setiembre del año 1696, en la iglesia parroquial de las *Vírgenes* en Nápoles, habiendo nacido el dia 27 en *Marianella*, pueblo poco distante de aquella ciudad. En su juventud era ya un ejemplar de todas las virtudes, dando indicios de lo acepto que seria á Dios y á los hombres. Así lo predijo el beato Francisco de Jerónimo, de la Compañía de Jesús, diciendo á su madre: «Este niño vivirá viejo, viejo; no morirá «antes de los noventa años; será obispo, y hará grandes cosas por «Jesucristo.» El suceso justificó en todo la verdad de la prediccion. ¡Con qué sumision y con qué docilidad acudia Alfonso á la voz de su buena madre á recibir sus instrucciones! Evitando jugar con los de su edad, amaba ya la soledad y el silencio. En sus acciones no era ya un niño; su obediencia á los padres era pronta y ciega.

Pasados los primeros años de su infancia, nuestro Alfonso fue confiado á la direccion del P. D. Tomás Pagano, sacerdote de la Congregacion del Oratorio de san Felipe Neri, de experimentada virtud y doctrina. Se acercaba dos veces á la semana al tribunal de la Penitencia, con solícita preparacion, y comenzó á gustar del pasto de la oracion, á frecuentar las iglesias, y á venerar con respeto filial á la Vírgen santísima, uniendo con la piedad cristiana el estudio de la lengua latina. ¡Con qué fervor recibió la primera comunion! Hallábase desde los diez años agregado á la Congregacion de jóvenes nobles en la casa de los Padres de san Felipe Neri, cuyo objeto era encaminarlos á la perfeccion cristiana. ¡Cuál edificaba su modestia! ¡Qué frecuencia de Sacramentos! Sin pretenderlo se hacia respetar de sus compañeros.

Observando su talento, su bella índole y su admirable memoria, su padre le dedicó al estudio de la lengua griega, elocuencia y poesía, y despues á la filosofía y á las leyes y cánones, y se aplicó tanto al estudio, que á la edad de diez y seis años se le confirió, con dispensa de edad, en 1713, el grado de doctor en ambos derechos, con admiracion pública. Constante en el mismo sistema de vida, era muy asiduo en las visitas al santísimo Sacramento del altar, y todos los años hacia los ejercicios espirituales, ó en la casa de los Padres Jesuitas, ó en la de San Vicente de Paul de la mision; y desde el 15 de agosto de 1715 quedó inscrito en la Congregacion de los doctores de la misma iglesia, siendo siempre exactísimo en la observancia bajo la conducta del mismo padre espiritual.

Emprendió con aplauso la práctica del foro, pero los designios de Dios eran muy diferentes de los del padre de Alfonso; á impulsos de la gracia se consagró con mayor eficacia al servicio de Dios. De la defensa de un pleito feudal, en que fue reconvenido de una equivocacion ó inadvertencia involuntaria, se retiró á su casa; y habiendo permanecido tres dias en su habitacion sumergido en llanto delante de una imágen de Nuestro Señor crucificado, resolvió abandonar las causas de los hombres por sostener la causa de Dios y de las almas. En aquella soledad le habló Dios al corazon, y le hizo entender que despreciando el mundo fuese su ministro en el estado eclesiástico. Venciendo todos los obstáculos obtuvo el consentimiento de su padre, absteniéndose, por no abandonarle, de entrar en la Congregacion de san Felipe Neri, segun deseaba; y el dia 23 de octubre de 1723 se presentó á su padre vestido de eclesiástico.

Su vida fue ejemplar en el nuevo estado, aventajándose en las

ciencias sagradas: enseñaba la doctrina cristiana á los niños pobres, y visitaba, consolaba y servia á los enfermos; siendo constante en las visitas al santísimo Sacramento y en las pláticas que hacia en público. Promovido san Alfonso al sacerdocio en 21 de diciembre de 1726, siendo de edad de treinta años y unos tres meses, ¡con qué sentimientos de humildad, de amor, de gratitud, y otros devotos afectos acompañados de la mas viva fe, se acercó al sagrado altar para ofrecer á Dios por primera vez la víctima del Cordero inmaculado! Y luego ¿quién podrá encarecer sus fatigas apostólicas? Habiéndosele conferido la direccion de los ejercicios espirituales del clero, no pasaba dia que no predicase en alguna iglesia la pura doctrina del Evangelio y á Jesucristo crucificado; y con tanta facundia, con tanto celo, que sus palabras eran saetas de fuego que penetraban y encendian los corazones mas frios. Aunque del púlpito bajaba rendido, se iba en derechura al confesonario, en donde se manifestaba no menos infatigable é ingenioso en excogitar medios para instruir á los ignorantes en el negocio de su salvacion, y no arredrándole las asechanzas que le armaba el espíritu infernal. Jamás estaba ocioso, y todavía se conserva la memoria de los grandes bienes espirituales que produjo san Alfonso en las comarcas de Amalsi y de Escala, en donde convaleciente de una enfermedad, y arrostrando las mayores dificultades, fundó en 1732 una Congregacion de misioneros hábiles, cuyo principal ministerio es instruir en las aldeas y por los campos á las personas ignorantes y abandonadas. Esta Congregacion, á que se dió el nombre del REDENTOR, constaba en su fundacion de diez sacerdotes, y su vida mortificada era la que describe san Juan Clímaco en su *Escala mística,* y en poco tiempo se vió propagada en varias provincias de Nápoles con maravillosos frutos. Desde que se consideró obligado con los votos y reglas del nuevo Instituto, que en 25 de febrero de 1749 fue aprobado por Benedicto XIV, reconociendo en el Fundador el espíritu del Señor, caminaba con mayor esfuerzo por el camino de la perfeccion, siendo asombrosa su maceracion y su amor á la pobreza. Precisado á aceptar el cargo de superior general de toda la nueva Congregacion, se mostró un modelo de todas las virtudes, y principalmente de la observancia; y para la edificacion de sus súbditos era mas solícito en la asistencia á los actos de comunidad, siendo al mismo tiempo el consuelo y el sosten de todos sus compañeros. Si desde su principio en el estado eclesiástico se dedicó enteramente á instruir, predicar y convertir almas á Dios, ¿cuánto mas celoso é incansable se mostraria despues

que se vió escogido de Dios para evangelizar, catequizar y promover el bien espiritual, principalmente de los pobres y de la gente del campo, con la fundacion de su nuevo Instituto? Prolijo seria enumerar aquí todos los lugares que recorrió, y las circunstancias particulares que acaecieron en su predicacion en el espacio de mas de treinta años. Baste decir que no solo en Nápoles, sino que apenas hubo provincia, ciudad ó lugar, por pequeño que fuese en todo aquel reino, en que no predicase la palabra divina, recogiendo los mas opimos frutos de sus inmensas tareas apostólicas. Jamás descansaba; siempre sediento de la conversion de las almas, procuraba que los penitentes no hallasen los confesonarios vacíos, repitiendo: «el «predicador siembra, y el confesor recoge;» y nada tenia por difícil con tal que contribuyese á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas. Sus sermones, á que siempre asistia un concurso innumerable atraido de la santidad del predicador, eran acompañados y seguidos de suspiros, lágrimas, conversiones sin número, y frecuentemente de prodigios. La mision que hizo en 1756 en Amalsi fue señalada especialmente con efectos singulares, y con sucesos admirables y prodigiosos, iluminando la Vírgen santísima con visibles rayos de luz el rostro de san Alfonso.

Entre tanto, extendiéndose la fama de su doctrina y santidad, la majestad de Cárlos III, rey entonces de las Dos Sicilias y despues de España, le nombró arzobispo de Palermo, y no le admitió su renuncia hasta que se le hizo ver que decaerian las misiones si les faltaba la cabeza. Empero poco tiempo despues quedó vacante la iglesia episcopal de Santa Águeda de los Godos, y el sumo pontífice Clemente XIII, atendiendo á la alta estimacion que le merecia Alfonso, le destinó de su propio movimiento en 1762 para obispo de aquella iglesia, y fue consagrado á la edad de sesenta y seis años, siendo recibido en su diócesis con particulares demostraciones de júbilo y veneracion. Al dia siguiente de su entrada empezó una mision al pueblo, que continuó por ocho dias, siendo la duracion de su obispado conforme con estos principios del ministerio pastoral. Aunque distante de su Congregacion con el cuerpo, no estaba separado ni con el espíritu ni con el corazon. ¡Quién podrá encarecer su exactitud en llenar los deberes episcopales, que conocia tan á fondo; su solicitud en la doctrina, bondad y ejemplo de su clero; su vigilancia en sostener la disciplina regular en los claustros de las sagradas vírgenes, y el celo en reformar las costumbres de su grey y remover los escándalos! Cuidando instruir á sus feligreses, su caridad sin

límites no se olvidaba de sus necesidades temporales, haciéndose todo para todos.

San Alfonso, que por obediencia al romano Pontífice, y por no oponerse á la voluntad divina, habia aceptado el grave peso del obispado, creyendo que ya no podia cumplir perfectamente las obligaciones del ministerio pastoral por su edad avanzada y graves indisposiciones corporales, pensó en renunciarlo para mayor bien de su iglesia. El Vicario de Cristo, informado del estado de enfermedad y desfallecimiento de Alfonso, aceptó con amargura de su corazon la renuncia á 17 de julio de 1775, atendido el infeliz estado de su salud. Desde luego regresó á su amado retiro de la Congregacion, en donde se estableció un arreglo de vida de abstraccion, silencio, mortificacion, estudio y oracion en que distribuia todas las horas del dia, no perdiendo ocasion de ser útil al prójimo. Con los años se iba deteriorando la salud de san Alfonso, y desde el 29 de noviembre de 1779 ya no se halló en estado de poder decir la santa misa, y recibia todas las mañanas la sagrada Comunion; y algun tiempo despues ya no podia bajar á la iglesia. Siempre humilde y frugal, estaba desprendido de todo lo terreno, poniendo en práctica lo que habia enseñado en su libro de *La Conformidad con la voluntad de Dios*, sufriendo tantos males con inalterable paciencia y resignacion, sin dejar sus devociones del modo que le era posible.

Ya un año antes habia predicho su muerte, y el 18 de julio del año 1786 á sus enfermedades inveteradas y habituales se agregaron una fiebre aguda, una fuerte disentería y una dolorosa retencion de orina, síntomas nada equívocos del próximo término de su vida. Recibió los santos sacramentos de la Penitencia y el Viático, rico de paciencia, confianza y resignacion; y mostrándose ya la gangrena, se le administró la Extremauncion con actos vivos de fe, esperanza y caridad, con alegría y deseo de unirse pronto con su Bien. Entró en la agonía, y estrechando contra el pecho el Crucifijo y la imágen de María santísima, espiró plácidamente en el ósculo del Señor el dia 1.° de agosto de 1787, de edad de noventa años, diez meses y cinco dias. Así terminó el largo curso de una vida austera y penitente, y enteramente empleada en promover la gloria de Dios y el bien de las almas, san Alfonso María de Ligorio, modelo de personas seculares, eclesiásticas y religiosas, y especialmente de los que tienen el régimen de las almas, ó se encuentran molestados de enfermedades y de otros trabajos.

Se celebraron sus exequias con oracion fúnebre, y mientras los

hombres honraban su memoria, se complació el Señor de manifestar con gracias y prodigios la santidad de su siervo y la gloria que gozaba en el cielo. Los estrechos límites de este resúmen de la vida que escribió el P. Vicente Antonio Giattini, postulador de la causa de su beatificacion, no permiten extenderse aquí en el encomio de sus virtudes, ni en la descripcion de los milagros que Dios obró por su intercesion despues de su muerte, ni de los dones sobrenaturales y fama de santidad, ni menos hacer la enumeracion analítica de sus obras de teología y ascéticas, de mérito reconocido; mas para formar una idea justa de su santidad, conviene advertir, segun consta en las actas de su beatificacion, que no solo conservó hasta la muerte la inocencia bautismal, sino que no cometió nunca pecado venial voluntario, privilegio singularísimo concedido á muy pocos Santos. Procedióse á la causa de su beatificacion y canonizacion, y despues del reconocimiento de sus virtudes en grado heróico, y del exámen de los milagros y de sus obras impresas y manuscritas, observadas todas las formalidades, este operario evangélico, este celosísimo Obispo, este fundador de la Congregacion del Salvador, que con tanto anhelo nos dejó consignada su filial devocion á la Vírgen Madre de Dios en las *Glorias de María,* quedó inscrito en el catálogo de los Beatos en 10 de diciembre de 1816, y despues en el de los Santos en el dia de la fiesta de la santísima Trinidad del año 1839.

SAN PEDRO, OBISPO DE OSMA, CONFESOR.

Cuanto mayor y mas recomendable ha sido el mérito de aquellos grandes varones que destinó Dios para ornamento de su Iglesia, otro tanto mayor ha sido el descuido de los hombres en trasladar á la posteridad sus grandes acciones y aquellas menudas circunstancias de su vida, que no solo sirven de instruccion á los fieles, sino tambien á la piedad de sumo consuelo. Uno de estos grandes hombres fue san Pedro, obispo de Osma, del cual muchas circunstancias de su vida están en disputa. Sin embargo, se sabe lo necesario para comprender el gran cúmulo de gracias que en él depositó la divina misericordia, y para reconocer en él un ejemplar perfecto de la vida cristiana, con el cual debamos conformar nuestras acciones, que es el fin de esta espiritual leyenda.

En la provincia de Berri, y en el lugar de Bourges, nació san Pedro por los años de 1040, poco mas ó menos. Sus padres, Guillelmo

y Meimira, segun se cree, eran igualmente nobles por la ilustre ascendencia de su linaje, que por la piedad y santidad de sus costumbres. Estas dos cualidades se ayudaban mútuamente en la crianza de Pedro y en la formacion de su corazon. Infundian en este ideas de generosidad, pero sin altanería, haciéndole conocer su nobleza sin ensoberbecerle; y últimamente le enseñaban que no hay nobleza verdadera en donde no hay virtud, y que la vanidad de un antiguo linaje es insoportable cuando le afea la corrupcion de costumbres. Prestóse dócil el santo mancebo á las santas instrucciones de sus padres; y como Dios le tenia prevenido con bendiciones de dulzura para hacerle vaso de eleccion en su Iglesia, dispuso que fuese su soberana gracia lo primero de que se llenase su corazon, para que conservase despues tan dulce sabor todos los dias de su vida. Llegó Pedro á edad en que era necesario disponer de la carrera que habia de seguir. Su espíritu pronto, su genio vivo, su corazon dócil, y la instruccion correspondiente que hasta entonces le habian dado buenos maestros le habian puesto en estado de poder seguir con provecho y lucimiento tanto la carrera de las armas como la de las letras. Era aquel el tiempo en que la guerra y el espíritu marcial llevaban la preferencia en todas las provincias del mundo; un furor desmedido habia enloquecido á los hombres hasta el punto de pretender la mútua destruccion, unas veces por añadir un pedazo de tierra á sus posesiones antiguas, y otras haciendo que la Religion sirviese de pretexto á su ambicion y á sus furores. La gente noble era la materia mas bien dispuesta en que habia producido todo su efecto el fuego de la guerra. No habia noble que no se alistase en las banderas militares, y esto mismo fue la causa de que Pedro, á fuer de noble, emprendiese el mismo destino.

Siguió algunos años este peligroso ejercicio, juntando á un mismo tiempo las virtudes de soldado con las de discípulo de Jesucristo. El valor, la fidelidad, la intrepidez, todas las prendas que constituyen un buen soldado se hallaban en Pedro; pero sin faltarle por eso la rectitud de intencion, la devocion fervorosa, la abstraccion del mundo y un encendido amor de Dios y de sus prójimos, que salvaron su inocencia entre los escollos de las armas. Sin embargo de esto conoció el prudente jóven que el haberse conservado sin detrimento hasta aquel punto era un verdadero milagro de la gracia de Dios, y que no era justo seguir con temeridad un camino cubierto de peligros. Consideraba al mismo tiempo el destino que daria á su vida, no siendo posible vivir en este mundo sin elegir un estado cons-

tante en que aprovechar á sus prójimos, y servir á los designios de la Providencia. Ilustró Dios su entendimiento para que conociera la vanidad de los bienes del mundo, y le dió la fortaleza necesaria para despreciarlos por su amor. Florecia á la sazon el Instituto de san Benito en aquel fervor y observancia con que ha enriquecido á la Iglesia dándola tan ilustres varones, que la sirvieron con su santidad y con su doctrina. Determinó, pues, hacerse monje benito, y aunque su determinacion padeció todas las contradicciones que oponen el mundo y el demonio á los santos propósitos, su espíritu superior lo venció todo, vistiéndose el hábito en el monasterio Auriacense, uno de los de la reforma Cluniacense en Francia. Contento Pedro con el nuevo estado que habia elegido, comenzó á emplearse en todo género de virtudes, tanto que era un ejemplar verdadero de todas ellas, en que podian aprender fervor los monjes mas aventajados en la regular observancia. Allí permaneció algunos años, viviendo con la tranquilidad que habia apetecido, hasta que llegó el tiempo en que quiso Dios que sus virtudes pudiesen servir de mayor provecho, colocando á Pedro en un lugar eminente donde su ejemplo pudiese producir mas copiosos frutos.

Algunos dicen que Alfonso VI, rey de Castilla, que al mismo tiempo que con su valor aterraba á los moros, servia á la Iglesia con su celo y su piedad, determinó reedificar el monasterio de Sahagun, destinándole para cabeza de todos los monasterios de España. Que conociendo el prudente Rey que la reedificacion no consistia tanto en la fábrica material del monasterio como en la formal de los individuos que habian de poblarle, solicitó que estos fuesen unos hombres consumados en virtud y en letras, capaces de difundir lo uno y lo otro en todo su reino, y formar alumnos que las mantuviesen en lo sucesivo. Que con este intento, sabiendo que en el monasterio de Cluny habia sujetos capaces de llenar sus deseos y esperanzas, escribió al abad que le enviase algunos de toda su satisfaccion para plantificar aquella grande obra. Y últimamente, que accediendo el abad á las humildes y justas súplicas del piadoso Rey, le envió doce monjes, no menos célebres por su sabiduría que por la santidad de sus costumbres, de los cuales fue uno Bernardo, que obtuvo despues con mucha gloria el arzobispado de Toledo, y otro nuestro Santo, que habia sido su discípulo en la santidad y la doctrina. En la Crónica general benedictina refiere Yepes este hecho de otra manera diversa. Dice, pues, que volviendo de Roma el arzobispo Bernardo por la Francia, eligió de diversos lugares varones virtuosos y literatos, y algu-

nos jóvenes dóciles y de buenas costumbres, y los trajo á España, para aprovecharse de sus prendas y doctrina. Lo mismo refiere el arzobispo D. Rodrigo, cuyo testimonio es sin duda de mucho peso. Como quiera que sea, san Pedro vino, segun algunos, al monasterio de Sahagun, en donde perseveró por algun tiempo, ejercitándose en la oracion, en vigilias y ayunos, cumpliendo con las obligaciones de un perfecto sacerdote. Salia algunas veces del monasterio á predicar la palabra de Dios, pretendiendo con esto evitar el ocio, y aprovechar á sus prójimos, encaminándolos por los senderos de salud. Su vida estaba tan adornada de todo género de virtudes, que sus mismos hermanos le predicaban digno de los mayores honores. Era suave y apacible en su trato, moderado en sus conversaciones, dotado de una elocuencia tan persuasiva, que era imposible oirle sin quedar persuadidos de sus santas instrucciones y saludables consejos. Sus ayunos eran continuos, y no lo eran menos sus vigilias; pero en lo que mas se señalaba era en la oracion y leccion espiritual, de donde sacaba los copiosos y dulces frutos que repartia despues sin envidia. Persuadido á que la unidad de espíritu y conformidad de costumbres es el muro fuerte que sostiene todo el edificio de la vida monástica, persuàdia á sus religiosos á que viviesen en paz, unidos con el vínculo santo de la caridad. Hacia esto con tanta dulzura de palabras y con tan celestial elocuencia, que en su tiempo el infernal mónstruo de la discordia no pudo contaminar el monasterio. Y como á la suavidad de su decir y á la solidez de sus razones daba tanta fuerza el ejemplo de sus costumbres, su magisterio lograba todos los frutos que apetecia su voluntad fervorosa. Venerábanle los monjes como á Santo, y aplaudíanle como á sábio doctor, pero en medio de esto se humillaba delante de Dios, conociendo que todo bien y don perfecto desciende del Padre de las luces. Tenia fija en su corazon aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice: *Cuanto mayor fuere tu mérito, humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios*. Esta celestial instruccion le hacia abatirse al ejercicio de los empleos mas humildes y comunes, sin pretender distincion respecto de sus hermanos; antes bien, reputándose por indigno siervo de los siervos de Jesucristo. Á esto añadia la maceracion de su cuerpo, reduciéndole á la ley del espíritu con penitencias austeras, procurando seguir los pasos del que entre tormentos habia exhalado su espíritu en una cruz afrentosa.

Ya habia algun tiempo que el rey Alfonso habia conquistado la ciudad de Toledo, libertándola despues del prolongado sitio de tres

años de la dominacion de los moros. Inmediatamente pensó restablecer el órden eclesiástico, restituyendo á aquella iglesia metropolitana todo el esplendor que antes habia gozado. Para este efecto nombró por arzobispo á Bernardo, hombre de gran capacidad, y muy á propósito para la ejecucion de grandes obras. Este sábio varon, que tenia todas las prendas necesarias para regentar aquella silla, dispuso llevar consigo sujetos aptos para poner en un estado de esplendor la iglesia de Toledo, que en poder de los moros habia llegado á su total ruina. Eligió los hombres mas señalados en virtud y letras para proveer en ellos las dignidades eclesiásticas de mayor responsabilidad y trabajo, esperando con este medio volver á aquella iglesia todo el lustre que antes habia tenido. Entre los elegidos para este efecto fue uno san Pedro, á quien le confirió la dignidad de arcediano, bien satisfecho de que la desempeñaria á proporcion de las grandes virtudes y prendas que le adornaban.

Hecho arcediano, no aflojó un punto del riguroso tenor de vida que observaba en el monasterio. Rezaba diariamente el oficio largo y penoso que tienen obligacion de decir en el coro los monjes Cluniacenses. Su residencia ordinaria la hacia en la iglesia, no pudiendo su espíritu apartarse de aquel lugar santo en donde tenia depositado su tesoro. Cumplia exactamente las severas obligaciones de arcediano, ya tuviese que evacuar asuntos judiciales, ó emplearse en los delicados negocios á que le obligaba la caridad. Su vida era un continuo tejido de santos ejemplos, tanto que llegó á extenderse su fama de manera, que el Rey, el Arzobispo, el Clero y el pueblo hablaban con admiracion de sus portentosas virtudes. Cuando esta fama estaba en su mayor auge fue libertada de la dominacion de los moros la ciudad de Osma, en la cual, como en Toledo, pensó el Rey en restaurar la eclesiástica jerarquía, construyendo la iglesia, proveyéndola de pastor, y adornándola de sacerdotes dignos que pudiesen dar perfeccion á tan santa obra. Dudábase de un sujeto digno y capaz de regentar la silla de Osma, y de completar las piadosas miras que abrigaba el Rey en su corazon. Consultólo con el Arzobispo de Toledo, y de comun acuerdo pusieron los ojos en san Pedro, cuyas virtudes les aseguraban el cumplimiento feliz de sus deseos. Insinuaron al Santo su determinacion; pero el humilde siervo de Dios, considerándose con fuerzas muy desiguales á la grande carga que querian poner sobre sus hombros, rehusó admitirla con todo su corazon. El Arzobispo de Toledo, que conocia que un sujeto tanto es mas digno de obtener las dignidades eclesiásticas, cuanta

mayor es su repugnancia á recibirlas cuando se le confieren, y menor el concepto que tiene formado de su insuficiencia, instó al Santo, le rogó, y le propuso que aquella era la voluntad de Dios, en cuya ejecucion se complacia tambien al Rey, que tan generoso se mostraba á favor de la Iglesia. No pudo san Pedro resistir á tan poderosas razones; y así, consagrado por el Arzobispo, tomó sobre sí la dignidad y carga episcopal, y lleno de fervor y santos deseos se partió para Osma.

Luego que llegó á esta ciudad emprendió la reedificacion de la iglesia catedral que los moros habian destruido hasta los cimientos. Sus diligencias fueron tales, que habiendo juntado sumas considerables, ya de sus propias rentas, y ya de las limosnas de los fieles, en breve tiempo principió y acabó una fábrica suficiente para dar á Dios el debido culto. Colocado nuestro Santo en esta sublime dignidad, y habiendo conseguido restaurar el templo del Dios de las alturas, se entregó perfectamente al cuidado de sus ovejas, sin olvidarse al mismo tiempo de la santificacion propia. Considerábase como una antorcha puesta sobre el candelero, ó como una ciudad fabricada sobre la alta cima de un monte encumbrado, en donde debia servir de espejo de perfeccion para todos sus súbditos. Así se empleaba continuamente en la contemplacion de las cosas celestiales y divinos misterios, macerando al mismo tiempo su cuerpo con ayunos, con vigilias y con un cilicio que traia á raíz de las carnes; enseñaba al pueblo con santas instrucciones, y cuidaba de que el clero se compusiese de sujetos beneméritos, respetables por su ciencia y sus costumbres. Los pobres, los enfermos y peregrinos eran el objeto principal de su tierna caridad. Socorríalos con abundantes limosnas, los asistia con la ternura de padre, y él por sí mismo los consolaba, practicando con ellos los oficios de humanidad y los esmeros de un prelado caritativo. Era manso y dulce de condicion para con todos aquellos que se hacian amables por la honestidad de sus costumbres. Á los infelices que habian tenido la debilidad de cometer algun delito los corregia cariñosamente, pretendiendo lograr la enmienda mas bien que exacerbar sus heridas con la aspereza de sus reprensiones. Pero si tal vez encontraba reos que fuesen contumaces y obstinados en sus excesos, les aplicaba todo el rigor y severidad de las leyes, juzgando que la integridad de la justicia consistia tanto en la compasion con los penitentes y arrepentidos, como en la rigurosa severidad con los incorregibles y obstinados.

Una de las cosas en que se manifestó la fortaleza de este gran Pre-

lado fue la defensa acérrima que hizo de los derechos, bienes y pertenencias de su iglesia; no permitiendo que se violase su inmunidad, ni que se la usurpasen los bienes que la pertenecian de justicia. En esta materia nada habia que fuese capaz de arredrar su esforzado y celoso corazon. Así logró que se restituyese á la Iglesia lo que la habian robado algunos poderosos, confiados temerariamente en su autoridad y sus riquezas; compeliéndoles con censuras eclesiásticas, cuando las persuasiones y los buenos modos no tuvieron efecto. De aquí le resultaron algunas furiosas persecuciones, que pusieron su vida en tan inminente peligro, que fue necesario que emplease Dios misericordiosamente sus milagros. Á este propósito sucedió que en la misma ciudad de Osma habia un caballero sumamente rico, y que al mismo tiempo seguia la milicia. Confiado en sus armas y en sus riquezas, atropellaba los derechos de los demás ciudadanos, usurpándoles sus bienes con una desmesurada avaricia. Pero en lo que mas se habia cebado esta era en las posesiones eclesiásticas, de las cuales retenia muchas sin quererlas restituir. Amonestóle san Pedro, exhortóle con entrañas de caridad, y ejecutó con él todos los oficios de humanidad y política, para que cediendo á la razon restituyese á la Iglesia lo que era suyo. Negóse el sacrílego usurpador á las justas proposiciones del Santo, el cual, viéndole contumaz y protervo, vibró contra él los temibles rayos de las censuras eclesiásticas. Esta determinacion irritó al caballero de manera, que determinó quitarle la vida. Para ejecutar mas á su salvo este execrable delito, buscaba ocasion oportuna en que no pudiese defender al Santo el pueblo que tanto le amaba. Sabiendo, pues, que san Pedro tenia que pasar al lugar de San Estéban de Gormaz á hacer la visita eclesiástica, pensó salirse al camino, y ejecutar sin contradiccion sus sacrílegas intenciones. Hízolo como lo habia pensado; pero apenas alcanzó á ver al Santo que iba por su camino á larga distancia, cuando poseido repentinamente del demonio, comenzó á sentir tan terribles dolores, que quedó cási muerto, y en estado tan miserable, que sus criados tuvieron que llevarle con gran trabajo á su casa. Conocieron los criados que aquel era un castigo visible de Dios, con que á un mismo tiempo defendia la vida de su siervo y los derechos de su Esposa. Se fueron al Santo; le refirieron lo que habia sucedido, pidiéronle humildemente ayudase á su amo con sus oraciones; lo cual ejecutado por san Pedro, alcanzó del cielo que aquel mal aconsejado caballero fuese libre de la cautividad del demonio.

Con iguales maravillas á la referida manifestó Dios en otras varias

ocasiones la santidad de su siervo, y lo gratas que le eran las oraciones y súplicas de este santo Prelado. Siguiendo la visita de su obispado, llegó á una aldea llamada Lagan á las riberas del Duero. Acercóse al rio con el fin de lavarse las manos; y habiendo visto en él una extraordinaria multitud de pececillos que saltaban sobre las aguas, hizo sobre ellos la señal de la cruz con la punta del báculo, y les mandó que se acercasen á la orilla. Obedecieron los peces el precepto del siervo de Dios, quien habiendo tomado uno, dió su bendicion á los demás, dejándolos en el rio. Envió aquel pez á un enfermo de cuartanas, que apenas le gustó cuando inmediatamente se vió libre de su dolencia, dando gracias á Dios y al santo Prelado con lágrimas en los ojos. En la villa del Fresno hizo Dios por sus merecimientos otro portento, que permaneció largo tiempo despues para consuelo y beneficio de los moradores. Habia el Santo consagrado la iglesia, instruido á los fieles con sus paternales amonestaciones, y hecho todos los oficios de un verdadero pastor; pero el pueblo era tan infeliz y miserable, que no habiendo habitacion donde el santo Prelado pudiese recogerse con los suyos, se tuvo que retirar debajo de una encina, cuyas ramas le sirvieron de albergue contra las inclemencias del tiempo. En este estado le sobrevino una penuria de agua, que ni los familiares del Santo tenian con que apagar la sed que les atormentaba demasiado, ni él mismo con que lavarse las manos. Hizo oracion á Dios; y de la misma encina bajó súbitamente tanta copia de agua, que bastó para lo uno y para lo otro, llegando las misericordias de Dios hasta el punto de hacer durar por mucho tiempo aquella agua milagrosa que, bebida con fe, sirvió muchas veces de eficaz medicina contra las dolencias que padecian los habitantes de aquella comarca. Esta maravilla fue tan pública, que no quedó solamente encerrada en aquel estrecho recinto, sino que su fama se difundió por cási toda España, de manera que de todas partes solicitaban aquella agua saludable, que contenia en sí la virtud milagrosa que las oraciones del Santo habian merecido del cielo.

Finalizada la visita, en la cual manifestó todas las virtudes de un tierno padre, de un solícito pastor y de un obispo perfecto, se retiró á su iglesia. Fuele preciso despues pasar á Toledo, en donde encontró al rey Alfonso, su conquistador, gravemente enfermo. Asistió el bendito Prelado á su muerte y funerales; y habiendo el Monarca dejado ordenado que su cuerpo fuese trasladado al real monasterio de Sahagun que él habia edificado, san Pedro asistió á esta traslacion, que se hizo con la pompa y solemnidad que á las cenizas de un rey

tan piadoso eran debidas. Concluido este negocio, determinaba volverse á su iglesia; pero quedaron frustrados sus intentos, habiendo sido acometido de la enfermedad que le ocasionó la muerte en el mismo acto de la celebracion de las honras del Rey. Llegó sin embargo hasta Palencia, deseando con vivas ansias morir en el regazo de su Esposa, por cuyo amor no dudó emprender aquel camino estando gravemente enfermo. Pero en Palencia los síntomas de su dolencia se hicieron tan funestos y peligrosos, que le fue necesario quedarse allí y desistir del viaje comenzado. En esta ciudad se alivió algun tanto con el esmero y diligencias caritativas de su obispo D. Pedro, el cual, conociendo cuánto importaba á la Iglesia la vida de aquel santo Prelado, le procuró tales consuelos y medicinas, que reparó algun tanto sus fuerzas. Pero pasados algunos dias, conociendo el Santo que se llegaba la hora de su dichoso tránsito, á pesar de todas las diligencias que practicaba su huésped, dijo al obispo de Palencia estas palabras: *Sabed, venerable hermano mio, que ha llegado ya la hora en que debo partir de esta vida á la inmortal gloria que por los méritos de mi Señor Jesucristo me está preparada; pido humildemente á tu caridad que cuide que este mi cuerpo sea llevado á la santa iglesia de Osma, de la cual soy obispo, aunque indigno, para que en ella sea sepultado.* Dicho esto cuidó de recibir los santos Sacramentos, lo que hizo con muestras de tanta ternura, que los sollozos interrumpian sus palabras, y bañaban de lágrimas los rostros de los circunstantes. Dióles á todos su bendicion; y habiéndose despedido de ellos, clavó sus ojos en el cielo, y entregó su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y dulzura con que mueren los justos. Sucedió su gloriosa muerte el dia 2 de agosto del año 1109, hallándose presentes á ella el obispo de Palencia, el de Segovia y el de Zamora. Su venerable cadáver fue trasladado á la iglesia de Osma con aquella pompa y aparato que eran debidos á la gran fama de santidad que tenia. Colocóse en un sepulcro decente en la misma catedral; hasta que los continuos milagros con que Dios hacia glorioso el sepulcro de su siervo dieron motivo á que fuese trasladado á una capilla que los canónigos erigieron en honor suyo, en donde es venerado de todos los fieles, que por su intercesion reciben continuas mercedes del cielo.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la que se sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus: ut beati Petri confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotio-

Concédenos, ó Dios omnipotente, que la venerable solemnidad del bienaventurado san Pedro, tu confesor

nem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum, etc.

y pontífice, aumente en nosotros la devocion en el alma, y en el cuerpo la salud. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de los capítulos XLIV *y* XLV *del libro del Eclesiástico.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum, et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Los varones justos, aquellos hombres dichosos que, correspondiendo á las magníficas gracias que derrama Dios sobre sus almas, se labran una corona de santidad heróica no ciñéndose solamente á su propia santificacion, sino procurando con igual desvelo la de sus hermanos, son engrandecidos por el Espíritu divino de una manera tan admirable, que arrebatan todas nuestras admiraciones. Hé aquí el sacerdote grande que en su tiempo agradó á Dios, y fue encontrado justo, dice, unas veces ensalzando con el epíteto de grande á una miserable criatura, que delante de Dios es lo mismo que si no fuera. Esta felicidad, esta gloria á que suben los justos, es sin duda ninguna digna de nuestras reflexiones, para que el corazon del hombre, naturalmente inclinado á obtener elogios especiosos y magníficos, quede convencido de que el verdadero camino de lograrlos es la práctica de las virtudes. Pero hoy debe reflexionar el cristiano en la Epístola, que aplica la Iglesia á san Pedro de Osma, un carác-

ter que hace á los justos mas admirables, y cuya consideracion debe producir efectos mas provechosos. Este gran sacerdote, dice el Espíritu Santo, fue la reconciliacion del pueblo para con Dios, cuando este Señor tenia justamente levantada la espada de su venganza. En estas palabras se atribuye al varon justo el oficio de pacificador, y una prudente reflexion persuade que no pudiera derramar la paz en el pueblo, reconciliando á los fieles con su Señor ofendido, si él mismo no tuviese una suma tranquilidad en su alma. En efecto, la cualidad de amigos que da Dios á sus siervos, en justa recompensa de haber cumplido sus mandamientos, nos manifiesta que tienen todas las prendas necesarias para merecer esta grande honra que no se puede conseguir sin haber acallado primero todo el tumulto de las pasiones.

Un Rey pacífico, un Príncipe de paz, que vino á este mundo á derramarla sobre los hombres, como anunciaron los Ángeles en la noche de su nacimiento, no puede tener amistad ni hacer participante de su amor á quien no le sea semejante en estas apreciables cualidades. Por esta causa conjeturan los sagrados expositores que no quiso Dios que el rey David le edificase el suntuoso templo que habia delineado, sin embargo de ser un rey justo. Desde su juventud habia andado entre el estrépito de las guerras y de las armas, y concedió esta gloria al pacífico Salomon, para enseñarnos en cuán alto grado de estimacion tiene á la paz, y cuán gloriosas deben ser las cualidades de aquellos sujetos por cuyo medio la dispensa. Esto mismo hace reflexionar cuán odiosos deberán ser á nuestro Dios aquellos hombres que causan desavenencias y rencillas entre sus hermanos. Se debe inferir que su odio será á proporcion del amor y estimacion que hace de los justos; y de consiguiente, que así como estos son exaltados al grado supremo de gloria, siendo vínculo de paz entre Dios y entre los hombres; por el contrario, los revoltosos son aquella gente pestífera que provocan las iras de Dios y excitan su justa venganza. Tú, cristiano, que te conoces reo delante de Dios en esta materia; que unas veces con chismes, otras con rencillas, otras con murmuraciones, te haces la piedra de escándalo en que tropiezan tus prójimos, vuelve en tí, reflexiona la conducta de los Santos, y aprende en sus obras á hacerte pacificador de la ira de tu Dios.

El Evangelio es del capítulo xxv de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi, ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy léjos de su país llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas; y llegando el que había recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel: porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel: porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Sobre la paz de los justos.

Punto primero.—Considera que los justos en premio de su justicia, esto es, de las santas obras con que procuran el cumplimiento de los divinos preceptos, son remunerados de Dios con una paz y tranquilidad de alma que los hace en este mundo muy semejantes á los bienaventurados. Esta verdad la conocerás mas perfectamente si llegas á formar idea de lo que es esta paz de que hablamos. San Agustin *(serm. 57 de Verb. Dom.)* la define en pocas palabras, de una manera tan clara y tan precisa, que la hace no solamente conocer, sino

tambien amar. *La paz*, dice, *es una serenidad de la mente, una tranquilidad del ánimo, una simplicidad de corazon, un vínculo de amor y una participacion de caridad.* En esto mismo da á entender que el justo no padece en su entendimiento aquella terrible lucha de dudas y opiniones que le hacen dudosa su felicidad. No tiene su corazon dividido de aquella muchedumbre de deseos que agitan al pecador, y le despedazan con unas esperanzas que jamás puede ver logradas. No padece aquellas angustias y congojas que causan los artificios con que los hombres mundanos se ven precisados á disimular en el semblante las turbaciones interiores de su conciencia. Por el contrario, gozan de todos los frutos que derrama la simplicidad en aquellos que proceden con ella en todas sus obras. Estas están vivificadas con un amor perfecto, siendo la caridad la raíz de donde nacen, la regla que las dirige, y el fin á que se terminan. Su alma se ve colmada de una dulzura interior, mas apreciable que todos los biedes y delicias de esta vida. Nada apetece sino á Dios, por nada suspira sino por la posesion de Dios, y en nada se ocupa sino en los medios que este Señor la inspira para llegar perfectamente á poseerle. Todos los demás bienes los mira con indiferencia, y como indignos de ocupar siquiera el mas mínimo de sus deseos. Siempre quieta, siempre gozosa, siempre tranquila, goza de una felicidad muy semejante á la que disfrutan aquellos felices ciudadanos de la celestial Jerusalen, quienes dichosamente perdieron sus esperanzas, porque poseen ya el sumo Bien, que es infinitamente mayor que todas ellas.

Por eso dice el mismo san Agustin (*lib.* 19 *de Civit. Dei, cap.* 11), que el bien de la paz es un bien tan apreciable, que en todo lo criado no hay cosa que suene tan agradablemente en nuestros oidos, ni que se apetezca con mas delicia, ni que se posea con mayor utilidad; y con razon, porque la paz interior del alma es una señal de una perfecta reconciliacion con Dios, y una prenda de la amistad verdadera que el Señor tiene con los justos. En esto mismo se dice que el que disfruta de esta venturosa tranquilidad, disfruta con ella todos los bienes imaginables; porque siendo la amistad un vínculo de amor que hace los bienes comunes entre los amigos, es consecuencia necesaria que el justo ó pacífico haya de gozar de aquel inmenso tesoro de bienes que tiene Dios en sí mismo. ¿Qué felicidad hay en la tierra que pueda compararse con esta? Imagina todas las satisfacciones que disfrutan los poderosos, todo el conjunto de riquezas que poseen los mayores monarcas, y las conveniencias que les

son inseparables; junta en uno todas las alegrías, todos los contentos y todos los deleites que pueden procurarse los mundanos: todo ello es una sombra, es una apariencia, es nada, si se compara con la felicidad y delicia que tiene un justo dentro de sí mismo, cuando fijando los ojos en su conciencia no encuentra motivo para creer que Dios sea su enemigo. Esta consideracion debe inflamar tu voluntad, llenándola de santos deseos de disfrutar la paz de los justos; pero no te olvides de que un beneficio tan supremo no se concede sino á los hombres de buena voluntad.

Punto segundo.—Considera que el bien de la paz interior del alma no se puede lograr de otra manera que con la práctica de la virtud.

Toda la historia de las acciones humanas nos prueba con evidencia que el móvil de las grandes empresas de los hombres ha sido siempre la consecucion de una paz que se han propuesto en la obtencion de sus deseos. Los grandes conquistadores se han persuadido á que calmarian las turbaciones de su corazon en llegando á poseer aquellos países que pretendian á costa de sangre y de intolerables trabajos. El sábio, negado á los deleites del mundo y entregado á la contemplacion y estudio de la filosofía, sostiene su esperanza con la persuasion de que llegará tiempo en que, disipadas todas sus dudas, goce de una tranquila paz con los conocimientos que le suministra la sabiduría. El avaro que pasa las noches en vela calculando riesgos y deduciendo ganancias, no tiene otro objeto que juntar un tesoro, en cuya posesion se imagina que gozará de una paz completa. De la misma manera piensa el que vuela exhalado tras de una falaz hermosura, el que corre ciego tras de las honras y dignidades, que de cada vez huyen mas de sus anhelos, y, últimamente, el que desea con ansia cualquiera de los bienes que se tienen por tales en el mundo. Todos ellos se persuaden neciamente que, luego que lleguen á conseguir aquello que pretenden, calmarán los deseos de su corazon, y sucederá á las inquietudes que le agitaban una dulce paz en que todo será delicia, todo gustos y regocijo. Creen que nada bastará á inquietar sus almas, y que poseido aquel objeto mirarán todos los demás con desprecio, ó á lo menos con indiferencia. Pero la experiencia misma nos enseña que, léjos de ser así, se han visto nuevamente inquietados por otros deseos que atormentan el corazon tanto ó mas que los primeros. La consecucion de la dignidad, de la honra, de las riquezas ó del ob-

jeto amado no es otra cosa que un paso dado en un camino interminable, la posesion de una sola gota de agua para el hidrópico, que quedaria sediento aun despues de haber bebido, siendo posible, los rios y los mares.

El medio mas razonable que han podido imaginarse los hombres para conseguir la paz del corazon es sin duda la filosofía. Los estóicos hacian vanidad de poseerla; afectaban una estudiada indiferencia y desprecio, respecto de los bienes perecederos que mas punzan el corazon del hombre. Pero estos mismos se hallaban engañados, cuando su misma filosofía los constituia en la necesidad de tener á otros filósofos por enemigos, y les hacia probar los disgustos y disensiones de una guerra. Veíanse por otra parte afligidos de todas las miserias y calamidades de la vida; de manera que á no estar ciegos pudieran conocer fácilmente que no podia consistir la paz y la ventura en unos conocimientos que los tenian á ellos en un estado miserable. De todo esto se infiere que la paz del corazon no se puede encontrar sino en solo Dios, ni se puede obtener sino con la práctica de la virtud. Por eso decia san Agustin : *Nos hiciste, Señor, para tí, y siempre estará inquieto nuestro corazon mientras no descanse en tí.* Dios es la fuente de todo bien; es el cúmulo de todas las felicidades; es un océano inmenso de delicias; de consiguiente, solo él es capaz de completar todos nuestros deseos, de satisfacerles, de llenarlos, y aun de excederlos infinitamente. Á la posesion de este soberano Bien no se llega por otro camino que el de la virtud. El que practica esta, coloca en ella todo su bien, todo su tesoro y sus delicias. Ella le estrecha y le une con el mismo Dios; es una maestra que le enseña lo perecedero de todos los bienes del mundo, y lo falaz de todas sus esperanzas. Ella le descubre aquellas dulzuras escondidas que tiene Dios en sí mismo, y de que solamente los justos pueden ser participantes. Ella aclara los ojos para que vean las cosas conforme son en sí, y llame bienes á los que son verdaderamente bienes, conociendo por males á los males. Ella da quietud y sosiego al alma haciéndola conocer aquella verdad del Sábio, que todo en esta vida es vanidad y afliccion de espíritu. Y últimamente, la virtud es la que causa la verdadera paz del alma, sosegando la inquietud de sus deseos, reduciéndolos á un solo objeto, que es Dios, y causando una paz y tranquilidad de que solamente disfrutan los justos.

JACULATORIAS.—Dios mio, los que aman y ejecutan vuestras san-

tísimas leyes son los que gozan de una paz dulcísima y permanente. (*Psalm.* CXVIII).

Supuesto, pues, que por la fe hemos logrado el incomparable beneficio de ser justificados y reconciliados con nuestro Dios, tengamos paz con nuestros hermanos, y asimismo dentro de nuestros corazones con nuestros apetitos sujetándolos á su santa voluntad, y haciéndolos servir á nuestra santificacion. (*Rom.* v).

PROPÓSITOS.

1 No puede ser que se consideren los bienes de la virtud con viveza y madurez, que se fije la atencion en el sosiego interior que logran los virtuosos, sin que nazcan dentro de nuestro pecho unos ardientes deseos de gozar beneficio tan soberano. ¡Con qué envidia no leemos las vidas de los Santos, cuando en ellas encontramos aquella paz imperturbable con que se mantenian en medio de la pobreza, de la desnudez, de las persecuciones, y aun en medio de los tormentos con que les quitaban la vida! Todos quisiéramos ser como ellos: desearíamos tener sus oidos para oir nuestras injurias; tener sus ojos para mirar con ellos los bienes de la tierra, y, últimamente, su corazon para poseer aquella fortaleza con que reprimian todas sus pasiones, y aquella docilidad con que recibian las impresiones de la gracia. Una leve desazon con la familia turba todas nuestras operaciones; una leve falta del hijo ó del criado enciende la ira, y pone en nuestros labios los baldones y las amenazas; una injuria venial que nos haga nuestro prójimo, nos irrita y nos provoca á la venganza; los mismos bienes de fortuna nos desasosiegan y agitan solo con no poseerlos. ¿No es esto una verdadera infelicidad, una miseria lamentable y un abismo de desdichas? ¿De qué te sirve ese puesto encumbrado, ni el tener en tu mano la suerte de tantos hombres, si á tí mismo te fabricas una suerte desdichada? ¿De qué te sirve esa riqueza, esa opulencia, ese lujo, si nunca estás contento, si la risa de tu rostro desmiente los pesares de tu corazon, y en medio de esos bienes de fortuna eres verdaderamente desafortunado? Propon desde hoy dedicarte á la virtud, y verás trocada milagrosamente tu suerte. Si padeces persecuciones, las recibirás con gusto como unos medios para labrar tu paciencia. Si te hacen injurias, te alegrarás con la ocasion de hacer á Dios aquel grande sacrificio de perdonar y amar á tus enemigos. Si padeces escasez de los bienes de fortuna, te gozarás con la consideracion de que tienes menos de que ser responsable, de que en eso imitas al

Hijo del eterno Padre, que se hizo pobre para que tú te enriquecieses con su pobreza; finalmente en la miseria y en la abundancia, en la bonanza y en la contradiccion, en el estado humilde y en el encumbrado, en la salud y en la enfermedad, en todos los instantes y momentos de la vida gozarás de una dulcísima paz entregándote á la virtud. Propon esto eficazmente á tu Dios, y procura acreditar con el testimonio de las obras la verdad y solidez de tus propósitos.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

La invencion ó hallazgo del cuerpo del protomártir san Estéban, y de los santos Gamaliel, Nicodemo y Abibon, en Jerusalen, en tiempo del emperador Honorio, conforme fue revelado milagrosamente al presbítero Luciano. *(Véase su historia hoy).*

San Ermelo, mártir, en Constantinopla.

El martirio de los santos Monjes y otros fieles, en la India vecina á la Persia, á los cuales el rey Abener, perseguidor de la Iglesia de Dios, hizo matar con diversos suplicios.

San Aspren, obispo, en Nápoles, á quien el apóstol san Pedro, despues de curarle de una enfermedad, le bautizó y ordenó obispo de aquella ciudad.

San Eufronio, obispo y confesor, en Autun. *(Trabajó en la carta á Talasio de Angers, relativa á las fiestas y al servicio divino. Asistió y suscribió al concilio celebrado en Arles en 475, y trabajó para extirpar la herejía).*

San Pedro, obispo, en Anagni; el cual esclarecido primero en la vida monástica, y despues en la vigilancia episcopal, descansó en el Señor.

Santa Lydia, tintorera de púrpura, en Filipos en Macedonia, la primera que creyó en Jesucristo oyendo predicar en aquella ciudad al apóstol san Pablo.

Las santas mujeres Marana y Cyra, en Berea en Siria. *(Vivieron en una pequeña celda que se fabricaron en un desierto, la cual se hizo famosa por la multitud de prodigios que Dios obraba por su intercesion).*

LOS SANTOS NICODEMO Ó NICODEMUS, Y GAMALIEL.

San Nicodemus fue fariseo, y pasaba por maestro y doctor en Israel. Parece tambien haber sido senador en Jerusalen, porque á él se le titula judío principal ó jefe judío. Los Fariseos generalmente por su soberbia eran los mas opuestos de todos á la humildad del Evangelio. Nicodemus era excepcion de esta regla, y creia en Jesucristo. Al principio parece haber sido algun obstáculo para que su corazon se hubiese franqueado abiertamente á la gracia de su conversion cierta secreta satisfaccion de su sabiduría y doctrina, de que es muy difí-

cil al hombre desnudarse enteramente. Para humillarle, le explicó Jesucristo el misterio de la regeneracion por el Bautismo, que no habia podido entender Nicodemus, aunque explicado por los Profetas: nuestro misericordioso Redentor le echó en cara su ignorancia; y san Nicodemus, léjos de darse por ofendido, la recibió con tal humildad, y quedó tan confundido con ella, que perfeccionando sus disposiciones, Jesucristo le condujo al fin á la senda de la virtud verdadera. Iba, pues, en busca de Jesús muchas veces; le defendia abiertamente contra los Fariseos; asistió á su entierro, y embalsamó su sagrado cuerpo con ricos aromas. Habiendo sido echado de la Sinagoga por los judíos porque creia en Cristo, se retiró con Gamaliel al país y casa de este en una casa de campo, y en ella murió, segun testifican san Agustin y Focio de las actas de la Invencion de las reliquias de san Estéban.

San Gamaliel es tambien honrado en este mismo dia, y era de la secta de los Fariseos y un doctor de la Ley de los de mas reputacion en Jerusalen. San Pablo se hizo recomendable á los judíos con decir que habia sido discípulo suyo. (*Act.* v, 34). Pensando los judíos en quitar la vida al Apóstol, Gamaliel precavió su dañada intencion, y manifestó de un modo indirecto que la religion cristiana era verdaderamente obra de Dios. Aunque él aun no habia abrazado la fe, su conversion fue anterior bastante á la de san Pablo, como nos asegura san Juan Crisóstomo. Habiendo enterrado á san Estéban en su misma heredad, veinte millas distante de Jerusalen, fue él mismo enterrado tambien en aquella sepultura, y descubiertas sus reliquias á Luciano en el año de 415, como en seguida explicarémos. (*Butler*).

LA INVENCION DEL CUERPO DE SAN ESTÉBAN, PROTOMÁRTIR.

El culto que la Iglesia tributa á san Estéban, protomártir, es tan antiguo como su martirio. No se contentaron los fieles con llorar su muerte: rindieron pública veneracion á su memoria; imploraron su favor; tuvieron grande confianza en lo mucho que su proteccion podia con Dios, celebraron su fiesta con solemnidad; pero les faltaban sus reliquias, porque se ignoraba el lugar donde estaba sepultado su santo cuerpo.

Con efecto, le habia retirado secretamente del sitio donde padeció martirio un doctor de la Ley, llamado Gamaliel, que era discípulo encubierto de Jesucristo, y llevándole á su heredad de Cafarmága-

la, distante siete leguas de Jerusalen, le enterró en una de las bóvedas ó grutas destinadas, á lo que se cree, para entierro de su familia. Mantúvose allí oculto por mucho tiempo. Y así por las calamidades que asolaron á la Judea despues de la muerte del Salvador, como por las persecuciones que excitó el infierno por espacio de tres siglos para exterminar á los Cristianos, se perdió del todo la memoria de su sepultura. Estaba ella misma enterrada bajo las ruinas de un sepulcro antiguo, sobre las cuales habia una iglesia servida por un sacerdote; hasta que el año 415, reinando los emperadores Teodosio el Menor y Honorio, quiso en fin el Señor descubrir este tesoro escondido, y hacerle célebre en todo el universo por un sinnúmero de milagros; y el caso pasó de esta manera:

Era cura de la iglesia, debajo de la cual se ocultaba la sepultura de san Estéban, Luciano, presbítero de la iglesia de Jerusalen, por los años de 415. Ocupándose continuamente este santo sacerdote en ejercicios de devocion y en las funciones de su ministerio, tuvo una revelacion, de que por muchos dias no hizo caso, desconfiando cantelosamente de ella, como lo refiere él mismo en la carta que escribió y dirigió á todos los fieles. Dice, que habiéndose quedado dormido un viernes 3 de diciembre, hácia las ocho de la noche, se le apareció Gamaliel en sueños, y le declaró el lugar donde estaba sepultado el cuerpo de san Estéban, protomártir, cerca del cual hallaria el suyo con el de su hijo Abibon, y con el de Nicodemus. Encargóle que cuidase de aquellos cuerpos, no dejándolos olvidados por mas tiempo entre el polvo y la oscuridad; antes bien que pasase luego á estar con Juan, obispo de Jerusalen, y le dijese que él mismo acudiese personalmente á descubrir la sepultura. Despertó el presbítero Luciano; y no dando crédito á aquella aparicion precipitadamente, se postró en tierra, y suplicó humildemente al Señor que, si la revelacion era legítima y verdaderamente suya, se dignase repetírsela otras dos veces. Dispúsose para merecer esta gracia con un riguroso ayuno á pan y agua, *como lo acostumbramos en Cuaresma*: estas son sus voces. Así pasó hasta el viernes siguiente, 10 de diciembre, en que segunda vez se le apareció Gamaliel, mostrándole en cuatro azafates llenos de diversas flores los diferentes merecimientos de los cuatro Santos, cuyos cuerpos estaban en una misma sepultura. El que representaba san Estéban era de oro, y estaba lleno de rosas encarnadas, en significacion de su martirio. Otros dos menos preciosos lo estaban de rosas blancas; y el cuarto, que era de plata, lo estaba de una especie de aroma que exhalaba exquisito olor.

Prosiguiendo Luciano con su ayuno, y multiplicando sus oraciones, á la misma hora se le apareció Gamaliel tercera vez. Soñaba entonces que estaba hablando con el obispo de Jerusalen, y que este le decia era menester llevar á aquella ciudad el cuerpo de san Estéban, y dejar los otros tres en Cafarmágala. Encargóle Gamaliel que no perdiese tiempo, y que solicitase con diligencia sacar de la oscuridad aquellas santas reliquias, para que los fieles no estuviesen privados por mas tiempo de los grandes beneficios que el Señor les queria hacer por intercesion de sus Santos; y dicho esto, desapareció. Despertó Luciano, y reconociendo ya que la vision no era sueño, partió al punto á Jerusalen, y refirió al obispo Juan todo cuanto le habia sucedido, sin tocar la especie de la traslacion del cuerpo de san Estéban; pero el Patriarca se anticipó á tocársela. Tenia precision este Prelado de hallarse presente al concilio de Dióspolis, donde se habia de tratar sobre los errores del heresiarca Pelagio, y no podia por esta razon ir en persona á Cafarmágala; pero como tenia muy conocido aquel sitio, mandó al presbítero Luciano que hiciese cavar junto á un monton de piedras que le señaló, advirtiéndole que si se encontraba algo, al punto le pasase aviso por medio de su diácono.

La noche del 18 de diciembre se apareció Gamaliel á un santo monje, llamado Migecio, y le señaló precisamente el lugar donde estaban enterrados los santos cuerpos, singularmente el del *Grande y Justo;* esto es, el de san Estéban, á algunos pasos de la misma aldea, en un campo que se llamaba *de la Gabri;* esto es, de los hombres fuertes, ó de los hombres de Dios, cuyo nombre le daba el pueblo. Noticioso de esto Luciano, hizo cavar en el sitio señalado; y el mismo dia, que fue el 18 de diciembre, se encontró el tesoro que se buscaba. En el primer ataud que se halló estaba grabada esta palabra hebrea *Cheliel,* que significa lo mismo que la palabra griega *Stephanos,* esto es, *corona;* y no se dudó ser aquel el sitio donde estaba enterrado el cuerpo de san Estéban.

Inmediatamente se pasó noticia de todo al Patriarca, y este Prelado partió al punto de Dióspolis á Cafarmágala, acompañado de los obispos de Jericó y de Sebaste. Abrióse á presencia de todos el ataud, ó el sepulcro de san Estéban, tembló la tierra, y salió tal fragancia del sepulcro, que se llenó todo aquel sitio de un suavísimo olor. Cobraron repentinamente la salud setenta y tres enfermos, y desde aquel mismo dia se repetian cada momento los milagros.

Halláronse enteros y en su situacion natural los huesos del Santo;

pero la carne estaba consumida. Dejáronse los huesos de los dedos con las cenizas en el mismo lugar, y cerrada la caja se trasladó á Jerusalen con solemne pompa, y se colocó en la iglesia de Sion, la mas antigua de toda la ciudad. Hízose la ceremonia el dia 26 de diciembre, y luego que se acabó se desprendió una copiosa lluvia, por la cual habia mas de un año se estaba clamando al Señor; y todos la reconocieron por visible efecto de la poderosa intercesion de san Estéban. Eleváronse de la tierra los cuerpos de los otros Santos, y se colocaron en lugar decente dentro de la reducida iglesia de Cafarmágala.

Hizo gran ruido en todo el mundo cristiano esta revelacion del cuerpo de san Estéban; y san Agustin, que vivia á la sazon, habla de ella como de un notorio milagro que obró el Señor para convertir ó á lo menos para confundir á los herejes. La relacion del presbítero Luciano, á quien Dios quiso descubrir este tesoro escondido, es uno de los monumentos mas auténticos que tenemos de la antigüedad. Escribióla en griego, y la dirigió á toda la Iglesia, á instancia de un presbítero español llamado Avito, amigo suyo, que se hallaba en Jerusalen al mismo tiempo; y habiéndola este traducido en latin, la envió al Occidente por el presbítero Orosio, á quien entregó una corta porcion de reliquias del santo Mártir. Reducíanse á una cantidad de cenizas de su cuerpo, y algunos huesecillos que pudo conseguir de su amigo Luciano, y los enviaba á la iglesia de Braga, de donde Avito era presbítero, esperando que el Santo con su intercesion libertaria á España de las incursiones de los bárbaros, así como habia libertado á la Palestina de la sequía y de la esterilidad.

Cargado Orosio con aquel precioso tesoro, y con la relacion de Luciano, aportó á la isla de Menorca, donde tuvo noticia de los estragos que hacian en España los godos y los vándalos, saqueándolo y destruyéndolo todo. No se atrevió á pasar adelante, haciendo alguna mansion en Puerto Mahon; al cabo determinó volver al África en busca de san Agustin, y dejó las reliquias de san Estéban en la iglesia de aquella ciudad. Extendióse luego la visible proteccion del santo Mártir en todos los parajes donde habia reliquias suyas. Las principales familias de Puerto Mahon eran judías, y en menos de ocho dias, despues que la ciudad estaba enriquecida con aquel tesoro, se convirtieron quinientos y cuarenta judíos á la religion cristiana, como consta de la relacion que hizo Severo, obispo á la sazon de la isla.

Con eso en todas las partes del mundo cristiano se solicitaban con

ansia algunas de aquellas milagrosas reliquias. Regalaron con algunas desde Oriente á san Evodio, obispo de Uzal, gran amigo de san Agustin, y el Santo las llevó procesionalmente á su iglesia con extraordinaria solemnidad. Colocáronse en un trono elevado en la parte superior del coro y magníficamente adornado con ricas alfombras y tapicerías; concluida la misa, se envolvieron en un pequeño pabellon de tela muy preciosa, y se encerraron en un armario, en que habia ventanilla, por la cual se tocaban los lienzos á la ampolla de las santas reliquias, que consistian en algunos fragmentos de huesos del santo Protomártir. Testifica san Evodio, que durante la procesion cobró repentinamente la vista un ciego, habiendo tocado la caja en que se llevaban; y despues de aquel dia fue tan grande el número de los milagros, y tuvieron tantos testigos, que al mismo Santo le pareció preciso mandar hacer una especie de registro, ó de informacion auténtica de todos ellos, para conservar la memoria á la posteridad. Formóse un decente volúmen, que san Evodio hacia leer públicamente en la iglesia los dias festivos; y cuando se acababa de referir algun milagro, si estaba presente el sujeto con quien se habia obrado, se le mandaba subir al púlpito del Evangelio, para que su misma declaracion atestiguase la verdad del hecho.

Iba creciendo cada dia la devocion de san Estéban, y todas las iglesias hacian vivas diligencias para conseguir alguna reliquia suya, ó á lo menos alguna porcion de tierra de su sepultura, ó algun lienzo tocado á la caja de sus huesos. Logró la iglesia de Calamo algunas de esta especie, y luego se vieron en ella los mismos prodigios que habia obrado Dios en otras partes. Estos fueron tantos, que san Agustin y los demás obispos comarcanos publicaron en sus edictos, mandando que todos aquellos que fuesen milagrosamente curados por intercesion de san Estéban, hiciesen una exacta relacion de su milagrosa curacion, sin omitir la mas menuda circunstancia; y afirma san Agustin que en poco tiempo se formaron muchos volúmenes abultados de esta coleccion.

Tambien tocó parte de este tesoro á la iglesia de Hipona, habiéndole recibido san Agustin por los años de 425. Hizo un panegírico del santo Mártir, cuando recibió sus reliquias, y las colocó con la mayor solemnidad en la capilla de la iglesia dedicada al mismo san Estéban. En el libro 22 de la *Ciudad de Dios* se puede leer el prodigioso número de milagros que obró Dios en la misma Hipona por intercesion del Santo; de cuya mayor parte fue testigo el mismo san Agustin, y los hacia leer en su iglesia á presencia de los mis-

mos con quienes se habian obrado; y no pocas veces ellos mismos los referian para dar mas peso á su verdad, y desterrar del público todo género de duda.

No refiere pocos el mismo santo Doctor. Una mujer ciega dió unas flores para que se las tocasen á la caja en que iban las reliquias de san Estéban; aplicólas despues á los ojos, y cobró la vista, de manera que al volver á su casa iba ella guiando á los que antes la guiaban á ella: *Cœca mulier, flores, quos ferebat, dedit: recepit, oculis admovit, protinus vidit: stupentibus qui aderant, prœibat exultans, viam carpens, et viœ ducem ulterius non requirens.* Uno de los hombres mas distinguidos de la ciudad, llamado Marcial, era gentil, y tan bien hallado con su ceguedad, que no consentia se le hablase de hacerse cristiano. Éranlo su hija y su yerno; y habiendo enfermado Marcial muy de peligro, ambos fueron á hacer oracion por su conversion delante de las reliquias de san Estéban. El yerno cogió algunas flores que estaban sobre el altar, y aquella noche, sin que el enfermo lo advirtiese, se las puso á la cabecera: *Abscedens, aliquid de altari florum tulit, eique, cum jam nox esset, ad caput posuit.* Luego que amaneció el dia siguiente comenzó Marcial á clamar que creia en Jesucristo, que le administrasen el Bautismo; y desde aquel dia hasta que espiró no se le cayeron de la boca estas palabras: *Jesucristo, recibe mi espíritu;* aunque ignoraba eran las últimas que pronunció san Estéban. *Hœc quandiu vixit in ore habebat: Christe, accipe spiritum meum; cum hœc verba beatissimi Stephani, quando lapidatus est à judœis, ultima fuisse nesciret, quœ huic quoque ultima fuerunt.* En fin, dice el mismo santo Doctor que en menos de dos años corrian ya setenta relaciones de otros tantos milagros hechos en Hipona desde que habian llegado las reliquias del Santo, entre las cuales se cuenta la resurreccion de tres muertos. Uno resucitó habiendo untado el cadáver con el aceite del santo Protomártir. Las palabras de san Agustin son estas: *Cumque corpus jaceret exanime, suggessit quidam ut ejusdem martyris oleo corpus perungeretur: factum est, et revixit.* El otro no fue menos admirable. Pasó un carro por encima de un niño, molióle los huesos, y le dejó muerto en el mismo sitio. La afligida madre del niño tómale en brazos, corre á la iglesia, pónele en el altar del Santo, y no solo resucitó el niño al instante, sino que quedó sin la mas mínima lesion. *Et non solum revixit; verumtamen illœsus apparuit.*

Asegúrase que los huesos de san Estéban que estaban en Jerusalen fueron trasladados á Constantinopla poco tiempo despues de su

invencion, y que desde allí lo fueron á Roma en el pontificado de Pelagio I, colocándose en la iglesia de San Lorenzo. Sucedió esta invencion, como se ha dicho, el dia 18 de diciembre; pero por ser privilegiados aquellos dias, y estar la santa Iglesia ocupada en disponerse para celebrar el nacimiento del Salvador del mundo, se señaló para esta fiesta el dia 3 de agosto, porque ya en él se celebraba otra á honor del mismo Santo en la ciudad de Ancona, con motivo de una de las piedras con que fue martirizado, que se conserva cuidadosamente en dicha ciudad, á donde la trajo uno de los que se hallaron presentes á su martirio. Por lo menos el cardenal Baronio no da otra razon en sus notas al Martirologio.

La Misa es en honor de san Estéban, y la Oracion la que sigue:

Da nobis, quæsumus, Domine, imitari quod colimus, ut discamus et inimicos diligere, quia ejus inventionem celebramus, qui novit etiam pro persecutoribus exorare Dominum nostrum Jesum Christum, etc.

Concedednos, Señor, la gracia de que imitemos al Santo cuya fiesta celebramos, para que aprendamos de su ejemplo á amar tambien á nuestros enemigos; puesto que celebramos la invencion de aquel que supo rogar por sus mismos perseguidores á Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de los capítulos VI y VII de los Hechos de los Apóstoles.

In diebus illis: Stephanus plenus gratia, et fortitudine, faciebat prodigia, et signa magna in populo. Surrexerunt autem quidam de synagoga quæ appellatur Libertinorum, et Cyrenensium, et Alexandrinorum, et eorum qui erant à Cilicia, et Asia, disputantes cum Stephano: et non poterant resistere sapientiæ, et spiritui, qui loquebatur. Audientes autem hæc, dissecabantur cordibus suis, et stridebant dentibus in eum. Cum autem esset Stephanus plenus Spiritu Sancto, intendens in cœlum, vidit gloriam Dei, et Jesum stantem à dextris Dei. Et ait: Ecce video cœlos apertos, et Filium hominis stantem à dextris Dei. Exclamantes autem voce magna, continuerunt aures suas, et impetum fecerunt unanimiter in eum; et ejicientes eum extra civitatem, lapidabant; et testes deposuerunt vestimenta sua se-

En aquellos dias: Estéban, lleno de gracia y fortaleza, obraba prodigios y grandes maravillas en el pueblo. Mas se levantaron algunos de la sinagoga, llamada de los libertinos, de los de Cirene y Alejandría, y de los de Cilicia y Asia, á disputar con Estéban; y no podian resistir á la sabiduría, y al espíritu con que hablaba. Pero al oir sus razones reventaban de ira en su interior, y rechinaban los dientes contra él. Mas Estéban, que estaba lleno del Espíritu Santo, fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesús que estaba en pié á la diestra de Dios. Y dijo: Hé aquí veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está en pié á la diestra de Dios. Pero ellos clamando á grandes voces, se taparon los oidos, y se arrojaron todos á él. Y echándolo fuera de la ciudad, lo apedreaban: y

cus pedes adolescentis, qui vocabatur Saulus. Et lapidabant Stephanum invocantem, et dicentem: Domine Jesu, suscipe spiritum meum. Positis autem genibus, clamavit voce magna, dicens: Domine, ne statuas illis hoc peccatum. Et cum hoc dixisset obdormivit in Domino.

los testigos dejaron sus vestidos á los piés de un jóven que se llamaba Saulo. Y apedreaban á Estéban, que oraba y decia: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, exclamó diciendo en alta voz: Señor, no les imputeis este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor.

REFLEXIONES.

San Estéban confundió y convenció á los judíos; pero no los convirtió. No sabe doblarse ni rendirse á la verdad el espíritu del error. Es vencido; revienta de coraje, brama, rabia, recurre á las armas á falta de razones, y no pudiendo sofocar la verdad, la desacredita, la calumnia, la oscurece. Es la pasion la madre de aquel espíritu; ella es la que anima el partido, y el error se inflama, se enciende, rompe, atropella, y da testimonio de sus obras en los estragos que hace. Por eso nunca gritan los herejes, nunca meten mas ruido que cuando mas los aprieta la verdad. No pueden responder, y por tanto se llenan de furor; y á la cólera y á la vergüenza sigue inmediatamente la venganza. Los ojos flacos no pueden sufrir mucha luz; y donde reina la pasion, tiene poca entrada la razon, y menos la Religion. Una vez que el corazon se ponga de acuerdo con el entendimiento, son incurables las preocupaciones, por falsas que sean. Por mas que grite la conciencia; por mas que se ponga á la vista la verdad, se cierran los ojos y se tapan los oidos. Solo se piensa, solo se estudia, solo se procura destruir y aniquilar lo que puede turbar ó inquietar la pasion. Este es el orígen de aquella voluntad maligna, de aquella obstinada pertinacia que se observa en los herejes de todos tiempos, acompañada de una cruel inhumanidad. Los enemigos de Jesucristo siempre lo son de sus siervos, pero singularmente de su Iglesia; todo su celo se dirige á aumentar su partido. Demuéstrase este hecho en nuestra Epístola: unióse todo aquel monton de sectas diferentes para disputar con Estéban, y no pudieron resistir ni á su sabiduría, ni al espíritu que hablaba en él. Á vista de aquel convencimiento, ¿quién no creeria que todos los judíos rendian las armas y se daban? Todo lo contrario: *Oyendo lo que Estéban les decia, bramaban, y rechinaban los dientes contra él.* Este es el efecto que produce la verdad en corazones obstinados, en aquellos que resisten al Espíritu Santo. La pasion de los enemigos de Jesucristo nunca se para á la mitad del camino. No desiste hasta acabar

con sus contrarios; persíguelos, no con argumentos, porque la razon es esclava donde la pasion domina, sino con la violencia, conduciéndolos esta á los mayores excesos. El fruto de la disputa fue la muerte de Estéban. Á la rabia de los que no pudieron responder, fue sacrificado el discípulo de Jesucristo. Pero de aquí saca Dios su gloria; la Iglesia se multiplica; y la verdad, por mas que la pretendan oprimir, triunfa, en fin, en la muerte del primer Mártir del Evangelio.

El Evangelio es del capítulo XXIII *de san Mateo.*

In illo tempore dicebat Jesus turbis judæorum, et principibus sacerdotum: Ecce ego mitto ad vos prophetas, et sapientes, et scribas, et ex illis occidetis et crucifigetis, et ex eis flagellabitis in synagogis vestris, et persequemini de civitate in civitatem: ut veniat super vos omnis sanguis justus qui effusus est super terram, à sanguine Abel justi usque ad sanguinem Zachariæ, filii Barachiæ, quem occidistis inter templum et altare. Amen dico vobis, venient hæc omnia super generationem istam. Jerusalem, Jerusalem, quæ occidis prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta. Dico enim vobis, non me videbitis amodo, donec dicatis: Benedictus, qui venit in nomine Domini.

En aquel tiempo decia Jesús á los Escribas y Fariseos: Ved que envio á vosotros profetas, y sábios, y doctores, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaéris en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien matásteis entre el templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generacion. Jerusalen, Jerusalen, que matas á los profetas, y apedreas á los que te son enviados, ¿cuántas veces quise reunir tus hijos, al modo que la gallina reune sus pollos debajo de las alas, y no quisiste? Hé aquí, que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo, que no me veréis desde ahora, hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

MEDITACION.

Sobre el abuso de los beneficios de Dios.

Punto primero.—Considera que la mayor prueba de la malicia del corazon humano, y de su negra ingratitud á Dios, es la resistencia á la gracia, y el enorme abuso que se hace de ella. Esta gracia, que se nos concede para obrar con ella nuestra salvacion, es un don gratuito del Señor, efecto puramente de la bondad con que nos mira, y muestra muy sensible de su paternal ternura. ¿Será perdonable que abusemos de ella y la despreciemos? ¿Y habrá señal mas

visible y aun mas cierta de reprobacion, que este menosprecio y este abuso? ¡Cuánto nos quejaríamos, si mostrándose Dios insensible á nuestra perdicion, nos negase este medio esencialmente necesario para salvarnos! Condenéme, diria entonces un desdichado réprobo; pero, Señor, ¿podia dejar de perderme? Sin vuestra gracia no me podia salvar; no estaba en mi mano arrancaros este necesario auxilio; solo Vos me lo podíais conceder, y me lo negásteis. Mas ahora, ¿qué cargos no nos puede hacer el mismo Señor? No ignoraba tu esterilidad, tu flaqueza, tu nada, dirá eternamente á un condenado; pero dí providencia á todo. Tenias enemigos poderosos, malignos y sagaces; pero te dí armas para combatirlos, oraciones, consejos saludables, Sacramentos, sacrificios, auxilios, ejercicios espirituales, penitencias, buenas obras; todo te facilitaba el vencer á unos enemigos que ya yo mismo habia desarmado. Eras tierra inculta y cubierta de broza, enviéte excelentes obreros para cultivarla; hombres celosos, llenos de mi espíritu, directores sábios y prudentes, guias seguras y experimentadas, que con seguridad te condujesen al término por el camino de la perfeccion; ¿cómo usaste de todos estos medios? ¿cómo te aprovechaste de ellos? Envíoos profetas, sábios é intérpretes de la Ley, dice el Salvador, y á unos les quitaréis la vida, á otros los azotaréis, y á muchos los perseguiréis de ciudad en ciudad. Aprovecháronse muy mal los judíos de estos poderosos medios para su salvacion; abusaron extrañamente de ellos. Pero ¿nos aprovechamos mejor nosotros de los auxilios que Dios nos da y de los medios que nos ofrece? Traigamos á la memoria los beneficios que nos ha hecho. ¡Qué de auxilios! ¡qué de inspiraciones! ¡qué de piadosos movimientos! ¡qué de maestros y de profetas! ¿Y qué fruto hemos sacado de todo esto?

Punto segundo.—Considera que todas las cosas publican, todas nos están predicando la bondad que el Señor usa con nosotros. Estamos, por decirlo así, oprimidos con el peso de sus beneficios, colmados de sus favores espirituales y corporales, de sus bienes temporales y eternos. Todo lo que tenemos lo hemos recibido de su liberalidad; cuanto poseemos y cuanto esperamos, todo solicita nuestro corazon, todo nos ejecuta por el mayor reconocimiento. Pero este ¿es muy vivo? ¿es muy ardiente? ¿Cómo hemos usado de estos beneficios? Se abusa de sus dones; de ellos mismos se toma ocasion para desagradarle y para ofenderle; hasta de sus mismas gracias se abusa. Su paciencia y su misericordia sirven muchas veces de pre-

texto á nuestra ingratitud; somos malos, por lo mismo que Dios es bueno. Está nuestro corazon tan estragado, que convierte en veneno la triaca; no pocas veces se endurece mas el alma con aquello mismo que de suyo era mas eficaz para convertirla. ¿Qué fruto hemos sacado de tantos libros espirituales, de tantos sermones, de tantas confesiones, de tantas comuniones y de tantas oraciones? Bien puede Dios clamar, amenazar y muchas veces herir; los mismos golpes parece que nos amodorran mas; los accidentes mas funestos no bastan á despertarnos. Pocos años hay en que la muerte no coja de repente á alguna persona mundana en medio de los desórdenes del juego y de los espectáculos, sin concederla ni un breve intervalo entre la vida y la eternidad. Pero ¿quién se convierte á vista de esta desgracia? Espanta, asusta, se llora tal vez aquel funesto accidente; pero por eso ¿quién vive mejor? Muere súbitamente en la comedia una mujer profana; quédase muerto un jugador de profesion con los dados y los náipes en la mano. ¿Qué fruto producen estos sucesos en los que sobreviven á aquellos desgraciados? ¿Se frecuentan menos por eso los espectáculos? ¿Son menos numerosas las academias y los corrillos de la ociosidad? ¿Son de allí adelante mejores cristianos los otros compañeros? ¿son menos mundanos?

¡Ah, Señor, y cuánto he abusado hasta aquí de vuestras gracias y de vuestros beneficios! ¡Qué cuenta tan estrecha os he de dar! Dignaos, Señor, de suspender aun vuestra justa ira por un nuevo exceso de vuestra inmensa bondad. Conozco mi maldad, y la detesto. Pero, con vuestra divina gracia, desde este mismo punto doy principio á aprovecharme de todo para mi eterna salvacion.

Jaculatorias.—Limpiad, Señor, la plata de la escoria, y quedará un vaso muy resplandeciente. (*Prov.* xxv).

No me abandoneis, Señor; llevadme todavía á Vos por medio de vuestra gracia, y veréis la velocidad con que corro en seguimiento vuestro. (*Cant.* ii).

PROPÓSITOS.

1 *Vosotros resistís todavía al Espíritu Santo,* decia san Estéban á aquel ingrato y obstinado pueblo que no se queria rendir á los suaves y fuertes atractivos de la gracia. Y ¿no nos podria tambien decir lo mismo á nosotros? ¿Cuánto tiempo há que acaso estás resistiendo á este divino Espíritu, que te alumbra, que te exhorta, que te aprieta para que dejes esas costumbres mundanas, quizá corrom-

pidas, y cuando menos poco cristianas? ¿para que venzas esas pasiones que te tiranizan, y especialmente la que sobre todas te domina; para que te rindas á los impulsos de la gracia, que te está solicitando á que no dilates por mas tiempo la conversion? Ahora, ahora mismo estás recibiendo un nuevo beneficio del Señor. Estas reflexiones que te ponen delante, estos saludables consejos que te están dando, esos ejercicios espirituales que te aconsejan, son para tí nueva gracia; no la inutilices, no resistas mas tiempo al Espíritu Santo. Acaso este es punto crítico de tu conversion y de tu salvacion. Es cierto que en el discurso de la vida hay un momento que es el decisivo de nuestro destino; es muy probable que este de ahora será el último para muchos que harán estas reflexiones y leerán estos ejercicios.

2 Comienza desde luego á dar algun paso seguro hácia tu salvacion. Si tienes necesidad de hacer una buena confesion, de romper alguna mala amistad, de hacer alguna restitucion, de reconciliarte con algun enemigo, no lo dejes para mañana; hazlo todo, si puedes, en este mismo dia, ó á lo menos da principio en él á la conversion, á la restitucion y á la reforma. Pasa luego á visitar á aquella persona con quien estás desazonado. Si no puedes restituir toda la cantidad que debes, aparta desde luego alguna, y véla aumentando poco á poco hasta completarla toda, escribiendo en un papel secreto el nombre de la persona á quien se la debes, para que la satisfagan tus herederos, en caso de que mueras de repente, y sin haberla podido satisfacer por tí mismo. Da principio desde hoy á reformar tu exterior con un porte modesto. Observa las reglas de que hasta ahora has hecho tan poco caso. Vuelve á leer aquel método de vida que te propusiste en los ejercicios, ó al principio del año. El Espíritu Santo es el que te da estos consejos; no le quieras resistir.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

Santo Domingo, confesor, fundador del Órden de Predicadores, varon muy esclarecido por su santidad y milagros, el cual conservó perpétua virginidad, y por la singular gracia de sus merecimientos resucitó tres muertos, en Bolonia. Habiendo reprimido las herejías con su predicacion, é instruido á muchos en la vida cristiana y religiosa, murió en paz el dia 6 de este mes; pero su festividad se celebra en este dia por una constitucion de Paulo IV. *(Véase su vida hoy)*.

El martirio de san Aristarco, discípulo y compañero inseparable del apóstol san Pablo, en Tesalónica: san Pablo en su carta á los colosenses dice

estas palabras: «Os saluda Aristarco, mi compañero en la prision.» El mismo Apóstol le ordenó obispo de los tesalonicenses, y despues de largos tormentos en tiempo de Neron, descansó en paz coronado por Cristo.

El martirio de san Tertulino, presbítero y mártir, en Roma en la via Latina; el cual en tiempo del emperador Valeriano, despues de haberle cruelísimamente apaleado, y abrasádole los costados, y quebrantádole el rostro á golpes, extendídole en el potro, y cortádole los nervios, por último le degollaron, con lo cual consumó el martirio.

San Eleuterio, mártir, senador en Constantinopla; el cual en la persecucion de Maximiano fue degollado por confesar á Jesucristo.

Las santas mártires Ia y sus compañeras, en Persia; las cuales en tiempo de Sapor, rey de los persas, por diversos suplicios alcanzaron el martirio con otros nueve mil cristianos.

San Protasio, mártir, en Colonia. *(Los Bolandistas se inclinan á creer que es el mismo san Protasio que se celebra con san Gervasio el dia 19 de junio).*

San Agabio, obispo y confesor, en Verona.

San Eufronio, obispo, en Tours. *(San Gregorio de Tours, que fue por muchos años testigo de las virtudes de este Santo, dice que estuvo favorecido con el don de milagros, y que fue admirable en todo hasta su dichosa muerte, acaecida en el año 572).*

Santa Perpétua, en Roma; la cual bautizada por el apóstol san Pedro, convirtió á la fe á su hijo Nazario y á Africano, su marido, y dió sepultura á muchos cuerpos de santos Mártires; finalmente llena de méritos y de buenas obras murió en el Señor.

SANTO DOMINGO, CONFESOR, FUNDADOR DE LA ÓRDEN DE PREDICADORES.

Santo Domingo, destinado por el cielo para ser por sí mismo y por medio de sus hijos luz del mundo cristiano, una de las mas fuertes columnas de la Iglesia, apoyo de la fe y de la Religion, reformador de las costumbres y azote de los herejes, nació el año de 1170 en Caleruega, villa de Castilla la Vieja, en el obispado de Osma. Fue su padre D. Félix de Guzman, de la ilustre y antigua casa de los Guzmanes, tan distinguida en España por los grandes servicios que ha hecho al Estado, como por sus alianzas con las primeras casas de la Europa. Su madre la beata Juana de Aza, de cuyos famosos antepasados la historia de España hace tan honorífica mencion, aun fue mucho mas recomendable por su gran virtud, que por su calificada nobleza. Fue Domingo el tercero de sus hijos, y hallándose en cinta de él, soñó que paria un cachorro con una hacha encendida en la boca, que llenaba de luz y de claridad á toda la tierra. Muy en breve la doctrina y el inmenso celo de nuestro Santo declaró y justificó el verdadero sentido de esta misteriosa vision, confirmándose

despues con otra mas clara que tuvo la virtuosa señora; porque haciendo una novena en la iglesia de Santo Domingo de Silos, implorando su favor para el feliz alumbramiento, el santo Abad se la apareció, y la aseguró pariria un hijo que seria antorcha del mundo cristiano y el consuelo de la Iglesia.

Desde luego los primeros dias de Domingo anunciaron lo que habia de ser andando el tiempo. No se le notó pucrilidad alguna de las que son tan ordinarias en los otros niños. Estando aun en poder del ama que le criaba, se levantaba silenciosamente por la noche para emplear en oracion el tiempo que hurtaba al necesario descanso. Por su bello natural, por su genio blando y dócil, por su corazon tierno y amoroso, y por su apacibilidad era la admiracion de todos sus parientes y las delicias de su nobilísima familia. La natural inclinacion que mostraba á la virtud hizo cási ocioso el cuidado de la educacion. Encargóse de ella un tio suyo, arcipreste de la iglesia de Gumiel de Izan, y su mayor desvelo era poner freno á su fervor, y moderar su excesiva aplicacion al estudio.

Concluida la gramática, le enviaron á la universidad de Palencia, que á la sazon era una de las mas célebres de España, y fue la misma que con el tiempo se trasladó á Salamanca. Hizo tan grandes progresos en las facultades mayores, que en menos de seis años fue uno de los teólogos mas hábiles; pero al paso que se hacia mas sábio, se hacia tambien mas santo. Ayunaba muchos dias de la semana, maceraba su carne con rigurosas penitencias, su cama era la dura tierra, dormia poco, y pasaba en oracion una parte de la noche. Ninguno fue mas dueño de sus sentidos. Tenia hecho pacto con los ojos de no mirar á mujer alguna. Su modestia iba anunciando su pureza; y por su extrema delicadeza en este punto se puede discurrir que mereció ser uno de los mas favorecidos de la Reina de las Vírgenes, á quien profesó tan tierna devocion, como lo acreditaron despues sus portentosos efectos.

Aun no habia acabado sus estudios, cuando una cruel hambre, que desoló á toda España, le puso en ocasion de mostrar su ardiente caridad. Habiendo gastado con los pobres todo el dinero que tenia, se deshizo de todos sus muebles, vendiendo hasta sus mismos libros para socorrerlos; y no teniendo mas que dar, se quiso dar á sí mismo para rescatar del cautiverio al hijo de una pobre mujer que le pidió limosna para rescatarle. Quedó atónita la afligida mujer al oir semejante proposicion; y solamente porque nunca quiso convenir en ello, dejó el Santo de ser esclavo, para que el otro quedase libre.

No se limitaba su caridad á las necesidades del cuerpo; extendíase

con mayor ardor á las espirituales del alma. Poseia en grado eminente el talento de la predicacion; y no habia quien se resistiese al Espíritu Santo, que hablaba por su boca. Ya cuando lo hacia desde el púlpito, ó ya en las conversaciones familiares, no habia corazon tan duro que no se ablandase y no se convirtiese oyendo las palabras de Domingo. El primer fruto de sus sermones fue la conversion de un caballerito mozo, llamado Conrado, el que habiendo entrado en la Órden del Cister, fue con el tiempo promovido por su mérito á la púrpura cardenalicia.

En medio de ser todavía tan jóven nuestro Santo, era consultado como el director mas experimentado en los caminos de la salvacion, y á pesar de sus pocos años era tenido por el oráculo de la universidad de Palencia y de toda España. Por esta grande reputacion se movió D. Diego de Acevedo, uno de los mayores prelados de su tiempo, á proveer en él el arcedianato de Osma, de cuya iglesia era obispo, y acababa de convertirla en cabildo de canónigos reglares. La nueva reforma necesitaba de algun poderoso apoyo. Fue Domingo el alma de ella, y con su ejemplar vida cimentó maravillosamente la recien nacida regularidad. Aumentó sus ayunos, prolongó sus vigilias, y dobló todas las otras penitencias. Con la frecuente lectura de las Colaciones de Casiano tomó la resolucion de copiar en sí mismo las mortificaciones de los antigos Padres del yermo. Impúsose una ley de tomar todas las noches tres disciplinas con ramales sembrados de puntas de hierro; y excedió en sus rigores á aquellos grandes ejemplos de penitencia.

Pero Dios no habia formado á este nuevo Apóstol para la iglesia de Osma solamente. Escogido y destinado para anunciar la palabra de Dios á las naciones, y para predicar la penitencia á los pecadores, corrió muchas provincias de España, haciendo en todas increible fruto; y al mismo tiempo que destruia los vicios, disipaba los errores con que la habian inficionado los herejes y los mahometanos. Uno de los efectos de su primera mision fue la ruidosa conversion del heresiarca Reiner, siguiéndose á esta insigne conquista la reforma general de las costumbres. Fue llamado á Palencia para leer públicamente en una cátedra de teología; y en ella hizo visible la facilidad con que se puede hermanar una elevada sabiduría con una eminente virtud.

Pero mientras la miés clamaba tanto por operarios, y sepultados los pueblos en los vicios ó en el error, tendian las manos, implorando el socorro de Domingo. Ordenóle de sacerdote el obispo de

Osma, y dejando á Palencia, dió principio á una segunda mision, en que penetró hasta los últimos pueblos del reino de Galicia. No siendo capaces las iglesias para los inmensos auditorios, se veia precisado á predicar en las plazas y en los campos. Predicaba un dia junto á la orilla del mar, y saltando en tierra unos piratas, le prendieron, y le llevaron al navío, donde no contentos con ultrajarle de palabra, le maltrataron á palos y á crueles azotes con duros nervios de bueyes. Su invencible paciencia irritaba mas el furor de aquellos bárbaros; mas no por eso dejó de intentar su conversion. Ya estaban para arrojarle al mar, cuando de repente se levantó una deshecha tormenta, en que temieron tan próximo como inevitable el naufragio. Reconocieron ser castigo del cielo por los malos tratamientos que hacian al siervo de Dios; arrojóse á sus piés toda la tripulacion, prometiendo convertirse, y en el mismo punto se sosegó la tempestad. Echaron al Santo en el primer puerto; y el fruto de su cautiverio y de su mision en el navío fue la milagrosa conversion de todos aquellos infieles. Siendo tan poderoso en obras como en palabras, recorrió los reinos de Castilla y de Aragon. Todos los pueblos mudában de semblante en predicando Domingo, y llegó la reforma hasta la corte. Oyóle D. Alfonso, rey de Castilla, y padre de la reina doña Blanca, madre de san Luis, y desde que le oyó hizo tal mudanza, que fue uno de los monarcas mas virtuosos de España.

Todo predicaba en aquel hombre apostólico. Sus palabras eran centellas encendidas del fuego divino que abrasaba su corazon; pero su tierna devocion y su plena confianza en la santísima Vírgen eran, como él mismo lo confesaba, el principal secreto de que se valia para la conversion de los pecadores y de los herejes. Santo Domingo fue quien introdujo la santa costumbre de implorar la proteccion de la santísima Vírgen al acabar la salutacion de los sermónes; y á santo Domingo debe la Iglesia la piadosísima y utilísima devocion del santo Rosario. Habiéndole escogido desde la misma cuna la soberana Reina de todos los Santos para especial favorecido suyo, ella misma le enseñó el modo de honrarla y de reverenciarla que lá era mas agradable: inspiróle el método y el espíritu con que se debia hacer; y á esta excelente devocion, á esta oracion tan eficaz se reconocia deudor nuestro Santo del prodigioso número de conversiones con que bendijo el Señor su apostólico celo.

Pero era España campo muy estrecho para las hazañas de aquella grande alma, y la llamaba el cielo á mas dilatadas conquistas. Nombró el Rey de Castilla al obispo de Osma por su embajador á la corte

de Francia, y quiso que fuese Domingo en compañía del Obispo con el título de su teólogo de cámara. Pasaron por el Langüedoc, donde no pudieron ver sin lágrimas los progresos que hacia en aquella provincia la herejía de los Albigenses. Terminados felizmente los negocios de la embajada, pero altamente condolidos á vista de la inopinada muerte de la infanta de Francia, que habian ido á pedir, y habian conseguido para D. Fernando, infante de Castilla, resolvieron pasar á Roma, y solicitar licencia del papa Inocencio III para volver á Francia á trabajar en la conversion de los Albigenses, ó para pasar al Norte á predicar el Evangelio á los gentiles. Determinólos Su Santidad al primer partido, y recibida su mision, se restituyeron á Francia. Vínoles devocion de visitar al Cister, cuyo abad Arnoldo se juntó con ellos, y llegando al Langüedoc, se les agregó tambien Roaldo, abad de Fonfria, y el beato Pedro de Castelnau, monje del mismo monasterio.

Quizá no se habia visto la Iglesia de Francia en tan lastimoso estado. Un monstruoso conjunto de herejías, bajo el único nombre de Albigenses, arrasaba inhumanamente la viña del Señor, y hacia sangrienta guerra á su santa Iglesia. Encarnizados los herejes en el empeño de abolir los Sacramentos, desterrar el culto de la Vírgen, destruir todo ejercicio de devocion, y aniquilar la jerarquía eclesiástica, lo entraban todo á fuego y sangre, sin verse otra cosa en las provincias que las tristes y sacrílegas ruinas de los templos. Reinaba en todas partes la disolucion y la ignorancia, desterrado de todas ellas el sagrado ministerio de la predicacion, medio eficaz y permanente para sostener la Religion, y para servir como de insuperable dique al torrente de la impiedad. Á todos estos males la providencia de Dios solo opuso á nuestro Santo. Apenas se dejó ver en Langüedoc, cuando se disipó toda aquella negra nube de herejes. Henriquianos, petrobusianos, arnolditas, citaros, pifros, patarines, tejedores, publicanos, pasagianos, waldenses y arrianos, todos quedaron confundidos, y la mayor parte de ellos convertidos por el celo, por los ejemplos y por los sermones de santo Domingo. Antes de dar principio á toda controversia, á toda instruccion y á todo sermon, se postraba delante de una imágen de la santísima Vírgen, é imploraba su proteccion con esta breve, pero bella, oracion que adoptó despues la santa Iglesia: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos:* Dígnate, Vírgen santísima, de alcanzarme gracia para que te alabe dignamente; consígueme virtud y fortaleza para combatir y para vencer á tus enemigos. Era muy penosa la mi-

sion, y en medio de eso resolvió el Santo hacer á pié todos sus viajes, sin dinero y sin otra provision que su confianza en la caridad de los fieles, oponiendo este desinterés apostólico á la hipocresía de algunos herejes, que se llamaban *perfectos*, porque afectaban una pobreza extraordinaria. Los que se preciaban de hombres sábios y devotos, publicaron contra nuestro Santo muchos libelos llenos de invectivas y de blasfemias contra Dios, contra la Vírgen y contra los Santos. Respondió á ellos Domingo, así de viva voz, como por escrito; y como los herejes no tuviesen que replicarle, acordaron pedirle que les diese por escrito su doctrina. Hízolo el Santo; leyeron su escrito en pública asamblea, quedaron cortados y mudos los herejes, embargándoles la voz la fuerza de la verdad. Resolvieron entregar á las llamas el escrito; pero respetó el fuego la doctrina católica. Dispusieron otro brasero mas encendido, y sucedió lo mismo que con el primero; hicieron tercer esfuerzo para quemarle, y tercera vez quedaron confundidos con otro tercer milagro. Si los milagros convirtieran á los herejes, todos quedarian entonces convertidos. Uno solo de toda la asamblea logró esta dicha, para que se publicase un prodigio que todos habian conspirado en tener secreto; pero presto se siguió á él otra semejante maravilla. Disputaba un dia en Fanjaux con aquellos obstinados; uno de ellos habia mojado en agua de alumbre el escrito de los herejes, para hacerle incombustible por este medio; confiado en él, clamó con fiereza y con descoco que se hiciese la prueba del fuego para averiguar la verdad. Acudió todo el pueblo, rodeando una grande hoguera, donde se arrojó el escrito del hereje, que en el mismo instante quedó enteramente consumido. Consintió Domingo que el suyo se echase en ella, y se conservó ileso hasta que toda la leña se redujo á ceniza, y el fuego se acabó.

Léjos de rendirse los enemigos de la fe á estas dos victorias, ellas mismas les hicieron mas furiosos. Muchas veces maquinaron contra la vida del Santo; pero sus intentos solo sirvieron para avivarle mas las ansias con que suspiraba por la corona del martirio. Movido del peligro en que se hallaban muchas doncellas nobles á quienes los herejes habian despojado de sus bienes, fundó para ellas un monasterio en el pueblo de Proville, cerca de Fanjaux, por la liberalidad de Bernardo, arzobispo de Narbona, y de Foulques, obispo de Tolosa, y fue el primer convento de monjas de su Órden.

Á la fama de los grandes y gloriosos sucesos que lograba en todas partes el celo de nuestro Santo, concurrieron otros compañeros, deseosos de participar con él las fatigas de sus apostólicos trabajos.

Corrió con ellos las ciudades de Albi, Pamiers, Narbona, Carcasona, Montpeller, como tambien la mayor parte de las villas y aldeas de Langüedoc, obrando en todas nuevos y estupendos milagros. Confirmaba á los fieles en la fe, pero convertia á pocos herejes. Quejóse un dia de esto á la santísima Vírgen, en quien, despues de Dios, tenia puesta toda su confianza; apareciósele la soberana Reina, y le dijo que para convertir á aquellos obstinados predicase la devocion de su Rosario. Obedeció el Santo: en vez de controversias comenzó á predicar el uso de esta santa devocion; enseñó al pueblo el espíritu y el modo con que la habia de rezar; explicó los misterios, y muy luego se conoció la eficacia de tan poderoso socorro. En poco tiempo tuvo santo Domingo el consuelo de ver convertidos mas de cien mil pecadores ó herejes. El ejército de los cruzados solo sirvió para endurecerlos mas; y su conversion fue efecto de la poderosa intercesion de la Madre de Dios por medio del santo Rosario. Desde aquí se ha de contar propiamente la verdadera época de esta célebre devocion, apoyada con tantos testimonios nada sospechosos, autorizada con tantos milagros, honrada con tantos privilegios, y continuamente aprobada con las abundantes bendiciones que derrama Dios sobre los que saben aprovecharse bien de ella.

Á vista de las maravillas que obraba el Señor por medio de nuestro Santo, como de los asombrosos frutos que producia su celo, se movieron muchas ciudades á pedirle por su obispo; pero su profunda humildad le desvió inmensa y constantemente de toda especie de prelacía. Renunció un obispado en Galicia, otro en Bretaña, como tambien el de Cominges, Conserans y Beziers. Para aceptar el oficio de inquisidor de la fe fue menester un precepto del Papa. Á la verdad, la divina Providencia le destinaba á mayores cosas. Desde el año de 1207 le habia inspirado Dios el plan de un instituto religioso, que tuviese por fin la predicacion del Evangelio, la conversion de los herejes, la defensa de la fe y la propagacion del Cristianismo. Se habia suspendido su ejecucion por la muerte del santo obispo de Osma, con quien Domingo la habia comunicado; pero Foulques, obispo de Tolosa, que pasaba al concilio Lateranense, se encargó de solicitar la aprobacion del Vicario de Cristo, y quiso que nuestro Santo le acompañase á Roma. Aunque el papa Inocencio III estaba muy resuelto á no multiplicar las Religiones; habiendo visto en sueños á santo Domingo en ademan de que él solo estaba sosteniendo la iglesia de San Juan de Letran, reconoció el dedo de Dios en el nuevo Instituto, y

le mandó que dispusiese las reglas y las constituciones. Murió á la sazon este gran Pontífice, y con su muerte pareció haberse de impedir, ó á lo menos suspender, el grande intento; pero su sucesor Honorio III creyó no podia hacer mayor servicio á la Iglesia que aprobar el nuevo Instituto, con el nombre de Frailes predicadores; y el dia 22 de diciembre del año 1216 expidió la bula de confirmacion. Este fue el nacimiento dé aquella célebre Religion que ha hecho y está haciendo cada dia tan señalados servicios á la Iglesia católica, habiendo dado al mundo cristiano siete papas, cuarenta y nueve cardenales, veinte y tres patriarcas, mil y quinientos obispos, seiscientos arzobispos, cuarenta y tres nuncios, sesenta y nueve maestros del sacro Palacio, un prodigioso número de célebres doctores, de escritores sábios y una extraordinaria multitud de Santos, siendo uno de los mayores ornamentos de la Iglesia [1].

Experimentó muy luego toda la cristiandad los maravillosos efectos de este importante socorro. Apenas se confirmó la nueva Religion, cuando el santo Fundador vió á sus hijos extendidos por toda la tierra, triunfando en todas partes de la herejía, y en todas introduciendo la reformacion de las costumbres. Cuando llegó á Tolosa, tuvo el consuelo de hallar cási acabado el primer convento de su Órden, á expensas de la liberalidad del obispo y del conde de Monfort. Persuadida la reina D.ª Blanca á que debia á la devocion del Rosario, que la habia aconsejado santo Domingo, el nacimiento de su hijo el rey san Luis, le fundó en París otro convento.

Pasó de París á Metz, donde el Santo fundó uno, del que hizo prior al beato Estéban, su compañero, y desde allí tomó la vuelta de Italia. En este viaje fue cogido de unos bandoleros, que le trataron con la mayor indignidad; pero con su paciencia y con su dulzura los convirtió, moviéndoles á penitencia con sus exhortaciones. Llegando á Venecia con ánimo de ir personalmente á llevar la luz del Evangelio á los bárbaros al otro lado del Ponto Euxino, conoció la imposibilidad de la empresa, y contentándose con enviar algunos de sus hijos á Dalmacia, dejando á otros en Venecia para fundar un convento en aquella ciudad, tomó el camino de Roma. Fue recibido del papa Honorio con la ternura y con la veneracion que eran debidas á su eminente santidad; y luego le dió la iglesia de San Sixto con todas sus dependencias, para que fundase un convento:

[1] Despues que se escribió esto, dió á la Silla apostólica otro papa, y se aumentó considerablemente el número de cardenales, arzobispos y obispos.

el Santo se la cedió á las monjas de su Órden, y el convento de los frailes le fundó en la iglesia de Santa Sabina, que tambien le habia concedido el Papa.

Aunque era tan grande su aplicacion á predicar al pueblo la palabra de Dios, su celo no se limitaba precisamente á eso, extendiéndose tambien á reformar los palacios de los grandes. Encargóle el Pontífice el cuidado del suyo, con el título de maestro del sacro Palacio, dignidad que desde entonces hasta ahora se ha dado siempre á sujeto de la misma sagrada Religion. Pero la paternal solicitud que dedicaba al gobierno de su santa familia, que en menos de cinco meses contaba muchas provincias, y en ellas muchos millares de religiosos, le obligó á emprender la visita general de toda ella. Dió principio por España; volvió á Francia; detúvose algunos meses en París, y desde allí envió á algunos de sus frailes á Escocia; recorrió toda la Italia, predicando en todas partes con admiracion, viendo en todas florecer su Órden con esplendor, y encontrando en todos los conventos religiosos de eminente santidad.

Vuelto á Bolonia hácia la Cuaresma del año de 1220, convocó en aquella ciudad el primer Capítulo general; formó en él reglas y leyes llenas de perfeccion, de sabiduría y de prudencia; hizo cuanto pudo para que se le exonerase del generalato, pero inútilmente; porque se vió precisado á ceder á las lágrimas y á los ruegos de sus hijos, y á continuar en las funciones de su empleo. Despues de haber visitado los conventos de la Órden en el Estado eclesiástico, en la Toscana y en el Milanés, se restituyó á Bolonia á celebrar el segundo Capítulo general. En este Capítulo se dividió toda la Religion en ocho provincias, que comprendian cincuenta y seis conventos: se eligieron para ellas ocho provinciales, hombres todos de extraordinaria virtud y de sobresaliente capacidad; y el Santo envió algunos de sus hijos á las provincias del Norte y del Oriente; entre otros destinó para Polonia al célebre san Jacinto.

Llamaban á Domingo el Taumaturgo de su siglo, á vista de los muchos milagros que obraba Dios por sus méritos y por su intercesion. Dotado del don de lenguas y del de profecía, renovó en estos últimos tiempos las mismas maravillas que se admiraron en los primeros siglos de la Iglesia. Estaba enfermo un hijo de una señora romana, llamada Goutadona; dejóle solo la madre por ir á oir al Santo, y cuando volvió del sermon le encontró muerto. No se turbó ni se afligió la piadosa señora por aquel suceso; antes llena de confianza en santo Domingo, tomó el niño en sus brazos, y ella misma le llevó

y le puso á los piés del Santo, que compadecido de aquel accidente, despues de una breve oracion, tomó al cadáver por la mano, y se lo entregó vivo á su madre. Estaba un dia visitando al cardenal Estéban, á cuyo cuarto habian concurrido tambien otros dos cardenales, cuando de repente entraron á decir al Cardenal que su sobrino Napoleon acababa de morir desgraciadamente, precipitado de un caballo. Al oir el tio tan funesta noticia, cayó desmayado en los brazos de nuestro Santo. Trajeron el cadáver al palacio del Cardenal; púsose Domingo en oracion; fue oido; resucitó el jóven; y él mismo, lleno ya de salud, fué á dar esta alegre noticia á su afligido tio. Trabajando en el convento de San Sixto, quedó estrellado y sepultado un oficial debajo de una pared que se desplomó sobre él; y santo Domingo le restituyó luego la vida á vista de toda Roma. Siendo tan poderoso en obras y en palabras, no es de maravillar que cuando salia en público le cortasen á porfía alguna parte del hábito ó de la capa.

Estaba tan acostumbrado á las frecuentes visitas de Jesucristo y de la santísima Vírgen, que su oracion era un éxtasis continuo. Apareciósele en una ocasion el Salvador irritado por la disolucion general de las costumbres, y á punto de sacrificar á su justicia todos los pecadores; pero la Madre de misericordia puso delante de su Hijo á Domingo y á otro fiel siervo suyo, pidiéndole se apiadase de los que le ofendian en consideracion de aquellos dos justos. El mismo dia encontró nuestro Santo á san Francisco, y conoció ser el mismo que la Vírgen habia presentado con él á su enojado Hijo, estrechándose desde aquel dia una santa y tierna union entre los corazones de los dos grandes Patriarcas.

Habia tiempo que á Domingo le iban faltando las fuerzas, consumidas á violencia de los ardores del divino amor, y debilitadas al rigor de sus penitencias y al incesante trabajo de sus apostólicas fatigas, cuando el cielo le consoló con el alegre aviso del dichoso momento en que habia de dar principio á su eterna felicidad. Su postrera enfermedad no fue prolija, pero fue ejemplar. Su paciencia, su dulzura, su alegría y su devocion admiraban y enternecian á sus hijos, que estaban inconsolables, viéndose en vísperas de perder á su amantísimo padre. En fin, habiéndolos consolado y exhortado á la exacta observancia de sus reglas, quiso morir tendido en la ceniza; y un viernes 6 de agosto de 1221 rindió su bienaventurado espíritu á su Criador, siendo solo de cincuenta y un años de edad, pero colmado de merecimientos. Hallóse el santo cuerpo ceñido con una ca-

dena de hierro. Sus funerales fueron como preludio de su canonizacion. El cardenal Hugolino, legado de la Santa Sede, y despues papa con el nombre de Gregorio IX, hizo la ceremonia de la sepultura, acompañado del patriarca de Aquileya y de otros muchos obispos; pero la multitud de milagros que el Señor obraba cada dia en su glorioso sepulcro no dió lugar á que aquel precioso tesoro estuviese por mucho tiempo enterrado. Doce años despues de su muerte el santo cuerpo fue elevado de la tierra, y otros dos despues el papa Gregorio IX, que habia sido testigo ocular de las principales acciones de los últimos años de su vida, y se habia hallado presente cuando resucitó á Napoleon, le canonizó solemnemente el dia 13 de julio del año 1224 con las ceremonias acostumbradas. Por caer en el dia de su muerte la fiesta de la Transfiguracion del Señor, se fijó al dia 4 de agosto la de santo Domingo, de órden expresa del papa Paulo IV.

La Misa es en honor de santo Domingo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui Ecclesiam tuam beati Dominici confessoris tui illuminare dignatus es meritis et doctrinis; concede, ut ejus intercessione temporalibus non destituatur auxiliis, et spiritualibus semper proficiat incrementis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que te dignaste ilustrar á tu Iglesia con los méritos y con la doctrina del bienaventurado santo Domingo tu confesor; concédenos, que por su intercesion nunca sea destituida de los auxilios temporales, y aproveche cada dia mas en los aumentos espirituales. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo IV.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, prædica verbum; insta opportune, importune; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser

certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex : non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo Juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Para predicar es menester estudio, ciencia y talento; mas para predicar con fruto todavía es mas necesario virtud, paciencia y celo. Los errores del entendimiento son la mayor prueba de estar corrompido el corazon del hombre. Aquellas tinieblas siempre nacen de un mal fondo. Los vapores ó las nieblas que las ocasionan son de mala calidad, y no es fácil disiparlas; porque el corazon tiene siempre mucha parte en el desvarío intelectual de los herejes. Prodúcele la pasion, y ella misma le sostiene. Es menester mucho celo para emprender la cura de un ciego voluntario; sobre el celo se necesita mucha habilidad, mucha paciencia y aun mucha mayor virtud. El primer efecto que causa el voluntario error es hacer ingrata y desapacible la verdad; este disgusto siempre es señal de que el alma está desconcertada y enferma. No seria incurable el mal, si el enfermo quisiera sanar; pero la obstinacion es el constitutivo esencial de la herejía, así como la herejía siempre es hija del orgullo. Es mortal la enfermedad, y por consiguiente dificultosa la cura, para la cual se necesita una mano hábil, sábia, que insista, y no se desaliente. Se ha de predicar la verdad sin disimulo, pero con blandura; se ha de clamar contra el error y contra el vicio con celo, pero sin amargura y sin pasion. El alma de nuestro celo ha de ser siempre una caridad pura, sincera y distante de toda afectacion. Son pocos los herejes de algun entendimiento que no estén convencidos; pero son muchos menos los que se convierten, porque no siempre está en el entendimiento la causa del mal. Mas persuade un predicador con los ejemplos que con las palabras y con los discursos: á estos bien ó mal se puede replicar; pero aquellos no admiten réplica. Cuando la santidad de la doctrina no se sostiene con la santidad de la vida, alumbran poco sus rayos, porque despiden una luz muy débil y medio amortiguada. El porte del predicador ha de preocupar los ánimos en favor de su moral. Antes que Cristo comenzase á predicar, comenzó á obrar. La vida delicada, mundana y poco mortificada de un pre-

dicador debilita extrañamente su elocuencia. Ninguno se persuade á que él mismo cree lo que predica, cuando le ven hacer todo lo contrario de lo que dice.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes; amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familias supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais vendrá el Hijo del Hombre.

MEDITACION.

De la palabra de Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que nunca se anunció la palabra de Dios en el Cristianismo con mayor frecuencia que en nuestros dias; pero es igualmente cierto que este divino grano, sembrado con tanta abundancia en el campo de la Iglesia, nunca fue mas estéril ni fructificó menos entre los Cristianos. ¿Cuál será la causa de esta esterilidad de la palabra de Dios, y á quién se deberá imputar? ¿Á la misma palabra que se siembra? ¿á los predicadores que la derraman? ¿ó á los oyentes que la reciben? Atribuirlo á la misma palabra de Dios, seria injusticia; porque no tiene hoy menos virtud que tenia en tiempo de los Apóstoles, cuando un solo sermon de san Pedro convirtió á tres mil personas. ¿Serian causa de este desórden los predicadores? Bien puede ser; pues como dice el Apóstol, hay algunos que la tienen cautiva; otros que la hacen mercenaria, y que, por de-

cirlo así, comercian con ella para granjear no sé qué concepto y vana reputacion. Tambien es posible que las costumbres de algunos se opongan á la doctrina que predican. Pero en medio de eso, no tiene Dios aligada la eficacia de su palabra, ni al mérito, ni á la santidad de los predicadores; ella obra por su propia virtud, sin depender de la intencion del ministro. Si estos la profanan, á sí mismos se pervierten; mas no porque se perviertan á sí, dejan de santificar á otros. Como el terreno sea de buena calidad; y esté bien cultivado, poco influye en su fertilidad la habilidad del sembrador. Luego si la palabra de Dios fructifica tan poco en nuestros corazones, á nosotros mismos nos debemos echar la culpa. Pero ¡cuántas reflexiones debemos hacer, y cuántas consecuencias debemos sacar de esta lastimosa esterilidad! Predicóse esta misma divina palabra á los gentiles mas obstinados, á los mas corrompidos, y se convirtieron. Predícase el dia de hoy á las naciones mas groseras, á las mas bárbaras, y se convierten. Predícansenos á nosotros las mismas verdades, los mismos dogmas, la misma doctrina, y ¿cuántas conversiones se ven? Una vez convencido el entendimiento, presto se reforma el corazon; y á esta reforma se sigue como efecto necesario la mudanza de las costumbres. Sin duda que es muy poco dócil nuestro entendimiento, y que no debemos de creer nada de lo que se nos predica, cuando es tan poca nuestra enmienda; y si no lo creemos, ¿por qué nos llamamos fieles?

Punto segundo.—Considera que esta inutilidad ó esterilidad de la palabra de Dios parece que solo puede nacer de tres principios: ó de que no se gusta de ella, ó de que se abusa de ella, ó de que se resiste á ella. No se gusta de la palabra de Dios; este es el defecto ordinario de las almas tibias. Se abusa de la palabra de Dios; este es el vicio de las almas vanas. Se resiste á la palabra de Dios; este es el carácter de los pecadores empedernidos. El disgusto es indicante del desconcierto interior, de la enfermedad habitual de un alma á quien Dios comienza á arrojar de su corazon, si ya, por desgracia suya, no la ha arrojado de él. Cuando se tiene hambre espiritual de un manjar tan necesario y tan exquisito, es señal de buena salud en el alma; como lo es en el cuerpo el hambre de los alimentos sólidos y sustanciales que le acomodan; pero al contrario, el hastío y la repugnancia á estos, tanto en el alma como en el cuerpo, son indicante de cercana muerte. El abuso de la palabra de Dios es una profanacion tanto mas torpe y aun tanto mas sacrílega, cuanto toma por asunto el medio mas seguro, y acaso el remedio mas eficaz que tiene

Dios para convertirnos. Resistirse á la palabra de Dios es resistir al mismo Espíritu Santo; es como obstinarse en rebatir todas las mas fuertes impresiones de la gracia. ¿Qué esperanza puede quedar á la conversion de un pecador, cuando él mismo sofoca y apaga la luz que le podia alumbrar, el sagrado fuego que le podia encender, y los espíritus que le podian dar vigor, sin lo cual es inevitable la muerte del alma? El único recurso que le restaba á este pobre pecador era la palabra de Dios. Los primeros no la oyen, porque no gustan de ella. Los segundos la oyen, mas no como palabra de Dios, y por eso abusan de ella. Los terceros la oyen, y la oyen como palabra de Dios; pero no la quieren practicar, y por eso la resisten. Señor, ¡qué mayor ceguedad! No hay desórden mas comun ni mas universal. ¡Cuántas veces no has querido oir la palabra de Dios! Este disgusto prueba el mal estado de tu alma; pero ¿te ha dado alguna pena? ¡Cuántas oiste la palabra de Dios sin sacar fruto de ella! Y un abuso que tanto te deberia atemorizar, ¿te ha dado algun cuidado? ¡Cuántas resististe á ella! Y esta señal de reprobacion ¿te ha sobresaltado mucho? Con todo eso estás tranquilo; pero ¿quién te da esa seguridad? ¡Oh Señor, y qué cuenta tan terrible nos espera en el gran dia de vuestra justicia!

Tiemblo, mi Dios, cuando considero el disgusto con que miré, lo mucho que abusé, y la resistencia que hice á vuestra divina palabra. Dignaos, Señor, de tener piedad de esta alma que redimísteis á tanta costa vuestra: y pues vuestra divina palabra todavía tiene tanta fuerza para mí; pues todavía me presentais este saludable pan, dignaos concederme la gracia de que me sustente y me aproveche de tan precioso alimento.

Jaculatorias.—Bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la practican. (*Luc.* xi).

Vuestra palabra, Señor, es la antorcha que gobierna mis pasos, y la luz que me descubre el camino real que debo seguir. (*Psalmo* cxviii).

PROPÓSITOS.

1 Créese no pocas veces que ya está todo hecho cuando uno se siente movido en el sermon; y con todo eso se puede decir que nunca nos resta mas que hacer. Por parte de Dios, que te llama y te brinda con su gracia, está hecho todo; mas por la tuya, nada se ha hecho. Á tí te toca seguir la voz del Pastor que te convida, y aprovechar el

talento que puso en tu mano. Ten, pues, cuidado despues del sermon de recoger aquella centella de fuego que se desprendió sobre tu alma; consérvala con la meditacion, foméntala con la lectura de algun buen libro, en lugar de disipar el espíritu, yéndote luego á meter en los negocios del mundo. Concurre al sermon con hambre de la palabra de Dios; oye al predicador como á un rey de armas del Señor, que viene á publicar su ley y á intimarte su voluntad; ¡con qué respeto, con qué docilidad le debes oir! Nunca se repara si el que publica las órdenes del rey tiene buena voz, si es elocuente, si es persuasivo, si se explica bien; solo se aplica la atencion á lo que intima: que se le haya oido, que no se le haya oido, igualmente obligan las órdenes del príncipe, y al que las desobedeciese no se le admítiria la excusa de no haberlas oido. Aplícate estas verdades prácticas.

2 Acude á los sermones con prontitud y con frecuencia, teniendo presente que acaso estaba aligada la gracia de tu conversion á aquel sermon que perdiste por culpa tuya. Es la palabra de Dios aquel misterioso grano de que habla el Salvador del mundo. Guárdate bien de ser del número de aquellos que están cerca del camino, y dejan pisar de los pasajeros el divino grano, ó que le coman las aves por no estar bien enterrado, quedándose en la superficie de la tierra. Procura que no sea tu corazon aquel terreno seco y pedregoso en que se seca el mismo grano por falta de jugo y de humedad, ó aquel erial en que se sofoca. Sea tu corazon una tierra de buena calidad y bien cultivada en que el grano fructifique, dando ciento por uno. Reflexiona bien lo mucho que pierdes, y el peligro á que te expones si no sacas fruto de la palabra de Dios. Asiste á ella con frecuencia, con respeto, con humildad y con devocion; nunca salgas del sermon sin algun fruto particular. Los propósitos vagos son por lo comun inútiles. Determina el vicio ó el defecto de que te has de corregir, ó la virtud que has de practicar.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

La dedicacion de la basílica de Santa María de las Nieves, en Roma en el monte Esquilino. *(Véase su historia hoy).*

El tránsito de veinte y tres santos Mártires, que en la persecucion de Diocleciano fueron degollados en la via Salaria antigua, y sepultados en la cuesta del Melonar, tambien en Roma.

El martirio de santa Afra, mártir, en Augsburgo, á la cual del genti-

lismo convirtió á Jesucristo é instruyó en la fe san Narciso, obispo; y bautizada con toda su familia, fue despues quemada por confesar á Jesucristo. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Emigdio, obispo y mártir, en Ascoli en la marca de Ancona, que ordenado obispo por san Marcelo, papa, y enviado allá á predicar el Evangelio, en tiempo del emperador Diocleciano recibió la corona del martirio.

San Eusignio, soldado, en Antioquía; el cual siendo de ciento y diez años de edad, echó en cara al emperador Juliano Apóstata la fe de Constantino el Magno, bajo cuyas banderas habia militado; y reprendiéndole de haber abandonado la fe de su padre, fue degollado por órden del mismo Juliano.

Los santos mártires Cantidio, Cantidiano y Sobelo, egipcios tambien.

San Memio, ciudadano romano, en Chalons en Francia; el cual consagrado obispo de aquella ciudad por san Pedro, convirtió á la verdad del Evangelio al pueblo que se le habia encomendado.

San Casiano, obispo, en Autun.

San Paris, obispo, en Terno.

San Oswaldo, rey, en Inglaterra, de cuyos hechos hace memoria el venerable Beda, presbítero. *(Fue rey de Northumberland. Habiéndose visto obligado á retirarse á Irlanda, tuvo ocasion de conocer la religion cristiana, y la abrazó. Al volver á su patria, antes de entrar en una batalla, plantó él mismo sobre una altura una gran cruz de madera, gritando á sus soldados que se prosternasen ante el signo de la redencion. Aquel sitio se llamó en adelante* Campo del Cielo, *siendo el primer trofeo de la fe cristiana erigido en aquellas comarcas).*

Santa Nona, madre de san Gregorio Nazianceno, el mismo dia.

LAS SANTAS AFRA, HILARIA, DIGNA, EUNOMIA Y EUTROPIA, Y LOS SANTOS DIONISIO, LLAMADO TAMBIEN ZOZIMO, Y AFRO, DISCÍPULOS DE SAN NARCISO, OBISPO DE GERONA.

En la vida de san Narciso obispo de Gerona, honrado en Augsburgo como apóstol del país, que se lee en las del dia 29 de octubre, hablando de su llegada á aquella ciudad, dijimos ya como acertando á entrar el santo Obispo con su diácono en casa de una mujer ramera llamada Afra, sin saber su mala vida, con su ejemplo y doctrina la convirtió y bautizó á la fe de Jesucristo con Hilaria su madre, y tres mujeres que con ella estaban, á saber: Digna, Eunomia y Eutropia, y con sus tios Dionisio, llamado tambien por algunos Zozimo, y Afro. Refiriéndonos, pues, á dicha vida por lo que respecta á la historia de la conversion de estas gloriosas Santas, nos cumple ahora tan solo referir su admirable martirio, y fue del modo siguiente:

Siguiendo en Augsburgo (entonces Augusta) la persecucion contra los Cristianos, en la Recia prendieron los aparitores á Afra, muy conocida por haber sido célebre prostituta. Presentada delante del juez, llamado Gayo, que la conocia muy bien, la dijo: «Sacrifica á

«los dioses: mejor es vivir que morir en los tormentos.» Afra respondió: «No haré lo que me dices, porque sobran ya los pecados que «he cometido siendo infiel.» Replicó el juez: «Véte al Capitolio y sa«crifica.» Afra repuso: «Mi Capitolio es Jesucristo, á quien tengo «siempre delante de mis ojos y le confieso mis pecados, porque soy «indigna de ofrecerle sacrificio alguno [1], y deseo sacrificarle mi cuer«po, recibiendo por su santo nombre martirio.—¿Acaso no eres tú «una ramera? preguntó Gayo; sacrifica, pues, á los dioses, que el «Dios de los Cristianos no puede aceptar tus obras.» Respondió la Santa: «Cristo nuestro Señor ha bajado del cielo á la tierra por los pe«cadores, como dice el Evangelio, y nunca ha menospreciado las ma«las mujeres y publicanos, antes quiso comer con ellos.» Insistió el tirano: «Ofrece sacrificio, te repito, y serás querida de tus amadores «como siempre lo has sido, y granjearás mucho dinero.» Repuso entonces Afra: «Nunca tomaré de aquí en adelante semejante dine«ro, y el que tenia ya lo he echado de mí, que como no lo podia te«ner con buena conciencia, vencí la resistencia de algunos herma«nos mios pobres para que lo recibiesen [2].» Volvió á insistir el juez: «En vano es que reconozcas á Jesucristo por Dios, porque una ra«mera no se puede decir cristiana.—Ciertamente que no merezco «llamarme cristiana, respondió Afra; pero por su misericordia me «tiene Dios admitida á su santa ley y nombre.» Gayo replicó diciendo: «Sacrifica á los dioses, y ellos te salvarán.» Respondió la Santa: «Mi Salvador es Jesús, quien estando pendiente en la cruz prometió «el paraíso al ladron que le confesó.» Entonces el juez reprendiéndola exclamó: «Sacrifica, ú ordeno que te azoten en presencia de tus «amantes.» Afra: «Los únicos motivos de confusion y vergüenza pa«ra mí son mis pecados.—Avergonzado estoy, prosiguió el juez, de «haber disputado contigo tanto tiempo: si no me obedeces morirás. «—Eso es, dijo Afra, lo que yo deseo, si es que no soy indigna de «acabar por Jesucristo.—Sacrifica, volvió á decir el juez, ó mando «que te atormenten, y luego que te quemen viva.—Padezca tormen«tos este cuerpo, exclama ella, que ha pecado, que mi alma no quiero «que los sufra por sacrificar á los demonios.» Entonces el juez Gayo pronunció contra Afra la sentencia siguiente: «Condenamos á la

[1] Los pecadores en tiempo de las penitencias canónicas no podian asistir á los divinos misterios, y quedaban fuera de las puertas de la iglesia orando mientras se decia la misa.

[2] La Iglesia antiguamente ni aun para los pobres admitia las oblaciones de las rameras públicas.

«prostituta Afra, que se ha declarado cristiana, á ser quemada viva, por haber rehusado sacrificar á los dioses.»

Inmediatamente la cogieron los verdugos, y la llevaron á una isla del rio Lech, en que estaba situada Augsburgo. Allí la desnudaron y la ataron á una estaca. Ella levantó los ojos al cielo, y mientras estaba orando derramando lágrimas, los verdugos dispusieron la hoguera cercando la Santa de sarmientos, y pegándoles fuego, dió Afra su espíritu al Criador sofocada con el humo.

Las tres compañeras de la santa Mártir, Digna, Eunomia y Eutropia, estuvieron á las orillas del rio, y presenciaron su glorioso triunfo, consumado el cual pasaron á la isla y hallaron entero el cuerpo de Afra. Un muchacho que con ellas iba volvió atrás, y llevó la noticia de lo sucedido á Hilaria, madre de la Mártir. Esta fué por la noche con algunos santos sacerdotes, y sacaron de allí el cuerpo, que llevaron á un sepulcro que para sí y su familia habia antes erigido á dos millas de la ciudad. Estando todavía en aquel sitio Hilaria y los que la acompañaban [1], fue informado Gayo de cuanto habian ejecutado : por lo cual despachó soldados al sitio con órden de persuadir á todos á ofrecer sacrificios á los dioses, y si se excusaban á ello, quemarles vivos sin ninguna consideracion. Fueron los soldados, y viendo inútiles ruegos y amenazas, llenaron las bóvedas del sepulcro de cambrones y sarmientos secos, pegaron fuego, y cerrando la puerta, se retiraron del lugar. De manera que en el mismo dia que sepultaron á santa Afra fueron honradas con la misma corona del martirio sus santas compañeras Digna, Eunomia y Eutropia con santa Hilaria su madre. Segun observan Ruinart y Tillemont, aunque su festividad se guarda en el dia 5, el martirio fue el 7 de agosto del año 304.

Santa Afra es honrada como patrona principal de Augsburgo, y en ella son de admirar los sentimientos de una verdadera penitenta. En cada palabra, en cada pensamiento miraba presentes sus pecados; y persuadida á que nunca podria llorarlos lo bastante, nunca se acordaba de lo que habia llorado, regocijándose en los tormentos por satisfacer de algun modo sus pasados crímenes.

El bienaventurado san Afro, su tio, cuyo martirio se celebra el dia antes de la fiesta de la dicha Santa, de creer es que fue martirizado con mayores tormentos, á fin de que fuese ejemplo de otros;

[1] Consistian los sepulcros de las personas ricas de Augsburgo en pequeños edificios de bastante capacidad para contener varios departamentos ó separaciones.



pero con qué género de martirio haya padecido no se sabe. El glorioso san Dionisio, ó Zozimo como quieren algunos, tambien tio de la misma santa Afra, á quien san Narciso consagró obispo y le dejó en Augsburgo, aunque expresamente no está escrito, no hay que dudar, como dice Valsero, sino que estuvo presente á las exequias de su bendita sobrina, como sacerdote y pontifice, y que con su hermana santa Hilaria y las otras Mártires fue quemado y recibió la palma del martirio.

Pasados algunos centenares de años, y siendo ya la tierra de Cristianos, aparecióse santa Afra en vision al bienaventurado san Udalrico, y enseñóle el lugar donde estaba sepultada. Despues, por los años de 1064, Embrico, obispo de Augsburgo, tratando de edificar la iglesia de dicha Santa, mandó derribar la antigua desde los fundamentos, y halló el cuerpo de la bienaventurada Afra en un sepulcro de mármol muy grande, donde aun hoy es venerada. Al mismo tiempo halláronse tambien los de las bienaventuradas santas Digna, Eunomia y Eutropia; y aconteció que cuando los albañiles pulian la piedra con que estaba cubierta la sepultura de santa Eunomia, salió de ella grande olor, y así fue hallado su sagrado cuerpo. El de santa Eutropia hallaron en un sepulcro de plomo. Cierto Rodolfo, pavorde de la catedral de Augusta, envió á la iglesia de San Félix de Gerona reliquias de las bienaventuradas Hilaria, Digna, Eutropia, Eunomia y de Dionisio y Afro, con la historia de santa Afra, por haber sido todos discípulos de san Narciso, como consta de una escritura antigua en pergamino y con sello que halló el Ilmo. D. Francisco Arévalo de Suaso, obispo de Gerona, y diligentísimo en buscar cosas muy señaladas de Santos, especialmente de su obispado, á quien debió Domenech, segun dice, mucho en esta historia. *(Domenech y Butler).*

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES, Ó DEL PESEBRE.

Con verdad se puede decir que nació con la Iglesia la devocion á la Vírgen; y con mucha razon aseguran los santos Padres que hablaban con todos los fieles aquellas palabras de Jesucristo en la cruz, dirigidas al evangelista san Juan: *Vé ahí á tu madre;* y que igualmente se deben entender de cada uno de los fieles las otras que dirigió á esta Señora: *Mujer, ese es tu hijo.* El dulce y suavísimo título de madre, y el glorioso no menos que interesado epíteto de hijos,

aplicado á todos los fieles, anima aquella confianza, excita aquel amor, inspira aquel profundo respeto, y promueve aquel culto singular á la santísima Vírgen, que la Iglesia exige de todos los Cristianos; y por eso dijo san Agustin (*Serm. 2 de Annunt.*): *Tu es spes unica peccatorum, Maria: in te nostrorum est expectatio præmiorum.* Vos, ó Vírgen santa, sois la única esperanza de los pecadores; de vuestras manos, ó por ellas, esperamos recibir en el cielo el premio de nuestros trabajos; y san German, patriarca de Constantinopla (*Serm. de Virg.*): *Nemo est qui salvus fiat nisi per te, ô beata Virgo: nemo qui liberetur à malis, nisi per te: cujus misereatur gratia, nisi per te.* Ninguno se salva, ó Vírgen bienaventurada, sino por tu intercesion, ninguno se libra de los males de esta vida, sino por la misma; y á ella deben el perdon todos aquellos con quienes el Señor usa de misericordia.

Con este mismo concepto la Iglesia, dirigida siempre por el Espíritu Santo, no se contenta con honrar á la Reina de los cielos, instituyendo fiestas particulares para celebrar cada misterio de su santísima vida, el de su inmaculada Concepcion, el de su Natividad, el de su Presentacion en el templo, el de su Anunciacion, Purificacion y gloriosa Asuncion al empíreo, sino que hoy instituye una fiesta particular, con ocasion de un templo que se la dedicó con el título de Santa María la Mayor, ó de Nuestra Señora de las Nieves, para manifestarnos de todos modos el celo que la anima en honra de María, y el apresurado ardor con que solicita la salvacion de todos sus hijos. El suceso que dió motivo á esta fiesta particular es el siguiente:

Hácia la mitad del siglo IV, en el pontificado del papa Liberio, y siendo emperador Constancio, Juan, noble patricio romano, cuya casa era una de las mas antiguas y mas ilustres de aquella cabeza del mundo, pero mas respetado él mismo por su conocida virtud que por su calificada nobleza, quiso dar algun público testimonio de su fervorosa devocion á la santísima Vírgen, á quien singularmente se habia consagrado desde sus mas tiernos años. No tenia hijos, y de acuerdo con su mujer, no menos noble ni menos virtuosa que Juan, resolvió dejar por heredera á la santísima Vírgen, que despues de Dios era el todo para el virtuoso caballero. Comunicado el intento con su esposa, que animada de la misma piedad lo estaba tambien de los mismos devotos pensamientos, determinaron hacer muchas oraciones y limosnas para que la Vírgen se dignase manifestarles en qué cosa mas de su agrado emplearian los bienes que ya tenian dedicados á su servicio. Aquella Madre del casto amor, de la sabiduría y

de la santa esperanza, que dice: *Venid á mí todos los que me deseais con ansia, y llenaos de mis frutos*, oyó benignamente los ruegos de aquellos sus fervorosos devotos, y la noche del dia 5 de agosto se apareció en sueños á los dos separadamente. Despues de declararles cuánto la agradaba su tierna devocion, y cuán de su gusto era la piadosa resolucion que habian tomado, añadió que la voluntad de su Hijo y la suya era que empleasen sus bienes en edificar á su honor una iglesia en el monte Esquilino, en cuya cima hallarian no solo demarcado el sitio, sino trazado el plan del templo por una porcion de nieve milagrosa.

Como la vision se habia hecho á los dos, no dudaron que fuese legítima y sobrenatural. No obstante, se la comunicaron al papa Liberio, el cual habia tenido otra en todo semejante la misma noche; y viendo que el cielo se explicaba, quiso el Pontífice verificar el hecho por sus propios ojos. Mandó juntar el clero, y acompañado del patricio Juan, de su mujer y de todo el pueblo, fué procesionalmente al sitio donde se habia anunciado la maravilla. Llegaron al monte Esquilino, y en él se halló un espacio todo cubierto de nieve, sin embargo de ser en la fuerza del estío, y en el mayor rigor de los calores. Asombró á todos el prodigio, y al asombro se siguieron los mas tiernos movimientos de devocion, de amor y de agradecimiento á la santísima Vírgen. Delineóse luego la iglesia, arreglada al mismo plan que manifestaba la milagrosa nieve; y en breve tiempo quedó fabricada á expensas del patricio Juan. Á vista de tan sensible milagro no pudo menos de excitarse la devocion de los fieles. Toda la cristiandad veneró aquel templo como lugar santo, y singularmente privilegiado por la particular eleccion que habia merecido á la santísima Vírgen. Aunque así en Roma como en otras partes habia muchos oratorios consagrados á Dios y erigidos en honor de su santísima Madre, se reputó esta propiamente como la primera iglesia que se dedicó en Roma á la soberana Reina. Al principio se llamó la *Basílica de Liberio;* esto es, la iglesia mayor de la Vírgen, fabricada por el papa Liberio; porque la palabra griega *Basilike* significaba en otro tiempo palacio real, ó un edificio suntuoso y público, adornado de pórticos, naves, tribunas y tribunal donde los reyes daban audiencia y hacian justicia; despues se limitó á significar una iglesia suntuosa. Tambien se observaba otra diferencia entre las basílicas y los templos, llamándose templos los que tenian las columnas por la parte de afuera, y basílicas los que las tenian por la de adentro. Á la basílica de que vamos hablando se la llamó tambien

Iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, por el milagro que ya queda referido. Fuera de esto, hoy mismo se la da el nombre de Santa María *ad Præsepe*, en atencion á venerarse en ella el mismo pesebre que sirvió de cuna al Salvador, y se trajo de Belen, conservándose en dicha iglesia como preciosa reliquia. El papa san Sixto III, uno de los mas celosos defensores de la divina maternidad de la santísima Vírgen, hizo reparar magníficamente esta iglesia por los años de 437, y la adornó con un altar de plata, con cálices, copones, coronas, candeleros, con un incensario y una pila bautismal del mismo metal, fuera de las muchas casas y heredades que la consignó para sustento y manutencion de los ministros que celebrasen en ella los divinos oficios. Fue este como un trofeo contra la herejía de Nestorio, que el santo Pontífice erigió en honor de la Madre de Dios despues del célebre concilio Efesino, segun nos lo enseña una inscripcion de aquel tiempo, grabada en una peña, que todavía se conserva el dia de hoy. En la carta que el papa Adriano escribió al emperador Carlomagno, dice: «Que su predecesor san Sixto colocó en aquella basílica muchas «imágenes y pinturas de gran valor.» Todo lo dicho prueba que la devocion á la Vírgen fue de todos los tiempos de la Iglesia, y que en ella desde su mismo nacimiento se practicó erigir altares á Dios, y edificar templos magníficos en honor de su santísima Madre; como lo convence el que habia en Éfeso cuando se celebró en él aquel famoso concilio, y estaba fabricado muchos años antes de la herejía de Nestorio. Por haber reparado san Sixto la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves se llamó la basílica de Sixto; hasta que multiplicadas en Roma las iglesias dedicadas á la santísima Vírgen, para distinguir esta de todas las demás, se la dió el nombre de *Santa María la Mayor*, y este es el que conserva el dia de hoy.

Á esta basílica dirigió san Gregorio papa la procesion general, compuesta de todo el clero y de todo el pueblo romano, para conseguir de Dios soltase de la mano el triste azote de la peste que asolaba á toda Italia. Á la misma se encaminó tambien otra procesion general en tiempo del papa Leon IV para que el Señor librase á todo el país de un monstruoso dragon que le destruia. El año de 653, despues que el emperador Constante quitó cruelmente la vida á los generosos defensores de la fe católica en Oriente, envió órden al exarco de Ravena para que prendiese al santo pontífice Martin, azote de los herejes. Hallábase el santo Papa celebrando el sacrificio de la misa en la iglesia de Santa María la Mayor cuando entró en ella el asesino encargado de quitarle la vida, aunque fuese en el altar; pero lue-

go que puso el pié en la iglesia quedó repentinamente ciego. Estas y otras maravillas que obra cada dia el Señor por intercesion de la Vírgen en aquel templo, que ella misma escogió para ser en él singularmente reverenciada, le han hecho tan célebre en la cristiandad, que de toda ella concurren los fieles á él para rendirle sus cultos y ofrecerla sus fervorosos votos; por lo que no se debe extrañar que despues de la iglesia de San Pedro la de Santa María la Mayor sea reputada por la mas rica y mas magnífica de Roma.

Ansiosa siempre la Iglesia católica de rendir á la santísima Vírgen el culto que se debe á su augusta cualidad de Madre de Dios, mediadora entre Jesucristo y los hombres, reina del cielo y de la tierra, refugio de los pecadores, madre de gracia y de misericordia, no es maravilla que en todas partes se vea tanta multitud de templos consagrados á Dios bajo la advocacion y honor de esta Señora. En sola Roma se cuentan mas de sesenta iglesias dedicadas á su nombre. No se mostró menos devota ni menos magnífica Constantinopla, tanto en la suntuosidad como en la multitud de templos que la consagró, pues por su grande número se llamó en algun tiempo la ciudad de la Madre de Dios. No habia calle donde no se venerase alguno; no habia palacio ni casa de alguna consideracion sin alguna capilla ú oratorio dedicado á la Vírgen. El templo mas célebre de todos era el que se edificó extramuros de la ciudad, en el sitio que se llamaba Balquerna, de órden y á costa de la emperatriz Pulqueria. Las iglesias que se contaban en el Oriente y en el África en honor de esta Señora, antes que los sarracenos y los turcos se apoderasen de aquellas vastas provincias, eran innumerables. Son sin número las que se veneran en el Occidente, cuya antigüedad no solo compite, sino que excede á las de los Mártires y de los Apóstoles. Fuera de las muchas que se ven en toda Italia, cási todas las catedrales de España, cuyas antigüedades eclesiásticas tienen su orígen en la cuna misma de la Religion, adoran por su titular á la Reina de los Ángeles. En Francia pasan de cuarenta las matrices, y son ocho las metrópolis consagradas á la misma soberana Reina, entre las cuales la de París y la de Puy ceden á pocas en antigüedad. En Alemania, en los Países Bajos, en Sicilia, en Inglaterra, en Polonia, en Dinamarca y en Suecia, aun el dia de hoy se registran frecuentes monumentos, ilustres memorias de la antigua devocion de aquellos pueblos á la Madre de Dios, sin que la guerra que la declaró siempre la herejía hubiese podido borrar del todo aquellos brillantes testimonios que acreditan la piedad de los verdaderos fieles. Pero como entre todas

las iglesias dedicadas en su honor ninguna hay mas sobresaliente que la de Nuestra Señora de las Nieves, así por haber merecido su singular eleccion como por el milagro que canonizó en cierto modo su fundacion y fábrica; todos los años se celebra la memoria y la fiesta de su dedicacion en este dia 5 de agosto, así como en el dia 9 de noviembre se celebra la dedicacion de la basílica del Salvador.

Está tan autorizada en la Iglesia la devocion á la santísima Vírgen, que todo verdadero católico reconoce su utilidad y su grandísima importancia, considerándose todos obligados á profesarse humildes y finos siervos de la Reina de los cielos. En este punto van conformes la Iglesia griega y latina, sin que tocasen en él las divisiones del cisma. Tanto en Oriente como en Occidente se hacen oraciones públicas á la Vírgen, se celebran fiestas en su honor, se dedican templos á Dios bajo de su nombre, se exponen sus imágenes en los altares, se la invoca sin cesar en el oficio divino y en el santo sacrificio de la misa. No hay mayor prueba de esta verdad que la conformidad de los griegos con nosotros, bien considerada la genial y la vehemente inclinacion que tienen á desviarse de nuestros ritos y de nuestros dogmas. Unos y otros recibimos esta doctrina de nuestros padres, por la constante tradicion de todos los siglos, derivada desde los Apóstoles hasta nosotros. En cuanto á la devocion á la santísima Vírgen, los griegos de nuestros tiempos siguen las mismas opiniones que siguieron san Atanasio, san Crisóstomo y san Cirilo. De la misma manera nos la comunicó san Bernardo, habiendola recibido de san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustin, y de los primeros Padres de la Iglesia latina. Aunque no tuviéramos otra prueba, dice este siervo de María, de que esta tradicion viene derivada de los Apóstoles, que la mucha fuerza que ya tenia cuando se celebró este concilio Efesino, ¿quién podria racionalmente dudar de ella? Aquella unánime conspiracion de los sábios, del pueblo, de los Santos, de la cabeza visible de la Iglesia, de todos los obispos católicos, que no pudieron desvanecer todos los artificios ni toda la conjuracion del partido nestoriano; aquel ardor de todos los ortodoxos, no solo en órden á defender el dogma particular de que trataba, sino en exaltar mas y mas las grandezas y excelencias de la Vírgen, cuanto el error y la malignidad mas se empeñaban en abatirlas, en pronunciar cada dia mas frecuentes panegíricos, y en edificarla nuevos templos hasta en la misma capital del imperio; todo ese vivo, eficaz, ardiente y universalísimo celo, ¿qué otro fundamento podia tener sino el de la establecida y permanente tradicion? ¿ni cómo la pudiéramos ya poner

en duda, aunque ignoráramos los canales por donde se derivó hasta nosotros? *Devotum illi essé*, dice san Juan Damasceno (*Orat. de Assumptione*), *est arma quædam habere, quæ Deus iis dat, quos vult salvos fieri.* Profesaros, ó bienaventurada Vírgen, una particular y tierna devocion, es tener ya ciertas armas defensivas, que solo ciñe y comunica Dios á sus predestinados. ¡Qué seria de nosotros, exclama san German, obispo de Constantinopla, si nos desampararas tú, ó santísima Madre de Dios, alma y vida de todos los Cristianos! (*Serm. de Virg.*). *Si tu nos deserueris, quidnam de nobis fieret, ô sanctissima Deipara, spiritus et vita christianorum!* Dediquémonos inseparablemente al servicio de esta soberana Reina, dice el venerable Beda, que jamás abandona á los que despues de Dios colocan en ella toda su confianza: *Serviamus semper tali reginæ Mariæ, quæ non derelinquit sperantes in se.*

La Misa es en honor de la santísima Vírgen, y la Oracion la siguiente:

Concede nos, quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere; et gloriosa beatæ Mariæ semper virginis intercessione à præsenti liberari tristitia, et æterna perfrui lætitia. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, Señor, constante y perpétua salud en el alma y en el cuerpo; y que por la gloriosa intercesion de la bienaventurada Vírgen María seamos libres de los presentes trabajos, y gocemos algun dia de los consuelos eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXIV *de la Sabiduría.*

Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam; et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

Desde el principio y antes de los siglos fuí criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante de él. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fue lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raíces en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad; y mi habitacion fue en la plenitud de los Santos.

REFLEXIONES.

Eché raíces en el pueblo que honró Dios con su particular benevolencia, ó, como dice el texto griego, *en el pueblo que escogió el Señor para herencia suya.* Es la santísima Vírgen madre de los escogidos; y con razon se tiene por una de las mas seguras señales de predestinacion

el ser verdadero devoto de esta Señora. En todos los Santos se reconoció esta señal: el profundo respeto y la amante ternura que le profesaron fue uno de los rasgos de su retrato; y en los mas su distintivo y su carácter. La herejía es la única que nunca pudo mirar con buenos ojos á la que quebrantó la cabeza del dragon, disipando y destruyendo ella sola todas las herejías, como canta la Iglesia: *Sola interemisti.* ¿Qué se puede pensar, exclamaba en el siglo pasado el modelo, por decirlo así, de los oradores cristianos; qué se puede pensar de aquellos ingenios, prontos siempre á excitar dudas sobre las grandezas de la santísima Vírgen, y sobre sus mas ilustres prerogativas? ¿Qué se puede pensar del que aplica todo su estudio á turbar la piedad de los pueblos, intentando únicamente ceñirla y estrecharla con todo género de metafísicas y sutilezas, y desacreditando las devociones mas antiguas? Acaso tira á aniquilarla, en vez de trabajar en propagarla y en extenderla. Pues qué, ¿será posible que entre los Cristianos nos hemos de ver reducidos en estos tiempos á la triste necesidad de defender el honor y el culto que toda la Iglesia católica estaba en derecho y en posesion de rendir á la santísima Vírgen? Despues que los primeros hombres de nuestra Religion agotaron sus ingenios en publicar las grandezas de la Madre de Dios; despues que desconfiaron de hallar voces proporcionadas á la sublime elevacion de su estado; despues que san Agustin confesó su insuficiencia, protestando que le faltaban expresiones para tributar á la Emperatriz de los Ángeles las debidas alabanzas: *Quibus te laudibus efferam nescio;* ¿se hallarán todavía algunos que teman alabarla con exceso, ó que se atrevan á decir que se la honra demasiado? Al paso que se iban corrompiendo los corazones con la mal disimulada apariencia de reforma, se ha ido refinando y adelgazando sobre la sencillez y simplicidad del culto. Al paso que la fe se ha ido debilitando y enflaqueciendo, se ha pretendido avivarla y purificarla por la soñada reforma de imaginarios abusos. Si se les hubiera consultado á estos impíos é indiscretos censores del culto de la santísima Vírgen, nunca hubieran consentido en tanto número de fiestas instituidas en su honor; no hubieran votado por el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios con el nombre de esta Señora; hubiérales chocado mucho toda esa variedad de devociones y de ejercicios piadosos, establecidos en la Iglesia para fomentar en los fieles su tierna devocion; y como se diese oidos al espíritu del error, presto serian enteramente abolidos. Pero subsiste y subsistirá el culto de la santísima Vírgen, á pesar de los esfuerzos que despues de tantos siglos

ha hecho la herejía para desterrarle. Nunca prevalecerán las puertas del infierno contra el celo de los verdaderos Cristianos. Vos, ó santa Madre de Dios, sois aquel escollo en el cual se han estrellado todos los errores, y Vos lo seréis perpétuamente. Vos sola triunfásteis de todas las herejías. Apenas se ha levantado alguna en el Cristianismo que no os haya tirado; pero ni una sola se hallará que Vos no hayais confundido: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

El Evangelio es del capítulo XI *de san Lucas.*

In illo tempore: Loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit: Quinimo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo: Hablando Jesús á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesús): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

De la devocion á la santísima Vírgen.

Punto primero. —Considera que basta solo reflexionar y entender lo que significan estas dos palabras, *Madre de Dios*, para profesar á la santísima Vírgen una devocion afectuosa, un amor tierno, una veneracion profunda y una confianza filial que fomenta la Religion, y nos inspira la Iglesia en todas sus fiestas. La Vírgen es *Madre de Dios;* luego fue inmaculada y santa su Concepcion, colmada de gracias, adornada de virtudes, enriquecida con todos los dones celestiales, y ella sola mas santa que todos los Santos juntos. María es *Madre de Dios;* luego es Reina del cielo y de la tierra, amada hija del Padre eterno, esposa querida del Espíritu Santo, medianera entre su Hijo y nosotros; de manera, que cuando las inteligencias celestiales no son mas que siervos y ministros del Altísimo, solo María es elevada á la dignidad de Madre del mismo Dios. Considera la autoridad que tiene una madre con su hijo, y la parte que la toca en su majestad, en su dignidad y su gloria. ¿Se privaria solo á esta Señora de aquellos derechos que comunica la naturaleza á todas las demás madres? Y siendo cierto que ningun hijo amó jamás tan tiernamente á su madre como el Salvador del mundo amó á la suya, ¡qué santidad, qué grandeza, qué majestad será la de María! ¡Cuánto podrá su intercesion con su Hijo! ¡cuánto será su valimiento! ¿Se po-

drá racionalmente temer que el Hijo se dé por ofendido de que se ame y de que se honre á su Madre? ¿Se podrá recelar exceso ó demasía en amar y en honrar con ternura, con devota confianza á María, siendo Madre de tal Hijo? Por eso la misma Iglesia, descubriendo todas las grandezas que se encierran en la gloriosa cualidad de Madre de Dios, y queriendo despues tributar á María todos aquellos cultos que son proporcionados á tan sublime elevacion; agotadas ya las voces mas nobles y mas magníficas, apuradas las expresiones mas vivas y mas enérgicas para manifestar el respeto de que está altamente penetrada, teniéndolas por insuficientes; poco satisfecha de sus elogios, y desconfiada de encontrar términos proporcionados á su grandeza, exclama con san Agustin: *Quibus te laudibus efferam nescio.* Fáltanme, Señora, palabras, y no hallo voces bastantemente expresivas para dar á entender mi veneracion: *Quia quem cœli capere non poterant tuo gremio contulisti.* El verdadero motivo de mi insuficiencia, y de no serme posible alabaros ni honraros como mereceis, es porque sois Madre de Dios. ¿Comprendemos bien lo que significan estas dos palabras? Y si lo comprendemos, ¿será nunca demasiado lo que hiciéremos en honor de la santísima Vírgen? y ¿será bastante todo lo que hagamos y digamos?

Punto segundo. — Considera que hallando la Iglesia en el título de Madre de Dios un objeto de veneracion tan digno de proponerle á los fieles, todavía descubrió en el mismo título otro motivo, ó, por mejor decir, otro fondo de confianza que hacerles presente para su mayor consuelo. En el augusto título de Madre de Dios se incluyen y se hacen patentes aquellos tesoros de gracias con que regala á sus hijos; por ese magnífico título hallamos en María una poderosa medianera con el Hombre-Dios concebido en sus entrañas, un asilo patente á todos los pecadores, una madre llena de ternura hácia todos los mortales; porque todo esto dice quien dice Madre de Dios. Sí; ser madre de Dios es haber dado aquella misma sangre que se derramó por nosotros en la cruz, engendrado el adorable cuerpo que sirvió de rescate al linaje humano, concebido en su vientre, y producido de la mejor parte de sí misma, aquella víctima que aplacó la ira de todo un Dios irritado. Es haber alimentado con su leche, criado con indecible cuidado, y arrancádose con inexplicable dolor del Hijo mas amado del mundo, para verle despues enclavado en un madero. Es, en fin, haber consentido en la muerte de ese mismo querido Hijo por el amor de los hombres, y es haberle sacrificado á

nuestra salud. En fuerza de esto, ¡qué maravilla es que los Padres la dén el título de Corredentora, y que digan con la Iglesia, que si se atribuye á Eva la perdicion del género humano porque presentó al primer hombre la fruta prohibida, no hay razon para negar á María una cooperacion especial á nuestra redencion, pues produjo aquel fruto divino que pendió por nosotros en el árbol de la cruz! ¿Quién podrá pensar que nos amase poco la santísima Vírgen, y que se compadeciese poco de nuestras necesidades á vista de todo lo que hizo en beneficio nuestro? Y ¿podrá tampoco imaginarse que no tenga en el cielo mucho valimiento con su Hijo aquella á quien este mismo Hijo estuvo tan sujeto y tan rendido mientras vivió en la tierra? Pide, madre mia, lo que quisieres, decia Salomon á su madre: *Pete, mater mea;* porque nada te puedo yo negar: *Neque enim fas est ut avertam faciem tuam.* En esto consiste la omnipotencia, por decirlo así, de María; no es independiente y absoluta como la de Dios, es omnipotencia de pura intercesion: *Omnipotentia supplex;* pero no es menos eficaz. Esta es la que reconocieron los santos Padres cuando recurrieron á la Vírgen en términos tan respetuosos y llenos de tan bien fundada confianza. ¡Oh, y cuánto perdemos, cuánto nos perjudicamos en tener un amor tibio y desmayado, en profesar una devocion superficial á la santísima Vírgen!

Confiésolo con grande confusion, ó Madre de mi Dios y amantísima Madre mia; la confianza que hasta ahora he tenido en vuestra bondad no ha pasado de mediana, porque ha sido muy imperfecta la devocion que os he profesado. Muévaos, Madre de misericordia, á compasion de este infiel, de este ingrato siervo, mi confesion y mi arrepentimiento. De nuevo me consagro todo y totalmente á vuestro servicio; dignaos recibirme en el número de vuestros humildes siervos.

Jaculatorias.—Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres. (*Luc.* I).

Sí, Vírgen santísima, todos nos regocijamos indeciblemente cuando consideramos que criaste con la leche de tus virginales pechos á tu hijo y nuestro Salvador. Todos los corazones rectos y justos te aman ardientemente. (*Cant.* I).

PROPÓSITOS.

1 Eran muy familiares á los mayores Santos algunos ejercicios devotos en honor de la santísima Vírgen; pero especialmente ciertas

oraciones cortas y vivas, á modo de jaculatorias, que no se les caian de la boca, y las tenian impresas en el corazon. La de san Atanasio era esta : Ruega por nosotros, ó santísima Señora, Reina y Madre de Dios : *Intercede, hera, domina, et regina, et mater Dei, pro nobis.* San Epifanio exclama frecuentemente : Á tus piés me arrojo reconociendo tu poder, ó Vírgen santa, soberana princesa : *Advolvor genibus tuis, ô Domina mea.* San Crisóstomo repetia : Pide á Dios, ó celestial Señora, que nos haga santos : *Supplica Deum ut animas nostras salvet.* San Basilio clamaba : Míranos, Señora, con ojos propicios desde la elevacion de tu trono : *Aspice nos de cœlo oculo propitio.* San Agustin tenia siempre en los labios esta oracion, que despues la Iglesia tomó de él : Santa María, socorre á los miserables : *Sancta Maria, succurre miseris.* Cien veces al dia acostumbraba san German repetir esta otra : ¿Qué será de nosotros, santísima Madre de Dios, si tú nos desamparas? *Si tu nos deserueris, quidnam de nobis fiet, sanctissima Deipara?* Vírgen santa, prorumpia á cada paso san Bernardo, tú eres nuestra soberana, nuestra mediadora y nuestra abogada : *Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra.* ¡Oh Vírgen admirable, continúa el mismo Santo, tú reparaste la pérdida de nuestros primeros padres, y tú vivificas su posteridad! *O Virginem admirandam, parentum reparatricem, et posterorum vivificatricem!* Escoge de estas jaculatorias la que mas te agradare; háztela familiar, repítela muchas veces al dia, y muchas tambien en cada hora.

2 Profesa una tierna y amorosa devocion, y ten una entera confianza en la santísima Vírgen, recurriendo á ella en todas tus necesidades. No solo cada semana, sino cada dia has de hacer algo en honor suyo. Ayunar los sábados, rezar el Rosario todos los dias, vestir alguna doncella pobre todos los años, visitar todos los meses alguna iglesia ó capilla suya, rezar el *Ave María* cuando da el reloj, confesar y comulgar en todas sus festividades. Estos piadosos ejercicios cualquiera los puede hacer, y le merecerán mil bendiciones del cielo, como estén acompañados de una vida cristiana y arreglada. Dichosa el alma que despues de Dios coloca en María su esperanza. Dichosos aquellos que llenos de veneracion hácia el Hijo aprendieron desde su infancia á recurrir á la proteccion de la Madre, y por falta de confianza ó de devocion no se privaron de uno de los mas eficaces y mas poderosos medios que Dios nos dejó para salvarnos.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

La Transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo, en el monte Tabor. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de san Sixto II, papa y mártir, en Roma en la via Apia en el cementerio de Calixto; el cual en la persecucion de Valeriano siendo degollado alcanzó la corona del martirio. *(Véase una noticia en este dia).*

Los santos mártires Felicísimo y Agapito, diáconos del mismo san Sixto; Januario, Magno, Vicente y Estéban, subdiáconos tambien; los cuales todos fueron juntamente con él degollados, y enterrados en el cementerio de Pretextato.

San Cuarto padeció tambien con los santos Mártires antecedentes, segun escribe san Cipriano.

Los doscientos Monjes con su abad Estéban, en el monasterio de San Pedro de Cardeña del Órden de san Benito, en Búrgos en España, muertos á manos de los sarracenos por defender la fe de Jesucristo, á los cuales los Cristianos sepultaron en el claustro del mismo monasterio. *(Véase su historia en las de hoy).*

Los santos mártires Justo y Pastor, hermanos de tierna edad, en Alcalá de Henares en España, que yendo á la escuela arrojaron las cartillas, y corrieron de su propia voluntad al martirio: mandóles prender el presidente Daciano, y azotarlos con varillas; pero animándose uno á otro á la constancia, sacándolos fuera de la ciudad fueron degollados. *(Véase su vida en las del dia 9 siguiente).*

San Hormisdas, papa y confesor, en Roma.

Santiago, ermitaño, esclarecido en milagros, en Amida.

SAN SIXTO II, PAPA Y MÁRTIR.

San Sixto, segundo de este nombre, papa y mártir, fue griego de nacimiento y natural de Atenas; y de gran filósofo vino á ser humilde discípulo de Jesucristo. Siendo diácono de la Iglesia romana, sucedió al papa san Estéban en la silla de san Pedro, por los años 257, durante la persecucion de Valeriano. San Sixto es titulado por san Cipriano prelado pacífico y excelente. El bienaventurado mártir san Lorenzo, que padeció poco despues de él, viéndole conducir primero á la cárcel, y luego al suplicio, iba tras él quejándose con gran ternura y sentimiento de que le dejaba atrás. San Sixto le replicó, que él le seguiria dentro de tres dias con un triunfo mas glorioso, puesto que á él se le perdonaban los tormentos por razon de su avanzada edad. Degollaron á san Sixto de órden del emperador Valeriano, y

con él á dos diáconos, Felicísimo y Agapito, y á otros cuatro subdiáconos, llamados Januario, Magno, Vincencio y Estéfano. Sixto fue sepultado en el cementerio de Calixto, y los Diáconos en el de Pretextato. Algunos creen que san Sixto fue crucificado, y Prudencio en sus himnos lo da á entender; pero la opinion comun de todos los escritores es que murió degollado, como dijimos, y lo notó el cardenal Baronio. Otros dan ocho años á su pontificado, cuando es cierto, por las circunstancias todas de su historia, que solo ocupó la cátedra un año.

LOS DOSCIENTOS SANTOS MÁRTIRES DEL MONASTERIO DE CARDEÑA.

En el antiguo monasterio de San Pedro de Cardeña, del Órden de san Benito, sito á dos leguas de la ciudad de Búrgos en la falda del monte llamado Jubeba, se celebra en este dia la gloriosa memoria de los doscientos ilustres Mártires, monjes en el mismo monasterio, que en el año 872, reinando en Leon D. Alfonso III, fueron sacrificados al furor de los bárbaros mahometanos; cuyo martirio nos refieren los escritores en esta forma: En la desgraciada época que se hallaban los árabes dueños de toda la Andalucía, sediento el rey de Córdoba de la inocente sangre de los Cristianos, á quienes desde la cuna profesó un odio mortal, despachó contra ellos dos ejércitos poderosos con ánimo de apoderarse de cuanto poseian en el resto de la Península. Dirigióse uno contra Leon, y fue rebatido valerosamente por el rey D. Alfonso el Casto; pero entrando el otro en Castilla la Vieja á las órdenes del general Zefa ó Zafa, poderoso africano que habia pasado á España á auxiliar las conquistas que intentaba el de Córdoba, causó innumerables estragos en todos los pueblos y en los campos por donde hizo tránsito, con la multitud de infieles de que se componia su ejército. Supo este bárbaro que en el desierto de Búrgos habia un célebre santuario, que era el de San Pedro de Cardeña, y creyendo que los monjes tendrian grandes tesoros, se dirigió á él con ánimo de apoderarse de todas sus riquezas.

Hallábanse por entonces doscientos monjes en aquella ilustre casa, ó bien de moradores, ó bien refugiados á ella de otros monasterios inmediatos, de los que huyeron temiendo los estragos que hacian por todas partes los moros. Cercó Zafa al monasterio, y pidiendo á los monjes todas sus riquezas, le respondió Estéban, que á la sazon era abad de aquella ilustre colonia, varon de eminente santidad, que el tesoro de sus súbditos estaba en el corazon de cada uno, no otro que

Jesucristo, á quien ellos perseguian ciegamente. Irritado el bárbaro con tan generosa respuesta, mandó encerrar á los monjes en un claustro, poniéndoles guardas para que los custodiasen con toda seguridad, y se ocupó con sus tropas en arruinar la casa hasta hallar el oro y la plata que imaginaba tendria; pero habiendo salido frustradas sus esperanzas, convirtiendo su ira contra los inocentes, dió órden para que les quitasen la vida. Acometieron los bárbaros agarenos con un furor extraordinario á los monjes indefensos, é hicieron en ellos una horrible carnicería, sin que se les oyese otra expresion que la de invocar todos á una voz el dulce nombre de Jesucristo, por cuyo amor padecian gustosamente; logrando todos por este medio la apetecida corona del martirio en el dia 6 de agosto del año 834.

Luego que los moros se ausentaron, concurrieron los Cristianos de aquella montaña, y dieron sepultura á los venerables cadáveres en el mismo claustro donde padecieron, el cual se tuvo en tanta veneracion que, segun escribe Ambrosio de Morales, se observaba la costumbre hasta su tiempo, de que no pasase alguno por aquel claustro, por reverencia, creyendo que se profanaba tan sagrado lugar pisándole. Quiso Dios hacer célebre aquel claustro, que fue sepulcro de sus fidelísimos siervos, con muchos milagros; siendo muy memorable entre ellos el de verse por muchos años en el dia 6 de agosto teñido todo el suelo con un color de sangre, que despedia de sí un olor suavísimo; cuyo prodigio continuó hasta el tiempo del rey Enrique IV, como se acredita por el privilegio de donacion que este piadoso Príncipe hizo á aquel ilustre monasterio.

En vista de este y de otros portentos recurrieron los monjes de Cardeña al papa Pio V para que se dignase colocar á los Santos en el catálogo de los Mártires, y autorizar su culto, su oficio y su festividad con la autoridad apostólica. Dió comision el Papa á D. Cristóbal de Vela, arzobispo de Búrgos, para que procediese á la justificacion del memorable suceso, el que resultó plenamente comprobado por deposicion de cuarenta y dos testigos, personas dignas de todo crédito. Suspendióse el progreso de la causa por varios motivos que ocurrieron en Roma, y se recurrió con nuevo ardor en el pontificado del papa Clemente VIII, por medio del Dr. D. Vicente Ferrer, canónigo penitenciario de la santa iglesia de Orihuela, devotísimo de los ilustres Mártires; el que habiendo pasado á Roma con motivo de ciertos negocios, á virtud de sus incesantes súplicas consiguió del papa Clemente que mandase Su Santidad escribir en el Martirologio romano á los Mártires de Cardeña en el dia 19 de enero del

año 1603, en lo que no hubo demora en el cardenal Baronio; pero no satisfecho Ferrer con tan feliz progreso, reiteró sus ruegos para con Su Santidad, á fin de que se rezase públicamente en la Iglesia el oficio de los dichos Mártires. Remitióse esta nueva súplica á la sagrada Congregacion de Ritos; y aprobada en un todo, compuso el mismo Baronio las lecciones propias del segundo nocturno, llevado del singular afecto que concibió para con los insignes Mártires. Comunicó tan agradable noticia el abad del monasterio de Cardeña al rey Felipe III, y concedió este una suma crecidísima para que se hiciese una suntuosa capilla sobre el sepulcro de los Santos, en la que se colocaron las venerables reliquias, y en medio de ella una primorosa efigie de san Estéban abad, que fue el jefe de aquella ilustre colonia de defensores de nuestra santa fe, cuyas infalibles verdades testificaron con su sangre.

LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

La gloriosa Transfiguracion del Salvador en el monte Tabor á presencia de los tres apóstoles mas amados y mas favorecidos suyos ocultó tantos misterios, y fue de tanto consuelo para fortalecer nuestra fe, que no era razon confundirla con las demás maravillas de su vida. Por eso instituyó la Iglesia una fiesta particular de este singularísimo misterio, celebrándose ya en Roma desde el principio del siglo V, y siendo aun mas antigua su solemnidad en la Iglesia griega.

No obstante el desprecio que el Salvador hacia de todo lo que sonaba á ostentacion, y el amor que profesaba á la vida humilde, escondida y retirada, queria con todo eso que sus discípulos formasen el debido concepto de su divinidad, y le reconociesen por lo que era. Esto lo mostró en un viaje que hizo con ellos á varias aldeas de los contornos de Cesarea, junto al nacimiento del Jordan. Separóse un poco del camino para hacer oracion, y acabada esta les preguntó (aunque lo sabia mejor que otro alguno) qué opinion tenian de él, llamándose Hijo del Hombre, segun su costumbre. Respondiéronle con su acostumbrada simplicidad, que unos le tenian por el Bautista resucitado, otros por Elías, otros por Jeremías, ó por alguno de los Profetas antiguos que habia vuelto á este mundo. Pero vosotros, les replicó el Salvador, ¿quién pensais que soy yo? Á esta segunda pregunta tomó Pedro la voz como el primero de todos, como el mas ardiente y el mas celoso de la gloria de su divino Maestro, como aquel, en fin,

dicen los Padres, en cuya cátedra se habia de sentar, y por cuya boca habia de hablar el Espíritu Santo, y le dió esta inspirada respuesta: *Tú eres el Mesías, Hijo de Dios vivo.* Merecia sin duda alguna recompensa un testimonio tan glorioso como sincero, y al punto fue premiado ventajosamente. Aquel Señor, cuyas palabras son gracias, y cuyas promesas son efectos, le aseguró inmediatamente de la próxima fundacion de la Iglesia, y de que el mismo Pedro seria cabeza de ella: *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás, porque no todos los hombres conocen la verdad que tú acabas de confesar. Ese conocimiento no lo debes á la luz de la razon humana, sino á la ilustracion de la revelacion divina: no tuvo parte en él la carne y sangre; es muy superior al humano entendimiento, y solo pudo venir de mi Padre celestial. Es cierto que soy el Mesías prometido, Hijo de Dios vivo, y yo mismo Dios en todo igual á él; pero aun no es tiempo de publicar esta verdad, y os mando que no la publiqueis. Antes de hacerlo es menester que padezca las mayores ignominias y la misma muerte de cruz por la redencion de todo el género humano, satisfaciendo de esta manera á la justicia de mi Padre celestial.* Despues de esto les pronosticó hasta las mas menudas circunstancias de su pasion, temiendo que á vista de esta no dudasen de su divinidad si no la hubiese pronosticado; y además de eso, para fortificar su tierna fe, quiso descubrir á algunos de ellos uno como rasgo de su gloria. Por tanto, luego que hizo individual mencion de todas las particularidades de su pasion, añadió que algunos de los que le oian no moririan sin haberle visto antes lleno de gloria y de majestad, dándoles como á probar anticipadamente aquellos inefables gozos que les reservaba en el cielo por toda la eternidad.

Aun no se habian pasado ocho dias despues de esta promesa, cuando se la cumplió con tantas ventajas, que no solo excedieron á sus esperanzas, sino á su mismo pensamiento. Llamó aparte á sus favorecidos discípulos, Pedro, Juan y Diego, y llevándolos consigo á un elevado monte, se retiró un poco, se puso en oracion, y estando en el mayor fervor de ella, se transfiguró delante de ellos. Manifestóse visiblemente en su cuerpo el esplendor de su divinidad y la gloria de su alma, y de repente se descubrió el resplandor de su majestad; dejándose ver no ya como un puro hombre, sino como un Hombre-Dios. Apareció su semblante mas resplandeciente que el sol, sus vestidos mas blancos que la nieve, deslumbrando á los ojos su candor; pero ni en los vestidos ni en el semblante hubo mudanza sustancial; solo se hallaron repentinamente penetrados de los rayos que despedia de sí el cuerpo glorificado, no de otra manera que una

nube enrarecida y transparente se representa totalmente iluminada, cuando la envisten de lleno los rayos del sol. *Transformatio,* dice san Jerónimo, *splendorem addit, faciem non subtraxit.* Antes en cierta manera se pudiera decir que la vida comun del Salvador, y su exterior ordinario y regular, era una verdadera transfiguracion, por ser ajeno de su estado connatural, y que lo que se llamó transfiguracion era su estado connatural y verdadero; puesto que era menester un continuo milagro para suspender los efectos exteriores y visibles de su gloria y su divinidad. Solo con dejar obrar las causas naturales, necesariamente se habia de representar siempre como entonces se representó.

Pero no quiso el Salvador mostrarse solo en aquel estado glorioso. Dejáronse ver á sus dos lados Moisés y Elías; aquel, su principal ministro de la Ley antigua, y este, el mas ardiente y el mas celoso de todos los Profetas. Dispuso el Hijo de Dios que aquellos dos grandes personajes se hallasen presentes á su transfiguracion, para que los Apóstoles entendiesen que la Ley y los Profetas daban testimonio de su divinidad, y se terminaban en su persona. Vivia entonces Elías, como vive ahora, y así se dejó ver en su mismo cuerpo natural; pero el de Moisés, en sentir de santo Tomás, fue extraño y aéreo: trataban con Jesucristo aquellos dos grandes siervos de Dios acerca de la muerte que dentro de pocos dias habia de padecer en Jerusalen, de sus ignominias, afrentas y dolores con que habia de poner fin á los trabajos de su vida. Nota san Lucas que san Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, y que al despertar vieron la gloria de Jesús, y á los dos personajes que estaban en su compañía. No los habia prevenido el Salvador del favor que les estaba preparando, y permitió que se durmiesen mientras hacia oracion, para que al despertar fuese mayor el gusto y la sorpresa con la gracia de la novedad. Pero san Juan Crisóstomo no puede creer que fuese verdadero sueño, y se inclina mas á que fue una especie de éxtasis que los arrebató y enajenó súbitamente, á vista del resplandor de que se hallaron envestidos con el nuevo prodigio. Mezclada la admiracion con un santo terror, é inundada el alma en un torrente de consuelos y dulzuras celestiales, no se pudo san Pedro contener; y saliéndole el gozo por los labios, con su viveza y prontitud acostumbrada exclamó á manera de un hombre extáticamente enajenado: ¡Señor, qué cosa tan buena es esta! ¡qué bella mansion! ¿Dónde hallarémos en el mundo otra que sea mejor, ni tan buena? Fijémonos aquí, y levantemos tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés, y otra para Elías. Á Tertuliano

le parece que en esta ocasion hablaba san Pedro arrebatado y como fuera de sí, y que eso quiere significar la Escritura en aquellas palabras: *Nesciens quid diceret,* no sabiendo lo que se decia. Consultó en esta ocasion sus expresiones con el gusto, dice san Ambrosio, mas que con la razon; atendia á lo que su alma experimentaba, y el mismo consuelo espiritual no le dejaba reflexionar las consecuencias de lo que pretendia: *Non inconsulta petulantia, sed præmatura devotio, fructum pietatis accumulabat: nam quod ignorabat, conditionis fuit: quod promittebat, devotionis.* Estaba aun con la palabra en la boca, cuando desaparecieron Moisés y Elías, envueltos en una luminosa nube que los encubrió; y del fondo de la misma nube salió una voz clara y divina que dijo distintamente: *Este es mi Hijo muy amado, objeto de mis complacencias, á quien, en quien, y por quien amo todo lo que amo: oidle como á vuestro maestro, y obedecedle como á vuestro rey.* Esta voz, como observan los Padres, no se dejó oir hasta que se retiraron los dos Santos, y se quedó solo el Salvador, para que no se dudase que á él solo se dirigia, y de solo él se debian entender aquellas palabras, *ipsum audite.* Así el resplandor de la nube, como el sonoro y vehemente sonido de la voz, atemorizaron tanto á los tres Apóstoles, que cayeron atónitos en tierra, desapareciendo en el mismo instante toda aquella gloria. No obstante, se mantuvieron desmayados en la misma postura, hasta que acercándose á ellos el Señor, y tocándolos con la mano, les dijo: *Levantaos, no tengais temor.* Al punto levantaron los ojos, y mirando á todas partes, no vieron otra cosa que á Jesucristo en su estado comun y regular. Bajaron del monte en compañía del Salvador, impacientes ya por anunciar á todos lo que habian visto; pero queriendo el Señor darles igualmente idea de su humildad, como se la habia dado de su gloria, en el mismo camino les prohibió revelar á nadie las maravillas de que habian sido testigos. Semejante precepto les habia impuesto poco antes, cuando preguntó á los Apóstoles qué concepto hacian de él, y san Pedro declaró que le tenian por Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Entonces, dice el Evangelista, les mandó que á ninguno dijesen era Cristo (*Matth.* XVI): *Tunc præcepit discipulis suis, ut nemini dicerent quia ipse esset Jesus Christus:* añade san Lucas la razon; porque conviene que el Hijo del Hombre padezca, sea condenado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas, sea sentenciado á muerte, y resucite al tercero dia. Dando á entender que si se llegase á creer que era Mesías, podia esto impedir su pasion y su muerte; pero despues de su resurreccion les dió órden para que lo

publicasen en todas partes. Si antes de la pasion hubiera declarado ó permitido se predicase claramente que era el Mesías prometido, muchos flacos (dicen san Juan Crisóstomo y san Jerónimo) se escandalizarian tanto á vista de sus tormentos y de su muerte, que seria muy dificultoso el desimpresionarlos; pero la resurreccion, de que fueron testigos todos los Apóstoles y todos los discípulos, de manera que ninguno podia dudar de ella, autorizaba todo lo que les habia dicho, y daba el mayor peso á todas las demás pruebas.

El intento del Salvador en mostrarse á los Apóstoles cercado de gloria, y rodeado de brillante resplandor, fue para descubrirles un rayo de la gloria que ocultaba el velo de su cuerpo, y de la que tenia preparada en su reino para los que fielmente le sirviesen. Tambien quiso animarlos por este medio á llevar con alegría la cruz, enseñándoles que aun en este mundo da el Señor á gustar algunas veces á sus Santos, aunque pasajeramente, los gozos y los consuelos del otro; y que la vida de los que siguen á Cristo es á la verdad cruz; pero cruz que no solo se hace muy ligera, sino muy gustosa, por los espirituales consuelos que la acompañan; segun lo que él mismo dice que su yugo es suave, y su carga ligera.

Escogió el Salvador para este misterio un lugar retirado y propio para hacer oracion, dándonos á entender que no nos dispensa Dios sus favores, ni nos comunica su gloria en la publicidad, ni entre el tumulto del mundo, sino en el retiro, cuando estamos mas desprendidos de los afectos de la tierra, y elevados á la mas alta perfeccion. Por eso Moisés y Elías tuvieron la dicha de ver á Dios, no en medio de las ciudades, sino en la soledad y en el monte. Tanta verdad es que, si queremos que Dios se nos comunique, debemos amar el recogimiento y el retiro, haciéndonos superiores á todo lo terreno. Tambien dispuso Jesucristo que le acompañasen en el monte Tabor aquellos mismos discípulos que le habian de hacer compañía en el monte de las Olivas, para que fuesen primero testigos de su gloria los que despues lo habian de ser de sus agonías. Si tenemos parte en sus dolores, dice san Pablo, tambien la tendrémos en sus consuelos: *Si compatimur, ut et glorificemur.*

La Misa es del misterio, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui fidei sacramenta in Unigeniti tui gloriosa Transfiguratione patrum testimonio roborasti, et adoptionem filiorum perfectam, voce de-

Ó Dios, que en la gloriosa Transfiguracion de tu unigénito Hijo confirmaste los misterios de la fe con el testimonio de los padres, y mostraste con

lapsa in nube lucida mirabiliter præsignasti: concede propitius; ut ipsius Regis gloriæ nos cohæredes efficias, et ejusdem gloriæ tribuas esse consortes. Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

admirable modo la perfecta adopcion de tus hijos, por medio de la voz que salió de entre una brillante nube; concédenos que seamos coherederos de este Rey de la gloria, y que algun dia le hagamos compañía en su reino. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo I *de la segunda del apóstol san Pedro.*

Charissimi: Non doctas fabulas secuti, notam fecimus vobis Domini nostri Jesu Christi virtutem, et præsentiam, sed speculatores facti illius magnitudinis. Accipiens enim à Deo Patre honorem et gloriam, voce delapsa ad eum hujuscemodi à magnifica gloria: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui; ipsum audite. Et hanc vocem nos audivimus de cœlo allatam, cum essemus cum ipso in monte sancto. Et habemus firmiorem propheticum sermonem: cui benefacitis attendentes, quasi lucernæ lucenti in caliginoso loco, donec dies elucescat, et lucifer oriatur in cordibus vestris.

Carísimos: No os hemos manifestado la virtud y la venida de Nuestro Señor Jesucristo por haber seguido las doctas fábulas, sino por haber sido testigos de vista de su grandeza. Porque recibió de Dios Padre honor y gloria, habiendo bajado á él de la magnífica gloria esta voz: Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido; oidle. Y esta voz la oimos nosotros venir del cielo estando con él en el monte santo. Pero tenemos por mas firme la palabra de los Profetas: y haceis bien en atender á ella como á una antorcha que resplandece en un lugar oscuro hasta tanto que amanezca el dia, y el lucero de la mañana nazca en vuestros corazones.

REFLEXIONES.

Señor, bueno será que nos quedemos aquí. Si un solo destello de la gloria y de la majestad del Hijo de Dios arrebata la admiracion, colma, satisface, inunda en tan puro, en tan exquisito gozo á los que son testigos de él; ¡qué será en el cielo, donde se ve cara á cara al mismo Dios! ¡qué torrente de delicias anegará á los Santos en aquella feliz mansion de los bienaventurados, de que el Tabor no era mas que débil sombra, ligera y limitada figura! Yo no sé lo que será el paraíso, decia un gran siervo de Dios; solo sé que en él se ve á Dios en sí mismo, y que el alma está como anegada en alegría; que Dios, hablando en rigor, solo parece Dios en aquel lugar de delicias; que todos los astros con que adornó el cielo, todas las flores con que vistió de gala á la tierra, todo cuanto el arte puede añadir á la naturaleza; todo es borron, todo es nada, en comparacion del paraíso. Yo no sé lo que habrá en él; solo sé que en él no hay mal alguno, ni físico ni moral; que no hay pecado, que no hay vicio,

que no hay envidia, que no hay interés, que no hay inconstancia, que no hay temor, que no hay esperanza, que no hay pena, que no hay inquietud, que no hay enfado. La tierra es un destierro, ó, por mejor decir, es un potro donde padecen los Santos. El cielo es su patria, es su casa de recreo, es el teatro de su triunfo. Si crió Dios un infierno, y un infierno tan terrible para un solo pecado mortal, no obstante la miseria y la flaqueza humana; aquel Señor, que es mas liberal que riguroso, ¿qué no tendrá criado para los hombres que viven treinta, sesenta, ochenta años entregados al rigor de la penitencia, á pesar de todas las repugnancias de su flaca naturaleza? Es el paraíso el lugar donde Dios premia á sus siervos, llenándolos de bienes incomparablemente superiores á todos los de acá abajo. Siendo el lugar donde derrama sin medida sus favores en sus favorecidos, desconfiemos de poder formar idea cabal de lo que es. Toda nuestra felicidad en esta vida consiste en el pensamiento y en la esperanza que tenemos de poder ser, mediante su misericordia, lo que los Santos son. Si á estos los hizo felices, aun en medio de los trabajos de esta vida, la esperanza sola del paraíso, ¿qué será su posesion sin mezcla de mal ni de disgusto? ¿qué no hicieron para ganarle? ¿y quién de ellos pensó jamás que habia hecho demasiado por merecerle? Antes bien ninguno deja de exclamar con el Apóstol: *No hay proporcion entre los trabajos y aflicciones de esta vida, y la gloria de la otra.* En este mundo no hay un instante de calma; no se sabe qué cosa nos turba y nos inquieta mas, si la necesidad ó la abundancia; si la pobreza ó las riquezas; los gustos ó los disgustos. Las riquezas y la pobreza causan poco mas ó menos las mismas inquietudes; la gloria nos aturde, la humillacion nos abate, las diversiones nos cansan; nada hay en la tierra que no nos disguste. Solamente del cielo se puede decir: *Bueno será que nos quedemos aquí.*

El Evangelio es del capítulo XVII *de san Mateo.*

In illo tempore: Assumpsit Jesus Petrum et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et duxit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. Et ecce apparuerunt illis Moyses, et Elias cum eo loquentes. Respondens autem Petrus, dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse: si

En aquel tiempo: Llevó Jesús consigo á Pedro y Santiago, y Juan su hermano, y los llevó aparte á un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos. Y su rostro resplandeció como el sol; y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Y hé aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, los cuales hablaban con él. Y hablando Pedro, dijo á Jesús: Señor, bueno es estarnos

vis faciamus hic tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum, et Eliæ unum. Adhuc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos. Et ecce vox de nube dicens : Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui: ipsum audite. Et audientes discipuli, ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valde. Et accessit Jesus, et tetigit eos : dixitque eis : Surgite, et nolite timere. Levantes autem oculos suos, neminem viderunt, nisi solum Jesum. Et descendentibus illis de monte, præcepit eis Jesus, dicens : Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis à mortuis resurgat.

aquí : si gustas, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Elías. Aun no habia acabado de hablar, cuando una nube resplandeciente les hizo sombra. Y hé aquí que de la nube (salió) una voz que decia : Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido bien : oidle. Y al oir esto los discípulos, cayeron de bruces, y temieron mucho. Pero Jesús se llegó, y los tocó, y les dijo : Levantaos, y no temais. Y alzando sus ojos, no vieron á nadie sino á solo Jesús ; y bajando del monte, les impuso Jesús precepto, diciendo: No digais á nadie lo que habeis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

Punto primero.—Considera la particular estimacion que hace el Salvador del mundo de los que le aman con ternura, y la bondad con que les comunica sus mas señalados favores. Distínguense Pedro, Diego y Juan entre los demás apóstoles por el ardiente amor que le profesan; y el Señor los distingue tambien entre todos por los favores especiales de que los colma. Condúcelos al Tabor; pero bien entendido, que tambien los ha de llevar consigo al monte de las Olivas. En esta vida los consuelos espirituales son comunmente presagio de trabajos y cruces. Es ocioso pedir sentarse á los dos lados del Hijo de Dios, cuando no hay resolucion para beber la amargura de su cáliz. Muéstrase Cristo á sus discípulos mas resplandeciente que el sol, rodeándole el resplandor de su majestad y su gloria; pero en medio de esta gloria solo trata de tormentos, de desprecios y de muerte. Desengañémonos, no hay en la tierra condicion, no hay estado exento de mortificacion. Toda devocion aplaudida, ruidosa, cacareada y llena de consuelos, se nos debe hacer sospechosa. No hay otra dulzura, no hay otro consuelo verdadero que el que producen las adversidades, ó por lo menos, el sincero deseo de la humillacion y de la cruz. Cuando el Salvador quiere dispensar á sus discípulos un singular favor, haciéndolos testigos de su gloria, los retira á un monte solitario. Nunca se proporcionó el tumulto del mundo á las intimi-

dades con Dios; estos preciosos favores se reservan para la soledad, ó á lo menos para el retiro. *Non in commotione Dominus*. (Osee, II). Gusta Dios del alma tranquila y sosegada. Llevaréla á la soledad, y allí la hablaré al corazon. Solo en el retiro el Señor se deja oir de las almas puras. Es error querer ser devoto sin dejar de ser mundano. Quéjanse muchos de que en sus oraciones solo experimentan sequedad, disgusto y distracciones. Quéjanse de que nunca sienten aquellos espirituales consuelos que gustan los siervos de Dios, aunque haya muchos años que se dedicaron á su servicio. Ama á Jesucristo con fidelidad y con ternura; témele; aniquila en tí ese espíritu de delicadeza y de regalo, ese espíritu de mundo que todavía domina en tu corazon; huye del tumulto, ama la soledad, busca el retiro, y presto tendrás parte en los insignes favores de tu amable Salvador.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que es tan natural al hombre el amor á todo lo que es placer; es tanta su inclinacion al gusto, al contento, á la paz del corazon, que esta inclinacion y este amor son como el general resorte que da movimiento á todas las acciones de la vida. Mas ¡ah, y qué grande es su ilusion cuando busca fuera de Dios esta paz, esta quietud, este contento y esta satisfaccion! Solo en servicio de tan buen amo se encuentran todas esas utilidades. *Estar con Jesús,* dice el autor del libro de la Imitacion de Cristo, *es dulce paraíso; pero estar sin Jesús, aunque seas el hombre mas feliz del mundo, es un infierno*. Asombro es que despues de tan largas y tan funestas experiencias como los hombres han hecho de esta verdad todavía no reconozcan su error, descubriendo el vacío y la inanidad de las falsas alegrías de este mundo. Experimentan toda su amargura, palpan su instabilidad, y con todo eso solo suspiran por ellas. Si la pasion del contento y del consuelo domina, ¿á qué fin buscarle donde no se halla, y huir de aquella condicion donde únicamente se encuentra, que es la de los que sirven á Dios de veras y con fervor? ¿Á qué fin arrastrar toda la vida en una medianía de virtud, en la cual nunca se gustan las dulzuras de la vida verdaderamente espiritual? La gloria de la majestad de Cristo solo se descubre en la elevacion del monte; en el fondo de la soledad, en lo mas silencioso del retiro se dejan percibir los consuelos celestiales. Por eso se escogió la cumbre de un monte solitario para la transfiguracion del Señor. ¿Por qué no se obraria este dulcísimo misterio sino á vista de solos tres discípulos? Porque siempre es corto el número de las almas fervorosas. Seamos de este corto número, y serémos favorecidos. *Bueno será que nos*

quedemos aquí, exclama san Pedro. Cuando Dios se comunica á una alma pura, fácilmente se olvidan todos los bienes criados. Los mas exquisitos gustos de la tierra parecen muy insípidos á quien gusta una vez los consuelos espirituales, que son como una prueba de los gozos de la gloria. Ninguna fuerza hacen ni esos honores imaginarios, ni esas distinciones pueriles, ni esas quiméricas fortunas con que el mundo apacienta á sus parciales, luego que Dios se deja sentir en el alma. Aquella paz interior, que excede todo cuanto se puede imaginar; aquel contento superabundante, que causa una inalterable igualdad; aquella inexplicable alegría, que es el fruto de los mas duros trabajos; aquella alegría pura sin mezcla de tristeza; aquella alegría permanente, que no se acaba cuando se acaba una fiesta pública; aquella alegría constante, sin peligro de producir efecto alguno enfadoso, todo esto solo se reserva para los buenos. Compara todas estas ventajas con la turbacion y con la tiranía de las pasiones, con aquellas inquietudes y con aquellos enfados que son como la herencia de las almas cobardes, de las almas tibias, y descubrirás el verdadero orígen de todos tus disgustos y de todas tus sequedades.

Conozco, Dios mio, que mi infidelidad y mi tibieza me han privado hasta aquí de aquellas señaladas gracias que solo se reservan para los fervorosos. No os pido, Señor, esos favores extraordinarios que hacen tan fácil y tan dulce la virtud; solo os pido, por los méritos de mi Señor Jesucristo, me deis gracia para salir de este infeliz estado de tibieza que me ha hecho tan pesado vuestro suavísimo yugo. Concededme aquel fervor con que se os debe servir, y la merced de que os sirva de hoy en adelante con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS.—Muéstranos, Señor, los efectos de tu misericordia, y concédenos la asistencia de tu gracia. (*Psalm.* LXXXIV).

Vos, divino Salvador mio, sois el resplandor de la gloria, y la figura de la sustancia del Padre. (*Hebr.* I).

PROPÓSITOS.

1 *Maldito sea aquel que no ama á Jesucristo,* decia san Pablo; y á la verdad, si el que no ama á su prójimo está, segun san Juan, en estado de muerte, ¿en qué estado se ha de considerar el que no ama á su Criador, á su Salvador, á su Redentor, á su Dios, á su Padre? ¿Cómo es posible que no amemos á Jesucristo con ardor y con ternura los que tanto nos amamos á nosotros mismos, los que somos pródigos de nuestro corazon, y le entregamos por el menor beneficio que nos hagan?

Pues qué, ¿ninguno hemos recibido de este divino Salvador, á cuya pura bondad debemos cuanto tenemos y cuanto somos? ¿Ignoramos por ventura con cuánto ardor nos amó y nos ama Jesucristo? Pero ¿le amamos nosotros? Esta es la pregunta que te debes hacer continuamente. La respuesta la han de dar tus obras, tus palabras, tus dictámenes y toda tu conducta. Si estás en el templo, si asistes al sacrificio divino, sea tu respeto, tu modestia y tu devocion una prueba pública de lo que amas á Jesús. Si un director te aconseja, si un superior te manda, recibe la órden y el consejo como consejo y órden de Jesucristo; prueba lo que le amas en la prontitud con que le obedeces. Tus reglas, y las obligaciones de tu estado, son señales visibles de la voluntad de tu soberano Maestro; esto es lo que pide el Salvador. No se pase este dia sin que tengas el consuelo de probar por todos estos medios la sinceridad con que amas á Jesucristo.

2 Imita á aquellos grandes siervos de Jesucristo, cuyo corazon estaba abrasado de su amor, y de cuyos labios jamás se desprendia su santo nombre. *Yo te aconsejo singularmente*, dice san Francisco de Sales (1, *part.* 2, *cap.* 1), *que tomes por frecuente materia de tu meditacion los méritos de la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Mirándole en tu oracion, aprenderás cómo debes obrar, y arreglarás tus acciones por el modelo de las suyas. Los niños, á fuerza de oir á sus madres, y de tartamudear delante de ellas, no solo aprenden las voces, sino tambien los acentos; y nosotros, si nos acostumbramos á la presencia de este divino Salvador durante la meditacion, y á observar sus acciones, sus sentencias y sus máximas, aprenderémos, mediante su divina gracia, á hablar, á obrar y á querer lo que él quiere. No sin razon se llama el Salvador*, Pan que bajó del cielo; *porque así como el pan se debe comer con todo género de manjares, así el Salvador debe ser meditado, considerado y buscado en todas nuestras oraciones, para ser imitado en todas nuestras acciones.*

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

San Cayetano Tiene, confesor y fundador de los clérigos regulares, en Nápoles de Campania; el cual con singular confianza en Dios restableció en sus hijos la primitiva vida de los Apóstoles, y esclarecido en milagros fue canonizado por Clemente X. *(Véase su vida hoy).*

El martirio de san Donato, obispo y mártir, en Arezzo en Toscana; el cual entre otros milagros que refiere san Gregorio, papa, con su oracion res-

tauró un cáliz consagrado y hecho pedazos por los gentiles. En la persecucion de Juliano Apóstata fue preso por Quadraciano su prefecto, y rehusando sacrificar á los ídolos, fue degollado, y así consumó el martirio. Con él fue martirizado SAN HILARINO, monje, cuya fiesta se celebra el dia 16 de julio, en cuyo dia fue trasladado su cuerpo á Ostia Tiberina.

LOS SANTOS MÁRTIRES PEDRO Y JULIANO CON OTROS DIEZ Y OCHO COMPAÑEROS, en Roma.

SAN FAUSTO, soldado, en Milan; el cual en tiempo del emperador Aurelio Cómmodo, despues de muchos tormentos alcanzó la palma del martirio.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CARPOFORO, EXANTO, CASIO, SEVERINO, SEGUNDO Y LICINIO, en Como, los cuales fueron degollados por confesar á Jesucristo.

SAN DOMECIO, monje persa, en Nisibe en Mesopotamia; el cual junto con dos discípulos suyos fue apedreado en tiempo de Juliano Apóstata.

SAN VICTRICIO, obispo, en Ruan; el cual siendo aun soldado del mismo Juliano, arrojó por Jesucristo el distintivo de la milicia, y el tribuno despues de varios tormentos le condenó á muerte. Pero cegando el verdugo que iba á darle muerte, escapó él libre de sus manos. Despues hecho obispo, convirtió á la fe de Jesucristo á las gentes indómitas de Terouana y Tournay, y últimamente murió en paz confesor de Jesucristo.

SAN DONACIANO, obispo, en Chalons en Francia.

SAN ALBERTO, confesor, del Órden de los Carmelitas, esclarecido en milagros, en Mesina en Sicilia. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN ALBERTO DE SICILIA, RELIGIOSO CARMELITA Y CONFESOR.

El bienaventurado san Alberto, natural de Sicilia, tuvo por padres á Benedicto y á Juana, personas de ilustre cuna, los cuales vivian en la ciudad de Trapano ó Trápani con gran ejemplo de virtud. No habiendo tenido hijos en veinte y seis años de matrimonio, tomaron por medianera á Nuestra Señora, y prometiéronle, que si les daba un hijo varon, le consagrarian á su servicio en la Órden de su nombre. Concibió Juana; y estando preñada vió en sueños que salia de su vientre un cirio encendido muy resplandeciente. Nació el niño, llamáronle Alberto; criáronle con gran cuidado, como á hijo de oraciones, y despues le aplicaron á los estudios. Siendo de ocho años, como era hijo de padres tan nobles y ricos, no faltó quien le pidió para desposarle con una doncella de raras partes; y aunque el padre venia bien en ello, la madre no lo consintió, acordándose del voto que habia hecho á Nuestra Señora; y así la madre llamando á su hijo Alberto, le declaró el voto que habia hecho, rogándole que lo cumpliese, y tomase á la Vírgen por abogada y madre. El niño le prometió de hacerlo; y tomando la bendicion de sus padres, se fué al monasterio del Cármen, que está cerca de Trápani, y pidió

el hábito; y aunque al principio los religiosos no le quisieron recibir, temiendo á sus padres, despues le recibieron con gran gusto y alegría; porque sus mismos padres, habiendo sido reprendidos de la santísima Vírgen porque tardaban tanto en darle lo que habian prometipo, se lo pidieron y rogaron. Tomó el hábito con gran gozo suyo, y antes de tomarle, por sus propias manos dió á los pobres el vestido que traia; y aunque era niño, comenzó luego á resplandecer y á mostrar con sus virtudes que Dios especialmente le habia escogido para gran gloria suya. Mas el demonio, temiendo el daño que le podia venir, le acometió en figura de una doncella muy hermosa y graciosa, y le tentó terriblemente para que dejase aquella vida áspera que habia comenzado, y por su delicada y tierna edad no podia seguir, y se casase con ella, pues tanto le amaba. Pero Alberto conoció los silbos de la serpiente infernal, que se habia transformado en aquella doncella; y haciendo sobre sí la señal de la cruz, desapareció el enemigo que le tentaba.

Hizo su profesion, y para mas perfectamente cumplir lo que habia prometido, se dió á los ejercicios de todas las virtudes religiosas, especialmente á la aspereza y penitencia. Ayunaba á menudo, y traia un áspero cilicio: echábase desnudo sobre unos palmitos: vestíase de paño grosero, y no se avergonzaba de andar roto: nunca bebia vino, y á los viernes para mas mortificarse mezclaba con el pan la yerba de los ajenjos: huia la ociosidad, como veneno de la virtud: era castísimo, y exactísimo en la santa obediencia: aventajábase sobre todos en la pobreza y humildad: dió todo su patrimonio á los pobres religiosos, y con estas virtudes mereció ser ilustrado del Señor, de manera que, andando el tiempo, predicaba y convertia muchos judíos á nuestra santa Religion, especialmente despues que se ordenó de sacerdote, aunque lo hizo contra su voluntad, y por obediencia, porque se tenia por indigno de llegarse al sacrosanto misterio del altar para celebrar.

Comenzó Nuestro Señor á honrar y glorificar á su siervo con muchos milagros que obró por él. Estaba cierto domingo en la noche haciendo oracion en la iglesia: quiso el demonio espantarle apagando la lámpara que allí ardia, y no pudo, mas hízola caer en el suelo; pero el Señor la guardó, para que no se quebrase ni apagase.

Tenia Roberto, rey de Nápoles, cercada y muy apretada la ciudad de Mesina, y los de dentro morian de hambre, sin tener cosa que comer. Acudieron á san Alberto, que á la sazon estaba en Mesina, para que su oracion alcanzase de Dios el remedio que ninguna indus-

tria humana podia descubrir. Oró Alberto en la misa con grande fervor y eficacia, y luego se oyó un terrible trueno, y de él una voz que á guisa de trompeta decia: *Oido ha Dios tus oraciones;* y sin saber por dónde ó cómo hubiesen entrado, porque el cerco de los enemigos era muy apretado, se vieron en el puerto tres galeras cargadas de provisiones que se distribuyeron á la gente necesitada de la ciudad; y con esto respiró y cobró ánimo, y se defendió. Túvose entendido que aquellas tres galeras habian sido guiadas de los Ángeles; porque no parecieron mas, ni hubo quien conociese á los capitanes y marineros de ellas.

Habia un monje en el monasterio de San Salvador de Mesina, que estaba para morir de una apostema que se le habia hecho en la garganta: Alberto hizo sobre ella la señal de la cruz, y luego la apostema reventó, y el enfermo quedó sano.

En Trápani libró á una mujer que habia seis dias que peleaba con la muerte por los crueles dolores de parto que padecia, dándole un poco de aceite bendito con que se untase el vientre, y diciendo: *Nuestro Señor Jesucristo por los merecimientos de su santísima Madre te sane; y así como ella sin detrimento de su virginidad concibió y parió sin dolor, así tú sin peligro de tu vida paras la criatura que tienes en tus entrañas, para que sea consagrada á Dios;* y luego parió una hija que despues dedicó á Dios.

En la Tierra Santa sanó á un judío muy fatigado de gota coral, y con este milagro él y sus padres se convirtieron á nuestra santa fe, y el hijo se hizo religioso, y vivió y murió santamente.

Otra vez camino de Gargente libró á ciertos judíos que se ahogaban en un rio, estando san Alberto de la otra parte del rio mirándolos; pidiéronle el Bautismo, y él sin temor alguno andando sobre las aguas llegó á ellos, y los bautizó, y libró de aquel peligro.

Siendo provincial de su Órden en Sicilia, y visitando á pié y con un báculo en la mano su provincia, el compañero quebró un vaso de barro en que llevaba un poco de pan y agua, que era todo su sustento; y hallándose el compañero confuso, san Alberto le mandó traer el vaso, y hallóle entero y lleno de agua.

Por abreviar omitimos otros muchos prodigios que obró el Santo durante su vida verdaderamente angelical. Finalmente tuvo revelacion del dia en que habia de morir, y así lo dijo á sus religiosos; y que una hermana suya (que estaba léjos de allí doscientas y sesenta millas) moriria aquel mismo dia y á la misma hora que él, como murió. Y estando todos los religiosos al rededor del Santo orando



por él, vieron salir su bendita alma en figura de una paloma blanca como la nieve, y volar al cielo, dejando el cuerpo en el suelo vestido de cilicio, del cual salia un olor suavísimo y una fragancia mas del cielo que de la tierra; y una campana, que el Santo habia mandado hacer, se tañó por sí misma, sin que ninguno la tocase. Hallóse á su entierro el rey de Sicilia, y los grandes señores y nobles del reino, y algunos obispos con innumerable pueblo, procurando cada uno llevar algo de sus vestidos y reliquias, como un precioso tesoro, con las cuales obró Dios grandes milagros. Hubo contienda entre el clero y el pueblo sobre la misa que se habia de decir en las exequias del Santo; porque el clero queria que se dijese de *Requiem*, y el pueblo de un Santo confesor; pero puestos todos en oracion, aparecieron en el aire dos niños resplandecientes con estolas blancas, y dijeron que se habia de cantar: *Os justi meditabitur sapientiam;* y se dijo la misa de un Confesor, entendiendo que era la voluntad de Dios. Concurrian de muchas partes remotas al sepulcro de san Alberto muchos enfermos, cojos, ciegos, leprosos, paralíticos, y dentro de pocos dias volvian sanos á sus casas; y la manera de sanar era que postrados primeramente delante del sepulcro del Santo, ayunaban tres ó cuatro dias pidiéndole su favor; y á media noche veian una luz clarísima, y en ella á san Alberto vestido de blanco que les daba entera salud.

Murió el Santo á los 7 de agosto el año de 1292, y despues de muerto castigó el Señor gravemente á unos soldados que habian profanado el templo en que estaba su sagrado cuerpo, el cual se halló en el arca donde estaba puesto de rodillas, como pidiendo venganza á Dios de aquel sacrilegio; y así en la misma hora murieron todos aquellos soldados de pestilencia. Y porque no hay cosa tan santa que los malos no la echen á mala parte, y de la medicina saquen veneno, estando un predicador del Cármen predicando al pueblo la santidad de Alberto y sus grandes merecimientos, un sacerdote (movido del padre de la envidia) dijo allí públicamente que mentia el predicador, y que todo lo que decia era falso y fingido, y luego al momento delante de todos los circunstantes se le cayeron las entrañas; y conociendo su culpa, pidió con muchas lágrimas perdon al Santo, prometiendo guardarle su dia y ayunar su vigilia, y con esto alcanzó la salud.

Otra vez ciertos clérigos instigados del demonio pretendieron quitar la imágen del Santo que el pueblo reverenciaba, y yendo de noche á ejecutarlo, un paralítico, que habia doce años que no se podia mover, repentinamente sanó, y se opuso á los que iban á der-

ribar la imágen, contándoles el milagro que Dios habia obrado en él; y espantados desistieron de su mal intento.

En la ciudad de Trápani habiendo uno jugado y perdido su hacienda, viendo dos imágenes, una de Nuestra Señora y otra de san Alberto, loco y como fuera de sí, echando mano á la espada fué á la imágen de san Alberto, diciendo: Muchas veces te he llamado, y no me has oido; no te tendré mas por Santo, pues no me has podido ayudar; y tú, María, que eres llamada Madre de gracia, tambien has cerrado á mis ruegos tus orejas; y diciendo esto hirió las imágenes, de las cuales salió mucha sangre; y viniendo del cielo un rayo, hizo ceniza aquel pobre y desventurado sacrílego.

HIMNO.

Mensis Augusti redeunt honores,
Clerus Alberto moduletur, atque
Sacra Carmelus recinat beato
Cantica Patri.
Cum puer septem superasset annos,
More Baptistæ fugiens paternum
Limen, ad sacram properavit almæ
Virginis ædem.
Candido velans humeros amictu,
Maximos cœli meruit favores,
Et potestatem super ima mundi
Regna minoris.
Larva jactato vitreum lapillo
Fregerat lychnum, lacrymas ad aram
Fudit, et junctæ rediere partes
Corpus in unum.
Vicit altricem scelerum juventam,
Atque fallaces Erebi figuras:
Prosperam sortem tulit, et sinistram:
Tempsit honores.
Laus Deo summo, Genitoque Patris,
Spiritui Sancto sit honor perennis,
Et Deum trinum veneremur uno
Semper honore. Amen.

Ya vuelven otra vez de agosto los honores,
Á Alberto exalte, pues, el clero en este dia,
Y el Carmelo tambien con todos sus cantores
Al mismo Padre entone cantos á porfía.
Al cumplir siete años poco menos ó mas,
Su casa abandonó al Bautista imitando,
Y ¿á dónde dirigió sus pasos creerás?
A un convento corrió de María volando.
Con capa blanca Alberto sus hombros cubriendo,
Los mas grandes favores de Dios mereció;
Y sobre de Luzbel potestad recibiendo
Contra su reino y él sin cesar la ejerció.
La lámpara de Alberto, que era de cristal,
Con una piedrecita el demonio rompió;
Que los trozos se unieran formando otra igual
Con sus lloros Alberto ante el altar logró.
Al ardor juvenil, sentina de maldades,
Y al Averno venció sin temer sus furores;
En la prosperidad y en las adversidades
Mostróse siempre igual, sin amar los honores.
Alabanza al Dios sumo y á su Hijo alabanza,
Al Espíritu Santo alabanza tambien;
Á los tres que son uno en suma semejanza
Alabanza y honor eternamente. Amen.

SAN CAYETANO, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES TEATINOS.

La familia de san Gaetano, ó Cayetano, fue una de las mas nobles del Vincentino, en la señoría de Venecia, distinguida por los grandes empleos que obtuvo en la Iglesia y en el Estado, fecunda de

hombres grandes, no menos por la carrera de las armas que por la profesion de las letras en el estado eclesiástico. Además del famoso Gaetano de Tiene, canónigo de Padua, á quien algunos apellidaban el príncipe de los teólogos de su siglo, produjo esta ilustre casa muchos insignes prelados, como tambien grandes capitanes, gobernadores de Milan y vireyes de Nápoles. Nació nuestro Santo el año de 1480, ó en Vincencia, ó en el mismo Tiene, poblacion numerosa perteneciente á su familia, que tomó de ella el nombre ó el apellido. Su padre se llamó Gaspar de Tiene, y su madre María Porta, ambos mas recomendables por su eminente virtud que por su ilustre nobleza. Correspondió su educacion á los deseos de sus virtuosos padres. Deseaba su madre que tambien se viesen Santos en una familia donde ya se habian visto sábios y capitanes; con cuyo piadoso fin, luego que fue bautizado, le puso bajo la proteccion de la santísima Vírgen.

Las inclinaciones del niño muy presto dieron á conocer que el Señor le habia prevenido cási desde la misma cuna con sus mas dulces bendiciones. No parecia posible natural mas blando, semblante mas modesto, ingenio mas brillante, genio mas dócil, ni corazon mas puro y mas derecho. Ya en aquella tierna edad daba bien á entender que solo Dios era el único objeto de sus deseos. Todas las diversiones de su infancia se reducian á ejercicios de devocion, que parecian superiores á su niñez; siendo la mas frecuente, y la que mas le divertia, el representar en su cuarto las sagradas ceremonias que observaba en la iglesia. Á vista de su perfecta sumision y rendimiento á la voluntad de sus padres y de su ayo, le proponian por modelo á la tierna juventud de Vincencia, y considerando aquella su fervorosa devocion y aquella ardiente caridad en una edad que apenas sabe sentir las miserias ajenas, comunmente le nombraban con el epíteto de santo.

Pero aunque los ejercicios de devocion parecian ser toda su ocupacion, y eran efectivamente su principal empleo, no por eso estorbaron los asombrosos progresos que hizo en el estudio de las ciencias humanas. En poco tiempo se hizo hábil filósofo, sábio teólogo, docto canonista, no menos jurisconsulto, estudiando uno y otro derecho en la universidad de Padua, donde recibió los grados de doctor en ambos, y fue reputado por uno de los mas sábios legistas, canonistas y moralistas de su tiempo. Pero así como los ejercicios espirituales no servian de estorbo á los progresos que hacia en el estudio, así tampoco su aplicacion al estudio impedia ni desecaba el fervor de su devocion. Crecia visiblemente cada dia su abrasado amor

de Dios, y no eran menos sensibles los progresos que hacia en su tierna y amorosa devocion á la santísima Vírgen. No podia mantenerse mucho tiempo en el mundo una vida tan pura en siglo tan corrompido. Tardó poco en tomar su partido el santo mancebo; y como el cielo lo tenia destinado para fundar dentro del mismo clero una familia religiosa, abrazó el estado eclesiástico.

Habiendo quedado dueño de sus bienes, por muerte de sus padres, edificó á su costa una especie de capilla ó ayuda de parroquia en el lugar de Rampazò, dotándola con un capellan para consuelo y alivio de sus moradores, que, por distantes de la iglesia parroquial, carecian de asistencia espiritual, y no pocas veces corrian riesgo de quedarse sin misa los domingos y dias festivos.

Estaba tan desterrado el uso de los Sacramentos por el desórden de las costumbres, que apenas se hallaba quien comulgase dos veces al año aun entre los que vivian mas arreglados. Renovóse el fervor con el ejemplo de nuestro Santo. Su devocion, su modestia, su asistencia á la oracion y su frecuencia de Sacramentos, todo en un jóven de aquel mérito y de aquella distincion, bastó para reformar las costumbres, y para que toda la ciudad mudase de semblante.

Por el deseo de imbuirse en el espíritu eclesiástico, y de perfeccionarse mas en él, emprendió un viaje á Roma, con determinada resolucion de hacer en aquella ciudad una vida retirada y escondida, empleándose únicamente en los mas bajos ejercicios de humildad. Pero no le valió; porque su insigne virtud, acompañada de su grande reputacion, le descubrieron luego, dándole á conocer por lo que era. Quiso verle el papa Julio II, y reconociendo en él señales muy visibles de un extraordinario mérito y de una eminente santidad, que algun dia podian ser muy útiles al bien de la santa Iglesia, le mandó que se quedase en la corte. No era este precepto acomodado á la inclinacion de Cayetano, que suspiraba siempre por la soledad, para vacar en ella á solo Dios; pero le fue preciso obedecer. Y no queriendo el Papa que estuviese tan escondida aquella brillante antorcha, le dió un oficio de protonotario participante. No alteró su fervor ni su espíritu de recogimiento el aire de la corte. Habia en Roma una congregacion, llamada *del Amor divino*, y fundada en la iglesia de San Silvestre, cuyo instituto era encender los corazones en el fuego del amor de Dios, y apagar en ellos los incendios del amor profano. Luego que Cayetano fue recibido en esta piadosa Congregacion se conoció renovarse en ella el celo y el fervor, que iban decayendo; restablecióse el uso de los Sacramentos, y se palpó la segu-

ridad y la abundancia del fruto, cuando se predica con el ejemplo.

Todos estaban impacientes por ver promovido á los sagrados órdenes á tan santo como celoso ministro; y aunque él mismo por una parte deseaba con ardor el sacerdocio, por otra se estremecia su humildad solo con pensar en la santidad del ministerio. Sosegó el Papa su inquietud, y dispensándole en los intersticios, le hizo recibir en tres dias festivos todos los órdenes sagrados, hasta el sacerdocio *inclusive*. No habia memoria de que en mucho tiempo se hubiesen visto servidos los altares con tanta pureza y con tanto fervor. Comunmente se decia que Cayetano en el altar era un serafin, y en el púlpito un apóstol. Muerto el papa Julio, solo suspiró por el retiro. Renunció el oficio que tenia en la corte, juntamente con la prelatura que estaba aneja á él, determinado á emplearse única y enteramente en el ejercicio de buenas obras. Luego que se restituyó á Vincencia, se alistó en la Congregacion de san Jerónimo, formada sobre el modelo de la del *Amor divino*, pero compuesta solo de oficiales y de gente popular. No lo llevó á bien su familia; mas el Santo habia tiempo que estaba muerto á todos los réspetos humanos. Habiendo nacido, por decirlo así, con un amor como ingénito á la pobreza evangélica, profesaba cierta pasion particular á los pobres, que iba creciendo al paso que su virtud. Y no pudiendo ceñirse su caridad á los estrechos límites de aquella Congregacion, se extendia á todos los pobres y enfermos de la ciudad, sin que alguno se escapase al vigilante cuidado de su caritativo celo.

Era su director un santo religioso de la Órden de santo Domingo, cuya principal ocupacion era moderar los excesos de su fervor, y reprimir las demasías á que le inclinaba su insaciable sed de humillaciones y de abatimientos. Su continua asistencia en los hospitales, y aquella su fervorosa ansia de servir siempre á los enfermos mas asquerosos, renovó el espíritu de la caridad, cási apagado en el corazon de los ciudadanos. Á ejemplo de san Cayetano, tanto plebeyos como nobles competian á porfía en la asistencia de los pobres enfermos; de manera que dentro de pocos dias aquellos mismos hospitales, de donde algunos dias antes parecia estar desterrada toda gente de alguna distincion, pasaron de repente á ser las casas mas frecuentadas de toda la ciudad.

Pero mayor teatro iba disponiendo el cielo á la especiosa caridad de nuestro Santo. Ordenóle su prudente director que pasase á Venecia, y Cayetano obedeció sin dar oidos á su inclinacion, ni á su repugnancia. Lloró Vincencia la falta de tan virtuoso operario; pero Vene-

cia, á donde ya se habia adelantado la fama de su nombre, celebró su dicha, y le recibió con extremada alegría. Mudó de lugar, mas no mudó de inclinacion ni de ejercicio. Escogió para su habitacion el hospital nuevo; hizo tanto bien en él, así por la asistencia á los enfermos, como por el buen órden que entabló en aquella casa recien fabricada, que sin dificultad se le llamó su verdadero fundador. Á esto se siguió la reforma general de las costumbres, y la conversion de muchos pecadores; fruto todo de sus frecuentes exhortaciones y de sus santos ejemplos. Á vista de tantos prodigios se persuadió el director de Cayetano que no era suficiente campo á su celo el de una ciudad particular, y que sin duda le destinaba el cielo para servir á la Iglesia universal con modo mas dilatado y mas glorioso. Con este pensamiento le envió á Roma, donde se unió mas estrechamente que nunca con los principales miembros de la Congregacion del *Amor divino*. Éranlo Juan Pedro Carrafa, obispo á la sazon de Teati, vulgarmente llamada Tieti, que despues fue papa con el nombre de Paulo IV; Pablo Consigliere, de la ilustre casa de Ghisleri, y Bonifacio de Cola, gentil hombre milanés. Con estos virtuosos personajes estrechó amistad nuestro Santo; y conferenciando con ellos sobre los medios de reformar muchos abusos, y de remediar la relajacion que se habia introducido en el estado eclesiástico, resolvió fundar una Religion de clérigos reglares, tomando por modelo la vida de los Apóstoles.

Era el intento grande, y ardua verdaderamente la empresa; pero llenos de confianza en la pureza de su intencion, acudieron al papa Clemente VII, suplicándole les admitiese la dimision de sus beneficios y de sus empleos, y pidiéndole su proteccion para la ejecucion de un pensamiento que consideraban tan útil á la universal Iglesia. Tuvo el Papa gran dificultad en todo, pero principalmente en consentir que Carrafa renunciase su obispado; y los cardenales la tuvieron mucho mayor en aprobar un Instituto que no solo se despojaba de todo género de fondos y de rentas, como los religiosos Franciscos, sino que obligaba á todos los que le profesasen á no pedir limosna de modo alguno, abandonándose total y enteramente á la divina Providencia. Pero así Carrafa como Cayetano representaron con tanta energía y solidez la conformidad de esta manera de vida con la que habian profesado los Apóstoles y los primeros discípulos de Cristo, que obtuvieron, en fin, la aprobacion de aquel admirable Instituto, que en estos últimos tiempos renueva el espíritu y el mas perfecto desasimiento de los primeros siglos de la Iglesia. El dia, pues, 14 de setiembre del año de 1524 san Cayetano y sus tres ilustres compa-

ñeros, despues de haber renunciado todos sus bienes, cuya mayor y mejor parte tocó á los pobres, hicieron sus votos en la iglesia del Vaticano en manos de Mons. Juan Bautista Bonciano, obispo de *Caserta*, datario apostólico y diputado del Papa para esta tierna funcion. Su Santidad habia ya aprobado con grandes elogios el nuevo Instituto bajo el nombre de Clérigos reglares, en una bula expedida en 24 de junio del mismo año de 1524. Despues que hicieron sus votos eligieron por superior á Carrafa; y porque el Papa quiso absolutamente que mantuviese siempre el título de obispo de Teati, los nuevos religiosos se llamaron *Teatinos*, conservando despues este nombre, que tomaron de aquella ciudad.

Como el celo de aquellos varones apostólicos tenia por primer objeto remediar la indevocion y la ignorancia en los eclesiásticos, el desórden de las costumbres en los legos, la negligencia del culto divino en las iglesias, y la poca aficion á la frecuencia de Sacramentos en todos, fue el fin de su Instituto, lo primero, restaurar la pureza de costumbres, el amor al estudio, la circunspeccion y el porte arreglado en el cuerpo de la clerecía; lo segundo, extinguir en él la codicia, y renovar el desinterés, amoldándole al espíritu y á la perfeccion de la pobreza apostólica; lo tercero, restituir la decencia y aun la magnificencia á los templos, resucitando al mismo tiempo aquel espíritu de respeto y de religion que debe animar todas las ceremonias exteriores de la Iglesia; lo cuarto, purgar el púlpito ó la cátedra de la verdad de las bajezas, de los abusos y de las profanidades que se habian introducido en ella; lo quinto, perseguir en todas partes las nuevas herejías, asistir á los enfermos hasta la sepultura, y acompañar los reos al suplicio.

Así Roma como toda Italia experimentaron luego los efectos de aquel admirable Instituto cuya alma era nuestro Cayetano. Atraidos del olor de su virtud y de la de sus compañeros, acudieron muchos á alistarse en la nueva Religion, comenzándose á llamar Teatinos, no solamente los que la profesaban, sino todos aquellos eclesiásticos devotos que hacian vida algo mas ejemplar. Concurrió tanto número de pretendientes, que fue preciso buscar otra casa mas espaciosa; y así se establecieron en el monte Pincio, de donde el año siguiente les obligó tambien á salir la violencia de las tropas del Emperador, despues que tomaron á Roma por asalto. Saquearon la casa, y maltrataron á los Padres; pero sobre todo á san Cayetano, á quien dieron tormento por instigacion de un soldado que, habiéndole conocido en Vincencia, le suponia ahora tan poderoso como enton-

ces. Despues de tan crueles pruebas salió de Roma descoyuntado todo el cuerpo, con sus compañeros, todos con el Breviario debajo del brazo, vestidos de unas pobres sotanas; y habiéndose embarcado en el puerto de Ostia, dieron fondo en Venecia. Recibiólos la Señoría con veneracion, y los alojó en San Nicolás de Tolentino; pudiéndose decir que aquí nació segunda vez aquella sagrada familia.

Concluidos los tres años del gobierno de Carrafa, sin atender á los ruegos ni á las lágrimas de Cayetano, fue electo por superior de una Congregacion que le reconocia por su fundador y por su padre. Los cuidados del nuevo empleo en nada disminuyeron sus desvelos por el alivio de los pobres extraños. Era la misma su asistencia á los hospitales; pero nunca resplandeció mas su ardiente caridad, nunca se hizo admirar mas de todo el país que en la peste que trajeron los navíos de Levante.

En todas partes eran asombrosos los frutos de su celo, sostenido con la opinion general de su virtud. Luego que se dejó ver en Verona, donde desgraciadamente se habia introducido la discordia en el cuerpo de la clerecía, introdujo en él la tranquilidad juntamente con la reforma. Enviado á Nápoles de órden del Pontífice para fundar en aquella ciudad una casa de su Religion, aceptó el sitio y alojamiento que le dió el conde de Opido; pero nunca le pudo reducir á que admitiese los fondos y las rentas que le señalaba, alegando ser contrario á la perfeccion de pobreza que habia profesado. Los frutos de la nueva fundacion fueron los mismos en Nápoles que habian sido en Roma, en Venecia y en Verona. En todas partes donde estaba Cayetano entraba con él la reforma de las costumbres, y mudaba de semblante el pueblo, el clero, la nobleza y los magistrados.

El papa Paulo III, que sucedió á Clemente VII, elevó á la púrpura á Juan Pedro Carrafa; lo que añadió mucho lustre á la nueva Congregacion. Mientras tanto nuestro Cayetano, no menos atento á conservar la pureza de la fe que á restituir la santidad de sus costumbres en fuerza de su vigilancia, descubrió en Nápoles tres herejes disfrazados, que con el especioso sobrescrito de virtud y de reforma sembraban en aquella ciudad las perniciosas novedades del luteranismo. Viéronse obligados á retirarse de ella Valdés, Mártir y Ochin, porque no quisieron convertirse; y aquella gran ciudad debió al celo de nuestro Santo la dicha de preservarse del contagio de la herejía. Á impulsos de su mismo celo se vió precisado á repetir muchos viajes á Roma, á Venecia y al Vincentino, con suceso igualmente feliz en todas partes, sin que en medio de tantas agitaciones se al-

terase un punto su recogimiento interior, su devocion particular ni su penitencia. Antes bien, con sus ocupaciones parece que crecia el tierno amor que profesaba á Jesucristo y á la santísima Vírgen. Abrasado en él su corazon, nunca pronunciaba el dulce nombre de Jesús sin añadir el de María.

Entrando en la iglesia de Santa María la Mayor la vigilia de Navidad para pasar en ella la noche, luego que se puso en oracion se le dejó ver el Niño Dios en el mismo estado que tenia al tiempo de su nacimiento. Estrechóle en sus brazos la santísima Vírgen, y al punto le pasó á los de Cayetano, cuya alma quedó como inundada en consuelos celestiales; pero de una manera inefable, segun él mismo lo declaró. Despues de este insigne favor parecia no vivir ya ni alimentarse sino del fuego del amor divino, cuyos incendios le salian continuamente al semblante. Perpétuamente maceraba su carne con un santo rigor, y nunca se quitaba el cilicio sino para despedazarse á azotes con disciplinas de hierro, pasando muchas veces noches enteras en estos sangrientos ejercicios. Su ayuno era continuo; ninguna ocupacion exterior interrumpia su íntima union con Dios; y alguna vez se le vió seis y siete horas seguidas en oracion extático é inmoble. Pero aunque estos favores parecian elevarle á una condicion superior á la comun de los mortales, no por eso le hacian insensible á las calamidades públicas. Afligíanle sobre todo las persecuciones de la Iglesia, despedazada con las nuevas herejías. Hacia incesantes oraciones, imponia ayunos á sus hijos; y es verosímil que el vivo dolor que le causaban los males públicos le abrevió los dias de la vida. Con los milagros que obraba crecia cada dia mas la opinion de su santidad. Rompiósele un hueso cerca del talon á uno de sus religiosos, y se le formó una postema tan perjudicial que los cirujanos determinaron cortarle la pierna. Rogóles san Cayetano que dilatasen la operacion hasta el dia siguiente, y pasó una parte de la noche haciendo oracion en el cuarto del enfermo. Acabada esta, quitó la venda del pié, besó la llaga, hizo sobre ella la señal de la cruz, y cuando acudieron los cirujanos por la mañana para hacer su peligrosa operacion, hallaron el pié tan sano como si jamás hubiera padecido cosa alguna.

Habia mucho tiempo que la salud de nuestro Santo se iba debilitando visiblemente, sin que por eso desmayase su fervor, hasta que arruinada en fin al peso de sus apostólicos trabajos y de sus grandes penitencias, cayó mortalmente enfermo. Quiso el médico que se acostase en un colchon; pero el Santo exclamó luego: *Mi Salvador espiró en una cruz; bueno será que á lo menos muera yo sobre la ceniza.*

Con efecto, en este estado de penitencia, recibidos los últimos Sacramentos, y habiendo exhortado á sus hijos á que nunca sufriesen la menor relajacion en la perfeccion de su Instituto, entregó dulcemente su espíritu al Criador en Nápoles el dia 7 de agosto del año de 1547, á los sesenta y siete de su edad, y á los veinte y tres de la fundacion de su Órden. Enterróse el santo cuerpo con grande solemnidad en su iglesia de San Pablo de Nápoles, donde se conserva hasta en el dia de hoy con la mayor veneracion. Por los grandes milagros que obró en vida, y por los que se aumentaron despues de su santa muerte, el papa Urbano VIII le beatificó en el año de 1629; y en el de 1673 el papa Clemente X, precediendo las formalidades acostumbradas, le canonizó y puso en el catálogo de los Santos. Cada dia se está experimentando lo mucho que puede con Dios san Cayetano; siendo el mejor testimonio las maravillas que obra el Señor por su intercesion. Á ella debieron en el año de 1660 los serenísimos Elector y Electriz de Baviera su hija primogénita María Ana Victoria, que casó despues con el señor Delfin; y en reconocimiento de este beneficio la señora Electriz envió á cuarenta casas de Padres Teatinos un niño de plata, como se ve en su iglesia de París y en las de Italia.

La Misa es en honor de san Cayetano, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beato Cajetano confessori tuo apostolicam vivendi formam imitari tribuisti; da nobis, ejus intercessione et exemplo in te semper confidere, et sola cœlestia desiderare. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que á tu confesor el bienaventurado san Cayetano le concediste que imitase la vida de los Apóstoles, concédenos que asistidos de su intercesion, y animados con su ejemplo, pongamos siempre en Vos toda nuestra confianza, y solamente suspiremos por los bienes celestiales. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabarémos? porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no

Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ni puso su esperanza en los tesoros del dinero. Despues de tanto tiempo que se corre en busca de este precioso metal, y que los hombres se fatigan en vano sin ganar otra cosa que inquietudes, ansias, disgustos y remordimientos, ya parecia mas que razon que se desengañasen de sus ilusiones, y que descubriesen la inanidad de ese fantasmon en quien tantos idolatran. Es la codicia una enfermedad que coge á un mismo tiempo el corazon y la cabeza; es una especie de frenesí de que sanan pocos. ¡Qué digno de lástima es el que se deja tiranizar de tan infame pasion! Ya; ¡si á lo menos el avariento fuese liberal con aquel Señor de quien recibimos todos los bienes de la vida! Pero la avaricia no solo es un vicio propio de las almas bajas, eslo tambien de los corazones poco cristianos. El avariento siempre es tan mezquino con Dios, como lo es consigo mismo. Hace poca impresion la miseria ajena en aquel que solo ama su dinero. En todos es vil y despreciable la avaricia; pero en ninguno mas odiosa que en aquellos que por su profesion, segun el lenguaje del Apóstol, no debieran conocerla, ni aun de nombre: *Avaritia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos.* ¿No es compasion que unos hombres consagrados al ministerio de los altares, que solo debieran aspirar por su estado á la herencia del Señor, se dejen arrastrar por la pasion de que otros les hereden sus sórdidos ahorros, al mismo tiempo que tantos pobres les están pidiendo de justicia las rentas de aquel patrimonio suyo que puso en sus manos la piedad de los fieles? ¿No es esta aquella loca vanidad que con tanta razon contó el Profeta en el número de las abominaciones que se cometen en el templo? ¿No es aquella pobreza de entendimiento, aquella ridícula locura que, como dice el Sábio, causa horror, y se hace insufrible á todo hombre de razon? ¡Que unas personas que el mismo Dios separó del monton de las demás, poniéndolas aparte y escogiéndolas como para sí, intimándolas que su reino no es de este mundo, se hayan de ocupar solamente en todo lo que puede contribuir al engrandecimiento de su familia! ¡que unos hombres cuya renta se compone toda de las rentas de los fieles, y á quienes muchas veces no les da el altar lo suficiente para su manutencion, se hayan de

negar á sí mismos lo mas necesario para dejar á sus sobrinos, y tal vez á los extraños, con que sustentar lo supérfluo! Hombres, cuya sórdida avaricia la llevan representada en la indecencia del vestido; hombres mas hambrientos de su estipendio que el seglar mas codicioso; hombres siempre mas y mas duros con los pobres, no menos que consigo mismos; ¡qué no hacen para ahorrar y para ganar en todo! Pero ¿qué fin llevarán en tan ruin como vergonzosa economía? Ningun otro que el de aumentar á costa suya un capital de que ellos no se han de aprovechar, y solo ha de servir para fomentar la profanidad de los que están deseando su muerte, pareciéndoles que ya tarda demasiado el verse dueños de sus infelices ahorros.

El Evangelio es del capítulo VI *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nemo potest duobus dominis servire: aut enim unum odio habebit, et alterum diliget: aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire, et mammonæ. Ideo dico vobis, ne solliciti sitis animæ vestræ, quid manducetis, neque corpori vestro, quid induamini. Nonne anima plus est quam esca: et corpus plus quam vestimentum? Respicite volatilia cœli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea, et Pater vester cœlestis pascit illa. Nonne vos magis pluris estis illis? Quis autem vestrum cogitans potest adjicere ad staturam suam cubitum unum? Et de vestimento quid solliciti estis? Considerate lilia agri quomodo crescunt: non laborant, neque nent. Dico autem vobis, quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est sicut unum ex istis. Si autem fœnum agri, quod hodie est, et cras in clibanum mittitur, Deus sic vestit, quanto magis vos, modicæ fidei? Nolite ergo solliciti esse, dicentes: Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? Hæc enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis. Quærite ergo primum regnum Dei,

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Ningnno puede servir á dos amos; porque ó aborrecerá al uno, y amará al otro, ó sufrirá al uno, y al otro le despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por tanto os digo no seais solícitos de lo que habeis de comer para mantener vuestra vida, ni de con qué habeis de vestir vuestro cuerpo. ¿Por ventura la vida no es mas que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del aire, las cuales no siembran, ni siegan, ni llenan las trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mas precio que ellas? ¿Quién de vosotros puede con todo su discurso añadir un codo á su estatura? y ¿por qué tomais cuidado por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Con todo eso os digo, que ni Salomon con toda su gloria está vestido como uno de ellos. Pues si Dios viste de ese modo el heno del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No querais, pues, tener pena diciendo, qué comeremos, ó qué beberémos, ó con qué nos vestirémos; porque semejantes cosas son las que procuran los gentiles.

et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.

Sabe, pues, vuestro Padre que teneis necesidad de todas estas cosas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y tendréis todas estas cosas sin buscarlas.

MEDITACION.

De la confianza en Dios.

Punto primero.—Considera que todos, por decirlo así, seríamos todopoderosos, si nuestra confianza en Dios fuera viva, constante y perfecta. Fáltanos lo que habemos menester, solo porque nos falta la fe. Son desatendidas nuestras peticiones, y nuestras oraciones son ineficaces, porque es poca ó ninguna nuestra confianza en Dios. Los sábios del mundo cuentan con su prudencia; los ricos con su oro; los jóvenes con su edad; los robustos con su salud; pareciéndoles que estos son firmes y sólidos fundamentos. Tiénese toda la confianza en el favor de los grandes, en la autoridad de los protectores, en el número de los amigos, de suerte, que parece estamos persuadidos á que para nada hemos menester á Dios, con quien apenas se cuenta. Cada dia experimentamos la insuficiencia y la infidelidad de las criaturas, sin que por eso se disminuya la confianza que colocamos en ellas. No por eso nos desengañamos, ni dejamos de volver á apoyarnos en aquellas mismas cañas que tantas veces se doblaron, y tantas se hicieron pedazos en nuestras manos. ¿De dónde nacerá que confiemos tan poco en aquel Señor, cuyo poder es inmenso, infinito, y cuya fidelidad tenemos tan experimentada? ¿de dónde nacerá que estando como naturalmente sembrada esta virtud en nuestros corazones, como se nota aun en los mas impíos, los cuales en los peligros grandes, en los accidentes repentinos levantan las manos al cielo, imploran la proteccion de Dios con cierto indeliberado movimiento; de dónde nacerá que no obstante este natural instinto nos cuesta tanto trabajo el colocar en el Criador toda nuestra confianza? Como esto es absolutamente ajeno de toda razon, no es posible señalar alguna de ello. Lo único que se puede decir es, que jamás hemos considerado las muchas que tenemos para hacer todo lo contrario; que es mucha nuestra falta de fe, y mayor la del amor á nuestro Dios; y que nuestra conciencia nos está continuamente reprendiendo nuestra tibieza, nuestra ingratitud y nuestra infidelidad. No cesamos de desagradar á Dios, de desobedecer su voluntad, de menospreciar su ley y sus preceptos; esto es lo que debilita y lo que

enteramente apaga nuestra confianza en el Señor. Desconfiados de su bondad acudimos á cualquiera otro; y si, despues de haber experimentado la insuficiencia ó la infidelidad de las criaturas, recurrimos al Criador, lo hacemos por fuerza ó por desesperacion, y aun entonces con duda y con desconfianza. ¡Á vista de esto nos admiramos, y aun nos quejamos de que el Señor no nos oiga! Antes bien seria una especie de milagro si viéndonos en esta disposicion nos alargara su benéfica mano.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que verdaderamente es muy extraña la contradiccion que se observa entre nuestra fe y nuestra conducta. Todos estamos convencidos de que Dios es el autor y el orígen de todos los bienes, y que á sola su bondad debemos todos los dones que recibimos y todos los que esperamos recibir; pues ¿en qué consiste nuestra falta de confianza? Parece que no es posible inspirárnosla mayor, cuando solamente nos pide esta misma confianza para obligarse á asistirnos en todas nuestras necesidades. *Credite quia accipietis*: creed que recibiréis lo que me pidiéreis, y estad seguros de que sin otra diligencia lo recibiréis. Empéñanos Dios su palabra; esta es la mayor fianza de todo lo que nos promete; ella sola ciertamente debiera bastar para hacer inmoble nuestra confianza; despues de esta seguridad parecia inútil por parte de Dios cualquiera otra precaucion. Con todo eso, como la obligacion del juramento se reputa entre los hombres por mayor y mas sagrada que todas las demás, quiso el Señor añadir esta obligacion á su palabra, para que estuviésemos mas ciertos, dice san Pablo, de la inmutable firmeza de sus promesas. ¿Serán ya menester otras pruebas? ¿serán menester motivos mas poderosos, razones mas fuertes para despertar nuestra esperanza, para asegurar nuestra confianza, y para resucitar nuestra fe? ¿No es gran dicha nuestra que por acomodarse Dios á nuestra flaqueza se digne jurar por nuestro amor? ¿Pudiera darnos mayor prueba de la sinceridad con que desea concedernos todo lo que nos promete? *O nos beatos*, dice Tertuliano, *quorum causa Deus jurat! ô miserrimos, si nec Deo juranti credimus!* ¿Cuál, pues, debe ser la firmeza de una confianza asegurada sobre tantas obligaciones? ¿Qué tranquilidad y qué calma no deben producir en nuestros corazones unas esperanzas tan bien fundadas? ¿Cómo es posible que haya todavía accidentes que nos espanten, pérdidas que nos desesperen, revoluciones que nos asusten, teniendo á un Dios que nos ofrece y nos asegura su proteccion y su asistencia? Con todo eso, es mucha verdad que la des-

confianza y el temor reinan cási universalmente en los corazones.

Estoy, Dios mio, tan persuadido á que velais sobre los que confian en Vos, y á que nada puede faltar á quien espera en Vos todas las cosas, que estoy resuelto á dejar desde aquí adelante en manos de vuestra providencia todas mis inquietudes y todos mis cuidados. Podrán los hombres despojarme de los bienes y de la honra; podrán las enfermedades debilitarme las fuerzas; podré yo mismo ser tan infeliz que pierda vuestra gracia por el pecado; pero jamás perderé la esperanza, conservaréla hasta el último momento de mi vida; en vano procurarán arrancármela los mayores esfuerzos de todos los demonios del infierno: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*

JACULATORIAS. — No, Señor, nunca seré confundido, porque invoqué tu santo nombre. (*Psalm.* xxx).

Confié, Señor, en tí, y no seré confundido eternamente. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Dios mio, como yo esté junto á tí, decia el santo Job, yo desafiaré osadamente á todos mis enemigos: *Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me.* No permitas que me aparte de tu lado, y ninguna cosa será capaz de alterar mi confianza. Todo está lleno de lazos y de escollos; vivimos en un país enemigo; en el mismo trono nacen las adversidades y las cruces; dentro de nosotros mismos tenemos un manantial inagotable de miserias y de disgustos; los males han inundado toda la tierra. Con todo eso, por espantoso que sea este diluvio de enfermedades, de males y de miserias, no me espantarán, Dios mio, exclama el Profeta, porque tú estás conmigo: *Non timebo mala, quoniam tu mecum es.* Tengamos esta gran confianza en Dios, y presto serémos asegurados. Pobre viuda, sin arrimo, sin proteccion, cargada de familia, y acaso tambien de deudas, abatida, despreciada, perseguida, acude á Jesucristo, pon en él toda tu confianza, y él será seguramente tu asilo, tu protector y tu apoyo. Infeliz oficial, que no tienes á quien volver los ojos en el mundo, acude á Jesucristo con entera confianza, y en él lo encontrarás todo. *Numquid non ego melior tibi sum, quam decem filii?* Ten en Dios una confianza sin límites, sin medida, y en todos cuantos accidentes desgraciados te sucedan clama luego con los discípulos: *Domine, salva nos, perimus.* Señor, si tú no me salvas, perezco. No confies en los amigos, ni en tu industria; y aunque no debes omitir aquellos medios que dicta la

prudencia humana, siempre has de contar con la asistencia del cielo.

2 La divina Providencia, dice san Francisco de Sales, solo dilata su socorro para avivar mas nuestra confianza. Si no siempre nos concede nuestro Dios lo que le pedimos, es porque quiere tenernos cerca de sí para que le instemos, le estrechemos, le importunemos haciéndole una amorosa violencia : confiar en Dios cuando nos llena de consuelos, de prosperidad y de abundancia, cualquiera lo sabe hacer ; pero arrojarse enteramente en sus brazos entre las borrascas y las tempestades, eso es propio de sus hijos. Pon en práctica esta importante máxima ; cuando te suceda alguna cosa molesta, difícil, peligrosa, éntrate en tu cuarto, arrójate á los piés del Crucifijo, y poniendo toda tu confianza en la bondad del Salvador, implora su gracia y su asistencia. Evita en cuanto te sea posible todo aire de tristeza, de desesperacion y de queja que muestre desconfianza ; y el mismo espíritu de confianza has de procurar inspirar á tus hijos y á toda tu familia. Vuelvo á decir que solo con tener fe seríamos en cierta manera todopoderosos.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES CIRIACO, diácono, LARGO Y ESMARAGDO, CON OTROS VEINTE, en Roma; los cuales padecieron en el dia 16 de marzo en la persecucion de Diocleciano y Maximiano. El presbítero Juan dió sepultura á sus cuerpos en la via Salaria, y el papa san Marcelo los trasladó este dia á la heredad de Lucina en la via Ostiense: últimamente llevados á Roma fueron depositados en la diaconía de Santa María en la via Lata. *(Véase su historia hoy).*

SAN MARINO EL VIEJO, en Anazarbo en Cilicia, quien en tiempo del emperador Diocleciano y del presidente Lisias fue azotado, colgado de un palo y despedazado ; y últimamente echado á las fieras, acabó su martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES ELEUTERIO Y LEÓNIDES, los cuales quemados alcanzaron la corona del martirio.

SAN HORMISDAS, mártir, en tiempo del rey Sapor, en Persia.

SAN EMILIANO, obispo, en Cizico en el Helesponto, al cual el emperador Leon hizo padecer muchos trabajos por causa del culto de las imágenes, y finalmente murió desterrado.

SAN MIRON, obispo, en Creta ó Candía, esclarecido en milagros.

SAN SEVERO, presbítero y confesor, en Viena de Francia, quien deseando propagar el Evangelio, emprendió la larga peregrinacion desde la India á aquella ciudad, en la cual con su predicacion y milagros convirtió una gran multitud de infieles á la fe de Jesucristo.

SAN CIRIACO, LARGO Y ESMARAGDO, MÁRTIRES.

Luego que el emperador Diocleciano asoció en el imperio á Maximiano Hercúleo, que habia nacido en Sirmich el año de 286, y luego que llegó á Roma el nuevo Emperador, deseoso de acreditar su reconocimiento á su insigne bienhechor con alguna demostracion correspondiente, le regaló con un magnífico palacio para el uso de sus baños, que desde los cimientos hizo levantar á su costa, el que despues se llamó *las Termas de Diocleciano*, y siempre se reputó por el mas bello monumento de la magnificencia romana. Siendo todo el empeño del nuevo César lisonjear el gusto del viejo Diocleciano, conoció no podia hacerle lisonja mayor que perseguir cruelmente á los Cristianos, á quienes él profesaba tambien un furioso odio personal. Y considerando que la sangre de los Mártires, en vez de exterminarlos, parecia fecundo riego que multiplicaba su número, resolvió perseguirlos con otro nuevo género de suplicio, tanto mas cruel, cuanto mas prolongado, á cuya sorda violencia consumiéndose en la oscuridad, se extinguiria el nombre cristiano en todo el ámbito del imperio. Ordenó, pues, que aquel soberbio edificio se erigiese á costa del sudor de los Cristianos, y á todos los condenó á que trabajasen en aquella obra.

Era espectáculo verdaderamente digno de la admiracion del cielo ver aquel prodigioso número de Confesores de Cristo cavar los cimientos, acarrear la tierra, llevar el agua, arrastrar piedras de enorme corpulencia, y todo esto sin el menor alivio; pues como el fin era que todos pereciesen, apenas se les daba el sustento preciso para mantenerse. Con razon se puede decir que aquel soberbio edificio fue obra del sudor de los Mártires; y acaso por eso, habiendo perecido tantos otros, ya por los incendios, ya por la voracidad del tiempo, este solo se conserva hasta el dia de hoy, convertido en una suntuosa iglesia con la advocacion de Nuestra Señora de los Ángeles, que poseen los ejemplares Padres Cartujos.

Durante esta persecucion habia en Roma un caballero llamado Trason, cristiano oculto y hombre poderoso, que compadecido de lo que padecian los Santos, determinó socorrerlos y aliviarlos en sus miserias. Pareciéronle muy á propósito para instrumentos de su generosa caridad Ciriaco, Largo y Esmaragdo, cristianos celosos, y todavía encubiertos, á quienes habia reservado el cielo para consuelo de aquellos pobres y afligidos fieles. Comunicóles su intento, y les

encargó el cuidado de llevar sus limosnas á los Cristianos que trabajaban en aquel edificio. Era comision peligrosa, y nuestros Santos conocian muy bien todo su riesgo; pero el celo y la caridad los animó á encargarse de ella. Mezclábanse intrépidamente entre aquellos ilustres Confesores; socorrian con liberalidad sus necesidades; y aprovechándose diestramente de la ocasion, animaban su desaliento, y los alentaban á la perseverancia. Informado de su valor el papa san Marcelino, quiso ver á nuestros Santos; y reconociendo la eminente santidad de aquellos héroes cristianos, ordenó de diácono de la Iglesia romana á san Ciriaco para proporcionarle que pudiese tambien atender mas eficazmente á las necesidades espirituales de los fieles.

Elevado á la nueva dignidad, dió todo el lleno al sagrado ministerio. No le cedian en celo y en fervor Largo y Esmaragdo; por lo que muy en breve todos tres recibieron el premio de su caridad y de sus trabajos. Cogiéronlos de repente cuando iban cargados de víveres y de limosnas para repartirlas entre los Cristianos, y conducidos á la cárcel, fueron condenados á trabajar con ellos en las Termas.

Es inexplicable el gozo de nuestros Santos cuando les intimaron la sentencia. Pareciales que ya tardaba el dichoso momento en que habian de tener parte en las fatigas y miserias de tantos confesores de Jesucristo; aumentando su alegría la esperanza de coronar los trabajos y la vida con la gloria del martirio. Con el ansia de conseguir esta gracia eran cada dia mayores los esfuerzos de su caridad y de su fervor. Luego que se vieron mezclados entre aquella santa y venerable tropa de siervos de Dios, fue todo su anhelo aliviar á todos el trabajo, y cargarse en gran parte del que tocaba á cada uno en particular. No solo cargaban con el cuezo para llevar la tierra, y arrastraban el carro para portear las piedras, sino que en viendo alguno de sus hermanos, ó sin fuerzas por la vejez, ó desmayado por la debilidad, ú oprimido con el peso, al punto se le echaban á cuestas, y tomaban de su cuenta la labor que les correspondia. Llevaba á cuestas una pesada carga Saturnino, uno de los santos confesores, no menos venerable por su virtud que por su respetable ancianidad, y abrumado con el peso muy superior á sus débiles fuerzas, caia en tierra á cada paso. Viéronlo nuestros Santos, y al instante acudieron á los ministros del Emperador, sobrestantes de la obra, suplicándoles tuviesen á bien que ellos hiciesen el trabajo que se habia encomendado á aquel buen viejo, pues era visible que no podia con él.

Admiró á los mismos ministros una caridad tan heróica, y no aca-

baban de ponderar su asombro al ver la modestia, el agrado y el anhelo con que aquellos héroes se empeñaban en aliviar á sus hermanos. Pero notando sobre todo aquella alegría con que se mostraban insensibles á tan insoportables trabajos, llegaron á creer que alguna fuerza y virtud sobrenatural les infundia espíritu. Dieron parte á Maximiano de su admiracion y del motivo de ella en lo general de los Cristianos; pero exaltaron sobre todo la heróica caridad de Ciriaco, Largo y Esmaragdo. Oyólos el bárbaro Príncipe, y como solo se distinguia por el implacable cruel odio que profesaba á la religion cristiana, léjos de ablandarse con la relacion de una caridad tan pocas veces vista, esta misma noticia le hizo entrar en mayor furor, y dió órden de que prontamente los tres santos Confesores fuesen encerrados en un oscuro calabozo para ser condenados al último suplicio. Afligiólos mucho esta determinacion, porque ni podian aliviar, ni les era posible repartir los trabajos con sus amados hermanos.

Pero no queria el Señor dejar largo tiempo sepultada en la oscuridad una virtud tan benéfica. Acudieron á nuestros Santos algunos ciegos; y habiéndolos abrazado san Ciriaco, hecha sobre sus ojos la señal de la cruz, al punto recobraron la vista. Corrió la voz de esta maravilla, concurrieron muchos enfermos á la cárcel; y queriendo el Señor premiar su fe, todos fueron oidos. Ninguno dejó de cobrar la salud del cuerpo, y con ella la del alma.

Llegó hasta el palacio del Emperador la noticia de estos milagros á tiempo que una hija de Diocleciano, llamada Artemia, á quien su padre amaba tiernamente, estaba poseida del demonio, que la atormentaba con la mayor crueldad. Quiso verla Diocleciano, y las violentas contorsiones que la obligaba á hacer el espíritu maligno le sacaron las lágrimas de los ojos, atravesándole el corazon, sin tener valor para ver por mas tiempo aquel triste espectáculo: despedazábase el cuerpo, daba bramidos, y gritaba sin cesar que solo se podria ver libre de aquel enemigo por la virtud de Ciriaco, diácono de los Cristianos. Suspendió por entonces el Emperador todo el furor que tenia contra ellos, y mandó que al punto fuesen puestos en libertad Ciriaco y sus dos compañeros, y que les suplicasen de su parte tuviesen á bien el librar de aquel trabajo á su querida hija. Moviéronse á compasion los Santos viendo el lastimoso estado de la Princesa, y haciendo oracion por ella, mandó Ciriaco al demonio que al momento dejase libre el cuerpo de aquella criatura. *Obedeceré*, respondió el espíritu maligno, *porque no puedo resistir á la omnipotente virtud de*

Jesucristo; pero solo saldré de esta posada para ir prontamente á tomar otra en la corte de Persia.—Nada harás, replicó Ciriaco, *que no sea para tu confusion, y que no ceda en mayor gloria del Cristianismo*. En el mismo punto la doncella quedó libre de los demonios; porque arrojándose á los piés del Santo, le declaró que creia firmemente en Jesucristo, y que queria ser cristiana; resolucion que por algun tiempo se le ocultó al Emperador, el cual reconocido al servicio de Ciriaco mandó que le diesen una casa en Roma.

Al mismo tiempo se halló poseida del mismo demonio la hija del rey de Persia, llamada Jobia, y quiso Dios que continuamente clamase no se podria librar si no venia á sanarla el diácono Ciriaco, que estaba en Roma. Amaba el Rey con extremo á esta hija; y atravesado de un vivísimo dolor al verla padecer tanto, no queriendo omitir diligencia alguna para su remedio, despachó un embajador al Emperador, suplicándole que le enviase á Ciriaco sin perder un instante de tiempo. Deseaba el Emperador complacer al rey de Persia, porque así lo pedian los intereses del Estado, y se le dió órden á Ciriaco para que al instante se pusiese en marcha con el embajador, permitiéndosele que llevase consigo á sus dos compañeros. Hicieron por mar parte del viaje; y saltando en tierra, no fue posible hacerles admitir el equipaje que se les daba para su comodidad. Caminaban todos tres á pié con sus bordones en las manos, sin dispensarse de sus acostumbradas penitencias, ayunando todos los dias, cantando alabanzas al Señor, y en fin como tres apóstoles.

Luego que llegaron á la corte del rey de Persia, quedaron gustosamente sorprendidos, viendo al Monarca postrado á sus piés, y pidiéndoles con lágrimas que tuviesen lástima de su querida hija. Prometióle Ciriaco que como él mismo quisiese creer en Jesucristo, su hija seria libre del demonio, y juntamente con la fe recibiria una perfecta salud. Todo lo ofreció, y todo lo cumplió el Príncipe. Hizo oracion nuestro Santo: mandó al demonio que dejase libre aquella doncella; obedeció al instante; y así el padre como la hija se convirtieron, recibiendo el Bautismo con mas de cuatrocientos gentiles.

El tiempo que se detuvieron los Santos en la corte de Persia no solo sirvió para confirmar en la fe á los nuevos cristianos, sino para obrar cada dia nuevas maravillas, y hacer nuevas conquistas para Jesucristo. Embarcáronse cuarenta y cinco dias despues para restituirse á Roma, donde tenia dispuesto el Señor coronar muy en breve sus trabajos. El emperador Diocleciano los dejó vivir en paz; y ya se dejan discurrir los grandes bienes que harian entre los fieles aque-

llos héroes de la Religion. Pero habiendo salido Diocleciano á visitar algunas provincias del imperio, y creciendo cada dia mas el odio y el furor de Maximiano contra los Cristianos, mandó prender á nuestros Santos, con órden á Carpasio de que no perdonase á medio alguno para reducirlos á sacrificar á los dioses; y en caso de resistirse, que ellos mismos fuesen sacrificados.

Causóles tanto horror la mera proposicion que se les hizo de que renunciasen á Jesucristo, y se mostraron tan indignados, que no se pasó adelante en apretarlos mas; y sustanciando brevemente su proceso, fueron sentenciados á muerte. Pero como Ciriaco no cesase de predicar á Jesucristo, ni de publicar que los mentidos dioses del imperio eran verdaderos demonios del infierno, mandó el juez que le echasen pez hirviendo sobre la cabeza; tormento que sufrió con heróica paciencia: y prosiguiendo en confesar y en alabar á Jesucristo, le extendieron en el ecúleo, y quebrantaron sus huesos á palos, sin que en este suplicio se le oyese mas que exclamar continuamente: *Jesús mio, mi soberano dueño, tened misericordia de mí, pecador miserable, é indigno de la gracia que me haceis de padecer por la gloria de vuestro nombre*. Su constancia asombró á los mismos paganos, y noticioso de todo Maximiano, mandó que se ejecutase la sentencia, y que se cortase la cabeza á Ciriaco, Largo y Esmaragdo, juntamente con otros veinte Mártires que tuvieron parte en la misma corona; y sucedió su martirio el dia 16 de marzo del año 303. Fueron sepultados sus cuerpos en la via Salaria ó en el camino de la Sal, que en algunas partes se llama *el Camino saludable*. Los de san Ciriaco, Largo y Esmaragdo poco tiempo despues fueron trasladados por el papa san Marcelo, sucesor de san Marcelino, á una heredad de cierta señora cristiana, llamada Lucina, en el camino de Ostia, á un buen cuarto de legua de la ciudad; y como esta traslacion se hizo el 8 de agosto, la Iglesia escogió este dia para celebrar su fiesta.

LA BEATA JUANA DE AZA, MADRE DEL PATRIARCA SANTO DOMINGO DE GUZMAN.

De la nobilísima familia de Aza, enlazada varias veces con la casa Real de Castilla, nació la beata Juana, dignísima madre del gran padre y patriarca santo Domingo de Guzman. Fueron sus padres don García Garcés, señor del condado de Aza, ricohombre y alférez mayor de Castilla, mayordomo mayor, ayo y tutor del rey D. Alfon-



so IX, y D.ª Sancha Bermudez de Trastamara, linajes esclarecidos, singularmente el de Aza, enlazado por línea masculina, y hoy dia existe en el de los duques de Peñaranda, condes de Miranda. Nació nuestra Beata antes de la mitad del siglo XII; y segun las mas exactas averiguaciones vió la primera luz en la villa de Aza, archiprestazgo de la diócesis de Osma en Castilla la Vieja, lugar del cual sus antepasados tomaron el apellido, habiendo sido sus fundadores. Los rasgos de virtud que en ella se vieron, la santa prole que dió al mundo, y la gloria con que el Señor en vida y despues de su muerte quiso exaltarla, dan muy bien á conocer que le cupo una alma buena y llena de todas las disposiciones necesarias para las obras justas y perfectas; á cuyos dones correspondió con aquella mayor exactitud que exigia de la misma la gracia, que la previno con tantos y tan singulares favores.

Verdaderamente nada se sabe de cierto acerca de las acciones virtuosas que ilustraron los primeros años de la vida de esta gran sierva de Dios; siendo igualmente muy poco el conocimiento que se tiene, á lo menos en particular, de las que formaron el curso entero de su vida. Ocupados sin duda los historiadores antiguos en describir las acciones asombrosas del tercero de sus hijos, el gran patriarca santo Domingo, creyeron sin duda que con ellas ya preconizaban la santidad de la madre, y que no podian dejarnos mayor elogio de la beata Juana que el decirnos que fue madre de un tan grande Santo; imitando en esto á los sagrados Evangelistas, que formaron todo el elogio de María santísima con decirnos que de ella nació nuestro divino Redentor: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.*

No obstante lo expuesto, las pocas noticias que los referidos historiadores nos han dejado escritas de la beata Juana, son bastantes para justificar la fama gloriosa de santidad con que siempre ha sido aclamada desde tiempos muy cercanos á su muerte hasta los nuestros.

Apenas cumplió los años de la edad oportuna, fue unida en matrimonio con D. Félix Ruiz de Guzman, señor de la villa de Caleruega, cuya memoria vive entre los historiadores antiguos y modernos, atribuyéndole los honrosos dictados de *piadoso*, de *religioso* y de *venerable*. De este tronco de nobleza, santidad y virtud fueron fruto dichoso tres hijos, segun la comun opinion. El primogénito D. Antonio se dedicó al estado eclesiástico, ordenándose de sacerdote: D. Manés, Mamés ó Mamerto se llamó el hijo segundo de nuestra Beata, el cual se hizo discípulo de su hermano menor, vistiendo el hábito en el Órden de Predicadores. El hijo tercero fue el

grande patriarca santo Domingo. Así, pues, esta familia tan ilustre y tan virtuosa verificó en su dignísima madre lo que dijo el apóstol san Pablo: *Si el primer fruto es santo, lo es tambien la masa; y si la raíz es santa, tambien los ramos.* (Rom. xi, 16).

Por mucho empero que los dos primeros hijos Antonio y Manés puedan suministrarnos luminosos indicios de las sobresalientes virtudes que adornaban el alma de su madre nuestra beata Juana, con todo su tercer hijo Domingo nos presenta una prueba nada equívoca de su santidad heróica. En efecto, este glorioso Patriarca con su santa vida, con sus costumbres sin mancilla, y con sus acciones prodigiosas, sirvió de argumento y prueba incontrastable á los historiadores para evidenciar la perfeccion y santidad de vida de la dichosa madre que le dió el ser.

Corria el año de 1169, y muy contenta nuestra beata Juana con los dos hijos que el Señor le habia dado, cuando en uno de aquellos sueños ó raptos misteriosos, en que enajenados los sentidos está dispierto y vigilante el espíritu, movido é iluminado por Dios para que conozca los misterios de su divina voluntad, parecióle á la beata Juana en una vision que habia concebido, y que lo que llevaba en su vientre era un cachorro que tenia en la boca una hacha encendida, el cual saliendo de su seno materno iluminaba y pegaba fuego á todo el mundo. No se puede afirmar que el Señor revelase claramente á la beata Juana los altos arcanos que en aquel misterioso sueño se comprendian; con todo parece no puede dudarse que, si no en un todo, á lo menos en gran parte le fueron revelados aquellos divinos misterios con el interior lenguaje de aquella gracia que, segun dice uno de los historiadores, comenzó á visitarla despues de haber concebido.

Animada la sierva de Dios con el referido celestial favor con que se la habia prevenido á esperar alguna cosa grande de su parto, suplicaba al Señor con humildes y fervorosas oraciones que se dignase llenar las esperanzas que le habia hecho concebir, dirigidas á su mayor honra y gloria. Al mismo fin emprendió una novena al glorioso santo Domingo, abad de Silos, de la Órden de san Benito, cuyo monasterio dista poco de Caleruega; y prolongando, segun el uso de aquellos tiempos, sus piadosas oraciones hasta muy entrada la noche, en la séptima se le apareció visiblemente el santo Abad, rodeado de celestiales resplandores, y le dijo: «Que daria á luz un hijo, el cual «no solo seria un Santo, sino que reformaria el mundo con su ejem«plo, predicacion y doctrina; que seria celosísimo de la honra de

«Dios, de grande utilidad á la Iglesia, varon de extraordinario ta-«lento y muy raro en virtudes.» Alegre con tan fausto anuncio, y cumplida la novena, se restituyó nuestra Beata á Caleruega á esperar con amorosas ansias el cumplimiento de tan señalado vaticinio.

Llegado finalmente el tiempo de salir ya al mundo aquel fruto de tan alegres anuncios y lisonjeras promesas, nació el santo patriarca Domingo en 24 de junio del año 1170, dia dedicado al precursor san Juan Bautista; y teniendo muy presente la devota madre la aparicion y las seguridades que le habia dado el santo abad Domingo de Silos, quiso que su hijo se llamase Domingo, en veneracion del fausto vaticinio y de la revelacion de los divinos misterios que se habia dignado manifestarla. Apenas volvió el santo niño en brazos de su madrina D.ª Veneranda con la comitiva al palacio de su madre, despues de haber sido lavado en las aguas santas del Bautismo, nuestra beata Juana observó en un exceso de su mente y vió resplandecer en la frente de su hijo Domingo una muy brillante estrella. El comun de los autores de la vida de nuestro santo Patriarca refieren haber sido observada la vision sobredicha, no por la madre, sino por la referida noble matrona que sacó de pila al santo niño, siendo el beato Jordan el único que nos dejó escrito el suceso en la manera arriba expresada. El erudito P. Echard, queriendo concordar la diferencia de los escritores, dice que la vision sobredicha de la estrella luciente en la frente de Domingo se manifestó no solo á su madre la beata Juana, sino tambien á la dama que le sacó de pila en el Bautismo, fundando su discurso en lo que dice Humberto en el capítulo 4.º: *Visionem etiam matri spirituali trahit.*

Libre nuestra Beata de las incomodidades del parto, y ansiosa de ofrecer al Señor aquel fruto santo de su vientre, se dirigió al monasterio de Silos, y suplicó al abad Pascasio que celebrase á su intencion en el altar del santo abad santo Domingo el santo sacrificio de la misa. ¡Oh prodigio! Al volverse el sacerdote celebrante á decir: *Dominus vobiscum*, mudó y dijo mirando al niño Domingo: *Ecce reformator Ecclesiæ.* Recobróse el ministro, y queriendo repetir las palabras *Dominus vobiscum*, pronunció de nuevo impulsado de superior espíritu: *Ecce reparator Ecclesiæ*, sin que, por mas violencia que se hiciese á sí mismo en pronunciar por tercera vez las palabras de la liturgia, pudiese detenerse ni dejar de repetir las palabras proféticas sobredichas.

Excitada de un modo inexplicable la gratitud de la beata Juana, pensó que el medio mas proporcionado para manifestarla era el de

procurar con todas sus fuerzas formar en su hijo Domingo un hombre segun el corazon de Dios. Por tanto, sin reparar en incomodidades y fatigas, determinó criar al santo niño por sí misma, alimentándole en sus pechos. Apenas esta piadosa madre acabó de criar á Domingo, comenzó á insinuar en su tierno corazon las máximas de Religion y de virtud que le habia ya comunicado con la leche, las que iba fomentando mas y mas á medida que iba creciendo en edad. ¡Oh, con qué esmero procuró no omitir práctica alguna de las virtudes cristianas, singularmente de las que correspondian á su estado! Así es, que aun el niño Domingo no sabia cási mover los piés para andar por sí solo, cuando, á imitacion de los piadosos ejemplos de la buena madre, habia aprendido ya el frecuentar los templos, y á ejercitarse en el culto divino. Con todo, llena la santa Beata de una desconfianza, creyó que debia asociar á sus cuidados maternos á alguno que, á juicio suyo, supiese mejor que ella cumplir tan sagrados deberes. Tenia á la sazon esta dichosa madre un hermano sacerdote, arcipreste en Gumiel de Izan, sujeto adornado de todas las virtudes y de santas y admirables costumbres. Cerrando, pues, los ojos nuestra Beata á las inocentes delicias del amor materno, entregó su santo hijo al referido su hermano, para que le educase, cuando aun no habia cumplido los siete años de su edad. Cuando llegó á los quince, con el consentimiento de su esposo lo envió á Palencia, para que en aquella universidad se instruyese en las humanidades y estudios sagrados.

La piadosa accion del santo jóven Domingo, que en una extrema carestía vendió no solo todos sus libros, sino tambien todos sus muebles, para socorrer las necesidades de los pobres en la ciudad de Palencia, la dejó escrita un historiador como una gloria de su madre la beata Juana, de cuyas entrañas sacó el ser á la vida, y con ella la compasion á los prójimos. En efecto, esta gran sierva de Dios era tan compasiva con los pobres, que hallándose en cierta ocasion ausente su esposo, no satisfecha con haberles distribuido cuantiosas limosnas, les fué despues repartiendo una cuba de vino generoso, regalando con él á los pobrecitos enfermos. Al volver de su viaje D. Félix á Caleruega, salieron á recibirle sus deudos y amigos, y no faltó quien le refiriese la distribucion del vino hecho por su esposa. En presencia, pues, de toda la comitiva ordenó D. Félix que se sirviese vino generoso á los que le acompañaban. Temerosa la gran sierva de Dios que de excusarse pudiese resultar algun trastorno en la casa, quiso en persona bajar al sitio en que estaba del todo vacía la cuba referida; y puesta de rodillas hizo al Señor la

oracion siguiente: *Señor mio Jesucristo, aunque yo no soy digna de ser oida por mis méritos, dignaos empero oirme por los de mi hijo Domingo vuestro siervo, que tengo consagrado á vuestro divino servicio.* Y levantándose llena de una fe sólida y firme confianza, examinó la cuba, y la encontró llena de un vino preciosísimo; y repitiendo humildes gracias al Señor, regaló con él á su esposo D. Félix y demás que estaban presentes, quienes no pudieron menos de quedar llenos de asombro, y de venerar la santidad de nuestra Beata, en la cual el Altísimo acababa de obrar aquel prodigio.

Esta es la última accion que los historiadores, especialmente del siglo XIII, nos han dejado escrita con distincion de la beata Juana de Aza. La época fija en que pasó de esta vida mortal al eterno descanso es del todo desconocida, en tal manera que ni da lugar á la conjetura para asegurarla; pudiendo solamente calcularse que se verificaria entre los años de 1202 y 1205, segun se deduce de ciertas memorias del monasterio de Uclés. Sábese empero que sus preciosos despojos se depositaron primero en la iglesia parroquial de Caleruega, villa entonces famosísima por los muchos personajes de alta nobleza que vivian en ella, de la cual era señor su consorte D. Félix. De Caleruega fueron despues trasladados á la iglesia de San Pedro de Gumiel de Izan, de monjes Cistercienses, en la cual estaba el sepulcro de los Guzmanes; y finalmente el infante D. Juan Manuel, nieto del santo rey D. Fernando, por la devocion que tenia á la Beata obtuvo que se le concediesen aquellas preciosas reliquias, que fueron procesionalmente conducidas á Peñafiel, cargando sobre sus hombros aquel Príncipe tan sagrado peso, hasta colocarle en la iglesia de Padres Dominicos, que al objeto dicho acababa de fabricar, en donde hasta el presente dia son veneradas.

En todos los sobredichos lugares de Caleruega, Gumiel de Izan, Peñafiel y en los circunvecinos, singularmente en Aza, patria de la dichosa Beata, se han tributado de tiempo inmemorial á sus reliquias los honores que se tributan á los personajes venerables por santidad. Ni faltó el Señor en aprobar con extraordinarios favores y gracias señaladas el sagrado respeto y veneracion de los fieles que han recurrido á su misericordia implorando la poderosa intercesion de su sierva la beata Juana de Aza. Por ella se ha obtenido agua en la sequedad; la langosta de improviso ha sido ahuyentada; las mujeres estériles han obtenido fecundidad, y las embarazadas han visto partos felicísimos; en suma, parece que el Señor depositó en manos de la beata Juana de Aza el tesoro de todas sus gracias, pues basta acu-

dir á ella para obtener remedio en todas las adversidades, y para que se vean consolados cuantos imploran su patrocinio.

La sagrada Congregacion de Ritos, reunida en 27 de setiembre del año 1828, aprobó unánimemente el culto inmemorial de D.ª Juana de Aza, que confirmó en 1.° de octubre siguiente con su apostólica autoridad el santo padre Leon XII, mandando fuese venerada como Beata, segun resulta del decreto de su beatificacion equipolente, expedido en dicho dia. (*Comp. Mem. Hist. sacadas de los procesos*).

La Misa es en honor de la beata Juana, y la Oracion es la que sigue:

Deus, qui beatæ Joannæ famulæ tuæ gratiam supernæ vocationis filii sui Dominici mirabiliter ostendisti: quæsumus, ut ipsam, præmonstratumque filium imitantes, pio utriusque interventu, æterna præmia consequamur. Per Dominum...

Ó Dios, que á tu sierva la beata Juana mostraste de un modo maravilloso la gracia de la soberana vocacion de su hijo santo Domingo; concédenos, te pedimos, que imitando las virtudes de la madre y las del predestinado Hijo, merezcamos por la piadosa intercesion de entrambos alcanzar los galardones eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epistola es del capítulo XXXI *de los Proverbios.*

Mulierem fortem quis inveniet? procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitæ suæ. Quæsivit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non extinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suæ à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragu-

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal, todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de léjos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su fa-

latam vestem fecit sibi: byssus et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit Chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et idebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum: et laudent eam in portis opera ejus.

milia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras: lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió; y dió un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; tambien su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza: la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES.

Levantáronse sus hijos, y llenáronla de bendiciones. No hay mejor testimonio de la virtud de una madre ni panegírico mayor que las bendiciones de los hijos. Este reconocimiento es fruto de la buena educacion que recibieron de ella. Pero ¿son muchos los hijos el dia de hoy que puedan con verdad expresar este reconocimiento? ¿son muchas las madres que dan una cristiana educacion á sus hijos? Apenas nacen los mas cuando los echan fuera de casa. Criados y educados fuera de la casa paterna, miran á sus padres como á extraños, y no es posible los miren de otra manera. Calla en los niños la naturaleza, porque no se la enseñó á hablar; ni en los padres puede ser muy vivo el amor á unos hijos que apenas saben si viven. ¡Y nos admiramos despues de que los hijos salgan tan ingratos, extrañando que las mayores desazones de las familias las causen los mismos parientes! ¿Quién ha de inspirar á un hijo aquella respetuosa docilidad, aquella rendida obediencia, aquel tierno y amoroso respeto á un padre y á una madre que apenas conoce? Todo el amor del niño es al ama que le da leche, pues no conoce á otra madre; no sabe quiénes son sus padres hasta que se lo dicen. Y entonces ¿qué educacion se les da? La que quiere una aya, una criada ó un

ayo desconocido, cuyo genio, inclinaciones y costumbres se ignoran enteramente; gentes muchas veces de pocos alcances y de costumbres perversas. En estos se descansa, y en ellos se descuida de la mas esencial obligacion que tienen los padres, que es la educacion de los hijos. Pero supongamos que los mismos padres sean los mejores maestros para dar á sus hijos una cristiana educacion; los niños mas fácilmente imitan lo que ven, que retienen lo que oyen. Un padre colérico, ¿cómo corregirá las fogosidades y los ímpetus de un hijo mal sufrido? Una madre jugadora, distraida y derramada, ¿cómo inspirará á su hija el debido horror al juego, al desahogo y al esparcimiento? Los hijos, por decirlo así, imponen á los padres una nueva obligacion de ser ejemplares en todo. En un padre de familias no hay defecto que no sea un escándalo; los vicios de los padres son modelos, y no lo son tanto las virtudes. La salvacion de los padres está en cierta manera pendiente de la salvacion de los hijos; son responsables de todos los pecados de estos, que tienen su orígen en la mala educacion. ¿De dónde nacen los espantosos desórdenes de la juventud? ¿de dónde aquella falta de religion? ¿de dónde la licencia de las costumbres, el exceso de impiedad, la escandalosa disolucion? Atribuimos regularmente esos torrentes de maldad y esos desórdenes al ímpetu desenfrenado de la edad y al hervor de la sangre. La causa mas natural y la mas ordinaria es la falta de educacion. No atribuyamos, pues, á otras causas los alborotos de las familias, los desvergonzados desprecios de la autoridad paterna, las descaradas inobediencias y las sangrientas ingratitudes de los malos hijos. ¡Oh, qué cuenta se ha de dar á Dios de esta descuidada educacion! Aquel hombre de vida al parecer arreglada, quizá será condenado porque tuvo hijos perversos y malcriados.

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro: quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas. Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum cœlorum sagenæ

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué, y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echa-

missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione sæculi: exibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

da en el mar, que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los Ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Del cuidado que los padres deben tener de la educacion de sus hijos.

Punto primero.—Considera que no hay obligacion mas esencial á los padres y á las madres que la de dar una cristiana educacion á sus hijos. No es mayor la obligacion de alimentarlos, que la de criarlos bien: son como tutores de sus hijos, especialmente cuando se hallan en edad en que las primeras impresiones que reciben son como los principios ó como la semilla del destino que han de tener eternamente. Con seguridad se puede decir que la salvacion ó la condenacion de los niños pende principalmente de su buena ó mala educacion.

Ningun padre, ninguna madre están dispensados de esta obligacion; pero ¿cuántos hay que se dispensan á sí mismos de ella? ¿cuántos hijos se condenaron por haber sido su mala crianza causa infeliz de su eterna desdicha? Esto es todo lo que debieron á sus crueles padres; pero si la sangre del inocente Abel está clamando á Dios venganza desde la tierra, ¿qué gritos estarán dando desde el profundo del infierno aquellos hijos desdichados, pidiendo á Dios que castigue á sus impíos y desnaturalizados padres, porque con su negligencia, y con su abandono en darles una buena educacion, fueron causa de su eterna desgracia?

Gran pecado es impedir á los hijos que abracen la religion cristiana; pero ¿será, por ventura, menor culpa no cuidar de que los que son cristianos vivan como manda la Religion? Desengañémonos, que la salvacion de los padres y las madres tiene gran conexion con la salvacion de los hijos. Aquel y aquel, arreglados en su porte y en su conducta personal, que serian unos santos, si no tuvieran hi-

jos, serán quizá condenados por el descuido en el gobierno de su familia. Aquella otra mujer seria irreprensible á los ojos de Dios, si no tuviera que responder á su Majestad de los desórdenes de aquella hija, que no cuidó de criarla con recogimiento y con temor de Dios. Helí era un hombre justo por lo que toca á su persona, pero ¿en qué abismo no le precipitó la blanda indulgencia con sus hijos?

No cuidar de ellos, dice el Apóstol, es renunciar la fe, y ser peor que un infiel. El Espíritu Santo no gasta exageraciones. Y ¿será excusa legítima de los padres decir que fiaron este cuidado al desvelo de los ayos, de los maestros ó de los extraños? La atencion de estos no descarga del todo á los padres de su obligacion; porque á lo mas les ayudan á llevar la carga. Los hijos pueden tener maestros; pero los padres tienen obligacion de saber si los maestros cumplen con la suya, y si los educan bien; y aun es mas indispensable la obligacion que los estrecha á darles buen ejemplo. Mas imitan los niños lo que ven que lo que oyen; y por esta razon no hay en los padres accion exterior menos arreglada, que no contraiga la malicia escandalosa.

¡Qué cuenta tan terrible tendrán que dar al Señor aquellos padres tan impíos, y aquellas madres tan poco cristianas, que apenas conocen á sus hijos, segun las pocas veces que los ven; y cuando los ven, parece que solo es para sembrar en sus corazones principios de irreligion con sus perversos ejemplos! aquellos padres, á quienes no da mas cuidado la buena crianza de sus hijos, que si no fueran suyos, y juzgan haber satisfecho bastantemente á su obligacion con darles un maestro de escribir y otro de danzar! ¡Y despues de esto nos admirarémos de que la gente moza salga tan disoluta, y de que la ira de Dios caiga sobre tantos padres negligentes, y sobre tantas madres descuidadas de la salvacion de sus hijos y de sus hijas! Este solo capítulo bastará para hacer desesperar á muchos padres y á muchas madres á la hora de la muerte.

Punto segundo.—Considera que si Dios pide tan estrecha cuenta, como dice el profeta Ezequiel (*cap.* III), á aquellos ministros mudos, ó nímiamente condescendientes, de la sangre del impío, á quien dejaron morir en su iniquidad, ¿qué cuenta pedirá á los padres descuidados en la cristiana educacion de sus hijos, que por esta negligencia fueron causa de su perdicion?

No aguarda Dios á la otra vida para castigarla. Esos trabajos, esas pesadumbres, esos pleitos, esas divisiones que se ven en las

familias, que las arruinan y las aniquilan, frutos suelen ser de la mala crianza de los hijos, y justo castigo con que el Señor se anticipa á dar su merecido á la negligencia de los padres.

No se oyen por todas partes mas que amargas quejas de la desenfrenada licencia de la juventud; clámase contra la general corrupcion de las costumbres; grítase contra la disolucion, contra la irreligion de la gente jóven. Traten los padres de educar cristianamente á sus hijos; no fien este cuidado enteramente á los extraños; autoricen su buena doctrina con sus buenos ejemplos, y presto se verá el mundo reformado. La buena educacion endereza las torcidas inclinaciones del mal genio, auxilia á la naturaleza, y sin ella los mejores talentos son tal vez infructuosos. ¿Qué producirá la mejor tierra faltándola el cultivo? Espinas y abrojos. El mejor natural bastardea, si le falta la educacion. Son los hijos unos depósitos que Dios conconfió á los padres: ¿no es lástima dejar estas tiernas plantas sin cultura? ¿no es crueldad, no es malicia sembrar en esta nueva tierra grano inútil ó pernicioso? Parece que muchos padres solamente lo son para trasplantar sus vicios en sus hijos.

El que no cuida de los suyos, particularmente de sus domésticos, dice el Apóstol, *negó la fe, y es peor que un gentil.* ¿Libraránse de esta nota aquellos padres que apenas ven á sus hijos; aquellas madres que, cuidando únicamente de sus galas, de su tocador y de sus divertimientos, abandonan la educacion de los hijos á merced de los criados?

¿De qué servirá dejar á los hijos muchos bienes sin virtud, y no pocas veces sin religion? Á un hijo malcriado ¿qué honra le dará el mas rico patrimonio? La herencia mas preciosa que se puede dejar á un hijo es la de una buena educacion.

¡Oh Señor! ¡cuántas acusaciones, cuántos remordimientos descubro en mi corazon á la luz de estas reflexiones que acabo de hacer! ¡Qué de descuidos ya con mis hijos, ya con mis criados, ya con mis súbditos, ya con todos aquellos que Vos pusísteis á mi cargo! Dadme tiempo, Señor, y dadme gracia para reparar una negligencia tan culpable con una vigilancia ejemplar y cuidadosa.

JACULATORIAS.—Perdonadme, Señor, los pecados personales que no conozco, y los que, siendo ajenos, hice propios, por haberlos ocasionado mi descuido. (*Psalm.* XVIII).

Hacedme bueno, Señor, para que yo pueda hacer tales á los que Vos pusísteis á mi cargo. (*III Reg.* III).

PROPÓSITOS.

1 Si á los niños se les criara en los principios y máximas de la Religion; si el padre, la madre, y aquellos que los tienen á su cargo, cumplieran con esta obligacion; si se les inclinara á la piedad desde sus mas tiernos años, creceria con la edad el horror al vicio, y seria en ellos como natural el amor á la virtud. Pero ¿qué es lo que se suele aplaudir en los niños? ¿y qué es lo que comunmnnte celebra una madre indiscreta en una hija suya de corta edad? ¿La modestia? ¿la inclinacion á la virtud? ¿el horror al pecado? ¿unos ciertos asomos de piedad y de devocion? Estos debieran ser los frutos de sus primeras instrucciones. Pero ¡ah! que acaso se dan lecciones muy contrarias á aquellas inocentes almas, ó á lo menos ejemplos perniciosos. Celébrase cierto despejo, cierta vivacidad anticipada en los niños y en las niñas; celébranse unos ofrecimientos ó prontitudes atrevidas; celébrase no sé qué airecillo de vanidad, de orgullo y de propia satisfaccion; unos modales desembarazados y demasiadamente libres; una cierta desenvoltura que toca á la raya del descaro, y un gusto fino y delicado á todo lo que sabe al mundo; y apláudese el talle, la voz, la agilidad para la danza; alábanse las galas, las diversiones y las profanidades; y si tal vez se dan algunas lecciones de piedad ó de devocion, y esas muy secas, son únicamente á aquellos hijos á quienes se les destina para la Iglesia ó para el claustro, siendo así que duran mucho las primeras impresiones, y que las primeras lecciones con dificultad se borran: por tanto sean siempre cristianas todas las que dés á tus hijos, procurando acompañarlas con dulzura y con insinuacion; pero desviándote cuidadosamente de cierta ternura excesiva, de cierta demasiada condescendencia, no menos perniciosa á los niños que el excesivo rigor, ó nímia severidad. Nunca se reprende con fruto cuando se reprende con pasion; la destemplanza ó el furor del padre y de la madre son comunmente mas reprensibles que la falta del hijo que se pretende corregir. Y al contrario, una correccion séria, pero sosegada, rara vez se hace sin fruto. Tal vez hay algunas correcciones mudas que son aun mas eficaces. Y en fin siempre se ha de cuidar que en la correccion entre algun motivo de religion y de piedad.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

La vigilia de san Lorenzo, mártir.

San Roman, soldado, en Roma; el cual movido de la fortaleza con que san Lorenzo confesó á Jesucristo, le pidió el Bautismo. Siendo denunciado, despues de azotado con varillas fue degollado. *(Véase su historia hoy).*

El tránsito de los santos mártires Secundiano, Marceliano y Veriano, en Toscana; los cuales en tiempo de Decio, por decreto del presidente Promoto, primero fueron azotados, despues colgados en el potro, despedazados con uñas de hierro, quemados los costados, y últimamente degollados merecieron la palma del martirio.

Los santos mártires Firmo y Rústico, en tiempo del emperador Maximiano, en Verona.

La conmemoracion de muchos santos Mártires, en África, que en la persecucion de Valeriano, exhortados y animados por **san Numidico**, habiendo sido arrojados á las llamas, consiguieron la palma del martirio. Numidico, aunque con los demás fue arrojado á la hoguera, y cubierto con piedras, fue sacado medio vivo, y curado por una hija suya, mereciendo despues por su virtud que san Cipriano le eligiese presbítero de la iglesia de Cartago.

Los santos mártires Juliano, Marciano y otros ocho, en Constantinopla; los cuales, por haber puesto la imágen del Salvador sobre la puerta de bronce, por mandato del impío emperador Leon despues de muchos tormentos fueron degollados.

San Domiciano, obispo y confesor, en Chalons de Francia.

VIGILIA.

Hoy, por ser vigilia del glorioso mártir san Lorenzo, es dia de ayuno, menos que fuese domingo, que entonces se hace en el dia ó sábado antecedente.

SAN ROMAN, SOLDADO Y MÁRTIR.

El mismo dia en que la Iglesia celebra la vigilia de san Lorenzo, hace conmemoracion de san Roman, á quien el ilustre Diácono en medio de sus tormentos convirtió, y recibió la corona del martirio antes que fuese coronado el mismo san Lorenzo.

Era Roman soldado de la guardia del emperador Valeriano, y precisado como tal á hallarse presente á los interrogatorios y suplicios de los Cristianos. Preso san Lorenzo por órden del Emperador, se encargó su custodia á Hipólito y á Roman; este, que era hombre

muy capaz, se vió en precision por su empleo de ser testigo de todo lo que pasó en el martirio del santo Diácono. Examinado Lorenzo por Cornelio, prefecto de Roma, acerca de su Religion y de los tesoros de la iglesia que tenia á su cargo, dió razon de su fe y de su administracion con tanta discrecion y con tanta elocuencia, que todos los circunstantes quedaron admirados. Estaba Roman al lado de nuestro Santo; y comprendiendo mejor que otros la verdad y la fuerza de sus razones, todo lo observaba, y al mismo tiempo hacia aquellas reflexiones que naturalmente nacian de las respuestas y de los discursos del valeroso levita. Mientras tanto, queriendo el cielo convertir á aquel soldado gentil en un generoso campeon de la fe de Jesucristo, iba la gracia moviendo su corazon y alumbrando su entendimiento, hasta que finalmente concluyó, que una prudencia tan superior como la que resplandecia en todas sus palabras, y una constancia tan heróica como la que manifestaba en medio de los mas horribles tormentos, eran sobre todas las fuerzas naturales, y que sin una virtud divina, á que no podia alcanzar toda la naturaleza, no era posible hablar y padecer con aquella grandeza de alma que llenaba de admiracion aun á los idólatras mas obstinados.

Mientras Roman estaba haciendo tan prudentes como sólidas reflexiones, y discurria con tanto acierto sobre los objetos que se le presentaban, quiso el Señor descubrirle sensiblemente, por medio de una singular maravilla, el particular cuidado que tenia de los que padecian por la gloria de su nombre, y la bondad con que les endulzaba los mas crueles dolores en medio de los mas horribles tormentos.

Acababan de extender á san Lorenzo en el potro, que era una especie de banco ó de tablas colocadas sobre cuatro piés de madera á donde se amarraban las cuerdas que tenian suspensos en el aire á los delincuentes. En aquella postura los verdugos despedazaban al Santo con crueles azotes, valiéndose de unas como correas ó ramales de hierro, tan desapiadadamente, que los circunstantes se llenaban de horror; sin que los ojos de Lorenzo destilasen ni una sola lágrima, ni de su pecho saliese un leve suspiro. Horrorizábase Roman de aquella inhumanidad; pero le asombraba mucho mas la serenidad y la constancia del paciente, no pudiendo comprender como un hombre de carne y hueso podia tolerar aquel espantoso suplicio, no solo sin exhalar una queja, sino con visible alegría; cuando de repente vió un Ángel en figura de un hermosísimo jóven, que con un pañuelo

en la mano enjugaba el sudor del santo Mártir y la sangre que corria de sus heridas.

Creciendo su admiracion á vista de tan maravilloso espectáculo, apenas podia dar crédito á sus ojos; y desconfiado de lo mismo que veia, preguntaba á los que estaban cerca de él, si no advertian un jóven no conocido, que secaba el sudor y la sangre de aquel cristiano; pero desengañado de que ninguno le veia sino él, quedó mas asombrado; y concurriendo con el asombro la gracia del Señor, que cada instante era mas eficaz y mas sensible, depuesta ya toda duda sobre el partido que debia tomar, resolvió hacerse cristiano. Acercóse al Santo, declaróle lo que veia, y lo que habia resuelto, y con las lágrimas en los ojos le suplicó que no le abandonase. Llenó á Lorenzo de indecible gozo aquella victoria de Jesucristo y aquella insigne maravilla de la gracia: dióle mil parabienes, exhortóle y alentóle con breves palabras lo mejor que pudo; pero toda la dificultad era bautizar al fervoroso neófito, porque ni habia agua, ni, aun cuando la hubiese, parecia posible administrarle este Sacramento en presencia de tantos gentiles, furiosamente encendidos contra los Cristianos, fuera de que el santo Mártir estaba tendido en el potro, fuertemente ligado de piés y manos, sin apariencia de que le desatasen hasta haber espirado en aquel suplicio. Inquietaba mucho á nuestro Santo esta dificultad en aquellas circunstancias. Por una parte era grande el deseo de verse reengendrado en el agua del Bautismo; por otra el temor de que Lorenzo exhalase en el potro el último aliento, la incertidumbre de hallar otro á quien pudiese recurrir con igual confianza, y sobre todo, el ansia de verse cuanto antes contado en el número de los fieles, le tenia impaciente y sobresaltado. Observaban que de cuando en cuando levantaba los ojos al cielo, se acercaba al santo Mártir, le hablaba al oido, y que andaba inquieto como un hombre que medita un gran designio; cuando la divina Providencia, que vela amorosamente sobre sus escogidos, desató el lance, y le libró felizmente de aquel desasosiego.

Noticioso el Emperador de la constancia de san Lorenzo y de la tranquilidad y aun alegría con que perseveraba en los suplicios, no quiso que se burlase de él. Mandó, pues, que le desatasen, y que le volviesen á la cárcel, reservándole para mas horribles tormentos. No se puede explicar el gozo de Roman al oir esta órden. Afectándose el ministro mas celoso en obedecer al Emperador, retiró á todos los demás, queriendo encargarse él solo de la ejecucion, y ofreciéndose

á llevar al santo Mártir al calabozo. Abrasado entonces en fervorosas ansias de hacerse cristiano, echó mano de una ampolla llena de agua, y encerrándose con el Santo, le suplicó no le dilatase un punto su dicha, difiriéndole el Bautismo. Preguntóle san Lorenzo, si tenia bien considerado el peligro á que se exponia, y si se sentia con valor de confesar á Jesucristo en medio de los mayores tormentos; á que respondió con tanta resolucion y con tan generoso esfuerzo, que el Santo reconoció en el nuevo soldado de Cristo los milagrosos efectos de la gracia. Hallándole, pues, suficientemente instruido, y mucho mejor dispuesto, le bautizó; y abrazándole tiernamente, le exhortó á que se dispusiese para recibir la corona del martirio.

Verificóse muy presto la profecía, porque el nuevo cristiano no pudo disimular su gozo, ni esconder el beneficio que acababa de recibir de la mano de Dios. Fácilmente conocieron todos la conversion de Roman; pues sus palabras, sus modales y todas sus acciones publicaban la Religion que profesaba. Informado el Emperador de esta novedad, reventaba de cólera, y no se pudo contener de mostrar en público su encono y su rabia, al ver que los mas horrorosos tormentos no solo no eran bastantes á alterar la constancia de los Cristianos, sino que servian tambien para que los mismos gentiles abrazasen la fe de Jesucristo. Con todo eso, se quiso instruir por sí mismo de la verdad, y ordenó que Roman fuese presentado ante su tribunal con resolucion de hacer en él un espantoso escarmiento. Apenas nuestro Santo entró en la sala cuando, sin esperar á que le preguntasen palabra, comenzó á gritar con todas sus fuerzas: *Soy cristiano, soy cristiano, y tengo á gran gloria el serlo.*

Entró en furor Valeriano al oir aquella confesion tan valerosa como voluntaria, y mandó que despues de despedazarle á azotes, le cortasen la cabeza. Al punto se ejecutó la sentencia; fue Roman ignominiosamente degradado de los honores de soldado romano, y le despedazaron á azotes como á un vil esclavo.

Rebosaba de gozo y de contento entre aquella espesa lluvia de desapiadados golpes, y no cesaba de clamar: *Soy cristiano, soy cristiano, y es gran dicha mia dar la sangre por la gloria de mi divino Salvador, que antes dió su vida por mi salvacion.* Despues de haberle despedazado el cuerpo, hasta descubrirle los huesos, le cortaron la cabeza el dia 9 de agosto del año de 258, en que el generoso soldado de Jesucristo tuvo la dicha de merecer la corona del martirio. Su cuerpo, que secretamente hurtó un santo presbítero llamado Justino, fue enterrado en una cueva del campo Verano; y en muchas ciudades de Italia y de

Francia es singularmente venerado este gran Santo. Reconócele por su patron, y conserva uno de sus huesos, la ciudad de la Ferte Gaucher en Brié; y la de Luca se gloria de poseer lo restante de sus reliquias.

SAN JUSTO Y PASTOR, MÁRTIRES.

Entre los hechos que acreditan la grandeza de la religion cristiana, y sù superioridad sobre las luces de la humana filosofía, con dificultad se encontrará uno mas grande y decisivo que el martirio de los santos niños Justo y Pastor. Ellos acreditaron con una intrepidez enteramente sobrenatural, que la religion cristiana, léjos de criar ánimos cobardes, eleva las fuerzas naturales á un grado de heroismo á que no es capaz de hacerlas snbir ni el honor, ni la sabiduría, ni ningun motivo criado. Pretendió, pues, engañar al género humano el político Maquiavelo y otros modernos muy semejantes á él en la perversa doctrina, publicando que las máximas del Evangelio son contrarias á la sublimidad de pensamientos y á las obras heróicas. El presente martiririo convence todo lo opuesto; pero es lástima que no hayan llegado hasta nosotros todas las circunstancias, para aprender en ellas los sublimes ejemplos de estos dos santos niños, y conocer hasta dónde se encumbran las grandes operaciones de la gracia. Su historia, deducida de las sacras que trae Surso, y de san Isidoro, de san Ildefonso y otros, es como se sigue:

Por los años del Señor de 295 fue el dichoso nacimiento de san Justo y Pastor, con la diferencia de dos años que este último tenia mas que el primero. Su patria fue Compluto, hoy Alcalá de Henares, ciudad que en aquella primera época del Cristianismo era no menos ilustre por la gran copia de profesores que en ella tenia el Evangelio, que por el gran concepto que merecia á los romanos. Ignóranse los nombres de sus padres; pero se sabe que eran cristianos; y de los efectos que en Justo y Pastor produjo su educacion se infiere que no eran de aquellos tibios que se contentan con el nombre, sino de los fervorosos que honran su profesion con la piedad de sus obras. Criaban santamente á sus hijos, infundiendo en su tierno corazon las máximas del Evangelio. Á esta sazon se habia promulgado la terrible persecucion que Diocleciano y Maximiano levantaron contra la Iglesia de Jesucristo; y entre los crueles ministros que por todo el mundo ponian en ejecucion los edictos imperiales, se distinguia en

España Daciano por lo sangriento, por lo astuto y por lo diligente. Hallábase este presidente en Zaragoza, y despues de haberla regado con la sangre de innumerables víctimas, determinó pasar á Compluto con el intento de exterminar, si fuese posible, el nombre del Crucificado. Apenas llegó á la ciudad con todo el aparato de lictores y demás ministros, cuando al punto resonó en los corazones de los Cristianos el evidente peligro en que se hallaban sus vidas. Divulgóse por toda ella el fin de su venida, que no era otro que hacer las mismas atrocidades que habia practicado en Zaragoza.

Estos rumores llegaron á los oidos de Justo y Pastor, niños el primero de siete, y el segundo de nueve años, que iban á la escuela á aprender las primeras letras, y concibieron el mas alto designio que puede caber en pecho humano. Trataron mútuamente de la grandeza de la Religion, de la impiedad de sus perseguidores, y de cuán conveniente seria aterrar su soberbia con un hecho que á un mismo tiempo animase á los fieles á dar su vida por Cristo, y llenase de vergüenza el alma del tirano. Determinaron presentarse á su tribunal, y desafiarle públicamente, confesando las eternas verdades, y ofreciendo sus vidas en su defensa. Con este consejo, sin ser llamados, se fueron á la casa de Daciano, en lugar de ir á la escuela; y encontrando con sus ministros, les dijeron libremente, que si buscaban Cristianos á quienes atormentar, que allí estaban ellos, que detestaban la vanidad de sus ídolos, y creian en Jesucristo, verdadero Dios, por cuya fe darian gustosamente sus vidas. Quedáronse pasmados los ministros del Pretor viendo en dos niños tan tiernos una determinacion tan valerosa. Dieron cuenta de ello á Daciano, el cual se conmovió todo; y entre los efectos que en él causaron la crueldad y la astucia, dió el lugar principal á los de esta última, precaviendo con arte los daños que podian resultar de un caso tan maravilloso. De luego á luego mandó prenderlos; pero no tuvo por conveniente oirlos en juicio, considerando que la confesion libre y generosa de dos niños tan tiernos podria ser un ejemplo poderoso á confirmar en la fe á los mas provectos, y temiendo que si no llegaba á hacerlos mudar de intento quedaria su maldad vergonzosamente postrada, y su autoridad cubierta de ignominia. Contempló que como niños podrian amedrentarse con un castigo propio de su edad; y así mandó azotarlos, con la esperanza de que este tormento bastaria para hacerles mudar de opinion. Púsose en ejecucion la inícua sentencia; pero al tiempo que el dolor habia de causar algun contraste en las tiernas almas de aquellas inocentes víctimas, fue tan al contrario,

que aquel Dios que hace sábias las lenguas de los niños, movió las suyas para que se confortasen mútuamente con unos coloquios llenos de virtud celestial y de ciencia divina.

«No temas, decia Justo á su hermano Pastor, no temas este tormen«to transitorio: no te acobarden las llagas que causan en tu tierno «cuerpo estos crueles azotes, ni te infunda terror el cuchillo que nos «amenaza; porque si fuésemos tan dichosos que quiera darnos Nues«tro Señor Jesucristo la palma del martirio, recibirémos en la otra vi«da la sublime gloria de que gozan los Mártires, y vivirémos eterna«mente entre los coros de los Ángeles, adornados con inmarcesibles «coronas. Nuestra vida en este mundo habia de ser breve y perecede«ra; pero en el otro gozarémos de una vida eterna, y esa colmada de «interminables delicias.» Á estas santas palabras de Justo contestó su hermano Pastor de esta manera: «Hablas dignamente, ó hermano «Justo, y tus discursos me persuaden la justicia, de modo que tus pa«labras te hacen digno del nombre que recibiste en el Bautismo. Con«vengo con lo que dices, y estimo en nada el derramar la sangre, y el «que nuestros cuerpos sean destrozados por la confesion de Nuestro «Señor Jesucristo, en comparacion de la dicha que tendrémos de ado«rar su divino cuerpo y preciosa sangre en la patria celestial. Cerre«mos los oidos á las piadosas persuasiones de nuestros padres y pa«rientes, caso que intenten apartarnos de nuestro propósito: ni tenga«mos lástima de nuestra tierna edad, ni de nuestra vida, que ha de «tener un fin muy pronto; antes bien démonos priesa para llegar á las «celestiales moradas, en donde pedirémos á Dios perdon de los peca«dos de nuestra infancia, y al mismo tiempo de los que hayan come«tido nuestros padres.» Estos discursos dejaron atónitos á los verdugos, y contuvieron el ímpetu con que sus robustos brazos descargaban azotes. Dieron parte á Daciano de como los santos niños, léjos de intimidarse con la violencia del tormento, sufrian los dolores con un semblante risueño, y se animaban á la constancia con mútuas exhortaciones, en que hacian desprecio de la misma muerte.

Estremecióse Daciano al oir un suceso tan desusado y portentoso, y en medio de su admiracion prorumpió en estas palabras: No son dignos estos de ponerse en mi presencia; porque si llegaren á vencer mis halagos y amenazas unos niños que desprecian igualmente los tormentos y la vida, y el dar culto á los dioses inmortales, ¡qué sucederá despues! Esta reflexion llenó su alma de encono, y para precaver los daños que se temia de tan sublime ejemplo, mandó que los sacasen secretamente de la ciudad, y los degollasen en

el campo. Estaba entonces Alcalá situada en el lugar que hoy dia llaman la Huerta de las Fuentes; y habiendo los verdugos tomado á los dos santos niños, los llevaron al campo Laudable, que es el sitio que hoy ocupa la ciudad referida. Allí, puestas las dos tiernas é inocentes víctimas sobre una piedra, entregaron sus cuellos al sangriento cuchillo que los ministros de la perfidia gentílica no tuvieron horror de teñir mas en leche que en sangre, como reflexiona el autor de las actas de santa Leocadia. Sucedió este martirio en el mismo lugar que ocupa hoy la magistral, en donde se conserva la piedra sobre que fueron sacrificados los Santos, con algunos vestigios de su preciosa sangre. Avergonzado el Pretor de haber ensangrentado sus manos en dos niños inocentes, y conociendo que en aquella ciudad no podria conseguir ventaja alguna á favor del paganismo, se retiró inmediatamente. Con su ausencia tuvieron los Cristianos comodidad para recoger los cuerpos de estos santos Mártires, y tributarles todo el honor que merecia un triunfo tan heróico. Sepultáronlos en el mismo lugar en que habian padecido martirio, en donde edificaron en honor suyo una iglesia con dos altares, uno sobre el cuerpo de Justo, y otro sobre el de su santo hermano. Sucedió este glorioso triunfo en el año segundo de la era de los Mártires, que fue el de 304, el dia 6 de agosto, segun consta del códice Veronense, del oficio muzárabe y de muchos Martirologios.

La iglesia y los altares edificados debieron ser de tan débil materia, que en el espacio de un siglo, no solamente se verificó su destruccion, sino que llegó á borrarse de la memoria de los ciudadanos el sitio dichoso que conservaba un tesoro tan apreciable. Quiso Dios manifestarlo para que los fieles no careciesen del consuelo de poder venerar las reliquias de dos Mártires que tanto honor habian dado á la religion de Jesucristo. Á principios del siglo V eligió la divina misericordia al metropolitano de Toledo, llamado Asturio, por glorioso instrumento de la invencion de los santos Mártires. En un sueño misterioso, no solamente le reveló el lugar determinado que escondia el precioso tesoro, sino que además inflamó su espíritu de unos ardientes deseos de encontrarle. Fuese á Alcalá, y habiendo hecho desmontar las ruinas y escombros que cubrian los dos santos sepulcros, encontró lo que su piedad deseaba. Reedificó de nuevo la iglesia, erigiéndola en silla episcopal, y permaneciendo toda su vida en Alcalá, para no apartarse de donde tenia el iman de su corazon. En la devastacion de los sarracenos los santos cuerpos padecieron varias traslaciones, hasta que últimamente vinieron

á parar á Huesca. En el año de 1567 el piadoso rey Felipe II obtuvo del santo padre Pio V un riguroso decreto, en forma de breve apostólico, en que mandaba al obispo de Huesca que enviase á Alcalá la mitad de los sagrados cuerpos de los santos Mártires. Obedeció el obispo; y habiendo puesto en una preciosa urna reliquias insignes de los santos niños, fueron llevadas con la pompa y magnificencia debida al lugar de su martirio. Recibió Alcalá este precioso tesoro el dia 7 de marzo del año de 1568 con excesivas muestras de devocion y alegría; y habiéndolas colocado en un lugar no menos decente que majestuoso, recibe continuamente las misericordias del Señor por la intercesion de estos santos niños, que son á un mismo tiempo sus ciudadanos y sus patronos.

HIMNO.

Ecce JUSTUS, *ecce* PASTOR,
Ambo juncti sanguine,
Quos piæ fraternitatis
Junxerat germanitas;
Junxit æqualis sacratæ
Passionis unitas.
Hi tamen scholis retenti,
Dum instruuntur litteris,
Audientes quod tyrannus
Intrat urbem persequens,
Illico scholam relinquunt
Et tabellas abnuunt.
Appetunt cursu deinde
Præsidis præsentiam,
Et crucem Christi sequendo,
Corpus armant debile,
Quò triumphos passionis
Expedirent fortiter.
Hoc repente Daciano
Nuntiantes, inquiunt,
Ecce advenire Christum
Profitentes parvulos,
Mortis ultro passiones
Atque cædes perpeti.
Concitans adest hìc præses
Turbidus sævitiam,
Ad suos truces ministros,
Teneantur clamitat:
Fustibus jubens tenella
Dissecari corpora.
Tunc sacratas ambo voces
Alloquuntur invicem:
Tempus est jam temporales
Ferre pœnas corporis;
Quò futuro perfruamur
Gaudio cum angelis.

Hermanos por su sangre esclarecida
Eran ya JUSTO y PASTOR;
Por su piedad hermanos en seguida
De Dios los hizo el amor;
Con igual muerte á Dios dieron su vida
Siendo hermanos por dolor.
Cual niños que eran ambos á la escuela
Ellos van por su instruccion;
Saben que Daciano sangre anhela
Al mover persecucion;
Dejan los libros, padres, parentela
Al punto sin dilacion.
Corren luego con paso presuroso
Á encontrar al presidente;
Siguiendo de Cristo el leño afrentoso,
Toman arma tan potente
Para triunfar del tirano ominoso
Y morir varonilmente.
Se le dice á Daciano sin tardar
Que dos tiernos infantitos
Á Cristo como Dios á confesar
Se atreven á grandes gritos,
Y que ambos están prontos á arrostrar
Muerte y azotes infinitos.
Rabioso el presidente y despechado,
Al oir tal relacion,
En seguida prenderlos ha mandado,
Y azotar sin compasion
Los tiernos infantitos ha ordenado
Por manos de vil sayon.
Entonces en coloquio fraternal
Se dicen JUSTO y PASTOR:
De sufrir el suplicio corporal
Llegó el dia del dolor;
Muramos, y de gozo angelical
Colmarános el Señor.

Audiens mox Dacianus
Martyrum constantiam,
Excitatus in furore,
Dictat hanc sententiam:
Ut perempti ambo fratres
Morte dira intercidant.
Protinus eos furentes
Pertrahunt satellites,
Ad locum campi patentem,
Quem ferunt Laudabilem:
Ense illic verberantur,
Laureantur sanguine.
Laus tibi per omne tempus,
Trinitas indifferens,
Laus, honor, virtusque summa
Singularis gloriæ,
Quæ Deum te sæculorum
Personat per sæcula. Amen.

Al saber Daciano la constancia
De tan tiernos cristianos,
Ordena con furor, con arrogancia,
Que mueran ambos hermanos
De vil y cruel muerte sin tardanza
De verdugo fiero en manos.
Sin perder un momento los soldados
Arrástranlos furiosos,
Llévanlos á unos campos despejados
Do, cual lobos rabiosos,
Se ceban en sus cuerpos degollados,
Muertos pero victoriosos.
Alabanza por tiempos sempiternos
Á la augusta Trinidad,
Alabanza y honor, ambos eternos,
Con toda solemnidad,
Al gran Dios que se digna protegernos
Por su inmensa caridad. Amen.

La Misa es en honor de los Santos, y propia para manifestar la grandeza de su triunfo en su tierna edad.

Deus, lactentium fides, spes infantium, charitas puerorum, qui per innocentum tuorum Justi, et Pastoris laudem cunctos provocas ad salutem: infunde in nobis, quæsumus, puritatem lactentis infantiæ; ut dum sensu justitiæ parvulis adæquamur, in illa remuneratione fidelium cum sanctis pariter gloriemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que sois la fe de los que todavía están mamando, la esperanza de los infantes, y la caridad de los niños, y que por medio de la alabanza de tus santos inocentes Justo, y Pastor, estimulas á todos á conseguir la salud eterna: suplicámoste que infundas en nosotros la pureza de la infancia, para que igualándonos á los niños en los sentimientos de justicia, nos gloriemos con los Santos en la remuneracion que destinais á los que os son fieles. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VII *del Apocalipsis de san Juan.*

In diebus illis: Respondit unus de senioribus, et dixit mihi: Hi, qui amicti sunt stolis albis, qui sunt? Et unde venerunt? Et dixi illi: Domine mi, tu scis. Et dixit mihi: Hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni. Ideo sunt ante thronum Dei, et serviunt ei die ac nocte in templo ejus: et qui sedet in throno, habitabit super illos: non esurient, neque sitient amplius: neque cadet super illos sol, neque ullus æstus; quoniam Agnus Dei, qui

En aquellos dias: Respondió uno de los ancianos, y me dijo: Estos que están vestidos de estolas blancas, ¿quiénes son? y de dónde vinieron? Y yo le respondí: Mi Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son aquellos que vinieron de una gran tribulacion, y lavaron sus estolas, y las emblanquecieron en la sangre del Cordero: por esto están delante del trono de Dios, y le sirven dia y noche en su templo: y el que está sentado en el trono, habitará sobre ellos: no tendrán ya mas hambre, ni

in medio throni est, reget illos, et deducet eos ad vitæ fontes aquarum, et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.

sed, ni caerá sobre ellos el sol, ni otro algun calor: por cuanto el Cordero, que está en medio del trono, los gobernará, y los guiará á las fuentes de agua de vida, y enjugará Dios todas las lágrimas de sus ojos.

REFLEXIONES.

El no considerar los hombres la grandeza y certidumbre de las divinas promesas les hace desconfiar de sí mismos y aumentar la debilidad de sus propias fuerzas, con una cobardía y apocamiento producidos por su desidia. Cuando se fijan los ojos en los hechos grandes que ofrece la historia de los primeros siglos de la Iglesia, no puede menos de complacerse el cristiano al ver que, aunque por el pecado del primer hombre perdió su naturaleza todas sus fuerzas para las obras sobrenaturales, Jesucristo por medio de su poderosa gracia le ha elevado á un grado de poder capaz de desafiar, no solamente á los tiranos, sino á toda la furia del abismo. Causan admiracion tantos esforzados Mártires que renunciaron gustosos á las delicias de la vida y á las opulencias de la fortuna. Los mismos verdugos se estremecian viendo la constancia de un Lorenzo en las parrillas y de un Ignacio entre los leones. Aun el sexo frágil, incapaz en lo humano de dar oidos á otras sugestiones que las del miedo y el terror, se ha visto pendiente en el ecúleo y en la cruz mirar sus llagas con semblante risueño, y reputarse mas venturoso cuando perdia su vida entre indecibles tormentos, que lo seria en el lecho nupcial entre los bienes y delicias del mundo. Pero el espectáculo que nos ofrecen hoy los santos Justo y Pastor es un ejemplar que arredra todos los dichos, y certifica al cristiano de lo mucho que puede, no con sus propias fuerzas, sino con la gracia de Jesucristo. Á la verdad, sorprende el ver á unos niños, en cuyos corazones apenas podian caber otras ideas que las de la diversion y la fruslería, concebir el grande proyecto de sacrificar sus vidas en testimonio de la fe, y con el piadoso designio de que su triunfo animase á los demás fieles, y sorprendiese al tirano. Tan sublimes ideas jamás las produjo el decantado entusiasmo del honor, y mucho menos la severidad de la filosofía. Sola la gracia de Dios, que da al hombre unas fuerzas correspondientes á la omnipotencia de su Autor, y unos pensamientos dignos de la sabiduría infinita, es capaz de hacer semejantes milagros, transformando una naturaleza frágil y miserable, en un ser

grande, magnífico, y al parecer omnipotente. De manera, que solo por este respecto pudiera verificarse lo que dice el Profeta: Vosotros sois dioses é hijos todos del Excelso.

Pero los hombres bien hallados con su miseria, y sin el ánimo necesario para ahuyentar la flaqueza de su corazon, se ciegan voluntariamente para no percibir las obras maravillosas de la gracia. Por el contrario, cuando fijan la vista en los heróicos ejemplos que nos dejaron los Santos, llegan á intimidarse de manera, que se hacen un retrato de los exploradores de la tierra de promision. Todo lo miran con el microscopio de la cobardía, que les abulta portentosamente los objetos. Ven mónstruos, fantasmas y espectros en donde realmente no hay mas que flores y delicias, cuando se mira con una vista que no está enferma. Desengáñate, ó cristiano: la virtud no es otra cosa que el mismo Dios: su ley santa es indistinta de su misma esencia. De consiguiente, la virtud, el bien y las reglas del bien obrar, son para todos las mismas, y para todos inmutables, porque Dios tiene esencialmente este carácter para con todos los hombres. Haces una gravísima injuria á su justicia, á su bondad y á su omnipotencia, si piensas que ha sido distinto con los Mártires, franqueándoles sus gracias y sus promesas de lo que es contigo. El mismo Dios que dió fortaleza á los niños para desafiar y vencer la perfidia de los tiranos, ese mismo Dios está siempre á tu lado protegiéndote con su sombra, y extendiendo su fuerte brazo para que no prevalezcan contra tí tus enemigos, que lo son tambien suyos. Solo se necesita que no pongas óbice de tu parte á sus misericordias; y en tal caso, ni puedes dudar que te franqueará la gran copia de sus gracias, ni que con ellas llegarás á desechar la cobardía, y emprender acciones gloriosas.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Mateo.*

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me, omnes qui laboratis, et onera-

En aquel tiempo respondió Jesús, y dijo: Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra; porque has ocultado estas cosas á los sábios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos

ti estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

MEDITACION.

Sobre la grandeza de la religion cristiana.

Punto primero.—Considera que la divina religion que instituyó Jesucristo es tan noble en sus máximas, tan sublime en sus preceptos, tan verdadera en sus promesas, y en sus efectos tan admirable, que esto mismo acredita su grandeza, y aun á los ojos mas ofuscados se presenta como superior á cuantas religiones ó sectas abrazan los hombres por tenacidad, por malicia ó por capricho.

No se puede dudar que las máximas y leyes de esta Religion sacrosanta son las mas conformes á la razon natural, cuando ésta no se ha dejado corromper de los vicios. La razon natural dicta que el mundo no se pudo hacer á sí mismo, que debe tener un principio sin principio, una causa eterna y omnipotente que le produjo de la nada; en una palabra, que hay un Dios criador. La misma luz natural dicta que á este Dios criador se le debe adorar y servir, que deben obedecerse sus leyes, que deben impetrarse sus gracias, y que nuestros corazones se deben deshacer en acciones de gracias, porque nos dió el ser que tenemos como omnipotente, y nos le conserva como bueno y misericordioso. La misma razon natural nos enseña que una alma libre, espiritual é inmortal, capaz de recibir eternos galardones ó eternos castigos, no puede provenir sino de un Ser infinitamente bueno y justo, que quiso gratuitamente distinguir al hombre de esta manera respecto de las demás criaturas, haciéndole semejante á los mismos Ángeles. La razon natural dicta que un Dios infinitamente bueno debe ser amado sobre todas las cosas, sin permitir que se traspasen aquellas leyes que prescriben su honor y su respeto. Últimamente, dicta la razon natural que el hombre debe amar á sus semejantes procurándoles todos los bienes, y excusándoles todos los males, teniendo por regla fija, no hagas á otro lo que no quisieras que fuese hecho contra tí. Todas estas verdades primeras, que son el cimiento en que estriba la religion cris-

tiana, han sido conocidas de los filósofos gentiles, de manera que en ellas han establecido cuanto se encuentra en sus libros de sólido y verdadero. Pero la religion cristiana ha ensalzado estas mismas verdades, y sacándolas de su esfera las ha dadó el carácter de sobrenaturales, enseñando al cristiano que puede creerlas por motivos superiores á toda la naturaleza, cuales son la suma veracidad de Dios y la infalibilidad de su Iglesia, que son los puntos cardinales de la firmeza y seguridad de nuestra fe.

Si se compara la excelencia de este modo de pensar con los desaciertos que ha adoptado el entendimiento humano, es preciso confesar que la excelencia de nuestra Religion se aventaja tanto sobre las otras, cuanto dista la luz de las tinieblas, el bien del mal, y una criatura infeliz de un Criador eterno é infinito. ¿Qué monstruosidades no adoptaron los gentiles por puntos de religion? ¿Qué criatura, por ínfima y despreciable que fuese, no les mereció el carácter de la divinidad, tributando adoraciones y sacrificios á los insectos mas inmundos y á los entes mas insensibles? Se horroriza la imaginacion cuando se la presentan los mónstruos que adoraron los egipcios, los hombres y mujeres viciosos que tuvieron los griegos por divinidades, y la confusa indiscrecion con que los romanos abrazaron los errores de todo el mundo. Aun se horroriza mucho mas al ver la bajeza é insulsez de sus sacrificios, y la crueldad con que hacian víctimas á los hombres de unas divinidades que eran muy inferiores á ellos. Si se junta á estas consideraciones la reflexion de la suma ceguedad que han debido tener los hombres para llegar á negar un Ser supremo, y hacerse ateistas, se ve mas claramente que la religion cristiana, sobre todas sus preeminencias, tiene el singular privilegio de ilustrar el entendimiento para que no adopte los errores, sino antes bien conozca y abrace las verdades. Así se verifica aquella magnífica promesa que hizo Dios á su pueblo por el profeta Isaías diciendo (*cap.* XLII): *Guiaré á los que están ciegos por un camino que ignoran, y haré que dirijan sus pasos por unos senderos que jamás conocieron; haré que las tinieblas se conviertan delante de ellos en luz, y los caminos torcidos en sendas derechas y seguras.* De esta felicidad gozan los que profesan la religion cristiana, y esta misma felicidad es la que acredita su grandeza.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la religion cristiana no solamente ilustra el entendimiento para conocer las primeras verdades, sino que además dirige la voluntad, prescribiéndola reglas y leyes

santísimas con que conformar sus operaciones, y la inflama para que deteste el vicio y abrace la virtud.

Todos los preceptos de las demás religiones son preceptos de carne y sangre, leyes terrenas que no tienen otro objeto que la adquisicion de bienes temporales, y por legítima consecuencia la depravacion de las costumbres. Así se ve que todos sus héroes son los héroes del vicio, y si tal vez acertaron con alguna virtud moral, como les faltaba la luz verdadera, ó la dirigieron á fines pecaminosos, ó la mancharon con la vanidad y con el amor de sí mismos. Unas veces se les ve robando los Estados; otras tiranizando á sus prójimos; otras convirtiendo en daño de sus semejantes los dones de la naturaleza, y otras, en fin, sacrificando á la vanidad de parecer sábios, políticos y elocuentes la felicidad de reinos enteros. De máximas tan depravadas ningun otro efecto se podia producir que la subversion de los Estados, la infelicidad de los pueblos, y una comun desventura aun en aquellos mismos que procuraban su dicha á costa del daño ajeno. Pero ¿qué felicidad no tendria el mundo, si todos observasen exactamente los preceptos del Evangelio? Mírense atentamente todas sus máximas, y se hallará que todas conspiran á la felicidad de los hombres. Los soberanos son enseñados á mirar á sus súbditos como otros tantos hijos, á procurarles todos los bienes, y á conocer que todo el esplendor y gloria de este mundo pasa como una sombra, y que así como en el nacimiento son iguales los monarcas al hombre mas ínfimo de la plebe, de la misma manera vendrá un dia en que la muerte vuelva á renovar esta igualdad, pero con mas terribles consecuencias. Los vasallos aprenden en el Evangelio, que deben amar, respetar y obedecer á sus reyes y superiores, conociendo que su potestad es de Dios, y que no deben escasear la obediencia ni el tributo á aquellos á quienes con la mayor sumision y obediencia ofreció uno y otro el Hijo de Dios hecho hombre. Además de esto ¡qué fidelidad, qué paz y mútua correspondencia no se encontraria en los matrimonios! ¡Qué honestidad, amor y sencillez no se veria en las mujeres! ¡qué juicio, probidad y entereza no se advertiria en los hombres! ¡qué humildad, docilidad y sumision en los hijos de familia! ¡qué fidelidad, solicitud y esmero en los criados! Y en una palabra, ¡qué union, qué armonía, qué caridad en todos los indivíduos del pueblo cristiano! Léjos de parecer el mundo un confuso cáos, animado del órden seria una mansion de felicidad, en donde todos los hombres vivirian contentos con su suerte, y no menos gozosos de la de sus herma-

nos. Sus virtudes se numerarian por sus acciones, y el nombre de vicio seria una voz desconocida en sus causas y sus efectos.

Esta pintura que parece algo lisonjera es un retrato verdadero de los influjos de las máximas cristianas de las acciones de los hombres, es una consecuencia necesaria de las reglas divinas que estableció Jesucristo, y es una prueba convincente de la sublimidad y grandeza de una Religion que modera las pasiones humanas, hace amable la virtud, y llena la voluntad de un fuego activo para practicarla. Si á esto se llega aquella fuerza sobrenatural que da la gracia para acometer empresas maravillosas, cuales fueron las de todos los Mártires, y singularmente entre todas las de los santos Justo y Pastor, resulta que la religion cristiana es, no solamente grande en sus preceptos, sublime en sus verdades y magnífica en sus promesas, sino sobrenatural y divina en sus obras.

Jaculatorias.—¡Qué grandes son, Dios mio, todas tus obras! ¡Y qué escondidos todos tus pensamientos! (*Psalm.* xci).

Es preciso confesar que toda nuestra Religion es una obra de nuestro Dios, y que de cualquier aspecto que se la mire, es maravillosa á nuestros ojos. (*Psalm.* cxvii).

PROPÓSITOS.

1 Todas las criaturas de que consta este mundo aspectable nos están provocando á reconocer la grandeza y omnipotencia de nuestro Dios. Todas ellas parecen otras tantas lenguas que nos hablan de su bondad, de su misericordia, de su beneficencia y de todos sus atributos. Los cielos, decia el real Profeta, predican la gloria de Dios, y el firmamento mismo nos está anunciando las obras de sus manos. Todo este conjunto de obras maravillosas está excitando al hombre para que tribute á su Hacedor alabanzas continuas. Pero siendo la Religion obra mucho mas maravillosa que la creacion del mundo, y mas provechosa para nosotros que todas las producciones de la naturaleza, se hace preciso concluir, que por este inestimable beneficio debemos emplearnos en continuas acciones de gracias á nuestro Dios. Debemos darle gracias por habernos manifestado tan claramente las verdades en las sagradas Escrituras; por haber empleado su Hijo unigénito en romper la cadena de nuestra antigua servidumbre; por haber instituido una Religion santa, pura, inmaculada y sublime; por haberla confirmado con tantos milagros de su omnipotencia, y últimamente, por habernos dado tantos testi-

gos de su verdad, cuantos son los Mártires que derramaron generosamente la sangre en su defensa.

2 Estas debieran ser las principales ocupaciones de un cristiano, y estos los grandes motivos por que manifestase á Dios su gratitud. Pero ¿son estas las acciones en que ocupas tu vida? ¿Te ha venido frecuentemente al pensamiento dar gracias á tu Dios por el incomparable beneficio de haberte hecho cristiano? Tus gozos, tus complacencias ¿se han manifestado alguna vez por la consideracion de ver que profesas una Religion tan grande y tan segura como es la religion cristiana? Regularmente este pensamiento está muy léjos de los hombres. Dan á Dios gracias porque ha libertado de la enfermedad á un hijo protervo, que será un manantial de penas para sus padres, y una afrenta para el Cristianismo. Se le dan gracias por la conservacion de la vida, por la restauracion de la hacienda, por la obtencion de puestos y dignidades en que peligra la salvacion del alma. Nuestros ojos terrenos apenas saben levantarse del lodo y de la inmundicia que les rodea. Solemos estimar por verdaderos bienes lo que atendida la corrupcion de nuestras pasiones es ocasion de nuestra desventura. Levanta, pues, ó cristiano, las atenciones de tu alma, y fíjalas en tu Dios. Adora con sumision sus obras maravillosas, principalmente aquellas que están ordenadas á la santificacion de tu espíritu, y entre las ocupaciones de tu vida sea desde hoy mas una de las principales el ser á Dios agradecido por haberte hecho profesor de la religion cristiana.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Lorenzo, archidiácono, en Roma, en la via Tiburtina; el cual en la persecucion de Valeriano, despues de haber padecido muchos tormentos, cárcel, diversos azotes con escorpiones, varas y cordeles emplomados, planchas de hierro hechas ascua, por último fue asado vivo en unas parrillas, donde consumó el martirio. Á su cuerpo dieron sepultura los santos Hipólito y Justino, presbíteros, en el cementerio de Ciriaco en el campo Verano. *(Véase su vida hoy).*

El martirio de ciento sesenta y cinco soldados mártires, tambien en Roma, en tiempo del emperador Aureliano.

Santa Asteria, vírgen y mártir, en Bérgamo; padeció durante la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano. *(Era hermana de santa Grata: las dos hermanas dieron sepultura al cuerpo del mártir san Alejandro, y Asteria le dió tambien al de santa Grata).*

La conmemorácion de los santos Mártires, en Alejandría, los cuales en la persecucion de Valeriano por decreto del presidente Emiliano fueron atormentados por mucho tiempo con varios y muy crueles tormentos, y alcanzaron la corona del martirio con diversos géneros de muerte.

Las santas vírgenes y mártires Basa, Paula y Agatónica, en Cartago *(imperando Diocleciano y bajo el presidente Daciano)*.

San Deusdedit ó Diosdado, confesor, en Roma; el cual distribuia cada sábado á los pobres lo que ganaba en toda la semana con el trabajo de sus manos. *(No obstante de ser un pobre trabajador, santificó todas sus acciones con la oracion continua y la penitencia)*.

La aparicion de la bienaventurada Virgen María, llamada de la Merced, en España; bajo cuyo título se instituyó el Órden de la Redencion de cautivos. *(Véase su historia el dia 24 de setiembre)*.

SAN LORENZO, MÁRTIR.

Si España sé gloria de haber dado cuna al ilustre mártir san Lorenzo; si hace Italia gloriosa vanidad de haber sido el teatro de su triunfo, tambien la Francia cuenta entre sus especiales honras la de reconocerle por uno de sus patronos, y entre sus mas estimables tesoros la de poseer una parte de sus preciosas reliquias.

Nació san Lorenzo hácia la mitad del siglo III, en Huesca [1], ciudad de España, en el reino de Aragon. Su padre se llamó Oroncio, y su madre Paciencia; ambos celosos y fervorosos cristianos, de piedad tan ejemplar, y aun de virtud tan eminente, que la iglesia de Huesca celebra solemnemente su fiesta el dia 1.° de mayo, siendo en ella su memoria de singular veneracion. Padres tan virtuosos y tan santos necesariamente habian de dar á su hijo la mas cristiana educacion. Correspondió á ella Lorenzo admirablemente, tanto por la noble belleza de su índole, como por la docilidad de su genio, y por una inclinacion como nativa á todo lo que era virtud. Los rasgos que mas le caracterizaron desde la cuna, fueron la inocencia de costumbres, y un sobresaliente amor á la pureza, Admiróse desde luego en él un corazon noble, intrépido y generoso; pero sobre todo se hacia universalmente distinguir aquel tierno y aquel encendido amor á Jesucristo, que ninguna cosa fue capaz de entibiar ni de disminuir. Animado del celo de la Religion, resolvió desde sus

[1] Diferentes pueblos de España reclaman el honor de haber sido gloriosa cuna del mártir san Lorenzo. Valencia, Zaragoza, y aun la villa de Lloret en Cataluña, contradicen las pretensiones de Huesca. La ciudad de Córdoba, no sin datos muy atendibles, fundados en antiguos documentos, reclama tambien el mismo honor. Los doctos no han decidido todavía esta cuestion.



mas tiernos años emprender el viaje á Roma, considerándola como el verdadero centro de ella. Tardaron poco en descubrir el mérito y la elevada virtud de aquel extranjero jóven los fieles de la capital del mundo. Pero el que mas los sondeó y los admiró fue el pontífice san Sixto, que acababa de ser sublimado á la silla de san Pedro; y encantado tanto como asombrado de la inocencia y de los raros talentos que reconoció en nuestro cristiano héroe, le confirió los órdenes sagrados, y con ellos la dignidad de arcediano, como lo afirman san Agustin y san Pedro Crisólogo; empleo que le constituia el primero de los diáconos de la Iglesia romana. La nueva elevada dignidad, léjos de engreirle, solo sirvió para hacerle mas fervoroso, mas celoso y mas humilde. Era ministerio propio del arcediano el dar la Comunion al pueblo cuando el Papa celebraba el divino sacrificio, y tambien estaba á su cargo la custodia del tesoro de la Iglesia; es decir, de los vasos sagrados, de las vestiduras sacerdotales y de los caudales destinados al sustento de los ministros, y al socorro de los pobres. Lo primero pedia una santidad sobresaliente en el ministro, y lo segundo una prudencia, una vigilancia superior y un desinterés á toda prueba en el tesorero.

No bien habia comenzado nuestro Santo á ejercitar con aplauso universal las funciones de uno y otro ministerio, cuando se levantó contra la Iglesia el fuego de la persecucion mas horrible; siendo su empeño nada menos que borrar del mundo hasta la memoria del nombre cristiano, anegándole en la sangre de los fieles.

El emperador Valeriano, que en el concepto de los gentiles estaba reputado por un príncipe humano, apacible y benigno, logró igual reputacion en el de los Cristianos á los principios de su imperio. Ninguno de sus predecesores los habia tratado con tanta benignidad; en público y en particular les mostraba siempre el mayor agrado; por lo que dentro de su misma imperial casa se contaba tanto número de siervos de Dios, que mas parecia iglesia que palacio. Pero habiendo sido tan extraordinaria la bondad con que entonces los trató, no fue menos violenta la persecucion con que los afligió en lo sucesivo. Nació esta mudanza de Macriano, que desde el mas bajo abatido nacimiento ascendió á los primeros empleos del imperio, haciendo escala para ellos de los mas enormes delitos; y aspirando su ambicion á la misma dignidad imperial, hizo pacto con el demonio, que le prometió el imperio como exterminase del mundo toda la nacion de los Cristianos. Apoderado enteramente Macriano de la gracia y del concepto del Emperador, le persuadió á que mudase de conducta con ellos;

y á sugestion suya en el año de 258 publicó el Príncipe aquel cruel edicto en que sin remision ni dilacion condenaba á muerte á todos los obispos, presbíteros y diáconos, no dejándoles la opcion que permitia á los demás Cristianos de rescatar la vida á costa de su fe.

Dióse principio á la ejecucion por las cabezas; y echando mano del papa san Sixto, fue conducido cargado de hierro y de cadenas á la cárcel Mamertina. Apenas llegó á los oidos de Lorenzo la prision del santo Papa, cuando corrió exhalado á la cárcel, resuelto á no separarse de él en los suplicios, como quien suspiraba ansiosamente por la corona del martirio. No tardó mucho tiempo en encontrarle; y apenas le divisó á lo léjos, pero á distancia donde pudiese ser oido, cuando, como dice san Ambrosio, comenzó á clamar de esta manera: *¿Qué es esto, Padre santo? ¿cómo vas á ofrecer el sacrificio, sin que te haga compañía tu diácono, el cual nunca se separa de tu lado cuando te llegas al altar? ¿Acaso desconfías de mi fe? ¿tienes poca satisfaccion de mi valor? Ea, haz experiencia de él, y ella te acreditará si soy ó no soy digno del sagrado ministerio con que me honró tu bondad. El diácono jamás debe desviarse del lado del Pontífice: pues ¿por qué me dejas huérfano y desamparado? Justo es que el hijo haga compañía á su padre, y no es razon que la oveja se aleje de su pastor.*

Enternecido san Sixto al oir los fervorosos afectos de su diácono: *Consuélate, hijo mio* (le respondió), *que presto cumplirá el cielo tus encendidos deseos; para mayor triunfo te reservan sus amorosos destinos. Anda, y sin perder tiempo distribuye á los pobres los tesoros que se fiaron á tu cuidado, y prevente para recibir la corona del martirio.* Estas últimas palabras llenaron de gozo y de consuelo el corazon de nuestro Santo, que ardia en vivas ansias de derramar su sangre por amor de Jesucristo. No se detuvo ni un solo momento: partió al punto; entregó á los fieles los ornamentos y vasos sagrados; recogió todo el dinero que estaba destinado para el socorro de los pobres; encamínase á aquellos parajes de Roma donde estaban ocultos los Cristianos; recorre todas las cuevas y lugares subterráneos para repartir en ellos las limosnas. Y sabiendo que muchos presbíteros y muchos fieles se habian refugiado á la casa de una santa viuda, llamada Ciriaca, en el monte Celio, pasó á ella entrada ya la noche, lavó los piés á los ministros del altar, y distribuyó entre los pobres la cantidad de dinero. Desde allí se transfirió á la casa de un fervoroso cristiano, por nombre Narciso, donde estaban recogidos muchos pobres; socorriólos, y restituyó la vista á Crescenciano, que muchos años antes la habia perdido. Dirigióse despues á la cueva de Nepo-



ciano, donde estaban escondidos sesenta y tres cristianos; hizo lo mismo con ellos que con los otros; socorrió sus necesidades; y habiéndolos exhortado á la paciencia y á la constancia en la fe, acabó de repartir entre los pobres todo el dinero que tenia.

Pasó toda la noche en estos ejercicios de caridad, y al dia siguiente se fué á la puerta de la cárcel, para lograr el consuelo de ver por última vez al santo Papa, que estaba sentenciado á ser degollado en aquel mismo dia. El santo viejo fue sacado para el suplicio, y cuando le llevaban á él, se arrojó á sus piés Lorenzo, y deshaciéndose en lágrimas le dijo que ya quedaban en buenas manos los tesoros de la Iglesia que le habia encomendado, y que en esa suposicion nada le restaba que hacer sino servirle de ministro en el sacrificio de su vida, que iba á ofrecer al Señor. Procuró san Sixto consolarle, pronosticándole que en menos de tres dias tendria parte en la misma corona, y le añadió: *Atendiendo Dios á la flaqueza de mi edad, solo me expone á tormentos ligeros; pero á tí, hijo mio, te reserva una señalada victoria, que hará célebre en el mundo tu martirio.*

Y fue así, que como los soldados oyesen hablar de tesoros á Lorenzo, dieron cuenta al Emperador, figurándole que aquel jóven diácono era dueño de inmensas y preciosísimas riquezas. No fue menester mas para que Valeriano mandase echar mano de él, estimulado de la codicia de los imaginados tesoros, no menos que de su insaciable sed de sangre de cristianos. Correspondió el gozo de nuestro Santo al ardor de sus deseos. Presentóse delante del Príncipe, á la verdad con modestia y con respeto; pero al mismo tiempo con cierto despejo y con cierta intrepidez poco acostumbrada. Luego fue examinado sobre su profesion, y respondió con desembarazo, que era cristiano y diácono de la Iglesia romana. Volviósele á preguntar dónde tenia los tesoros que se le habian confiado; á que prontamente satisfizo, diciendo que como se le diese tiempo, los recogeria y los pondria todos á la vista. Concediósele un dia de término; y convocando todos los pobres que pudo juntar, se puso á la frente de aquella andrajosa muchedumbre, compareció con ella ante el tribunal del Emperador, y le dijo con el mayor respeto, que obedeciendo, como debia, sus imperiales órdenes, presentaba á su Majestad imperial las principales riquezas de los Cristianos, y los verdaderos depositarios de los tesoros de la Iglesia. No esperaba el Príncipe esta arenga; y reputándola por insulto de la majestad, resolvió escarmentar el temerario arrojo de Lorenzo con los mayores suplicios que pudiese inventar el furor. Dió principio mandando que le

despedazasen á azotes como al mas vil de todos los esclavos. Mandó despues que trajesen á su presencia todos los instrumentos que servian para atormentar á los Mártires, y haciendo á nuestro Santo que los reconociese, le dijo : *Una de dos, ó resuélvete á sacrificar inmediatamente á nuestros dioses, ó disponte para padecer tú solo mucho mas de lo que han padecido hasta aquí todos juntos cuantos profesaron tu infame secta.—Vuestros dioses, señor*, respondió Lorenzo, *ni siquiera merecen aquellos vanos honores que se tributan á los hombres, ¿y vos quereis que yo les rinda adoracion? Hacen poca fuerza esos instrumentos de la crueldad á quien no teme los tormentos; y espero en la gracia de mi Salvador Jesucristo, que la misma intrepidez con que los toleraré será la mejor prueba de lo que puede aquel único y verdadero Dios á quien adoro*. Quedó cortado el Emperador al oir esta animosa respuesta, y perdió toda esperanza de sacar partido alguno del santo Diácono. Pero no queriendo darse por vencido, ordenó que le restituyesen á la cárcel, encargando su custodia á Hipólito, uno de los principales oficiales de su guardia, en cuyo ánimo habian hecho ya mucha impresion las palabras y la modestia de Lorenzo, y acabaron de convertirle los milagros que obró en la misma prision; pues no bien se dejó ver en ella cuando todos los confesores de Cristo que la ocupaban se arrojaron á sus piés; y uno de ellos, llamado Lucilo, que muchos años antes habia perdido la vista, la recobró milagrosamente, tomando la mano del Santo y aplicándola á sus ojos. Fue Hipólito testigo de esta maravilla; pidió el Bautismo; y no fue esta la única conquista de Lorenzo durante su valeroso combate.

Luego que amaneció el dia siguiente, recibió el Prefecto de la ciudad una órden del Emperador en que se le mandaba hiciese comparecer á Lorenzo delante de su tribunal, y que no perdonase á medio alguno para obligarle á ofrecer sacrificio á Júpiter; pero que si no se rindiese, le quitase la vida con tales y tan extraños tormentos, que jamás se hubiesen practicado en los tribunales. Ejecutóse la órden con la mayor puntualidad: compareció el Santo; empleáronse halagos, promesas y amenazas para pervertirle, pero sin otro fruto que proporcionarle ocasion para dar mayores pruebas de su fe y de su constancia. Entonces solo se pensó ya en inventar nuevos tormentos, y en añadir inhumanos primores á la ordinaria crueldad de los suplicios. Tendiéronle en el potro, y despues de haberle dislocado los huesos, le despedazaron las carnes con escorpiones; eran unos ramales que remataban en bolas de plomo, cubiertas de unas mallas de hierro, y armadas estas de puntas aceradas y encorvadas en figura

de agudos garfios. Pensó el Santo espirar en este cruel tormento; pero oyó una voz del cielo que decia le reservaba Dios para mas gloriosa victoria, conseguida á fuerza de nuevos y mas dificultosos combates. Asegúrase que esta milagrosa voz fue oida de todos los circunstantes, y que el prefecto de Roma, para desvanecer la impresion que podia hacer en ellos, exclamó: *Mirad, romanos, como los demonios vienen en socorro de este mago, que no teme á los dioses del cielo ni á los príncipes de la tierra; pero verémos si sus encantos son superiores al rigor de los tormentos.* Quedó Lorenzo maravillosamente confortado y consolado con esta celestial voz; y entonces fue cuando Roman, soldado de la guardia del Emperador, vió con los ojos corporales á un Ángel, en figura de un bizarro y hermosísimo mancebo, que enjugaba con un lienzo el sudor del rostro y la sangre que corria de las heridas del santo Mártir; vision que acabó de convertirle, transformándole en soldado de Jesucristo, como se dijo en su vida.

Sobrevivió nuestro Santo á este cruel tormento, para que el triunfo de la fe se comunicase á otros muchos. Oíasele prorumpir incesantemente en bendiciones y en alabanzas del Señor, siendo el gozo que brillaba en su semblante la admiracion y el asombro de los mismos paganos. Mandó el Prefecto que segunda vez compareciese en su tribunal, y segunda vez le examinó acerca de su patria, de su religion, y de su tenor de vida. *Soy español de nacimiento y de orígen,* respondió el Santo; *pero he pasado en Roma cási toda mi juventud. Desde la cuna tuve la dicha de ser cristiano, y mi educacion fue el estudio de las divinas leyes.—Calla, insolente,* replicó el Prefecto, *¿llamas estudio de divinas leyes el que te enseña á menospreciar los dioses inmortales?—Y aun porque yo conozco bien esta ley divina,* prosiguió Lorenzo, *miro con tanto menosprecio la vanidad de los ídolos; porque la razon natural reprueba esa impía y extravagante multitud de dioses.* No se le dió permiso para proseguir; y el juez, arrebatado de cólera y de saña, añadió: *Tú pasarás esta noche en un género de tormento que seguramente te hará mudar de opinion y de lenguaje.—No lo creas,* respondió Lorenzo, *tus tormentos son todas mis delicias; y la terrible noche con que me amenazas, espero ha de ser para mí la mas clara y mas alegre de toda mi vida.* No pudo tolerar el tirano aquella generosa intrepidez, y mandó que con grandes piedras le moliesen las quijadas. Llenó el Señor á su siervo de dulcísimos consuelos; y noticioso el Emperador de todo lo que pasaba, mandó que le tostasen á fuego lento.

Extendieron luego á Lorenzo en una especie de lecho ó de parrillas de hierro encendido y rojo, como sale de la fragua; debajo de

ellas tendieron una cama de rescoldo, que de cuando en cuando iban fomentando con carbones, gobernándolo con tal economía, que el cuerpo se fuese tostando poco á poco, para que fuese mas vivo y mas prolongado el dolor. Estaba Lorenzo en aquella cama de fuego con tanta serenidad, con tanto desembarazo, con tanta alegría y con tan heróica constancia, que asombrados muchos de los circunstantes, se convirtieron á la fe, y entre ellos no pocas personas de distincion, reconociendo en aquel valor una fuerza muy superior á la humana. Y el poeta Prudencio, que escribió en verso el triunfo de nuestro Santo, testifica que los neófitos, esto es, los cristianos recien bautizados, vieron rodeado su semblante de un extraordinario resplandor, y percibieron un suavísimo olor que su cuerpo tostado exhalaba.

En medio de tan cruel y bárbaro suplicio, era tan grande á vista del cielo la tranquilidad del santo Mártir, tanto el gozo que sentia su espíritu de padecer por amor de Jesucristo, que cuando le pareció estar ya bien tostado de un lado, vuelto al Prefecto, le dijo sonriéndose, con cierto aire de alegría: *De este lado ya estoy en sazon; puedes mandar, si te parece, que me tuesten del otro;* y levantando despues los ojos al cielo, inundada su alma en consuelos celestiales, entregó dulcemente su espíritu en manos del Criador, quedando tan atónitos los asistentes, que no pudieron disimular su admiracion y su pasmo. Consumó su ilustre martirio este gran Santo el dia 10 de agosto del año 258. Hipólito y el presbítero Justino cogieron secretamente su cuerpo, y le enterraron en una gruta del campo Verano, camino de Tívoli, en el mismo paraje donde con el tiempo se erigió en su nombre una célebre iglesia, cuya fundacion se atribuye á Constantino el Grande, y su amplificacion al papa Pelagio II, siendo una de las siete patriarcales, y una de las siete principales estaciones de Roma. Edificóse despues otra en honra del mismo Santo, que consagró el papa san Dámaso.

Su sepulcro se hizo tan célebre por el gran número de milagros que obró Dios en él para glorificar á san Lorenzo, que san Agustin exclama: *¿Quién jamás pidió cosa alguna delante de su sepulcro que no la hubiese conseguido?* Y san Leon el Magno es de parecer, que el martirio de san Lorenzo no fue menos glorioso á la iglesia de Roma, que el de san Estéban á la de Jerusalen; añadiendo, que desde el oriente del sol hasta su ocaso resuena la gloria de estos dos ilustres Levitas. Á la verdad, tanta multitud de templos y de otros magníficos monumentos en honor de san Lorenzo como se encuentran esparcidos por todo el universo, son auténticos testimonios de



su elevada gloria; y los innumerables favores que dispensa el cielo en todas partes por su poderosa intercesion, fomentan la general veneracion que todos los fieles profesan á este gran Santo.

Consérvanse en Roma, además de la mayor parte de su santo cuerpo, todos los instrumentos con que fue martirizado. Muéstrase una parte de las parrillas en que fue tostado, y una gran piedra de mármol, teñida aun de su preciosa sangre, sobre la cual tendieron el santo cuerpo despues que consumó su martirio. En otras iglesias de Roma se muestra la ceniza y algunos de los carbones que sirvieron para tostarle. Tambien la Francia se gloria enriquecida con parte de sus huesos y con algunos de los instrumentos que concurrieron á su triunfo, como se ve en el tesoro de San Dionisio y en la iglesia de San Vicente de Mans, en que se manifiestan varios fragmentos de las parrillas. En la iglesia de San Martin de Lyon se expone á la pública veneracion parte de su brazo, cubierto aun de la piel tostada; en Puy uno de sus huesos; y en todas partes se experimentan los efectos de lo que san Lorenzo puede con Dios en favor de los que fervorosamente le invocan. Apenas hay santo Padre que no haya hecho magníficos elogios de san Lorenzo; y á su martirio, principalmente, atribuye el poeta Prudencio la entera conversion de la ciudad de Roma.

NOTA.

«El monumento mas magnífico en honor de san Lorenzo que se «conoce, es sin disputa el suntuoso templo y monasterio de San «Lorenzo el Real del Escorial, que en majestad, en riquezas de or-«namentos y reliquias, y en el decoro y solemnidad con que se ce-«lebran en él los divinos oficios es una de las casas mas señaladas «del orbe católico. Erigiόle todo el poder y toda la magnanimidad «de Felipe II, á siete leguas de Madrid, en memoria y en recono-«cimiento de la famosa jornada de San Quintin, que concurrió en «el dia del santo Levita, tan funesta para los franceses, como glo-«riosa para los españoles. Juntó con él un colegio, un seminario y un «hospital. ¿Por qué no haria mencion nuestro autor de un tan célebre «monumento que tanto contribuye á la gloria accidental de nuestro «Santo? ¿Seria olvido? Bien pudo serlo; pero si acaso fue pruden-«cia, la misma razon que en un autor francés acreditó este silencio «de cordura, le culparia de ingratitud en un traductor español.»

La Misa es propia en honor del Santo, y la Oracion que se dice en este dia y entre Octava es la siguiente:

Da nobis, quæsumus, omnipotens Deus, vitiorum nostrorum flammas extinguere, qui beato Laurentio tribuisti tormentorum suorum incendia superare. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios todopoderoso, que se apaguen en nosotros las llamas de nuestros vicios; pues concediste al bienaventurado san Lorenzo que venciese el fuego de sus tormentos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Oracion que sigue se dice solamente en el propio dia de la Octava.

Excita, Domine, in Ecclesia tua Spiritum, cui beatus Laurentius levita servivit: ut eodem nos repleti, studeamus amare quod amavit, et opere exercere quod docuit. Per Dominum...

Suplicámoste, Señor, que excites en tu Iglesia aquel Espíritu divino, á quien tan ardorosamente sirvió el santo levita Lorenzo; para que nosotros, llenos del mismo espíritu, procuremos amar lo que él amó, y ejercer con las obras lo que enseñó. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo IX *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Qui parce seminat, parce et metet: et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet. Unusquisque prout destinavit in corde suo, non ex tristitia, aut ex necessitate: hilarem enim datorem diligit Deus. Potens est autem Deus omnem gratiam abundare facere in vobis: ut in omnibus omnem sufficientiam habentes, abundetis in omne opus bonum, sicut scriptum est: Dispersit, dedit pauperibus: justitia ejus manet in sæculum sæculi. Qui autem administrat semen seminanti, et panem ad manducandum præstabit, et multiplicabit semen vestrum, et augebit incrementa frugum justitiæ vestræ.

Hermanos: El que siembra poco, segará tambien poco; y el que siembra copiosamente, segará. Cada uno segun lo ha juzgado mejor en su corazon, no por tristeza, ó por necesidad, porque Dios ama al que da con alegría. Y Dios es poderoso para hacer que abunde en nosotros todo bien: de modo, que teniendo en todas las cosas lo suficiente, abundeis en toda obra buena, segun está escrito: Esparció, dió á los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos. Y aquel que suministra la semilla al que siembra, tambien dará pan para comer, y multiplicará vuestra sementera, y aumentará mas y mas los frutos de vuestra justicia.

REFLEXIONES.

Derramó, distribuyó á los pobres; y su justicia permanece por los siglos de los siglos. Este es el título mas bien fundado, el menos disputable del verdadero mérito, y aun se puede añadir, de la verdadera

grandeza. Aquel gran Dios, soberano dueño de todos los bienes del mundo, los distribuye con la mayor sabiduría. No sin altísima providencia, y no sin elevados fines, dignos de su infinita bondad, dispone que unos nazcan cercados de abundancia, y otros rodeados de miseria. Ni es ni nunca fue efecto del acaso la diferencia de las condiciones; á su providencia nada se le esconde, y nada hace sin fin y sin designio. No creas que se olvidó Dios de los pobres cuando no los hizo ricos; cuidado tuvo de proveer sus necesidades. Ese rico no tenia mas derecho á los bienes que posee, que el pobre que carece de ellos. Hizo Dios con los hombres, en órden á los bienes de fortuna, lo mismo que hace con la tierra en órden á la influencia de los astros. Á los países frios proveyólos de bosques y de leña; á las tierras duras y secas, de abundancia de lluvias. Si hay ricos en el mundo, es precisamente porque en él habia de haber pobres. ¿Para qué piensas que Dios te hizo rico? ¿Para que tuvieses con que cebar tus pasiones, tus diversiones y tus gustos, mientras tantos otros, á quienes no ama menos que á tí, carecen de las cosas mas necesarias á la vida? ¿Dónde estaria en ese caso la sábia providencia de nuestro gran Dios? Sábete que solo eres rico para cuidar de los pobres. Sin esto, me atrevo á decir que el supremo Árbitro y Gobernador de todas las condiciones del mundo jamás te hubiera hecho dueño de los bienes que posees. ¿Qué pretendió, pues, y qué pretende con esto? Que vosotros, ricos, seais los sustitutos, los ministros y los cooperadores de su providencia respecto de los pobres. Pudo Dios proveer inmediatamente por sí mismo á sus necesidades, pero quiso encargaros á vosotros ese cuidado: con esta precisa condicion os concedió los bienes que gozais; sois como arrendatarios de sus bienes, os deja libre la administracion, el dominio y el usufructo, pero con la carga de asistir á los necesitados, y así solamente los poseeis á título oneroso. De lo dicho se infiere que la limosna no es una caridad pura y gratuita, puesto que al pobre se le da aquello mismo que se ha recibido por él, con estrecha obligacion de emplearlo en provecho suyo; título de justicia contra el cual peca el rico que no tiene caridad con el pobre. Pues ¡cuánta será la obligacion de aquellos cuyas riquezas solo se componen de las limosnas de los fieles! ¡de aquellos que precisamente los hacen mas ricos para que socorran á mas necesitados, y que no dejarán de ser ricos despues de haber repartido grandes riquezas entre los pobres! ¡Cuánto bien harian diez ó doce mil libras distribuidas cada año entre los menesterosos por algunos eclesiásticos que tienen treinta ó cuarenta mil de renta! ¡Cuántos se librarian

de una desesperacion! ¡cuántas doncellas pobres de mil peligros! ¡Cuántas familias sitiadas de hambre serian socorridas y sacadas de entre los brazos de la miseria! No pocos podrian repartir mucho mas, sin quedar por eso pobres. Á la verdad, se sustentarian menos holgazanes; no se gastaria tanto tren; seria menos espléndida la mesa; pero ¿serian por eso menos respetables, ni menos respetados?

El Evangelio es del capítulo XII *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: De verdad de verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

De la felicidad de los buenos aun en medio de sus adversidades.

Punto primero.—Considera que en tanto el hombre es dichoso, en cuanto vive contento. De nada sirve ser grande, ser poderoso, ser rico; de nada vivir como nadando en diversiones, mientras el corazon está anegado en amargura. Todo lo que está fuera del hombre, podrá distraerle y divertirle, pero no podrá llenarle: su felicidad consiste únicamente en el contento y en la tranquilidad del corazon. De aquí nace que no siempre son los mas felices aquellos que son los mas estimados, los mas aplaudidos, los que se llaman afortunados del mundo. Los disgustos, las inquietudes, y aun los mayores trabajos nacen hasta en el trono mismo, penetrando á lo mas interior de los magníficos palacios. No siempre son los mas serenos los dias mas festivos. La verdadera alegría es, por decirlo así, como la legítima ó la herencia particular de las almas santas; ábrese camino por entre las mas densas nieblas, y sabe reinar hasta en los mismos cadalsos. Buena prueba fue de esto san Lorenzo. Y á la verdad, si hay penas invisibles, ¿por qué no ha de haber tambien gustos y consuelos secretos? Haylos sin duda. El hómbre justo está

contento en la adversidad; es dichoso en medio de las mayores desgracias; porque la fe le sostiene, la esperanza le consuela, y la caridad le anima. Sostiénele la fe con la consideracion de un Dios espirando en una cruz. Si el hombre no se siente con bastante valor para aspirar á esta semejanza, en las adversidades y por las adversidades reconoce que el mismo Dios le ayuda á formar en sí esta imágen del Crucificado por medio de las aflicciones. ¿Dónde hay consuelo mayor? Sostiénele la fe con la consideracion de un Dios justo. Sabe que es preciso satisfacer á su justicia; y tiene á gran dicha que se le ofrezca ocasion de rescatar con penas cortas y breves las excesivas en rigor y en duracion que merecian sus culpas.

Punto segundo.—Considera que no solo concurre la fe al consuelo de un hombre justo en sus adversidades, sino que tambien se las suaviza la esperanza, poniéndole delante de los ojos una bienaventuranza llena, segura y muy cercana. Dígase lo que se quisiere: la prosperidad de la tierra hace perder de vista el cielo; y si alguna vez viene á la memoria, nunca es sin alguna turbacion. Pero cuando las adversidades desterraron del corazon todos los atractivos de la vida, cuando uno se ve desgraciado en este mundo, cuando le tocó un estado oscuro y abatido, cuando las criaturas nos olvidan, entonces fácilmente olvidamos nosotros á las criaturas, para acordarnos únicamente del Criador, y poner en él toda nuestra confianza. En esto consiste nuestro verdadero reposo y nuestra felicidad. Las cruces son pesadas, causan horror á un mundano; pero á un hombre justo le llenan de dulcísimo consuelo; sus frutos son para él de exquisita suavidad. Este es el orígen de aquella inalterable tranquilidad, de aquella castiza alegría que se admira en todos los Santos. Ninguno hubo que no viviese clavado en la cruz; ninguno cuya vida no fuese una cadena de aflicciones; pocos que no la pasasen consumidos de enfermedades; cuántos que toda ella la vivieron entre agudísimos dolores, menospreciados, escarnecidos, humillados y hartos de oprobios. Pero ¿hubo jamás ni uno solo que se considerase desgraciado por vivir en un estado abatido y doloroso? Ciertamente, ni uno solo hubo que todavía no desease padecer mas. ¡Oh, y cuánta verdad es que Dios posee el secreto de endulzar las adversidades, y de hacer se experimente un exquisito consuelo en las mas amargas aflicciones! *Gustate, et videte*, dice el Profeta: *Gustad, y ved;* no dice *ved, y gustad:* si se comienza por la vista, las cruces son objeto displicente; pero comienza por el gusto, haz la dichosa experiencia de á lo que saben

las adversidades padecidas por amor de Jesucristo, y despues mira cuanto quisieres su exterior desapacible. *Gustate, et videte.* Mas crédito se da al gusto que á los ojos. En fin, la caridad anima al hombre justo en sus trabajos. El que ama á Dios sufre de buena gana por su amor; el que ama á Jesucristo desea parecerse á él: estas utilidades nos traen los contratiempos; y el que las conoce las admite por favores.

¡Ah Señor, y qué poco que he conocido hasta aquí el precio de las cruces y de los trabajos, por lo poco que os he amado hasta aquí! Haced, mi Dios, que yo os ame, y entonces serán mis delicias las cruces y las adversidades.

Jaculatorias.—Señor, todo mi consuelo en adelante será que me aflijas en este mundo con trabajos, y que no me perdones en él. (*Job*, VI).

No permita Dios que yo me glorie sino en la cruz de mi Señor Jesucristo. (*Galat.* VI).

PROPÓSITOS.

1 La prosperidad embriaga y deslumbra; por eso está expuesta á mil tropiezos y caidas. Las adversidades pueden ser muy útiles á los fieles si saben aprovecharse de ellas. *Flagella Domini, quibus quasi servi corripimur,* decia la discreta y virtuosa Judit al pueblo de Betulia, *ad emendationem, et non ad perditionem nostram evenisse credamus.* Los azotes que nos vienen de la mano de Dios son avisos de un padre que nos quiere corregir, y no castigos de un juez que nos intenta perder. No hay medio mas eficaz que las desgracias para obligar á un pecador á convertirse y á mudar de vida; ninguno mas propio para purgar los desórdenes pasados. Pero es mucho de temer se atienda mas á la pesadez del brazo que á la bondad del que descarga el golpe. Cuando la amargura del remedio inquieta ó irrita al enfermo, mas le perjudica que le aprovecha. Procura hacer concepto cabal y justo de lo que valen las cruces, y de lo que importan las adversidades. Corrige las preocupaciones que el amor propio inspira contra ellas, y acostúmbrate á hablar de los trabajos como cristiano; esto es, como verdadero discípulo de Cristo crucificado. Siempre que se ofrezca ocasion, y especialmente cuando se lean las vidas de los Santos delante de la familia, ten cuidado de hacerla observar que todos los Santos fueron afligidos mientras vivieron, y que todos se tenian por felices en medio de las aflicciones. Si desde luego

se procurara imbuir á los niños en este concepto de las adversidades, se sacaria un gran provecho.

2 Si te sucede algun trabajo, vuelve al punto los ojos hácia la mano de donde te viene el azote, y hácia el corazon del que amorosamente te castiga: *Bonum mihi quia humiliasti me*, decia David. Recibo, Señor, esta adversidad como favor que me haceis; conozco lo bien que me está el que me hayais humillado, pues con la prosperidad me hubiera perdido. La abundancia fomentaba mis pasiones; el subido olor de las flores me trastornaba la cabeza, y la elevacion de los empleos me la desvanecia. El que anda por el valle no teme el precipicio de la cumbre. En la hora de la muerte ninguna cosa consuela tanto como aquellos contratiempos que sirvieron para que el corazon se desprendiese de la tierra; ¿qué razon habrá para que no nos consuelen tambien en medio de la vida? Aspira á aquella grandeza de alma, tan propia de un cristiano, de no mostrarte triste ni desalentado cuando te aflige alguna cosa, imponiéndote una como ley de conservarte alegre, apacible y sereno, á pesar del tumulto que quiere excitar dentro del corazon el amor propio. Á poca violencia que te hagas por un motivo verdaderamente cristiano, infaliblemente experimentarás los consuelos con que regala Dios á sus siervos en lo mas amargo de las aflicciones.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Tiburcio, mártir, en Roma entre los dos Laureles; al cual en la persecucion de Diocleciano por decreto del juez Fabiano le hicieron andar con los piés descalzos sobre ascuas; en cuyo tormento confesó con la mayor constancia á Jesucristo, y por último fue mandado degollar á tres millas de la ciudad. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Susana, vírgen de noble prosapia, y nieta de san Cayo, papa, tambien en Roma; la cual degollada consiguió la palma del martirio en tiempo de Diocleciano. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Alejandro, obispo, por sobrenombre el *Carbonero (con el cual conocido por haber ocultado mucho tiempo con el humilde disfraz de aquella profesion las prendas que poseía)*, en Comana en el Ponto; el cual de filósofo habilísimo que habia sido, pasó á adquirir en sumo grado la sublime ciencia de la humildad cristiana. San Gregorio Taumaturgo le consagró obispo de aquella iglesia, en donde fue muy esclarecido por su predicacion y por el martirio que consiguió siendo arrojado á las llamas.

El martirio de los santos Rufino, obispo de los marsos, y sus compañeros, en tiempo del emperador Maximino.

San Taurino, obispo de Evreux, en Francia; fue consagrado por el papa san Clemente: habiendo propagado la fe cristiana con su predicacion, por la cual pasó grandes trabajos, por último esclarecido en milagros murió en el Señor.

San Gaugerico, obispo y confesor, en Cambray en Francia. *(Era conocido en su patria con el nombre de san Gery).*

San Equicio, abad, de cuya santidad da testimonio san Gregorio, papa, en la provincia Valeria. *(Florecia en el Abrucio cuando san Benito establecia su regla en el monte Casino. Como era lego, algunos reprobaron que se arrogase el derecho de instruir á sus monjes diseminados en las montañas, y de excitar á los pueblos al amor de Dios. Elevada la queja al Papa, despues de informado de la santidad del abad Equicio, prohibió inquietarle en el curso de sus exhortaciones, que tenian la caridad por principio, y en las cuales le servia de maestro el espíritu de Dios).*

Santa Digna, vírgen, en Todi. *(Durante la persecucion de Diocleciano dejó su patria, y se fué á un desierto, donde murió).*

SAN TIBURCIO, MÁRTIR.

Nació san Tiburcio en Roma de familia distinguida, así por sus grandes bienes, como por sus elevados empleos. Fue hijo del ilustre Cromacio, vicario del prefecto de la ciudad, que desde el primer año del imperio de Diocleciano tuvo especial comision para juzgar á los acusados del Cristianismo, y fue convertido á la fe por san Sebastian y por san Tranquilino, padre de los santos mártires Marco y Marcelino; y despues de haber dado libertad á mil y cuatrocientos esclavos que se hicieron cristianos, habiendo recibido el Bautismo toda su familia, renunció el empleo, y se retiró á su casa de campo, la cual fue el refugio de los fieles perseguidos. Siguió Tiburcio la dichosa suerte de su padre, y desde su conversion sobresalió entre los mas fervorosos cristianos, así como habia sobresalido en los tribunales por su genio y por su rara elocuencia, siendo reputado, aunque muy jóven, por uno de los mas hábiles abogados de su tiempo. Luego que se hizo cristiano le causaron tédio y disgusto todos aquellos vanos aplausos, trocando el amor á las ciencias humanas por el estudio y aplicacion á la importante ciencia de la salvacion. Renunció la abogacía, y aunque su virtuosa inclinacion le llamaba al retiro de la soledad, el deseo que por otra parte tenia del martirio le representó este retiro como especie de fuga, con visos de cobardía. Viendo el papa san Cayo que de dia en dia iba creciendo el fuego de la persecucion, deseaba que Tiburcio se ausentase de Roma, considerando el peligro de un jóven recien convertido á la fe, y en lo mas florido de sus años; pero el santo mancebo le rogó con tanta

instancia le permitiese quedarse en la ciudad al riesgo y fortuna de los Confesores de Cristo, que el santo Pontífice se rindió á las razones de su fervoroso ahijado.

Presto hicieron ruido su celo y su virtud. Salió un dia de su casa, y se halló en la calle con un hombre que habiendo caido de un cuarto elevado se habia hecho pedazos, y no daba señal alguna de vida. Compadecióse de aquella desgracia, y mucho mas de la pérdida de aquella alma; lleno de fe y de confianza se acercó al moribundo, hizo sobre él la señal de la cruz, y le mandó en nombre de Jesucristo que se levantase, y que renunciase las supersticiones del gentilismo. Hízolo al punto el que parecia cadáver; siguióse la salud del alma á la del cuerpo; y divulgada por la ciudad esta maravilla, los Cristianos se confirmaron en la fe, y muchos gentiles la abrazaron.

Crecia cada dia el celo de Tiburcio, explicándole en el continuo ejercicio de obras de caridad. No cesaba de recorrer dia y noche así las casas de los Cristianos como los lugares subterráneos donde la persecucion los tenia escondidos, exhortándolos á la perseverancia, animándolos á derramar generosamente la sangre por Jesucristo, y socorriendo con limosnas á los necesitados. Deseaba ansiosamente que los que hacian profesion de cristianos acreditasen su religion con la pureza de las costumbres y con la santidad de la vida; por tanto no se podia contener sin corregir con blandura y con caridad á los menos ajustados que deshonraban su profesion con el desconcierto de su vida.

Entre los que habian recibido el Bautismo se hallaba un tal Torcuato, insigne hipócrita, que habiendo renunciado la fe secretamente, se fingia cristiano en el exterior, aunque vivia como hombre verdaderamente mundano. No pudo Tiburcio disimular su profanidad en el vestido, sus excesos en la mesa, su desordenada pasion al juego, ni sus modales licenciosos y afeminados. Reprendióle con celo y con caridad la licencia que se tomaba en dispensarse en los ayunos y oraciones de la Iglesia, gastando en dormir el tiempo que los fieles empleaban en orar y en velar.

Afectó Torcuato oir con docilidad y aun con estimacion estos caritativos avisos; pero altamente ofendido en su corazon, conservó dentro de él un implacable deseo de vengarse, y de perder al que con tanta caridad solicitaba la salvacion de su alma. Habiendo mandado el emperador Diocleciano que se hiciese una exacta pesquisa de todos los Cristianos, y que fuesen condenados sin remision al último suplicio todos aquellos que se negasen á sacrificar á los dioses,

advirtió secretamente Torcuato á los ministros del Emperador, que Tiburcio era cristiano, y que con toda seguridad podian echar mano de su persona; mas para encubrir mejor que él hubiese sido el delator, les previno artificiosamente que tambien le prendiesen á él. Hiciéronlo así, y le presentaron ante el tribunal de Fabiano, sucesor de Cromacio. Preguntado Torcuato por su religion, confesó que era cristiano, y que le habia convertido Tiburcio, á quien respetaba y amaba como á su maestro, estando muy resuelto á seguirle en todo. Desde luego conoció Tiburcio el artificio, como quien tenia tan calado el fondo de aquel perverso corazon; y así, volviéndose á él, le dijo: *No pienses que se me esconden tus embustes, ni que deje de penetrar tu perfidia. Ninguno de nosotros te reconoció jamás por discípulo de Jesucristo; tu vida desmintió siempre tu fe; ni era posible que se contase en el número de los fieles á quien vivia como un gentil: tus vergonzosos desórdenes eran el mejor testimonio de la religion que profesabas. Es verdad que vivias entre nosotros; pero no eras de nosotros. Buena prueba es de eso tu alevosa traicion. Pero no creas que me has ofendido con ella, antes al contrario, intentando mi ruina, me has proporcionado el mayor bien á que yo podia aspirar. Nada deseaba con mas ardiente pasion que derramar toda mi sangre y dar mi vida por amor de aquel Señor que primero quiso espirar por mi amor clavado en un afrentoso madero.*

Irritado Fabiano con este discurso, le interrumpió diciéndole que se dejase de hablar tanto, y que tratase de sacrificar á los dioses del imperio. *Yo,* respondió el Santo, *no reconozco otro Dios que al único Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra; á este solo ofrezco sacrificios; dichoso yo, si yo mismo mereciera ser víctima sacrificada por su amor*. Sea lo que fuere, replicó el Juez, es preciso obedecer en este mismo punto, ó disponte sino á pasearte muy despacio sobre carbones encendidos. *Pronto estoy*, replicó Tiburcio, *á sufrir los mas crueles tormentos, pues ya es cosa muy sabida que estos no espantan á los Cristianos*. Admirado Fabiano de aquella intrepidez, ordenó que se tendiese sobre el pavimento un gran monton de carbones encendidos; y que una de dos, ó que Tiburcio echase incienso en aquellas brasas á honor de los dioses, ó que en su presencia y con los piés descalzos se pasease muy despacio por encima de ellas. No esperó el Santo á que le descalzasen; él mismo se quitó apresuradamente el calzado, y se comenzó á pasear sobre las brasas con tanto sosiego y con tanta serenidad como si se paseara sobre una alfombra de rosas. Llenáronse de admiracion los circunstantes; pero el Juez, encendido

en cólera, y no pudiendo sufrir aquel ilustre testimonio de la verdad de la religion cristiana, á falta de razones echó mano de las injurias, y recurrió á las blasfemias. *Ya sabemos todos mucho tiempo há*, exclamó irritado, *que ese vuestro Cristo enseña el arte mágica á todos sus secuaces, y así no nos causa admiracion el sortilegio que acabas de ejecutar*. No pudo Tiburcio oir sin horror aquella gran blasfemia; penetróle hasta el corazon el ultraje hecho á Jesucristo; y encendido su fervoroso celo, habló con tanta elocuencia y con tanta energía, así de la divinidad como del poder del Salvador; demostró con tanta evidencia la impostura y la falsedad de aquella negra calumnia, que no pudiendo Fabiano sufrir mas el desprecio de sus dioses, pronunció sentencia de muerte contra el Santo.

Condujéronle á una legua de la ciudad en la via Lavicana, y allí le cortaron la cabeza el dia 11 de agosto del año 286. Un cristiano, que se halló presente á la ejecucion, cuidó de enterrar su cuerpo; y desde luego hizo Dios célebre y glorioso su sepulcro con multitud de milagros. Dos piadosas señoras llamadas Lucina y Fermina, parientas del mismo Santo, fabricaron en aquel sitio una especie de retiro para servir en él á Dios el resto de sus dias.

SANTA SUSANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Con la fiesta de san Tiburcio junta la Iglesia la de santa Susana, vírgen y mártir. Era una nobilísima doncella romana, parienta del emperador Diocleciano, hija de san Gabino, y sobrina del santo papa Cayo. Cuidaron los dos hermanos de dar á Susana la mas cristiana educacion, inspirándola continuas máximas de la mas elevada santidad. El tierno amor que profesó desde la cuna á la Reina de las Vírgenes la infundió un amor constante á la castidad; y apenas pudo conocer lo que valia esta admirable virtud, cuando hizo voto de no admitir otro esposo que á Jesucristo, dedicándole su virginidad desde la misma infancia.

No ignoraba el Emperador que sus sobrinos Gabino y Cayo eran cristianos, ni tampoco dudaba que Susana, mas conocida por su rara virtud que por su extraordinaria hermosura, seria tambien de la religion de su padre y de su tio; pero como Diocleciano en los primeros años de su imperio parecia favorable á los Cristianos, los dejaba vivir en paz, y su misma familia estaba llena de ellos. Aprovechándose nuestra Santa de esta tranquilidad, hacia asombrosos progresos en la virtud. Su modestia era la admiracion de todos; y

por su amor á la oracion y á la contemplacion hallaba en el retiro todas sus delicias. Su ejemplo era el que mas se respetaba, y su vida la que se ponia por modelo á las doncellas cristianas. Á una virtud tan singular necesariamente habia de corresponder un glorioso fin; y parecia como de justicia que á la victoriosa palma de vírgen se añadiese la triunfante corona de mártir.

Al mismo tiempo que Diocleciano creó césar á Maximino Galerio, le hizo tambien yerno suyo, dándole por esposa á su única hija Valeria. Muerta esta, quiso que Maximino se casase con Susana, hija de su sobrino Gabino, y mandó á un señor pariente suyo, llamado Claudio, que de su parte hiciese esta proposicion á Gabino. Oyóla Gabino con el mayor agradecimiento, manifestando á Claudio lo reconocido y lo obligado que le dejaba la honra que se dignaba dispensarle la bondad del Emperador; pero añadió que ante todas cosas era indispensable el consentimiento de su hija. Convino Claudio en lo mismo, y suplicó á Gabino que la llamase. Luego que Susana se dejó ver, se adelantó aquel caballero para saludarla cortesanamente, y para darla un reverente ósculo, segun lo llevaba la costumbre. Retiró Susana el rostro, diciendo que jamás habia permitido á hombre alguno semejante licencia, y mucho menos se la permitiria á un gentil. Sorprendióse Claudio, y la dijo con respeto: *Señora, vos me haceis un crímen de mi religion; si vivo errado, añadidme la honra de hacerme conocer mi error.* Animada entonces la Santa con el espíritu de Dios, le representó con tanta gracia y al mismo tiempo con tanta energía los absurdos y las impiedades del paganismo, que aquel señor se mostró extraordinariamente conmovido, y con las lágrimas en los ojos la suplicó le dijese qué debia hacer para reparar los descaminos de su vida. *Nada mas*, respondió Susana, *que renunciar de todo tu corazon las supersticiones gentílicas, y lavar las culpas de tu alma en las aguas del Bautismo; por lo demás mi padre y mi tio te enseñarán cómo te debes disponer para recibir esta gracia.*

Gustosamente sorprendidos Gabino y Cayo de aquella dichosa mudanza, le hablaron con tanta eficacia sobre la santidad de nuestra Religion, que, despues de haberle suficientemente instruido así á él como á su mujer Prepedigna y á dos hijos suyos, tuvieron el consuelo de administrarles á todos el santo Bautismo. Mientras tanto, viendo el Emperador que Claudio no volvia con la respuesta de su comision, y aun observando que no se dejaba ver en la corte, mandó á Máximo, hermano del mismo Claudio, que se informase del motivo de esta novedad. Quedó Máximo admirado cuando entró en el



cuarto de su hermano, y le halló postrado á los piés de un Crucifijo, anegado en dulces lágrimas; pero creció su admiracion cuando oyó de su misma boca que era cristiano, y que lloraba la ceguedad y los desaciertos de su vida. Atónito Máximo á tan inopinada mudanza, y solicitado interiormente por los poderosos impulsos de la gracia, se mostró igualmente ansioso de ser instruido en los misterios de nuestra fe, y de recibir el Bautismo. Informado de todo el santo papa Cayo, le instruyó en los puntos esenciales de la Religion; y hallándole muy dispuesto, le bautizó y le exhortó á ser fiel. Prosiguiendo las milagrosas operaciones de la gracia en el corazon de aquellos dos hermanos verdaderamente convertidos, tomaron la resolucion de vender todos sus bienes y de emplear el producto de ellos en la asistencia de los fieles. Noticioso el Emperador de que los dos hermanos léjos de desempeñar su comision, se habian convertido á la fe, y eran los primeros que confirmaban á Susana en la santa resolucion de no admitir aquella ni otra alguna boda, entró en tanta cólera, que juró la pérdida general de todos los Cristianos; y en el mismo punto envió desterrados á Ostia á Claudio y á Máximo, que pocos dias despues recibieron en aquel puerto la corona del martirio. Mandó tambien que fuese presa Susana con su padre Gabino, y no perdonó á diligencia alguna para pervertir á la primera; pero de todo triunfó su fe y su inmutable constancia. Ni las promesas mas tentadoras, ni las esperanzas mas lisonjeras, ni el mismo augusto título de emperatriz fueron bastantes para deslumbrarla. Amenazáronla con todos los tormentos que podian causarla mas horror, hasta que espirase entre los mayores y mas crueles suplicios; pero su respuesta fue mostrar cada instante mas encendidas ansias de padecer mas y más por su celestial Esposo. Informado Diocleciano del teson de sus respuestas y de su última resolucion, se abandonó á toda la cruel barbaridad de su genio. Dió órden para que se hiciese afrentoso insulto y violencia á la virginal integridad de la Santa; pero un Ángel del Señor la defendió contra la brutalidad de los paganos. Atribuyéronse como siempre á efectos de la mágia estos auxilios del cielo; y Diocleciano dió comision á uno de sus oficiales, llamado Macedonio, para que prosiguiese la causa, y obligase á Susana á sacrificar á los ídolos. Presentáronla un simulacro de Júpiter; y la Santa, levantando los ojos al cielo, suplicó humildemente al Señor que se dignase confundir la supersticion de los paganos. Al punto desapareció la estatua, y la encontraron en la calle á doscientos pasos de la casa. Esta maravilla dejó atónito al oficial, pero no le convirtió;

y sin hablarla ya de inciensos ni de sacrificios, mandó que la despedazasen á azotes dentro de su misma casa; lo que se ejecutó sin que la pudiesen sacar ni la mas leve queja. Á cada golpe volvia dulcemente los ojos hácia el cielo, rindiendo mil gracias á Dios porque la hacia digna de padecer alguna cosa por su gloria. Desesperado el tirano á vista de aquella constancia, dió parte de todo al Emperador, asegurándole que Susana era inflexible; y Diocleciano mandó que dentro de su misma casa la cortasen la cabeza.

Dícese que Serena, mujer del Emperador, y cristiana oculta, fué secretamente por la noche al lugar de la ejecucion, donde embebió su mismo velo en la sangre de la ilustre Mártir, conservándole despues como una preciosa reliquia. El cuerpo de la Santa fue sepultado en una gruta, que se llamaba la cueva de los Mártires, y su casa fue convertida en iglesia por el papa san Cayo, quien celebró en ella el divino sacrificio en honor de la misma Santa. Reedificóse con el tiempo esta misma iglesia, la que hoy subsiste, y están en posesion de ella las religiosas Bernardinas. El martirio de santa Susana se cree sucedió el año de 295, seis meses antes que el de san Gabino, y ocho anterior al de su tio san Cayo.

SANTA FILOMENA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Hasta dónde puede llegar un verdadero y perfecto amor es cuando da la vida el que ama por lo que ama. Acreditó bien este amor perfecto y verdadero la invicta mártir santa Filomena, á la cual puede justamente aplicarse cuanto refiere Baronio, hablando de la invencion del cuerpo del protomártir san Estéban y de los prodigios obrados por su intercesion, á saber: que cuando la fe es lánguida en unos y muerta en otros, no sin especial designio de la Providencia soberana ha sucedido que hayan obrado tantas y tan extraordinarias maravillas los frios huesos de una heroína cristiana, cuya alma voló al Señor tantos siglos hace. Así como en otros tiempos le plugo al Altísimo triunfar de la impiedad de Juliano el Apóstata con las reliquias de san Babilas, y humillar la soberbia de los Arrianos con las de los santos mártires Gervasio y Protasio, y acabar con el paganismo y la idolatría en el Egipto con las de san Marcos evangelista, así tambien para triunfar del indiferentismo que se observa en nuestro siglo, tanto por la verdad como por el error, y el atropellamiento y desprecio, no ya secreto y oculto, sino público y manifiesto, de las prácticas de la

piedad cristiana, y de las santas leyes de la Iglesia, habrá sin duda escogido los preciosos huesos y augustas cenizas de la insigne mártir santa Filomena, cuyo patrocinio en el curso de pocos años no hay ya region cristiana en la que no sea invocado, ni ciudad ni feligresía donde no sean veneradas sus imágenes, esperando de su poderosa intercesion el alivio y el consuelo; distinguiéndose una santa emulacion en adornar los altares levantados en honor suyo con millares de votos de plata y de oro, señales evidentes de la devocion, confianza y gratitud de los fieles, y que nos recuerdan los felices dias de los primeros siglos de la fe.

La invencion de las reliquias de santa Filomena y su exaltacion á los honores del culto público, pasó del modo siguiente:

Por un solícito cuidado de nuestra santa madre la Iglesia frecuentemente se investigan con la mayor escrupulosidad las catacumbas con el objeto de descubrir los cuerpos de los santos Mártires depositados en ellas durante las crueles persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia. En el año de 1802, por encargo especial del papa Pio VII, practicaba el escrutinio en el cementerio llamado de *Santa Priscila* en Roma, Mons. Ponzetti, cuando el dia 25 de mayo se descubrió en el corredor ó calle llamada la *Via Salaria,* un nicho, en cuya lápida, entre símbolos misteriosos de martirio se leia la inscripcion siguiente:

(FI) LVMENA, PAX TECUM FI (AT).

esto es, el nombre de Fi...Lvmena dividido en dos partes, y en medio la fórmula Pax tecum. Á la izquierda habia pintada una áncora; en el centro unos azotes guarnecidos con bolitas de plomo, en medio de tres flechas y una vara rematando en puntas; y á la derecha una palma entrelazada con un lirio; símbolos todos de los diferentes géneros de tormentos que padeció la santa Mártir, y de su glorioso triunfo denotado por la palma y el lirio.

Quitada la piedra tumularia viéronse los preciosos restos de la invencible heroína, y junto á su cabeza un vaso de vidrio delgadísimo, algo roto en la parte superior, cuyas paredes estaban cubiertas de sangre cuajada. Mientras que se ocupaban en separar de los fragmentos del vaso las preciosas partículas de sangre que contenian, las cuales depositaban luego en una urna de cristal, observan los asistentes que la urna centellea y despide una luz vivísima. Sorprendidos del fenómeno se acercan á examinarlo, y su sorpresa es indecible al ver que cada una de las partículas de sangre, antes morena

y oscura, se ha transformado en un cuerpo luminoso, pareciéndose en la variedad de colores á los del arco íris. Entre los testigos de aquel prodigio los habia muy distinguidos por su talento y por su piedad, los cuales, no pudiendo dudar de lo que veian, se apresuraron á glorificar á Dios que se complace en exaltar las victorias y triunfos de sus Mártires.

Aunque este prodigio se efectuó luego al instante de la extraccion del cuerpo santo de las catacumbas, ya fuese por la lentitud y circunspeccion con que la Iglesia procede siempre en semejantes casos, ó ya por disponerlo así los secretos juicios de Dios, es lo cierto que el cuerpo de santa Filomena quedó por entonces en Roma en un estado de oscuridad hasta el año de 1805 en que fue expuesto á la pública veneracion de los fieles, y pasó de esta manera:

Un santo misionero italiano, llamado Francisco Lucia, fué de Nápoles á Roma acompañando al Sr. Cesareo, elegido por la Santa Sede para gobernar la diócesis de Potenza; y deseando obtener para su oratorio un cuerpo santo de nombre propio, impulsado de un movimiento interior fijó su predileccion en las reliquias de santa Filomena. Extraordinaria fue la alegría que experimentó el misionero cuando se le dijo de parte del custodio, Mons. Ponzetti, que consentia en cederle aquellos restos sagrados, añadiéndole estas palabras: «Monseñor está persuadido de que la Santa quiere ir á vuestro país, «donde por su intercesion se obrarán grandes milagros.»

Las santas reliquias, pues, fueron trasladadas á Nápoles, y de allí á Muñano en la iglesia titulada de Nuestra Señora de las Gracias; y apenas el cuerpo santo fue expuesto á la veneracion del público en el altar mayor, cuando una série no interrumpida de milagros asombrosos, evidentes y públicos, dan á conocer á aquellos felices habitantes que con los preciosísimos restos de santa Filomena han adquirido una benéfica protectora, y la aclaman unánimemente por su taumaturga.

Desde entonces la devocion de santa Filomena se ha extendido por toda la cristiandad, de manera que bien puede decirse con verdad que en la propagacion de su culto se descubre la mano de Dios, viéndose desde su establecimiento personas que no creian ni aun en la creacion buscar con ansia una imágen de la Santa, y al llegar á poseerla dar tales pruebas de alegría con las demostraciones de su fé, como si hubiesen hallado un tesoro.

La historia de esta Mártir se conoció por los símbolos descubiertos en la lápida sepulcral, y por revelaciones hechas por la Santa

misma á tres personas diferentes que no se conocian, ni habian jamás tenido relaciones entre sí, y que vivian en regiones muy apartadas las unas de las otras. Esto no obstante, las declaraciones que las citadas personas depusieron tanto de palabra como por escrito concordaron perfectamente en el fondo de la historia, y aun con los símbolos del epitafio, á los cuales dan aquellas una explicacion clara y satisfactoria. El resúmen es en esta manera:

El padre de nuestra santa Filomena era un príncipe soberano de una isla ó Estado pequeño de Grecia, y su madre nació tambien de elevada cuna. Desconsolados de no tener sucesion, y viendo la inutilidad de los sacrificios y ruegos que dirigian á sus dioses, como idólatras que eran, para tenerla, oyeron fácilmente las persuasiones y consejos de un médico de Roma, que estaba á su servicio en palacio, llamado Publio, quien, impulsado sin duda de luz superior, les habló de la fe, y llegó á prometerles posteridad si consentian en recibir el Bautismo. Como la gracia guiaba las palabras de Publio, triunfó felizmente de la voluntad de los padres de Filomena, y hechos cristianos, vieron satisfechos sus deseos con la hija que Dios les dió. Llamáronla LUMENA, aludiendo á la luz de la fe, cuyo fruto habia sido, y la bautizaron con el nombre de FILOMENA ó FILUMENA, esto es, hija de la luz (*Filia Luminis*): Grande era el amor que la tenian sus padres, y tanto que no acertaban á separarse un instante de ella. Y aconteció que viéndose amenazados de una guerra injusta con que les amenazaba el orgulloso Diocleciano, tuvieron que pasar á Roma para justificarse, llevando consigo á su hija, que contaba entonces trece años. Llegan á la capital del mundo, se hacen anunciar, y los tres son admitidos á la audiencia del Emperador. Tan luego como este fijó los ojos en Filomena, quedó tan enamorado de ella, que volviéndose á su padre le dijo que se tranquilizase y no temiese, puesto que ponia á su disposicion todas las fuerzas del imperio en cambio de la mano de su hija, con la cual queria dividir su trono. Deslumbrados los padres de Filomena por una honra tan inesperada, acceden desde luego á los deseos de Diocleciano; y cuando vuelven á su alojamiento procuran persuadir á su hija, por cuántos medios les sugiere la autoridad y la ternura paternal, que se conforme con la voluntad del Emperador. En vano opone la Santa la promesa solemne que hizo á Dios de su virginidad: caricias, súplicas, amenazas, todo fue empleado para reducirla á su voluntad, pero sin fruto alguno. «No, de ninguna manera, les decia, primero es Dios, y des«pues vosotros y mi patria: mi reino es el cielo.»

Debiendo por fin justificarse la Santa con el mismo Diocleciano, apura este inútilmente promesas, halagos y terribles amenazas; pero insistiendo siempre la valerosa doncella con aquella fortaleza propia de los héroes de Jesucristo, rabioso ya y fuera de sí el tirano Emperador, apela á los suplicios: mandóla azotar, y fue con tanto rigor, que convertido todo su cuerpo en una sola llaga, temeroso Diocleciano de verla espirar, dispuso llevarla á un calabozo de su palacio. Siendo ya de noche la visitaron en el calabozo dos Ángeles resplandecientes, y derramando un bálsamo sobre sus llagas, la dejaron no solo curada perfectamente, sino con mayores fuerzas para soportar los tormentos. Sabido de Diocleciano aquel prodigio, la llama nuevamente á su presencia, y vista por él sana cuando la habia visto el dia antes hecho su cuerpo una llaga viva, admirado, trata de persuadirla que debe su curacion á Júpiter que, compadecido de ella, quiere que sea emperatriz romana, añadiendo las promesas mas ventajosas para vencer lo que él llamaba su terquedad; pero reiterando la ilustre Vírgen y con nuevo brio la misma confesion que tenia hecha, enfurécese de nuevo Diocleciano, no pudiendo sufrir que una delicada doncella tuviese atrevimiento para despreciarle; y manda que con una áncora atada al cuello sea precipitada en las aguas del Tíber. Tuvo efecto la sentencia, mas sucedió muy al contrario de lo que pensaba el bárbaro Diocleciano; porque en el acto de precipitar la Santa al rio, bajaron dos Ángeles que cortaron la atadura que la ligaba al áncora, y mientras esta daba fondo en el rio, los mismos Ángeles llevaron á la Mártir sobrenadando hasta la orilla del rio, causando con este prodigio la conversion de muchos gentiles que lo presenciaron. En el colmo de su furor ordena Diocleciano que sea asaeteada; mas los dardos no obedecen á la impulsion, y no pueden salir del arco. No puede decirse el furor y rabia que de esto recibió el Emperador; y creyéndola mágica, dispone que las flechas sean enrojecidas al fuego. Es obedecido; arman los archeros sus ballestas, disparan las flechas, y aun no llegan á la mitad del espacio que debian recorrer para herir á la Mártir, cuando cambiando de improviso una direccion opuesta, retroceden y traspasan á los mismos que las disparan: seis archeros caen muertos. Entonces muchos otros de los que fueron libres de aquel peligro, y gran parte del pueblo, confesaron públicamente á Jesucristo. El cruel Diocleciano no se mudó un punto de su propósito con este acaecimiento; recelando empero algun accidente mas funesto todavía por lo que pasaba, y temeroso de una sublevacion, mandó degollarla inmediatamente.

Sus sagrados restos recogidos de los fieles fueron sepultados en las catacumbas de Santa Priscila, segun hemos dicho antes, permaneciendo allí en estado de oscuridad por espacio de quince siglos. (*Relacion hist. de Lucia*).

La Misa es en honor de la vírgen y mártir santa Filomena, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius; ut qui beatæ Philumenæ virginis et martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur. Per Dominum nostrum...

Ó Dios, que entre los otros prodigios de tu poder has hecho victorioso en los tormentos del martirio el sexo mas frágil; concédenos la gracia de que honrando el dichoso triunfo de tu vírgen y mártir santa Filomena, caminemos á tí por medio de sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo LI *del Eclesiástico.*

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus es mihi adjutor. Et liberasti me secundum multitudinem misericordiæ nominis tui à rugientibus præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me: à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuata: de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta: laudabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio: porque has sido mi ayuda y mi protector, glorificaré tu nombre; y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme; de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciònes que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor: de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira; de un rey injusto, y de las lenguas maldicientes. Mi alma alabará hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

REFLEXIONES.

No hay en el dia de hoy cosa mas comun en el mundo que el nombre de amigo; pero tampoco la hay mas rara que hallar uno que

lo sea verdaderamente. Es la amistad una tácita convencion de amarse y de estimarse recíprocamente; considera bien si en nuestros tiempos reina mucho en el mundo esta recíproca convencion. Lo que hoy llaman los hombres *amistad*, hablando propiamente no es mas que un disimulado comercio de interés en que siempre espera ganar algo el amor propio; y en acabándose el interés, se acabó tambien la amistad. Es el mundo un gran teatro en que con capa de amistad se engañan los hombres los unos á los otros. El que tiene mas habilidad para disimular, ese pasa muchas veces por el mejor amigo. Lleno está el mundo de estas amistades aparentes. El que viere aquellas demostraciones expresivas, llenas al parecer de intimidad y de cariño; quien oyere aquellas protestas de una amistad fina y eterna, aquellos ofrecimientos á todos los buenos oficios, juzgará que la amistad es el alma que anima y pone en movimiento todo el comercio del mundo; con todo eso apenas se hallará un verdadero amigo entre los que profesan vivir á la moda de él. Deshácense todos á cumplimientos y á cortesías; pero no hay cosa menos sincera ni mas falaz. Los hombres del mundo en tanto son tus amigos, en cuanto les puedes ser de algun provecho; cuando ya no esperan cosa alguna de tí, acabóse la amistad. El nudo de esta amistad aparente es una pasion; y de una pasion, ¿quién podrá fiarse? Una enfermedad, un revés de fortuna, una desgracia es un golpe de viento que disipa todos estos falsos amigos. Los mundanos son pródigos en cumplimientos; ¡pobre de aquel crédulo que quiera ser el juguete y la burla de ellos! El espíritu del mundo es enemigo de toda verdadera amistad, y los poderosos apenas la conocen. ¿Quién hace mucho caudal de los amigos que se llaman cortesanos? Y con todo eso apenas se cultivan otros. Pero no se crea que la amistad reina mas entre el menudo pueblo. Seguramente se puede decir que la verdadera amistad está desterrada del mundo. El interés es el único que liga los corazones; pues ¿qué maravilla es que un lazo tan débil se rompa tan fácilmente? Mas acaso se encontrará entre los parientes la verdadera amistad. ¡Ah! que no hay enemistad mas viva que la que se introduce en las personas de una misma familia. Aun la amistad mas bien establecida está siempre pendiente del humor y del capricho. Úsase poco en el mundo la buena fe, y por consiguiente han de ser muy pocos los amigos verdaderos. Desengañémonos; solo es verdadera amistad aquella que está fundada en la virtud. Ninguna hay sino la que estriba en este cimiento: ella sola es la que está á cubierto contra las inconstancias de la vida. En

ella no tiene parte ni la pasion, ni el interés, ni el capricho; mantiénese inmoble en medio de las tempestades. Solamente los buenos pueden contar con ella con entera seguridad; por tanto, solo hay amistad verdadera entre los virtuosos.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus, quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro; quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus; et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será el reino de los cielos semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

De la fe cristiana.

Punto primero. — Considera que aunque la fe es virtud del entendimiento, la falta de ella es vicio de la voluntad. Dices que si tuvieras fe, ya hubieras dejado esos ilícitos gustos; pues yo te digo que

si hubieras dejado esos gustos ilícitos sin duda tendrias fe. Admirámonos de que muchas personas, por otra parte de bastante entendimiento, desbarren obstinadamente en errores de religion, hasta defenderlos como dogmas. Desenvuélvanse bien los misterios de su corazon; cúrenlos de sus ilusiones, y se verá que á la mudanza del corazon se sigue inmediatamente la conversion del entendimiento. Es cierto que las nieblas y las nubes se forman en el aire; pero todas provienen del agua que está sobre la superficie de la tierra. La herejía reside en el entendimiento; pero su orígen y sus progresos nacen del corazon. Comiénzase á dudar desde que se comienza á vivir mal; el primer paso para no ser buen católico, es comenzar á ser mal cristiano. El curso de la fe sigue por lo comun el de las costumbres; cuando estas se estragan, aquella se pierde ó se debilita. No queremos que sea verdad aquello que nos incomoda, cuando se sigue un camino mas fácil y de mayor conveniencia. El corazon esclavo de la pasion presto corrompe y engaña al entendimiento. De la duda se pasa fácilmente al error; y una vez que el orgullo, la impureza, la avaricia, la venganza dominaron el terreno, ya no se aplica el entendimiento á combatir sus ilusiones, sino á sostenerlas y seguirlas. ¡Oh buen Dios, á cuántos y de cuántos errores desengañaria un poco de reflexion en un punto que tanto nos importa! En tan deplorable disposicion las verdades mas terribles de la fe se consideran como preocupaciones de la infancia y de la educacion. Enteramente corrompido el entendimiento por la malignidad del corazon, se constituye juez soberano de la fe, y solo toma el voto á los sentidos. Recíprocamente el entendimiento defiere ciegamente á las inclinaciones naturales del corazon, y el corazon profesa igual deferencia á las luces naturales del entendimiento, por escasas y por limitadas que sean. Todo aquello que no alcanza la razon natural es condenado; nada se cree sino lo que se sujeta á la jurisdiccion de sus ideas. Mútuamente se sirven uno á otro el corazon y el entendimiento. Despues de esto, nos admiramos de que en todos tiempos broten tantos errores y tantas sectas á cual mas perniciosas. Búsqueselas el orígen, que es muy fácil de encontrar, y se hallará que no tuvieron otro principio todas las herejías. Y aun se puede añadir que la diferencia de dogmas nació de la diversidad de las pasiones. Los heresiarcas, ó los caudillos de aquellos cuyos desvaríos está llorando la Iglesia tantos años há, imprimieron el carácter de su genio y de sus inclinaciones, ó, por mejor decir, comunicaron

sus pasiones á la secta que producian. Efecto fue de orgullo su rebelion contra la Iglesia y su furor contra las verdades de la fe: los nuevos sistemas de religion lo fueron de su ambiciosa arrogancia; y toda la basa, todo el cimiento de su moral salió de la cantera de su disolucion. ¡Oh mi Dios, y cuánto importa conservar la pureza de las costumbres si se quiere conservar la pureza de la fe!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que el mas infeliz de todos los estados es el de un cristiano que cree poco. La escasa luz que le ha quedado le basta para perderse, y no le basta para salvarse. Manteníase libre la fe cuando los primeros cristianos estaban aprisionados, y ahora que están libres gime la fe aprisionada. Esto nace de que las pasiones ocuparon el lugar de los tiranos. ¿De qué proviene la extrema, la lastimosa negligencia en todo lo que pertenece al negocio de la Religion? De que la fe está apagada. Es la pasion apoderada ya de un corazon medio derretido con la relajacion y la pereza, como el fuego aplicado á un leño verde; levanta un humo espeso que ofusca la razon, y no la deja ver los objetos sobrenaturales, pues aun en los materiales y sensibles nos ciega la pasion. ¿Qué maravilla es que no nos deje percibir los espirituales y divinos? Aquello mismo que retrae á los malos atrae á los buenos; lo que ofende á los disolutos consuela á los virtuosos; estos no acaban de admirar lo que aquellos no pueden creer. La Eucaristía, la Encarnacion, la muerte de un Hombre-Dios, todos aquellos grandes misterios, en que encuentra tanta dificultad la fe de los malos cristianos, inflaman mas y mas el amor de los arreglados y de los fervorosos. Dices que no puedes comprender que un Dios se abatiese hasta hacerse hombre por la salvacion de aquellos mismos hombres que tan mal se habian de portar con Dios; pero si tú lo comprendieras, ¿seria maravilla tan digna de admiracion? Si Dios no pudiera hacer mas que lo que nosotros podemos concebir, ¿seria Dios? Si el ser, que es propio de solo Dios, fuera accesible á la débil y limitada comprension del entendimiento humano, ¿seria un ser infinitamente perfecto é infinito? Quiso Dios darse á conocer al hombre únicamente por medio de las luces de la fe; no hay otra senda para la salvacion ni otro camino para la gloria eterna. Y despues de esto ¿se sentirán grandes dificultades en creer lo que revela Dios? Pero ¿qué trabajo puede costar el rendir nuestro entendimiento, el sujetarle como esclavo á la obediencia de Jesucristo? ¡Mi Dios, y qué poco entendimiento hay donde hay fal-

ta de fe! Perdonad, Señor, mi infidelidad, funesto orígen de todos mis descaminos. Avivad mi fe, resucitadla, y ella será la medida de mi penitencia y de mi amor.

JACULATORIAS.—Señor, aumentadnos la fe. (*Luc.* VII).
Creo, Señor, creo; pero fortaleced esta mi fe. (*Marc.* IX).

PROPÓSITOS.

1 Negarse á creer lo que la Iglesia nos propone es insigne locura; pero ¿lo será menor no vivir segun la ley que se cree? En nuestra Religion la fe igualmente tiene por objeto al moral que al dogma. Fácilmente se creeria todo lo que se quisiese, con tal que á cada uno se le permitiese vivir como se le antojase. En nuestra Religion es necesario creer, pero tambien es necesario vivir conforme á lo que se cree. Esta es una verdad muy importante; pero no menos sensible para muchos. *Hermanos mios,* dice el apóstol Santiago, *si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras, ¿de qué le servirá? ¿Acaso la fe sola le podrá salvar? La fe sin obras,* añade el mismo Apóstol, *es una fe muerta. Pero dirá alguno: Tú tienes fe, y yo tengo obras; mas sin las obras, ¿dónde está la fe? Yo le muestro mi fe por mis obras.* Este es el lenguaje que debes usar. Examina si tus obras, si tus costumbres, si tu proceder acreditan que tienes fe. No te aturdas ni te engañes en un punto tan esencial. Esta ha de ser hoy, y por muchos dias, la materia de tu meditacion y de tus frecuentes reflexiones: cuando hagas el exámen de la noche, pregúntate si dieron testimonio de tu fe las acciones de aquel dia. Este ejercicio bien observado bastaria para elevarte en poco á la mas eminente santidad.

2 Ya, gracias al Señor, no está expuesta nuestra fe á pruebas muy dificultosas; cesaron los enemigos del nombre cristiano, y vivimos en tiempo en que la religion cristiana reina pacíficamente sin tormentos ni borrascas. Pero aun en este tiempo de paz no es necesario menos valor para declararse abiertamente en muchas ocasiones por verdadero cristiano, haciendo descubierta profesion de la ley de Jesucristo y de las máximas del Evangelio. Guárdate bien de avergonzarte de la virtud. Cuando concurras con los mundanos, no dudes un punto en condenar las máximas del mundo; defiende en todas ocasiones aquellos piadosos y devotos ejercicios de que suelen hacer insulsa chacota los relajados y los disolutos. Haz mucha estimacion de todos, y practica los que se proporcionaren á tu estado; defiéndelos con prudencia, persuadido á que no son los menos res-



petables los mas sencillos; y sobre todo, los que se dirigen á rendir á la santísima Vírgen el culto que se la debe.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

Santa Clara, vírgen, en Asis en la Umbría; primera planta de las pobres religiosas del Órden de Menores: por su ilustre vida y milagros la puso en el número de las santas vírgenes el papa Alejandro IV. *(Véase su vida hoy).*

El martirio de san Euplio, diácono, en Catania en Sicilia, en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano. Despues de haber sido atormentado mucho tiempo por confesar á Jesucristo, finalmente fue degollado, y alcanzó la palma del martirio.

Santa Hilaria, madre de santa Afra, en Augsburgo; la cual velando de noche junto al sepulcro de su hija, fue allí mismo quemada por los perseguidores de la fe de Cristo juntamente con sus criadas Digna, Euprepia y Eunomia. *(Véase la historia de estas Santas en las de* san Narciso, *obispo de Gerona, dia* 29 *de octubre, y de* santa Afra, *dia* 5 *de agosto).*

En el mismo dia y en la misma ciudad padecieron el martirio los santos Quiriaco, Largio, Crescenciano, Nimia, Juliana y otros veinte.

Los santos mártires Macario y Juliano, en Siria.

Los santos mártires el conde Aniceto y Fotino su hermano, con otros muchos, en Nicomedia, en tiempo del emperador Diocleciano.

El martirio de los santos Graciliano y Felicísima, vírgen, en Faleria en Toscana; á los cuales por confesar la fe, primero les quebrantaron los rostros con piedras, y despues siendo degollados alcanzaron la deseada palma del martirio.

Los santos mártires Porcario, abad del monasterio de Lerins, con otros quinientos monjes, los cuales defendiendo la fe católica fueron asesinados por los bárbaros.

La muerte gloriosa de san Eusebio, obispo y confesor, en Milan.

San Erculano, obispo, en Brescia.

SANTA CLARA, VÍRGEN.

Santa Clara, tan célebre en toda la Iglesia por su eminente santidad y por el prodigioso número de santas hijas que la reconocen por su digna madre, fue de la ciudad de Asis, en Umbría, patria del glorioso Padre san Francisco. Nació el año de 1193, y fue su padre Favorino Sciffo, en quien se conservaba toda la varonía de las dos ilustres casas de Sciffi y de Fiumi, ambas de las mas nobles y de las mas distinguidas del país, no solo por sus opulentos bienes, sino por los elevados empleos que sus gloriosos progenitores habian

obtenido en la milicia, mandando los ejércitos con tanto honor como reputacion. Su madre se llamaba Hortulana, aun mas respetada por su virtud que por su noble nacimiento; siendo tanta su devocion, que emprendió las peregrinaciones del Santo Sepulcro en Jerusalen, de San Miguel en el monte Gárgano, y de San Pedro en Roma. Asegúrase por cierto que, durante su preñado, encomendando á Dios el fruto que traia en su vientre, oyó una voz que la dijo daria á luz una antorcha que iluminaria toda la tierra; y que en atencion á este vaticinio, puso á su hija el nombre Clara.

Verificóle presto el tiempo; porque prevenida Clara de la gracia de Jesucristo desde la misma cuna, dió á conocer por lo que ya era lo que con el tiempo habia de ser. No hubo niña que menos lo pareciese. Anticipóse la devocion á la edad y al conocimiento: sus entretenimientos y sus juegos eran la oracion; siempre se hallaba de rodillas en su cuarto; y á falta de rosario iba contando por un monton de piedrezuelas los Padre nuestros y Ave Marías que rezaba. Desde que nació profesó una tierna devocion á la Reina de las Vírgenes, y por consiguiente un extremo amor á la pureza. Esta fue en parte su carácter. La caridad que tenia con los pobres la empeñaba muchas veces, á pesar de sus pocos años, en algunos excesos, reservando siempre la mayor parte de lo que la daban para repartirlo entre los necesitados.

Crecia su virtud con la edad; y su aversion á todo lo que sonaba á mundo crecia con su virtud. Nunca fueron de su gusto las galas, los juegos ni las diversiones del mundo; toda su inclinacion era al retiro. Pero obligada á vestirse como las otras damas de su calidad, las joyas y los adornos mujeriles eran para ella un verdadero tormento, conociéndose desde luego lo mucho que esto la mortificaba. Era muy celebrada por su hermosura, pero mucho mas por su modestia. Proponíansela á sí mismas por modelo las religiosas mas ajustadas, y las gentes del mundo la respetaban por un prodigio de virtud. Continuamente llevaba un áspero cilicio debajo de sus ricos vestidos, y aunque á su virtuosa madre la daba mucho gusto el verla tan devota, con todo eso, se quejaba perpétuamente de los excesos de su mortificacion. Y á la verdad, Clara no pensaba mas que en macerar su cuerpo en una edad que solo inspira la delicadeza y el regalo. Sus delicias eran ayunar, orar y entregarse á las mas rigurosas penitencias. Su virtud experimentó cierto nuevo y visible aumento, oyendo referir la admirable vida que hacia san Francisco en su pequeño convento de la Porciúncula. Determinó verle, y co-

municar con él los medios de que se podria valer para consagrarse á Dios con una vida mas perfecta.

Ya el siervo de Dios tenia muchas noticias de nuestra Santa por la fama de su eminente santidad. Fué Clara en busca suya, acompañada de otra doncella virtuosa de toda su confianza; y prendada de la humildad, de la dulzura y de la virtud del Santo, le comunicó sus deseos de entablar una vida de mayor perfeccion. Ya habia revelado Dios á san Francisco los altos fines á que tenia destinada aquella grande alma; y así, descubrió muy presto aquel inestimable fondo de pureza, aquel amor de Dios, y aquel desasimiento de todas las cosas de la tierra, que admiraba al mismo cielo, con que el Señor la habia enriquecido para su mayor gloria. Confirmóla en la resolucion de consagrar con voto su virginidad á Jesucristo, y de abandonarlo todo por su amor, declarándola que el Señor la llamaba á la mas elevada perfeccion, por un camino enteramente parecido al que le habia señalado á él.

Antes de tomar la Santa algun partido, volvia de cuando en cuando á la Porciúncula á tratar con el seráfico Padre; y este poco á poco la fué comunicando su espíritu, inspirándola el pensamiento de hacer para las personas de su sexo lo mismo que él habia comenzado ya en beneficio de los hombres. Dispusieron el plan entre los dos durante la Cuaresma del año de 1212; y escogieron el dia 18 de marzo, que era domingo de Ramos, para la ejecucion de tan gloriosa empresa. Este dia se dejó ver la Santa en la catedral, adornada con las mas preciosas galas que tenia, como si fuese á cumplir con el precepto de la Iglesia. Acudieron todos los demás á recibir los ramos, y sola Clara se mantuvo en su sitio por modestia. Bajó entonces el obispo del altar, y encaminándose á donde estaba la Santa, la entregó una palma, como presagio de la gloriosa victoria que aquel dia habia de conseguir del mundo. Por la tarde pasó á la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, llamada la Porciúncula. Recibióla san Francisco, acompañado de sus frailes, todos con velas en las manos, y cantando salmos. Despues de una breve oracion, hizo Clara que la cortasen el cabello; y recibiendo el hábito de penitencia al pié del altar, pasó á una casa vecina, donde se desnudó de sus galas, y se vistió de un grosero saco, ceñido con una cuerda. Condújola despues san Francisco á la iglesia de San Pablo, y la entregó en manos de las religiosas Benedictinas.

Esta accion sorprendió á toda la ciudad; y como Clara no contaba á la sazon mas que diez y ocho años, se calificó esta resolucion de lige-



reza, ó por un rasgo inconsiderado de la juventud. Sobre todo, se mostraron muy irritados sus padres y sus parientes, pareciéndoles que aquella determinacion manchaba el honor de toda la familia. Practicaron todos los medios que pudieron para obligarla á desistir de ella, sin perdonar á los esfuerzos de la violencia para arrancarla de su asilo; pero nada bastó para doblar su constancia, porque asiendo fuertemente el altar con una mano, y mostrando en la otra sus cabellos cortados á los que intentaban sacarla del monasterio: *Sabed*, les dijo, *que jamás tendré otro esposo que Jesucristo, ni vestiré otro traje que este hábito y sayal de penitencia.* Á vista de tan resuelta determinacion, se despidieron los enemigos de su reposo. Con todo eso, le pareció á san Francisco que estaria mas segura en el monasterio de San Ángel de Panso, que era de la misma Religion de san Benito.

Aun no habia estado quince dias en él, cuando Inés, hermana menor de la Santa, vino en busca suya para servir á Dios con el mismo hábito, y vivir en su compañía el resto de sus dias. Esto irritó mucho mas á toda la parentela. Acudieron al convento doce de sus deudos para sacarla por fuerza, y despues de otros muchos desórdenes que cometieron, la arrancaron con violencia de entre los mismos brazos de su hermana. Hiciéronla pedazos el hábito, arrastráronla, acoceáronla, llenáronla de injurias; pero ella protestaba que no dejaria de ser monja aunque la matasen. Como Clara no podia resistir á la fuerza, recurrió á Dios; y despues de una breve pero fervorosa oracion, sale del convento, corre tras de su hermana, y con un prodigio que tuvo por testigos á todos los parientes, la hizo inmoble. En vano llamaron por socorro para moverla, aunque fuese arrastrándola; no fue posible menearla. Aturdiólos la maravilla; y viendo que el cielo se interesaba en el negocio, avergonzados de haber hecho inútilmente tantos esfuerzos, la dejaron en las manos de Clara, que como en triunfo la restituyó al monasterio.

Publicóse este portentoso suceso, y á vista de él abrieron los ojos todos los que los tenian tan cerrados. Hizo san Francisco reparar la iglesia de San Damian que se iba arruinando; y habiendo comprado la casa que estaba contigua á la misma iglesia, trajo á ella á sus dos hijas. En esta iglesia tuvo principio el célebre Órden de religiosas Franciscas, así como le habia tenido el de los religiosos en la iglesia de la Porciúncula; y tal fue el nacimiento de aquella ilustre Religion de vírgenes seráficas que, en estos últimos tiempos en que iba desmayando tanto la virtud cristiana, resucitó aquellos milagros de penitencia, de fervor, de inocencia y de santidad, que son la admi-

racion del universo, haciendo reflorecer la preciosa flor de la virginidad, que parecia haber marchitado el tiempo. Aprobóla luego el papa Inocencio III en el mismo año de 1212; y en el siguiente la confirmó su sucesor Honorio III, comenzándose desde luego á llamar la Religion de las Clarisas, del nombre de su fundadora santa Clara, la cual tuvo el consuelo de ver aumentarse inmediatamente su pequeño rebaño. Su misma madre Hortulana, y Beatriz, la menor de sus hermanas, quisieron ser del número de sus hijas. Otras doce jóvenes señoritas abrazaron el nuevo Instituto, que además del ejercicio de todas las virtudes, hace profesion de un total desasimiento y de una extrema pobreza. Todas hicieron los tres votos en manos de san Francisco; y todas á una voz eligieron por madre y superiora suya á santa Clara. Obedeció, pero considerándose siempre por su humildad la ínfima de todas, se la hacia insoportable la carga. Hizo increibles esfuerzos para que la librasen del empleo. Representó que creciendo cada dia el número de las monjas, no eran suficientes sus fuerzas ni su capacidad para el gobierno de tantas, y que no faltaban religiosas en el convento muy capaces y muy dignas de aquel empleo. Pero á san Francisco le hicieron mas fuerza las razones de todas las demás que las suyas; y por parecer de todas, la confirmó en el oficio de superiora, dándola el nombre de abadesa á pesar de su repugnancia.

Consideró Clara la dignidad de su cargo como nuevo título ú obligacion de ser mas humilde, mas pobre, mas mortificada y mas fervorosa que todas las hermanas. No solo las servia en el refectorio, en la enfermería y en todo lo demás; sino que se valia de su autoridad de superiora para dejar á las otras los oficios mas fáciles y menos repugnantes, cargando ella sola con los mas penosos, mas bajos y mas contrarios á la misma naturaleza. Su virtud favorita era la santa pobreza. Dió de esto buenas pruebas desde el principio de su conversion, distribuyendo entre los pobres todos los bienes que heredó por muerte de su padre, sin aplicar á sí ni á su convento un solo maravedí. No solo no consintió jamás que sus conventos tuviesen fondos ni rentas, sino que severamente prohibió se hiciesen en ellos grandes provisiones, queriendo que dependiesen de la caridad de los fieles. No gustaba de que los frailes que salian á pedir limosna para el convento trajesen panes enteros, sino los mendrugos y regojos que sobraban á los que la hacian. Escogió el título de *Pobre*, como el mas honorífico para su comunidad, y con efecto, su Religion se intituló: *La Religion de las señoras Pobres*. El papa Gregorio IX, que la ve-

neraba mucho, y desde el principio de su pontificado se habia encomendado á sus oraciones, deseó que admitiese rentas, y aun se las ofreció para asegurar la subsistencia de sus monasterios; pero le hizo tantas instancias, y le alegó tantas razones para que en nada alterase el primitivo espíritu de su Instituto, que Su Santidad desistió del intento, y alabó su grande confianza en la divina Providencia. Mostró Dios cuánto le agradaba esta confianza y este heróico espíritu de pobreza. En una ocasion no habia en el convento mas que un pan, y ese muy pequeño: llegó la hora de comer, y la Santa ordenó á la despensera que enviase medio pan á los frailes que las servian, y del otro medio hiciese cincuenta porciones para otras tantas monjas que habia en la comunidad. Obedeció la despensera, y el pan se multiplicó tan milagrosamente, que bastó para que todas las religiosas quedasen satisfechas. Otros muchos prodigios obró el Señor para manifestar cuánto velaba sobre sus necesidades; de manera, que con mucha razon fueron las Clarisas llamadas por mucho tiempo *las monjas de la Providencia.*

Siendo este total desasimiento de las cosas del mundo objeto digno de la admiracion universal, no se tenia por menos milagro su asombrosa penitencia. Fuera de la exacta observancia de las reglas comunes á las demás, como andar siempre con los piés descalzos sin zoclos ni sandalias, dormir sobre la dura tierra, ayunar todo el año, y muchos dias á pan y agua; y no ver, ni ser vista de persona alguna de fuera, hacia otras penitencias tan extraordinarias, que apenas se pueden referir sin riesgo de no ser creidas. Tenia dos cilicios de que usaba alternativamente, uno de crines que traia á raíz de las carnes, ceñido con una cuerda de trece nudos; otro era una piel de puerco, cortadas las cerdas muy por abajo, cuyas puntas se la metian por la carne, haciéndola padecer un continuo y penosísimo martirio. Las dos Cuaresmas de la Iglesia y de san Martin, que acaba el dia de Navidad, las ayunaba todas á pan y agua, menos los lunes, los miércoles y los viernes, que nada comia absolutamente. Por muchos años no usó otra cama ni otro abrigo en ella que la desnuda tierra; con un manojo de sarmientos por cabecera. Este fue su lecho hasta pocos años antes de su muerte, en que por expreso precepto del obispo de Asis y de san Francisco se acostó encima de un poco de paja.

Pero estas excesivas penitencias no carecian á la verdad de muchos consuelos. Favorecida de un sublime don de contemplacion, gozaba frecuentes comunicaciones con su Dios, que la daba anticipadamente á gustar en la tierra aquellas dulzuras espirituales que

son como la prueba de las delicias del cielo. Su oracion era siempre fervorosa, y rara vez sin derramar en ella copiosas lágrimas; salia de ella toda abrasada en las llamas del divino amor, y sus palabras todas eran fuego, acompañadas de un atractivo tan eficaz, que se hacia dueña de todos los corazones. Apenas la daban otro nombre que *el de la enamorada de Jesucristo. Vivo yo* (repetia muchas veces al dia), *mas no soy yo la que vivo; Jesucristo vive en esta indigna sierva suya.* La devocion que profesaba á la Madre correspondia en todo á la ternura con que amaba al Hijo. No se vió jamás devocion mas afectuosa ni mas encendida con la santísima Vírgen.

Al fin, sus excesivas penitencias la arruinaron la salud; pero nunca la debilitaron el fervor. No pudiendo ya mantenerse sobre sus piés, se hacia llevar delante del santísimo Sacramento; y luego que se ponia en su presencia, era arrebatada en éxtasis. Estando tan impedida, que solo tenia libres las manos, trabajaba para la iglesia, hilando la tela para los corporales; y no obstante su extremo amor á la pobreza, queria que todo lo que habia de servir al culto divino fuese precioso, magnífico y exquisito.

El emperador Federico II, habiendo declarado la guerra á la Silla apostólica, asolaba el Estado eclesiástico con su ejército, lleno de sarracenos. Fue sitiada la ciudad de Asis, y como el convento estaba inmediato á las murallas, los infieles iban ya á forzarle. Llena entonces la Santa de una vivísima confianza, se hizo llevar á la portería con el santísimo Sacramento, dentro de una cajita de plata, cerrada en otra de marfil. Postrada allí con todas sus hijas delante de Jesucristo, exclamó: *Señor, ¿quereis entregar en manos de los infieles estas pobres siervas vuestras, que no tienen otro socorro que Vos, y que colocan en Vos toda su confianza?* Apenas pronunció estas palabras, cuando se oyó una voz que salia como de lo interior del copon de la caja, y la dijo: *No temas, hija mia; yo os guardaré, y os libraré siempre de todo insulto.* En el mismo punto, atemorizados los soldados, se precipitaron del muro que ya habian escalado, y los enemigos levantaron el sitio.

Un año antes de su muerte, el cardenal de Ostia, que despues fue papa con nombre de Alejandro IV, noticioso de la extremada debilidad á que la habian reducido las enfermedades, hizo un viaje desde Perusa á Asis solo por verla. Despues de una larga conversacion, en la cual formó mucho mayor concepto de su eminente santidad, pareciéndole que estaba ya en el último peligro, quiso administrarla por sí mismo el santo Viático. Luego que le recibió, el mismo

aumento de fervor, que en semejante ocasion resplandece siempre en todos los Santos, la hizo cobrar nuevas fuerzas. El año siguiente, volviendo de Francia á Italia el papa Inocencio IV, quiso visitar á la Santa antes de restituirse á Roma. Pasó por Asis con gran número de cardenales; y al llegar á la ciudad supo que santa Clara acababa de recibir el Viático, administrado por el provincial de los Padres Menores. Entró en el convento con cuatro cardenales, y Su Santidad la alargó la mano para que se la besase; pero la Santa quiso absolutamente besarle los piés, y fue preciso darla este piadoso gusto. Pidió despues humildemente la absolucion de sus pecados, mostrando con sus palabras y con sus lágrimas que verdaderamente se tenia por la mayor pecadora que habia sobre la tierra. Dióla el Papa la bendicion apostólica, y la concedió una indulgencia plenaria en remision de sus pecados; diciendo al retirarse, que el mundo iba á perder una de las mayores Santas que se habian visto en la Iglesia.

Quiso Clara hacer su testamento, á imitacion de su padre san Francisco, no ya para dejar á sus hijas espirituales los bienes temporales que tan de antemano habia renunciado, sino aquel espíritu de la mas perfecta pobreza que deseaba perpetuar en su religiosa posteridad, como herencia propia de su Órden. Hablándola su confesor, que se llamaba Fr. Reginaldo, sobre el mérito y sobre las utilidades de la virtud de la paciencia: *¡Oh mi padre!* dijo la Santa, *desde que Dios me hizo la gracia de que me consagrase toda á su servicio, ningun trabajo se me ha hecho penoso, ninguna penitencia difícil, ninguna enfermedad desagradable. ¡Ay padre mio* (añadió), *y qué cosa tan dulce es padecer por amor de Jesucristo!* Su agonía fue propiamente un acceso mas violento del divino amor, y en ella se asegura que se le apareció Nuestro Señor, acompañado de un gran número de vírgenes que la convidaban á que fuese á celebrar sus bodas con el Esposo celestial; y en el mismo dichoso momento entró en el gozo del Señor el dia 11 de agosto de 1253, cási á los sesenta años de su edad, habiendo pasado los cuarenta y dos en la vida religiosa.

Luego que se divulgó la noticia de su muerte, toda la ciudad concurrió al monasterio, y el mismo Papa, que ya habia partido, volvió á ella con todos los cardenales para asistir á su entierro. Comenzaban los religiosos de san Francisco á cantar el oficio de difuntos de cuerpo presente, cuando el Papa les envió á decir, que antes bien debian cantar el oficio de las santas Vírgenes; pero el cardenal de Ostia representó á Su Santidad que no era razon precipitar las cosas en un negocio de tanta importancia; y que no obstante ser tan-

tas y tan visibles las muestras de la santidad de aquella virtuosa vírgen, siempre seria preciso hacer informaciones jurídicas de la heroicidad de sus virtudes y de la verdad de sus milagros, antes de decretarla el culto y los honores de Santa. El mismo cardenal pronunció la oracion fúnebre, y el cuerpo de la Santa fue conducido, como en triunfo, al convento de la iglesia de San Gregorio, á donde tambien habiá sido trasladado el del seráfico Padre san Francisco, por considerarse menos expuesta á las excursiones de los enemigos que la de San Damian. Luego se hizo célebre y glorioso su sepulcro por una multitud prodigiosa de milagros; y elevado el año siguiente á la Silla apostólica el cardenal de Ostia, con el nombre de Alejandro IV, la canonizó con grande solemnidad dos años despues de su muerte, señalando su fiesta, no en el dia 11 de agosto en que sucedió, sino en el dia 12, en que el mismo Papa habia pronunciado su oracion fúnebre. Cinco años despues fue levantado el santo cuerpo para ser trasladado á otra iglesia que se habia edificado en su honor y con la advocacion de su nombre, haciéndose esta traslacion en presencia del papa Clemente IV, que habia sucedido á Urbano IV, sucesor inmediato de Alejandro.

En vida de la Santa se habia extendido su Órden por Italia, Francia y Flandes, sin que ella se moviese de su convento de San Damian, contentándose con enviar algunas hijas suyas para fundar los conventos de su santa regla. Esta sagrada Órden, tan recomendable por la perfeccion de su instituto, como respetable por el resplandor de las virtudes evangélicas que edifican á toda la Iglesia, se ha dividido despues en muchas y diferentes ramas.

Las que se mantuvieron siempre en el primitivo espíritu del Instituto, ó abrazaron despues la reforma de santa Coleta, conservan el antiguo nombre de Clarisas ó de señoras pobres de santa Clara. Las que dos años despues de la muerte de nuestra Santa admitieron la dispensa del papa Urbano para poder poseer rentas, se llaman Urbanistas. Aquellas que añadieron á los estatutos algunos reglamentos particulares, se dicen Capuchinas; otras de la Anunciada; otras del Ave María; otras de la Concepcion; otras Recoletas. Todas estas ramas, unidas á su tronco, componen mas de cuatro mil conventos, y en ellos cerca de cien mil religiosas.

La Misa es en honor de santa Clara, y la Oracion la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut sicut de beatæ Claræ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Óyenos, Señor y Salvador nuestro; y haz que la alegría que sentimos en la festividad de tu bienaventurada vírgen santa Clara sea acompañada de los afectos de una verdadera devocion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo X *y* XI *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est; sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me. Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloria, gloríese en el Señor: porque no es digno de aprobacion el que se recomienda á sí mismo, sino aquel á quien recomienda Dios. Ojalá soportárais algun tanto lo que os parezca imprudencia mia. Pero dispensadme, pues estoy lleno de santa emulacion en Dios por vosotros, porque he prometido á Jesucristo presentaros á él santos, como una vírgen casta á su único esposo.

REFLEXIONES.

No es estimado aquel que se alaba á sí mismo. No hay cosa mas despreciable, ni realmente mas despreciada, que un hombre orgulloso. Pocas pasiones hay mas locas. No puede uno vivir tan satisfecho de sí mismo, ni tan prendado de su imaginario mérito, sin una visible falta de virtud, y aun de entendimiento, y sin algun desórden en el juicio. El que imprudentemente se alaba, por el mismo hecho se desacredita; á todo hombre de juicio sentado se le hace insufrible esta necia vanidad. Puede alguna vez importar mucho el que se sepa que un grande te escribe, que un hombre sábio es amigo tuyo, que otro de distincion te estima; pero siempre es cosa ridícula que esto se sepa por tí. Este hipo de alabarse á sí propio, no solo es siempre pueril, sino clara señal de poca cabeza; descúbrese no sé qué especie de parvulez y de imbecilidad en alabarse uno tan groseramente. *Dicentes se esse sapientes*, dice el Apóstol (*Rom.* I), *stulti facti sunt.* Por eso quiso el Señor que el orgulloso encontrase el castigo en el orgullo mismo. Pretende ser estimado, y por lo mismo se hace despreciable. Pero, al contrario, un bajo concepto de sí, un eterno silencio sobre todo lo que puede granjearte estimacion, son pruebas relevantes de un verdadero

mérito, y ceden en mucho honor del que las posee. Ciertamente no hay pasion mas contraria al fin que se propone, y aun á aquel mismo bien imaginario con que nos lisonjea, que el orgullo; porque al fin intenta sobresalir, brillar, descollar sobre los demás. ¡Esfuerzos vanos, frívolos proyectos! El orgulloso busca en todo la distincion, y en todo encuentra la confusion y el desprecio. Fatígase por dar una alta idea de su persona, y solo consigue hacerse la fábula de toda la ciudad y la risa de la gente de bien. Pero si á lo menos escarmentara á su costa, habria algun logro; pero no hay que esperarlo. El orgullo ciega; bien puede verse pisado, pero domado nunca se verá. Los oficios de mayor abatimiento le irritan, mas no le curan. ¡Cosa extraña! no hay en el hombre vicio que tenga menos fundamento, y no le hay que eche mas profundas raíces. ¿Quién puede entrar dentro de sí mismo sin encontrar mil cosas que le humillen? Y entre tantos motivos de humillacion, ¿se eleva el engreimiento? Verdaderamente que nada nos debe humillar mas que nuestro propio orgullo.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág.* 200.

MEDITACION.

Del corto número de los que se salvan.

PUNTO PRIMERO.—Considera que hay pocas verdades en el Cristianismo mas claras y mas sólidamente establecidas que esta: *Entrad por la puerta angosta,* nos dice el Hijo de Dios, *porque la que conduce á la perdicion es ancha y espaciosa, y es grande el número de los que entran por ella; pero la que conduce á la vida es estrecha, y pocos entran por esta puerta. Pauci sunt qui inveniunt eam.* En otra parte dice: Muchos son los llamados, y pocos los escogidos: *Pauci vero electi.* Lo mismo y en los propios términos lo vuelve á repetir otra vez. Como el Salvador repetia tantas veces á sus discípulos esta terrible verdad, le hicieron en una ocasion esta pregunta: *Señor, ¿y es posible que sea tan corto el número de los que se salvan?* El Hijo de Dios, por no aterrar demasiado á los que le preguntaban y á los que le oian, mostró eludir la pregunta, y se contentó con darles esta respuesta: *Hijos mios, la puerta del cielo es estrecha; haced esfuerzos para entrar por ella.* Toda la Escritura está llena de figuras, pruebas y ejemplos de esta espantosa verdad; y basta un buen entendimiento para convencernos de este corto número. No hay mas que un camino para el cielo, porque no hay mas que un Evangelio; pero

¿son muchos los que van por este camino? ¿son muchos los que siguen las máximas de este Evangelio? ¿Qué concepto formaríamos de la verdad y de la santidad de nuestra Religion, si despues de todo lo que Jesucristo nos dijo, despues de todo lo que hicieron los Santos, fuera muy grande el número de los escogidos? Pero ¿seré yo de este corto número? Eso se ha de juzgar por la conformidad de nuestra vida con las máximas del Evangelio que seguimos tan mal. ¡Cosa extraña! corre la voz de que se ha perdido un navío, ¡cuántos se asustan! ¡cuántos se sobresaltan! Aunque haya diez mil navíos en el mar, la noticia de que uno solo naufragó hace entrar en cuidado á todos los negociantes. ¡Pues qué! sabemos que de todos los que actualmente viven en el mundo muy pocos arribarán al puerto de la salvacion eterna, y que la mayor parte naufragará miserablemente. ¿Quién me ha dicho á mí que no he de ser del número de estos infelices? Fúndase la seguridad en que no se tiene una vida totalmente perdida y estragada. Las vírgenes necias la tenian muy pura, y con todo eso fueron reprobadas. El siervo perezoso no habia hurtado los bienes ajenos; pero no habia negociado con los propios, y fue arrojado á las tinieblas exteriores. Ciertamente, cuando no tuviéramos otro motivo para temer que esta fatal seguridad, esta perniciosa insensibilidad con que vivimos ¿no seria muy sobrado para hacernos temblar y estremecer sobre nuestra futura suerte?

Punto segundo.—Considera que para salvarse hay preceptos que obedecer, reglas que observar, y máximas que seguir. Para salvarse es menester domar las pasiones, hacer violencia al natural, resistir á la inclinacion, y tener una vida pura y mortificada. Los Fariseos eran unos hombres de un exterior muy compuesto y arreglado: su proceder parecia irreprensible; hacian larga oracion, y ayunaban mucho. Con todo eso, segun el oráculo del mismo Jesucristo, si nosotros no observamos la ley mas exactamente que ellos, si nuestra virtud no es mas sólida y mas perfecta que la suya, jamás entrarémos en el cielo. Mucho es, á la verdad, el no vengarse; todavía es mucho mas perdonar las injurias; con todo eso, para salvarse es menester hacer alguna cosa mas perfecta y mas heróica; porque es preciso amar á los mismos que nos persiguen, aun á aquellos mismos que nos maltratan. No basta condenar las malas obras, es menester mirar con horror hasta los malos pensamientos. No solo no es lícito retener los bienes ajenos, es preciso socorrer á los pobres con los propios, y renunciar con el afecto ó con el efecto lo que se po-

see por amor de Jesucristo. Es preciso vivir inocente ó penitente, y sino, esperar sin remedio la condenacion eterna. Ningun cristiano se puede dispensar de la cristiana humildad; su modestia ha de ser enemiga de todo fausto. No basta haber abrazado el estado religioso; para salvarse necesariamente se ha de vivir segun su espíritu, guardar sus constituciones y observar sus reglas. Infiere de todos estos principios, si serán muchos los que se salvan: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y al prójimo como á tí mismo.* Este es el primero y el máximo de los mandamientos, basa y fundamento de todos los demás. ¿Hallaránse hoy muchos cristianos, aun entre aquellos que hacen profesion de virtud, que guarden verdaderamente este precepto? Un solo pecado mortal nos arrebata en un momento todo el mérito de la mas santa vida. ¿Son muchos los que viven hoy con inocencia? Ninguno hay que pueda estar seguro de su penitencia. Pues vuelve otra vez á inferir si serán muchos los que se salvan. La gracia final, que es la que propiamente constituye los escogidos, es un don gratuito que nunca podemos merecer. Esta gracia decisiva de nuestra eterna suerte ¿se franqueará con frecuencia en la postrera hora á los que apenas acertaron á obedecer á Dios en toda su vida? Y ¿puedo yo prometérmela prudentemente considerando el desórden de la mia?

Todo me aterra, gran Dios, todo me espanta; mas ni por eso es capaz de disminuir un punto la confianza que tengo en vuestra infinita misericordia. Estas mismas reflexiones que ahora hago por vuestra divina gracia son pruebas concluyentes del deseo que teneis de mi eterna salvacion. Voy á trabajar sériamente en ella, mediante vuestro poderoso auxilio; y por corto que sea el número de los que se salvan, confio, mi Dios, que no he de ser excluido de él.

JACULATORIAS.—Tuyo soy, Dios mio, sálvame. (*Psalm.* CXVIII).

No me arrojes, Señor, de tu presencia, ni se aparte jamás de mí tu santa gracia. (*Psalm.* L).

PROPÓSITOS.

1 Pocos se salvarán, y es preciso que así sea. Con efecto, si con tales leyes y con tales máximas nos dejara nuestra Religion grandes esperanzas de salvarnos, haciendo lo contrario de lo que ella manda, y viviéndose como ordinariamente se vive, ¿qué concepto haríamos de ella? ¿No se reduciria entonces á una pura ceremonia? Pero, gracias á Dios, la primera que condena esta oposicion enor-

me es nuestra misma Religion. Reprueba la monstruosa desemejanza que se encuentra entre sus máximas y nuestras costumbres; condena ese universal desórden, y aunque sea tan crecido el número de los cristianos cobardes y relajados, no justificará su cobardía ni su relajacion. Corto es el número de los ajustados y de los buenos; procura ser de este número. La muchedumbre se pierde; pues guárdate de mezclarte con la muchedumbre. Aunque toda tu comunidad, aunque todos tus amigos se dispensen en la observancia de las mas santas reglas, aunque fueses tú solo el que las observases, no deliberes un punto en distinguirte de los demás por esta religiosa puntualidad. Tendránte por un impertinente reformador, por un mudo censor de su inobservancia; no importa, déjalos decir, sé fiel, y díles con resolucion, que por mucho que se haga por la salvacion, nunca será demasiado.

2 Has de ser sumamente exacto en el cumplimiento de las mas mínimas obligaciones y de las observancias comunes; pero no te has de contentar con ellas solas. Aun en las comunidades mas observantes siempre es corto el número de los fervorosos; aspira al mismo fervor, é imponte una ley de que te cuenten entre ellos; sin olvidarte de las mas esenciales, practica con perseverancia las de supererogacion. Frecuenta los Sacramentos; confiésate muy á menudo, y aliméntate con el pan de los fuertes en esta vida enemiga; conserva inalterablemente la gracia, ten una extrema delicadeza de conciencia, cumple con puntualidad todos los deberes de tu estado, no te descuides en el ejercicio de las buenas obras. Haz limosna, sean todas tus oraciones acompañadas de espíritu y devocion; profésasela muy tierna y muy afectuosa á la santísima Vírgen, persuadido á que esta devocion es una de las señales menos equívocas de predestinacion. Visita con mucha frecuencia al santísimo Sacramento, y pon en él toda tu confianza. No hay condicion, no hay estado en que no se puedan hacer todos estos ejercicios; y ellos son un medio muy seguro para ser contado en el corto número de los que se salvan.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

San Hipólito, mártir, en Roma; el cual por haber gloriosamente confesado á Jesucristo en tiempo del emperador Valeriano, despues de otros muchos tormentos, atados los piés al cuello de caballos indómitos fue arrastrado cruelmente por zarzales y espinos, con que todo hecho pedazos entregó su espíritu.

(Véase su historia en las de hoy). Padeció tambien en el mismo dia SANTA CONCORDIA su nodriza; la cual, azotada en su presencia con cordeles emplomados, pasó al Señor: y tambien otros DIEZ Y NUEVE de su familia, á los cuales degollaron fuera de la puerta de Tívoli, y junto con él fueron sepultados en el campo Verano.

EL MARTIRIO DE SAN CASIANO, mártir, en Imola en Italia; al cual porque no quiso adorar los ídolos lo entregó el perseguidor en poder de los muchachos, de quienes era aborrecido porque los castigaba cuando les enseñaba, dándoles facultad para que lo matasen, cuyas manos flacas hicieron su muerte tanto mas cruel cuanto mas dilatada. *(Véase su historia en las de hoy).*

SAN CASIANO, obispo y mártir, en el imperio de Diocleciano, en Todi. *(Convirtióse á la religion cristiana viendo martirizar á san Ponciano, obispo de Todi. Consagrado despues obispo, fue mandado martirizar por un hermano suyo, procónsul de la misma ciudad).*

LAS SANTAS CENTOLA Y ELENA, mártires, en Búrgos en España. *(Véase su historia en las de hoy).*

SAN MÁXIMO, monje, en Constantinopla, célebre por su doctrina y por el celo con que defendió la verdad católica; al cual por haber disputado acérrimamente contra los Monotelitas, el emperador Constancio, hereje, le mandó cortar las manos y la lengua, y de esta suerte lo desterró al Chersoneso, donde murió. Entonces tambien dos discípulos suyos llamados ANASTASIOS, y otros muchos, padecieron diversos tormentos y crueles destierros.

SAN WIGBERTO, presbítero y confesor, en Alemania. *(Era un santo monje de Inglaterra que florecia en el siglo VIII, y se trasladó á Alemania instado de san Bonifacio, quien le nombró primer abad de los dos monasterios que erigió, uno en Fritzlar y otro en Ortford, en la provincia de Hesse).*

SANTA RADEGUNDIS Ó RADEGUNDA, reina, en Poitiers, cuya vida fue resplandeciente en virtudes y milagros. *(Véase su vida en las de hoy).*

SANTA RADEGUNDIS Ó RADEGUNDA, REINA DE FRANCIA.

Santa Radegundis, mucho mas ilustre por el mérito de Santa que por el título de reina de Francia, fue hija de Bertario, rey de Turingia, y nació al principio del siglo VI. Su abuelo Basin, rey de Turingia, estando para morir, dejó repartidos sus Estados entre sus tres hijos, Baderico, Hermenfrido y Bertario. Casó Hermenfrido con Amalberga, sobrina de Teodorico, rey de los godos en Italia, princesa llena de ambicion y de crueldad, la cual deseosa de reinar sola, indujo al Rey su marido á que se deshiciese de sus hermanos. Comenzó por Bertario, padre de Radegundis, á quien hizo asesinar, y declaró la guerra al otro hermano Baderico. No considerándose con bastantes fuerzas, pidió socorro á Tierri, rey de Francia en Austrasia, ofreciéndole repartir con él los Estados de Turingia, si lograba despojar de ellos á Baderico. En virtud de este tratado entró Tierri con su ejército por la Turingia. Fue derrotado Baderico; pero Her-

menfrido no quiso hablar de repartimiento. Ofendido Tierri de la mala fe, resolvió tomar venganza; y coligado con su hermano Clotario, rey de Soissons, entró con él por la Turingia. Hermenfrido fue vencido, y perdió la vida con sus Estados. Quedó el país á merced de los vencedores, que se volvieron á Francia cargados de despojos y de prisioneros. Entre estos fue una la tierna princesa Radegundis, sobrina de Hermenfrido, é hija del rey Bertario. Contaba solo diez años, y era de tan extremada hermosura y de tan raro espíritu, que Clotario cedió á Tierri todo lo que le tocaba en el despojo, solo con que le dejase á la princesa Radegundis. Mandóla llevar al castillo de Aties en el Vermandois, donde la hizo educar como correspondia á su condicion, dándola maestros que la enseñasen las artes y las bellas letras.

La Princesa hizo en ellas maravillosos progresos; pero donde mas se adelantó fue en la ciencia de los Santos. Algunos escribieron que su primera educacion fue en el gentilismo, pero que luego que oyó hablar de los misterios de nuestra Religion pidió el Bautismo. Lo que no tiene duda es, que desde luego mostró Radegundis estar prevenida con las mas dulces bendiciones del Señor. La modestia añadia nuevo resplandor á la hermosura; sobresalia en todo su devocion; era su bella pasion la caridad con los pobres; sus delicias eran la oracion; y en fin parecia haber nacido con todas las virtudes cristianas. En la leccion de libros devotos aprendió muy presto todos los secretos de la perfeccion, y la gracia la inspiró el deseo de practicarlos. Desde los once años comenzó á macerar su delicado cuerpo con frecuentes ayunos y con instrumentos de penitencia. Sobre todo, la virginidad era para ella de maravilloso atractivo; y desde entonces resolvió no admitir jamás otro esposo que á Jesucristo, especialmente cuando supo que este Señor habia escogido para madre suya á una purísima doncella. Cercenaba de su comida los platos mas exquisitos que la servian á la mesa, para repartirlos despues por sus mismas manos entre muchas niñas pobres que sustentaba.

Encendida en amor de Jesucristo, tenia grande envidia á los Mártires por la dicha de haber derramado su sangre en defensa de la fe, y no podia disimular sus fervorosas ansias por la corona del martirio. Parece que atendió Dios á esta su vehemente inclinacion, disponiéndola dentro de su misma casa una nueva especie de persecucion, y permitiendo que sus mismos criados ejercitasen extraordinariamente su paciencia. No les gustaba aquel desprecio que hacia de las diversiones del mundo y de todo lo demás que tanto lisonjea el gusto de

las princesas de su elevacion. No podian sufrir tanta modestia en el traje, tanta oracion, ni tanto amor al retiro. Molestábanla cruelmente en todas ocasiones, y á las reprensiones mas descompuestas se añadian siempre indecentes tratamientos. Rebosaba de alegría la tierna Princesa viendo que se la ofrecian tantas ocasiones de padecer, y jamás se la oyó exhalar la menor queja. Pero al mismo tiempo metian mucho ruido tantas bellas prendas como la adornaban. No se hablaba de otra cosa en la corte que de la hermosura, de la virtud y del extraordinario mérito de la Princesa. Movido Clotario de lo que oia, quiso ir á verla, y quedó tan prendado de ella, que resolvió tomarla por esposa, aunque era todavía muy niña.

Esta gran boda, en lugar de llenarla de gozo, la causó grande afliccion. Crecia su virtud con los años, y con la virtud crecia la estimacion y el amor á la virginidad. Mas queria ser vírgen que ser reina de Francia, y así la sobresaltó mucho esta proposicion. Pero no era fácil resistir á un príncipe que se habia hecho dueño de su libertad por el derecho de las armas. Quiso huir, pero fue descubierta por los mismos confidentes de su fuga. Cogiéronla, lleváronla al Rey, que se casó solemnemente con ella.

Quedaron con esto desconcertadas sus ideas; pero no por eso se desconcertó su virtud. Persuadióse á que podia ser esposa de Jesucristo, al mismo tiempo que á los ojos del mundo lo fuese tambien de un monarca de la tierra. No la deslumbró el resplandor de la corona: preciábase mas de cristiana que de reina, y este augusto título jamás la hizo olvidar el de humilde sierva de Dios. Enemiga de toda profanidad, nunca se mostraba mas modesta que cuando cumplia con la obligacion de parecer magnífica; y se solia decir en palacio que el único modo de hacer la corte á la Reina era ser devoto.

Prosiguió con sus piadosos ejercicios, sin que se los descompusiese el trono ni la elevacion. La única ventaja que hallaba en la nueva grandeza era el proporcionarla mas medios con que hacer bien á los pobres. La mayor partida del gasto era la de las limosnas. Visitaba todos los dias á los pobres enfermos; dábanla mas gusto los mas asquerosos; hacíales las camas, curábales las heridas, y no permitia les faltase nada de lo que habian menester. En no encontrando á la Reina en los hospitales, seguramente se la hallaria en la iglesia ó en su oratorio. No bastando el dia para sus devociones, empleaba regularmente en oracion una parte de la noche. Ni el rigor del invierno era bastante para resfriar su fervor. No contenta con sustentar cada dia un prodigioso número de pobres, eran pocos los reli-



giosos que no tuviesen parte en su caridad. Fundó un hospital en el castillo de Aties, donde habia sido criada, y enriqueció muchos monasterios con preciosos dones de su liberalidad.

Lo mas admirable de la jóven y delicada Princesa era el rigor con que maceraba su carne en medio de las delicias de la corte. Llevaba ordinariamente un áspero cilicio debajo de las vestiduras reales, sobre todo en los dias de ceremonia. Observaba todos los ayunos de la Iglesia con rigor poco acostumbrado aun en los monasterios mas estrechos. En ellos solo comia una vez al dia, y de un solo plato. Viéndose precisada á hallarse presente á las fiestas públicas, nunca lo hacia sin algun preservativo, conociendo bien su peligro. Valíase de mil ingeniosas industrias para quitar el gusto á las diversiones mas inocentes, y para encontrar en todo materia de mortificacion.

Como amaba tanto la cruz, no podia privarse de ella por mucho tiempo. Padeciólas muy amargas, y tanto, que con razon la merecieron el título de esposa de Cristo crucificado. Al principio del matrimonio mostró el Rey aprobar mucho sus devociones; tenia tan alto concepto de su virtud, que no se la pudieron hacer mudar los cortesanos, llenos del espíritu del mundo, é incomodados con tanta santidad, por mas que hicieron para desacreditar á la Reina. Amábala mucho, y aunque su vida era desordenada, no podia menos de estimar tan raro mérito. Pero como la de la Reina era tan pura, y se conformaba tan poco con ella la licenciosa que hacian las damas de la corte, la consideraban como una muda censura de sus desórdenes, y se las hacian intolerables tan virtuosos ejemplos. Valiéronse de las especies mas feas que pudo fingir la malignidad, y de las mas sangrientas que pudo inventar la sátira para hacer odiosa y despreciable á la virtuosa Princesa. Sugerian continuamente al Rey que los modales bajos, abatidos y demasiadamente cristianos de Radegundis deslucian mucho á la majestad; que mas á propósito parecia para servir en un hospital que para ser respetada desde el trono; y en fin, que todos le censuraban de que se habia casado con una beata mas que con una reina. Interpretaban mal sus crecidas limosnas, y pintaban como delito su excesiva caridad. Su modestia las ponia de muy mal humor, y la censuraban de que en trayéndola alguna tela preciosa, al punto la destinaba para los altares. Acusábanla, en fin, de que intentaba convertir el palacio en convento, introduciendo en él algunas devociones que solo podian ser tolerables en los claustros. Como Clotario no era devoto, y estaba tan entregado á sus pasiones, no podia hacerse sordo por mucho tiempo á los gritos de la maledi-

cencia. La santa Reina conoció presto que las murmuraciones de los cortesanos, en medio de ser tan malignas como injustas, hacian impresion en el corazon y en el ánimo del Rey. Ya no la miraba con los mismos ojos que antes, ni la trataba con el mismo respeto cariñoso; prorumpia muchas veces en quejas, y no pocas en agrias reprensiones. Á la tibieza se siguió el disgusto, y tras de este luego entró el desprecio. No se puede explicar lo mucho que tuvo que sufrir la santa Reina, no solo del Rey sino tambien de los cortesanos; pero singularmente por parte de las damas de palacio, á quienes no gustaba tanta regularidad en la Reina, y deseaban agradar al Rey mas de lo que fuera justo.

Nuestra Santa habia conservado siempre una grande inclinacion al retiro. No era, á la verdad, la corte su elemento, y suspiraba continuamente por la soledad. Como no habia tenido sucesion, la pareció que la indiferencia del Rey la facilitaria el permiso para retirarse á algun monasterio; se acabó de determinar á esta resolucion por un funesto incidente que sucedió en este tiempo, y fue la muerte de un hermano suyo, á quien Clotario mandó quitar la vida para asegurarse mas de la corona de Turingia. Pidió licencia para retirarse de la corte, y la consiguió. Partió en derechura á verse con san Medardo, obispo de Noyon, y declarándole su intento de hacerse religiosa, le pidió la echase el velo. Resistióse el Santo temiendo ofender al Rey; pero la Reina se metió intrépidamente en la sacristía de la iglesia, donde se hallaba; cortóse el cabello, y echóse á sí misma el velo. Presentóse despues al santo Prelado, que estaba delante del altar, y con lágrimas en los ojos le suplicó que no la dilatase el consuelo de consagrarla al servicio de Jesucristo, el cual la habia hecho la gran merced de escogerla por esposa suya. Prendado el Santo de aquella resolucion, la consagró á Dios como la Santa lo deseaba, y aun la hizo diaconisa. Luego que Radegundis recibió el hábito monacal, pasó á visitar el sepulcro de san Martin, á quien profesaba mucha devocion; de Tours se encaminó á Canda, donde el Santo habia muerto, y desde allí se retiró á Sais, tierra que el Rey la habia cedido. En Sais tuvo noticia de que Clotario pensaba volverla á llamar; acudió á Dios con fervorosas oraciones y con rigurosas penitencias, por cuyo medio se conjuró aquella tempestad. Desde Sais pasó á Chinon para encomendarse á las oraciones de cierto santo solitario y recluso, llamado Juan, y despues se fué á establecer en Poitiers, donde fijó su habitacion. Fundó con licencia del Rey, y con beneplácito de san Pienzo, obispo de Poitiers, el monasterio de Santa

Cruz, que es hoy uno de los mas célebres de todo el reino. Á la fama de nuestra Santa acudieron muchas doncellas de todas partes. Valióse de la autoridad de reina y del título de fundadora para excluirse para siempre de toda especie de superioridad. Hizo nombrar por abadesa á una doncella llamada Inés, que habia sido dama suya; púsose debajo de su direccion, y olvidada de haber sido reina de Francia, no admitió otro título que el de humilde sierva de las esposas de Jesucristo.

Por muerte de Childeberto, hermano de Clotario, se reunió en este todo el poder de la monarquía francesa; y volviendo á encenderse en su corazon el amor que habia profesado á Radegundis, arrepentido de haber consentido en su retiro, determinó volverla al trono y á la corte. Con este intento fingió tener devocion de pasar á Tours á visitar el sepulcro de san Martin, para dejarse despues caer en Poitiers, y apoderarse de la santa Reina. Noticiosa de todo nuestra Santa, acudió á sus ordinarias defensas, la oracion, el ayuno y las penitencias, para conseguir de Dios que mudase el ánimo de Clotario. Alcanzólo, y san German, obispo de París, que acompañaba al Rey, le hizo mudar de resolucion. Pasó á Poitiers el santo Prelado, bendijo á la abadesa, y aseguró á Radegundis que el Rey ya no la volveria á inquietar acerca del estado que habia abrazado.

Tranquila ya en su retiro, no puso límites á su fervor. Desprendióse de todo cuanto habia poseido, sin reservarse cosa alguna. Sus penitencias espantaban á las mas robustas; traia un cilicio que parecia erizo con puntas de hierro; prohibióse para siempre el uso del vino, sin embargo de ser permitido á las monjas; su ayuno era cási continuo; su alimento ordinario un poco de pan de centeno, y aun de este se privaba los dias de ayuno, sustentándose entonces de raíces crudas; su cama era una estera extendida sobre unas tablas, y su sueño nunca pasaba de dos horas. No pareciéndola bastante el cilicio para macerar su cuerpo, se apretaba fuertemente á la cintura una cadenilla sembrada de puntas de alambre, que hinchada la carne, se metian dentro de ella, y fue menester hacerla una dolorosa incision para arrancársela.

Su insaciable deseo de mortificarse crecia al paso que su amor á Cristo crucificado. No podia ver la imágen de un Crucifijo sin llenarse de una santa envidia de los Mártires, con deseo de padecer todos los tormentos que ellos padecieron; ni hubo jamás alma mas ingeniosa en discurrir arbitrios para afligirse y para macerarse. Despues de haber no solo embotado, sino como deshecho en su cuerpo

todos los instrumentos de mortificacion, se la ofreció tostar sus delicadas carnes, aplicándose á ellas una cruz de hierro encendido, y una plancha de cobre penetrada del fuego. El célebre Venancio Fortunato, que conoció á la Santa, y la da tan magníficos elogios, asegura que sus penitencias eran otros tantos milagros.

Es verdad que la suavizaban mucho haciéndola gustar dulzuras inefables los celestiales consuelos que derramaba Dios abundantemente sobre su purísima alma en las íntimas comunicaciones que tenia con su Majestad. Su humildad correspondia á todas las demás virtudes. No permitia que otra barriese la casa, y no solo era enfermera de sus hermanas, sino que parecia criada de las enfermas. Á ningun oficio bajo y humilde se negaba, y solo en los ejercicios mas abatidos y mas viles mostraba no sé qué aire de majestad y de reina.

Con el ansia de que floreciese mas y mas la vida religiosa en su comunidad, emprendió el viaje de Arles, para recibir de mano de su arzobispo san Cesareo la regla que acababa de establecer en el monasterio de su hermana santa Cesarea. Introdújola en su comunidad de Poitiers, la que enriqueció tambien con muchas reliquias, singularmente con un buen pedazo de la misma cruz del Salvador, con que la regaló Justino, emperador de Constantinopla.

Ya habia mucho tiempo que las grandes penitencias de nuestra Santa tenian quebrantada su salud, cuando el Señor quiso en fin premiar una vida tan pura y tan penitente. Apareciósela visiblemente Jesucristo estando en oracion, y colmándola de aquellas dulzuras inefables, que son como una prueba ó un destello de los gozos de la gloria, la dió á entender que estaba muy cercana su muerte. Por la extraordinaria alegría que mostraba en su semblante se conoció la que dilataba su corazon; y aunque la enfermedad que la sobrevino parecia ligera, desde luego se temió todo lo que se podia temer. Solamente la enferma estaba tranquila; hizo que la administrasen los Sacramentos, que recibió con aquella devocion propia de las almas extraordinariamente santas. No apartó mas los ojos de un devoto Crucifijo, y todas sus palabras mostraban su ardiente amor al divino Esposo crucificado. En fin, el dia 13 de agosto del año 587, entre las lágrimas y los gemidos de sus queridas hijas, aquella alma inocente fué á recibir en el cielo el digno premio de sus ilustres virtudes, siendo de edad de sesenta y seis años, á los cuarenta de su vida monástica.

Luego que tuvo noticia de su muerte san Gregorio, obispo de



Tours, que la trató muy particularmente, y dejó escrita la mayor parte de su vida, pasó á Poitiers, y en ausencia de Morovio, obispo de aquella ciudad, cuidó de los funerales. Fue enterrada con grande solemnidad en la iglesia de Nuestra Señora, que ella misma habia hecho edificar para entierro de sus religiosas; y asegura el mismo san Gregorio Turonense que la halló en el féretro con un semblante tan hermoso y tan resplandeciente, que parecia estar viva; y añade, que doscientas religiosas, que componian entonces aquella ilustre comunidad, rodeaban el santo cuerpo, y acompañaban con un torrente de lágrimas los funerales que la hacian. Por los milagros que obró en vida, y por los que se obraron sin cesar en su sepultura, fue muy presto honrada con el culto de los Santos. Una persona de distincion que habia recobrado la vista por intercesion de la Santa hizo edificar una iglesia dedicada á su nombre en memoria de su reconocimiento. Sus santas reliquias se salvaron del pillaje de los normandos; pero no se pudieron librar del furor ni de la impiedad de los hugonotes, que las quemaron con todas las demás el año de 1562.

SAN HIPÓLITO, MÁRTIR.

San Hipólito, cuya memoria ha sido célebre en España desde los primeros siglos de nuestra era, fue uno de los principales oficiales del emperador Valeriano, á quien encargó la custodia de san Lorenzo, luego que mandó ponerle en prision por haberse resistido á sacrificar á los ídolos. Tenia Hipólito, aunque gentil, nobilísimos sentimientos, fácil por lo mismo de que en su alma hiciesen impresion las palabras del ilustre Mártir, dirigidas á que conociese la verdadera Religion. Los muchos milagros que obró el Santo todo el tiempo que estuvo en la cárcel acabaron de perfeccionar la conversion de Hipólito, que desengañado enteramente con las instrucciones de Lorenzo de los necios delirios de las paganas supersticiones, abrazó la fe de Jesucristo con toda su familia; recibió el sacramento del Bautismo, y con él aquel valor y aquella constancia que forman los héroes del Cristianismo, deseando ya con vivas ansias ocasion en que dar al mundo públicas pruebas de la firmeza de su fe. No tardó mucho tiempo en acreditarlo así, pues habiendo presenciado el martirio de san Lorenzo, fue tan eficaz el deseo que su corazon concibió de acompañarle en el triunfo, que á no haber el Santo contenido su generosa resolucion con la prevencion de no ser tiempo, hubiera declarado en aquel acto su heroicidad.

Supo Valeriano que Hipólito habia dado sepultura al venerable cuerpo del ilustre Mártir español; y resentido que un oficial suyo hubiese prestado aquel obsequio, mandó arrestarlo, y que le condujesen á su presencia. Reconvínole en ella sobre la criminalidad del hecho, impropio del carácter de los romanos que tributaban culto á los dioses del imperio; y aun se excedió en la dura reprension en tratarle de nigromántico. Negó la impostura Hipólito, pero contestó el oficio de piedad propio de los Cristianos, confesando lo era con toda su familia, desengañáda por la ilustracion de Lorenzo de los crasos errores del gentilismo, en que habian estado imbuidos hasta allí, protestando que eran deudores á san Lorenzo de un tan importante conocimiento, interesante nada menos que de la salvacion de sus almas.

No es fácil explicar la ira que concibió Valeriano al oir tan inesperada satisfaccion; mandó despojarle del hábito militar, hundirle la boca á fuerza de récios golpes de piedra, y añadió, que extendido desnudo en el suelo le azotasen los verdugos como al mas indigno esclavo. Ejecutóse así con la mayor crueldad; pero viendo que á imitacion de su maestro aquella clase de castigo le servia de delicioso recreo, ciego de cólera ordenó que rasgasen sus carnes con garfios de hierro hasta que apareciesen los huesos. El insigne Mártir sufrió con la misma alegría esta inhumanidad que los tormentos antecedentes, dando á conocer á todos los asistentes el lastimoso espectáculo que en él obraba alguna virtud oculta sobrenatural; de suerte que persuadiéndose el tirano no poderle rendir por estos medios, recurrió á otros arbitrios de honor.

Con esta idea mandó levantar del suelo á Hipólito, y vestirle de nuevo con el hábito militar que usó siendo gentil, y le prometió los primeros empleos del imperio en el caso de que desistiendo de su pertinacia sacrificase á los dioses romanos, como lo habia hecho antes que le pervirtiese Lorenzo. Pero despreciando el ilustre Mártir las ventajosas ofertas, le respondió, que todo el honor y toda la gloria á que aspiraba en el mundo no era otra que la de acreditar en él el carácter de un verdadero militar de Jesucristo en defensa de la santa Religion, para lograr los premios eternos que el Señor tiene prometidos á los que confiesen su santo nombre á presencia de sus enemigos.

Desesperado el Emperador de poder reducir á Hipólito, providenció se le confiscasen todos sus bienes, y que á su presencia degollasen los verdugos á su familia, con el fin de intimidar al ilustre Mártir; pero fue tan al contrario, que desentendiéndose de los sentimien-

tos naturales de la carne y sangre, animaba á todos y á cada uno de sus domésticos á que sufriesen con fortaleza y valor aquel momentáneo suplicio, bajo la seguridad de la gloria eterna esperada por los confesores de Jesucristo; cuya heróica accion fue causa para que mas encendido en cólera Valeriano mandase amarrarle á las colas de unos caballos indómitos, á fin de que le arrastrasen por los campos, logrando en la ejecucion de este bárbaro castigo la apetecida corona del martirio en el dia 13 de agosto del año 258. Un presbítero llamado Justo recogió de noche el cuerpo de Hipólito con los de otros Mártires, y le dió sepultura en el predio de cierta matrona dicha Ciriaca, en el campo Verano, donde los fieles le tributaron el honor y veneracion correspondiente.

SAN CASIANO, MÁRTIR.

En este dia se hace tambien conmemoracion de san Casiano, uno de los ilustres Mártires de los primeros siglos, de quien nos dicen los escritores de sus actas que, encendido su corazon en vivísimos deseos de dilatar el reino de Jesucristo, se dedicó en Imola, ciudad de Italia, en la provincia de Romanía, al empleo de maestro de niños, con el objeto de enseñarles desde sus mas tiernos años con las letras la doctrina cristiana y laudables costumbres. Supo el juez de Imola los designios de Casiano, en tiempo que suscitaron los Emperadores romanos una de sus mas sangrientas persecuciones contra la Iglesia, bien fuese por aquel tiempo Juliano Apóstata, ó Diocleciano, en lo que discordan los autores; y habiendo arrestado al ilustre Confesor de Jesucristo solicitó por cuantos medios le fueron posibles reducirle á que sacrificase á los ídolos; pero viendo ineficaces todos sus esfuerzos, discurrió el diabólico arbitrio de juntar á todos los niños de la escuela, y persuadiéndoles que su maestro era un hombre sacrílego, enemigo capital de sus dioses, les incitó y dió libertad para que le quitasen la vida. Los inocentes provocados del juez y de sus padres gentiles por una parte, y por otra resentidos de los justos castigos que sufrieron en la escuela, descargaron sobre su maestro un inmenso número de golpes con las cartillas y otros instrumentos pueriles. En vez de sentir Casiano aquellos insultos de sus discípulos, les animaba á que le golpeasen con mayor brio, por el grande deseo que tenia de disolverse cuanto antes de los vínculos carnales para unirse con Jesucristo; cuya dicha logró por aquel género de martirio, tanto mas penoso, cuanto mas dilatado por la debilidad de los

instrumentos y pocas fuerzas de los ejecutores. Los fieles dieron sepultura á su venerable cuerpo en Imola, donde es y ha sido célebre su memoria, y magnífico su culto en la iglesia erigida en honor suyo, de la que se trasladaron parte de sus reliquias al Real monasterio del Escorial.

SANTA CENTOLA Y ELENA, MÁRTIRES.

Admirable Dios en sus Santos, quiso manifestarse así en Centola, una de las ilustres vírgenes que florecieron en España en los primeros siglos de la Iglesia, haciendo que desmintiese el vicio de su orígen con sus piadosas inclinaciones. Nació Centola, segun nos dicen varios escritores, en la ciudad de Toledo de padres distinguidísimos, pero con la desgracia de ser infieles, entre los cuales brilló como la rosa hermosa entre las punzantes espinas. Habíala dotado Dios con un entendimiento sólido y con una comprension demasiadamente penetrativa para vivir satisfecha de las ridiculeces del gentilismo; pero aunque el entendimiento, guiado de lo que dicta la razon natural, bastaba para descubrir los enormes absurdos de la idolatría, con todo como la conversion del corazon humano es obra de la divina gracia, comenzó esta á iluminar insensiblemente el espíritu de Centola, y á correr el velo de la ridiculez de aquellas divinidades quiméricas que engañaban miserablemente al pueblo: conoció al resplandor de esta divina luz la verdad y la santidad de la religion cristiana, y la abrazó con firme resolucion de no separarse de ella aunque fuese necesario perder la vida.

Advirtió el padre de Centola, por la justificacion de su conducta, que seguia distinta religion que la que él profesaba, y sintiendo este rumbo enteramente opuesto al que todos sus ascendientes habian tenido, formó el mas obstinado empeño en que practicase todas las supersticiones paganas. Resistióse la ilustre Vírgen á los fuertes combates de su padre, sin que las caricias, los halagos, ni las mas terribles amenazas pudiesen separarla de Jesucristo, cuyo amor se habia apoderado de su corazon enteramente; pero como era tan cruel y tan continua la persecucion del padre, determinó ausentarse de su patria, para huir de un enemigo doméstico que apenas la dejaba respirar. Salió de Toledo con el mayor secreto, dejándose conducir de la divina Providencia que la guiaba, y llegó á un pueblo de la provincia de Cantabria llamado antiguamente Soris, y hoy Sierro, perteneciente al arzobispado de Búrgos, donde se hospedó en casa de

una noble señora llamada Elena, cristiana de profesion. Recibió esta á Centola con aquella caridad que se hospedaban recíprocamente los primitivos fieles, y comunicándose ambas sus piadosos sentimientos, unidas con el mas estrecho vínculo de una verdadera amistad, se ocupaban en santas obras, siendo el ejemplo de todo el pueblo por la justificacion de sus costumbres.

Movieron por entonces los emperadores Diocleciano y Maximiano aquella tan cruel persecucion que padeció la Iglesia bajo el dominio de estos supersticiosos Príncipes, persuadidos á que la subsistencia de su imperio dependia en destruir la religion del Crucificado; á cuyo fin enviaron ministros verdaderamente impíos por todas las provincias del imperio romano. Cupo á la de Cantabria por gobernador uno de aquellos bárbaros, á quien dan algunos el nombre de Eglisio, encaprichado como el que mas en sostener á toda costa las supersticiones idólatras, para lo cual no habia tormento alguno, de los que usaba la ciega gentilidad, de que no se valiese, á fin de obligar á los Cristianos á que sacrificasen á sus dioses. Supo este que Centola, no contenta con profesar la religion de Jesucristo, convertia á no pocos infieles con sus celosas y con sus sábias intrucciones, desengañándolos de los crasos errores en que vivian sumergidos, tributando el culto debido al Criador á unas estatuas vanas bajo el velo de deidades quiméricas; y como el encargo principal de su oficio era proceder contra los Cristianos, hizo traer á su tribunal á la ilustre Vírgen, la que presentándose con un semblante majestuoso, y con una modestia verdaderamente cristiana, no pudo menos de causar respeto al Gobernador. Quiso este obligarla con ventajosos prometimientos y con espantosas conminaciones á que sacrificase á los dioses romanos; pero el horror que causó á Centola la impiedad á que solicitaba precisarla, y la heróica constancia con que se negó á cometerla, redobló la furia y la crueldad del tirano en términos, que dió órden á los verdugos para que empleasen en la insigne Vírgen los tormentos mas crueles, á fin de vengar el desprecio hecho á los dioses.

Tendieron á Centola sobre la catasta ó potro, y comenzaron á tirarle los piés y las manos, jugando el artificio de aquella horrible máquina con tanta violencia, que luego se oyó el ruido, y se percibió la dislocacion de todos los miembros; mas viendo el tirano que la fuerte heroína no se inmutaba en aquel tormento, mandó que desgarrasen sus virginales carnes con garfios de hierro, lo que se ejecutó de un modo tan cruel, que se le descubrieron los huesos. Es-

peraba el Gobernador que lanzase Centola por lo menos algun suspiro, ó que dejase correr algunas lágrimas; pero queriendo Dios dar á entender á los hombres que endulza las penas de los que padecen por su amor, hizo que su fidelísima sierva estuviese con una admirable tranquilidad en medio de tan vivísimos dolores, de forma que asombró al tirano, y mas cuando la oyó burlarse de la crueldad de los verdugos, y aun desafiarle á que inventase mayores penalidades; en vista de lo cual mandó cortar los pechos á Centola, y como las heridas dejándolas enfriar causan mayores dolores, dispuso que sin aplicarla medicina alguna la llevasen á la cárcel, creyendo que segun la abundancia de sangre que derramaba serian muy cortos los instantes de su vida.

Concurrieron á la cárcel algunas matronas del pueblo condolidas de la desgracia de la ilustre Vírgen, y como estaban preocupadas con las falsas ideas del paganismo, intentaron persuadirla que cediese á la voluntad del Gobernador para libertarse de sus iras. Conoció Centola la raíz de donde nacian semejantes consejos, y las dió á entender que si conocieran los grandes premios con que remunera Dios los tormentos que por su amor sufren los Mártires, no la tendrian compasion, sino una suma envidia de la eterna felicidad que esperaba; de la que estaban privados los idólatras, venerando por dioses á unos simulacros vanos, hechuras de las manos de los hombres, incapaces por lo mismo de tener divinidad. Supo el tirano la generosa firmeza con que en la cárcel alababa Centola á su Señor Jesucristo, al paso que despreciaba las deidades quiméricas á quienes tributaban culto los paganos; y queriendo contener sus expresiones, dió órden para que la cortasen la lengua; pero aquel Señor por quien padecia hizo que hablase sin tan preciso instrumento, por una de aquellas portentosas maravillas de su infinito poder.

Vino Elena á visitar á su amada Centola, alabó su constancia, elogió su paciencia, y la exhortó á que permaneciese en su gloriosa empresa, y profetizándola la ilustre vírgen que tambien ella sería participante de la misma dicha, la contestó: «Yo espero consumar «el sacrificio con una eterna felicidad; ojalá el Señor te conceda va«lor para que no desmayes en la prueba de su fe.» Cumpliése luego el vaticinio de la Santa, pues sabiendo el tirano que Elena profesaba la misma religion que Centola, mandó detenerla en la prision, de lo que se alegró la noble señora, deseosa de acompañar á su amiga en la muerte, como lo habia hecho en vida. Quiso en fin el Gobernador hacer la última prueba con ambas heroínas, y temiendo que

á vista de su valor no se redujesen al conocimiento de la verdad muchos paganos, como ya comenzaban á manifestarlo, las mandó degollar ambas juntas en el dia 13 de agosto por los años 304, que fue el de su glorioso martirio. No convienen los escritores sobre el lugar donde se ejecutó la sentencia; pero es lo cierto que fue en el territorio de Búrgos no léjos de aquella ciudad. Despues que cesó el furor de la persecucion, los fieles erigieron en lo alto de una sierra elevada, que baña por Oriente el rio Ebro, una pequeña iglesia dedicada á estas santas Mártires, y cada año concurre allí mucha gente en procesion á invocar su poderosa intercesion.

El obispo de Búrgos D. Gonzalo de Hinojosa, que floreció á principios del siglo XIV, dice que los obispos de Astorga y de Leon, luego que supieron el caso, se apresuraron á redimir los cuerpos de las santas Mártires por trescientas libras de oro, y los colocaron despues en la dicha iglesia. Añade tambien que las Santas padecieron en viernes dia 4 de agosto; lo cual fue puntualmente así el año 304. Fue este obispo D. Gonzalo muy devoto de las reliquias de los Santos: teniendo, pues, en su diócesis los cuerpos de estas Santas, con deseo de que se les diese mayor culto, resolvió trasladarlos del lugar separado donde estaban á la iglesia catedral. Cumplióse este deseo del Prelado con acuerdo del Cabildo, siendo colocadas las sagradas reliquias en el altar mayor, desde cuyo tiempo se les hace fiesta con oficio doble y procesion. Hízose esta traslacion reinando Alfonso XI en el año 1317, siendo papa Juan XXII. Dicen que para consuelo de los pueblos vecinos aquel Obispo dejó las cabezas de las santas Mártires en la ermita de Sierro.

SAN FÉLIX, VULGO SAN FELÍO, MÁRTIR.

(Trasladado del dia 1.º de este mes).

San Felío, á quien varios escritores dan los honoríficos títulos de apóstol, de doctor, y de profeta de Gerona, fue compañero de san Cucufate, que á principios del siglo IV dió en dicha ciudad la vida por Jesucristo. Habiendo venido ambos de África á España, como dijimos el dia 25 de julio en la vida de san Cucufate, y repartido sus bienes entre los pobres, dejó Felío á Cucufate en Barcelona, y se fué á Gerona.

Ardia entonces en España la persecucion de Diocleciano y Maximiano; y sabiendo Rufino, uno de los tenientes de Daciano, los pro-

gresos que Felío hacia en la religion cristiana, dió órden á sus ministros que lo buscasen y lo prendiesen. Trajeron al Santo á presencia de Rufino, y pareciéndole que para persuadir á un hombre de aquel carácter tendrian mas fuerza los buenos términos que la severidad y el rigor, disimulando por entonces la ira, le habló de esta forma: «Felío, he sabido que es grande tu sabiduría y tu pru«dencia, por lo que mi señor Daciano se ha alegrado en extremo «de que haya en la provincia un sujeto de tales circunstancias; y «así me ordena, que te proponga que desea honrarte, en caso que «ofrezcas sacrificio á los dioses romanos.» Oyó Felío la propuesta de Rufino; y conociendo el dolo con que le hablaba, le respondió con generoso valor: «¡Oh lengua llena de veneno, pues solicita en«gañarme con fingidos halagos! Apártate de mí, que no tengo ne«cesidad de tus diabólicos consejos: guarda para tus hijos los hono«res que me propones á nombre de tu principal, porque ni estos, «ni las potestades de este mundo podrán jàmás obligarme á que co«meta una accion tan sacrílega como la que solicitas, separándome «de la Religion que profeso. —¿Luego ya deliberaste, malvado, «replicó Rufino, el no asentir á mis saludables consejos?—Sí, por «cierto, contestó Felío; pues son malditos, semejantes á tí, y á tu «padre el demonio.»

Ofendido Rufino de la generosa libertad del Santo, dió órden á los verdugos para que lo azotasen con varillas; y luego atados los piés y manos lo hizo encerrar en un calabozo oscuro cargado de prisiones, con severa prohibicion de que se le diese el menor alimento, ni el mas ligero alivio; pero el Señor tuvo providencia de su siervo, derramando sobre él un consuelo de superior órden, que le inundó de alegría.

Compareció el Santo segunda vez á presencia del tirano, y mudando este de tono, le dijo: «Óyeme, Felío; como á hermano, sa«crifica á nuestros dioses, para que te libres de padecer, y seas ele«vado á los honores que te ofrece el gobernador Daciano;» pero despreciando el esforzado militar de Jesucristo semejantes ofrecimientos, le respondió: «Que aunque le prometiera, si fuera posible, el cielo «con toda la multitud de sus Ángeles, jamás asentiria á sus per«versos consejos.» Encolerizado Rufino, mandó que atasen á Felío á las colas de unos mulos indómitos que lo llevaran arrastrando por las calles mas principales de Gerona; quedó descoyuntado y despedazado todo el cuerpo del Santo á fuerza de los golpes de aquel cruel tormento; pero no desfalleciendo un punto su valeroso ánimo, dió

órden el tirano para que lo volviesen á la cárcel. Felío en la prision imploró el auxilio de Dios, y se le apareció un Ángel que le dijo: «No temas, que yo soy enviado por Jesucristo para que te sane de «las heridas, y te fortalezca en todo.»

Dispuso Rufino ofrecer un solemne sacrificio á los dioses, y haciendo llevar á Felío á aquel sacrílego acto, le dijo: «Practica lo que «nosotros hacemos, si quieres verte libre de los tormentos que te es-«peran;» y condolido el Santo de la preocupacion de aquellos infelices exclamó: «¡Oh, á cuántos ciega el demonio por la ignorancia! «Separaos, miserables, de las estatuas vanas, á las que adorais im-«píamente, y reconoced que hay un verdadero Dios que os crió de «la nada, á quien debeis dar cuenta de vuestras acciones y de vues-«tros pensamientos.» Enfureciéronse los paganos al oir esta exhortacion; y como el inícuo juez deseaba complacerlos, al paso que vengarse de la invencible constancia de Felío, dió órden á los verdugos para que lo atormentasen sin piedad. Pusieron al Santo colgado por los piés en un palo; y teniéndolo así desde por la mañana hasta la tarde, rasgaron su cuerpo con peines de hierro. Oró el ilustre Mártir en aquella postura de inmolacion; y confortado por el cielo, no sintió el mas leve dolor en medio del bárbaro suplicio.

Comprendió bien el tirano que en aquella maravilla se ocultaba alguna cosa sobrenatural, que nunca podria vencer una virtud tan superior á la suya; pero no queriendo manifestarse vencido, dió órden para que le volviesen á la cárcel. Luego que Felío entró en ella, se dejó ver de repente una luz celestial que disipó las tinieblas del calabozo: bajaron espíritus celestiales á hacerle compañía, y se percibieron armoniosos cánticos de alabanzas divinas, de manera, que aquella horrorosa prision se convirtió en un paraíso de delicias. La música y el resplandor llenaron de admiracion á los guardas, los cuales quedaron aun mas atónitos cuando vieron á Felío sin la mas leve señal de las heridas pasadas. Dieron noticia de todo lo ocurrido á Rufino, y mas irritado con la novedad, quiso de una vez acabar con la vida del Santo: mandó que desde Gerona fuese llevado á Guixols, y que atadas las manos del ilustre Mártir por las espaldas, lo arrojasen al mar. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor exactitud; pero desatáronle los Ángeles, y andando por encima de las aguas se vino á la ribera. Rufino dióse del todo por vencido, y mandándole volver á la cárcel, dentro de ella le hizo degollar, como se ejecutó en el dia 1.° de agosto, por los años de 300 á 304.

La cabeza de este glorioso Santo está en la magnífica colegiata de

su nombre erigida en la ciudad de Gerona, y su sagrado cuerpo se conserva en la catedral de la misma ciudad. Su devocion siempre ha sido singularísima entre los españoles, tanto, que á fines del siglo VI, habiendo abrazado la fe católica el religioso príncipe Recaredo, ofreció su corona real al sepulcro del Santo, que quiso el Señor hacer célebre con repetidísimos prodigios, de los que ignoramos muchos por la negligencia de los escritores antiguos. Muchas son las iglesias parroquiales del principado de Cataluña que le tienen por patron; pero mucho mas particularmente en el obispado de Gerona, donde hay famosos templos dedicados á su nombre.

San Gregorio Turonense refiere dos sucesos maravillosos, que son los siguientes: Un ladron robó muchas preciosidades de la iglesia de Narbona bajo la advocacion del ilustre Mártir; juntóse al ladron en el camino un hombre desconocido; y en las conversaciones familiares revelándole el robo con todo secreto, le ofreció que partirian entre ambos el importe de las alhajas, en caso que las vendiese. El desconocido no se negó á la propuesta, brindándole con su casa, y asegurándole tenia muchos amigos en diferentes regiones, bajo cuyo supuesto no tuvo reparo alguno el ladron de conducirse con él; y llevándole á la misma iglesia, vendándole el Señor los ojos, le dijo: Vé aquí mi casa de la que te he hablado, entra y deja las alhajas. Hízolo así el ladron, y vuelto en sí, comenzó á mirar que era el templo donde habia robado las alhajas; y habiendo desaparecido el compañero, conoció que fue el Santo el autor de aquel prodigio, lo que refirió al pueblo para que le constase. El otro que refiere el mismo Gregorio, fue que habiendo un cortesano lisonjero aconsejado al rey Alarico que rebajase la altura de la iglesia de Narbona, donde se conservan reliquias del Santo, porque impedia que desde el palacio se viese un lugar delicioso, apenas comenzaron los operarios á destruir el templo, quedó ciego de repente el que dió tal consejo.

Este san Felío, ó Félix, no debe confundirse con el otro san Félix, diácono de san Narciso, cuya noticia se lee en el dia 29 de octubre.

La Misa es en honra del santo Mártir, y la Oracion es la siguiente:

***Deus**, qui beatum Felicem vehementi martyrii studio inflammasti, cordibus nostris cœlestis patriæ amorem infunde; ut ab ea, nec prosperis nec adversis abducamur. Per Dominum...*

Ó Dios, que al glorioso san Felío le inflamaste con el ardoroso deseo del martirio; infunde en nuestros corazones el amor de la patria celestial, para que ni las prosperidades, ni las adversidades, nos desvien jamás de su recto camino. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo x de la Sabiduría.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino que le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES.

Si se considera lo mucho que padecieron por Jesucristo aquellos héroes cristianos, y si se hace reflexion á lo que nosotros hacemos por el mismo Señor, ¿no se podrá dudar si ellos reconocieron otro Evangelio distinto del nuestro, ó si nosotros profesamos otra religion diferente de la suya? La delicada vida de los Cristianos de nuestros tiempos, sus costumbres, sus máximas y su licencia, todo induce tan enorme desproporcion entre nuestra moral y la de los primeros fieles, que con razon se puede preguntar si tenemos la misma fe. ¿Es igual á la suya nuestra caridad? Con todo eso (¡cosa admirable!) todavía nos atrevemos á tener tanta ó mayor esperanza. Los mismos que van marchando por aquellos mismos caminos que Jesucristo declaró guiaban derechos á la perdicion, esos mismos se lisonjean de que sin mudar de rumbo han de llegar dichosamente al término de la salvacion. Es cierto que ya se acabó el tiempo de las persecuciones; pero el tiempo de las tentaciones dura por toda la vida. Es el mundo el grande y declarado enemigo de Jesucristo, pudiéndose decir que es como el sucesor de los Maximianos y de los Diocleciano[s], por la eterna persecucion que declara á todos los buenos, y á cuantos conforman sus costumbres á las máximas del Evangelio. Á nin-

guno perdona; no hay virtud cristiana que se escape á su censura; todas son condenadas en su injusto tribunal. Modestia, circunspeccion, pudor en las mujeres, piedad, moderacion, retiro en personas distinguidas, virtud sobresaliente, ejemplos de edificacion, caridad universal, intencion derecha, inocencia, fervor, todo lo que honra á la Religion irrita á los mundanos y alborota su mal humor. El mundo proscribe á los devotos, y se amotina con furor contra los Santos. Basta ser discípulo de Jesucristo para incurrir en su desgracia. ¡Cuánto da que padecer á aquellas almas virtuosas, á aquellos hombres justos de quienes él no era digno! Arrójalos de su lado, exclúyelos con desprecio y con indignacion de sus concurrencias, y padecen de él una persecucion muy poco diferente de la de los tiranos. Pero ¡infeliz de aquel que se rinde á su tiranía! Por la flaqueza y por la cobardía de muchos cristianos se forma, por decirlo así, dentro del mismo seno de la Religion cierta clase de apóstatas. Témese mucho á este tirano imaginario; pero ¿cuándo hubo temor mas vano? Se hace grande aprension de sus juicios, se pone el mayor cuidado en no disgustarle, y fuera mejor ponerle en no darle gusto. Ni aun se espera á sus amenazas; antes que estas lleguen no hay valor para obrar bien, solo porque se sabe que la virtud no es del gusto del mundo. ¿Qué se dirá si reformo el tren, si me retiro de las funciones, si mudo de vida? ¡Y será posible que hombres, por otra parte capaces, entendidos, se intimiden, se espanten, se detengan por este ridículo respeto humano, que en rigor no es mas que un fantasma!

Con todo eso, este fantasma hace en la mayor parte de los cristianos de estos tiempos cási el mismo efecto que hacian las amenazas de los Emperadores gentiles en los corazones de muchos fieles cobardes de los primeros siglos. Intimidados estos de los tiranos, apostataban de la fe de Cristo; y acobardados aquellos por los respetos humanos, no se atreven á declararse por el Evangelio. Nunca nos olvidemos de este oráculo: *El que se avergonzare de mí y de mis palabras, el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga lleno de gloria y de majestad.*

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no

suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con que acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? Ó ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy léjos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Del vencimiento de las pasiones.

Punto primero.—Considera que no tenemos mayores enemigos que nuestras propias pasiones. Ellas alteran nuestra quietud desde que nacemos; ¡qué lazos no nos arman! ¡qué heridas no nos abren! Ninguna que no tire á condenarnos; ninguna que no se empeñe en perdernos. Buen Dios, ¡cuántos disgustos se excusarian, de cuántos malos pasos nos libraríamos, qué vejez tan dulce lograríamos, si desde luego nos aplicáramos á domar estos irreconciliables enemigos de nuestro reposo y de nuestra salvacion! No hay edad exenta de pasiones. ¿Eres niño? Las pasiones son de ordinario los únicos resortes que, por decirlo así, ponen en movimiento toda la máquina. ¿Eres jóven? Esa es la edad en que tienen mas fuerza, mayor vigor, y en que hacen mas lastimosos estragos. La edad mas madura por lo comun las hace mas fieras; á la verdad modera un poco sus ímpetus y su fogosidad, pero no las purga del veneno. La vejez debilita las fuerzas del cuerpo y del espíritu, mas no las de las pasiones. Engáñanse los que juzgan que el tiempo las sujeta; por el contrario, el tiempo las hace mas imperiosas y mas absolutas. Cuanto es mas larga la posesion, alegan mayor derecho; y para ellas la costumbre antigua tiene fuerza de prescripcion.

Pero no solo son las pasiones cosecha de todas las edades; sonlo tambien de todas las condiciones y de todos los estados. Para ellas no hay país extraño ni forastero. Ni son inaccesibles á su poder los desiertos mas defendidos. No hay género de vida que las acobarde; como las admitan, á todo se acomodan. Ellas se burlan del genio, del humor, y hasta de la misma devocion; y no estando siempre muy alerta, aunque se tenga la mejor intencion y la mejor voluntad del mundo, hay gran riesgo de ser el juguete, y aun la víctima de sus propias pasiones. Cada pasion, digámoslo así, tiene su distinto idioma; y en medio de eso, todas ellas dicen una misma cosa. Todas conspiran contra nuestra salvacion, no hay siquiera una que no se oponga á la doctrina del Evangelio, y que sujetándonos á los sentidos, no nos desvie de nuestro último fin. Estos son aquellos fieros y temibles enemigos domésticos que nos hacen una guerra mortal, sin que nos atrevamos á hacerles resistencia; pues ¿qué maravilla es que al cabo seamos esclavos suyos, ni que gimamos oprimidos bajo el yugo de esta esclavitud?

Punto segundo.—Considera que con este género de enemigos no hay medio; ó vencer, ó ser vencidos. Lo mismo es darles treguas, que ser derrotado. No hay cosa que tanto aumente la fuerza de las pasiones como el tratarlas bien; en perdonándolas, se hacen mas violentas. Sucede á las pasiones lo que á la calentura; por un momento parece que la apaga un vaso de agua fria; pero esto es puntualmente lo que la enciende mas. En no domándose enteramente la pasion, en no exterminándola y aniquilándola con victorias completas y reiteradas, se hace mas furiosa, y sabe muy bien desquitarse del tiempo que la tuvieron oprimida. Líbrenos Dios de vencer no mas que á medias á este enemigo; siempre será funesto el fin de la funcion y del combate. De aquí nace que despues de aquellos intervalos de devocion y de fervor, despues de aquella frecuencia algo mayor de Sacramentos, despues de aquellos ejercicios en que se dió un golpe á este enemigo, vuelve á reforzarse la pasion, y nos ataca con mayor fuerza que nunca. Si desde el mismo punto que nacen las pasiones se las hiciera una guerra viva y continuada, fácilmente se conseguiria el intento de domarlas; pero nos contentamos con quejarnos de su importunidad; háceselas no mas que una débil resistencia; decláraselas la guerra con flojedad; de manera, que mas parece temerlas y fomentarlas que perseguirlas; pues no nos admiremos de que nos causen tantos daños, ni de que consigan cien pequeñas

ventajas sobre nosotros. Hácense fieras con estos sucesos tan frecuentes, y al cabo nos tiranizan. ¡Oh buen Dios, cuánto nos dan que padecer durante la vida, y cuál será el fruto de sus victorias á la hora de la muerte! Obra suya es nuestra eterna condenacion. Los Saúles, los Salomones, los Judas, los Orígenes, los Tertulianos, y tantos otros, son triste y funesta prueba de lo que pueden las pasiones cuando se las perdona. Apáguense en los Cristianos las pasiones, y se puede decir que se apagó para ellos el infierno.

¡Oh mi Dios, y qué bien he aprendido yo en la escuela de mi cobardía! ¡Cuánta verdad es lo que medito! ¿Y no temeré ya si todavía prosigo en dejarme vencer de un enemigo tan terrible? Flaco soy, Señor, bien lo veis Vos, y por lo mismo conoceis cuán grandes, cuán poderosos auxilios he menester para combatir y para vencer á un enemigo que tira derechamente á estorbarme la salvacion. Únicamente confio en vuestra gracia, y en fe de ella me atrevo á prometeros que no haré treguas con mis pasiones, y que no las dejaré respirar hasta haberlas del todo vencido.

Jaculatorias.—Líbrame, Señor, de las manos de mis enemigos, que me persiguen para perderme. (*Psalm.* xxx).

Lleno de confianza en Vos, Dios mio, perseguiré á mis enemigos, los atacaré, y no me retiraré hasta haberlos enteramente derrotado. (*Psalm.* xvii).

PROPÓSITOS.

1 Ten presente que perdonar á una pasion es suministrarla armas. Créese que se la irá debilitando poco á poco, y se engaña el que lo cree; la tolerancia la da alientos y la fortifica. Aun es error mas grosero pensar librarse de ella contentándola y satisfaciéndola. ¿Es posible que no se adviertan los funestos estragos que hace cada dia este enemigo doméstico? Se conocen, se experimentan, se lloran; porque ¿quién deja de gritar contra las pasiones? Pero á esto se reduce todo; no pasa adelante la cólera. Ármate desde este punto contra ese enemigo; no sufras que te tiranice; atácale por el frente; considera cuál es su fin, sus armas y sus artificios: si es la pasion del deleite, acude á la mortificacion de los sentidos, y echa mano de las armas de la penitencia; si es la ambicion y el orgullo, en la humildad cristiana, y mucho mas en las humillaciones y en los desprecios hallarás con que domar estos fieros y temibles enemigos; si es la cólera, haz estudio particular de conservar siempre



una dulzura inalterable á prueba de todo accidente. Para reprimir sus ímpetus, es medio muy eficaz el callar luego que se exalta, y retirarse por algunos instantes.

2 Examina cuáles son tus pasiones, y por la mañana cuando ofrezcas las obras del dia haz á Dios una oracion particular, pidiéndole te asista con su gracia para vencerlas. Todos los dias, ó á lo menos de cuando en cuando, haz algunas penitencias, ofrece algunas comuniones y algunas limosnas para que el Señor te conceda esta importante victoria. Escoge por especial patron algun Santo que haya sobresalido en aquella virtud que necesitas. Estos son auxilios necesarios para lograr el vencimiento. Desconfia de tu flaqueza; pero confiando al mismo tiempo en la divina gracia, no omitas medio alguno que pueda conducir para domar á este enemigo. Sobre todo guárdate bien de dejarte mandar de tus pasiones; ya que no las puedas aniquilar y destruir, por lo menos tenlas sujetas, abatidas, y, por decirlo así, encadenadas.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DE LA ASUNCION DE LA VIRGEN MARÍA.

LA MUERTE GLORIOSA DE SAN EUSEBIO, presbítero, en Roma, al cual el emperador Constancio, arriano, porque defendia la fe católica, mandó encerrar en un aposento de su casa, en donde estuvo siete meses orando y perseverando constantemente hasta que murió en el Señor. Recogieron su cuerpo Gregorio y Orosio, presbíteros, y le dieron sepultura en el cementerio de Calixto en la via Apia. *(Véase su historia en las de hoy).*

SAN URSICIO, mártir, en el Ilírico, el cual en el imperio de Maximiano por el presidente Arístides fue mandado atormentar de muchas maneras, hasta que lo degollaron por Cristo.

SAN DEMETRIO, mártir, en África.

SAN MARCELO, obispo y mártir, en Apamea en Siria; quien por haber derribado un templo de Júpiter fue asesinado por los gentiles enfurecidos.

SAN CALIXTO, obispo y mártir, en Todi. *(Edificó la iglesia catedral de San Juan Bautista).*

SANTA ATANASIA, viuda, esclarecida en la observancia monástica y en la gracia de los milagros, en la isla Egina. *(Tenia apenas siete años cuando ya sabia de memoria todo el Salterio. Habiéndose casado por no disgustar á sus padres, perdió á su marido á los diez y seis dias de su boda: vendió cuanto poseia, y se retiró á un lugar solitario, donde edificó celdas que ocuparon algunas santas vírgenes que se pusieron bajo su direccion. Murió á mediados del siglo IX).*

VIGILIA.

Por ser hoy la vigilia de la Asuncion de Nuestra Señora, es dia de ayuno, y no se puede comer carne, aunque se tenga la bula de la santa Cruzada. Si en este dia ocurriere el domingo, el ayuno y abstinencia de carne se cumplirá en el sábado ó dia antecedente.

SAN EUSEBIO, CONFESOR.

Entre los mas ínclitos defensores de la fe católica que se celebran en los fastos eclesiásticos, digno de haber el título de ilustre mártir de Jesucristo, es uno san Eusebio, presbítero de la Iglesia de Roma, cuyo nombre y memoria se tuvo en ella en grande veneracion, sirviendo el templo dedicado á su honor de una de las estaciones cuadragesimales en los tiempos antiguos. Suscitaron los herejes arrianos contra los Católicos, auxiliados del emperador Constancio, hijo del gran Constantino, acérrimo defensor de la impiedad, una de las mas terribles persecuciones que pudieran mover contra la Iglesia los príncipes paganos mas capitales enemigos del Cristianismo. Embravecióse la furiosa tempestad en la capital del orbe cristiano de tal suerte, que, á no haber salido á la defensa de la verdad del dogma controvertido varias personas celosas, sin temor de un príncipe tan adicto á sostener á fuego y sangre el partido de la blasfemia, se hubiera visto la Iglesia en un sumo peligro. Distinguióse entre todos el presbítero Eusebio, hombre de un grande espíritu y de notoria sabiduría, quien, á pesar de las superiores fuerzas de los protectores de la impiedad, sostuvo el dogma católico con inexplicable brio é indecible fortaleza.

Desesperados los Arrianos de poder reducir á su partido á un católico del carácter de Eusebio, no satisfechos con los insultos, con las vejaciones y con las molestias que causaron á este celosísimo ministro, apelaron al recurso regular de su perversa costumbre, no otro que el de calumniar su inocente vida ante un príncipe capital enemigo de los Católicos, que sin otro motivo los perseguia de muerte. Constancio no oyó la delacion con indiferencia; y sin examinar la verdad de los imputados delitos, mandó que encerrasen á Eusebio en una prision que solo tenia cuatro piés de anchura, donde apenas podia moverse de una á otra parte. Permaneció el Santo en aquel cruel suplicio con una admirable paciencia, ocupado en

una oracion continua, por espacio de siete meses, al fin de los cuales se dignó el Señor premiar la constancia de su ilustre Confesor, llevándole para sí en el dia 14 de agosto.

Recogieron su venerable cadáver Gregorio y Orosio, presbíteros, y le dieron sepultura en el cementerio de Calixto al camino Apio, donde en honor suyo se erigió una iglesia, en la cual se veneraron sus preciosas reliquias, la que reedificó Zacarías, pontífice, habiendo padecido con el tiempo algunas ruinas.

LA VIGILIA DE LA ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Sabiendo la Iglesia que la abundancia de gracias que la bondad de Dios quiere repartir á los fieles con tanta liberalidad en las mayores festividades depende por lo regular del modo con que ellos se disponen, destina á la oracion, al ayuno, á las vigilias y á la penitencia el dia inmediato que las precede, para que purificada y preparada el alma con estos santos ejercicios, se halle en estado de tener mas parte en estos divinos favores. Regocijémonos, mostremos nuestra alegría, y demos la gloria al Señor Dios nuestro, dice el Ángel del Apocalipsi, porque se llegó el dia de las bodas del Cordero, y ya está ataviada la esposa: *Venerunt nuptiæ Agni, et uxor ejus præparavit se.* Diósela licencia para que se vistiese de un lino blanquísimo y delicado; porque este lino representa las buenas obras de los Santos: *Byssinum enim justificationes sunt Sanctorum.* Este es con propiedad el motivo y el fin para que fueron instituidas las vigilias en las festividades mas solemnes.

Nota san Agustin que la costumbre de comenzarse la solemnidad del domingo y de las fiestas desde las primeras vísperas, esto es, desde la tarde precedente, se derivó de la Sinagoga á la Iglesia, fundándose en las mismas órdenes que intimó Dios á Moisés en favor del pueblo escogido. Observemos, hermanos mios, dice el santo Doctor, el dia de domingo y las demás fiestas, y santifiquemos estos santos dias desde la víspera, como el Señor lo habia ordenado ya en la ley antigua: *Sicut antiquis præceptum est, dicente legislatore: à vespere usque ad vesperam celebrabitis sabbata vestra:* celebraréis vuestras fiestas de un dia á otro, como se lee en el Targun de Jerusalen, esto es, en la glosa ó paráfrasis caldáica de la Escritura. Así se contaban entre los judíos de una tarde á otra, no solo las fiestas, sino tambien los ayunos; y la Iglesia retiene aun esta costumbre en



el oficio divino y la solemnidad de las fiestas grandes, comenzándola desde las primeras vísperas; es decir, desde la tarde precedente.

Por eso se daba principio á la Pascua de los hebreos, que era la mayor de sus solemnidades, por el sacrificio del cordero, que se hacia, segun la Escritura, el dia precedente hácia la tarde ó entre las dos tardes, como se explica el texto hebreo: *Inter duas vesperas*. Por estas dos tardes se entiende todo el tiempo que corre desde un poco despues de mediodía hasta ponerse el sol; de suerte, que cuando el sol comienza á bajar hácia el ocaso, es la primera tarde; y cuando se pone, es la segunda. Refiriendo san Mateo el milagro de los cinco panes que bastaron para dar de comer y para hartar á cinco mil hombres, dice, que llegada ya la tarde, advirtieron los discípulos á su divino Maestro que podia despedir al pueblo que le seguia; pero que el Salvador mandó que todos se sentasen, y que se les distribuyesen los cinco panes, con que todos quedaron satisfechos, despues de lo cual los despidió. Inmediatamente se retiró el Salvador á un monte para orar, y añade el Evangelista, que habiendo llegado ya la tarde, *vespere autem facto*, se encontró solo. En este texto están bien señaladas las dos tardes, y entre ellas comenzaba la solemnidad de la fiesta. De la misma manera los dias que David consagraba al servicio de Dios los comenzaba desde la tarde del dia precedente: *Vespere, et mane, et meridie, narrabo et annuntiabo*: Por la tarde, por la mañana y á mediodía cantaré las alabanzas al Señor.

Siendo el mismo Espíritu Santo el que anima la santa Iglesia, siguió el mismo órden en sus solemnidades. Desde el tiempo de los Apóstoles, esto es, desde aquellos primeros siglos y dias de fervor, comenzaron los fieles á celebrar las fiestas desde el dia precedente, pasando toda la noche en oracion y en otros devotos ejercicios. Por razon de estas sagradas vigilias, cuyo mérito y cuya santidad ignoraban los gentiles, llamaban á los Cristianos gente enemiga de la luz, y amiga de las tinieblas (*Cels.*): *Gens lucifuga, natio tenebrosa;* hombres que gustan de hacer sus oraciones, y de celebrar sus misterios en la oscuridad de la noche: *Soliciti statuto die ante lucem convenire carnem Christo quasi Deo dicere secum invicem,* escribia Plinio el Menor en su célebre carta al emperador Trajano sobre las costumbres de los Cristianos. Acostumbran, dice, en ciertos dias señalados levantarse antes de nacer el sol, y cantar á coros ciertos himnos en honor de Cristo, á quien tienen por su Dios. De donde se infiere, que el pasar las noches en oracion y en devociones los primitivos Cristianos no era por la persecucion, ni por el miedo de los tormen-

tos, sino por práctica constante de aquellos primeros fieles; y que las sagradas vigilias de aquellos tiempos eran la principal parte de las fiestas mas solemnes, como las primeras Vísperas son el dia de hoy la parte principal del oficio divino en las mayores solemnidades. Por eso Tertuliano, Minucio Félix, san Cipriano, san Ambrosio y san Agustin exhortan mucho á los fieles á la observancia de estas vigilias. El segundo concilio de Macon (*canon* 1), celebrado el año de 585, cuenta la noche del sábado al domingo como si fuera parte de este, suponiendo se debe pasar toda en oracion y en vigilia. *Noctem quoque ipsam spiritualibus exigamus excubiis,* porque solo serán cristianos de nombre, añade el Concilio, los que no velaren y oraren en las noches que preceden á las fiestas: *Nomine tenus christiani esse noscuntur, sed oremus et vigilemus.* Teodulfo, obispo de Orleans que floreció en el siglo IX, ordena que todos los Cristianos concurran á la iglesia el sábado para celebrar el domingo y la vigilia de las festividades mayores: *Conveniendum est sabbato die cuilibet christiano.* De esa manera siempre comenzaba la fiesta desde el dia precedente. Los obreros y todos los oficiales dejaban su trabajo, y asistian á las primeras Vísperas; concluidas estas se retiraban á sus casas, y pocas horas despues se volvian á juntar en la iglesia para hallarse presentes á las vigilias y á los Maitines: *Conveniendum ad vigilias, sive ad matutinum officium.* Acabados los Maitines se iban á tomar algun descanso, y despues asistian á la misa solemne, y comulgaban en ella: *Concurrendum est etiam cum oblationibus ad missarum solemnia.* Por la noche, durante la vigilia, se celebraba otra misa, y era la que se llamaba *Missa vespertina,* de la que se hace tan frecuente mencion en los sagrados cánones. Á los fieles que no podian pasar la noche en la iglesia los exhortan mucho los santos Padres que á lo menos la pasen en oracion dentro de sus casas, para santificar las vigilias de las mayores solemnidades.

Duraron por mucho tiempo estas vigilias tan santamente instituidas; pero despues se introdujeron en ellas tantos abusos, que fue preciso prohibirlas á las personas legas. Primero se prohibieron á las mujeres por el concilio de Elvira en España; pero el de Auxerre en Francia las prohibió á todo el pueblo generalmente: *Non licet... nec per vigilias in festivitatibus Sanctorum facere.* San Bonifacio, obispo de Maguncia, se queja de aquellos que despues del oficio de la noche se iban á comer y á beber, profanando con su intemperancia la santidad de las vigilias: *In ipsa nocte non licet post mediam noctem bibere, nec in natali Domini, nec in reliquis solemnitatibus:* No es lí-

cito beber despues de la media noche, ni en la vigilia de Navidad, ni en las otras de las fiestas mas solemnes.

De todas ellas solo conservó la Iglesia la referida vigilia de Navidad. No obstante se continuó por largo tiempo la de Pascua, hasta que en fin se suprimió enteramente, contentándose con celebrar el oficio la mañana del Sábado Santo, como lo muestran aquellas palabras del prefacio que se canta en la misa, *In hac potissimum nocte*, y el *Exultet jam angelica turba cœlorum*, que antiguamente solo se cantaba á media noche. Pero aunque la Iglesia prohibió dichas vigilias nocturnas, no por eso fue su intento privar á los fieles del mérito que pueden tener celebrando las de las mayores solemnidades. Fuera del ayuno que intima en los dias que las preceden, desea que en estos mismos dias se multipliquen las buenas obras, las penitencias y las oraciones. Aunque siempre indulgente con sus hijos, cuando les dispensa el velar, no les dispensa los saludables rigores de la mortificacion. Quiere que se supla el silencio de la noche con el recogimiento interior que se debe observar entre dia, y que se disponga el alma para santificar el dia siguiente con devotos ejercicios, con aumento de fervor, con la meditacion y la oracion. Ya en los primitivos tiempos de la Iglesia se comenzaba á celebrar el domingo desde las vísperas del sábado, y todas las demás fiestas solemnes desde sus primeras vísperas. *A vespera usque ad vesperam*, dicen las Capitulares de Carlomagno, *dies dominicus servetur*. Observad cuidadosamente el ayuno, dice san Ambrosio, porque es eficaz medio para celebrar la fiesta con provecho: *Indictum est jejunium... cave ne negligas... plerique sunt hujusmodi dies: ut statim meridianis horis veniendum ad ecclesiam, canendi hymni celebranda oblatio*. Esta es la misa que se llamaba vespertina porque no se separaba de las Vísperas, y aun se retiene hoy alguna memoria de esta antigua rúbrica el Sábado Santo, en que las Vísperas están como incorporadas con la misa.

Los verdaderos fieles, dice san Bernardo, que quieren celebrar en espíritu y en verdad las fiestas de los Santos, deben celebrar tambien sus vigilias: *In Sanctorum vigiliis necesse est vigilare hominem spiritualem, qui solemnitates eorum celebrare desiderat in spiritu et veritate;* porque las vigilias se hicieron para que nos despabilemos, si acaso estamos dormitando, amodorrados con algun pecado, ó con alguna culpable negligencia: *Ad hoc enim vigiliæ proponuntur, ut evigilemus si in aliquo peccato vel negligentia dormitamus*. Pasemos las vigilias, prosigue el mismo Santo, en ejercicios de devocion y de penitencia, si en el dia de la fiesta queremos estar dispuestos para

recibir las gracias que por los méritos y por la intercesion de los Santos derrama Dios en un corazon puro y preparado: *Ut non vos præoccupent natalitii Sanctorum dies, et inveniant imparatos.*

Es cierto que entre todas las solemnidades de la Iglesia, despues de los principales misterios de Jesucristo, la que mas nos interesa, y la mas célebre, es la fiesta de la Asuncion de la santísima Vírgen; esto es, aquella fiesta que celebra la santa Iglesia en honor de haber sido milagrosamente elevada en cuerpo y alma á los cielos: fiesta no menos solemne en la Iglesia de Oriente que en la de Occidente, cuyo rito es el mismo que el de Navidad y el de Pascua.

En el Misal gótico todas las fiestas de la Vírgen se comprenden en la de su Asuncion: *Assumptio sanctæ Mariæ matris Domini nostri.* En el Leccionario galicano se llama por excelencia la fiesta de santa María: *Festivitas sanctæ Mariæ.* En el órden romano se asigna en este dia una procesion solemne, que se dice instituida por el papa Sergio en el siglo VII. Celebrábase de noche; las calles estaban adornadas, y las ventanas de las casas iluminadas con faroles; llevábase una imágen de la santísima Vírgen, cantándose himnos en honor suyo, y repitiéndose cien veces el *Kyrie, eleison,* y otras tantas el *Christe, eleison.* En el Sacramentario de san Gregorio el Magno, que ocupaba la Silla apostólica en el siglo VI, se lee la vigilia de esta gran fiesta: *Vigiliæ Assumptionis beatæ Mariæ,* con misa propia. El papa Nicolao I, que floreció en el siglo IX, escribiendo á los búlgaros, habla de la vigilia de la Asuncion como de costumbre antigua, haciendo tambien mencion de una Cuaresma que precedia á esta festividad; la que muchos Santos y Santas observaron despues muy religiosamente, y muchas comunidades religiosas observan aun el dia de hoy para disponerse mejor á celebrarla, como la Cuaresma de la Iglesia es disposicion para la solemnidad de la resurreccion del Señor. El gran Padre san Francisco y su hija santa Clara se disponian para la fiesta de la Asuncion con una cuaresma de cuarenta y seis dias, que comenzaban el último dia de junio. No pide hoy tanto á los fiéles la santa Iglesia; solamente los obliga á ayunar la vigilia, y es el único ayuno de obligacion que impone en todas las fiestas de la Vírgen. Pues ¿qué se podrá pensar de los que sin justo motivo se dispensan en él? No se puede dudar, dice san Jerónimo, que todo lo que se hace en honra de la Madre de Dios, cede en gloria de Jesucristo. (*Ad Eustoch.*): *Nulli dubium quin totum ad laudem Christi pertineat, quidquid Genitricis suæ impensum fuerit.* Abre María á todos los hombres, dice san Bernardo, su seno misericordioso, para

recibirlos en él como en seguro asilo (*serm. in sign.*): *Maria omnibus misericordiæ suæ sinum aperit.* El cautivo halla en María su rescate; el enfermo la salud; el triste el consuelo; el justo la gracia; el pecador la misericordia y el perdon: *Inveniunt in Maria captivus redemptionem; tristis consolationem; justus gratiam; peccator veniam.* En ella enviamos desde la tierra al cielo una abogada, continúa el mismo Padre, que siendo Madre de nuestro Juez y Madre de misericordia, tratará eficazmente el negocio de nuestra salvacion: *Advocatam præmisit peregrinatio nostra, quæ tamquam Judicis mater, et mater misericordiæ, suppliciter, et efficaciter salutis nostræ negotia pertractet.* El que encontró á María, dice el sábio Idiota, encontró en ella todo el bien; porque no solo ama á los que la aman, sino que ella misma sirve á los que la sirven: *Inventa Maria, invenitur omne bonum: ipsa enim diligit diligentes se, imo sibi servientibus servit.* Este es el concepto que tienen hecho todos los Santos y todos los fieles verdaderos. Si en los tres ó cuatro primeros siglos de la Iglesia se mostraron los santos Padres ménos celosos, y al parecer un poco reservados en hablar de la devocion á la Madre de Dios, y si los primeros cristianos no se dieron prisa á erigir muchos templos en su honor, ni á celebrar con aparato sus festividades, fue porque en aquellos tiempos temia prudentemente la Iglesia que los nuevos fieles, como criados en las supersticiones de la idolatría, no tuviesen á la Madre de Dios por alguna diosa, principalmente si se les hablara mucho de su asuncion al cielo en cuerpo y alma, y de todas sus excelentes prerogativas. Adoraban los paganos una máquina de diosas, como madres de sus falsos dioses, y era de recelar que los Cristianos adorasen como tal á la Madre del verdadero Dios; por lo que era razon proceder en este punto con tiento y con cautela. Por la misma razon habia prohibido Dios á los israelitas tener imágenes de escultura ni pintadas para adorarlas; porque era fácil que con esta ocasion se deslizase en la idolatría un pueblo nacido y criado en Egipto entre tanta multitud de ídolos. Sabemos la precaucion con que se hablaba de la Eucaristía y de la Trinidad en aquellos primeros tiempos de la Iglesia, en los cuales se echaba mano de todo para hacer burla, y para desacreditar á los Cristianos, dando siempre la mas maligna interpretacion á nuestros mas sagrados misterios. Pero luego que cesaron las persecuciones, y se tuvo libertad para predicar descubiertamente las mayores verdades de nuestra Religion, sin temerse el contagio de la idolatría, ¡con qué elocuencia, con qué franqueza y efusion de corazon se extendieron los Santos en las ala-

banzas de la Madre de Dios, y en el culto que se debia á la santísima Vírgen! Entonces se publicaron sin miedo la gloria y las maravillas de su admirable Asuncion. ¡Cuántos templos se consagraron á Dios con la advocacion de su nombre! ¡cuántas fiestas se instituyeron en su honor! ¡Qué elogios tan magníficos no la tributaron para excitar á los pueblos y los corazones á la confianza en María! No porque esta confianza ni esta devocion no fuesen tan antiguas como la misma Iglesia; pues desde la misma cruz la recomendó el Salvador á todos los fieles en la persona de san Juan, como dicen los Padres. Ten continuamente el nombre de María en la boca; grábale en el corazon, dice san Bernardo; invócala, y ten en ella una entera confianza: *Maria non recedat ab ore, non recedat à corde.*

La Misa es de la Vigilia, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui virginalem aulam beatæ Mariæ, in qua habitares, eligere dignatus es: da, quæsumus, ut sua nos defensione munitos, jucundos facias suæ interesse festivitati. Qui vivis et regnas...

Ó Dios, que te dignaste escoger el casto seno de la bienaventurada Vírgen María, para habitar en él como en sagrado templo; haced que asistidos de su intercesion, celebremos con una santa alegría su festividad. Que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo XXIV *del Eclesiástico.*

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris: et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum: memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhuc esurient: et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor: y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos: porque mi espíritu es mas dulce que la miel y mi heredad mas que el panal de miel: mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen tendrán todavía hambre, y los que me beben, tendrán todavía sed. El que me escucha, no será confundido; y aquellos que obran por mí, no pecarán. Los que me ilustran, conseguirán la vida eterna.

REFLEXIONES.

Yo dí frutos de agradable olor; mis flores son frutos de gloria y de abundancia. ¿No se podrán entender estas palabras como una amorosa reprension que nos da la Vírgen por nuestra asombrosa esterilidad? Trasplantados por el Bautismo al fértil campo de la Iglesia, y acaso tambien al de la Religion por la profesion religiosa, ¿qué frutos hemos llevado? Á lo mas muchas hojas, y tal vez algunas flores, que luego se marchitaron, secándose en el mismo dia que las vió nacer y desplegarse. No fue cierto por falta de cultivo. ¡Y qué será si somos aquella desgraciada higuera del Evangelio, á quien mas de una vez se la perdonó á ruegos, sin duda, de esta Madre de misericordia; pero que al fin ha de parar en ser cortada y arrojada al fuego por su esterilidad! Las fiestas mas solemnes de la Iglesia son á la verdad dias de gracias y de bendiciones; mas solo para aquellos que se dispusieron para recibirlas desde la vigilia. Y ¿qué disposicion es la que se hace el dia de hoy para celebrar estas santas solemnidades? Nada omite la Iglesia para preparar á sus hijos de su parte con la oracion y con el ayuno. Pero ¿son muchos los que se aprovechan de estos medios? El ayuno ¿se observa como se debe? ¡Ah, que en estos tiempos basta ser una persona rica, de distincion, ocupar algun empleo de consideracion, para dispensarse en las mas religiosas observancias! Parece que la penitencia ya no habla con los mundanos: la oracion y la asistencia á los divinos oficios es devocion popular; es buena para la ínfima plebe. Frecuenta los Sacramentos un corto número de personas devotas; la gente de alguna distincion solo tiene tiempo para vestirse y para peinarse; toda la preparacion que hace por lo comun para celebrar las grandes solemnidades se reduce á ostentar en ellas mayor profanidad, y presentarse en la calle con mayor orgullo. Es cierto que se vela; mas ¿para qué? ¿para pasar la noche en oracion? Nada menos; los ociosos y los divertidos la pasan en el juego; el pueblo, y particularmente los oficiales, velan muchas veces hasta mas allá de la media noche para acabar sus obras; muchos hacen lo mismo solo por acomodarse á la escandalosa vanidad de lo que se llama *bello mundo*. La única señal de distincion en los dias solemnes es salir con una gala ó con un vestido mas costoso que el ordinario. Pero ¿se sale con un corazon mas puro? ¿se asiste á la iglesia con respeto y con religion? ¿se va á ella con mayor limpieza de conciencia? ¿Resplandecen la devocion y la

modestia en nuestras mayores solemnidades? ¿Se procura celebrarlas con aquella ejemplar piedad que corresponde á unos cristianos verdaderos? ¡Oh gran Dios! conviértense las fiestas de la Iglesia en dias de diversion, de juegos y de pasatiempos; de fiestas sagradas se transforman en fiestas enteramente profanas. Comienzan hoy las fiestas como comenzaron en todos tiempos, por las primeras vísperas, es así; pero ¿se concurre á estas? ¿Pásase la tarde en ejercicios de devocion? ¿Se piensa siquiera en las fiestas del dia siguiente? ¡Y despues de esto nos admirarémos de que se saque tan poco fruto de las mayores solemnidades!

El Evangelio es del capítulo XI *de san Lucas, pág.* 102.

MEDITACION.

De la disposicion para celebrar las fiestas solemnes.

PUNTO PRIMERO.—Considera el cuidado que se pone, el gasto que se hace y el tiempo que se emplea en disponerse para una fiesta profana: el corazon, el discurso, el bolsillo, todo se ocupa, todo está en movimiento, y todo se apura. Llega el dia de la funcion; ¡qué atencion á que esté á punto lo necesario! ¡Qué ansia por lucir, por sobreponerse! ¡qué miedo de no dar gusto, y de no salir con lucimiento! Muchos dias antes no se piensa mas que en hacer las prevenciones; y el dia precedente mucho menos se puede pensar en otra cosa. ¡Válgame Dios! ¿se dedica el mismo cuidado, se muestran iguales ansias por prevenirse para celebrar las mayores solemnidades? ¿Cómo nos disponemos para celebrar una fiesta de religion?

No nos pide Dios tan grandes gastos. Todas las prevenciones de obligacion se reducen á un corazon puro, á una conciencia limpia, á una viva fe, y á una tierna devocion. El culto puramente exterior mas es hazañería que acto verdadero de religion. Contentarse solo con lucirlo en estos dias, es hacer ostentacion de su orgullo; no es honrar el Santo ó el misterio cuya fiesta se solemniza. Quiere Dios ser adorado en espíritu y en verdad; ni á los Santos les agradan otros cultos que los que corresponden á sus virtudes, especialmente á aquellas por las cuales mas se distinguieron. Este es el fin principal de la solemnidad de nuestras fiestas; todo otro aparato y toda otra magnificencia sin esta devocion no agradan á los que son objeto de ellas; antes bien positivamente les ofenden.

Los concursos que se ven en nuestras iglesias con motivo de las

fiestas de los Santos, muchos los consideran como una concurrencia de moda, de costumbre, ó de ceremonia, mas que de devocion; como si estas solemnidades se hubieran instituido para la diversion, y no para el ejemplo. Grande error es creer que se pueda agradar á los Santos, cuando no se agrada á Dios. Mas ¿á qué fin se renueva todos los años la memoria de estos héroes cristianos, poniéndosenos de tiempo en tiempo á la vista la imágen de sus virtudes y el recuerdo de su penitencia, sino para encender nuestro celo, animar nuestra confianza, y excitarnos á su imitacion? ¿Á qué fin obligarnos á levantar la mano de toda obra servil, sino para que solamente nos ocupemos en el culto divino y en la práctica de buenas obras? Son nuestras fiestas solemnidades de Religion, ¿será razon convertirlas en fiestas puramente mundanas, y acaso tambien profanas? Quiere Dios ser reverenciado en ellas por el sacrificio del corazon, el que debe acompañar al culto exterior y público; ¿se dará por muy satisfecho de nuestras momentáneas apariciones en la iglesia, de nuestras ostentaciones de vanidad, y de nuestras hazañerías?

El asunto de la gran fiesta de mañana es la gloriosa Asuncion de la santísima Vírgen; esto es, su triunfante elevacion al cielo en cuerpo y alma. Y ¿nos atreverémos á asistir á su triunfo con el corazon manchado? ¿Llevarémos á los piés de los altares un espíritu mundano y unos afectos carnales y terrenos? Grande indecencia seria presentarnos á los ojos de esta triunfante Reina con impuro corazon; grande atrevimiento presumir tener parte en su gloria, sin querer eficazmente aplicarnos á su servicio. Es impío menosprecio presentarse delante de Dios sin la debida preparacion para solemnizar tan grande fiesta.

Punto segundo. — Considera que es cosa escandalosa, pero no digna de admiracion, que los dias mas solemnes del año sean, por lo regular, los menos santificados, los mas infructuosos y los mas vacíos. Porque, al fin, ¿qué disposiciones se hacen para ellos? Las vigilias, que solo se instituyeron para purificar con el ayuno y con la penitencia, para preparar con la oracion y con el recogimiento un corazon que debe ser presentado al Señor, y constituir uno de los ornamentos de la fiesta; estas vigilias, digo, se han convertido en dias de distracciones, de embarazos, de disipacion y de tumulto. Todo el tiempo de ellas se le sorben los negocios, las visitas, el mundo y la vanidad; porque esta es la preparacion mas ordinaria para los dias de fiesta. Como el demonio es tan astuto, se da priesa á tomar la

delantera, sabiendo muy bien que el fruto de los dias solemnes pende en parte de las vigilias. El único medio para celebrar con provecho el glorioso triunfo de la santísima Vírgen es dejarse ver en el concurso de los fieles con la vestidura nupcial; es decir, con una conciencia pura, y con el alma adornada de aquellas virtudes que mas resplandecieron en la Reina de los cielos. Su pureza, su humildad, su abrasada caridad son los rasgos mas comunes que se deben notar en sus verdaderos hijos. Todo aquel que la sirve ha de llevar su librea, y mas cuando se celebra alguna de sus festividades, cuando se asiste á su triunfo. Muy notado, y muy mal recibido seria en casa de un grande el que en sus dias, ó en otros de ceremonia y de funcion, se presentase con vestido indecente, usado y asqueroso. Todos asisten de gala para hacer honor, y aun se procura que los vestidos en la tela, en el color y en el corte sean de su gusto. Pues si se quiere honrar á María en el dia de su mayor solemnidad, ¿no se ha de poner cuidado en acomodarse á lo que tanto la gusta?

El que deseare recibir favores de Dios en los dias mas solemnes, pase santamente las vigilias. Si esta fuere dia de penitencia y de recogimiento para el alma, el dia siguiente será verdaderamente dia de su fiesta para ella. Ya que en otros tiempos se pasaban en vela y en oracion las noches que precedian á las fiestas, empleemos por lo menos nosotros algunas horas de estos dias en oracion, en el recogimiento y en otras buenas obras. ¿Por ventura es nuestra Religion diferente de la que profesaron nuestros abuelos? Pues ¿por qué tendrémos menos fervor, menos celo y menos devocion que la que ellos tuvieron?

Dios mio, uno y otro lo espero de vuestra misericordia; y pues os dignásteis abrirme los ojos para que conociese y detestase el error en que he vivido hasta aquí, descuidado de una preparacion tan necesaria, haced que el cuidado con que me comienzo á disponer para celebrar la festividad de mañana consiga de vuestra piedad que sea para mí dia de bendicion y de salud. Vírgen santa, atrévome á decir que tambien Vos sois interesada en esto; en vuestra poderosa intercesion confio principalmente; alcanzadme la gracia necesaria para celebrar el dia de vuestro triunfo como uno de vuestros verdaderos siervos y de vuestros verdaderos hijos.

Jaculatorias.—Mañana es la solemnidad del Señor, igualmente que la de su Madre; dispon tu corazon para servirle á solo él. (*I Reg.* VII; *Exod.* XXXII).

Mi corazon está preparado, mi Dios; mi corazon está preparado. (*Psalm.* LVIII).

PROPÓSITOS.

1 No te parezca que basta estar prevenido para cuando llegue el esposo; es menester tenerlo hecho por lo menos desde el dia antes. Solo entraron en la sala de las bodas aquellas vírgenes que ya estaban prevenidas cuando el esposo llegó; las que esperaron á hacerlo al mismo tiempo de su arribo, ya no lo hicieron en sazon. Además del recogimiento interior, y del espíritu de retiro que debes conservar todo este dia, dispon tus ocupaciones de manera que por la tarde te quede libre un buen espacio de tiempo para prepararte con sosiego á celebrar tan grande solemnidad. Si se puede, será bien confesarse en la misma vigilia, pues no hay disposicion mas eficaz, ni que tanto contribuya al recogimiento y á la devocion; por lo menos debe en ella hacerse el exámen para la confesion del dia siguiente. Despues de comer ten un poco de leccion espiritual, y asiste á las Vísperas, por las cuales se da principio á la fiesta; ejercicio de religion á que siempre acompañan muchas gracias. Pues ya no está en uso pasar la noche en la iglesia, emplea por lo menos una buena parte de ella en devociones y en otras buenas obras. Visita aquella iglesia del pueblo donde es mas especialmente venerada la santísima Vírgen, y guarda el ayuno del dia con el mayor rigor.

2 Retirado á tu casa dedica un poco de mas tiempo á la leccion de algun libro devoto; y despues de colacion junta tus hijos y tus criados para que oigan leer la historia del dia siguiente; y luego, habiéndolos instruido en la devocion con que la deben celebrar exhórtalos á que lleguen al sacramento de la Confesion y de la Comunion, y á que asistan con devocion á los divinos oficios y al santo sacrificio de la misa, rezando con atencion la Letanía de la Vírgen así este dia como todos los de la octava. Muchos pasan en oracion una buena parte de la noche; pero á lo menos procura madrugar bien por la mañana. Es este un dia de bendiciones y de gracias; y nunca se ostenta la Vírgen mas liberal que en el dia de su triunfante entrada en la gloria, en el cual derrama con profusion sus favores sobre las almas de todos sus devotos.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

LA ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA, Madre de Dios.

San Tarsicio, acólito, en Roma en la via Apia, al cual encontraron los paganos que llevaba el santísimo Sacramento; y aunque procuraron averiguar qué cosa llevaba, nunca lo quiso descubrir, teniendo por cosa indigna entregar las margaritas á los puercos; y quiso mas ser primero muerto á pedradas y á palos. Los sacrílegos pesquisidores, despues de muerto, no hallaron en sus manos ni en el vestido ninguna partícula del Sacramento: los Cristianos recogieron el cuerpo, y le dieron honrosa sepultura en el cementerio de Calixto.

San Alipio, obispo, en Tagaste del África: fue primero discípulo de san Agustin, despues compañero suyo en la conversion, concolega en el obispado, segundo en las contiendas con los herejes, y por último participante de la gloria del cielo.

San Arnulfo, obispo y confesor, en Soissons en Francia.

La muerte gloriosa de san Estéban, rey de Hungría, en Alba Real; cuya festividad se celebra el dia 2 de setiembre.

San Estanislao de Koska, polaco, de la Compañía de Jesús, en Roma; el cual viviendo con inocencia de Ángel, en poco tiempo cumplió el curso de muchos años. Benedicto XIII lo puso en el número de los Santos.

En la obra titulada: *Vie des Saints Pères et Martyrs*, por Godescard, se habla de dos santos varones, llamados Saturnino el uno, y Neopolis ó Neopolus el otro, que en el siglo III, durante la persecucion de Diocleciano y de Maximiano, en tal dia como hoy padecieron martirio por defender la fe de Jesucristo. El último de estos dos nombres con el uso fue convertido en Italia en el de *Napoleone* (Napoleon). Y dice que ambos Santos fueron ilustres por su cuna y por los empleos que desempeñaban en Alejandría.

LA ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Ya en fin llegó, carísimos hermanos mios, dice san Agustin, este dia tan venerable para nosotros; este dia que excede todas cuantas festividades solemnizamos en honor de los Santos; este dia tan célebre; este clarísimo dia en que creemos que la Vírgen María pasó desde este mundo á la gloria celestial: *Adest nobis, dilectissimi fratres, dies valde venerabilis: dies omnium Sanctorum solemnitate præcellens; dies inclyta, dies præclara, dies in qua è mundo migrasse creditur Virgo Maria.* Resuenen en toda la tierra las alabanzas, los festivos clamores de alegría en el dia glorioso de su triunfante Asuncion: *Lau-*

des insonet universa terra cum summa exultatione, tantæ Virginis illustrata excessu. Porque seria cosa muy indigna que no celebrásemos con extraordinaria devocion, culto y aparato la solemne fiesta de aquella por quien merecimos recibir al Autor de la vida: *Quia indignum valde est, ut illius recordationis solemnitas sit apud nos sine maximo honore, per quam meruimus Auctorem vitæ suscipere.* Este es uno de los mas célebres dias del año, dice san Pedro Damiano, por ser el dia en que la santísima Vírgen, digna del trono real por su nacimiento, fue elevada por la santísima Trinidad hasta el trono del mismo Dios, y colocada tan alto junto á la admirable Trinidad, que se arrebata hácia sí los ojos y la admiracion de los Ángeles: *Sublimis illa dies est, in qua Virgo regalis ad thronum Dei Patris evehitur, et in ipsius Trinitatis sede reposita, naturam angelicam sollicitat ad videndum.* Á la verdad el misterio de este dia es superior á todas nuestras expresiones; y san Bernardo no halla reparo en decir, que la Asuncion de María es tan inefable como la generacion de Cristo: *Christi generationem, et Mariæ assumptionem quis enarrabit?* Pasmados de admiracion á vista de una gloria que tiene suspensos y como embargados de asombro á los mismos Ángeles, nos contentarémos con referir la historia de este admirable misterio.

La opinion mas recibida en la Iglesia, fundada en la tradicion, es, que despues de la ascension del Salvador á los cielos y de la venida del Espíritu Santo, vivió la Vírgen veinte y tres años y algunos meses mas en este mundo. Aunque era tan abrasado y vivo el deseo que tenia la Señora de seguir en el cielo á su querido Hijo, consintió quedarse en la tierra para el consuelo de los fieles, y para atender á las necesidades de la Iglesia recien nacida, conviniendo que su presencia supliese de alguna manera la ausencia corporal de Jesucristo. Lo mucho que podia en el cielo era de gran socorro á los fieles que vivian en la tierra, alcanzando aquellos primeros tiempos de persecucion, sosteniéndose su fe con la noticia y con el consuelo de que aun vivia entre ellos la Madre de su Dios. Era la Vírgen su oráculo, su apoyo y todo su refugio. Fortalecia su virtud, animaba su celo, enseñaba á los Doctores, dice el sábio Idiota, y era como el oráculo de los mismos Apóstoles: *Doctricem Doctorum, magistram Apostolorum.* Y el abad Ruperto asegura que en cierto modo suplia con sus instrucciones lo que el Espíritu Santo no tuvo por conveniente descubrirles, habiéndoseles comunicado, por decirlo así, con límite y con medida; y los santos Padres convienen en que el evangelista san Lucas supo singularmente de boca de la santísima Vírgen las par-

ticulares circunstancias de la infancia del Niño Jesús, que dejó especificadas en su Evangelio, y que aun por eso se dice en él que María no dejaba perder cosa alguna de las que entonces pasaban, conservándolas en su memoria, y meditándolas en su corazon: *Maria conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo.*

Durante el espacio de estos veinte y tres años, la vida de la santísima Vírgen fue un continuo ejercicio del mas puro amor, y un perfecto modelo de todas las virtudes; una oracion no interrumpida, y esta misma oracion un éxtasis perpétuo. Visitaba con frecuencia los sagrados lugares que el Salvador habia santificado con su presencia, cumpliendo los misterios de nuestra redencion. Aunque esta divina Madre vivia en la tierra, su corazon nunca se separaba del de su amado Hijo, que habitaba en el cielo. Pasábanse pocos dias sin que Jesucristo se la apareciese, y ninguno en que no conversase familiarmente con los Ángeles, singularmente destinados á su servicio; y aunque distante de la celestial Jerusalen, mientras duró su habitacion en la tierra gustaba abundantemente de todas sus delicias.

Habia cási doce años que la santísima Vírgen residia en Jerusalen, cuando los Apóstoles y los discípulos se vieron precisados á retirarse de aquella ciudad por la persecucion que los judíos suscitaron contra los fieles. Y si el maravilloso progreso que hacia el Evangelio la colmaba de gozo y de consuelo, se templaba mucho este por el furor con que era perseguida la Iglesia. Cuando la Vírgen dejó á Jerusalen, se encaminó á Éfeso en compañía de san Juan hácia el año de 45 del Señor; pero sosegada un poco la persecucion, se restituyó á aquella ciudad, en la cual permaneció el resto de su vida.

Mientras tanto, habiendo ya llevado los Apóstoles la luz de la fe á cási todo el universo, y estando ya la Iglesia sólidamente establecida en todas partes, parecia tiempo que la Vírgen dejase ya la estancia de la tierra, que consideraba como lugar de destierro. Suspiraba continuamente por aquel feliz momento que la habia de volver á juntar para siempre con su querido Hijo, cuando un Ángel, que se cree fue san Gabriel, la vino á anunciar el dia y la hora de su triunfo. Es cierto que habiendo sido preservada del pecado original por especial privilegio, como tambien de toda otra culpa durante su santísima vida, no estaba sujeta á la muerte, que es pena del primero; mas habiéndose sujetado á ella Jesucristo, no quiso María eximirse de padecerla.

Seis circunstancias, á cual mas prodigiosas, observan los santos Padres en la asuncion de la santísima Vírgen. Primera, su muerte,

que muchos de ellos y algunos Martirologios llaman sueño: *Dormitio.* Segunda, la glorificacion de su alma en el mismo momento de su separacion. Tercera, la sepultura de su santo cuerpo en el lugar de Getsemaní. Cuarta, su gloriosa resurreccion tres dias despues. Quinta, su triunfante asuncion en cuerpo y alma á los cielos. Sexta, su coronacion en la gloria por la santísima Trínidad.

Algunos Padres antiguos, y entre ellos san Epifanio, parece ponen en duda si murió la Madre de Dios, ó si permaneció inmortal. Autorizaban una duda tan bien fundada, así su inmaculada Concepcion, como su divina maternidad; pero la Iglesia en la oracion de este dia expresa con claridad que verdaderamente murió segun la condicion de la carne: *Quam pro conditione carnis migrasse cognoscimus.* San Juan Damasceno dice que no se atreve á llamar *muerte* á esta separacion, sino sueño ó una union mas íntima con su Dios; un tránsito de la vida mortal á la dichosa inmortalidad: *Sacram tuam migrationem haud quaquam appellabimus mortem, sed somnum, aut peregrinationem, vel, ut aptiori verbo utar, cum Deo præsentiam.* No separó, dicen los Padres, aquella purísima alma de su santo cuerpo, ni la violencia de la enfermedad, ni el desórden de los humores, ni el desfallecimiento de la naturaleza; rompió aquella union el puro amor divino, y obra suya fue la muerte de la Vírgen. El Espíritu Santo habia encendido en su corazon un amor tan abrasado, que fue un continuo milagro, dice san Bernardo, la vida de María, no siendo posible que sin él sufriese el violento ardor de aquel divino fuego. Cesó este milagro con su muerte. No quiso Dios suspender por mas tiempo el efecto de aquel sagrado incendio; dejóle obrar con toda su fuerza en aquel corazon sin mancha, santuario del divino amor. No pudo naturalmente resistir por mas tiempo á sus esfuerzos, y consumido á violencia de aquellos divinos ardores, terminó sin dolor tan santa vida. Ó no habia de morir la santísima Vírgen, dice san Ildefonso, ó habia de morir de amor.

Hallábase á la sazon en Jerusalen en la casa del cenáculo. Esparcida la voz entre los fieles de que la Madre de Dios estaba para dejarlos, y para ir á ponerse en posesion del glorioso trono que su querido Hijo la tenia preparado en la celestial Jerusalen, no es fácil expresar los contrarios afectos de gozo y de dolor que se apoderaron á un mismo tiempo de todos sus corazones. Por una parte se consideraban en vísperas de verse separados de su querida Madre, que era todo su apoyo y todo su consuelo; por otra reconocian que iba á volverse á unir con su amado Hijo en el cielo, donde seria su abogada

con Dios y toda su confianza. De todas partes concurrieron á ella para recibir su última bendicion. San Juan, como sagrado depositario de aquel tesoro, no se apartaba un punto de su lado, solícito mas que nunca de rendir todas las obligaciones de hijo á la mejor de todas las madres. Estaba incorporada la Vírgen en un humilde lecho, y desde allí consolaba á todos los fieles que se hallaban presentes, dando nuevo aliento á su fe, y exhortándolos á la perseverancia; cuando, por un raro prodigio que ella sola tenia sabido que habia de suceder, todos los Apóstoles, y algunos de los discípulos que estaban esparcidos por el mundo, se hallaron milagrosamente trasladados al cuarto del cenáculo para tributar sus últimos respetos á la Madre del Salvador. San Dionisio Areopagita, que se halló presente, nombra á san Pedro, suprema cabeza de los teólogos; á Santiago, hermano del Señor; á los otros príncipes de la jerarquía eclesiástica, y además de eso á san Heroteo, á san Timoteo, y á otros muchos discípulos de los Apóstoles, de cuyo número era el mismo san Dionisio.

Juvenal, patriarca de Jerusalen, san Andrés, obispo de Creta, y san Juan Damasceno, con otros Padres, aseguran que los Apóstoles fueron transportados en una nube por ministerio de Ángeles. En el tratado *de la muerte de la santísima Vírgen,* atribuido á san Meliton, obispo de Sárdica, se dice que la Señora tenia en la mano una palma que el Ángel la habia traido cuando bajó á anunciarla el dia y la hora de su muerte. Mientras tanto todos los circunstantes encendieron muchas velas; todos se deshacian en lágrimas, consolándolos á todos la santísima Vírgen, y habiendo exhortado, así á los Apóstoles como á los discípulos, á predicar el Evangelio con el mayor celo y valor, asegurando á toda la Iglesia de su poderosa proteccion, vió aparecer al Salvador, acompañado de todos los coros de los Ángeles, que venia á recibir su dichosísimo espíritu, y á conducirle como en triunfo al lugar de la bienaventurada inmortalidad. Abrasada entonces el alma con todo el fuego del divino ardor, se desprendió por sí misma del cuerpo, y fue conducida en triunfo hasta el trono del mismo Dios.

En el mismo punto en que espiró la santísima Vírgen, se llenó todo el cuarto de una resplandeciente luz mas brillante que la del sol. Toda la milicia de la corte celestial, dice san Jerónimo, salió al encuentro á la Madre de Dios, cantando himnos y cánticos en honor suyo, que fueron oidos de todos los que se hallaban en el cenáculo: *Militiam cœlorum cum suis agminibus, festive obviam venisse Genitrici Dei cum laudibus et canticis.* Y aquella alma tan pura, mas

santa que todos los Ángeles y todos los Santos juntos, fue elevada, dice san Agustin, hasta el trono del soberano Señor del universo, muy superior á todas las celestiales inteligencias: *Angelicam transiens dignitatem, usque ad summi Regis thronum sublimata est.* No era justo, añade el mismo Padre, estuviese colocada en otro lugar que en el inmediato al que ocupaba aquel Señor que ella misma habia dado á luz en este mundo: *Non enim fas est alibi te esse quam ubi est quod à te genitum est.*

Luego que la santísima Vírgen rindió su espíritu, todos los circunstantes se postraron á sus piés regándolos con sus lágrimas. Los fieles que se hallaban en Jerusalen y en su contorno concurrieron todos apresurados á venerar aquel santo cuerpo, santuario del Verbo encarnado y arca del Nuevo Testamento. Sanaron todos los enfermos que se presentaron delante de él; y san Juan Damasceno, que trasladó á nuestra noticia todo lo que llegó á entender de la tradicion, dice que hasta los mismos judíos sintieron los efectos de su poder, y participaron de sus milagros.

Despues que todos satisfacieron su devocion, fue llevado el santo cuerpo al sitio donde se le habia de dar sepultura, que era el pequeño lugar de Getsemaní, distante trescientos pasos de Jerusalen. Llevaban el féretro los santos Apóstoles, y les seguia el resto de los fieles con velas encendidas, porque los judíos estuvieron tan léjos de oponerse á esta pompa fúnebre, que antes bien ellos mismos se agregaron á ella para hacerla mas numerosa y mas célebre, llenos todos de veneracion á María. Fue depositado el santo cuerpo con gran respeto en el sepulcro que estaba preparado, y éste se cerró con una gruesa piedra. En una carta que Juvenal, patriarca de Jerusalen, escribió al emperador Marciano y á la emperatriz Pulqueria, dice que así los Apóstoles como los otros fieles pasaban los dias y las noches junto al sepulcro, sucediéndose unos á otros, y mezclando sus voces y sus cánticos con los Ángeles, cuyas suavísimas canciones no se dejaron de oir en todos aquellos tres dias. Mas no era conveniente, dice san Agustin, que el Salvador dejase en la sepultura un cuerpo, del cual el suyo habia sido formado, ni una carne que en cierta manera era la suya: *Caro enim Jesu, caro Mariæ.* ¿Quién tendria atrevimiento para imaginar que aquel Hijo de Dios que vino al mundo, no para quebrantar la Ley, sino para cumplirla, se dispensase en la mas mínima obligacion de las que deben los hijos á los padres? *Numquid non pertinet ad benignitatem Domini Matris servare honorem, qui legem venerat non solvere, sed adimplere?* Pues ahora, aquella misma

ley que manda honrar á la Madre, manda al mismo tiempo preservarla de todo lo que puede ceder en su deshonor: *Lex enim sicut honorem Matris præcipit, sic inhonorationem damnat.* Pudo Jesucristo, concluye él mismo Santo; eximir de la corrupcion al cuerpo de su santísima Madre; pues ¿quién se atreverá á decir que no lo quiso hacer? *Potuit eam à putredine, et pulvere alienam facere, qui ex ea nascens potuit Virginem relinquere.* Es la corrupcion del cuerpo oprobio de la naturaleza humana: miróla Jesucristo con horror; y por consiguiente, lo mismo parece que debió hacer con su Madre: *Putredo humanæ est opprobrium conditionis, à quo opprobrio cum Jesus sit alienus, natura Mariæ excipitur, quam Jesus de ea suscepisse probatur.*

Con efecto, al tercer dia, dice san Juan Damasceno con la mayor parte de los santos Padres griegos y latinos, como santo Tomé, el único de los Apóstoles que no se habia hallado presente á la muerte de la santísima Vírgen, desease ansiosamente ver el sagrado cuerpo, disponiendo Dios que no se hallase á la muerte de su Madre, para proporcionar un medio natural de manifestar su gloriosa resurreccion, y pareciéndoles muy justo á los demás Apóstoles darle este consuelo, se abrió el sepulcro; pero quedaron todos gustosamente sorprendidos cuando no encontraron dentro de él sino los lienzos y los vestidos con que el santo cuerpo habia sido amortajado, exhalando de sí una fragancia exquisita: *Post tres dies,* dice san Juan Damasceno, *angelico cantu cessante,* habiendo cesado al cabo de los tres dias la celestial música de los Ángeles, *qui aderant apostoli (cum unus Thomas, qui adfuerat, venisset, et quod Deum susceperat corpus adorare voluisset) tumulum aperuerunt, sed omni ex parte sacrum ejus corpus nequaquam invenire potuerunt, cum ea tantum invenissent in quibus fuerat compositum; et ineffabili, qui ex his proficiscebatur, essent odore repleti.* Asombrados á vista de tan grande maravilla, cerraron el sepulcro persuadidos que el Verbo divino, que se habia dignado hacerse hombre, y tomar carne en el vientre de la santísima Vírgen, no habia permitido que su cuerpo estuviese sujeto á la corrupcion, antes quiso resucitarle tres dias despues de su muerte, y anticipándole la resurreccion general, le hizo entrar triunfante en la gloria: *Loculum clauserunt, ejus mysterii obstupefacti miraculo: hoc solum cogitare potuerunt quod cui placuit ex Maria Virgine carnem sumere, et hominem fieri, et nasci cum esset Deus Verbum et Dominum gloriæ; quique post partum incorruptam servavit ejus virginitatem eidem etiam placuit, et ipsius postquam migravit immaculatum corpus incorruptum servare, translatione honorare, ante communem et universalem resur-*

rectionem. Este es el comun sentir de la Iglesia, como lo publica todos los años en el oficio de la Octava de esta fiesta. Por eso dijo san Agustin, exponiendo aquello del salmo xv: *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem*, que aquel santo cuerpo en que tomó carne el divino Verbo no se podia creer fuese entregado en presa á los gusanos y á la podredumbre, causándole horror solo el pensarlo: *Sentire non valeo, dicere perhorresco;* y explicando san Juan Damasceno aquello del Profeta: *Surge, Domine, in requiem tuam, tu et arca sanctificationis tuæ;* ¿quién no ve, dice, que la resurreccion de que habla el Profeta es la del Salvador, y la de la santísima Vírgen, aquella arca misteriosa que encerró en su seno la fuente de la santidad?

¡Quién podrá comprender, exclama san Bernardo, la gloria con que subió al cielo la santísima Vírgen! ¡Con qué raptos de amor la salieron al encuentro tantas regiones de Ángeles! ¡con qué afectos de respeto y veneracion! ¡con qué cánticos de alegría la acompañaron! *Quis cogitare sufficiat quam gloriosa hodie mundi Regina processerit; et quanto devotionis affectu tota in ejus occursum cœlestium regionum prodierit multitudo!* Ni hubo jamás en el mundo triunfo mas glorioso, ni se conoció en él dia mas célebre, dice san Jerónimo, que este dia en que la Vírgen fue elevada á los cielos: *Et hæc est præsentis diei festivitas.* Atrévome á decir, exclama el bienaventurado Pedro Damiano, que prescindiendo de la divinidad, la pompa y el aparato de la asuncion de María fue mayor que el de la ascension del mismo Jesucristo: *Audacter dicam, salva Filii majestate, Virginis Assumptionem longe digniorem fuisse Christi Ascensione;* pues en la ascension del Salvador solamente le salieron á recibir los Ángeles; pero en la asuncion de María, además de todos los espíritus angélicos, el mismo Hijo de Dios salió al encuentro á su Madre, y la condujo hasta lo mas elevado de los cielos. Pues ¿qué nos admiramos ya, dice san Bernardo, de que las celestiales inteligencias se quedasen como extáticas de pasmo, preguntándose unas á otras: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* ¿Qué mujer es esta? como si dijeran, ¿qué pura criatura igualará jamás la gloria y la santidad de esta mujer que sube del desierto, colmada de dulcísimas delicias, y apoyada sobre su mismo amado Hijo? El recibimiento que Salomon hizo á su madre fue no mas que un imperfecto bosquejo, una oscura sombra del que el Salvador hizo hoy á la Vírgen. *Surrexit rex in occursum ejus*, dice la Escritura, *adoravitque eam, et sedit super thronum suum; positusque est thronus matris ejus quæ sedit ad dexteram ejus.* Levantóse el rey de su trono,

salióla á recibir, saludóla profundamente; y volviendo á ocupar su solio, puso el de su madre á la derecha del suyo. En el misterio de este dia se verifica aquel prodigio que tanto admiró en el cielo al evangelista san Juan: una mujer vestida del sol, con la luna á sus piés, y coronada su cabeza con doce estrellas resplandecientes. Si el ojo del hombre no vió, dice san Bernardo, ni el oido oyó, ni cupo jamás en su imaginacion lo que Dios tiene preparado para los que le aman; ¿quién podrá nunca explicar ni aun comprender lo que preparó para su Madre, que ella sola le amó mas que todos los hombres juntos, y á quien él ama mas que á todas las criaturas? *Quid præparavit gignenti se?* No es posible, dicen los Padres, que persona humana pueda explicar ni el exceso de la gloria, ni la elevacion del trono de la Vírgen. Ni esto debe causar admiracion, dice Arnaldo de Chartres; la gloria de María en cuerpo y alma en el cielo no es como la de los demás; hace clase aparte; ocupa un lugar incomparablemente mas elevado que el de los Ángeles, pues la gloria que posee María no solo es semejante á la del Verbo encarnado, sino en cierta manera la misma: *Gloriam cum Matre, non tam communem judico quam eamdem.*

La solemnidad de este dia debe despertar nuestra devocion, dar nuevo aliento á nuestra fe, y excitar nuestra confianza. Nos trae á la memoria, dice san Bernardo, que tenemos en el cielo una reina, que al mismo tiempo es nuestra madre; una medianera todopoderosa con el soberano Mediador, y una abogada con el Redentor, que ninguna gracia le puede negar (*Serm. 2 de Adv.*): *Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra.* Esta es la escala de los pecadores, esta mi grande esperanza, esta el fundamento de toda mi confianza (*Serm. de Aquæductu*): *Hæc peccatorum scala, hæc mea magna fiducia, hæc tota ratio spei meæ.* Tú, ó Vírgen santa, dice san Agustin, eres, por decirlo así, la única esperanza de los pecadores; por tí esperamos el perdon de nuestros pecados; en tu intercesion colocamos la esperanza de nuestro premio (*Serm. 18 de Sanct.*): *Tu es spes unica peccatorum; per te speramus veniam delictorum, et in te beatissima nostrorum est expectatio præmiorum.* Concediósela todo el poder en el cielo y en la tierra, dice san Anselmo; no hay cosa imposible para aquella que puede resucitar la esperanza de la salvacion en los mismos desesperados (*De Laudib. Virg.*): *Data est illi omnis potestas in cœlo et in terra; nihil impossibile, cui possibile est relevare in salutis spem desperantes.* Toda la esperanza, gracia y salud que tenemos, estemos persuadidos á que todo nos viene por la intercesion y por el valimiento

de María (*Ibid.*): *Si quid spei in nobis est, si quid gratiæ, si quid salutis, à Maria noverimus redundare.* Si quieres asegurar siempre buen despacho, y que sean aceptadas tus oraciones, acuérdate de ofrecer por manos de María todo lo que ofrecieres á Dios: *Si non vis pati repulsam, per Mariæ manus offerre memento quidquid offerre vis Deo.* Ella es la esperanza de los desesperados, dice san Efren, puerto de los que naufragan, y único recurso de todos los que no tienen otro (*De laud. Virg.*): *Spes desperantium, portus naufragantium, et auxilio destitutorum unica adjutrix.* Todos los tesoros de las misericordias del Señor están en sus manos, dice san Pedro Damiano: *In manibus ejus sunt thesauri miserationum Domini.* En fin, ser devoto tuyo, ó bienaventurada Vírgen María, dice san Juan Damasceno, es tener armas defensivas, puestas por Dios en las manos de los que quiere salvar (*Orat. de Assumpt.*): *Devotum tibi esse, ô beata Virgo, est arma quædam habere, quæ Deus iis dat, quos vult salvos fieri.*

Estaba el sepulcro de la santísima Vírgen en el lugar de Getsemaní y en el valle de Josafat, siendo el mas respetable y mas digno de honor que habia en el mundo despues del sepulcro de Cristo. Pero en tiempo de los emperadores Tito y Vespasiano las tropas que se apoderaron de Jerusalen arruinaron de tal modo aquel santo lugar, que despues no les fue posible á los fieles reconocer el sitio donde habia estado. Esta es la razon por que san Jerónimo no hace mencion alguna del sepulcro de la santísima Vírgen, haciéndola de los sepulcros de varios Patriarcas y Profetas que fueron visitados por santa Paula y santa Eustoquia. Descubrióse despues andando el tiempo, no queriendo el Señor que aquel venerable sitio, santificado con tan sagrado depósito, estuviese por mas años oculto á la veneracion de los fieles. Asegura Burchad, que él mismo le vió, pero tan enterrado en las ruinas de otros edificios, que se bajaban sesenta escalones para llegar á él. Beda escribe que en su tiempo ya se mostraba enteramente descubierto, y al presente se muestra á los peregrinos entallado en una peña.

Siempre fue la fiesta de la Asuncion una de las mas solemnes de la Iglesia; y por lo que toca á la solemnidad va á la par, por decirlo así, con las fiestas de la Epifanía y de la Pascua. Pero en Francia se puede decir que se hizo mas célebre que en otras partes desde que Luis XIII, de gloriosa memoria (*Bourd.*), en el año de 1638 escogió este dia para consagrar su persona, su Real familia y todo su reino á la santísima Vírgen, no ya por un voto secreto formado dentro de su corazon, sino por el mas público y el mas auténtico que

hizo jamás algun monarca cristiano; pues no de otra manera que David le hizo en presencia de su pueblo: *In conspectu omnis populi ejus;* mandando que se publicase en todos los lugares de sus dominios, interesando en él á todos sus vasallos, y queriendo que fuese de eterna memoria. Este es el orígen y el fin de las santas procesiones que este dia se hacen en toda la Francia, y son otros tantos públicos testimonios de la protesta que hacen los reyes cristianísimos de que quieren depender de María, reconociéndola por soberana suya mediante este culto público y solemne.

HIMNO.

O gloriosa virginum,
Sublimis inter sydera,
Qui te creavit, parvulum
Lactente nutris ubere.
Quod Heva tristis abstulit,
Tu reddis almo germine:
Intrent ut astra flebiles
Cœli recludis cardines.

Tu Regis alti janua,
Et aula lucis fulgida:
Vitam datam per Virginem,
Gentes redemptæ plaudite.
Jesu, tibi sit gloria,
Qui natus es de Virgine,
Cum Patre, et almo Spiritu
In sempiterna sæcula. Amen.

Entre las vírgenes eres la mas gloriosa,
Entre los astros todos Astro el mas brillante,
Tú que al que te crió criaste cariñosa
En tus pechos de vírgen ¡oh! sin semejante.
Lo que Eva nos quitó con su enorme pecado
Nos lo devuelves tú con tu gérmen divino:
Abres el cielo tú por aquella cerrado,
Y en él ya puede entrar el que de él era in- (dino.

Del de los reyes Rey eres augusta Puerta,
De la luz celestial eres Templo brillante:
¡O triste humanidad que fuiste hasta aquí (muerta,
Gózate de vivir desde este fausto instante!
Por sempiternos siglos gloria y santo honor
Al Hijo de la Vírgen, Dios en carne humana;
Gloria tambien al Padre y al eterno Amor,
Gloria á la Trinidad, eterna Soberana. Amen.

La Misa es en honor de la Asuncion de la Vírgen, y la Oracion la que sigue:

Famulorum tuorum, quæsumus, Domine, delictis ignosce; ut, qui tibi placere de actibus nostris non valemus, Genitricis Filii tui Domini nostri intercessione salvemur. Qui tecum vivit et regnat in sæcula...

Suplicámoste, Señor, que perdones á tus siervos los pecados de que son reos: para que no siéndonos posible agradaros por nuestras obras, seamos salvos por la intercesion de la santa Madre de vuestro Hijo, Nuestro Señor Jesucristo. Que contigo vive y reina por todos los siglos, etc.

La Epístola es del capítulo XXIV *del Eclesiástico.*

In omnibus requiem quæsivi, et in hæreditate Domini morabor. Tunc præcepit, et dixit mihi Creator omnium; et qui creavit me, requievit in taberna-

En todas las cosas busqué descanso, y en la heredad del Señor haré mansion. Entonces el Criador de todo mandó, y me dijo; y el que me crió des-

culo meo, et dixit mihi: In Jacob inhabita, et in Israel hæreditare, et in electis meis mitte radices. Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea. Quasi cedrus exaltata sum in Libano, et quasi cypressus in monte Sion: quasi palma exaltata sum in Cades, et quasi plantatio rosæ in Jericho: quasi oliva speciosa in campis, et quasi platanus exaltata sum juxta aquam in plateis. Sicut cinnamomum et balsamum aromatizans odorem dedi, quasi myrrha electa dedi suavitatem odoris.

cansó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita con Jacob, y en tu heredad en Israel, y echa raíces en mis elegidos. Desde el principio y antes de los siglos fuí criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante de él. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fue lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raíces en un pueblo glorioso y en la porcion de mi Dios, que es su heredad; y mi habitacion fue en la plenitud de los Santos. Fuí ensalzada como cedro en el Líbano, y como ciprés en el monte Sion: extendí mis ramos como una palma de Cades, y como un rosal de Jericó: me levanté como una oliva hermosa en los campos, y como el plátano en las llanuras cerca de las aguas. Despedí olor como el cinamomo, y como el bálsamo que despide aromas, y exhalé suavidad y olor como mirra elegida.

REFLEXIONES.

Busqué un lugar de reposo entre todas las naciones, y escogí una habitacion en la heredad del Señor. No hay que buscar en la tierra lugar alguno de reposo; ni mucho menos entre aquellas gentes en quienes reina el espíritu del mundo. Nunca tocó á los mundanos entre sus partijas la tranquilidad del corazon ni del espíritu. Son los fieles el pueblo escogido de Dios, y es el cielo herencia suya; y no podia la santísima Vírgen escoger su habitacion en otra parte. Habiendo sido concebida sin pecado, y toda su vida un inmenso tesòro de gracias, de virtudes y merecimientos, fue siempre el dulce objeto á quien se terminaban las complacencias de la adorable Trinidad. Elevada á la dignidad de Madre de Dios, adquirió todos los derechos que una madre tiene sobre su Hijo; y su divino Hijo la correspondió con mas ternura que la que profesan los mejores hijos á sus madres. El pueblo de este es el pueblo de aquella, y los tesoros de él son sus riquezas. Siendo el pueblo de Dios pueblo suyo, su herencia son todos los fieles. Echó raíces; es decir, hízose madre de los escogidos de Dios; ¡ qué consuelo para ellos el tener tal madre ! De aquí nace aquella tierna devocion á María, que en parte fue el distintivo de

todos los Santos, y que en sentir de todos, es señal de predestinacion. Por tanto, no hay hereje, cismático ni réprobo que no mire á María con frialdad, ó á lo menos con indiferencia. Es, á la verdad, refugio y esperanza de los pecadores; pero en rigor solo es madre de los escogidos. Establecióse su poder en la Jerusalen celestial. Ni el Padre eterno, dicen los Padres de la Iglesia, podrá negar cosa alguna á su Hijo, ni el Hijo sabrá negársela á su Madre. Es la distribuidora de todas las gracias; ¡ gran consuelo para sus devotos, para sus fieles siervos y para sus hijos! *Fuí exaltada como los cedros del Líbano.* Es el cedro el mayor y el mas sólido de todos los árboles. Ninguna pura criatura es capaz de igualar á la gloria ni al trono de María; está sentada á la diestra de su Hijo; es Madre de Dios: imagina, si puedes, dignidad mas elevada; ni el mismo Dios parece que puede elevar una pura criatura á mas alta dignidad. La palma arroja todas sus ramas hácia lo alto; ninguna inclina á la tierra. Las rosas de Jericó son incorruptibles; los olivos están llenos de óleo, y nunca pierden su verdor; el plátano tiene las hojas muy anchas, divididas en cinco ó seis partes, que figuran una mano abierta, y vierten con abundancia todo el rocío que reciben del cielo. El cinamomo es un arbolito cuya corteza exhala un admirable olor, aun mas suave que el de la canela. La planta que produce el bálsamo es aromática, y la mas fragante de todas; su figura semejante á la viña, pero se sostiene sin arrimo; la hoja es parecida á la del zumaque, pero nunca cae en tierra; su pié ó su caña es humilde, por decirlo así, porque se eleva poco; sácasela el jugo por incision, pero sin valerse de hierro, que es mortal á esta planta; el licor que sale se endurece, y queda trasparente; preserva los cuerpos de la corrupcion. La mirra es un licor odorífero que suda, digámoslo de esta manera, un arbolillo, y tiene maravillosa virtud. Todas estas plantas que nombra aquí en particular la sagrada Escritura, que producen frutos, y tienen tan exquisitas propiedades, muestran visiblemente las raras virtudes de aquella á quien el Espíritu Santo compara á un jardin cerrado. Encuéntranse en ellas perfectos y adecuados símbolos de las admirables cualidades que concurren en la mas perfecta de todas las criaturas, cuyas perfecciones, siendo muy superiores á todas nuestras ideas, y acomodándose el Espíritu Santo á nuestra limitacion, se vale de lo mas raro, mas exquisito y mas saludable que se halla en la naturaleza, para hacernos un retrato sensible de la Madre de Dios.

El Evangelio es del capítulo x de san Lucas.

In illo tempore: Intravit Jesus in quoddam castellum, et mulier quædam Martha nomine excepit illum in domum suam; et huic erat soror nomine Maria, quæ etiam sedens secus pedes Domini, audiebat verbum illius, Martha autem satagebat circa frequens ministerium: quæ stetit, et ait: Domine, non est tibi curæ, quod soror mea reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi, ut me adjuvet. Et respondens, dixit illi Dominus: Martha, Martha, sollicita es, et turbaris ergá plurima. Porro unum est necessarium. Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.

En aquel tiempo: Entró Jesús en cierto castillo, y una mujer llamada Marta le recibió en su casa: y esta tenia una hermana llamada María, la cual tambien estando sentada á los piés del Señor, oia sus palabras. Marta, pues, cuidaba de las haciendas de casa; y presentándose al Señor, le dijo: Señor, ¿no echas de ver que mi hermana me deja sola en el trabajo? Díla, pues, que me ayude. Y respondiéndola el Señor, la dijo: Marta, Marta, tú estás solícita y distraida en muchas cosas, y á la verdad sola una es necesaria. María eligió la mejor parte, la cual no le será quitada.

MEDITACION.

Sobre la Asuncion de la santísima Vírgen.

Punto primero. — Considera todas las maravillas que se hallan unidas en la fiesta de este dia, y que todas juntas concurren á hacer mas glorioso el triunfo de la santísima Vírgen: su preciosa muerte, efecto del amor mas puro; su resurreccion anticipada, premio de su santidad; su asuncion en cuerpo y alma á los cielos, prueba ilustre de su gloria. ¡Cuántas maravillas se encierran en una sola solemnidad! ¡cuántos motivos de gozo, de confianza, de veneracion y de amor concurren en esta fiesta! ¡qué vida tan santa la de la Madre de Dios! Concebida sin pecado, llena de gracia desde el primer instante de su ser, enriquecida con todas las virtudes; ¡qué inmenso cúmulo de méritos en el instante de su muerte! El amor, mas que la muerte, terminó aquella santa vida. No murió la Vírgen de enfermedad ni de desfallecimiento; murió por conformarse en todo con su querido Hijo. Pero ¡qué gozo, qué inefable gloria fue la de aquella alma tan querida de Dios, cuando al desprenderse de su santo cuerpo se halló en los brazos de Jesucristo, y fue conducida por aquel amado Hijo, en medio de un innumerable ejército de espíritus celestiales, hasta el trono del mismo Dios! Mas aquel cuerpo tan puro, santuario del Verbo encarnado, aquella carne, de la cual el Espíritu Santo habia formado el cuerpo adorable de Jesucristo, ¿habia de es-

tar sujeta á la corrupcion? No; una reliquia tan preciosa, tan santa, no era para la tierra, ni para ser meramente objeto de culto y de veneracion á los pueblos; debia ser colocada en el cielo, y por lo mismo el Señor retiró tan presto del sepulcro aquel sagrado cuerpo. Muerte santa, resurreccion gloriosa, asuncion triunfante; ¡qué asunto tan copioso de dulces reflexiones! No; no vió jamás el mundo otro triunfo ni tan pomposo, ni tan brillante, ni tan augusto. Toda la corte celestial sale al encuentro de la Madre de Dios; todos los espíritus bienaventurados se apresuran por honrar á la Reina de los hombres y de los Ángeles. ¡Con qué magnificencia, con qué gloria fue María elevada en cuerpo y alma sobre las mas sublimes celestiales inteligencias, y colocada á la diestra de su divino Hijo, de quien recibe todo el poder, y á quien debe toda su gloria! Entremos en todos los afectos de la Jerusalen celestial en este dia tan glorioso para la Madre de Dios, admirando y reverenciando su asuncion y su triunfo en el cielo, cuya pompa y cuya majestad arrebata la admiracion de toda aquella celestial corte. Pensemos con gozo, con admiracion y con confianza que esta Madre de Dios es nuestra madre; que esta Reina tan poderosa con Dios es nuestra protectora, nuestra medianera y nuestra abogada; y que de nosotros pende únicamente que esta tesorera del Todopoderoso nos admita á ser sus favorecidos.

Punto segundo.—Considera que no es posible explicar ni el exceso de la gloria, ni la elevacion del trono de la santísima Vírgen. Era María un santuario de gracia, y Dios hizo de ella un sublime trono de gloria. Como Reina del universo, solo da la preferencia á la persona del Rey. Tan elevada está, que parece haberla comunicado toda su gloria el mismo Dios; y es tan poderosa con él, que nunca nos será posible comprender hasta dónde llega la extension de su poder. Tres cosas recibió la santísima Vírgen, que solo Dios puede comprender su mérito y su valor: la dignidad de Madre de Dios, la plenitud de gracia de que fue adornada, y la recompensa que corresponde en el cielo á estas dos prerogativas. La recompensa que goza se proporciona á la gracia, que es su simiente y su medida; la gracia es proporcionada á la grandeza de la augusta dignidad de Madre de Dios, que es infinita; es, pues, preciso que su gloria exceda tanto á la que gozan los hombres y los Ángeles, cuanto la dignidad de Madre de Dios excede á la cualidad de pura criatura. Excede á la gloria de las Vírgenes, de quien es reina; excede á la de los Mártires, de quien es modelo; excede á la de los Apóstoles, de los Patriarcas

y de los Ángeles, porque les hizo muchas ventajas en celo, en fe y en caridad. Colocada en el trono mas elevado del reino de su Hijo, ¡con qué aclamaciones fue declarada por Reina! Pero siendo su poder proporcionado al alto lugar que ocupa, ¿cuántos motivos da á nuestra esperanza y á nuestra alegría, puesto que este mismo poder nos asegura su proteccion, y la gloria que ella posee es prenda de la que nos está prometida? ¡Oh qué consuelo para una persona que profesa tierna devocion á la Madre de Dios! ¡qué aliento á la confianza de los verdaderos siervos de María! Con proteccion tan poderosa, ¿qué enemigos de la salvacion se podrán temer? ¿Qué puede todo el infierno junto, aunque todo él se desate, contra quien María protege? Á la verdad, sin pureza no puede haber devocion legítima y verdadera con la santísima Vírgen; el amor del Hijo es inseparable de la ternura que se profesa á la Madre. El que quiere ser favorecido de esta ha de agradar á aquel; si se ofende al Hijo, ¿cómo se ha de agradar á la Madre? Mas ¡qué desdicha! ¡qué señal menos equívoca de reprobacion que mirar con indiferencia y con frialdad á una Madre tan amorosa!

Es así, ó Vírgen santa, que el cielo os posee; pero nosotros no por eso os hemos perdido. En medio de vuestra gloria no nos teneis olvidados, ni jamás nos olvidaréis; y desde el trono en que estais sentada os dignaréis volver hácia nosotros vuestros benignísimos ojos. Cuanto mas cerca estais de la fuente de las gracias, con mayor abundancia las haceis correr hasta nosotros. Con esta confianza nos postramos á vuestros piés, y os rendimos nuestros humildísimos cultos, os ofrecemos nuestros votos, y os dirigimos nuestras fervorosas oraciones. Os honramos como á nuestra soberana; os invocamos como á madre de misericordia; os miramos como á nuestro refugio, nuestro asilo, nuestro consuelo y nuestra esperanza. Dignaos recibirnos en este dia de vuestro triunfo en el número de vuestros siervos y de vuestros hijos; con este fin nos consagramos para siempre á vuestro servicio.

Jaculatorias. — Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve. (*Antiph. Eccles.*).

Vírgen santa, míranos desde lo alto del cielo donde estás elevada, y dígnate volver hácia nosotros tus benignos ojos desde la eminencia de tu trono y de tu gloria. (*Isai.* LXIII).

PROPÓSITOS.

1 Hoy es el dia del triunfo de la santísima Vírgen, y al mismo tiempo lo es tambien el de sus liberalísimas gracias y mercedes: séalo igualmente el de tu consagracion á su servicio. Penetrado tu corazon de un vivo dolor y sincero arrepentimiento de haberla servido hasta aquí con tanta tibieza, y aun con tanta frialdad, pídela perdon de tu indiferencia; conságrate á su servicio en algun modo especial; prométela no dejar pasar dia alguno sin hacer alguna cosa particular en reverencia suya. Coloca toda tu confianza y toda tu esperanza despues de Dios en la bondad y en la poderosa proteccion de una Madre tan misericordiosa. Á imitacion del piadoso rey de Francia Luis XIII pon debajo de su proteccion, con dedicacion especial, no solo tu persona, sino la de tus hijos, de tus criados, de tus vasallos, de tus súbditos y de toda tu familia. Exhorta hoy á toda ella, especialmente á tus hijos, á que junten sus votos con los tuyos, inspirándoles una tierna devocion, y una confianza fiel y constante en la Madre de Dios en vida y en muerte. Y así como aquel piadoso Monarca quiso que fuese pública su consagracion, de la misma manera no nos hemos de avergonzar de hacer notoria la nuestra. Ten presente aquel dicho de san Anselmo: No perecerá una familia sólida y santamente dedicada á la santísima Vírgen; pero tampoco se debe esperar que caiga la bendicion de Dios en una casa donde no es honrada la gloriosa Vírgen María.

2 Cuando los grandes del mundo celebran sus dias ó sus triunfos, todos procuran contribuir á la celebridad con la solemnidad de las galas, con pomposos elogios y con magníficos presentes. Mal celebraríamos un dia tan solemne como el presente, si no cuidáramos de purificar y de adornar nuestra alma con los Sacramentos, si no concurriéramos á las alabanzas de la Madre de Dios, y si no la diéramos pruebas prácticas de nuestra afectuosa dedicacion á su servicio, y de nuestro vivo reconocimiento. No dejes, pues, de confesar y de comulgar hoy con nuevo fervor; y seria bueno haberlo hecho la vigilia. Asiste á la misa mayor, al sermon, á las segundas vísperas de la fiesta, á la salve, pero no te presentes con las manos vacías. Haz en este dia alguna buena obra particular en reverencia de la Vírgen, sabiendo que se honra al Hijo, cuando se honra á la Madre, como dice san Bernardo: *Dubium non est, quidquid in laudibus Matris proferimus, ad Filium pertinere.* Algunas personas piadosas vis-

ten hoy alguna doncellita pobre; otras envian la comida á los pobres del hospital ó de la cárcel, ó á alguna familia necesitada y vergonzante. Es limosna muy grata á la santísima Vírgen dar el dote á una doncella pobre para entrar en religion. Tambien es otra muy loable y muy provechosa la de prometer á esta Señora abstenerse del juego y de todo gasto inútil durante la octava de su Asuncion, y repartir entre los pobres lo que se habia de perder ó ganar en el juego, y todo lo que se ahorró de gastos supérfluos y excusados. Por lo menos no se pase el dia sin que hagas alguna limosna extraordinaria en honra de la Madre de Dios, y sin que visites la iglesia donde es hoy mas solemne y mas singularmente reverenciada.

DOMINGO ENTRE OCTAVA DE LA ASUNCION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA.

En el domingo siguiente á la solemnidad de la ASUNCION de la santísima Vírgen, ó sea el que ocurre entre su octava, se celebra la festividad del glorioso patriarca SAN JOAQUIN, padre de Nuestra Señora.

SAN JOAQUIN, PADRE DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Pudiera al parecer extrañarse que los Evangelistas no hubiesen hablado del gran patriarca san Joaquin, si el Espíritu Santo no nos tuviera ya prevenidos por el Eclesiástico (*cap.* XI), que á los padres nunca mejor se les conoce que por los hijos, y que el mérito del hijo es la mayor gloria del padre. Por tanto, no parecia muy necesario que la sagrada Historia nos hiciese individual relacion de las grandes excelencias y de las eminentes virtudes de san Joaquin, cuando bastaba acordarnos que habia sido padre de la Madre de Dios y abuelo del Salvador del mundo.

Es cierto que san Joaquin fue de sangre real, como lo fue san José, de quien era deudo inmediato. Su familia descendia originariamente de Judea; pero reducida al estado de pobreza, por particular providencia del Señor, que no quiso fuesen los parientes del Salvador de otra condicion que él, estaba como oscurecida; y habiéndose domiciliado en Nazaret despues de algun tiempo, era comunmente reputado por de familia galilea. San José fue carpintero, y san Joaquin trataba en ganados y en lanas.



Parece que habia nacido con el Santo la piedad. Aun no se habia visto en el mundo hombre de vida mas ajustada: la rectitud, la modestia y el amor á la Religion eran en él característicos, y mereció á todos el concepto de hombre extraordinariamente virtuoso. Á impulso de este fondo de piedad y de religion, buscó cuidadosamente para esposa suya la doncella mas virtuosa y mas cabal de toda la nacion; siendo santa Ana la que el cielo le habia destinado, previniéndola desde la cuna con aquellas abundantes gracias que la hicieron digna abuela del Salvador; y dando con su mano toda la dicha y toda la felicidad á san Joaquin, fue el mas perfecto modelo de la elevada santidad en el estado del matrimonio.

El de los dos santos Esposos fue dichosísimo, no pudiendo ser mayor la conformidad de genios, de dictámenes y de inclinaciones. El único objeto de sus ansias era Dios; sus deseos, sus fervorosos suspiros eran por la venida del Mesías; y ocupado su corazon de este anhelo, pasaban en oracion y en retiro todo el tiempo que les permitian las indispensables atenciones del estado. Revelósele á santa Brígida, como ella misma lo asegura, que san Joaquin y santa Ana estaban tan inflamados en el fuego del divino amor, que ninguna cosa era capaz de mitigar sus ardores. Fueron, dice, dos astros brillantes, cuyo resplandor, aunque encubierto con la oscura nube de una condicion humilde, deslumbraba á los mismos Ángeles; embelesaba, por decirlo así, á todo el cielo con aquella inocencia, con aquella pureza de vida tan exacta como poco comun.

Habia muchos años que san Joaquin y santa Ana vivian en la dulce paz, union y ejercicio continuo de virtud, que tanto edificaban al pueblo, cuando quiso el Señor que saliese aquella misteriosa vara del tronco de Jesé, de que habla el profeta Isaías (*cap.* XI), y que se dejase finalmente ver la Aurora tan deseada, que habia de preceder al nacimiento del Sol.

Es opinion comun, que ya Joaquin y Ana iban declinando hácia la vejez, y todavía se hallaban sin sucesion; esterilidad que (reputada entonces por una especie de maldicion del cielo, y por la desgracia mas afrentosa que podia caer sobre una familia, pues por ella perdia para siempre la esperanza de emparentar con el Mesías) tenia bastantemente humillados y desatendidos á los dos santos Esposos. Y aun hay quien asegure, que como en cierta ocasion quisiese san Joaquin acercarse al altar para presentar su ofrenda, uno de los sacerdotes le desvió de él con desprecio, como indigno de participar los privilegios que gozaban los que no estaban como se-

ñalados de la mano de Dios; mortificacion que humilló mucho á nuestro Santo. Y como la edad, y aun mas que ella, su género de vida, segun dice santa Brígida, los tenia mucho tiempo habia desesperanzados de tener hijos, se contentaban con gemir secretamente en la presencia del Señor, y rendidos á su voluntad, solamente le pedian lo que fuese de su mayor gloria.

Créese que el cielo consoló á los santos Esposos con la revelacion de que tendrian una hija, que seria bendita entre todas las de su sexo, y que Dios queria servirse de ella para la salvacion de Israel. Pero, sea lo que fuere, es cierto que tuvieron por fruto de sus oraciones á la santísima Vírgen, que librándolos con su nacimiento de la ignominia de estériles, hizo á sus padres las dos personas mas felices, y las mas respetables del mundo.

«Fue David, dice san Epifanio (*de Laud. B. M. V.*) rama de la raíz «de Jesé, como lo fue la Vírgen del tronco de David. Su padre san «Joaquin y su madre santa Ana, cuidando únicamente de agradar «á Dios con la pureza de su vida y con el ejercicio de todas las vir«tudes, produjeron el precioso fruto de la santa Vírgen María, que «fue templo y Madre de Dios. *Joachim porro, Anna, et Maria, hi «tres Trinitati palam sacrificium offerebant.* ¡Qué sacrificio tan agra«dable ofrecian cada dia á la santísima Trinidad estas tres santas «personas, Joaquin, Ana y la Vírgen! El nombre de Joaquin sig«nifica *preparacion del Señor,* como el de Ana significa *gracia;* y á «la verdad, ninguna fue mas señalada que la de dar á luz á la Ma«dre del Salvador.»

«¡Oh afortunados esposos Joaquin y Ana! exclama san Juan Da«masceno (*in Nativ. B. M. V. orat.*): ¡cuánto os debe el género hu«mano por haberle dado á la que algun dia le habia de dar al Re«dentor del mundo! *Exulta, Joachim:* gózate, Joaquin dichoso, pues «te ha nacido una hija que ha de ser Madre del prometido Mesías. «*O beatum par Joachim, et Anna! ac profecto ex ventris vestri fructu «immaculati agnoscimini.*» ¡Oh felicísimo par, Joaquin y Ana! Ningunas maravillas por extraordinarias que fuesen, ningunas acciones por grandes que se celebrasen, ningunos prodigios de virtud que de vosotros se refiriesen, nos harian formar idea mas superior de vuestro mérito, que sola la cualidad augusta de padres de la Madre del mismo Dios. No hay grandeza, no hay dignidad en la tierra que no sea inferior á este glorioso título. Por la excelencia del fruto se conoce la del árbol, y por la de la santísima Vírgen vuestra extraordinaria santidad.

Nada se sabe con certeza, ni del tiempo, ni de la edad en que murió san Joaquin. Cedreno asegura que vivió hasta los ochenta años; pero lo que parece probable, puesto que no se hace mencion de él en el Evangelio, es que debió morir antes que la Vírgen se desposase con san José.

Andrés Cretense, arzobispo de Jerusalen, en el elogio que hace de san Joaquin y santa Ana, dice que luego que nació la santísima Vírgen, la llevaron sus bienaventurados padres al templo, y en él la consagraron al servicio de Dios, como fruto de sus oraciones despues de tan larga esterilidad; y que habiendo vivido despues algunos años san Joaquin, terminó en fin su inocente vida con una muerte preciosa en los ojos del Señor. Y como todo el consuelo y todo el tesoro que tenian era el de su querida hija, hallándose esta dedicada á Dios en el templo, se cree que, para estar mas cerca de ella, se vinieron sus padres á residir á Jerusalen, en cuya ciudad rindió su dichoso espíritu san Joaquin entre los brazos de santa Ana y de la Vírgen. Era grande la devocion que le profesaban los cristianos del Oriente ya desde el siglo IV de la Iglesia; y si en el Occidente tardó algun tiempo mas en extenderse, no cede hoy á la Iglesia griega en la veneracion de este grande Patriarca; pues serán pocos los pueblos de la cristiandad donde no haya erigido aras á Joaquin la confianza de los fieles, y donde los singulares favores que por su intercesion dispensa el cielo cada dia, no acrediten lo mucho que importa acudir á él en todas las necesidades, y no dejar se pase dia alguno sin rendirle algun obsequio. Los que viven en el siglo deben profesarle particular devocion, y los religiosos le deben venerar como perfecto dechado y protector particular de la vida interior y retirada. Muéstrase en Colonia la cabeza de san Joaquin, y en Bolonia de Italia otras reliquias del Santo, las que se creen legítimas por una piadosa tradicion.

La Misa es en honra de san Joaquin, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui præ omnibus Sanctis tuis beatum Joachim Genitricis Filii tui patrem esse voluisti: concede, quæsumus; ut cujus festa veneramur, ejus quoque perpetua patrocinia sentiamus. Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que entre todos los Santos escogiste al bienaventurado san Joaquin para padre de la Madre de tu Hijo; suplicámoste nos concedas que experimentemos perpétuamente la poderosa proteccion de aquel cuya fiesta hoy solemnizamos. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico, pág.* 132.

REFLEXIONES.

Asombro es que sea tan gran maravilla encontrar un hombre rico que conserve la inocencia en medio de la abundancia, y que no ponga su confianza en los tesoros: *Qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia.* Siendo las riquezas liberal dádiva de la mano del Señor, ningunos debieran servirle con mayor reconocimiento ni con mayor fidelidad que los ricos. Siempre debia triunfar la virtud de la opulencia. El que tiene mas medios para ser bueno, ¿no tiene mas obligacion de ser santo?

No obstante sucede todo lo contrario. Los mas poderosos, los de mayores conveniencias no siempre son los mas cristianos: líbralos su opulencia de las miserias de la vida; pero ¿exímelos por ventura de las leyes del Evangelio? y el que tiene mas bienes de fortuna que otros, ¿adquiere acaso derecho para tener menos piedad y menos religion?

Amotínase la misma razon natural contra esta proposicion; pero ¿no hay sobrado motivo para hacerla? El licencioso desórden de costumbres, la disolucion del corazon y del espíritu, la poco religiosa conducta de la mayor parte de los que se llaman dichosos en el mundo, sus insulsas bufonadas en materia de religion, el menosprecio que hacen de puntos bien esenciales de la ley; su profanidad, su fausto, su fiero orgullo, ¿todo esto no nos da derecho para preguntar si los nobles, si los ricos gozan algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley cristiana, y si la desigualdad de condiciones en el mundo supone alguna diversidad de obligacion en órden á guardar los mandamientos de la ley entre los que profesan una misma religion?

Pero, á menos que se ignoren los principios del Cristianismo, ¿se podrá dudar que sus leyes son universales, esto es, que obligan á todos, y en todos los estados? No hay mas que un Evangelio; luego no hay mas que una ley. Las máximas de Jesucristo son invariables; no hay condicion, no hay estado que á proporcion no esté sujeto á ellas, ninguno que esté absolutamente exento de guardarlas. Hay en el cielo muchas mansiones, es verdad; pero el camino que conduce á ellas sustancialmente es uno solo. El príncipe y el vasallo, el rico y el pobre están obligados á la misma pureza de costumbres, si profesan la misma fe, las mismas máximas, los mismos

consejos y los mismos preceptos. Y si en esta variedad de estados se hace lugar á alguna interpretacion mas benigna, ciertamente no es en favor de los ricos. Á los grandes necesariamente ha de costar mas el salvarse que á los humildes y miserables; porque donde hay mas estorbos que vencer, es preciso hacerse mayor violencia. Las riquezas no ensanchan el camino estrecho que conduce al cielo, antes le embarazan. La grande dificultad que un rico tiene de salvarse, nace de la grande facilidad que la abundancia le ofrece para perderse. Todo lo ha de temer el que lo puede hacer todo.

El Evangelio es del capítulo I *de san Mateo.*

Liber generationis Jesu Christi filii David, filii Abraham. Abraham genuit Isaac. Isaac autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Judam, et fratres ejus. Judas autem genuit Phares, et Zaram de Thamar. Phares autem genuit Esron. Esron autem genuit Aram. Aram autem genuit Aminadab. Aminadab autem genuit Naasson. Naasson autem genuit Salmon. Salmon autem genuit Booz de Rahab. Booz autem genuit Obed ex Ruth. Obed autem genuit Jesse. Jesse autem genuit David regem. David autem rex genuit Salomonem ex ea, quæ fuit Uriæ. Salomon autem genuit Roboam. Roboam autem genuit Abiam. Abias autem genuit Asa. Asa autem genuit Josaphat. Josaphat autem genuit Joram. Joram autem genuit Oziam. Ozias autem genuit Joatham. Joatham autem genuit Achaz. Achaz autem genuit Ezechiam. Ezechias autem genuit Manassen. Manasses autem genuit Amon. Amon autem genuit Josiam. Josias autem genuit Jechoniam, et fratres ejus in transmigratione Babylonis. Et post transmigrationem Babylonis, Jechonias genuit Salathiel. Salathiel autem genuit Zorobabel. Zorobabel autem genuit Abiud. Abiud autem genuit Eliacim. Eliacim autem genuit Azor. Azor autem genuit Sadoc. Sadoc autem genuit Achim. Achim autem genuit Eliud. Eliud autem genuit Eleazar. Eleazar

Libro de la generacion de Jesucristo hijo de David, hijo de Abrahan. Abrahan engendró á Isaac: Isaác engendró á Jacob: Jacob engendró á Judas y sus hermanos: Judas engendró de Tamar á Fares y Zara: Fares engendró á Esron: Esron engendró á Aran: Aran engendró á Aminadab: Aminadab engendró á Naason: Naason engendró á Salmon: Salmon engendró de Rahab á Booz: Booz engendró de Rut á Obed: Obed engendró á Jesé: Jesé engendró á David rey: David rey engendró á Salomon de aquella que habia sido (mujer) de Urías: Salomon engendró á Roboam: Roboam engendró á Abías: Abías engendró á Asa: Asa engendró á Josafat: Josafat engendró á Joran: Joran engendró á Ozías: Ozías engendró á Joatás: Joatás engendró á Acaz: Acaz engendró á Ezequías: Ezequías engendró á Manasés, Manasés engendró á Amon: Amon engendró á Josías: Josías engendró á Jeconías y á sus hermanos, en la transmigracion de Babilonia. Y despues de la transmigracion de Babilonia Jeconías engendró á Salatiel: Salatiel engendró á Zorobabel: Zorobabel engendró á Abiud: Abiud engendró á Eliazin: Eliazin engendró á Azor: Azor engendró á Sadoc: Sadoc engendró á Achin: Achin engendró á Eliud: Eliud engendró á Eleazar: Eleazar engendró á Matan: Matan engendró

autem genuit Mathan. Mathan autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.

á Jacob: Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesús que se llama Cristo.

MEDITACION.

De la devocion á los Santos.

Punto primero. —Considera que cuando se pretende alguna gracia de un príncipe, nunca sobran los amigos, y siempre se hace la corte á los que tienen mas crédito con el soberano.

No se puede dudar que los Santos son los validos de Dios, y que su intercesion es de gran provecho á los que la imploran. Siendo tan favorecidos del Señor, no puede dejar de oirlos; y siendo tan perfecta su caridad, no pueden mostrarse insensibles á nuestras necesidades, ni hacerse sordos á nuestras súplicas. Como tan poderosos con el Padre de las misericordias, han de tener mucha parte en la distribucion de sus gracias, y su intercesion no puede ser indiferente. Hallándose ya su corazon enteramente satisfecho, saciados sus deseos, colmados de todos los bienes, y herederos de la fuente de todos por la posesion del mismo Dios; todo el valimiento que logran con el Señor, lo han de emplear en favor nuestro, pues nos miran como á hermanos suyos, y como á futuros ciudadanos de la corte celestial. ¡Oh buen Dios, y qué grande debiera ser nuestra devocion con estos amigos vuestros! ¡qué frecuentes nuestras visitas, qué continuas nuestras instancias á estos favorecidos del supremo Juez! ¿Si temerémos cansarlos con nuestras súplicas? pero ¿no sabemos que muchas veces se hace mérito aun de la misma importunidad en implorar su proteccion? Á la verdad, todos los favores nos vienen de Jesucristo, que es el único manantial de todas las gracias; pero por la intercesion de los Santos, y sobre todo por la Reina de todos ellos, podemos esperar, no obstante nuestra indignidad, tener parte en sus misericordias.

Por la intercesion de la Vírgen hizo Cristo el primer milagro, y en atencion á los judíos que se lo rogaron, se dignó bajar á casa del centurion. Aun para dar salud á los enfermos parece que esperaba á que los Apóstoles se lo pidiesen y se lo rogasen mucho. ¡Y será posible que no cultivemos protectores tan poderosos, y amigos tan necesarios!

Punto segundo.—Considera que si Dios atendió tanto á la inter-

cesion de los justos, que aun vivian en el mundo, ¿qué dejará de conceder á los que reinan con su Majestad en el cielo?

Aunque estaba tan irritado con aquellas cinco ciudades abominables que habian llegado al último punto de la maldad, está pronto á perdonarlas, con tal que se hallen en ellas solos diez justos. Pues ¡cuánta será, Dios mio, vuestra condescendencia con aquella bienaventurada muchedumbre de justos que hay en el cielo, con los cuales teneis vuestras delicias, y á cuya intercesion nada sabréis negar!

Pero no es solo el crédito que tienen con Dios lo que debe excitar nuestra devocion y animar nuestra confianza; su mérito, su celo, su caridad y el eminente puesto á que se hallan sublimados en la gloria han de servir tambien de motivo á nuestra devocion, á nuestra ternura y á nuestro respeto.

Las alhajuelas mas despreciables, las mas viles que sirvieron á los Santos, se hacen preciosas y respetables por la santidad de los que las usaron. ¿Qué virtud mas purificada ni mas brillante que la suya? ¿qué mérito mas seguro ni mas cumplido, qué perfeccion mas eminente ni mas sublime, qué dignidad del mundo que no sea muy inferior á la que ellos gozan? Los mayores monarcas de la tierra se tienen por dichosos en adorar sus reliquias. Y en medio de títulos tan augustos, en la elevacion de aquel alto grado de gloria, ¡qué celo es el suyo por nuestra salvacion! ¡con qué compasion miran nuestras miserias! ¿y nosotros no tendrémos con los Santos mas que una devocion tibia, lánguida y desmayada; siendo por otra parte tan activos, y aun tan ardientes en procurar el favor de los grandes, y en merecer su benevolencia? ¿Serános de gran provecho la proteccion de los grandes del mundo despues de nuestra muerte? ¿Nos hará felices su gracia y su favor? ¿Acaso vale muchas veces lo que cuesta una mirada favorable de un ministro ó de un valido? Á mucha menos costa podemos merecer la benevolencia y la poderosa proteccion de los Santos. ¡Y cuánto nos importará conseguir la de un san José, la de un san Joaquin, la de la Madre del mismo Dios! ¿Qué desvelos, qué diligencias no debiéramos aplicar para hacernos gratos á sus ojos, para merecer que nos mirasen con agrado? ¿Quién podrá hacer por nosotros oficios mas importantes? ¿quién podrá con mas facilidad alcanzarnos mayores gracias?

Gloriosos Santos, confieso que hasta ahora he merecido muy poco vuestra proteccion, por lo poco que os he honrado, y por lo menos que me he aprovechado de vuestros ejemplos. Bien sé que para complaceros es menester imitaros; pero tambien sé que no os puedo imi-

tar sin aquellos auxilios que espero conseguir del Señor por vuestra intercesion. Espero que no me la habeis de negar, y espero tambien merecérosla por mi fiel correspondencia á la divina gracia, y por mi constante devocion á vosotros.

Jaculatorias.—¡Oh Señor, y cuántas honras, cuántos favores debo á vuestros amigos los Santos! (*Psalm.* cxxxviii).

¡Qué admirable es Dios en sus Santos! Por su intercesion llena de bendiciones á su pueblo el Señor Dios de Israel. (*Psalm.* lxvii).

PROPÓSITOS.

1 No hay cosa mas conforme al espíritu de nuestra Religion, ni de mayor provecho para nuestras almas, que la devocion con los Santos y la confianza en su intercesion para con el Padre de las misericordias. Creo y confieso, dice san Basilio escribiendo al emperador Juliano, que la santísima Vírgen María es madre de Dios; hónrola y venérola, como tambien á los santos Apóstoles, Profetas y Mártires, y reconozco que por su intercesion me mira el Señor con ojos benignos, y derrama sobre mí sus bendiciones. Por tanto, así á ellos como á sus imágenes las venero y las respeto como me lo enseña mi Religion: esto aprendimos de los santos Apóstoles, esto practican todas las iglesias, y esto nos enseña una constante tradicion: *Confiteor Dei genitricem sanctam Mariam: suscipio veros et sanctos Apostolos, Prophetas, et Martyres, et ad Deum deprecationem quæ per eos mihi efficit misericordissimum Deum. Pro quo, et figuras imaginum eorum honoro. Specialiter hoc traditum est à sanctis Apostolis et non prohibitum, sed in omnibus ecclesiis nostris eorum designari vel historias.* Profesa toda la vida una tierna devocion á los Santos, con especialidad á la Reina de todos, la santísima Vírgen, y á la sacra Familia. No es dudable que la honra que logró san Joaquin de ser padre de la Madre de Dios le ha merecido en la gloria un lugar muy elevado, y que es grande su crédito y poder para con Dios; porque si el Hijo todo se lo concede á la Madre, parece que al Padre nada podrá negar la Hija. Hasta aquí para muchos ha sido un tesoro escondido la devocion de san Joaquin; y pues ahora le has descubierto tú, aprovéchate de él, y experimentarás cuánto vale. Honra á este gran Santo con especial culto, poniendo debajo de su poderosa proteccion á tu persona, á tu familia ó á tu comunidad, y rezándole todos los dias la oracion propia que se dice en la misa, con firme

confianza que no habrá cosa que no alcances de Cristo y de María por intercesion de san Joaquin.

2 Es bien de extrañar que estando adornados los cuartos y las salas de los Cristianos de pinturas profanas, y aun tal vez escandalosas, muchas veces no se vea en ellas el retrato de un Santo, ni una imágen de devocion. Y á vista de unas pinturas tan del genio de los gentiles y del estragado gusto de nuestro siglo, bien se pudiera dudar si los que hacen vanidad de semejantes adornos tienen el corazon y el espíritu de cristianos. No haya en tu casa sala, cuarto, pieza ni aun rincon donde no se registren algunas señales de tu religion y de tu piedad; porque las pinturas sagradas, dice san Gregorio Niseno, son mudas exhortaciones que despiertan al alma, y la excitan al amor de la virtud: *Solet enim etiam pictura tacens in pariete loqui, maximeque prodesse.* El enemigo de la salvacion es el que ha persuadido á los herejes que retiren de la vista todo aquello que puede servir de reprension á sus desórdenes y á sus errores; por lo cual no te debes contentar tú con tener pinturas devotas, sino que has de profesar muy particular devocion á los Santos, con especialidad al que hubieres escogido, ó te hubiere tocado por protector tuyo de mes, á quien debes hacer cada dia algun obsequio, ó rezarle alguna breve oracion.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

San Jacinto, confesor, del Órden de Predicadores, en Cracovia en Polonia, al cual canonizó el papa Clemente VIII, ordenando que se celebrase hoy su festividad. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Tito, diácono, en Roma; el cual estando la ciudad en poder de los godos, porque iba distribuyendo limosna á los pobres, lo mandó matar un bárbaro tribuno.

San Diomedes, médico, en Nicea de Bitinia; el cual en la persecucion de Diocleciano fue degollado por la fe de Cristo, y consumó el martirio.

Treinta y tres santos Mártires, igualmente.

San Ambrosio, centurion, en Terentino en la campaña de Roma; el cual en la persecucion de Diocleciano fue atormentado de diversas maneras, y saliendo sin lesion de las llamas, arrojado al agua pasó al refrigerio eterno.

San Simpliciano, obispo, en Milan; célebre por el testimonio que dan de él san Ambrosio y san Agustin.

San Eleuterio, obispo, en Auxerre en Francia.

San Arsacio, confesor, en Nicomedia; el cual abandonando la milicia durante la persecucion de Licinio, vivió en el desierto esclarecido con tantos milagros, que se dice haber lanzado á los demonios, y muerto con su oracion

á un dragon: finalmente habiendo profetizado la destruccion de la ciudad, estando en oracion entregó su espíritu á Dios.

San Roque, confesor, en la Galia Narbonense en Montpeller; el cual con la señal de la cruz libró de la peste á muchas ciudades de Italia. Su cuerpo fue despues trasladado á Venecia, en donde lo depositaron con mucha veneracion en una iglesia dedicada á su nombre. *(Véase su historia en las de mañana dia 17 de agosto).*

Santa Serena, mujer que habia sido del emperador Diocleciano, en Roma. *(Convertida á la religion cristiana, fue bautizada por san Ciriaco, y profesó el Evangelio en medio de la corte de su sanguinario marido, con el cual intercedia de continuo en favor de los Cristianos. Ella misma no estuvo exenta de disgustos á causa de su fe, hasta que murió santamente á principios del siglo IV).*

SANTA EUFEMIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

La santa iglesia de Orense hace hoy fiesta á santa Eufemia, vírgen y mártir, cuyas reliquias consta hallarse en aquella ciudad desde mediados del siglo XII. La injuria del tiempo robó á la posteridad las actas de santa Eufemia, con las de otros muchos héroes que han florecido en España, aunque sabemos por testimonios de una venerable antigüedad comprobados con la tradicion de la invencion de su venerable cuerpo, y de su traslacion á la santa iglesia de Orense. Guardaba cierta pastorcilla unas ovejuelas en los confines de Galicia y Portugal: vió que de la tierra salia una mano que tenia un anillo de oro; quitóselo la inocente, y quedó repentinamente muda. Llevólo á sus padres, los cuales por las señas de la hija entendieron que lo habia hallado en el campo. Siguiéronla, y encontraron la mano, y le restituyeron el anillo, y su hija al punto recobró el habla. Al mismo tiempo oyeron una voz que decia: *Aquí está el cuerpo de santa Eufemia; procurad que lo saquen y lo depositen honoríficamente en el templo de Santa Marina; y así se hizo.* Este templo era una pequeña iglesia ó ermita que habia en la misma raya que divide de Portugal á Galicia, entre los rios Limia y Caldo. Fíjase el hallazgo en el año 1090; y el sagrado cuerpo como unos setenta años estuvo en el templo de Santa Marina.

Intentóse varias veces trasladar el venerable cuerpo de santa Eufemia á diferentes iglesias; pero fueron en vano todas cuantas diligencias se hicieron para este efecto, hasta que lo consiguió D. Pedro Seguino, obispo de Orense, habiendo alcanzado de Dios este favor á virtud de sus fervorosas súplicas. Quiso impedirlo el arzobispo de Braga alegando pertenecerle, cuyo derecho exponia el de Orense; pe-



ro para imponer fin á la disputa se convinieron ambos Prelados que se pusiese el cuerpo de la Santa sobre un carro tirado de bueyes sin domar, para que fuese llevado á donde los guiase la Providencia. Tomaron estos el camino para Orense, encaminándose á un pueblo llamado *Mediana*, donde un energúmeno que tocó el féretro con fe, quedó sano. Desde este lugar pasaron á las cercanías de Orense, y pararon en un sitio cerca de la ciudad, donde por entonces se puso una cruz de piedra con la efigie de la Santa con unos caractéres expresivos del suceso: de allí se trasladaron procesionalmente las venerables reliquias á la iglesia catedral, y las colocaron debajo del altar mayor.

Por los años de 1160, el rey D. Fernando II de Leon, por intercesion de la santa Vírgen y del patrono san Martin, sanó de una grave enfermedad, con cuyo motivo concedió al obispo D. Pedro el monasterio de *Siapal*, y á santa Eufemia la iglesia de Santiago de las Caldas. El obispo D. Alfonso II, sucesor de D. Pedro, escribió un libro de los milagros que obraba Dios por intercesion de su sierva, y trasladó su cuerpo á un nicho de una capilla colateral del lado de la Epístola. El año 1720 fueron colocadas las reliquias en los altares nuevos que se edificaron en la capilla mayor. El anillo se guardaba en la sacristía, y lo llevaban á los enfermos, y sanaban muchos tocándolo. Tambien se guarda la sábana en que estuvieron envueltas las sagradas reliquias, y sirve tambien de consuelo á los enfermos.

SAN JACINTO, DEL ÓRDEN DE PREDICADORES.

San Jacinto, uno de los mayores ornamentos del Órden de Predicadores, hijo de hábito del mismo patriarca santo Domingo, y criado á su misma mano, fue polaco, de la antigua casa de los condes de Oldrovans, la cual dió al reino de Polonia muchos grandes oficiales. Su bisabuelo Saultz de Oldrovans derrotó muchas veces á los tártaros; y su abuelo, que tenia el mismo nombre, se señaló por sus hazañas contra los enemigos del Estado. Llamóse Saultz de Konski, por haber heredado el condado de este nombre. Dejó dos hijos; el primogénito llamado Eustaquio, conde de Konski, fue padre de nuestro Santo, y el menor, por nombre Ivo, fue obispo de Cracovia.

Nació san Jacinto en el año de 1183 en el castillo de Saxe, diócesi de Breslau en la Silesia. Criáronle con mucho cuidado; pero dejó poco que hacer á la educacion el bello natural con que habia nacido.

Su genial apacibilidad, la docilidad de su genio y de su corazon, su modestia, y sobre todo la inclinacion á la virtud que se admiró en él cási desde la cuna, fueron presagios ciertos de su futura eminente santidad. Eran sus padres unos señores llenos de religion, y le escogieron maestros que cuidasen de cultivar bien tan precioso terreno; de manera que, aplicándose á conservar la integridad de sus inocentes costumbres, tuvieron el consuelo de verle crecer cada dia en devocion y en madurez. Dió principio á sus estudios en el colegio de Cracovia, donde en breve tiempo se dejó admirar no menos su genio que su virtud; continuólos en Praga de Bohemia, haciéndose respetar mas por su sobresaliente mérito que por su elevado nacimiento; y, en fin, los fué á concluir en Bolonia de Italia, donde dió tantas pruebas de su profunda sabiduría como de su eminente santidad. Acabados sus estudios, se restituyó á Polonia de todas aquellas universidades con la misma inocencia que habia llevado á ellas.

Prendado su tio Ivo de Konski, obispo de Cracovia, no menos de la brillantez de su ingenio que de su virtud y de los progresos que habia hecho en el estudio cursando todas aquellas escuelas, reconoció desde luego que el Señor no habia prevenido tan anticipadamente á su querido sobrino con sus mas dulces bendiciones para dejarle en el mundo. El mismo Jacinto declaró sobradamente que no pensaba servir á otro dueño que á Dios. Resolvió abrazar el estado eclesiástico, aunque era el primogénito de su casa. Prendado el Obispo de aquella resolucion, juzgó no podia hacer mayor servicio á su iglesia que incorporar en ella á su sobrino. Proveyó en él una prebenda, y en breve tiempo los canónigos admiraron en él un gran modelo.

Fue su primer cuidado instruirse en las obligaciones del estado que habia escogido. Comprendió que el empleo de canónigo no era un mero título como de beneficio simple, que solamente les obligase á cantar el oficio divino; consideró que los canónigos no solo se llaman así por la renta que gozan, y se llamaba antiguamente *cánon*, que significa prebenda, sino porque particularmente hacen profesion de vivir segun los cánones ó las reglas bajo las cuales fueron instituidos los Cabildos. Estudió estas reglas, observólas con suma puntualidad, y en poco tiempo su ejemplo reformó todo aquel ilustre cuerpo.

Mas y mas prendado cada dia el Obispo de la eminente virtud y de los raros talentos de su sobrino, quiso darle alguna parte en la administracion del obispado. En todas las comisiones que le encargó, mostró Jacinto mucha comprension, mucha sabiduría y mucha

prudencia; pero ninguna de estas ocupaciones extraordinarias le estorbaba la continua asistencia á los divinos oficios, en los cuales á todos era ejemplo de reconocimiento, compostura y modestia. Movido del amor que profesaba á los pobres, concurria muchas veces á servirles en los hospitales. Ninguna necesidad de familia honrada y vergonzante se escapaba á su caridad; consumia todas sus rentas en limosnas, reduciéndose él mismo á la pobreza, que procuraba disminuir, ó á lo menos suavizar, en los otros.

Igualaban á los de su caridad los ejercicios de la penitencia. Era su vida un perpétuo ayuno; las maceraciones de su carne ponian horror á los mas fervorosos penitentes, y no se pasaba dia sin que inventase alguna nueva para añadirla á las penitencias ordinarias. El tierno amor que profesaba á Jesucristo, y era la fuente de todas las demás grandes virtudes, se manifestaba sobre todo en el altar. Su modestia y su respeto hacia á todos sensible su fe, y sus lágrimas daban testimonio de su afectuosa devocion. Pero entre todas las virtudes de Jacinto la que parecia mas sobresaliente, y que caracterizaba más, era su ternura con la santísima Vírgen. Se puede decir que nació con esta señal de predestinacion, la cual se distinguió en él por todo el curso de su vida. Cuando estaba aun en la cuna, solo con ponerle delante una imágen de la Vírgen saltaba de alegría. No se duda que aquella gran pureza de costumbres, aquella tan rara inocencia que le acompañó inviolablemente en todas las edades y en todos los estados hasta su santa muerte, fue efecto de la singular proteccion de la Madre de Dios, de quien siempre fue favorecido, y de cuyo culto fue toda la vida el mas celoso predicador.

El obispo de Cracovia vióse precisado á pasar á Roma en defensa de los derechos de su iglesia, y quiso que Jacinto le acompañase en aquella jornada, para valerse de sus consejos y de sus alcances superiores. Pero eran otros los intentos de Dios. Acababa de obtener de los papas Inocencio III y Honorio III la aprobacion y la confirmacion de su Órden el patriarca santo Domingo, tan conocido ya á la sazon en toda Europa por la fama de sus milagros y de su predicacion contra los Albigenses. Movidos el Obispo y el sobrino de las maravillas que el nuevo Instituto hacia en toda Italia y en otras partes, entraron en deseos de que la Polonia participase de las grandes utilidades que el santo Fundador procuraba á la Iglesia. Pidiéronle algunos hijos para que fundasen en su país conventos de su Órden. Hallóse imposibilitado santo Domingo á satisfacer sus piadosos deseos, por haber enviado todos los operarios que tenia á diferentes

provincias, de donde se los habian pedido; pero todo lo suplió lo mucho que podia con Dios. Suplicóle fervorosamente le diese nuevos hijos que pudiese enviar á Polonia. Oyóle el Señor, y en el mismo dia vinieron tres ó cuatro familiares del obispo de Cracovia á echarse á los piés del santo Patriarca, y á pedirle el hábito de su Órden. Recibiólos, pero el cielo le tenia destinado otro discípulo mas ilustre.

Noticioso Jacinto de la vocacion de los tres polacos, se sintió movido á seguirlos, y juntándose á esto su inclinacion á la vida penitente y retirada, resolvió imitar el ejemplo que envidiaba. Descubrió en confianza su intento á Ceslao su hermano, y en lugar de un mero confidente encontró en él un compañero. Á este siguieron el mismo dia otros dos que eran amigos de entrambos, Hermano y Enrique, gentiles hombres alemanes muy adheridos á Jacinto. Todos cuatro se presentaron á santo Domingo, que luego los recibió como un precioso don con que el Señor queria enriquecer su Órden. Tenia ya muy conocido el santo Patriarca el extraordinario mérito de nuestro Santo, por lo que se aplicó con particular cuidado á cultivar aquel fertilísimo terreno, y á breves dias hizo del novicio uno de sus mas perfectos discípulos. No se puede explicar el fervor, el desasimiento y el olvido de todas las cosas con que entró nuestro Santo en tan gloriosa carrera, ni el valor con que la continuó. Seis meses estuvo bajo la disciplina del santo Fundador, que viéndole ya elevado á la cumbre de una virtud á que los mas perfectos están aspirando toda la vida, juzgó debia pedir al Papa dispensa para abreviar el tiempo de su noviciado. Consiguióla para él y para los otros tres compañeros suyos, que todos hicieron la profesion á los seis meses de novicios. Tenia Jacinto treinta y cinco años, y habia tomado tan perfectamente el espíritu de su Fundador, que ya desde entonces se halló capaz de fundar por sí mismo casas de la Órden.

Despues de haber confirmado santo Domingo en todos los buenos pensamientos que el Señor le habia inspirado, y habiéndole instruido en el arte de predicar cristianamente, y de trabajar á un mismo tiempo en su propia santificacion y en la de otros, se le presentó juntamente con sus compañeros á su tio el obispo de Cracovia, que se volvia á su país, y nombró á Jacinto por superior de la mision de Polonia, infundiéndole su espíritu, y comunicándole tambien su mismo don de milagros. Partieron todos siete en compañía del Obispo; pero como habian resuelto hacer el viaje á pié y mendigando, á imitacion de los Apóstoles, se separaron luego de él, y tomaron el camino por Venecia y por la Carintia. Predicaban en los lugares

donde se detenian, y siempre con mucho fruto, conociendo luego los pueblos que el nuevo Instituto se componia todo de varones apostólicos. Llegando á Friesach, ciudad de la Carintia, predicó en ella san Jacinto con fruto tan copioso, y derramó el cielo tantas bendiciones sobre sus apostólicos trabajos, que los habitantes resolvieron detenerle. Fundó en aquella ciudad un convento de su Órden, y se detuvo en ella seis meses para instruir y formar los novicios que se presentaban, y no fue posible que los ciudadanos le dejasen proseguir al término de su mision, hasta que les dejó á Fr. Hermano, uno de sus discípulos.

Cuando llegó á Polonia no son explicables las demostraciones de alegría y de veneracion con que fue recibido. En todas partes le salia á recibir el clero, la nobleza y el estado llano, conduciéndole en todas como en triunfo. Rendíanse estos honores, no tanto á su nacimiento como á su virtud. En él todo predicaba: su modestia, su exterior humilde y mortificado, y todos sus modales, todo concurria á granjearle la confianza y la veneracion de los pueblos. Llegó á Cracovia, y no solo fue recibido de su tio el Obispo y del clero, sino tambien de la nobleza y del pueblo como un enviado del cielo. Apenas subió al púlpito cuando se vió desterrado el vicio, la profanidad y la disolucion. Bastaba verle para moverse á compuncion; bastaba oirle para convertirse: no bien dió principio á las funciones de su ministerio, cuando mudó de semblante toda la ciudad. Facilitáronle fondos para fundar un suntuoso convento. Cediéronle la magnífica iglesia de la Trinidad, que era la principal despues de la catedral. Muy en breve se vió fundado un espacioso convento, y lleno de un prodigioso número de santos religiosos formados de su mano, y animados de su espíritu, que llevaron á todo el reino las luces de la fe y la reformacion de las costumbres. Asombra verdaderamente el número de las admirables conversiones que hizo, y fue su convento el asilo de la inocencia y de la mortificacion. Mudóse el semblante de toda la diócesis por el celo de aquel nuevo apóstol, que resucitó en toda ella el espíritu de la oracion, de la caridad, y el uso de las abstinencias que se practicaban en los primeros siglos de la Iglesia.

No era fácil resistir ó á la fuerza de sus palabras, ó á la eficacia de sus ejemplos. Su abstinencia era continua. Además de los ayunos que prescribian las constituciones de la Órden, ayunaba á pan y agua los viernes y todas las vísperas de fiesta. Pasaba en oracion la mayor parte de la noche delante del santísimo Sacramento, y el poco sueño que tomaba era sobre la desnuda tierra. Todos los dias aña-

dia alguna penitencia de nueva invencion á las ordinarias. Por las noches despedazaba su cuerpo con una áspera disciplina, y en todos tiempos maceraba su inocente carne. No habia instante ocioso en toda la economía de su vida: ó predicaba, ó confesaba, ó visitaba los enfermos, ú oraba. Aunque su devocion era universal, no dejaba de mostrarla muy particular al santísimo Sacramento del altar, y á la santísima Vírgen, de quien recibia grandes favores. Nada emprendia que primero no lo ofreciese á Dios delante del Sacramento, implorando con una oracion particular la proteccion de la santísima Vírgen. En todos sus discursos habia de entrar la devocion de esta Señora; promovia su culto por cuantos medios podia imaginar. Favorecióle con muchas gracias esta Madre de misericordia, derramándolas abundantemente sobre aquel su amado favorecido. Estando en oracion delante de su altar la vigilia de la Asuncion, y contemplando las maravillas de este misterio, se le apareció rodeada de un gran resplandor; y manifestándole lo gratas que le eran sus oraciones, dijo: *Está seguro, hijo mio, de que conseguirás de mi amado Hijo todo lo que le pidieres por mi intercesion.*

Despues de haber trabajado con tan feliz suceso en el obispado de Cracovia y en el territorio de su comarca, extendió su celo á las provincias vecinas, y desde ellas alargó presto su mision á los países extranjeros. Envió á Bohemia con algunos compañeros al bienaventurado Ceslao, los cuales llenos todos de su espíritu, hicieron grande fruto. Tomó consigo nuestro Santo nuevos operarios, y se entró con ellos á intentar semejantes expediciones en el corazon del Norte, donde habia muchos pueblos ó cismáticos y herejes, ó idólatras y sin religion, y por consiguiente abundante campo para hacer conquistas al reino de Jesucristo. Hízolas; no bien se dejó ver Jacinto en aquellas naciones, cuando todos abrieron los ojos á las luces de la fe, y entraron en el gremio de la Iglesia. Los conventos de su Órden que fundó en Pomerania, en la Prusia y en las costas del mar Báltico, como fueron los de Camyn, Premislav, Culm, Konigsberg, Elbing, la península de Gedan, donde se edificó despues la célebre ciudad de Dantzick, fueron las mejores pruebas del fruto de sus trabajos, y otros tantos seminarios de hombres apostólicos. Creció su celo á vista de tan felices sucesos, y pasó á la Livonia, á Suecia, á Dinamarca, á la Noruega, penetrando hasta la Escocia. Desde allí dió la vuelta hácia el Levante de Polonia, y predicando en la Rusia menor, reconcilió con la Iglesia romana al príncipe Daniel, que seguia el cisma de los griegos. No hubo jamás conquistador que en tan breve

tiempo corriese tantos países, ni rindiese tantas naciones como este ilustre Apóstol conquistó para Jesucristo. Pareciendo estrechos los límites de la Europa á su apostólico celo, corrió hasta las márgenes del mar Negro, entrando en las islas del Archipiélago sobre las costas de Asia, y en todas partes confundió el error, disipó el cisma, destruyó la idolatría, convirtió mahometanos, haciendo triunfar en ellas la fe y la Iglesia del Señor. Volviendo despues á subir hácia el Norte, entró en la gran Rusia, ó en la Rusia mayor, es decir, en Moscovia. Fácil es discurrir cuánto tendria nuestro Santo que padecer en todas estas expediciones, tratando con pueblos bárbaros, á quienes le era tan preciso domesticar como convertir. Residió por mucho tiempo en la gran ciudad de Kiovia, capital de una y otra Rusia. Era abundante la miés, y trabajó en ella con tanto celo, que le mereció nuevas bendiciones á sus grandes y apostólicas fatigas.

Á la verdad, aunque fuese grande la fuerza de sus palabras, y mayor la de sus ejemplos en una vida tan santa, nada hubiera bastado, ó ni las unas ni las otras serian tan eficaces, si Dios no las hubiese acompañado y sostenido con la virtud de los milagros. Hízolos tan grandes y en tanto número, que con razon se le puede llamar el Taumaturgo de su siglo. Habíanle fundado en Kiovia un hermosísimo convento y una magnífica iglesia. Sitiaron los tártaros la ciudad, tomáronla por asalto, y todo lo entraron á sangre y fuego. Acababa el Santo de decir misa cuando tuvo esta triste noticia; tomó el Sacramento en las manos, y mandó á todos los religiosos que le siguiesen; pasaba por delante de una estatua de alabastro de la santísima Vírgen, delante de la cual solia hacer oracion, y oyó una milagrosa voz que le dijo: *¿Pues qué, hijo mio Jacinto, aquí me dejas á merced de los bárbaros?* Deshaciéndose en lágrimas el Santo, respondió: *Señora y madre mia, ¿cómo podré yo llevar una imágen de tanto peso?* Á que respondió la Imágen: *Haz la prueba, y verás que no es superior á tus fuerzas.* Tomó entonces el Santo la corpulenta imágen, la que se hizo tan ligera, que la llevó en una sola mano, y saliendo por la puerta de que todavía no se habian apoderado los tártaros, tomó el camino de Cracovia.

Siguióse inmediatamente al primer milagro otro no inferior. Llegando con aquella preciosa carga á la orilla de un caudaloso rio, se halló sin puente y sin barca para pasarle. Lleno entonces de confianza en el poder de aquel Señor que llevaba en sus manos, y en la proteccion de la soberana Reina, cuya imágen conducia, comenzó á caminar á pié enjuto sobre las aguas, y mandó á sus religio-

sos que le siguiesen. Este insigne milagro se refiere en la bula de su canonizacion; pero no fue solo. Iba un dia á predicar á Wisgrade, ciudad situada á las riberas de un profundo rio, y no encontrando barca para atravesarle, tendió su manto sobre las aguas, y pasó al otro lado. Resucitó en vida dos muertos, y obró tantas maravillas, que la misma bula de su canonizacion cuenta hasta mil doscientas.

Despues de cuarenta años de trabajos apostólicos, acompañados de tan prodigiosos sucesos, le reveló el cielo el dia de su muerte, para la cual se habia preparado toda la vida, y supo que habia de asistir en el cielo al triunfo de la Vírgen el dia de su gloriosa Asuncion. Cayó malo en el de las Nieves; y la vigilia de la Asuncion, habiendo exhortado á sus religiosos al desasimiento de todas las cosas, á la exacta observancia de su santo Instituto, y á la devocion con la santísima Vírgen, se dispuso con nuevo fervor para celebrar la fiesta. Asistió el dia siguiente á los divinos oficios; y habiendo recibido todos los Sacramentos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Señor el dia 15 de agosto, y fué á recibir en el cielo el gran premio debido á su inocencia y á sus merecimientos. Sucedió su muerte el año de 1257, á los setenta y dos de su edad. El mismo Dios quiso dar testimonio á los hombres de la santidad de su siervo, y de la gloria con que le habia coronado, continuando despues de su muerte la virtud de los milagros que le habia concedido en vida. Fue canonizado con la acostumbrada solemnidad por la Santidad de Clemente VIII el año de 1594, y el papa Urbano VIII fijó su fiesta el dia 16 de agosto. La reina de Francia D.ª Ana de Austria, madre de Luis el Grande, consiguió de Ladislao, rey de Polonia, un considerable hueso de las reliquias del Santo, y fue el cráneo, que se colocó en la iglesia de los Padres Dominicos de la calle de San Honorato en París. El cuerpo del Santo se venera en la magnífica capilla de Cracovia, que se edificó en honra suya.

DIA II, ENTRE OCTAVA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA LA VÍRGEN MARÍA.

La Misa es en honor de san Jacinto, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Hyacinthi confessoris tui annua solemnitate lætificas, concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur. Per

Ó Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu confesor el bienaventurado san Jacinto, concédenos que cuando celebremos la nueva

Dominum nostrum Jesum Christum...	vida que recibió en el cielo, imitemos la que hizo mientras vivió en la tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico, pág.* 132.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que fue hallado sin mancha. ¿Y quién será este dichoso? ¿Quién se podrá lisonjear de haber conservado pura su inocencia, sin borron, sin sombra ni alteracion? ¿Á qué alma, unida á este miserable cuerpo, no se atrevió la mancha del pecado? Aun entre aquellas que fueron santificadas por la gracia, ¿cuántas se encuentran que hubiesen mantenido intacta esta preciosa flor sin haberse marchitado? Solo se encuentra una entre las puras criaturas, que por privilegio especial fuese preservada de toda mancha; esta fue la santísima Vírgen María en el inmaculado misterio de su purísima Concepcion; mas santa en aquel primer instante que todos los Santos juntos en el último momento de su vida; y aumentando su inocencia en todos los de la suya, bien léjos de echar en ella el mas mínimo borron. Siendo amada Hija del eterno Padre, ¿cómo habia de estar ni un solo momento en su desgracia? Siendo Madre querida del divino Verbo, ¿cómo habia de admitir en su alma ni aun el mas leve pecado? Siendo ella sola escogida entre todas las criaturas para Esposa única del Espíritu Santo, ¿cómo no habia de ser toda hermosa y toda inmaculada? *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Esto dice de la Vírgen el mismo Espíritu Santo; y esto repite de ella muchas veces la santa Iglesia. Así como en virtud de la union que la humanidad contrajo con el Verbo exigia una gracia y una gloria infinita, es decir, la mayor que puede Dios comunicar á una criatura; á semejante modo la union que la Vírgen contrajo con su Hijo por su divina maternidad, pedia tambien la mayor plenitud de gracia que pudiese Dios comunicar á una pura criatura, dice santo Tomás (1 *p. q.* 25, *art.* 6. *ad* 4). Ciertamente parece que hubiera sido indigna de concebir al Verbo divino, dicen los Padres, si su alma hubiera contraido la culpa original; pues aun la impuridad del cuerpo, aunque exenta de todo pecado, hubiera sido estorbo á esta divina concepcion. Ni ¿cómo cabe que dejase de preservarla de tan gran mal aquel mismo Dios que, por eximirla de otros, sin comparacion menos considerables, como de los dolores en el parto, y de la corrupcion en el sepulcro, trastornó tantas veces todo el órden de la natu-

raleza? La primera mujer fue criada sin culpa original, y en el estado de la inocencia; pues si María hubiese contraido aquella culpa, ¿cómo habia de ser bendita entre todas las mujeres? Por otra parte la Reina de los Ángeles no debia de ser inferior á aquellos espíritus celestiales. Finalmente la infamia de la madre se refunde en el hijo; pues ¿cómo es creible que este Hijo todopoderoso permitiese que su querida Madre fuese confundida ni por un solo momento entre el inmenso tropel de los esclavos del demonio, habiendo sido criada para ser Reina del cielo y de la tierra? Todas estas son razones de congruencia y de decencia; así es, pero ¿creemos posible que el Señor hiciese cosa menos decente? Era muy decente, dice san Anselmo, que aquella á quien el eterno Padre daba por hijo á su propio Hijo fuese tan pura, que despues de la pureza de Dios no se pudiese imaginar otra mayor que la suya: *Decens erat, ut ea puritate qua major sub Deo nequit intelligi, Virgo illa niteret.* (Lib. de Concep. Virg. 6, 18). Grande error es pensar que sin un corazon puro se pueda tener verdadera devocion, ni agradar á la santísima Vírgen.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas, pág.* 87.

MEDITACION.

De la verdadera devocion á la santísima Vírgen.

Punto primero.—Considera que aunque no es posible que entre las personas dedicadas al servicio de la Vírgen se hallen algunos devotos indiscretos, no es muy difícil encontrar en el mundo censores temerarios que tengan la impiedad de censurar esta santa devocion. Á los impíos no les entra, y los herejes abiertamente la desacreditan. Siendo tan importante evitar el primer abuso, aun es mucho mas necesario mirar con horror el segundo precipicio. No es menos peligroso delante de Dios condenar con temeridad un culto santo y legítimo, que practicar por ignorancia el excesivo y supersticioso. Se han de evitar estos dos escollos. No hay cosa mas santa ni mas religiosa que el verdadero culto que se rinde á la Madre de Dios. Es locura imaginar que se puede agradar á este mirando con indiferencia á su Madre. La tierna devocion y el afectuoso culto que se tributa á la Madre no es el medio menos proporcionado para merecer la gracia y los favores del Hijo. Considerémoslo por lo mismo que pasa naturalmente entre los hombres. Pero tambien es portentosa ilusion persuadirse á que se puede agradar á la Madre mientras se está en desgracia del Hi-

jo. Los indiscretos y los falsos devotos de la santísima Vírgen son únicamente aquellos cuya devocion consiste precisamente en alistarse en alguna piadosa congregacion ó cofradía erigida en honor de esta Señora, ó en rezarla diariamente algunas oraciones, sin dárseles mucho por vivir cristianamente ni por arreglar sus costumbres; y engañados de una falsa confianza en el poder de la Vírgen, viven tranquilamente adormecidos en el pecado. ¿Dónde hay mas extravagante error? Es verdad que por gran pecador que uno sea debe acudir á la Madre de misericordia, solicitar su bondad, tener grande confianza en su proteccion y en su poder, implorar su asistencia para conseguir del Señor por su medio gracia eficaz para convertirse y para salir del pecado. Pero ¿mirará nunca la santísima Vírgen como á siervo suyo á quien quiere vivir de asiento en el desórden? Si eres su devoto, ella hará que te conviertas para entrar verdaderamente en su servicio; pero jamás admitirá ni considerará estar en él el que quiere perseverar en el pecado, ni hace esfuerzo alguno para salir de estado tan infeliz. La verdadera devocion á la santísima Vírgen es inseparable de la pureza de costumbres y de una vida arreglada. No hay cosa mas santa ni mas religiosa que alistarse en las cofradías erigidas á su honor, que pagarla todos los años, todos los meses, todas las semanas y todos los dias el piadoso tributo de alabanza, de buenas obras y de ejercicios de devocion. Nunca será excesiva nuestra exactitud ni nuestra apresurada puntualidad en tributarla estos reverentes cultos. Pero si queremos que nuestra devocion le sea grata, vivamos con una pureza inalterable imitando sus virtudes.

Punto segundo.—Considera que despues que la Iglesia universal declaró por artículo de fe en el solemnísimo decreto del concilio general Efesino que la Vírgen era verdadera Madre de Dios, no hay honor que no la convenga, ni culto, á excepcion del de latría, que no le sea debido. Dad á María, dice san Bernardo en una carta á los canónigos de Lyon, dad á María las alabanzas que la pertenecen. Decid que ella encontró para sí y para nosotros la fuente de la gracia. Decid que es la medianera de la salvacion, y la restauradora de los siglos; tendréis mucha razon en decirlo. Esto es lo que toda la Iglesia publica, y lo que canta de ella todos los dias en el oficio divino: *Hæc mihi de illa cantat Ecclesia.* No; no temais excederos nunca ni en los elogios ni en los cultos de la santísima Vírgen. Por mucho que digamos y por mucho que pensemos de la Madre de Dios, siempre será mucho menos de lo que merece. Despues de Dios y despues de Je-

sucristo es nuestra esperanza, nuestro consuelo y nuestra vida: *Vita, dulcedo, spes nostra.* Despues de su Hijo pongamos toda nuestra confianza en María; Jesucristo es misericordioso, pero es justo. En María no hallarémos mas que misericordia; ella es el refugio de todos los pecadores que se quieren convertir. Si su poder es sin límites, su bondad es sin medida. *Desde luego consiento*, dice este Padre, *que jamás se hable de vuestra misericordia, ó bienaventurada Vírgen María, como se halle alguno que pueda decir con verdad que le faltásteis cuando os invocó en sus necesidades.* Pero si nuestra devocion á la santísima Vírgen ha de ser llena de confianza, no debe ser menos animada de celo y de amor. Es la Vírgen nuestra dulcísima Madre, y aunque hayamos sido de los mayores pecadores del mundo, siempre nos ama con ternura, como encuentre en nuestro corazon el arrepentimiento que ella misma nos consigue. Es la Madre del amor hermoso; ¿serémos nosotros hijos frios ó indiferentes en su obsequio, ni en todo lo que pertenece á su gloria? ¡Con qué devocion debemos celebrar todas sus fiestas! ¡con qué atencion, con qué religion, con qué respeto rezar sus oraciones y su oficio! ¡con qué pureza de conciencia practicar todas las devociones que se dirigen á su honra! ¡con qué veneracion adorarla en sus imágenes! ¡con qué ardor, con qué celo, con qué fidelidad hacer profesion de ser siempre siervos suyos! Tengamos dentro del alma esta verdadera devocion; para que lo sea tal, debe ser pura, ardiente, afectuosa y constante. Y ¿cómo dejará de ser eficaz teniendo todas estas cualidades?

Vírgen santa, cuento, y contaré siempre con tu poderosa proteccion. Lleno de confianza en tu bondad, espero que será verdadera la devocion que te profeso. Para siempre me dedico á tu servicio; alcanzadme aquella pureza de corazon y de cuerpo, sin la cual sé muy bien que no te puedo agradar. De aquí adelante seréis mi querida madre; y espero me conseguiréis la gracia de que sea contado en el número de vuestros verdaderos siervos y de vuestros mas amantes hijos.

Jaculatorias.—Mostraos, ó Vírgen santa, amorosa madre mia. (*Ecclesia*).

María, madre de gracia, madre de misericordia, líbranos del enemigo, y á la hora de la muerte recíbenos en tus manos. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Nunca temamos, dice san Bernardo, excedernos en lo que decimos cuando se trata de elogiar y de honrar á la santísima Vírgen.

Nunca recelemos propasarnos en lo que hacemos cuando se habla de manifestarla nuestro amor y de reconocer sus beneficios. Hónrate de ser siervo de María, y de llevar sus piadosas insignias ó libreas con alegría y con respeto. La devocion al santo Rosario y al santo Escapulario es una de las mas sólidas que puedes tener; una y otra están auténticamente aprobadas por la Iglesia, y los Sumos Pontífices convidan con sus indulgencias y abundantes gracias á todos los fieles para que se alisten en estas dos santas Cofradías. Si no estás alistado en ellas, no se te pase esta Octava sin hacerlo. Si tienes la dicha de estarlo, examina cuidadosamente si cumples con celo y con exactitud las cargas y las obligaciones que imponen; y renovando hoy tu devocion y tu fervor, haz propósito de cumplirlas con la mayor puntualidad. Hay tambien otras Congregaciones, instituidas todas en honor de la santísima Vírgen, como la de la Esclavitud, la del Interior de María, la de su sagrado Corazon, y otras muchas. Aprécialas todas como piadosas industrias y medios muy propios para conseguir la salvacion.

2 El Rosario es una devocion muy agradable á la santísima Vírgen; haz propósito de rezarle todos los dias; y es muy conveniente fijar la hora en que lo debes hacer, á imitacion de la Iglesia, que nunca muda la hora, que segun el tiempo determinó para celebrar sus oficios. Se adquiere cierta especie de mérito particular en hacer siempre las devociones en horas determinadas. El variarlas sin motivo es señal de inconstancia en la devocion, y una ligereza que desagrada á Dios. Todas las tardes de la octava haz una visita á aquella iglesia ó capilla de la Vírgen donde con mas particularidad se celebra la fiesta de su Asuncion, y ten en ella un rato de oracion.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

La octava de san Lorenzo, mártir.

Los santos mártires Liberato, abad, Bonifacio, diácono, Servo y Rústico, subdiáconos, Rogato y Séptimo, monjes, y Máximo, muchacho, en Cartago en África; los cuales en la persecucion de los vándalos en tiempo del rey Hunerico por confesar la fe católica y la unidad del Bautismo fueron atormentados con diversos y nunca oidos suplicios; finalmente enclavados en leños para quemarlos en una hoguera, aunque procuraron encenderlos varias veces, por virtud de Dios nunca prendió el fuego, y entonces el Rey les mandó acabar á golpes de remos, con que les hicieron saltar los sesos, y alcanzaron la gloriosa corona del martirio. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de san Mamas (ó Mamete), mártir, en Cesarea en Capadocia; el cual padeció un continuado martirio desde su tierna edad hasta su vejez, consumándolo felizmente en el imperio de Aureliano por decreto del presidente Alejandro: los santos Padres Basilio y Gregorio Nazianceno hacen de él los mas grandes elogios. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Miron, presbítero y mártir, en la Ácaya; el cual en el imperio de Decio por mandato del presidente Antipatro padeció muchos tormentos, y últimamente fue degollado en Cizico.

Los santos mártires Estraton, Filipo y Eutiquiano, en Nicomedia; los cuales siendo condenados á las bestias, como no recibiesen de ellas lesion alguna, consumaron el martirio siendo quemados vivos.

Los santos mártires Paulo y su hermana Juliana, que padecieron en los tiempos de Valeriano en Tolemaida en Palestina *(por haberse negado constantemente á ofrecer incienso á los ídolos, siendo por esto puestos varias veces en el caballete, y finalmente degollados en su misma patria).*

San Anastasio, obispo y confesor, en Terni.

OCTAVA DE SAN LORENZO, MÁRTIR.

Todo lo que pertenece á este dia de la Octava del glorioso mártir san Lorenzo, se hallará en el propio dia de su festividad, que es el 10 del corriente, pág. 173.

SAN MAMETE Ó MAMAS, MÁRTIR.

El bienaventurado san Mamete, ó como otros dicen, san Mamas, fue natural de Paflagonia, hijo de san Teodoto y de santa Rufina, caballeros principales y de linaje de senadores, de los cuales hace conmemoracion el Martirologio romano el dia 31 de agosto. Tenia en aquellos tiempos el cetro del romano imperio Aureliano, perseguidor cruel de cristianos, quien suscitó la nona persecucion contra la Iglesia de Dios. Publicados los edictos en Paflagonia, y siendo Teodoto y Rufina, padres de Mamete, cristianos y grandes siervos de Dios, fue acusado de esto san Teodoto delante del presidente que estaba allí por los emperadores romanos. Preso, pues, y llevado á Cesarea de Capadocia, donde le echaron en una cárcel, su bienaventurada esposa santa Rufina, embarazada de Mamete, le quiso hacer en ella compañía. Murió Teodoto encarcelado, y Rufina no pudiendo soportar las congojas de la cárcel, parió antes de tiempo al bendito san Mamete, y murió tambien, quedando el niño entre los cuerpos muertos de sus benditos padres. Entonces apareció un gallardo mancebo, el cual sin duda era Ángel del Señor, á la bienaventurada santa Ammia, mujer noble y muy principal, mandándole que pidiese al presidente los cuerpos de los bienaventurados san Teodoto y santa Rufina,

diciéndole que hallaria entre ellos el niño Mamete vivo, y que le mandase criar con diligencia. Hízolo la santa señora, y enterró los cuerpos de los dichos Santos en su huerto, y crió al bendito niño con cuidado, y le recibió por su hijo adoptivo.

Aconteció que siendo el Santo de dos años llamando un dia á Ammia, dijo *mama*, queriendo decir madre, y de aquí le quedó el nombre de Mama ó Mamete. Siendo de cinco años púsole Ammia á los estudios, y aprovechó mucho en ellos.

En aquellos tiempos el mal emperador Aureliano proseguia con gran crueldad la persecucion contra la Iglesia de Dios, el cual no solamente mandaba á los hombres y mujeres sacrificar á sus falsos dioses, sino tambien á los muchachos, á fin de mantenerlos en el error desde su tierna edad. Pero los que iban al estudio y eran amigos y compañeros de Mamete, aunque niños, no consentian en el error gentílico. Siendo él de quince años murió Ammia su madre adoptiva, y le hizo heredero de su hacienda. Supo el presidente lo que hacia el siervo de Dios, y mandóle llevar delante de su tribunal, donde le preguntó: Si era él el que no queria adorar los dioses, antes persuadia á sus condiscípulos que no obedeciesen al Emperador. Entonces el bendito mozo con pecho mas que de varon reprendióle porque dejaba al Dios verdadero, y adoraba dioses falsos, mudos y sordos. Quiso el tirano llevarle por fuerza á un ídolo, para que aun cuando no quisiese, le adorase. Respondió Mamete, que segun derecho aquello no se podia hacer, por ser el hijo adoptivo de Ammia, señora nobilísima, de la cual quedaba él heredero. Viendo el presidente Demócrito que ciertamente no le podia castigar, envióle al Emperador, avisándole de todo en sus cartas. Llegado allá, con halagos y amenazas procuró Aureliano hacerle sacrificar á sus falsos dioses, y viendo el tirano la constancia del santo mancebo, mandó darle muchos azotes; y cuando los verdugos le azotaban, decia el Emperador que negase á Jesucristo con la boca sola, que aquello solo bastaba. Respondió el santo Mártir, que ni de boca ni de corazon queria negarle. Visto por el Emperador el poco caso que hacia de los azotes, mandó quemarle con candiles encendidos. Hízose como él mandaba, y el bendito Mártir padeció aquel tormento sin dolor. Despues, considerando el tirano que no podia hallar tormentos con que vencerle, mandóle atar en el cuello una bola de plomo, y echar en el profundo del mar.

Hízose como mandaba el tirano; pero llevándole los ministros allá para echarle en el mar, apareció el Ángel del Señor, el cual los rodeó, y espantados los ministros que le llevaban, huyeron, y el Án-

gel mandó á Mamete que subiese al monte de Cesarea y viviese allí. Estuvo el Santo en aquel monte cuarenta dias ayuno y sin comer, y despues oyéndose una voz del cielo, se le dió el Evangelio con una vara, y quedó predicador de la ley de Dios. Edificó en aquel lugar un templo, y acudian á él todas las bestias fieras del monte, de cuya leche hacia queso, y reservándose de ello algun poco para sí, llevaba el otro á Cesarea de Capadocia, y dábalo á pobres.
Supo este hecho tan heróico Alejandro, presidente de Capadocia, y le envió al monte ciertos caballeros para que le llevasen preso delante de él. Siendo el Santo avisado de su venida, salió á recibirles, y no conociéndole ellos le preguntaron por Mamete. El siervo de Dios les convidó á cenar, diciendo que despues les mostraria el hombre que buscaban. Hospedóles, pues, dándoles pan y queso en su comida, y mientras estaban comiendo, bajaron las bestias fieras del monte para que él tomase leche. Viendo esto aquellos caballeros, quedaron pasmados de semejante maravilla, y dejando la cena, huyeron á los piés de Mamete. Entonces les dijo el Santo que no temiesen, y que él era el que ellos buscaban. Partióse, pues, de ellos, y díjoles que volviesen á su señor, porque él seria allí luego. Fuéronse los caballeros á Cesarea, no dudando de la palabra del siervo de Dios, y Mamete entró en el monte, donde mandó, segun dice Surio, á un leon que, despues que él habria caminado un estadio, bajase corriendo á los gentiles y judíos que blasfemaban de Jesucristo nuestro Señor, y los matase. Hecha esta diligencia, bajó del monte, y fué á Cesarea de Capadocia, donde los caballeros le estaban aguardando al entrar de la ciudad. Fue, pues, llevado por ellos delante del presidente, quien le preguntó si era él el encantador que obraba tantas maravillas con arte del demonio. Respondió el Santo que él era siervo de Jesucristo, que á los que creen en él, y hacen su voluntad, salva, y á los idólatras y encantadores echa al infierno. Pidióle tambien por qué le habia llamado.—Yo, dijo el presidente, te he llamado porque no puedo sufrir que vivas en compañía de bestias en el desierto, y que las mandes con tus encantamientos como si tuvieran entendimiento.—Mas quiero vivir, dijo san Mamete, en compañía de bestias fieras que no con vosotros; porque ellas, aunque no tengan juicio, saben reverenciar al Criador del cielo y tierra, y honrar á sus siervos, y vosotros no.
Entonces Alejandro mandó atormentarle, y él con gran paciencia esperaba del cielo consolacion. Instando Alejandro que le arañasen ó atormentasen, oyóse una voz del cielo, que le quitó gran parte del

dolor, y le hizo hábil para sufrir todos los tormentos que se le ofreciesen. Oyeron esta voz muchos de los fieles, y quedaron mas constantes en la fe. Viendo el tirano que Mamete no hacia caso de las uñas de hierro con que le atormentaban, mandó encender un horno para echarle en él. Pero por estar él ocupado en otros negocios, echaron á Mamete en una cárcel, donde halló cuarenta cristianos, y les libró á todos de las cárceles, abriéndolas con sola su oracion, y dándoles licencia que se fuesen. Pero quedóse él solo en la cárcel esforzado por la presencia de un Ángel para sufrir nuevos trabajos y tormentos. Viendo despues el presidente la constancia del Mártir, mandó echarle en un horno ardiendo. Hízose lo que mandaba. Pero el siervo de Dios quedóse en medio de las llamas tres dias, como si estuviera en un prado hermoso y muy florecido. Mandó el tirano á sus ministros que fuesen á ver al Mártir: fueron y halláronle alabando al Señor. El juez atribuia todo esto á encantamientos; mas el pueblo lo tenia por milagro, como era razon. Despues mandó el tirano echarle á las bestias fieras, y ellas se le humillaron. Pero vino un leon del bosque, y entrando en el teatro mató á muchos gentiles, y segun dice el obispo Equilino, el mismo leon habló, como la asna de Balaan, y dijo que por las injurias que hacian á Mamete, habia muerto tantos de ellos. Y viendo esto muchos de los gentiles alababan al Dios que él predicaba, y el leon se echó á los piés del Mártir con mucha mansedumbre. Despues el Presidente dispuso que un criado con cierto instrumento que tenia preparado le sacase las entrañas. Hízolo el sayon, y sacándole los intestinos, el Mártir se fué de la ciudad llevándolos en las manos; y llegado que hubo á una cueva, á dos estadios de Cesarea, oyendo una voz del cielo que le llamaba, dió el espíritu á su Criador.

Sozomeno y san Gregorio Nazianceno nos informan de que siendo educados en Cesarea Juliano el Apóstata, y su hermano Galo, se divertian cuando niños en edificar iglesitas á los Mártires, y especialmente á cierto san Mamas; y que todos los dias al paso que las que Galo hacia iban adelantando siempre, las de Juliano se arruinaban cada momento.

En la iglesia parroquial de Corrodemunt, del obispado de Barcelona, tienen por patron á san Mamas ó san Mamete, y por su intercesion poderosísima han obtenido de Dios singulares mercedes y beneficios. (*Domenech*).

SAN LIBERATO, ABAD, Y SEIS MONJES, MÁRTIRES.

Hunerico, vándalo rey arriano del África, en el séptimo año de su reinado publicó nuevos edictos contra los Católicos, y mandó que en todos sus dominios se demoliesen los monasterios. Siete monjes que vivian en uno cerca de Capsa, en la provincia de Bizacena, fueron citados en aquel tiempo á Cartago. Sus nombres eran: Liberato, el abad, Bonifacio, diácono, Servo y Rústico, subdiáconos, Rogato, Séptimo y Máximo, monjes. Primero les tentaron con promesas, pero respondieron: «Una fe, un Señor y un Bautismo.» Como permaneciesen, pues, constantes en la fe de la Trinidad y de un Bautismo, fueron cargados de hierros y metidos en un oscuro calabozo. Habiendo los fieles de aquella ciudad ganado á sus guardas, entraban á visitarles, y á recibir sus instrucciones, y se animaban recíprocamente unos á otros á recibir la muerte por Jesucristo. Informado de todo esto el Rey, mandó que los encerrasen con mas reserva y custodia, les cargó de cadenas mas pesadas, y les atormentó con invenciones de crueldad hasta entonces inauditas. Poco despues mandó ponerles en un bajel viejo, y poniéndole fuego hacerles á alta mar. Los Mártires iban regocijados hácia las playas, y despreciando las injurias y baldones de los Arrianos que les insultaban segun iban pasando. Muchas diligencias hicieron los mismos ejecutores por ganar á Máximo, que era el mas jóven; mas Dios, que hace elocuentes las lenguas de los infantes en alabanza de su santo nombre, les dió fuerzas, y rechazando todos los contrarios esfuerzos, Máximo les respondió animosamente que jamás se separaria de su santo abad, ni de sus hermanos, con quienes habia pasado una vida penitencial por la gloria eterna. Un barco viejo fue lleno de ramas secas, y los siete Mártires puestos á bordo y atados á los palos; mas habiéndole aplicado fuego diferentes veces, se apagaba inmediatamente, y todas las diligencias por quemarles eran en vano. El tirano mandó entonces que les saltasen los sesos con los remos; y así fue ejecutado, arrojando despues sus cuerpos al mar, siendo costumbre todo lo contrario en aquellas costas, pues los que hallaban muertos en él los sacaban á la orilla. Los Católicos los enterraron solemnemente, y con cantos de salmos, en el monasterio de Bigua, cerca de la iglesia de San Celerino. Padecieron el martirio en el año de 483.

SAN ROQUE, CONFESOR.

(Trasladado del dia de ayer).

San Roque, tan célebre en toda la Europa cristiana por su grande santidad, y por su poderosa proteccion contra el azote de la peste, fue natural del Langüedoc, y de una familia distinguida, no menos por su nobleza, que por sus opulentos bienes y por sus empleos. Nació en Montpeller por los años de 1284. Su padre se llamó Juan, y aunque algunos creyeron que era señor de la misma ciudad, no fue sino un gobernador por los reyes de Mallorca, de la real casa de Aragon, á quienes pertenecia entonces la ciudad de Montpeller y su territorio, que poseian en feudo de la corona de Francia. Desde que Roque nació fue recibido y considerado como especial don del cielo, y como fruto de las oraciones de sus padres, que no habiendo tenido hijos, y hallándose en avanzada edad, recurrieron á la Vírgen, de quien eran singularmente devotos, y la suplicaron con fervorosos ruegos les alcanzase de Dios un heredero que usase bien de sus bienes, y se dedicase del todo á su servicio. Fueron oidos sus deseos, y nuestro Santo fue hijo de sus oraciones, observándose que nació con una pequeña cruz de color rojo como grabada sobre el estómago. Todas estas circunstancias le hicieron mas amado de sus padres; y su madre, por nombre Liberia, una de las señoras mas virtuosas de su tiempo, las tuvo por presagio de la futura santidad de su hijo: piadosa preocupacion que la empeñó en dedicarse con mayor cuidado á su educacion, aplicándose enteramente á inspirarle desde la cuna la verdadera piedad, y una tierna devocion á la santísima Vírgen. Presto reconoció la virtuosa señora que la gracia se habia adelantado á sus piadosos deseos, previniendo al niño con sus mas dulces bendiciones aun antes que la edad le permitiese aprovecharse de las lecciones de su madre. Notóse, siendo aun de pecho, que los miércoles y los sábados no le tomaba mas que una sola vez al dia; y este ayuno lo observó despues toda la vida.

La devocion que mostró á la santísima Vírgen fue tambien como un milagroso efecto de la prediccion con que ya le miraba la Madre de Dios. Bastaba mostrarle una imágen suya para acallarle y para alegrarle; y así toda la vida fue uno de sus mas favorecidos, y uno de sus mas fieles y celosos siervos. Con un corazon como nacido para la piedad, y con unas inclinaciones naturalmente propensas á la virtud, pasó los primeros años con una inocencia verdaderamente ex-

traordinaria. Habiendo perdido á los veinte á su padre y á su madre, se halló dueño absoluto de un opulentísimo patrimonio; pero todas sus ansias eran por otra herencia todavía mas preciosa. Considerando aquella perfecta desnudez y desprendimiento que el Salvador pide tan expresamente á todos sus discípulos, y de la cual todos los Santos nos dejaron tan asombrosos ejemplos, tomó la resolucion de imitarlos. Con el mayor secreto que le fue posible distribuyó entre los pobres todo lo que pudo recoger de sus rentas; y como la edad no le permitia disponer ni enajenar las raíces, dejó la administracion á un tio suyo, hermano de su padre; y disfrazado en peregrino, se huyó secretamente de su patria, y tomó el camino de Roma.

Habiendo escogido el estado de pobre, le fue preciso hacer el viaje mendigando. Así por la delicadeza de su edad, como por la de su complexion, tuvo bien en que ejercitar su mortificacion y su paciencia, pero en todas las pruebas le sostuvo su encendido amor de Dios. Cuando llegó á Aquapendente, ciudad de Toscana perteneciente á los Estados de la Iglesia, supo, y vió el estrago que hacia en ella la peste, llenando todas las casas de luto. Movido de un ardiente deseo de asistir á los apestados, y de sacrificar su vida en aquel ejercicio heróico de caridad, se fué á ofrecer al administrador del hospital para asistir á los enfermos. Asombrado el administrador de caridad tan generosa, y viéndole tan jóven y tan delicado, alabó mucho su celo; pero no le pareció prudencia permitirle que se expusiese al contagio. Replicó el Santo, que la gracia supliria las fuerzas que le faltaban; que la caridad era propia de todas las edades y de todas las condiciones; y que él se tendria por muy dichoso si á los veinte y un años de su edad merecia dar su vida por amor de aquel Señor que por la suya la habia dado primero á los treinta y tres de la suya. Quedó nuevamente pasmado el administrador al oir unas razones tan cristianas como generosas, y le dió su permiso para que asistiese á los enfermos. Bendijo Dios aquella heróica caridad. Luego que Roque anduvo con los apestados, cesó la peste en la ciudad. Supo que aquella hacia horrorosos estragos en Cesena, ciudad de la Romanía, y voló allá. Sucedió en Cesena lo mismo que en Aquapendente; admiró su ardiente caridad tanto en un pueblo como en otro, y bastó su sola presencia para disipar la peste; parece que esta iba huyendo de san Roque. Repetíase la misma maravilla en todos los pueblos por donde pasaba. Cada cual queria tener en su casa al peregrino, y aun corrió la voz de que era un Ángel en figura de tal[illegible]

Cuando supo que Roma estaba tambien tocada de la peste, se le renovó el deseo de ir á aquella santa ciudad, con que habia salido de Montpeller. Entró en ella cuando el papa Benedicto XI estaba para partir á Perusa. Consoló á aquella afligida ciudad la llegada del peregrino, de cuya maravillosa caridad la fama contaba tantos prodigios. Quiso verle el cardenal Británico, uno de los mas santos prelados de su tiempo. Oyóle de confesion, comulgóle, y descubrió en él aquel gran fondo de virtud que era el orígen de tantas maravillas. Suplicóle emplease su valimiento con el Señor para que librase á la ciudad de tan terrible azote. Hizo oracion san Roque; y conociendo que Dios la habia oido, convidó al Cardenal á que le acompañase en rendirle humildes gracias. El hecho acreditó mas la virtud de nuestro Santo, probando la eficacia de sus oraciones. Quiso el Cardenal que el Santo besase el pié á Su Santidad. Postrado Roque á los piés del Vicario de Cristo, le pidió su bendicion, y la absolucion de sus pecados. *Tú, hijo mio*, respondió el Papa, á vista de un milagroso resplandor que rodeó el cuerpo del Santo, *no necesitas de nuestra absolucion; nosotros sí que tenemos necesidad de tus oraciones*. Preguntóle despues de dónde era, y cuál era su familia; á esto enmudeció Roque, y el Papa no quiso apurarle mas. Cási tres años se detuvo en Roma nuestro Santo, empleándose en los ejercicios de caridad á que se habia dedicado; y habiendo cumplido con su devocion, salió de Roma, y volvió á aquellas mismas partes de Italia donde ya habia estado, continuando en servir á los enfermos, y en librar de la peste los lugares por donde transitaba.

Habiendo pasado algunos años en diferentes ciudades de Lombardía, ocupado siempre en estas heróicas obras de caridad, tuvo noticia de que la ciudad de Plasencia estaba afligida de epidemia; peste popular causada por la corrupcion del aire de que ninguno se puede libertar. Al punto pasó allá, y se encerró en el hospital, curando por su mano las llagas de los enfermos, segun su costumbre. Pero Dios, para probar y purificar mas su virtud, permitió que despues de haber padecido tanto por otros, se viese él mismo atacado del propio trabajo, y con necesidad de que otros le asistiesen.

Quedóse profundamente dormido una noche, abrumado de la fatiga y del sueño. Despertó, y se sintió apoderado de una ardentísima fiebre, con un dolor en la pierna izquierda tan violento y tan agudo, que le obligaba á prorumpir en lastimosos gritos. Recibió este mal como favor de Dios muy especial, y no cesaba de mostrarle su agradecimiento. La violencia del mal no le estorbaba su tranquilidad in-

terior; pero la viveza de los dolores le obligaba á dar gritos, que podian incomodar á los otros enfermos del hospital. Movido de caridad con ellos, no paró hasta que se hizo echar fuera de él. Afligia á todos verle tendido en la tierra, y expuesto á las injurias del aire; instábanle para que se dejase restituir á su cama; pero fue invencible la delicadeza de su caridad. Por el miedo de que no inficionase la calle donde estaba tendido, los vecinos se vieron precisados á hacerle salir fuera de la ciudad. Gozoso el Santo de verse echado de aquella manera, sostenido de un palo se fué arrastrando con grande trabajo hasta la entrada de un bosque, donde encontró una pobre y estrecha choza. El mismo gozo que tenia de verse arrojado de los pueblos, oprimido de dolores, destituido de todo humano consuelo, y en aquella triste soledad, le hacia muy deliciosa la incomodidad de la estancia. Pero tomó Dios á su cargo el cuidado de su siervo. Cerca de la misma cabaña hizo brotar un manantial de agua clara y cristalina, que dura aun el dia de hoy, dándola el mismo Señor una maravillosa virtud para preservar de la peste. Bebió de ella, y lavando su llaga con la misma agua, se sintió muy aliviado. Faltábale todavía que comer, pero Dios tomó providencia.

Á doscientos ó trescientos pasos del bosque habia un castillo de un caballero de Plasencia llamado Gotardo, donde se habia retirado con su familia mientras duraba la peste. Estando un dia á la mesa, uno de sus perros tomó un pan en la boca y se escapó con él. Por entonces no se hizo mucho caso de este robo; pero el dia siguiente, estando tambien sentado á la mesa, repitió el perro la misma diligencia, y echó á correr. Creyó Gotardo que esto dependia de que mataban de hambre al pobre animal, y riñó ásperamente al criado que cuidaba de los perros. Por mas que este protestó que estaba bien proveida la traílla, no fue creido. Pero como el perro tercera vez hurtase el pan de la mesa, y se escapase con él, le fueron siguiendo, y vieron que se entró en la choza, que alargó el pan al Santo, y que despues de haberle halagado con la cola, se retiró. Informado Gotardo de un hecho tan singular, fué á ver al siervo de Dios; y prendado de su mansedumbre, de su humildad, de su paciencia, y de aquel aire de santidad que resplandece siempre en los Santos, le preguntó quién era, y por qué estaba retirado en aquella choza. Respondióle el Santo, que porque estaba tocado de la peste, y que por lo mismo le suplicaba á él que tambien se retirase. Obedeció el caballero; pero luego que volvió á su casa, reprendiéndose á sí mismo su pusilanimidad y cobardía, retrocedió á donde estaba el enfermo,

y le declaró venia resuelto á no abandonarle.—Has sido dichoso, le respondió el Santo, en haber obedecido tan prontamente á la divina inspiracion. Dios te llama á la soledad, y quiere que lo dejes todo para servir á solo él. Recibió Gotardo este oráculo como si fuera del cielo; y sintiéndose enteramente mudado, preguntó á Roque qué era lo que debia hacer.—Quiere Dios, respondió el Santo, que te vistas de peregrino como yo; y para romper desde luego y para siempre con el mundo, á quien has servido demasiado hasta aquí, que en este mismo traje vayas á pedir limosna por toda la ciudad de Plasencia. Era fuerte la prueba; pero Gotardo se sujetó á ella, y despues de haber sufrido la gritería de los muchachos, las zumbas, las chufletas, y las reprensiones de los nobles, harto de oprobios á satisfaccion, volvió á la choza en busca de su jóven director. Á tan generosa accion, hecha solo por agradar á Dios, se siguió inmediatamente el premio. Transformado en otro hombre el nuevo ermitaño, renunció todos los empleos y todas las conveniencias que poseia, y se consagró al servicio de solo Dios, pasando el resto de sus dias en la soledad. Mientras tanto nuestro Roque, acompañado del nuevo solitario, volvió á Plasencia; y habiendo hecho la señal de la cruz en todas las calles y en el hospital, en el mismo punto quedaron sanos todos los enfermos que estaban tocados de la peste, y toda la ciudad libre de aquel terrible azote. Á vista de tan estupendo prodigio, todos gritaron *milagro*, y concurriendo de tropel al Santo, le vinieron acompañando hasta su choza. En el camino oyó una voz que le decia: *Roque, ya estás sano; vuélvete á tu país, donde darás nuevas pruebas de tu paciencia.*

Oyó esta misma voz un hombre de gran virtud que iba entre la muchedumbre, y atropellando por ella, se fué á echar á los piés del Santo, llamándole por su nombre, y encomendándose en sus oraciones. Quedó Roque sorprendido viéndose apellidar por su nombre, que jamás habia descubierto á persona alguna, y prometió á aquel buen hombre, que así él como su familia y todo aquel país quedarian en adelante preservados de la peste, con tal que á nadie revelase lo que habia oido hasta que tuviese noticia de su muerte.

Despues que nuestro Santo recobró tan milagrosamente su salud, habiendo instruido y fortificado suficientemente á su huésped en su generosa empresa, tomó la vuelta de Francia en hábito de peregrino, y pidiendo siempre limosna. Estaba tan extenuado y tan desfigurado, que habiendo llegado á un lugar de su antiguo dominio, ninguno le conoció; y como á la sazon todo estaba lleno de hostilidades y de sospechas, á causa de las guerras, fue tenido por espía,

y como tal fue conducido al gobernador de Montpeller, que no era menos que su mismo tio, el cual habia sucedido en el gobierno á su hermano, y padre de nuestro Santo. Como Roque se habia cerrado siempre en no descubrir quién era, el Gobernador tambien le tuvo por espía, y despues de muy maltratado, le condenó á cárcel perpétua.

No se puede explicar el consuelo espiritual y la alegría interior de nuestro Santo cuando se vió encerrado en un oscuro calabozo, y tratado con tanto menosprecio en su mismo país, y por su propio tio. Consolábanle maravillosamente aquellas palabras del Evangelio, en que se dice de Jesucristo, que habiendo vuelto á su patria, los suyos no le recibieron: *Et sui eum non receperunt.* Todas sus conversaciones eran con Dios, pasando en oracion los dias y las noches. Como si la oscuridad y la hediondez de un calabozo estrecho y lleno de sabandijas no bastasen para ejercitar su paciencia, añadia nuevas mortificaciones al rigor de su lastimoso estado. Su comida era solo pan y agua, y esta con medida. El deseo de padecer mas y mas por Jesucristo era siempre ingenioso, sugiriéndole cada dia nuevas industrias para macerar su carne, y era su vida un continuado martirio.

Cinco años pasó san Roque en estos crueles abatimientos, sin que hubiese persona humana que le solicitase algun alivio. Solo Dios y la santísima Vírgen, por cuyo amor, y á cuya imitacion padecia, eran todo su consuelo. El carcelero, admirado de su apacibilidad, de su mortificacion y de su paciencia, se contentaba con decir que aquel preso era de especie distinta de los otros hombres. Pero queriendo el Señor premiar en fin á su fiel siervo, le reveló el dia y la hora de su muerte, y el Santo pidió que le llamasen á un sacerdote. Entrando este en el calabozo, al cual por ninguna parte entraba luz alguna, quedó admirado viéndole rodeado de un celestial resplandor; pero mucho mas asombrado quedó, cuando vió que el cuerpo de aquel preso despedia de sí muchos rayos de gloria; mas despues que le oyó de confesion y le comulgó, depuso toda duda, y conoció la eminente santidad de aquel hombre extraordinario. Luego que salió de la cárcel, se fué derecho y apresurado á casa del Gobernador, y refiriéndole lo que habia visto, le declaró que tenia en el calabozo un tesoro escondido á los ojos de los hombres. Despreció el Gobernador la relacion, tratándola de sueño; pero esparcida la voz por toda la ciudad de que habia un Santo en la cárcel, en un instante se halló esta rodeada de todo el pueblo. Bajó el carcelero al calabozo, y luego advirtió la extraordinaria luz que salia por las rendijas de la puerta.

Ábrela, y encuentra al Santo tendido en la tierra, que acababa de entregar el alma á su Criador, y tenia á su cabecera una lámpara encendida, y á los lados una tablilla en que estaban escritas estas palabras: *Los que tocados de la peste invocaren á mi siervo Roque, se librarán por su intercesion de esta cruel enfermedad.*

Dieron cuenta al Gobernador de esta maravilla; quedó aturdido, y refiriéndosela á su madre, abuela de nuestro Santo, que vivia aun, respondió aquella señora, que si aquel era su nieto, lo reconoceria seguramente por una cruz roja que tendria en el estómago, habiendo nacido con ella. Verificóse luego esta señal, y es fácil comprender cuáles serian los afectos de dolor, de admiracion y de gozo en toda la ciudad. Expúsose el santo cuerpo á la veneracion pública en una rica cama, debajo de un magnífico dosel; y el Gobernador, que estaba inconsolable por la inocente dureza con que habia tratado á su sobrino, le hizo unos suntuosos funerales. Todos querian lograr el consuelo de besarle los piés, y regarlos con sus lágrimas. El santo cadáver fue conducido como en triunfo por toda la ciudad, acompañado del clero, de la nobleza y del pueblo, y se le dió sepultura en la iglesia principal, que todavía no era catedral, porque la silla episcopal se mantenia aun en Magüellon, de donde no se transfirió á Montpeller hasta el año de 1533. Poco despues su mismo tio hizo erigir una magnífica en honor de su santo sobrino, á la cual fueron trasladadas sus reliquias. Murió nuestro Santo por los años de 1319, á los treinta y cuatro de su edad.

Pocos Santos comenzaron á tener culto tan presto como nuestro Roque. Desde el mismo dia de su entierro comenzó la devocion particular á su sepultura. Es verdad que muy desde luego comenzó Dios á manifestar la gloria y el valimiento de su siervo con multitud prodigiosa de milagros, particularmente con aquellos que en tiempo de peste imploraban su poderosa proteccion. Por esta experiencia la mayor parte de las ciudades y de los pueblos le escogieron por uno de sus patronos, votando guardar como festivo el dia de su muerte, que fue el 16 de agosto. Entre otras innumerables ciudades que le tomaron por patrono, fue una la ciudad de Venecia; y en atencion á esto algunos aventureros venecianos, con cierta especie de piadosa conspiracion, tuvieron modo de sacar furtivamente de Montpeller una parte de sus reliquias; la otra fue trasladada por el mariscal de Boucicaut á la iglesia de los Padres Trinitarios de Arles, y de aquí se distribuyeron ámpliamente estas mismas reliquias en muchas ciudades del reino.

Como los devotos de este Santo han experimentado y experimentan continuamente su valerosa proteccion contra los males contagiosos, ponemos á continuacion el responsorio con que le saludan é invocan todos los dias.

RESPONSORIO.

Ave, ROCHE *sanctissime*,
Nobili natus sanguine,
Crucis signatus schemate
Sinistro tuo latere.
ROCHE, *peregre profectus*,
Pestiferæ mortis actus,
Curavisti mirifice,
Tangendo salutifere.
Vade, ROCHE *angelice*,
Votis citatus flamine,
Obtinuisti deifice
A cunctis pestem pellere.

℣. *Ora pro nobis beate* ROCHE,

℟. *Ut digni efficiamur promissionibus Christi.*

Salve, salve, ROQUE, de insigne santidad,
De la mas pura sangre y noble calidad,
Con la cruz sacrosanta de Jesús marcado
Cual noble campeon en tu izquierdo costado.
Muy léjos, ó gran ROQUE, del paterno hogar
Te condecoró Dios con el don de curar,
Con solo el tacto, el mal de la fiebre amarilla,
Con estupefaccion del mundo y maravilla.
Adios, adios, gran ROQUE, ROQUE angelical,
Que movido de Dios, del amor divinal,
Alcanzaste librar con tu mano potente
De la peste cruel la cristiana gente.

℣. Ruega á Cristo, ROQUE, en todas nuestras flaquezas.

℟. Para que seamos dignos de sus promesas.

Aquí se dice la Oracion del Santo, como está en la Misa que sigue.

DIA III, ENTRE OCTAVA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA LA VÍRGEN MARÍA.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui beato Rocho, per Angelum tuum tabulam eidem afferentem promisisti, ut qui ipsum invocaverit à multo pestis cruciatu læderetur; præsta quæsumus: ut qui ejus solemnia celebramus, ipsius meritis et precibus, à mortifera peste corporis et animæ liberemur. Per Dominum nostrum...

Ó Dios, que por medio de tu Ángel trajiste al bienaventurado san Roque una tablilla escrita, prometiéndole que cualquiera que de corazon le invocare, ningun daño le harian los estragos de la peste; concédenos, te pedimos, que así como celebramos su gloriosa memoria, así tambien, mediante sus méritos y ruegos, seamos libres de todo contagio mortal tanto de cuerpo como de alma. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico, pág.* 132.

REFLEXIONES.

Stabilita sunt bona illius in Domino. Sus bienes están seguros en el Señor. Despues que el glorioso san Roque hubo renunciado voluntariamente los eminentes empleos, honores, títulos y riquezas que habia heredado de sus padres, pasado largos años en los mas duros trabajos y sufrimientos, ofrecídose víctima de caridad, sirviendo á los apestados, detenido por espía en su misma patria, encarcelado por su propio tio, y metido en un miserable y hediondo calabozo, llega por fin el dia tan suspirado por él de unirse eternamente con su divino Criador y recibir el debido premio de sus grandes merecimientos. Ahora sí *que sus bienes están seguros en el Señor,* y por lo mismo su memoria será eterna. ¡Mi Dios, y cuán dichosa es la muerte de los justos! ¡Y si lo fuéramos, es decir, si fuéramos verdaderamente santos, qué objeto tan halagüeño y tan gozoso seria tambien para nosotros! El mas perfecto modelo de una muerte preciosa fue la de la santísima Vírgen. No solo murió en la caridad, que eso es comun á todos los Santos; no solo por la caridad, que eso es propio de los Mártires, de quien es Reina, sino á manos de la misma caridad y del puro amor de Dios. La muerte de los Santos es preciosa por el mérito de su vida y de su inocencia, en que consiste todo su precio y toda su estimacion. Pues ¿qué vida mas pura, mas llena de merecimientos que la de la santísima Vírgen? No consiste la felicidad de la muerte en morir entre la pompa y el fausto, sino en morir en gracia de Dios; no entre abundancia de bienes, sino con multitud de virtudes, que son los verdaderos tesoros; no rodeado de criados, sino cercado de Ángeles. Tal fue la muerte de la santísima Vírgen. Llena de gracia desde el primer instante de su aurora, ¿qué tesoros no aumentaria en el último momento de su brillante dia? En ninguno de su vida dejó de multiplicar y doblar los infinitos tesoros de sus merecimientos; pues ¡cuán preciosa seria su santísima muerte!

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas, pág.* 87.

MEDITACION.

Que la verdadera devocion á la santísima Vírgen es señal de predestinacion.

Punto primero.—Considera que no hay en la vida deseo mas justo, ni esperanza de mayor consuelo, que el deseo y la esperanza

de ser del número de los escogidos de Dios. Todos esos bellos asomos de fortuna, todas esas risueñas y floridas entradas á los honores y á las conveniencias del mundo, podrán muy bien lisonjear un jóven corazon; mas nunca podrán satisfacerle ni llenarle. Esta eternidad, esta eternidad viene siempre á turbar, á atemorizar el tiempo. Bien puede uno estar contento con lo que tiene y con lo que es; pero siempre le tendrá inquieto, y con razon, el pensamiento de lo que será. Es grande, es poderoso, le sobran conveniencias, está rico; pero es muy corta la duracion de esta superficial, de esta imaginaria felicidad. Un puñado de dias que á cada momento se van disminuyendo nos hace justamente temer aquella eternidad que se ha de seguir á ellos; y ¿quién sabe cuál será esa espantosa eternidad? ¿Seré yo del número de los predestinados? ¿estaré contado entre el de los réprobos? Esto es lo que no sé, y esto es lo que me espanta. Prosperidades y desgracias, riquezas y pobreza, á todo esto se puede seguir una desdichada, una infeliz eternidad. ¡Oh qué dichosos seríamos, qué consolados viviríamos si pudiéramos lograr un presagio seguro de una eternidad feliz! Pues yo te daré uno poco dudoso; ten una devocion verdadera, una devocion tierna, una devocion constante con la santísima Vírgen, y serénate sobre tu futura suerte, sobre tu eterno destino. No lograrás señal mas segura de tu salvacion que esta verdadera devocion. San Agustin llama á la santísima Vírgen única esperanza de los pecadores: *Spes unica peccatorum*. Suplícala que le consiga todos los auxilios necesarios para salvarse, y protesta que por ella espera el perdon de sus pecados, y el premio de sus buenas obras (*Serm.* 18 *de Sanct.*): *Per te speramus veniam delictorum, et in te, beatissima, nostrorum est expectatio præmiorum.* Toda la gracia de la salvacion, dice santo Tomás, será en María, porque recibió la plenitud de ella, y es como el canal por donde se deriva á nosotros: *In me omnis gratia vitæ.* Toda la esperanza de la vida está en María, porque la conseguimos por su poderosa intercesion. Por eso dice ella misma: En mí está toda la esperanza de la vida y de la virtud: *Et ideo dicit ipsa: in me omnis spes vitæ et virtutis*. Pues ahora, ¿en favor de quién empleará su valimiento esta Madre de misericordia? en favor de quién derramará sus piedades, sino en beneficio de sus fieles siervos y de sus verdaderos devotos? No creas que sean indiferentes esos afectuosos movimientos de ternura y de devocion que sientes hácia la santísima Vírgen; es una gracia especial que hace Dios á los que preve que algun dia le han

de gozar en la gloria, inspirándoles amor y confianza en aquella Señora, por cuyo medio han de conseguir la gracia de merecerla.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que desde los Apóstoles acá no ha habido Santo que no haya profesado esa tierna devocion á la Madre de Dios. San Bernardino de Sena, exponiendo aquellas palabras que dijo Cristo á san Juan desde la cruz: *Esa es tu madre;* y á la santísima Vírgen: *Ves ahí á tu hijo;* dice que san Juan representaba entonces á todos los escogidos, y la Vírgen á toda la Iglesia. San Agustin es de opinion, que cuando David hace á Dios aquella oracion: *Salvum fac filium ancillæ tuæ:* Salva, Señor, al hijo de tu esclava; muestra en ella la dicha que gozan los hijos de María; y cuando añade en otra parte: *Yo soy tu siervo, y soy hijo de tu esclava: Ego servus tuus, et filius ancillæ tuæ;* es como si dijera: En este solo título fundo mi esperanza de que me habeis de otorgar la gracia de la salvacion. Prenda segura de ella llama san Juan Damasceno á la santísima Vírgen. Profesaros á Vos, ó bienaventurada Vírgen, exclama el Santo, una singular devocion, es lo mismo que tener aquellas armas defensivas que Dios pone en las manos de los que quiere salvar. Sí por cierto, continúa el mismo Santo; yo me salvaré, como ponga en Vos mi confianza. Toda la esperanza, toda la gracia y toda la salvacion á que aspiramos, dice san Bernardo, estemos persuadidos á que se nos concederá por intercesion de María. En sus manos están todos los tesoros de las misericordias del Señor, dice san Pedro Damiano; pues ¿qué motivos no tienen para confiar todos los que son sus favorecidos y la aman? Esto movió á san German y á otros santos Padres á decir, que no parecia posible que pereciese para siempre un verdadero devoto de la Vírgen; ó ha de dejar su devocion, ó se ha de convertir. Asegura san Pablo, que todos los predestinados han de ser semejantes á Cristo; y por consiguiente, hijos adoptivos de María, como el Salvador lo fue por naturaleza. Estimó tanto Cristo esta cualidad, que las mas veces solo se llamaba á sí mismo el Hijo del hombre; esto es, el Hijo de María. Con efecto, infiere san Ambrosio, si el Salvador se dignó llamarse hermano de los creyentes, luego es mucha verdad que María es madre de los verdaderos fieles: *Si Christus credentium est frater, cur non ipsa quæ genuit Christum, credentium est mater?* Pues ¿se podrá creer que esta Madre de la verdadera caridad deje perecer á ninguno de sus hijos? Así pues, ¿qué muestra mas visible de predestinacion, que profesar un tierno amor á esta

divina Madre? Por tanto, nunca se ha visto cristiano alguno que haya perseverado constante en esta verdadera devocion, que no haya muerto con muchas señales de predestinado. Al contrario, ¿qué hereje hubo jamás que no tuviese dentro de su corazon cierta levadura de tédio, y aun de aversion á la santísima Vírgen? Arrianos, Nestorianos, Eutiquianos, Pelagianos, Calvinistas, Luteranos; todos los que en estos últimos tiempos se han separado de la Iglesia, todos los que siguen opiniones contrarias á la fe, todos son declarados enemigos de la devocion con la santísima Vírgen, todos se burlan de los elogios que se la aplican, y de los cultos que se la tributan. Frialdad mortal, aversion impía, indiferencia fatal, presagio poco dudoso, señal cierta de eterna reprobacion.

Dignaos, ó Madre de misericordia, de ser siempre mi querida madre; pues yo protesto en este dia, á presencia del cielo y de la tierra, que quiero ser eternamente vuestro fiel siervo, y vuestro devotísimo hijo. No hay título mas honroso, ni mas estimable para mí. Sí, Vírgen santa, toda mi vida haré profesion de estar dedicado á tu servicio, de llevar tu librea, de ser contado en el número de tus devotos. Alcanzadme la gracia de que cada dia te ame mas y mas.

JACULATORIAS.—Mostraos siempre, Señora, amorosa madre mia. (*Ecclesia*).

María, madre de gracia, madre de misericordia, líbranos del enemigo, y á la hora de la muerte recíbenos en tus manos. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Despues que los mayores hombres de nuestra Religion agotaron todo su caudal en celebrar las grandezas de María; despues que perdieron la esperanza de encontrar voces proporcionadas para explicar la sublimidad de su estado; despues que un san Agustin, en nombre de todos, confesó su insuficiencia, y altamente protestó que le faltaban expresiones para tributar á la Madre de Dios las debidas alabanzas: *Quibus te laudibus efferam nescio;* se hallan todavía espíritus tan arrogantes y corazones tan impíos que desaprueban y censuran el celo que anima á los verdaderos fieles para exaltar incesantemente á la que jamás se la puede alabar tanto como merece. ¿Quién no creerá que esta falsa delicadeza es una señal de reprobacion? Por lo que á tí toca practica todo lo contrario. Dedícate enteramente al servicio de la santísima Vírgen, y haz cristiana vanidad de parecerlo; en ninguna cosa podrás agradar mas al Hijo, que en hacer la corte á

su Madre. Busca con ansiosa diligencia todos los libros que promueven la devocion á la santísima Vírgen; inspírala tú mismo á todos tus dependientes, y á cuantos están á tu cargo; habla siempre de la devocion á esta Señora, y habla en términos que muestren está tu corazon embebido y penetrado de ella. Este celo, esta ansia y este ardor es una gran señal de predestinacion.

2 La multitud de fiestas instituidas en honor de la santísima Vírgen, el infinito número de templos y de altares dedicados á Dios debajo de su nombre, tantas devociones admitidas y aprobadas por la Iglesia para conservar y para fomentar nuestro filial amor á la Madre de Dios; todo esto debe despertar y debe avivar nuestro fervor y nuestro celo. Si tienes en tu casa alguna capilla ú oratorio, dedícasele á la Vírgen. Sean sus imágenes el adorno de tu cuarto y de tus salas. Coloca alguna de ellas ó á la cabecera, ó á vista de tu cama. Es devocion santa y provechosa saludar á la santísima Vírgen siempre que se ve alguna imágen suya. Todas sus fiestas las has de celebrar con singular devocion, y esta devocion la has de hacer mas solemne por medio de alguna limosna. El sábado es aquel dia de la semana que consagra singularmente la Iglesia al culto de esta Señora; solemnízale tú tambien con alguna devocion particular. Entre los verdaderos devotos de la Vírgen son pocos los que no ayunen los sábados, á ejemplo de los Santos, ó que no vayan á oir misa, ó á hacer oracion en la iglesia donde es particularmente venerada. La perseverancia en estos piadosos ejercicios es señal de predestinacion.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

El martirio de san Agapito, mártir, en Palestrina, que siendo de quince años era tan fervoroso en amar á Jesucristo, que prendiéndolo por mandato del emperador Aureliano, primero fue azotado por largo tiempo con crudos nervios, y despues por mandato del presidente Antíoco padeció otros mas crueles tormentos: por último el mismo Emperador lo mandó arrojar á los leones, de los cuales no habiendo recibido daño alguno, degollado por los ministros alcanzó la corona. *(Véase su noticia en las de hoy).*

Los santos Juan y Crispo, presbíteros, en Roma; los cuales en la persecucion de Diocleciano con gran caridad dieron sepultura á los cuerpos de muchos Santos, por cuyos méritos consiguieron poco despues acompañarles en los gozos de la vida eterna.

Los santos mártires Hermas, Serapion y Polieno, allí mismo; los cua-

les arrastrados por estrechuras, pedregales y otros lugares ásperos, entregaron á Dios sus almas.

LOS SANTOS MÁRTIRES FLORO Y LAURO, canteros, en la Esclavonia: los cuales, siendo martirizados sus maestros Próculo y Máximo por mandato del presidente Licion, despues de diversos tormentos fueron echados en un pozo muy hondo. *(Estos Santos parece que eran hermanos, y habiéndoles sido encomendada por la emperatriz Elpidia la construccion de un templo dedicado á los dioses, distribuian á los pobres todo el producto de su trabajo; y cuando el templo tocaba á su conclusion, llamaron á todos los cristianos que encontraron, y de noche todos juntos fueron al templo, hicieron pedazos los ídolos en él colocados, y plantaron en su centro una cruz. Al saber el emperador Licinio el atentado, hizo prender á los dos hermanos y á cuantos cristianos pudo haber, y los condenó al martirio).*

LOS SANTOS MÁRTIRES LEON Y JULIANA, en Mira en Licia.

SAN FERMIN, obispo y confesor, en Metz en Francia.

SANTA ELENA, madre del piadosísimo emperador Constantino el Grande, en Roma, en la via Lavicana, el primer príncipe que con su ejemplo enseñó á los demás á proteger y dilatar la santa Iglesia. *(Véase su historia en las de hoy).*

SANTA CLARA, vírgen, monja del Órden de san Agustin, en Monte-Falco en la Umbría: venéranse con gran devocion los sagrados misterios de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo que este se dignó grabar en su corazon. *(Véase su historia en las de hoy).*

SANTA CLARA DE MONTE-FALCO, VÍRGEN.

Santa Clara de Monte-Falco, de quien publica tantas maravillas el Martirologio romano, nació en Monte-Falco, ciudad de Umbría en Italia, cerca de Espoleto, por los años de 1275. Su padre se llamó Damian y su madre Jaquelina, menos distinguidos por su nacimiento que por su mucha piedad, la cual los movió á dar á sus hijos una cristiana educacion. Tuvieron dos hijas: Juana, que pasó toda su vida fervorosa y santamente en cierta comunidad de doncellas que ella misma habia formado, y Clara, que fue despues el mas bello ornamento de la misma comunidad. Desde la edad de cinco años tuvo una maravillosa inclinacion á la oracion, hallando en ella tanto gusto, que él mismo daba á entender el verdadero principio de aquellas sobrenaturales luces que ya desde entonces la ilustraban; y como el don de oracion nunca se separa del espíritu de penitencia, apenas comenzó Clara á vivir, cuando comenzó á mortificarse. Solo el ver un Crucifijo era para ella como un precepto de continua mortificacion. Apenas se pudiera creer que una niña de seis años tuviese no solo valor, pero ni aun la viniese al pensamiento el macerar su inocente cuerpo tanto como maceró el suyo nuestra Santa. Ceñíasele todo con una cuerda llena de apretados nudos; de suerte, que si no se hubiera

acudido con tiempo á moderar los excesos de tan industriosa mortificacion, hubiera sido preciso despedazar con crueles incisiones el delicado cuerpecillo para que no la costase la vida.

Sobresaltado el infierno á vista de tan anticipado fervor, puso en movimiento todas sus artes para espantarla y para desalentarla. Sequedades, tentaciones, visiones espantosas, de todo se valió para sufocar en su mismo nacimiento aquellos afectos de devocion que asombraban á los mas perfectos; pero Clara hallaba siempre en la oracion y al pié del Crucifijo luces para descubrir y armas para vencer todos aquellos artificios. Lo que sobre todo la sirvió de escudo y de asilo mientras duraron aquellas peligrosas pruebas fue la tierna y afectuosa devocion con la Madre de Dios. Y como el amor de Jesucristo es inseparable de una viva devocion á la santísima Vírgen, nuestra Santa habia nacido, por decirlo así, con el amor á la Reina de las Vírgenes, el que se manifestó desde la cuna, y cada dia fué en aumento hasta el último instante de su vida.

No era para el mundo alma tan privilegiada; y así solo suspiraba por el estado religioso. Fueron tantas las instancias que hizo á sus padres para que la dejasen entrar en la comunidad de su hermana, que fue preciso ceder á su inclinacion, aunque no tenia mas que seis años, y fue recibida en ella, no como educanda, segun lo pedia su corta edad, sino como miembro de la misma comunidad, cuyas santas leyes comenzó á observar con mas fervor que otra alguna. El gozo de verse ya admitida entre las esposas de Jesucristo la inspiró el deseo de manifestarle su reconocimiento. Resolvió ayunar ocho dias consecutivos, y lo hizo con tanto rigor, que en todos ellos no comió mas que un poco de pan seco y una manzana. Á la verdad, su misma abstinencia ordinaria y regular parecia cosa de prodigio; apenas comió en un mes lo suficiente para alimentarse una semana; y cuando la obediencia la obligaba á moderar sus ayunos los domingos y las fiestas principales, toda la moderacion se reducia á añadir al pan seco algunas yerbas silvestres, y algunas habas secas remojadas en un poco de agua.

Insaciable en el ansioso deseo de padecer por Jesucristo, añadia continuamente á su abstinencia comun espantosas penitencias. Nunca gastó otra cama que una tabla ó la desnuda tierra; el suelo y las paredes de su celda, teñidas de su sangre, daban testimonio de la inocente crueldad de sus disciplinas; y un horroroso cilicio, de que rara vez se desnudaba, era buen testigo de los excesos de su mortificacion. Es verdad que no faltaban consuelos á una alma tan pura

y tan penitente. Su oracion era un éxtasis continuo; y en estos largos y frecuentes raptos, ¿qué abundancia de celestiales dulzuras, qué torrente de espirituales delicias no inundaria aquel corazon abrasado en el fuego del amor divino? Aparecíasele frecuentemente la santísima Vírgen, que la miraba como á una de sus amadas hijas. Presentóla un dia á su divino Hijo en figura de un hermosísimo niño; y se halló entonces la Santa tan extraordinariamente encendida en el amor del Hijo y de la Madre, que sin milagro no pudiera sobrevivir á tan insigne favor.

Su hermana Juana, que con tanto celo y con tanta prudencia gobernaba aquella comunidad, viendo que cada dia se iba aumentando el número de sus hijas, determinó edificar otro monasterio mas capaz sobre una colina, en un sitio que la aparicion de una milagrosa cruz parecia haberla señalado para el nuevo convento. Vencidos felizmente todos los estorbos y dificultades que se opusieron á su piadoso intento, trasladó á él todas sus hijas; y habiendo suplicado al obispo de Espoleto, diocesano suyo, que les diese alguna regla, recibieron la de san Agustin, y hechos los votos en manos del mismo Obispo, formaron desde entonces una nueva comunidad religiosa. Los gastos de la fábrica habian reducido la comunidad á la precision de recurrir á las limosnas de los fieles para mantenerse; y como toda la ambicion de Clara era por los oficios mas humildes y mas penosos, la dieron el de limosnera. Ejercitóle su modestia mas que su lengua; aquella pedia, y esta callaba. Nunca se levantó el velo, ni entró jamás en casa alguna; arrimábase á la puerta, y allí se estaba como si estuviera en oracion. Siendo el oficio tan distraido y tan penoso, no fue capaz de distraerla ni un solo momento, ni de obligarla á moderar su abstinencia. Cuando volvia á casa quebrantada de las fatigas del dia, su descanso era entrarse en el coro, y pasar de ordinario en oracion toda la noche. Temiendo la prelada que un oficio tan trabajoso arruinase la débil y delicada salud de nuestra Santa, la exoneró de él; pero presto encontró Clara el secreto de recompensar esta indulgencia con nuevas mortificaciones.

Consideraba su cuerpo como una víctima que todos los dias queria sacrificar á la divina justicia por los pecados que se cometian, y tomó la resolucion de no aliviarle nunca del cilicio, sino para despedazarle con sangrientas disciplinas. En la exacta observancia de las reglas llegó hasta donde era dificultoso pasar. Parecióla un dia que habia quebrantado la regla del silencio por haber dicho algunas palabras que pudo excusar, y en penitencia se condenó á rezar

cien veces el Padre nuestro con los piés desnudos sobre agua helada. Díjola un dia su hermana y superiora que cuando hablase con su propio hermano no habia reparo en que se levantase el velo, á que respondió la Santa: *Pues solo se habla con la lengua, permíteme que tenga cubiertos los ojos y la cara.* Su profundo recogimiento era efecto de su íntima union con Dios. La materia continua de su oracion era la pasion de Jesucristo. Quien ve á Jesucristo clavado en una cruz, decia la Santa, ¿cómo puede pensar en otra cosa?

En la comunion gustaba tantas delicias espirituales, que eran para ella como precursores de los gozos de la gloria. Llamábanla el serafin en carne mortal. Su aire, su modestia, sus conversaciones, y hasta su mismo silencio, todo inspiraba aquel fuego del divino amor que abrasaba y consumia su alma. Á este inflamado amor de Dios correspondia su ardiente caridad con sus hermanas y con el prójimo. Cualquiera oficio penoso del monasterio la parecia muy superior á las fuerzas de sus hermanas, y todos juntos los juzgaba muy inferiores á las suyas. Queria cargar con todos á esfuerzos de su gran corazon y de su valor, y con efecto ella servia todos los mas trabajosos: para los mas bajos y los mas humildes decia siempre que tenia especial talento; y no la podian dar mayor gusto que cargarla bien de este género de oficios.

Murió su hermana con la muerte de los justos, como lo supo Clara por divina revelacion, y de unánime consentimiento fue nombrada por superiora. Era la humildad su amada virtud, y se sobresaltó extrañamente con aquella eleccion. En vano añadió las lágrimas á los ruegos; en vano representó su edad, sus imaginarias imperfecciones, su poca salud; no se dió oidos á su invencible repugnancia. Solo la consoló el pensamiento de que ya tendria libertad para escoger lo mas abatido de la casa, y de que ninguna podria poner límites á sus penitencias.

Una superiora de tan eminente santidad presto comunicó el fervor y la perfeccion á todas sus súbditas; sus ejemplos eran regla viva, y su valimiento con Dios fecundo manantial de bendiciones para toda la casa. Halláronse sin pan las monjas en una carestía universal que afligió al pueblo de Monte-Falco; recurrió á Dios nuestra Santa, y luego que acabó su oracion llegaron á la puerta del convento dos Ángeles en figura de dos gallardos mancebos, cargados cada uno con un cesto lleno de pan: milagroso socorro que se continuó todo el tiempo que duró la carestía.

Aunque estaba todavía en su primitivo fervor aquella reciente co-

munidad, no obstante, la nueva superiora dispuso algunas reglas que perfeccionaron maravillosamente aquel nuevo Instituto, haciendo al monasterio de Monte-Falco modelo cabal de comunidades religiosas. Reformó los locutorios, convirtiéndolos en oratorios, y se desterró de ellos toda visita y toda conversacion aseglarada. Las religiosas no se dejaban ver de los de fuera. La conversacion habia de ser de Dios; y para que aun esto durase poco, estaban en una postura incómoda y penosa. En lo interior del convento solo se veian imágenes ó instrumentos de la pasion de Cristo. Resplandecia en todo la pobreza, y aunque el monasterio tenia sus rentas, todas las monjas eran extremadamente pobres.

Á vista de tan santa y fervorosa superiora no era fácil dar lugar á la imperfeccion y á la tibieza; sus ejemplos, sus palabras y sus milagros inspiraban en todas los deseos de la mas alta perfeccion. Su caridad prevenia aun las mas mínimas necesidades, y pegaba su fervor á las mas tibias. Cautivaba á las enfermas la frecuencia con que las visitaba, y el amor con que de dia y noche las servia. Viendo en cierta ocasion curar una llaga que causaba horror, se desmayó; volvió en sí, y condenando su poco valor y su demasiada delicadeza, para vencerla, resolvió curar por su propia mano á la paciente; hízolo, besóla la llaga, chupóla la podre, y desde entonces no volvió á sentir mas repugnancia. Sus palabras eran tan poderosas como sus obras, y no habia resistencia á la eficacia de sus oraciones. Por raro pecador pidió á Dios que no se convirtiese. Abrasado todo el país en las diferencias y discordias que sobrevinieron entre los vecinos de Monte-Falco y los de Trebi, Florencia, Arezo, Espoleto y Reati, apenas levantó Clara las manos al cielo, cuando á ellos se les cayeron las armas de las suyas; y aquellos pueblos, que ninguno habia podido componer, convinieron en todo luego que se encomendaron á las oraciones de nuestra Santa.

Sus enfermedades cási continuas, sus vivísimos dolores y sus excesivas penitencias la tenian en una perpétua cruz, y con todo eso cada dia estaba mas insaciable de mortificaciones. Movida del ardentísimo deseo de padecer por amor de Jesucristo, pidió á su divino Esposo la gracia de que experimentase en su cuerpo y en su alma todos los dolores y amarguras de su pasion. Fue oida abundantemente. Apareciósela el Salvador con la cruz á cuestas, y la dió parte en los dolores que padeció. Fue tan viva la impresion, y los dolores tan vehementes, que no le era posible resistirlos; pero la misma mano que los comunicó la dió fuerzas milagrosas para que no mu-



riese á violencias del dolor. Despues que recibió del cielo este insigne favor, tuvo siempre una vida penosísima y extremadamente débil. Decia que era ya la esclavita de la santísima Vírgen en el monte Calvario, inseparable de aquella afligida Madre dolorosa. Pero ni aun este fue su mayor martirio.

Hablando un dia con sus hijas de los celestiales consuelos que se experimentan en la frecuente meditacion de la pasion de Cristo, una religiosa jóven la dijo con aire y en tono un poco vivo: *Madre: V. R. nos pondera mucho las exquisitas dulzuras y el suavísimo dolor que se experimenta en esas meditaciones del Calvario; pero yo solo hallo disgustos y sequedades en esas tristes meditaciones*. Indignóse la Santa al oir una viveza de tan poca edificacion, y dejándose llevar de aquel primer movimiento, le manifestó no sin algun exceso. Castigó Dios bien rigurosamente una falta tan ligera. Desde aquel punto y por espacio de once años fue su oracion un continuo ejercicio de tormento; acabáronse los gustos, acabáronse las visiones, acabáronse los consuelos sensibles, y, por decirlo así, se vió como entregada á merced de todo el infierno junto. En adelante todo fue tentaciones abominables, espantos continuos, sequedades, turbacion, inquietudes, ímpetus de desesperacion. Lloraba, gemia, doblaba las penitencias, clamaba por misericordia; pero el cielo parecia de bronce: Dios y la santísima Vírgen se mostraban sordos é insensibles á sus clamores. En fin, volvió la calma despues de once años de purgatorio. Aplacado el divino Esposo, y dándose por satisfecho de su larga inmutable perseverancia, la hizo oir su voz, la consoló, y la restituyó con cien dobladas usuras sus antiguos favores. Desde allí adelante todo fueron éxtasis, visiones y consuelos celestiales. En una de aquellas visiones extraordinarias, la dijo Jesucristo que en señal de lo agradable que le era la tierna devocion que profesaba á su pasion, queria grabar en su corazon todos los instrumentos de ella. Desde aquel instante sintió en él continuamente todos los dolores que correspondian á cada uno. Descubrió en confianza á algunas de sus hijas y á su confesor esta merced que la habia hecho el Señor; y desde entonces quedaron persuadidos á que despues de su muerte estos instrumentos se verian señalados en su corazon.

Favoreció Jesucristo con muchos dones á esta su crucificada esposa. Tuvo en grado eminente el de profecía y el de milagros. Se asegura que resucitó dos muertos, y que dió salud repentina á muchos enfermos. Canonizáronla en vida, digámoslo así, pues no la sabian dar otro nombre que *la santa de Monte-Falco*. Concurrian de países

muy remotos para encomendarse en sus oraciones; y los Prelados, los Cardenales y los Príncipes se tenian por muy dichosos en merecerla alguna parte en su memoria. Quiso, en fin, el Señor premiar tan santa vida; revelóla en un éxtasis el dia de su muerte; dispúsose para ella redoblando su fervor. Pidió que la administrasen los Sacramentos, aunque no parecia estar de particular cuidado; y habiendo exhortado á todas sus hijas á una tierna devocion con Jesucristo crucificado y con la santísima Vírgen, murió con la muerte de los justos el dia 18 de agosto del año de 1308, cerca de los treinta y tres de su edad, que cási todos los habia pasado en el monasterio. Quedó su rostro mas brillante y mas encendido despues de su muerte que lo que estaba en vida. Quisieron sus hijas absolutamente ver su corazon. Abriéronla, y se hallaron en él tan perfectamente grabados los instrumentos de la pasion, que se juzgó muy conveniente manifestar al público esta maravilla. Dióse parte al señor obispo de Espoleto, quien envió á su provisor á reconocerla. Este la trató al principio de embuste ó de ilusion: mostráronle el santo corazon; pero creyó que se habia grabado artificiosamente, lo que se pretendia pasase por milagroso. Para hacer la prueba mandó que se dividiese el mismo corazon en su presencia, y se hallaron visiblemente grabados los mismos instrumentos en las dos superficies interiores. Dió entonces órden de que se dividiese en cuatro partes, y en cada una de ellas se registraron todos igualmente grabados. Hizo gran ruido un milagro tan auténtico. Concurrió todo el pueblo al convento; hiciéronsela magníficas exequias, y muy desde luego se comenzó á trabajar en el proceso de su canonizacion. El año de 1316, ocho despues de su muerte, el papa Juan XXII expidió dos bulas al principio de su pontificado, procediendo en ellas á la ceremonia; y el papa Urbano VIII permitió á todos los religiosos y religiosas de san Agustin que celebrasen su fiesta.

SAN AGAPITO, MÁRTIR.

En la persecucion del emperador Aureliano, andando los Cristianos descarriados, afligidos y escondidos por bosques, montes y cuevas, escogió Nuestro Señor un niño de quince años en la ciudad de Palestrina, no léjos de Roma, llamado Agapito, y armóle de su espíritu y fortaleza del cielo, y opúsole al furor y poder de Aureliano, para que pelease y venciese, y triunfase de él, y con su precioso martirio animase á los hombres de mayor edad (ya que no iban adelante) á seguirle, y no dudasen derramar la sangre por la confesion



de Jesucristo; pues veian que un niño tierno y delicado con tanta constancia habia sufrido tantos y tan grandes tormentos, y dado su vida por él. Mandóle prender el Emperador, y viéndole por una parte de tan poca edad, y por otra tan fervoroso y deseoso del martirio, le mandó azotar crudamente con duros nervios, creyendo que con este castigo se trocaria; pero como el santo Niño con los azotes y espantos se encendiese mas en el amor de Jesucristo, entrególe el Emperador á un presidente suyo llamado Antíoco, para que en todo caso le hiciese sacrificar. El Presidente le encerró en una cárcel muy áspera y oscura, y mandó que por espacio de cuatro dias no le diesen cosa alguna de comer, para que con la hambre (que suele ser muy penosa á los de poca edad) se ablandase y enterneciese. Sacáronle el quinto dia tan constante como el primero, y el juez le hizo echar carbones encendidos sobre su cabeza; y Agapito, cuando se los echaban, daba gracias á Dios, y decia: «No es mucho que la cabeza, que «ha de ser coronada en el cielo, sea quemada en el suelo. Muy bien «asentará la corona de gloria sobre las llagas y heridas recibidas por «Jesucristo.» Azotáronle la segunda vez tan fuertemente, que su cuerpo quedó todo rasgado y llagado, y el suelo regado con su sangre; y así desnudo le colgaron de los piés, y la cabeza abajo, y encendieron fuego, y echaron muchos materiales de cosas inmundas, para que el humo que salia, y daba en su rostro, gravísimamente le atormentase. Estando en este tormento dijo al Presidente: «Bien se «ve que toda tu sabiduría es vana, y un poco de humo;» y él se embraveció, y le mandó de nuevo azotar por cuatro sayones uno despues de otro, y derramar sobre sus carnes llagadas agua hirviendo, y darle grandes puñadas en la boca, y quebrarle las mejillas; mas el Señor queriendo favorecer la fe y constancia del santo Niño, y castigar la maldad del inícuo juez, le hizo caer de la silla, en que como juez estaba sentado, y poco despues (sintiendo la virtud de Dios que peleaba en el Mártir) dió su infeliz alma al demonio. Cuando el Emperador supo esto, quiso vengar la muerte de Antíoco en Agapito, y mandóle echar á las bestias fieras, para que le tragasen y fuese sepultado en ellas; mas las fieras fueron tan comedidas con el bienaventurado Niño, que se echaron á sus piés, lamiéndole y halagándole. Viendo esto los niños del Emperador, le degollaron, y los Cristianos tomaron de noche su sagrado cuerpo, y le enterraron una milla fuera de la ciudad en un campo, donde hallaron un sepulcro nuevo que el Señor habia aparejado milagrosamente para que el santo Niño y valeroso Mártir fuese honrado. Movióse con este ejem-

plo un soldado principal, llamado Anastasio, y convirtióse á la fe de Cristo, y de allí á tres dias mereció la corona del martirio. El de san Agapito fue á los 18 de agosto, el año del Señor de 275, imperando el sobredicho emperador Aureliano. Las reliquias de san Agapito están hoy dia en la ciudad de Palestrina, donde murió, y es reverenciado de todo el pueblo con gran devocion. Su nombre es famoso en los Sacramentarios de san Gelasio y de san Gregorio el Magno, y en los antiguos calendarios de la Iglesia de Roma.

LOS SANTOS MÁRTIRES DE CÓRDOBA Y DE SAHAGUN.

Habiendo llegado á lo sumo el odio del cruelísimo Mahomad, rey de Córdoba, contra la religion cristiana, los monjes que florecian en aquella ciudad y su comarca en el siglo IX, huyendo del furor de la persecucion, fueron poco á poco desamparando sus monasterios. El célebre monasterio Tabanense, fundado por la santa familia del mártir Jeremías y su mujer Isabel, fue del todo asolado. El de Cuteclara, el de San Martin, el de San Félix, el de San Salvador, el de San Zoilo, el de San Justo y Pastor, el de San Ginés y el de San Cristóbal fueron poco á poco despoblándose, y sus monjes se refugiaron á varias provincias católicas exentas de aquella tiranía. Unos eligieron el monasterio de Samos, siendo su abad Ofilon el año 862. Otros fundaron el de San Miguel de Escalada el año 873. El abad Alonso con sus monjes en el año 874 reedificaron el monasterio de Sahagun. El abad Juan con sus monjes poblaron el de San Martin de Castañeda año de 952. El abad Teodomiro y otros monjes fundaron el de San Zoilo en Carrion el año 1060.

Los trabajos particulares que tuvieron que sufrir de los moros los monasterios de Córdoba no se saben con toda distincion. Mas por lo que acaeció en el de San Cristóbal, que estaba junto á la ciudad á la orilla del Betis, podemos rastrear la causa por que los otros monjes huyeron. Vivia en él el abad Alonso con sus súbditos, varones todos de esclarecida piedad y entregados á Dios. Estando ausente el Abad con algunos monjes, fueron allá los moros, y con gran furia dieron muerte á los que allí encontraron. Tras esto asolaron al monasterio no dejando en todo él piedra sobre piedra. El Abad luego que supo esta matanza y desolacion, envidiaba la dichosa suerte de sus buenos súbditos, y lloraba los pecados que creia le habian hecho indigno de aquella corona.

Sucedió esta ruina el año 874. El Abad y los monjes que se sal-



varon de ella determinaron retirárse á los dominios del rey D. Alonso el III. Recibiólos este Príncipe con benignidad, y les dió el monasterio de Sahagun, dedicado á los santos mártires Facundo y Primitivo, que estaba entonces asolado. Al Abad eligió despues para ayo y director de su hijo D. García, cuya confianza desempeñó cumplidamente. Este oficio servia el Abad en la corte del Rey, cuando el año 883 Almundar, hijo del rey Mahomad, á la cabeza de un grande ejército de su gente entró por los dominios del rey D. Alonso. Iba este bárbaro asolando las ciudades y las provincias como azote de Dios enviado para castigo de nuestro reino. En el monasterio de Sahagun hizo alarde de su furor y del odio que tenia entrañado contra el nombre de Cristo. Asoló el edificio, y asesinó á los monjes con gran crueldad, entregándose ellos de su voluntad á la muerte. Solo el abad Alonso quedó vivo para llorar su desgracia.

SANTA ELENA, VIUDA, EMPERATRIZ.

Santa Elena, madre del emperador Constantino, una de las princesas mas recomendables que se han visto en los siglos, digna por su incomparable fe, por su religiosidad y por su magnificencia de los altos elogios que los santos Padres le atribuyen, nació por los años 247 de nuestra era, segun el mas arreglado cálculo; dejándose ver en el mundo dotada de todas las disposiciones nobilísimas para los altos designios que sobre ella tenia la divina Providencia. Varian los escritores ssobre el pueblo de su orígen, codiciosos respectivamente de dar á su país blason tan honorífico; pero sin embargo de que autores de clase la dan por patria á Tréveris, ciudad de la Galia, otros con superior motivo la estiman nacida en una de las ciudades del reino británico, llamada Colcestia, hija de Cohel, rey de aquella isla.

Enviaron los emperadores Diocleciano y Maximiano por gobernador de Inglaterra á Constantino Cloro, uno de los mas famosos capitanes del ejército romano: hospedóse este en casa del padre de Elena; y llamándole la atencion la rara hermosura, la gallarda disposicion, el natural despejo, el vivo y perspicaz ingenio de aquella nobilísima doncella, que era el objeto de la admiracion y del aprecio de todo el país; prendado de tan sobresalientes cualidades, contrajo con ella matrimonio, en el cual tuvieron por fruto al grande Constantino.

Renunciaron en un dia el imperio Diocleciano y Maximiano, uno en Milan, y otro en Nicomedia, y nombraron á Maximiano Galerio y á Constantino Cloro por césares y gobernadores; pero con la condicion, por lo respectivo á Constantino, de que repudiase á Elena, su legítima consorte, y casase con Teodora, hija de la mujer de Maximiano. Aceptó la condicion Constantino para asegurar el imperio, y evitar los inconvenientes que de lo contrario se le ofrecian; pero como su estimacion y amor para con Elena y su hijo era tan grande como se merecian ambos respectivamente, les dispuso en Tréveris una habitacion magnífica, y asistió con la grandeza indispensable al mantenimiento de tan distinguidos Príncipes.

Murió Cloro, y no obstante la sucesion dilatada que en Teodora tuvo, declaró por sucesor de su imperio á su hijo Constantino, que llegó á ser el mas grande y el mas poderoso emperador que hasta entonces se habia visto en el mundo; por cuyo medio se vió la Iglesia libre de aquella multitud de perseguidores que la habian hecho gemir por espacio de mas de trescientos años. Consiguió este Príncipe la mas completa victoria del tirano Majencio, la que confesó deber á la virtud de la cruz de Jesucristo: logró la misma de Máximo y Licinio, sus concolegas en el imperio, y reconociendo deber estos completos triunfos á la asistencia del cielo, anuló los edictos de los emperadores paganos, publicó muchos en favor de los Cristianos, mandó abolir las supersticiones gentílicas, destruyó los templos de los ídolos en todo el imperio, y ordenó edificar sobre sus ruinas iglesias para el libre uso de los divinos oficios.

Aunque todos estos progresos de aquel nunca bien ponderado Príncipe fueron efectos de su reconocimiento á Dios, desengañado de los necios delirios adoptados por los idólatras, debiéronse en gran parte á las santas persuasiones de su santa madre, que habiendo abrazado la religion cristiana antes que el hijo, segun escribe san Paulino, y con él muchos otros autores, inspiró en el corazon de Constantino tan nobilísimos pensamientos, persuadiéndole que en acciones tan heróicas vinculaba la proteccion divina, experimentada tan visiblemente en los prodigiosos triunfos que conseguia de todos sus enemigos.

Elena, que no dudaba ser debidas las victorias de su hijo á la cruz de Jesucristo, insignia y señal de los profesores de su religion, se encendió en deseos vivísimos de buscar aquel estandarte régio por el que se obró nuestra redencion, y tan señalados triunfos. Habia mandado Constantino que se demoliese el templo profano que los gentiles levantaron sobre el Santo Sepulcro, y que allí se hiciese una iglesia

suntuosísima en honor de Jesucristo; y considerando Elena ser aquella la ocasion mas oportuna para el descubrimiento del precioso tesoro que deseaban ver sus ojos, quiso tomar á su cargo la grande obra encargada por su hijo. Era á la sazon de cerca de ochenta años, y habia muchos que solo se empleaba en obras de caridad, en ejercicios de devocion, y en todo cuanto podia contribuir á la mayor gloria de la religion cristiana, haciendo uso de la dignidad augusta en que la hizo declarar Constantino, queriendo que fuese reconocida por emperatriz, dándola facultad para que dispusiese á su arbitrio del tesoro imperial; aunque era enemiga de todo fausto vano, humildísima y modestísima, era al mismo tiempo tan liberal y tan magnífica en todo lo tocante al culto divino, que no perdonaba los mayores gastos para adornar y enriquecer los templos de Jesucristo.

Con estas facultades amplísimas la Santa pasó á Jerusalen, sin que los trabajos é incomodidades de peregrinacion la acobardasen en una edad tan avanzada. Visitó con la ternura y devocion propia de su religiosidad todos los lugares que santificó con su real presencia Jesucristo; y como el objeto principal de sus designios era buscar la cruz del Redentor, se dirigió al lugar de su sepulcro, en donde discurrió estaria, bajo el supuesto de haber sido costumbre entre los judíos enterrar á los ajusticiados con los mismos instrumentos que lo habian sido.

El odio que los gentiles profesaban al Crucificado, hizo lo posible para borrar hasta la memoria del Santo Sepulcro. Sobre haber terraplenado la gruta y levantado considerablemente el terreno antiguo, habia edificado en él un famoso templo á la diosa Vénus, donde la ofrecian los mas abominables sacrificios. No acobardó á la santa Emperatriz semejante trasmutacion, que hacia la empresa verdaderamente dificilísima. Mandó demoler el infame monumento de la impiedad, y guiándose por la tradicion antigua, hizo cavar tan profundamente, que al fin descubrió el Santo Sepulcro, y en él la cruz de Jesucristo, de la que separado el título que sobre ella puso Pilatos, y mezclada con las otras dos de los ladrones crucificados, solo restaba saber cuál de ellas era la del Redentor. Descubrióse su identidad á virtud de dos prodigios que obró su contacto, uno de la milagrosa sanidad de una señora en la agonía, y otro de un cadáver que resucitó la misma insignia; y ya cierta Elena de ser aquel el régio estandarte que triunfó de la muerte y del abismo, no cabe en explicacion las demostraciones de respeto que, toda bañada en lágrimas, tributó al sagrado madero, del cual trajo la mitad engastada en piedras preciosas á su

hijo Constantino, y dejó la otra mitad en el magnífico templo que hizo construir en el mismo sitio.

No satisfecha su piedad con este monumento, erigió otro templo en el monte de las Olivas, desde donde ascendió á los cielos Jesucristo, ejecutando lo mismo en la cueva de Belen en que nació al mundo; todos los cuales enriqueció con dones preciosísimos y liberalísimas donaciones. De Jerusalen partió á visitar los monasterios de la Palestina, edificando á aquellos desiertos con su admirable conducta, sin permitir que los siervos de Dios, que santificaban las soledades, la tributasen los obsequios debidos á la Emperatriz del mundo; antes bien se llenaron de edificacion al ver la humildad, la modestia y la sumision con que les veneraba, trataba y hablaba, dejándoles para eterna memoria varios oratorios y basílicas, á fin de que en ellos se diesen á Dios los mas reverentes cultos.

Despedida de la Tierra Santa con tiernas lágrimas, hizo tránsito por diferentes ciudades del Oriente, en las que dejó inmortales monumentos de su piedad, y socorrió con liberalísima mano á los pobres necesitados. Los caminos se vieron poblados de innumerables concursos para tener la dicha de ver á la santa Emperatriz, que con la mayor dulzura y suavidad les recibia, dispensándoles caritativamente todas las gracias que le suplicaban. Entre vivas y aplausos hizo tan dilatadas jornadas; pero estos hechos no fueron capaces para alterar la profunda humildad que abrazó su corazon á imitacion de Jesucristo, haciéndola esta basa fundamental de su conducta mas digna de veneracion que todos los rasgos de su heroismo.

Quiso el Señor premiar los grandes méritos de su sierva; y entrada en la edad de ochenta pasó á gozar de la vision beatífica en el dia 18 de agosto por los años de 327, segun la computacion mas ajustada á la série de los hechos de su vida. Su cuerpo fue depositado con imperial magnificencia en la iglesia de los santos mártires Pedro y Marcelino de Roma, en el suntuoso sepulcro que mandó erigir su hijo Constantino, donde se le tributó la veneracion y culto correspondiente por muchos siglos. De allí se trasladó en el año 852 á Francia al monasterio del Órden de san Benito, llamado Altvillarense, vulgo Hautvilles, en el obispado de Reims, donde se ha dignado Dios obrar repetidísimos milagros por intercesion de la Santa; los que recopiló Almano, monje del referido monasterio, quien con elegante estilo escribió de las actas de esta prodigiosa heroína del Cristianismo, valiéndose de las mas recomendables expresiones en apoyo de su nobleza, de su religiosidad, de su eminente virtud y de su magnificencia.

DIA IV, ENTRE OCTAVA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA LA VÍRGEN MARÍA.

La Misa es en honor de la emperatriz santa Elena, y la Oracion la que sigue:

Domine Jesu Christe, qui locum ubi crux tua latebat, beatæ Helenæ revelasti, ut per eam Ecclesiam tuam hoc pretioso thesauro ditâres; ejus nobis intercessione concede: ut vitalis ligni pretio, æternæ vitæ præmia consequamur. Qui vivis et regnas...

Ó Señor Jesucristo, que te dignaste revelar á la emperatriz santa Elena el lugar donde estaba escondida tu cruz sacrosanta, para que con tan precioso tesoro se viese enriquecida tu Iglesia; concédenos, por su intercesion, que por el valor del vital madero consigamos los premios de la vida eterna. Que vives y reinas...

La Epístola es del capítulo XXXI *de los Proverbios, pág.* 149.

REFLEXIONES.

Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt. Seria desacierto buscar verdaderos devotos de la santísima Vírgen en otra parte que entre los escogidos de Dios; ellos son herencia de la Madre, puesto que lo son del Hijo. Con los otros solo está, por decirlo así, como de paso; pero entre los predestinados vive de asiento. Ellos son sus hijos, y ella es su madre, y este es el principio de su verdadera devocion. ¿De dónde nace aquella aversion, aquel desvío, ó por lo menos aquella indiferencia con que todos los herejes miran á la santísima Vírgen? Ninguno hay que no se hubiese declarado contra ella; ninguno que no califique de indiscreta la devocion de sus hijos; ninguno que no procure desterrar ó á lo menos disminuir su culto; ninguno que no condene la ardiente, la afectuosa, la reverente devocion que los fieles la profesan. Todo esto nace de lo que canta la Iglesia, que la Vírgen fue siempre y siempre será el escollo contra el cual se han estrellado todos los errores; y ella sola triunfó de todas las herejías. Apenas se levantó alguna en el Cristianismo que no la hubiese atacado; pero ni una sola hubo que la Señora no hubiese confundido: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*, dice san Agustin, y con él la Iglesia toda. Este es un efecto de aquella mortal enemistad que predijo Dios habia de poner eternamente entre la mujer y la serpiente; y porque aquella quebrantó á esta la cabeza, esta procura morderla en el carcañal: *Ipsa*

conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. Esta es la verdadera causa que puso y pondrá siempre de mal humor contra la santísima Vírgen á todos aquellos en quienes el demonio tiene alguna autoridad. Pero esa misma es la que alienta la confianza de los verdaderos fieles. Despues de la victoria que consiguió del dragon infernal siendo madre de nuestro Salvador, despues del cási ilimitado poder que se la concedió como á Madre de tal Hijo, ¿qué la falta de todo aquello que puede esforzar nuestra confianza? Si se quiere conseguir la gracia; si se desea armarse de poderosos auxilios, de fuertes defensivos contra los peligros; si se aspira á merecer la salvacion, acudamos á María, invoquemos á María, seamos devotos de María. Si estamos obligados á creer lo que cree la Iglesia como regla de nuestra fe, no lo estamos menos á obrar lo que obra la Iglesia como regla de nuestras costumbres; pues la Iglesia todos los dias dirige muchas oraciones á la Madre de Dios para implorar su asistencia. Siempre comienza y siempre acaba el oficio divino con una oracion particular á la santísima Vírgen. Continuamente tenemos necesidad de la gracia; pues la Vírgen es la madre de ella. La hora mas crítica para nosotros es la hora de la muerte; aquel es el momento mas decisivo de nuestra suerte eterna; pues la santísima Vírgen es en él nuestro asilo, nuestro consuelo, nuestro amparo y nuestro refugio. Por eso la Iglesia incesantemente le está pidiendo que nos asista ahora y en la hora de nuestra muerte: *Nunc, et in hora mortis nostræ*.

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo, pág*. 151.

MEDITACION.

De la augusta dignidad de Madre de Dios:

Punto primero.—Considera que la dignidad de Madre de Dios, como dice santo Tomás (1, *quæst.* 25), es en cierta manera infinita, incomprensible al humano entendimiento, pues tiene por término á Dios, y queda comprendido en su concepto; porque quien dice *madre*, dice necesariamente *hijo;* y quien dice *Madre de Dios*, dice necesariamente un hijo que es el mismo Dios. Y como no hay entendimiento humano que pueda comprender la dignidad de Hijo de Dios, tampoco le hay que pueda comprender la de su divina Madre. *Concibe,* dice san Gregorio (*in lib. I Reg.*), *qué cosa es ser hijo de Dios, y entonces concebirás qué cosa es ser madre suya. Por la excelencia del*

uno llegarás á conocer la excelencia de la otra. Pregúntasme, dice san Euquerio, quién es la madre; pues pregúntame antes quién es el hijo: *Quæritis qualis mater? quærite prius qualis filius*. Con efecto, esta es la mayor y la mas estrecha alianza que una pura criatura puede contraer con Dios; fuera de la union hipostática, y la union física del cuerpo al alma, no es posible concebir otra mas estrecha que la de una madre con un hijo. Por eso dijo Alberto Magno que desde el mismo instante en que la santísima Vírgen comenzó á ser Madre de Dios, no se pudo unir mas íntimamente con Dios, á menos que no fuese tambien Dios ella misma: *In hac Annuntiatione sanctissima Virgo magis Deo conjugi non potuit: nisi fieret Deus*. (*Serm. de Assumpt.*). Por lo mismo dijo san Agustin, ó á lo menos su discípulo san Fulgencio, que siendo la carne de Cristo carne de María, *Caro Christi, caro Mariæ*, en virtud de haber encarnado y nacido de sus entrañas, la Madre y el Hijo, por decirlo así, eran una misma cosa: *Unum effecit Matrem et Filium*. Fundado en esta verdad afirma san Buenaventura que la augusta dignidad de Madre de Dios es como el último esfuerzo del divino poder. Puede Dios, dice el Santo, hacer un mundo mayor que este que hizo; criar un cielo mas vasto, un sol mas resplandeciente, un fuego mas puro, una tierra mas fértil; pero no puede hacer una madre mas noble, mas respetable, mas excelente, mas augusta que la Madre de Dios: *Majorem matrem quam Matrem Dei facere non potest*. ¿Hemos hecho nunca reflexion sobre esta incomprensible dignidad de la santísima Vírgen? Solamente aquellos, dice san Pedro Crisólogo, que no conocen quién es Dios, dejan de admirar con asombro la inefable grandeza de su Madre: *Quantus sit Deus ignorat, qui hujus Virginis mentem non stupet, animum non miratur*. (*Serm.* 140). En esto se fundan los santos Padres, particularmente san Juan Crisóstomo y el bienaventurado Pedro Damiano, para decir que todo el conjunto de lo mas grande, lo mas noble, lo mas perfecto que se encuentra en todas las puras criaturas juntas, Querubines, Serafines, primeras inteligencias celestiales, todo es menos que la santísima Vírgen, y solo es mas que ella el mismo que la fabricó: *Videbis quidquid majus est minus esse Virgine; solumque opificem opus istud supergredi*. (*Serm. de Nat.*). Sí, Vírgen santa, exclama san Epifanio, tú eres superior á todo lo que no es Dios: *Sola, Deo excepto, superior existis*. Ninguna cosa es igual á tí, Vírgen santísima, prorumpe el devoto san Anselmo, ninguna es comparable contigo. Entre todas las cosas que existen, solo Dios está sobre tí, y tú eres superior á todo lo que no es Dios:

Quod supra te, solus Deus, quod infra te, omne quod Deus non est. (*De Concep. Virg.*). ¡Cuánta debe ser nuestra veneracion á la Madre de Dios! ¡cuánto nuestro amor, nuestro respeto, nuestra confianza, nuestra devocion, nuestro celo á su culto!

PUNTO SEGUNDO.—Considera el valimiento que esta divina Madre tendrá con su divino Hijo; cuánto será su poder, su dignidad, su excelencia, y por consiguiente cuál debe ser nuestra confianza en su intercesion, y nuestro celo en venerarla. ¿Qué cosa podrá negar un buen hijo á su querida madre? Todo lo que es María se lo debe á la bondad de Dios; pero Dios, que la elevó á la suprema dignidad de Madre suya, no puede resistirse á su ruego. No, no temamos exceder cuando alabamos á la Madre de Dios, dicen los Santos; antes podemos estar seguros de que nunca la engrandecerémos dignamente. San Juan Damasceno desafia á los hombres y á los Ángeles á que la alaben como merece, estando cierto de que en ningun elogio se pueden comprender sus alabanzas. Como Madre, dice el Santo, debe poseer los bienes de su Hijo, y á excepcion del culto de latría, que se debe solo á Dios, debe ser venerada con cierto culto particular, que se refiere al mismo Dios, puesto que solo por ser Madre de Dios se la honra singular y siempre religiosamente: *Decet Matrem ea quæ Filii sunt possidere, et ab omnibus adorari.* (*Orat. de Assumpt.*). Ó santísima y sacratísima Vírgen, exclama san Basilio de Seleucia, el que dijere de tí todas las cosas mas grandes, las mas magníficas, las mas ilustres y las mas gloriosas que se pueden decir ni imaginar, no se desviará de la verdad: *O ter sacrosancta Virgo! De te qui omnia illustria et gloriosa dixerit, numquam is quidem à veritatis scopo aberraverit.* ¿Han sido hasta aquí mis ideas y mis pensamientos acerca de la santísima Vírgen semejantes á los de los Padres y á los de toda la Iglesia? ¿Cuál ha sido mi celo, mi ansioso ardor por rendirla el culto que la es tan debido? ¿He pensado nunca que la que es Madre de Dios quiere y se digna de ser tambien madre mia? ¡Qué honra esta para mí! ¡qué dicha! ¿qué puedo temer ya con semejante proteccion? Por otra parte, ¡qué inagotable fondo, qué motivo á una dulce confianza! La Madre de mi Dios, de mi Redentor, de mi Juez, del único que es árbitro de mi eterna suerte, es mi querida Madre, la medianera con mi Salvador, la tesorera del Omnipotente, la distribuidora de sus gracias; esta me ama con ternura, me protege como á su siervo, me quiere como á su hijo; ¡y no la serviré con celo y ardor! ¡y no la amaré como á mi dulcísima Madre! ¿Y tendré vergüen-

za de vestir su librea, de ser del número de sus devotos? ¿Me avergonzaré de ser uno de los mas celosos siervos de María?

No permita Dios, Vírgen santísima, que jamás merezca yo semejante reconvencion. ¡Desdichado de aquel que no os ama! Por lo que á mí toca, desde este mismo punto me obligo á honraros, á serviros con todo el celo, con todo el ardor, con toda la ternura que me sea posible. Vos sois mi querida Madre, Vos sois, despues de Dios, nuestra vida, nuestro consuelo y nuestra esperanza. Alcanzadme la gracia de que eternamente sea del número de vuestros verdaderos siervos y de vuestros amantes hijos.

JACULATORIAS.—Muéstrate verdadera madre mia, y reciba por tu mano nuestras oraciones aquel que por nuestro amor quiso ser Hijo tuyo. (*Ecclesia*).

Mirad, Señor, que yo soy vuestro siervo; siervo vuestro soy, y soy hijo de vuestra misma Madre, que se apellidó esclava vuestra. (*Psalm*. cxv).

PROPÓSITOS.

1 No debe ser puramente especulativo el alto concepto que formamos de las grandezas de María. Ha de ser práctico este conocimiento, no contentándonos con que nos inspire ciertos afectos ociosos, estériles y mudos. Á la admiracion debe acompañar el culto. Admiremos en buen hora con asombro las inefables grandezas de la Vírgen; pero acrediten nuestras oraciones, nuestra confianza y nuestra devocion lo mucho que la veneramos. Entre las muchas devociones que se pueden tener con esta Señora, una de las mas provechosas es rezarla todos los dias el Salterio que en su honor compuso san Buenaventura. Compónese este Salterio de cincuenta salmos, que á imitacion de los de David dispuso aquel gran Doctor y aquel gran Santo, con diferentes cánticos, imitando los de los Profetas, con un himno que corresponde al *Te Deum laudamus*, y con un símbolo á semejanza del de san Atanasio. De todo esto compuso un oficio repartido por horas para todos los dias de la semana, á imitacion del oficio divino. Este Salterio, distribuido en oficio, se halla junto en un solo libro, que procurarás haber para rezarle todos los dias, y presto experimentarás el fruto de esta utilísima devocion.

2 Pocos Santos dejaron de componer algunas oraciones particulares en honor de la santísima Vírgen; procura aprender aquellas

que te parecieren mas devotas, y háztelas familiares. San Efren compuso y rezaba todos los dias la siguiente:

«Ó santísima y purísima Vírgen, Madre de mi Dios, Reina de la «luz, poderosísima y llena de ardentísima caridad, Vos sois mas no«ble que todos los espíritus celestiales, mas pura que todos los rayos «del sol, mas digna de honor que todos los Querubines, mas Santa «que todos los Serafines, mas gloriosa sin comparacion que todas las «jerarquías de los Ángeles. Ó santísima Señora, que fuísteis la espe«ranza de los Patriarcas antiguos, la gloria de los Profetas, la ala«banza de los Apóstoles, el honor de los Mártires, la alegría de los «Confesores, y la corona de las Vírgenes, recibidme y conservadme «bajo las alas de vuestra caridad, y á la sombra de vuestra protec«cion. Tened piedad de mí, miserable pecador, manchado con innu«merables culpas, con las cuales ofendí á Jesucristo, vuestro Hijo, «mi Dios y mi Juez. Ó Vírgen llena de gracia, ilustrad mi entendi«miento, poned palabras en mi boca, dad movimiento á mi lengua «para que con todo el afecto de mi corazon cante vuestras alaban«zas, y os salude con el mismo respeto y con la misma devocion debi«da á la Madre de Dios con que os saludó el ángel Gabriel, cuando «os dijo: *Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo;* «y os diga con el mismo espíritu y con la misma ternura con que os «dijo Isabel: *Bendita eres entre todas las mujeres.*»

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

San Julio, senador y mártir, en Roma; el cual entregado al juez Vitelio, fue por él encarcelado, y luego de órden del emperador Cómodo fue apaleado hasta que entregó el espíritu al Señor. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Calepodio en la via Aurelia.

El martirio de san Andrés, tribuno, y sus compañeros soldados, en Cilicia; los cuales habiendo alcanzado una milagrosa victoria de los persas, se convirtieron á la fe de Cristo, y siendo acusados por esta causa imperando Maximiano, fueron hechos pedazos en las gargantas del monte Tauro por el ejército del presidente Seleuco.

San Timoteo, mártir, en Palestina; el cual en la persecucion de Diocleciano, por decreto del presidente Urbano, despues de haber sufrido muchos tormentos, fue quemado á fuego lento.

Los santos Tecla y Agapio padecieron en el mismo país, Tecla fue expuesta á las fieras; y despedazada á bocados, voló á su Esposo: Agapio, des-

pues de haber sufrido muchos tormentos, fue reservado para mayores combates.

San Magno, obispo y mártir, en Anagni, martirizado durante la persecucion de Decio.

San Luis, obispo de Tolosa, del Órden de Menores, esclarecido por la santidad de su vida y por sus milagros, en Brignoles en Provenza. Su cuerpo fue trasladado á Marsella, y sepultado honoríficamente en la iglesia de los religiosos Menores. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Donato, presbítero y confesor, en Francia, en una aldea de Cisteron; el cual desde su tierna infancia dotado de maravillosa gracia de Dios, hizo por muchos años vida de anacoreta, y esclarecido por sus milagros murió en el Señor.

San Mariano, confesor, en los contornos de Bourges. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Rufino, confesor, en Mantua.

SAN LUIS, OBISPO Y CONFESOR.

San Luis, mas célebre por su santidad y por sus milagros que por su alto nacimiento, fue por su padre sobrino segundo de san Luis, rey de Francia, y por su madre sobrino de santa Isabel, reina de Hungría. Nació en Brignoles de la Provenza el año de 1274, siendo el segundo hijo de Cárlos II, llamado el Gotoso, rey de Nápoles y de Sicilia, y de María, hija de Estéban V, rey de Hungría. En la infancia de Luis nada se notó que oliese á niñez: todo parecia superior á su edad; todo era en él madurez de juicio, tanto su circunspeccion, como la gravedad de sus costumbres. Nunca tuvieron sus ayos necesidad de hacerle la menor advertencia en órden al cumplimiento de sus pequeñas obligaciones; anticipábase á sus instrucciones por aquella natural inclinacion á la piedad con que parecia haber nacido; y prevenia sus lecciones por el amor que profesaba al retiro y al estudio. Los juegos, las diversiones, los pasatiempos, y los demás ejercicios en que ordinariamente se suelen entretener otros príncipes de aquella edad, nunca fueron de su gusto. Su inclinacion era á leer los libros espirituales, y mucho mas á la oracion. En la corte no solo se miraba con admiracion, sino que se llegaba á respetar su modestia. Aquella delicadeza, aquel regalo y aquel amor á los placeres que nacen con los grandes, que crecen con la edad, y que se fomentan en las cortes, donde todo conspira á lisonjear los sentidos y al amor propio, apenas fueron conocidos de nuestro jóven Príncipe. Cuando los meninos que se criaban con él iban á jugar, Luis por lo comun se escondia de ellos, para pasar aquel tiempo en su oratorio. Lo mas admirable era, que en medio de las delicias en que se crian

los príncipes de su elevacion, Luis se aplicaba á mortificar sus sentidos, y á macerar su inocente cuerpo desde aquella tierna edad.

Tenia solos siete años, cuando, no obstante el regalo con que se le procuraba criar, le encontraban muchas veces fuera de la cama y echado en la alfombra que estaba á los piés de ella, movido de un espíritu de penitencia. Así lo testificó la Reina su madre, de cuya boca oyó esta particularidad el autor que escribió su vida. Sus paseos se terminaban siempre en alguna iglesia ó en algun convento de religiosos, siendo todo su gusto informarse menudamente de los ejercicios de mortificacion y de virtud, que constituian el principal fondo de la vida regular. Nunca consentia que le pusiesen en las iglesias aquellas señales de distincion y de respeto que correspondian á su real nacimiento; porque ni su fe ni su veneracion á los altares se acomodaban con semejantes distintivos; y así, aunque le prevenian sitial, alfombras y almohadas, jamás usaba de ellas, y se arrodillaba siempre en la desnuda tierra. Su compostura y su modestia inspiraban modestia y compostura á todos los cortesanos; y solian decir, que para tener devocion no era menester mas que ver al Príncipe oir misa.

Ganaba los corazones de todos con su aire, con su apacibilidad y con sus compuestísimos modales. Los criados que componian su casa le llamaban el Ángel de la corte; y con efecto, lo era por su rara pureza y por su inocencia. Poseia esta pureza en tan alto grado de perfeccion, que aun siendo niño, no permitia que mujer alguna entrase en su cuarto. Á imitacion de Job, hizo pacto con sus ojos de no mirar á ninguna á la cara; y esta delicada virtud, que toda la vida fue la virtud de su cariño, la debió, por singular don, á la Reina de las Vírgenes, á quien profesó desde la cuna una tan tierna y encendida devocion, que ya desde entonces se decia que Luis era el siervo querido y el hijo muy amado de la Madre de Dios. Todos los dias rezaba muchas oraciones en honor de la soberana Reina, y era sin límites la confianza que tenia en esta Madre de misericordia.

Estaba dotado nuestro Santo de un excelente ingenio; y así hizo maravillosos progresos en las letras aun en una edad en que otros niños apenas comienzan á estudiar.

Así brillaba Luis en la corte, tanto por sus raros talentos, como principalmente por su extraordinaria santidad, que tenia tan pocos ejemplares, cuando la divina Providencia quiso ejercitarle en dolorosas pruebas, todas muy oportunas para purificar y para perfeccionar su virtud. El año de 1284, dos años despues de la revolucion general de Sicilia, el rey de Aragon se hizo á la vela para poner sitio á



Mesina, y en el camino se dió un combate naval, en que Cárlos II, entonces príncipe de Salerno y padre de nuestro Santo, fue hecho prisionero por los aragoneses, tres dias antes que llegase el rey Cárlos, su padre, que venia en su socorro con gran número de bajeles. Murió este pocos meses despues; y el rey Cárlos II estuvo cuatro años en prision, de la que salió á instancias y por la negociacion del papa Nicolao IV y de Felipe el Hermoso, rey de Francia, los cuales se obligaron á hacer que Cárlos, conde de Valois, renunciase sus derechos á la corona de Aragon, y consintiese en que el Papa diese á Jaime de Aragon la investidura del de Sicilia, entregando en rehenes, para seguridad del tratado, á sus tres hijos, uno de los cuales era nuestro Santo, con cincuenta gentiles hombres. Contaba Luis solos catorce años cuando fue enviado á Cataluña para que se pusiese en libertad á su padre. Esta desgracia solo sirvió para añadir nuevo lustre á su virtud. Siete años pasó Luis en aquella prision en que la dureza del rey D. Alonso el III dió no poco ejercicio á su paciencia. No siempre fue tratado como hijo de rey. Pero, en medio de eso, la alegría de su semblante mostraba bien el espíritu con que recibia aquellos malos tratamientos. Su ejemplo contenia y animaba á sus dos hermanos, y á los otros que estaban en rehenes, que no eran tratados mas benignamente. Creedme, les decia, la adversidad es mas provechosa que la prosperidad para los que hacen profesion de servir á Dios. Nunca le somos mas obedientes, que cuando estamos mas abatidos. La prosperidad embriaga, nos ciega, y nos descamina; da vigor á todas las pasiones, y lisonjeando nuestro amor propio nos hace perder el santo temor de Dios.

No satisfecho con las amarguras de su estado, añadia á los trabajos de su cautiverio muchas penitencias voluntarias. Ayunaba muchos dias de la semana con asombroso rigor; castigaba frecuentemente su cuerpo con disciplinas de alambre, y de ordinario hasta derramar sangre, velando continuamente en la conservacion de su castidad, en cuyo punto su delicadeza era extremada. Jamás consintió que mujer alguna le hablase sin testigos, para prevenir los lazos que le podian armar. Durante la dilatada mansion que hizo en Cataluña contrajo un amor tan particular á los religiosos de san Francisco, que no se podia separar de ellos; y consiguió en fin de los superiores que siempre durmiesen dos en su cuarto. Pasaba con ellos en diferentes oraciones la mayor parte del dia y de la noche. Rezaba todos los dias el oficio divino y el oficio parvo, á los que añadia el de la pasion y otras muchas devociones. Confesábase cada dia an-

tes de oir misa, para asistir con mayor pureza y devocion al santo sacrificio; y como tenian por cárcel la ciudad de Barcelona, nunca salia de casa sino para ir á la iglesia ó á los hospitales, donde pasaba horas enteras sirviendo á los enfermos en los oficios mas asquerosos y mas humildes. Pero todos estos ejercicios de devocion y de caridad no le impedian la mas séria aplicacion al estudio. Tuvo tambien por maestros suyos en las ciencias á los religiosos de san Francisco, en cuya escuela adelantó mucho en la filosofía y en la teología, cultivando aquellos hábiles maestros la agilidad de su ingenio, de manera que se halló capaz de defender y disputar sobre los puntos mas sutiles de la teología escolástica.

Habiendo caido gravemente enfermo en el castillo de Sura, hizo voto de abrazar la regla de san Francisco si Dios le restituia la salud, intento ya muy antiguo en nuestro Luis; pero que le tenia reservado dentro de su corazon por no irritar al Rey su padre. Ajustado, en fin, el tratado de paz entre su padre el rey de Nápoles, y Jaime II, rey de Aragon, fue puesto en libertad con sus dos hermanos y los demás que estaban en rehenes el año de 1294. Era uno de los artículos del tratado el casamiento de su hermana la princesa D.ª Blanca con el rey de Aragon; y para afianzar mas el enlace, resolvieron las dos cortes hacer un doble matrimonio, casando á Luis con la princesa de Mallorca, hermana del Rey. Era muy poderosa la tentacion. El Rey su padre le prometia dejarle por heredero del reino de Nápoles; puesto que su hermano mayor Cárlos Martel, príncipe de Salerno, estaba ya coronado rey de Hungría, como heredero de su madre María, hermana del difunto rey Ladislao. Pero nada de esto fue bastante para hacerle titubear en la resolucion que habia tomado de dejar el mundo; de suerte, que al volver de Barcelona, y hallándose en Montpeller, apuró mucho al provincial de los Franciscos, para que le recibiese en la Religion seráfica. No se atrevió el provincial á condescender con sus deseos por no desazonar á su padre el rey de Nápoles. Vióse precisado Luis á pasar á Italia; y estando en Roma resolvió no dar mas oidos á las voces de la carne y sangre. Renunció absolutamente sus derechos á la corona de Nápoles y á todos los demás Estados que le podian pertenecer, y se consagró enteramente al servicio de Dios, recibiendo la tonsura clerical. Por esta renuncia quedó el príncipe Roberto, su hermano menor, heredero presuntivo de la corona; y nuestro Santo, obtenido, en fin, el consentimiento del Rey, quiso ligarse mas estrechamente al servicio de Dios, y recibió

los órdenes sagrados en Nápoles, firme siempre en el intento de cumplir el voto que tenia hecho.

El papa Bonifacio VIII habia visto á Luis al volver de Cataluña, y formó tan superior concepto de su eminente virtud, que desde entonces hizo ánimo de elevarle á las primeras dignidades de la Iglesia. Vacó el obispado de Tolosa á la corte de Roma, por muerte de su obispo Hugo Mascaron, y el Papa le proveyó en nuestro Santo, aunque á la sazon solo tenia veinte y dos años, diciendo: Que la virtud y el mérito personal suplian ventajosamente la edad. Fue grande su repugnancia á aceptarle, por el deseo que tenia de vivir en Religion y en oscuridad; pero se vió precisado á obedecer al Papa y al Rey. Obligado, en fin, á admitirle, consiguió que á lo menos le dejasen cumplir antes el voto que tenia hecho de entrar en la Religion de san Francisco, como lo ejecutó en Roma con beneplácito de Su Santidad. Hizo su solemne profesion en el convento de Araceli, en manos del Padre Fr. Juan de Murro, décimocuarto general del Órden seráfico, la víspera de Navidad del año de 1296; y el mismo dia en que hizo la profesion fue preconizado por obispo. Por contemporizar en algo con el Rey su padre, que no podia sufrir se vistiese el sayal de san Francisco, se contentó al principio, por consejo del Papa, con llevar el santo hábito debajo de la sotana clerical; pero duró poco esta condescendencia. Él mismo la condenó, pareciéndole estaba obligado á no avergonzarse de la pobreza de Jesucristo; y arrimando á un lado la sotana exterior, el dia de santa Águeda, 5 de febrero del año 1297, atravesó las calles públicas de Roma, los piés descalzos, con un pobre hábito de religioso, ceñido con una grosera cuerda. El mismo Papa quiso consagrarle, dispensándole en la edad para el obispado, como lo habia hecho en la correspondiente para el sacerdocio.

La nueva dignidad solo sirvió para hacer mas visibles su humildad y su mortificacion. Nunca dejó despues el hábito de la Órden; su cama, sus muebles, su tren, todo olia á pobre religioso; y aquella ejemplar pobreza en un príncipe tan grande añadia mucho esplendor á la dignidad episcopal. Partió de Roma para su obispado, sin dispensarse en el viaje en sus acostumbradas mortificaciones. Hospedóse en Sena en el convento de San Francisco, donde quiso ser tratado como cualquiera otro fraile, sin admitir la mas mínima distincion, yendo despues de comer con todos los demás á fregar los platos á la cocina, y no queriendo comer otro pan que el que se habia recogido de limosna. En Florencia no admitió una magnífica

celda, que le tenian prevenida y ricamente alhajada, acostándose en una cama ordinaria y comun.

Recibiéronle en Tolosa con toda la magnificencia que merecia un príncipe, un obispo y un santo, ganándose desde luego la veneracion y los corazones del clero, de la nobleza y del pueblo. Su aire, su modestia y su dulzura, todo respiraba amor á la virtud, y bastó solo su presencia para que todo el obispado mudase de semblante. Sus primeras visitas fueron á los pobres en los hospitales, y sus primeras atenciones las dedicó á socorrer las familias vergonzosas y necesitadas. Hízose dar cuenta exacta de todas sus rentas; y separando de ellas lo que era absolutamente necesario para su manutencion, mas como pobre religioso, que como obispo, mandó que todo lo demás se distribuyese entre los pobres. Todos los dias comian á su mesa veinte y cinco, sirviéndolos él mismo de rodillas, á ejemplo de su tio san Luis, como si sirviera á Jesucristo. Extendíase su caridad á los pobres encarcelados igualmente que á los enfermos, visitando á unos y á otros con frecuencia, confesándolos y consolándolos con sus palabras, y despues socorriéndolos con sus limosnas. Ni estas se limitaban precisamente á su obispado y á los términos del Langüedoc; dilatábanse tambien á la Provenza y á los otros Estados del Rey su padre, de quien en sola una vez obtuvo la vida de ciento y cincuenta prisioneros de guerra, condenados á perderla. Su solicitud pastoral prevenia todas las necesidades. Visitó luego todo su obispado, y en todas partes dejó pruebas y monumentos de su celo y de su santidad.

En medio de sus apostólicos trabajos, nada aflojó en la exactitud de su observancia ni en el rigor de sus penitencias, antes añadió otras nuevas á las antiguas. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa, y cada dia con mayor fervor, que se manifestaba en la abundancia de sus lágrimas. Era tan poderoso en obras como en palabras. Nunca subia al púlpito sin que de resultas se viese alguna insigne conversion, y sin mover á todo su auditorio á una fervorosa devocion con la santísima Vírgen. El Papa desmembró de la diócesis de Tolosa la ciudad y territorio de Pamiers, erigiéndola en otro distinto obispado, y convirtió el convento y la iglesia de los canónigos reglares de san Agustin en cabildo y en catedral; pero nombró tambien por obispo á nuestro Santo, encargándole el gobierno de dos obispados con dos títulos diferentes.

El ardor y el teson con que emprendió la conversion de los judíos y de los herejes, que inficionaban toda la provincia, produjo admirables efectos. Convirtió á muchos con sus sermones y con sus ejemplos.



Pero no podia permanecer mucho en la tierra un fruto que estaba tan maduro para el cielo. Viéndose precisado á hacer un viaje á la Provenza por negocios de pura caridad, cayó enfermo en el castillo de Brignoles. Tenia determinado pasar á Roma para renunciar todas sus dignidades, con resolucion de vivir el resto de sus dias en el retiro de una celda, cuando el Señor le dió á entender que le queria premiar sus méritos y fatigas. Dispúsose para morir, redoblando su fervor. El dia de la Asuncion hizo que le administrasen el santo Viático, que recibió de rodillas, y deshaciéndose en dulces lágrimas. Lo restante de su enfermedad fue una continua oracion. Rezaba incesantemente la Salutacion angélica; y preguntándole uno por qué repetia tantas veces el *Ave María,* respondió, que en aquel trance, despues de Jesucristo, ponia toda su confianza en la santísima Vírgen. Al acabar de pronunciar estas palabras, entregó tranquilamente su espíritu en manos de su Criador el dia 19 de agosto de 1299, al segundo año de obispo, y á los veinte y cinco de su edad. En el mismo punto cierto santo religioso vió que su bienaventurada alma subia al cielo, acompañada de muchos santos obispos, que iban diciendo: *Así serán tratados todos los que sirvieren á Dios con inocencia y con pureza.* Su cuerpo fue llevado con grande solemnidad al convento de San Francisco de Marsella, donde el mismo Santo se habia mandado enterrar, y por eso le llamaron muchos *san Luis el de Marsella.* La multitud y la fama de los milagros con que quiso Dios honrar su sepultura, y manifestar la gloria de su siervo, movieron al papa Juan XXII, sucesor de Bonifacio VIII, á canonizarle, precediendo las informaciones acostumbradas. Publicó la bula el dia 7 de abril del año 1317 en la ciudad de Aviñon, y dos dias despues dirigió un breve á la reina de Sicilia, su madre, que todavía vivia. El dia 11 de noviembre del mismo año el santo cuerpo fue elevado del coro de los religiosos Franciscos de Marsella, y expuesto á la pública veneracion en el altar mayor, colocado en una urna de plata; y se hallaron presentes á esta ceremonia muchos cardenales y prelados; Roberto, rey de Sicilia, hermano de san Luis; la reina de Sicilia, su madre; la reina de Francia y toda la grandeza de ambas cortes. El año de 1423, Alfonso, llamado el Magnánimo, rey de Aragon y de Nápoles, se apoderó de la ciudad de Marsella, saqueóla, y embarcando este sagrado tesoro en su misma galera, le llevó á la ciudad de Valencia en España, donde se conserva con el mayor cuidado, y es honrado de los pueblos con suma veneracion.

SAN MARIANO, CONFESOR Y ERMITAÑO.

Del orígen, nacimiento y primeras acciones del bienaventurado ermitaño san Mariano nada se sabe á punto fijo; solo sí que vivió en el territorio de Bourges, antigua ciudad de Francia, durante el siglo VI. Pero aunque se ignore quiénes fueron los padres de este siervo de Dios, atendida su portentosa vida, debe colegirse que fueron sujetos verdaderamente cristianos y de una conducta religiosa. Consta sin embargo que fue rico y de ilustre cuna, circunstancias que realzan los obstáculos que tuvo que vencer para dar de mano á las tentaciones del mundo. En efecto, se veia nuestro Santo en el mayor auge de juventud y riquezas, cuando movido de Dios oyó resonar en su corazon aquellas palabras del Evangelio: «Quien no renuncia «todo cuanto posee, y me sigue, no puede ser discípulo mio;» y en otra parte: «Si quierès ser perfecto, anda, vende cuanto tienes, y «dalo á los pobres:» forma, pues, el proyecto de hacerse pobre, y al mismo tiempo de elegir la vida mas humilde y penitente; y sin dar oidos á cuanto le sugerian las delicias mundanas, vende cuanto tiene, lo distribuye á los pobres, y se prepara para una vida de humillaciones y de asperezas. Luego sale en secreto de su casa, dirige sus pasos á un desierto del mismo territorio de Bourges, y hallando en él una cueva, inspirado del cielo la elige para su habitacion.

Allí fue Mariano un ejemplar modelo de un penitente anacoreta, castigando con los mayores rigores su cuerpo, y mortificando con ayunos, abstinencias y vigilias unos miembros que no habia entregado á la iniquidad. Algunos autores creen que nuestro Santo fue abad de un monasterio de monjes; pero la historia escrita por san Gregorio Turonense ni aun le da el nombre de monje, sino es el de ermitaño penitente, viviendo solo en una cueva, y siendo lá admiracion de los pueblos circunvecinos. Sobre la rígida penitencia que practicó en aquel sitio, resplandeció en él el espíritu de la humildad mas profunda, hasta tal punto, que fue visto varias veces, siempre que tenia que beber, andar de rodillas desde su celdilla hasta el rio, beber en la misma postura de humillacion y penitencia, y volverse así á su retiro. Y el mismo espíritu de humildad le hizo triunfar tambien de los honores que querian tributarle, de suerte que cuando conocia que por sola curiosidad ó por su alabanza le iban á hablar algunos, despues que fue descubierto, se hacia invisible á ellos.

Su oracion era continua y fervorosa, donde continuamente era ar-

rebatado; y la principal ocupacion suya era llorar amargamente por los pecados del mundo, suplicando á Dios por la conversion de los transgresores de su santa ley. En esto emplearon siempre los justos sus lágrimas y sus súplicas. Pero al mismo tiempo que Dios inspiraba á Mariano el deseo de la conversion de las gentes, movia tambien á estas á buscarle para su instruccion y enseñanza. Así es que continuamente concurrian á su ermita innumerables personas, poblando aquella soledad, y dejando desiertos los poblados. ¿Quién podrá explicar el fruto que se experimentó en breve de la conversacion y trato que tuvieron con aquel santo ermitaño? Sus palabras, aunque humildes, estaban todas inflamadas en el divino amor, del celo de la salvacion de todos, y del deseo del arrepentimiento de los mayores pecadores. Dios ayudaba á su predicacion con indecibles maravillas, y como hizo con los santos Apóstoles, le comunicó el don de los milagros, para que por medio de curaciones de enfermos y socorro de otras necesidades acudiesen con frecuencia á visitarle, y fueran mas susceptibles de su doctrina.

Llegó finalmente el dia en que nuestro Santo debia recibir el galardon que Dios tiene ofrecido á los justos en premio de sus trabajos. El Turonense describe la muerte de san Mariano de esta manera:

Un dia que como otros fueron á visitarle en su ermita mucha gente piadosa á oir aquellas palabras de vida eterna que salian de la boca del santo anacoreta, no hallándole en su cueva, siguieron sus huellas, y le encontraron muerto debajo de un manzano. Algunos aseguran que le hallaron de rodillas como en actitud de contemplacion; pero la opinion mas comun, segun el dicho Padre san Gregorio, era que habiendo subido á aquel árbol á coger su fruto, único del cual se alimentaba, y cayendo en tierra, entregó su alma en manos de su Criador. La circunstancia de hallarse muerto al pié de un manzano, aunque pareció casual, no deja de ser misteriosa. Bajo un árbol de esta especie misma cayó nuestra madre Eva, y murió espiritualmente ella y toda su triste descendencia; pero en otro árbol recibimos nosotros nuestra resurreccion y nuestra vida. Ya lo dió á entender el Esposo de los Cánticos, cuando hablando con la Iglesia ó nuestra alma, con el nombre de Esposa suya, le dijo: *Debajo de un árbol te resucité, Esposa, porque debajo de otro llamado manzano fue donde tu primera madre fue violada y corrompida*. En efecto, Jesucristo nuestro Salvador eligió el árbol de la cruz para que con el precioso fruto que con él estuvo pendiente pudiera el mundo resarcir su pérdida, y reparar la ruina que experimentó en el paraíso por el maldito fruto

del árbol prohibido. Así aunque el manzano lo deparó el Señor para que san Mariano hallase en él la muerte temporal, en el mismo quiso que hallase su vida eterna por los méritos de Jesucristo, y por el fruto inestimable del sagrado árbol de la vida.

No estuvo el Santo mucho tiempo postrado en el suelo: el mismo que dijo por David que al paso que abatiria á los orgullosos, elevaria á los justos humildes, y levantaria del polvo á los pobrecitos justos; ese mismo inspiró á los que al tiempo que le buscaban para rendirle sus respetos le habian encontrado muerto, á que levantasen el cadáver, y le diesen honrosa sepultura. Así lo hicieron, mezclando las lágrimas del dolor, en su pérdida, con las de júbilo, considerándole coronado ya de honor y de gloria, y como amigo de Dios en su corte, mas apto para ser su protector y su padre. Le llevaron á Vannes, y colocado en su iglesia, veneráronle desde entonces como á santo; culto que le tributaron por permiso de los Prelados, y mucho mas por divina inspiracion, confirmándolo el Señor con indecibles maravillas. Pasados setecientos años despues de la muerte del santo ermitaño Mariano, por disposicion del obispo de Limoges fueron sacadas las sagradas reliquias de una pared que habia sido su primera sepultura, y trasladadas procesionalmente en una preciosa urna de plata á su altar ricamente adornado, para que los fieles disfrutasen de su vista, y conociesen cuán honrados son los amigos del Señor. Luego por todas partes erigiéronse altares á su honor, hiciéronse efigies suyas, y cada cual procuraba tener ó reliquia de su santo cuerpo, ó estampa que le representase; y todos, á medida de su devocion, conocieron que Dios honraba á este santo Confesor, obrando por su medio repetidos milagros á favor de los que dignamente le veneraban, y en castigo de los incrédulos que vituperaban su nombre.

Desde Francia vino á España la devocion de los fieles y culto de las sagradas reliquias é imágenes de san Mariano, progresando cada dia en este reino los obsequios que se le dedican, porque tambien participa de su poderosa intercesion y favores. Por concesion del papa Pio VII se celebra anualmente su fiesta tal dia como hoy, con misa propia; habiendo concedido además en breve de 9 de abril de 1816 una indulgencia plenaria visitando la capilla del Santo desde las primeras vísperas de su festividad hasta ponerse el sol de este dia. Á imitacion del Soberano Pontífice, varios Obispos y Prelados concedieron tambien un sinnúmero de indulgencias; indicando así con sus santas concesiones el deseo que les animaba de propagar la

veneracion y culto de tan glorioso Santo. (*Extrac. de la vida escrita por el P. Echeverría*).

SAN MAGIN, MÁRTIR.

De san Magin, uno de los ilustres Mártires de Jesucristo, no nos consta cosa cierta de su patria, de sus padres, ni de su primera educacion, porque la injuria del tiempo privó á la posteridad de los monumentos justificativos de estas noticias; con todo la grande reputacion que ya tenia á fines del siglo III y principios del IV es un testimonio auténtico de la santidad en que pasó los primeros años de su vida. Sabemos solamente que teniendo el cetro del romano imperio Maximiano, vinieron á un mismo tiempo tres ermitaños hermanos y siervos de Jesucristo á las montañas de Brufagaña, que están en el principado de Cataluña. Uno de estos fue el bienaventurado san Magin, el cual se quedó en una cueva situada en el territorio de la parroquia de Rocamora, donde vivió muchos años entregado á la penitencia, á la oracion, y á la contemplacion de las grandezas divinas; pero no satisfecho su fervoroso celo con los ejercicios eremíticos, predicaba la fe á los gentiles que vivian en las inmediaciones, desengañándoles con la luz del Evangelio de los crasos errores de la idolatría; y como confirmaba su celestial doctrina con estupendos prodigios, no pudiendo resistirse los paganos al conocimiento de la verdad, se convirtieron muchos á Jesucristo.

Supo el gobernador de la provincia de Tarragona, cuyo nombre no nos dicen los escritores, los procedimientos de Magin diametralmente contrarios á las leyes de los Emperadores romanos, dirigidos á extinguir si pudiesen el nombre y la religion de Jesucristo, y queriendo castigarlos, hízole buscar con gran diligencia, y habiéndole hallado y atado con cadenas, mandó que fuese llevado á Tarragona y presentado delante de él. Luego que le tuvo en su presencia, comenzó á reprenderle severamente, diciéndole: *¿Eres tú el sacrílego que predicas á Jesús Nazareno, y menosprecias á los príncipes del mundo? Deja de pervertir á las gentes, y sacrifica á nuestros dioses, pues de lo contrario padecerás exquisitos tormentos.* No acobardó á Magin la conminacion del tirano, antes bien revestido con aquel valor y con aquella fortaleza que son propios de los héroes del Cristianismo, le hizo ver que la Religion que predicaba era la verdadera, por la que desengañaba á los gentiles sumergidos en las miserables som-

bras de la muerte, tributando culto y ofreciendo horrendos sacrificios á los demonios bajo el velo de quiméricas deidades; y ofendido el gobernador de una respuesta tan generosa, mandó ponerlo en la cárcel cargado de prisiones, y que fuese atormentado con hambre, mientras tomaba providencias para castigar mas severamente la desobediencia de Magin.

En este estado quiso Dios acreditar la virtud de su fidelísimo siervo, y para demostrarlo, dispuso que se apoderase el demonio de la hija del gobernador, atormentándola furiosamente. Apeló este á los sacerdotes idólatras para que hiciesen oraciones y sacrificios á los dioses, á fin de que libertasen á su amada hija de la tiranía del espíritu maligno; pero confesó este que no dejaria de atormentarla, si no le expelia Magin, que se hallaba en la cárcel. Vióse el tirano en la indispensable precision de rogar al Santo que se condoliese de su hija; y olvidándose este de las injurias que padecia, lanzó al demonio en el nombre de Jesucristo, para que el gobernador viese el soberano poder de aquel Señor que aborrecia.

Parecia regular que á vista de este prodigio cesase el gobernador de molèstar á Magin, agradecido del beneficio que acababa de recibir; pero preponderando en su obstinado corazon el cumplimiento de los injustos decretos de sus principales al conocimiento de la verdad, y no obstante los ruegos de su hija, mandó ponerle en una cárcel mas penosa que la primera, y molestarle con cadenas, grillos, hambre, frio, y amenazándole de ponerle en cuestion de tormentos en caso de resistirse á idolatrar. Entró el Santo en la cárcel lleno de gozo, porque se acercaba el tiempo de ofrecer á Dios su vida en sacrificio; pero repitiendo el Señor el mismo prodigio que obró en otro tiempo con el Príncipe de los Apóstoles, libró á su siervo de las prisiones con que le amarraron, y abiertas las puertas de la cárcel, se volvió á su amada cueva sin que nadie lo impidiese. Supo el gobernador la ausencia de Magin, y como sus deseos no eran otros que vengar la inobediencia á las leyes de los príncipes del mundo, despachó inmediatamente á sus ministros con órden de darle muerte donde quiera que lo encontrasen. Partieron estos en su busca llenos de furor, y hallándolo en fervorosa oracion en su cueva, acometiéndole como perros rabiosos, le dieron terribles golpes, y lo arrastraron por las piedras y por las zarzas de aquel desierto, hasta dejarlo cási sin vida. Estaban los perseguidores muy fatigados de los trabajos; y teniendo sed, como si sus obras hubiesen sido meritorias para con el Santo, le pidieron que, supuesto hacia tantos portentos, les socorriese con el beneficio del

agua que necesitaban, que ellos le dejarian luego ir libremente donde quisiese. Portóse Magin como verdadero discípulo de Jesucristo, y olvidándose de las injurias de sus enemigos, tocó con su báculo en la tierra, é hizo que brotase una fuente cristalina, que permanece hasta hoy. Bebieron de ella los ministros, y se durmieron. Deseando el Santo la palma del martirio, volvió á su cueva á rogar al Señor que se dignase aceptar el sacrificio de su vida. Aun no habia acabado su oracion, cuando aquellos ministros de Satanás, olvidados del beneficio recibido, fueron á la cueva, y echando mano del Santo, le llevaron arrastrando hasta el lugar donde hoy está la capilla del Santo, y allí le degollaron en el dia 26 de agosto á principios del siglo IV, siguiendo la computacion mas arreglada. Segun el testimonio de los vecinos y moradores de la tierra, en los lugares donde cayeron las gotas de sangre que salió del cuerpo del Mártir, nacieron rosales, cuyas rosas tenian en sus hojas una ó dos manchas de color de sangre. Pero ó por negligencia de los moradores, ó porque el ganado se las come, ó lo mas cierto, por los pecados de los Cristianos, ha faltado ya esta maravilla, como leemos de otras muchas de otros Santos que han faltado por la misma causa. San Jerónimo da testimonio en su Calendario de este ínclito Mártir, haciendo allí mencion de él. Tambien lo da la canonizacion del mismo Santo. La cual un secretario de Alejandro VI, llamado Sagarra, la halló escrita en el catálogo de los Santos, en los términos siguientes: *Magini martyris in Hispania in montib. Brufaganiæ pro Christi passi;* cuya traduccion puede leerse: Canonizacion de san Magin, mártir, el cual fue muerto en España en las montañas de Brufagaña por amor de Jesucristo. Esta escritura la envió el citado secretario á la villa de Santa Coloma de Queralt, de donde él era natural. Los fieles dieron sepultura al venerable cadáver del ilustre Mártir, con la cautela que permitia aquella desgraciada época, en el mismo lugar que fue decapitado, sobre el cual luego que cesó el furor de la persecucion erigieron en honor suyo un oratorio ó capilla que, como se ha dicho, está en el territorio de la parroquia de Rocamora del arzobispado de Tarragona, en la que existe su cuerpo bajo del altar mayor.

No se ha servido Dios que veamos sus reliquias, pues un pavorde de Tarragona visitando su iglesia, y deseando que su santo cuerpo fuese debidamente venerado, dispuso que fuese buscado con diligencia. Empezóse la excavacion, y llegando á la piedra donde está sepultado su sagrado cuerpo, quedaron luego las manos de los trabajadores paralíticas é inútiles. Espantáronse todos los circunstan-

tes, y todos juntos rogaron devotamente á Nuestro Señor que por los méritos del glorioso Mártir volviese á aquellos la salud. Y fue de tal eficacia esta oracion, que instantáneamente la cobraron, y luego volvieron la tierra movida á su lugar, pero quedando un olor maravilloso.

Innumerables son los milagros que el Señor se ha dignado obrar por la intercesion de su fidelísimo siervo, así en la expresada capilla como en la gloriosa cueva que fue el teatro de su portentosa vida, dando vista á los ciegos, el oido á los sordos, y curando de calenturas, pestilencia y otras enfermedades, que fuera prolijo referir aun limitándonos á los muy principales. Pero no se puede dejar de referir el milagro que hizo en su martirio, el cual fue que despues de haberlo degollado, quisieron los gentiles beber otra vez de la fuente milagrosa, y el agua perdió su sabor y fue convertida en amargura, y hecha inútil para cocinar, aunque por los méritos del Santo el Señor le dió despues virtud para curar de diversas y varias enfermedades, conforme lo han experimentado frecuentemente los devotos.

En la dicha capilla del Santo se edificó un famoso monasterio del Órden de Padres Predicadores, al cual acuden en romería todos los pueblos vecinos tal dia como hoy. Ignoramos la suerte que á dicho santuario le habrá cabido á consecuencia de las vicisitudes políticas de los últimos años.

DIA V, ENTRE OCTAVA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA LA VÍRGEN MARÍA.

La Misa es en honor del mártir san Magin, y la Oracion es la siguiente:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut intercedente beato Magino martyre tuo, et à cunctis adversitatibus liberemur in corpore, et à pravis cogitationibus mundemur in mente. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que por la intercesion de tu bienaventurado mártir san Magin seamos libres de todas las adversidades del cuerpo, y seamos igualmente purificados de los malos pensamientos del alma. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II *de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.*

Charissime: Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse à mortuis ex semine David, secundum Evange-

Carísimo: Acuérdate que el Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de la muerte segun mi Evangelio. Por

lium meum, in quo laboro usque ad vincula, quasi male operans: sed verbum Dei non est alligatum. Ideo omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur, quæ est in Christo Jesu, cum gloria cœlesti. Tu autem assecutus es meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, longanimitatem, dilectionem, patientiam, persecutiones, passiones: qualia mihi facta sunt Antiochiæ, Iconii, et Listris: quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus. Et omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.

el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor; pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas las cosas por amor de los elegidos, para que ellos consigan tambien la salud que está en Cristo Jesús con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimidad, la caridad, la paciencia, las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antioquía, en Iconio y en Listris: las cuales persecuciones yo sufrí, y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecucion.

REFLEXIONES.

Omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur. ¿Hay ni puede haber pura criatura que pueda mas, ni aun tanto con Dios como la santísima Vírgen? Dice la Escritura que Salomon se levantó de su trono para salir al encuentro á su madre, y mandó que la dispusiesen otro trono junto al suyo, para hacerla sentar á su mano derecha: *Surrexit rex in occursum ejus, adoravitque eam, et sedit super thronum suum; positusque est thronus matris ejus, quæ sedit ad dexteram ejus.* Si Salomon rindió estos honores á su madre, ¿tendrá el Salvador menos amor á la suya? Todos los dias de tu vida, decia el santo Tobías á su hijo, profesarás á tu madre el mas profundo respeto: *Honorem habebis matri tuæ.* Habiendo inspirado el Hijo de Dios esta obligacion al santo Patriarca, ¿podia él mismo faltar á ella? ¿Cómo puedo negar cosa alguna que me pidas, decia á su madre el rey Salomon? *Pete, mater mea, neque enim fas est ut avertam faciem tuam.* No puede tener el Salvador otro lenguaje con la santísima Vírgen. ¿Quién ignora que á ruegos suyos hizo el primer milagro, y que aun anticipó el tiempo destinado para hacerlos en público, solo por condescender con los deseos de la Vírgen? pues ¿qué no debemos esperar de su intercesion todopoderosa? ¡Oh bienaventurada Vírgen María (exclama san Agustin), dignaos de recibir nuestras humildísimas gracias, aunque débiles, aunque cortísimas, aunque muy poco proporcionadas á lo que Vos mereceis! Oid nuestras oraciones, y reconciliadnos con Dios. Conseguidnos el perdon de nuestros pecados, que pedimos por vuestra intercesion. Alcanzad-

nos los auxilios que necesitamos para salvarnos. Recibid lo que os ofrecemos, concededнos lo que os pedimos; porque Vos sois la única esperanza de los pecadores: *Quia tu es spes unica peccatorum;* por Vos esperamos el perdon de nuestros pecados: *Per te speramus veniam delictorum;* en vuestra intercesion afianzamos el premio de nuestras buenas obras; *et in te Beatissima, nostrorum est expectatio præmiorum.* Convengo desde luego (dice san Bernardo) en que no se hable mas de vuestra misericordia, si se hallare alguno que os haya invocado, como debe, en sus tribulaciones, y Vos le hayais faltado. ¿Quién podrá desesperar de la misericordia de Dios, teniendo la misericordia de María? ¿quién podrá dudar de su eterna salvacion, una vez que la ponga dignamente en manos de la Madre de Dios? Si en ese caso no la solicitara, ó seria por falta de poder con su Hijo, ó por falta de voluntad con los que la invocan. ¿Quién puede dudar de lo uno y de lo otro sin agraviar al Hijo y á la Madre? ¿Cómo no ha de tener poder con su Hijo aquella á quien el Hijo, en cierta manera, comunicó todo su poder, como dice san Buenaventura? Todo lo puede por su Hijo; todo lo puede con él, y todo lo puede despues de él. ¿Violaria el precepto de honrar al padre y á la madre el mismo que le impuso á los demás? y ¿le observaria si hiciese poco aprecio de la intercesion de su Madre? El poder de María se debe medir por la dignidad de Madre de Dios que posee; por la ternura con que el Hijo la ama; por lo mucho que en cuanto hombre la debe; por la cualidad de medianera de los hombres. Siendo esto así, ¿á dónde no alcanza el poder de la Madre de Dios? ¿y á dónde no debe llegar nuestra confianza?

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Ó ¿qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus Ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De la confianza que debemos tener en la santísima Vírgen.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la confianza es cierta opinion ó cierta seguridad que se tiene en la buena voluntad de una persona que nos favorece, y en el poder que la acompaña para hacer efectiva esta buena voluntad. No basta querer hacer bien; es menester poder hacerle: el poder sin la voluntad no funda la confianza; y la voluntad sin el poder, á lo sumo, es un buen deseo estéril y una benevolencia sin fruto. Ahora, pues, no es dudable que la Vírgen tenga este poder. Sabemos (dice san Anselmo) que es tanto su mérito, tanto su valimiento con Dios, que no es posible carezca de efecto aquello que pide y quiere (*Lib. de Concept. Virg.*): *Scimus beatam Virginem tanti esse meriti, et gratiæ apud Deum, ut nihil eorum quæ velit efficere, possit aliquatenus effectu carere.* De aquí concluye que no es posible se pierda ni se condene una alma á quien esta Señora tomó debajo de su proteccion: *Ninguna cosa se resiste á tu poder, ó Vírgen santa* (dice Jorge, arzobispo de Nicomedia (*Orat. de exit. Virg.*), *ninguna se opone á tu voluntad: todas obedecen tus preceptos; todas se rinden á tu autoridad.* ¿Cómo no ha de ser todopoderosa, dice san Bernardo, habiendo puesto el Señor en sus manos la plenitud de todos los bienes? *Totius boni plenitudinem posuit in Maria;* y quiere (añade el mismo Santo) que todo el bien que nos hace, pase primero por el canal de María (*Serm. de Nativit.*): *Nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariæ manus non transiret.* Pues ¿qué confianza no deben tener en María (continúa este Padre) todos aquellos que la sirven, y están debajo de su proteccion, pues conoce todas sus necesidades, puede y quiere socorrerlas? Las conoce, porque es madre de la Sabiduría; quiere, porque es madre de misericordia; puede, porque es madre del Todopoderoso. La cualidad de madre, dice santo Tomás, da cierta autoridad natural sobre el hijo, que ningun privilegio puede derogar. Mas que los hijos sean reyes, mas que sean soberanos, mas que sean supremos dueños, podrá tal vez un hijo rescatar á su misma madre; mas no por eso será esta esclava suya: tenga una madre á su hijo cuantas obligaciones son imaginables, siempre será madre, y ni la condicion ni el estado disminuirán un solo punto su autoridad. Pues ¿qué poder será el de la Vírgen? ¡oh Dios, y qué motivo de consuelo para los verdaderos siervos de María este gran valimiento que tiene con su Hijo la soberana Reina!

Punto segundo.—Considera que solamente los que no conocen quién es la santísima Vírgen, pueden ignorar el tierno y compasivo amor que profesa á los hombres. Es la madre de los escogidos y el refugio de los pecadores; es el consuelo de los afligidos y la salud de los enfermos; es, como canta la Iglesia, el comun asilo y el auxilio ordinario de todos los Cristianos: *salus infirmorum, refugium peccatorum, consolatrix afflictorum, auxilium christianorum*. Es inseparable, dice san Anselmo, la maternidad divina de la maternidad humana: por el mismo hecho de ser María Madre de Dios, quedó constituida Madre de los hombres. Pues ahora, no es la naturaleza mas ardiente en sus movimientos (como observa san Ambrosio) que lo es la gracia en los suyos; antes por el contrario, el fuego de la caridad es mucho mas vivo, mucho mas puro, mucho mas fuerte que el de la naturaleza. Y siendo el de la santísima Vírgen de una consumada perfeccion, infiere de aquí el tierno amor que nos tiene. ¿Qué mayor prueba nos pudo dar, que haber ofrecido ella misma su querido Hijo á la muerte de cruz por la salvacion de todos los hombres? Si quiso Dios que precediese su consentimiento para la encarnacion del Verbo, dicen los Padres, parece que no menos habia de preceder para su afrentosa muerte. Sabemos todos cuál fue la ternura sin semejante de la santísima Vírgen para con aquel amado Hijo; con todo eso, ella misma le ofreció en el templo como víctima por nuestra redencion. Por aquí puedes conocer cuánto nos amó. Nunca, nunca comprenderémos hasta dónde llega el exceso del amor que nos tiene esta Señora. ¡Buen Dios, y qué motivo para nuestra confianza! ¡Oh María! (exclama san Buenaventura) por miserable que sea un pecador, siempre le miras con ternura de madre; siempre le abrazas como tal: *Materno affectu complecteris;* le acaricias: *Foves;* y no le abandonas hasta haberle reconciliado con el formidable Juez: *Nec deseris quousque tremendo Judici miserum reconcilies*. Bien sé, Vírgen santa (dice san Pedro Damiano), que toda estás llena de amor, y que nos amas á todos con una inmutable, con una invencible ternura: *Et amas nos amore invincibili;* pues en Vos y por Vos vuestro Hijo y vuestro Dios nos amó con extremo amor: *Quos in te et per te Filius tuus et Deus tuus summa dilectione dilexit*. Pero si la santísima Vírgen ama tan tiernamente á los pecadores, ¿con qué ternura no amará á los justos? ¿qué ardor sobre todo no será el suyo por sus fieles y devotos siervos? *Ego diligentes me diligo*. En la Vírgen María, dice el devoto Idiota, se halla todo género de bienes; ama á los que la aman; y lo mas admirable es, que sirve mas á sus siervos, que lo

que estos la sirven : *Imo sibi servientibus servit.* ¡Mi Dios! gran consuelo es para todos los hombres el saber que somos tan tiernamente amados de la santísima Vírgen. ¿Quién dejará de tener confianza en una Madre tan poderosa? ¿y quién podrá dejar de amarla? No por cierto (exclama san Bernardo); aunque todo el infierno junto se desate contra mí; aunque me espante la multitud y la gravedad de mis pecados; aunque mi propia flaqueza me atemorice, sé que la santísima Vírgen me ama; pues no habrá ya cosa capaz de alterar mi confianza. Bástame que me ame esta Señora, para que lo espere todo de su poderosa intercesion.

Lo mismo digo yo, amantísima Madre mia, y lo mismo os repetiré toda mi vida. Un solo dolor me aflige, y es el no haberos amado hasta aquí; pero con el auxilio de la divina gracia, que Vos me conseguiréis, espero reparar mi pasada ingratitud, por la ternura con que os amaré el resto de mis dias. Despues de Dios tengo, Señora, puesta en Vos toda mi confianza.

JACULATORIAS.—Olvídeme yo, Señora, de mí, si algun dia me olvidare de tí. (*Psalm.* CXXXVI).

Tened, ó Vírgen santa, misericordia de mí, pues en Vos tengo yo puesta toda mi confianza. (*Psalm.* LVI).

PROPÓSITOS.

1 En la segunda homilía que compuso san Bernardo sobre aquellas palabras del Evangelio : *Missus est*, etc., nos enseña un admirable ejercicio de devocion. Ó tú, cualquiera que seas, dice el Santo, que te hallas engolfado en este borrascoso mar del mundo, agitado de la tempestad, y rodeado de escollos y de bajíos, si quieres evitar el naufragio, ten siempre fijos los ojos en esta estrella de la mañana. Si soplan furiosos los vientos de las tentaciones, si vas á estrellarte contra los escollos de la tribulacion, no pierdas de vista la estrella, invoca á María : *Respice stellam, voca Mariam.* Si te sientes molestado del espíritu de la ambicion, del orgullo, de la envidia, de la murmuracion, mira á la estrella, invoca á María: *Respice stellam, voca Mariam.* Si la cólera, si la avaricia, si el demonio de la impureza te fatigan, recurre á María : *Respice ad Mariam.* Si te espanta la memoria de los pecados pasados; si los remordimientos de una conciencia manchada te atribulan; si el temor de los terribles juicios de Dios te quiere inducir á la desesperacion, piensa en María : *Cogita Mariam.* En toda suerte de peligros, en todo género de

enfadosos accidentes, en toda especie de dudas, sea tu recurso María: *In periculis, in angustiis, in rebus dubiis, Mariam cogita, Mariam invoca.* Ten continuamente en la boca el nombre de María, y tenle tambien profundamente grabado en lo íntimo del corazon: *Non recedat ab ore, non recedat à corde.* Pero sobre todo, procura imitar sus virtudes si quieres que sean oidas tus oraciones. Con semejante guia nunca te descaminarás; y á la sombra de su proteccion puedes vivir tranquilo y en reposo: *Ipsam sequens, non devias; ipsa tenente, non corruis; ipsa propitia, pervenis.* Segura está tu salvacion si te es propicia la santísima Vírgen. Esto era lo que sentia aquel gran Santo; practica tú lo mismo.

2 Todos los dias de tu vida has de rezar la oracion siguiente, que compuso san Agustin, y adoptó la Iglesia, repitiéndola muchas veces en el oficio divino: *Sancta Maria, succurre miseris, juva pusillanimes, refove flebiles, ora pro populo, interveni pro clero, intercede pro devoto fœmineo sexu; sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.* «Santa María, socorre «á los miserables, anima á los pusilánimes, fortalece á los flacos, «ruega por el pueblo, pide por el clero, intercede por el devoto se«xo de las mujeres, experimenten tu asistencia y tu poderosa pro«teccion todos aquellos que están dedicados á tu servicio, y celebran «tu santo nombre.»

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

San Bernardo, primer abad de Claraval en territorio de Langres, glorioso en santidad de vida, en doctrina y en milagros. *(Véase su vida hoy).*

San Samuel, profeta, en Judea; cuyas santas reliquias, segun escribe san Jerónimo, trasladó el emperador Arcadio á Constantinopla, y las colocó junto á Séptimo. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Lucio, senador, en el mismo dia; el cual viendo la constancia de Teodoro, obispo de Cirene, en padecer el martirio, se convirtió á la fe de Jesucristo, y trajo tambien á ella al presidente Digniano. Con este se fué á Chipre, en donde viendo que otros cristianos recibian la corona del martirio por confesar á Jesucristo, se ofreció él espontáneamente á la muerte, y siendo degollado alcanzó la misma corona.

Los treinta y siete santos Mártires, en Tracia; los cuales por decreto del presidente Apeliano por confesar á Jesucristo, despues de haberles cortado las manos y los piés, fueron arrojados en un horno ardiendo.

Los santos Mártires Severo y Memnon, centurion; los cuales murien-



do de la misma suerte que los anteriores volaron victoriosos al cielo. *(Severo era un cristiano de Sida, en Panfilia, que recorria los pueblos predicando el Evangelio. En la ciudad de Fililópolis en Tracia vió treinta y siete cristianos que caminaban al martirio: encendiéndose en santo celo, confesó á voces á Jesucristo; al momento fue preso y atormentado con los demás. Y como en este martirio obrase el Señor muchos milagros, abrazó la fe el centurion Memnon, que estaba allí presente, el cual fue igualmente participante de la corona del martirio, muriendo juntos el año* 302*)*.

Los santos mártires Leovigildo y Cristóbal, monjes, en Córdoba; los cuales por confesar á Jesucristo, en la persecucion de los moros, fueron puestos en la cárcel, y despues degollados y quemados alcanzaron la palma del martirio. *(Véase su historia en las del dia* 23 *de agosto)*.

San Porfirio, varon de Dios, en Roma, quien instruyó en la fe y doctrina cristiana al santo mártir Agapito.

San Filiberto, abad, en la isla de Herio.

San Máximo, confesor, discípulo de san Martin, obispo, en el castillo de Chinon.

San Maneto, confesor, en el monte Senario de la diócesi de Florencia, uno de los siete fundadores del Órden de los Siervos de la Vírgen María, el cual espiró recitando himnos en su alabanza. *(Véase el dia* 11 *de febrero)*.

SAN SAMUEL, PROFETA.

El profeta Samuel fue hijo de Elcana y de Anna. San Jerónimo dice que Elcana era de la tribu de Leví, y Anna de la de Judá. Siendo Anna estéril, estaba un dia haciendo oracion en un lugar sagrado, donde los hebreos tenian la arca del Testamento, é hizo voto que si Dios le daba un hijo, se le ofreceria y pondria en su templo, para que toda su vida le sirviese. Á este voto añadió muchas súplicas y oraciones pidiendo á Dios le concediese su ruego. No se le oia palabra que dijese, y veíanse mover sus labios, de tal manera que Helí, sumo sacerdote, poniendo en ella sus ojos, la juzgó por borracha. Díjoselo, y queria echarla de allí; mas ella respondió: «No estoy, señor «mio, borracha, sino muy triste y afligida, y no he bebido vino ni «cosa que pueda embriagar, sino que he derramado mi alma en la «presencia del Señor.» Dijo entonces Helí á Anna: «Véte en paz, y «Dios te conceda la peticion que le has hecho.» Fué Anna á su casa, y concibió, y parió un hijo, y llamóle Samuel, que quiere decir, puesto de Dios. Noten las mujeres casadas que desean tener hijos, que para alcanzarlos valen mucho tres cosas: la primera, oracion propia y de personas dedicadas al culto divino. La segunda, prometerlos al servicio de Dios; esto es, que el fruto que les diere lo criarán como cristiano y fiel, y si se inclinare á ello, lo pondrán en el ministerio del culto divino. La tercera, hacer limosna, y perseverar con

paciencia en lo que piden: así lo hizo la santa mujer Anna, y por esto alcanzó el cumplimiento de sus deseos.

Al cumplir el niño Samuel tres años, sus padres fueron al templo, y lleváronlo consigo, á donde ofrecieron sacrificio á Dios, y la madre entregó su hijo á Helí para que sirviese en el templo todos los dias de su vida. Holgó de ello el sumo sacerdote Helí, volvieron á su casa sus padres en Ramata, y el ternezuelo Samuel servia en el templo, haciéndose amable á Dios y á los hombres por su buena índole. Dormia en una habitacion inmediata á la del Pontífice dentro del recinto del templo; y aun solo contaba doce años cuando el Señor se sirvió de este niño para dar un segundo aviso á Helí sobre los castigos que reservaba á sus dos hijos Ofni y Finees, los cuales eran malísimos.

En particular dice de ellos la Escritura, que eran ocasion de que el pueblo no hiciese sacrificio á Dios, por el maltrato que hacian á los que iban á sacrificar, tomándoles parte de sus sacrificios y ofrendas, y tambien hacian fuerza y deshonraban á las mujeres que estaban en vela y oracion en el tabernáculo. Sabia todo esto Helí, y no los castigaba como debia y estaba obligado: reprendíales tan blandamente, que si antes eran malos despues eran peores; porque ellos cumplian con él, diciendo que á la vejez serian buenos, que es confianza con que muchos se parten de esta vida para el infierno. Envióle Dios á avisar y amenazar sobre el caso (la Escritura no pone el nombre del que fué á Helí de parte de Dios), lo cual no bastó para que hubiese en él enmienda. Estaba Samuel durmiendo, y á media noche oyó una voz que le llamaba: parecióle que era la del sumo sacerdote; se levantó con prontitud, y se presentó á él, y le dijo: «Aquí estoy, señor; ¿qué «es lo que me mandas?—No, hijo mio, respondió aquel, no te he lla«mado, véte á dormir.» Obedeció el niño; pero no bien se habia vuelto á quedar dormido, cuando oyó que se le llamaba por segunda vez. Corrió, pues, á la habitacion de Helí, quien le contestó lo mismo que la vez primera; empero por tercera resonó la voz. Queria Dios fijar por este medio la atencion del niño sobre lo que le iba á revelar. Llegó el sumo Sacerdote á penetrar que la voz era del Señor, que queria revelar algun arcano: «Vuelve, dijo al niño; y si «oyes de nuevo la voz responderás: Hablad, Señor, que vuestro «siervo escucha.» Volvió Dios á llamar á Samuel, quien le dió la respuesta que le habia sugerido su maestro; entonces díjole el Señor: «Voy á hacer una cosa en Israel, que nadie podrá oirla sin pe«netrarse de espanto: castigaré segun mi juicio á Helí y á toda su «casa; va á cumplirse cuanto le he predicho; daré principio á ello

«y lo concluiré, porque sabedor de los delitos de sus hijos, no los «ha reprendido.» Durmióse Samuel hasta la mañana, y al levantarse para abrir las puertas de la casa del Señor, temia hablar á Helí de la vision que habia tenido. Llamóle este, y le dijo: «Samuel, «hijo mio, ¿qué te ha revelado el Señor? nada me ocultes de cuan«to hayas oido.» Fue preciso obedecer: declaró, pues, el niño cuanto el Señor le habia dicho, y Helí respondió: «Él es el Señor; haga lo «que sea de su agrado.» Este suceso dió á conocer á todo Israel que Samuel era un profeta, y que el espíritu de Dios estaba con él.

Cuanto Samuel crecia en edad, crecia tambien en virtud: no se oia palabra ociosa de su boca, esto es con mentira, ó sin provecho suyo ó del prójimo. Los dos hijos de Helí fueron muertos en una batalla donde habian ido, llevando consigo el arca del Testamento, la cual quedó en poder de los filisteos. Filon dice que los mató Goliat el gigante. Oyó Helí estas nuevas, y recibió tanta pena cuando el fugitivo hubo nombrado el arca de Dios, que cayó de espaldas de la silla, y quebrándose la cabeza murió al instante.

Samuel habia sido escogido por Dios para sucesor de Helí en la dignidad de juez de Israel, y principió á ejercer sus funciones reconciliando á su pueblo con el Señor. Recorrió las diversas comarcas de la Palestina para restablecer en todas ellas la pureza del culto, y desterrar los restos de la idolatría. No fue infructuoso su celo: convirtióse al Señor todo el pueblo llorando sus extravíos, desecharon las falsas divinidades extranjeras que adoraban, y confesando que habian pecado, hicieron un riguroso ayuno.

Viendo Samuel estas buenas disposiciones del pueblo, reunió una asamblea general en Masfa para consumar la obra de la reforma; lo que de tal manera llamó la atencion de los filisteos, que en masas hostiles se avanzaron hasta las puertas de aquella ciudad. Despavoridos los israelitas dijeron á Samuel: «No ceseis de rogar por nos«otros al Señor nuestro Dios, á fin de que nos salve de la mano de «nuestros enemigos.» Ofreció Samuel un cordero en holocausto, hizo oracion por Israel, y Dios le oyó. Principiaron los filisteos el ataque mientras se hacia el mencionado sacrificio; pero el Señor tomó la defensa de su pueblo. El cielo se cubrió repentinamente de nubes; una lluvia horrorosa inundó el campo de los filisteos; con aterrador estampido retumbaron los truenos sobre sus cabezas; penetró sus huesos el espanto; se desbandaron y huyeron. Al ver tan gran desórden emprendieron los israelitas la persecucion de los fugitivos, siendo innumerable la muchedumbre enemiga que pereció á sus ma-

nos; y levantó Samuel un monumento para perpetuar la memoria de tan insigne triunfo. Cobraron luego algunas ciudades que les habian ganado, y les fue devuelta el arca que habian perdido, despues de siete meses que estuvo en tierra de filisteos; los cuales la enviaron de su voluntad, porque les iba mal teniéndola consigo.

Cada año visitaba el juez Samuel toda la tierra, y volvia á Ramata, donde tenia asiento y casa. Abrumado ya por la edad, confió una parte de su cargo á sus dos hijos, llamados Joel y Avia, que no tenian las virtudes de su padre. La avaricia los corrompió: recibian regalos, y los juicios que salian de su boca no eran rectos. Juntáronse, pues, en Ramata, donde vivian los principales del pueblo, y dijéronle: «Tú eres ya viejo, y tus hijos no te imitan, ni hacen «lo que deben; danos rey que nos gobierne, como todas las otras «gentes le tienen.» El Profeta consultó al Señor, quien le mandó acceder á la peticion del pueblo. Así se verificó entonces un notable cambio en la forma del gobierno de los hebreos. Hasta aquella época gobernó Dios mismo á su pueblo escogido: los jueces no eran mas que sus lugartenientes. Así es que en tiempo de Moisés y de los Jueces se manifestaba la Providencia divina en una no interrumpida série de prodigios; despues, si se exceptúan algunas circunstancias extraordinarias, dejó obrar á los Reyes, y ocultó la accion de su providencia bajo el velo de las causas naturales.

La eleccion del Señor recayó en Saul, hijo de Cis, de la tribu de Benjamin: distinguíase entre todos sus conciudadanos por su gallardía corporal y por su estatura, prendas ambas en que ninguno le igualaba. Habiéndose extraviado unas borricas de su padre, salió á buscarlas en compañía de uno de sus criados. No hallándolas, dijo el mozo á Saul: «Aquí cerca hay un siervo de Dios, cuyas palabras «son infalibles; vamos á consultarle, porque acaso nos dará alguna «luz sobre el objeto de nuestro viaje.» Dicho esto entraron ambos en la ciudad, y preguntando por el profeta Samuel, avisado por Dios, les salió al encuentro. Habló con Saul, y despues de haberle tranquilizado acerca de la pérdida de sus borricas, convidóle á comer, le puso en sitio preferente, y le sirvió de la porcion mas escogida. Concluido el banquete, le detuvo Samuel; y habiéndole sacado fuera de la ciudad, derramó sobre su cabeza el aceite que llevaba en una redomilla, y le dijo que Dios le constituia rey de Israel. Y á fin de convencerle de que todo esto se hacia en nombre de Dios, reunió el Profeta las doce tribus, y las hizo echar suertes para la eleccion de un rey. La suerte designó á la de Benjamin, y á Saul entre los de esta

tribu. Puesto Saul en la posesion del reino, dijo Samuel al pueblo: «Ya os dí rey, como le pedísteis: ahora hago de mí residencia de«lante de Dios, y de su ungido vuestro rey: hable el que esté agra«viado.» Respondiéronle: «Ninguno hay que esté de tí agraviado. «—Pues si es así, replicó Samuel, que á ninguno hice agravio, «¿por qué todos me habeis á mí agraviado en pedir rey siendo yo «vivo? Para que veais que con razon puedo quejarme de vosotros, «y que lo habeis hecho mal en pedir rey, aunque el cielo está, co«mo lo veis, sereno, suplico á Dios que muestre en él señales por «donde entendais vuestro pecado.» Hizo oracion Samuel, y vino tan grande tempestad de truenos y agua, que todos con grande temor dijeron al Profeta que rogase á Dios por ellos, y que confesaban que á sus antiguos pecados habian añadido el de pedir rey.

Cuando Saul comenzó á reinar, era humilde y sin malicia, y permaneció en este estado dos años, despues de los cuales mudó de condicion, y tornóse malo. Comenzó á declararse en que habiendo de ir á dar batalla á los filisteos, viendo que Samuel no llegaba, pidió víctimas, y contra lo mandado por el Señor, él mismo las ofreció en holocausto. No bien se habia acabado el sacrificio cuando llegó el Profeta, y echando en cara al Rey la falta cometida, le anunció que su reino seria quitado á sus descendientes, y dado á otro ajeno de su linaje. Ni paró en esto el mal de Saul, pues fue desobediente á Dios en otro caso, y sucedió de esta manera:

Intimó Samuel de parte de Dios á Saul que fuese contra los amalecitas y los exterminara á todos, porque todos eran malvados; y ofreciera en holocausto todo el botin, sin perdonar cosa alguna. Con esta órden el Omnipotente hacia á Saul ministro de su justicia, para castigar una raza tan impía y cruel, que á sus hijos quemaba en reverencia de sus ídolos. Marchó Saul contra los amalecitas, que le presentaron batalla; mas sus huestes fueron deshechas, y cayó prisionero su rey. La ciudad fue tomada y entregada á las llamas; pero Saul cumplió á medias las órdenes del Señor, pues perdonó la vida al rey Agag, y conservó lo mejor de los despojos.

Dios quiere ser obedecido cuando manda; y así dijo á Samuel: «Me arrepiento de haber hecho rey á Saul [1], porque me ha aban-

[1] En Dios no ha lugar á pesar ni arrepentimiento, porque son pasiones corporales, que traen consigo imperfeccion, hablando propiamente. Mas atribúyense á Dios metafóricamente; porque así como el hombre, que se arrepiente de haber hecho alguna cosa, si puede, procura deshacerla; así Dios cuando destruyó al hombre con el diluvio, dió muestra como que le pesaba



«donado, y no ha obedecido mi mandato.» Afligióse Samuel, clamó al Señor toda la noche, y levantándose antes de la aurora fué en busca de Saul. Viendo este que se le acercaba Samuel, previno su disculpa, y saludóle diciendo: «He cumplido las órdenes del Señor.» Y Samuel le repuso: «Pues ¿qué balidos de animales son los que «resuenan en mis oidos?—El pueblo ha conservado los mejores re«baños de los amalecitas para ofrecerlos á Dios en sacrificio;» respondióle el Rey. Y replicóle el Profeta: «¿Pide acaso el Señor ho«locaustos y víctimas, ó mas bien que se obedezca su voz? Mejor «es, pues, la obediencia que las víctimas [1]; porque el desobedecerle «es á sus ojos como el pecado de la idolatría. Porque, pues, has «desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado, y ya no «quiere que reines en Israel.» Saul convencido de las razones de Samuel, no con dolor del pecado, sino para alejar de sí la afrenta que llevaba consigo: «Verdad es, dijo, que he pecado, no cumpliendo «la voluntad de Dios; honradme empero en presencia del pueblo, y «venid conmigo á adorar al Señor.» Apartóse el Profeta sin escucharle, como quien le abandonaba. Queriendo Saul detenerle, le asió por la orla de su capa, la cual se rasgó, y díjole entonces el siervo de Dios: «El Señor ha rasgado hoy el reino, y se lo ha dado á tu pró«jimo que es mejor que tú. El Dios de Israel no muda de pareceres, «pues no es un hombre que tenga que arrepentirse.» Mandó Samuel que le trajesen á Agag, á quien Saul habia perdonado, contraviniendo al mandato divino, y le hizo morir, poniéndole delante sus crueldades. Hecho esto fuese el hombre inspirado, y no volvió á ver á Saul hasta el dia de su muerte; mas no cesaba de llorarle, porque Dios le privaba del reino, y no le perdonaba.

Resolvió Dios establecer una familia Real, de la cual saliese el Mesías, y la escogió en la tribu de Judá. Y ordenó á Samuel que llenase un cuerno de óleo, y lo llevase á Belen á casa de Isaí ó Jesé para derramarlo sobre uno de sus hijos que el Señor le daria á conocer. Obedeció el Profeta, y pretextando un sacrificio, se encaminó á Belen. Convidó á Isaí y á su familia al banquete, que de ordinario se hacia despues del sacrificio, y pidió que le presentara sus hijos. Vino primero el mayor, y en seguida otros seis, todos bien dispues-

por haberle hecho, diciendo palabras que le significaban. No porque en Dios cupiese arrepentimiento, no; sino que destruyéndole hace lo que por tenerle una persona, deshace lo que ha hecho.

[1] La razon da la Glosa, diciendo que en el sacrificio queda muerta la carne ajena, y en la obediencia la voluntad propia.

tos. Dijo el Señor á Samuel, hablándole interiormente, como de ordinario hablaba á sus Profetas: «No hagas caso de rostro ni de es«tatura; porque el que escogí es pequeñuelo; los hombres miran lo «exterior, y juzgan por lo que ven; yo veo el corazon, y por lo que «veo en él juzgo; ninguno de estos quiero para rey.» Preguntó Samuel á Isaí: «¿No tienes mas hijos?—Aun hay otro pequeño, res«pondió el padre, que está apacentando las ovejas.—Tráele aquí, «repuso Samuel, porque no nos sentarémos á comer hasta que él «venga acá.» Isaí le envió á buscar; y vino un mozo de quince años de blonda y rubia cabellera y de hermoso rostro: David su nombre. Entonces dijo Dios á Samuel: «Levántate, y úngele, porque ese «es.» Ungióle Samuel, derramando el óleo de la uncion sobre su cabeza, en presencia de sus hermanos, y hecho esto, y cumplido con el sacrificio á que tambien habia venido, volvióse á Ramata. Desde aquel momento posó el espíritu del Señor en David, y abandonó á Saul.

Murió Samuel, y habiéndole llorado todo Israel, fue sepultado en su propia ciudad de Ramata.

Despues de algunos dias fué Saul á la guerra con sus hijos, y viendo la muchedumbre de los filisteos, temió: hizo oracion á Dios para que le declarase el suceso de aquella jornada, y no le respondió: informóse dónde hallaria alguna mujer pitonisa, que es lo mismo que adivina ó hechicera: avisáronle de una: mudó el traje, por no ser conocido, y entró en su casa: rogóle que le hiciese aparecer á Samuel: luego que ella vió á Samuel, entendió que era el rey Saul el que estaba con ella, y temió: él la aseguró, y la dijo: «¿Qué «has visto?» Respondió la hechicera: «Veo subir Ángeles de la tier«ra, y entre ellos á Samuel, viejo, cubierto con una ropa de majes«tad.» Púsose de rodillas Saul, y dijo: «Yo me veo muy apurado; «por esto te he llamado para que me declares lo que debo hacer.» Dijo Samuel: «¿Para qué me haces esta pregunta, pues sabes que «el Señor se apartó de tí, porque le ofendiste? y así hoy te has de «perder tú y tu pueblo, por no haberle obedecido, cuando te mandó «destruyeses á Amalec: tú y tus hijos estaréis mañana conmigo;» y dicho esto desapareció.

Aquí es de notar que los intérpretes convienen comunmente en que fue el verdadero Samuel el que allí se apareció, y que aquella aparicion de Samuel se hizo por un órden particular de la justicia de Dios. Y este sentimiento es muy conforme á lo que dice el Eclesiástico, XLVI, 23, que durmió el sueño de los justos, é hizo conocer al Rey el fin de su vida: que su voz salió del fondo de la tierra

para anunciar la perdicion de los impíos. San Agustin en diversas partes muestra favorecer la opinion que dice, que no fue verdadero Samuel, sino demonio, que se fingia ser él el que habló con Saul. Mas en las adiciones á la Glosa de Nicolao de Lyra sobre este lugar, despues de puestas las dos opiniones, y declarados los argumentos que hacen las dos partes, se resume allí, que es opinion y lícito sentir lo uno ó lo otro.

La Escritura hace mencion de Samuel en el libro primero de los Reyes, donde se escribe lo que de él aquí se ha dicho. En el Paralipómenon se nombra á Samuel, y dos hijos suyos Vasseni y Avia; y en el mismo libro se dice de él, que escribió los hechos de David, él, Natan y Gad, profetas, de donde infieren algunos que escribió dicho libro primero de los Reyes, hasta el capítulo XXIV, en que se cuentan los primeros hechos de David, prosiguiendo de allí los otros dos profetas Natan y Gad. David en un salmo hace mencion de Moisés y Aaron, y pónelos en el número de los sacerdotes, y luego nombra á Samuel, y pónele entre los que invocan el nombre del Señor. Sobre el cual lugar, y en las Retractaciones, dice san Agustin que Samuel fue tambien sacerdote, y que como sacerdote ungió á Saul y á David por reyes de Israel, aunque san Jerónimo solo quiere que sea levita. En el Eclesiástico se llama Samuel profeta amado de Dios. Nombran tambien á Samuel Jeremías y san Lucas. San Pablo lo pone en el catálogo de los Santos, en la carta que escribió á los hebreos. La Iglesia católica usa en las lecciones de los Maitines del primer libro de los Reyes, donde está la historia de Samuel, desde la segunda feria despues de la dominica de la Trinidad hasta el sábado antes de la dominica quinta.

La muerte de Samuel fue el año 1057 antes de Jesucristo, á los noventa y ocho de su edad. Sus reliquias, segun san Jerónimo, fueron trasladadas por el emperador Arcadio á Constantinopla.

SAN BERNARDO, CONFESOR Y DOCTOR.

San Bernardo, primer abad de Claraval, ilustre por la santidad de su vida, por su doctrina y por sus milagros; siervo muy celoso y muy querido de la santísima Vírgen; luz del mundo cristiano, y uno de los mayores ornamentos de la Iglesia de Francia, nació el año de 1091 en la reducida poblacion de Fontaines, provincia de Borgoña, diócesis de Langres, y á tres cuartos de legua de Dijon. Era

señor del mismo lugar su padre Tescelino, descendiente de los condes de Chatillon, y una de las casas mas ilustres de la provincia. Su madre Alicia era hija de Bernardo, señor de Mombard, pariente de los duques de Borgoña, ambos mas distinguidos por su virtud que por su noble nacimiento; pero ninguna cosa añadió tanto esplendor á su heredada nobleza como el haber sido padres de nuestro Santo. Fue el tercero de siete hijos que tuvieron, seis varones y una hembra, á todos los cuales, andando el tiempo, nuestro Bernardo ganó para Dios. Á todos los crió á sus pechos la piadosa madre, y á todos los amaba con ternura; pero á ninguno con tanta como á Bernardo, despues de un misterioso sueño que tuvo estando en cinta de él. Soñó que traia en el vientre un perrillo que ladraba; y atemorizada con este sueño, se desahogó con un siervo de Dios, á quien se lo comunicó, y este la consoló, pronosticándola que daria á luz un niño, el cual con el tiempo seria muy vigilante custodia del rebaño del Señor, dando incesantes ladridos contra los enemigos de la fe y de la Iglesia. Con esta profecía de tanto consuelo sintió en su corazon la virtuosa señora un amor muy especial hácia su hijo Bernardo, sin que esta preferencia causase celos ni envidia en los otros sus hermanos. Fuera de eso, justificaban sobradamente esta particular distincion las otras grandes prendas con que el niño habia nacido. Edu-cóle Alicia en la virtud con singularísimo cuidado, inspirándole desde muy tierno un alto menosprecio de todo lo mas engañoso del mundo. Y porque Guido y Gerardo, sus dos hermanos mayores, seguian ya la profesion de las armas, única carrera á que se dedicaban en aquel tiempo los caballeros mozos de su calidad, quiso Alicia que Bernardo se aplicase al estudio de las letras. Con este fin le envió á Chatillon sobre el Sena, para que á un mismo tiempo se dedicase al estudio de las ciencias y al de la virtud. Era Bernardo, sobre un natural extremadamente dócil, de un ingenio naturalmente vivo, veloz y perspicaz, por lo que en breve tiempo hizo progresos muy superiores á sus años; pero como estaba tan prevenido de la divina gracia, y parecia que la virtud habia nacido con él, todavía se adelantó mas en la santidad que en las ciencias. Hablaba poco, meditaba mucho, y amaba la soledad. Distinguíase aun mas por su modestia que por sus raros talentos; las prendas de su persona le ganaban los corazones; su elocuencia natural acababa de rendirlos, y como tomó tanto gusto á las ciencias, sin exceptuar las profanas, pensó muchas veces abandonarse á ellas; pero las prudentes y oportunas advertencias de su virtuosa madre le desviaron de este lazo.

Parecia haber nacido con una devocion tan tierna y tan sensible á la santísima Vírgen, que, siendo aun niño, bastaba pronunciar delante de él el nombre de María para hacerle saltar de gozo y de contento; ni para corregirle de aquellos defectillos que son inseparables de la infancia habia otro medio mas eficaz que decirle que aquello desagradaba á la Vírgen. Muy luego reconoció lo mucho que debia á esta Señora; ni tampoco se duda que su extremo amor á la pureza fuese un don singular de la Reina de las Vírgenes. Corria en Bernardo tanto mas peligro esta delicada virtud, cuanto la naturaleza le habia liberalmente favorecido con todo lo que podia hacerle amable. Así, pues, tanto su inocencia, como su castidad, fueron combatidas con los modos mas violentos que se pueden discurrir, y en circunstancias en que sin milagro parecia imposible la resistencia. Las victorias no disminuian los peligros; y reconociendo que el mundo estaba cubierto de lazos, resolvió buscar asilo en alguna soledad. No por haber tomado esta resolucion dejó de estar siempre en centinela contra los artificios del tentador. Detuvo un dia incautamente los ojos en la vista de una mujer con alguna curiosidad, y se indignó tanto contra sí mismo, que al punto se metió desnudo hasta el cuello en un estanque helado, que la casualidad le proporcionó inmediato, para extinguir el fuego de la concupiscencia aun á costa de su vida.

Impaciente ya por ejecutar cuanto antes su determinacion, ninguna vida le pareció mas conveniente para conservar su inocencia que la nueva reforma del Cister. Eran pocos los que tenian valor para abrazarla; aterraban á todos las excesivas penitencias y la extremada pobreza que se observaba en ella. Habíala fundado doce ó trece años antes el bienaventurado Roberto, abad de Molesme, y apenas se hallaba quien se atreviese á profesarla. No le atemorizó á Bernardo; salió del Egipto del siglo, y le robó santamente llevándose consigo lo mas precioso que en él habia: treinta caballeros distinguidos fueron los primeros frutos de su celo, comenzando sus conquistas por sus seis hermanos, que ya todos estaban armados caballeros, y hacian la mayor oposicion á sus intentos. Yendo todos á Fontaines á tomar la bendicion de su padre, Guido, que era el primogénito, dijo á Nivardo, el menor de todos siete, *que le dejaban heredero de todos sus bienes;* á que Nivardo respondió prontamente: *Vosotros escogeis el cielo, y á mí me dejais la tierra, el partido no es igual;* y con efecto los siguió poco despues.

Igualmente ganó Bernardo para Dios á su tio Gaudrido, señor de Tully, cerca de Autun, y á un caballero muy conocido, llamado Hu-

go Macon, que despues fue obispo de Auxerre. Á raro jóven hablaba que no se sintiese luego movido á alistarse en la milicia espiritual; de suerte que cuando aparecia Bernardo, las madres escondian á sus hijos, y las casadas tenian divertidos á sus maridos, persuadidas á que ninguno podia resistir á su elocuencia y á su gracia. Juntos ya todos sus compañeros en número de treinta, se retiraron al Cister. No cabe en la explicacion el gozo con que todos fueron recibidos del abad san Estéban, sucesor de Alberico, á quien habia dejado por abad el beato Roberto cuando se restituyó á su monasterio de Molesme. Cumplia entonces Bernardo los veinte y dos años de su edad; y recibido en el noviciado, dió principio á la nueva vida con tanto fervor, que sus primeros pasos excedieron desde luego la perfeccion de los mas santos religiosos en el fin de su carrera. Desde entonces declaró eterna guerra á su cuerpo y á sus sentidos. Sus mortificaciones ordinarias eran excesos. La abstinencia y el ayuno no se podian estrechar mas. Estos rigores arruinaron del todo su salud; enteramente perdió el sentido del gusto. Su dominio sobre el de la vista fue tan grande, que despues de haber estadó un año en el noviciado no sabia si el techo era de bóvedas, ni si habia en la iglesia mas que una ventana.

Fue fruto de la pureza de su corazon y de la mortificacion de su carne el maravilloso gusto que hallaba en la oracion. Desde luego se le concedió un don muy elevado de contemplacion, complaciéndose Dios en comunicarse á aquel inocente espíritu; y este delicioso gusto, esta íntima union con Dios, esta tierna devocion le duró constantemente toda la vida.

Acabado su noviciado, hizo Bernardo su profesion en manos del santo abad Estéban, juntamente con los otros treinta novicios que le habian seguido; y se celebró este devoto acto por el mes de abril del año 1114. Unido mas estrechamente con Dios por este nuevo vínculo, creció en Bernardo la encendida ansia de una consumada perfeccion. Ningun hombre le excedió nunca en domar la delicadeza de su complexion, ni la debilidad natural de su temperamento. Los mas penosos y los mas viles oficios de la casa eran al parecer los que mas lisonjeaban su amor propio. Pareciéndole al Abad que no tenia fuerzas ni habilidad para segar, como lo hacian los otros monjes, le eximió de esta labor; pero el Santo pidió al Señor con tantas instancias le diese maña y fuerzas para aquel ejercicio, que fue oido; y en la siguiente siega hizo muchas ventajas á todos en la destreza, actividad y vigor con que ejercitó aquel trabajoso oficio. El trabajo de manos

no interrumpia su íntima union con Dios, ni su oracion. Oyósele decir muchas veces en el discurso de su vida, que en los campos y en los bosques habia recibido la inteligencia de la sagrada Escritura por la oracion y por la meditacion, siendo sus maestros las encinas y las hayas en el estudio de los Libros sagrados. Con efecto, aquella sublime penetracion, así de las verdades, como de los misterios de nuestra Religion, en que fue tan sobresaliente nuestro Santo, se ha reputado siempre en la Iglesia por sobrenatural y milagrosa.

Fueron tantos los que concurrieron al monasterio del Cister movidos de la reputacion de san Bernardo, y del ejemplo de sus treinta compañeros, que fue preciso enviar muchos de ellos á poblar otros desiertos. Despues que el santo Abad despachó unos á la Ferté, sobre el rio Garona, y otros á Pontigny, escogió á san Bernardo para que fuese á fundar la tercera colonia en Claraval, que en breve tiempo se hizo mas célebre, y fue mas numerosa que la matriz. La ceremonia que entonces se observaba en semejantes fundaciones era enviar el abad doce religiosos, y entregar una cruz al superior de ellos. Salió Bernardo de la iglesia del Cister con este estandarte en la mano; y seguido de sus compañeros llegaron á un espantoso desierto de la diócesis de Langres, cerca del rio Auba. Era aquel sitio una madriguera de ladrones, y se llamaba quizá por eso el valle de los Ajenjos. No dudó Bernardo que aquel era puntualmente el paraje que le tenia destinado la divina Providencia. Comenzaron todos á desmontar la maleza; y levantaron unas estrechas chozas de madera, con un oratorio. Tuvieron mucho que padecer; pero todo lo suplia la santidad de Bernardo; y el nuevo monasterio se hizo tan ilustre, y recibió tanto esplendor, que se convirtió en el nombre de *Claraval*, ó *Claro Valle*, el del valle sombrío de los Ajenjos.

Por mas que nuestro Santo procuró sepultarse vivo en aquel oscuro desierto, como el Señor le tenia destinado para brillante antorcha de todo el orbe cristiano, le dió á conocer en todo él. Cada dia llegaban nuevas reclutas de soldados de Jesucristo, que venian á alistarse en los estandartes de Bernardo. Reyes, obispos, príncipes de todas partes concurrian á tomar sus consejos. En poco tiempo se convirtió Claraval en escuela de la Religion y en seminario de Santos. No siendo ya suficiente el vasto edificio para contener tantos monjes, fue preciso destacar muchos para poblar otros desiertos.

Tescelino, padre de san Bernardo, despues que vió que todos sus hijos, uno despues de otro, le dejaban por irse á servir á Dios en el Claraval, él mismo siguió su ejemplo, y vino tambien á abrazar la

vida monástica, en la que murió en olor de santidad, llegando á una extremada vejez. No tuvo menos dichosa suerte su hija Humbelina. Yendo á ver á su hermano san Bernardo, hizo tanta impresion en ella su religiosa conversacion, que renunciándolo todo, se encerró en el monasterio de Julli, fundado poco tiempo antes para religiosas.

Desde que Bernardo se vió nombrado por abad, solo habia usado de la dignidad de superior para mortificar con toda libertad su cuerpo, sin dependencia de nadie. Esto tenia tan estragada su salud, que ya comia sin gusto, y siempre con repugnancia. En lugar de manteca, por muchos dias estuvo comiendo sebo, ó unto muy rancio, que le pusieron por equivocacion, y el Santo lo comió sin conocerlo; de la misma manera bebió en cierta ocasion aceite por agua sin advertirlo. Hallóse muchas veces á las puertas de la muerte, y por sus excesivas penitencias llegó al extremo de no poder tragar cosa alguna sólida; siendo para él un amarguísimo tormento la necesidad de comer, que á otros les es de tanto gusto. Con todo eso en medio de sus trabajos conservaba siempre un semblante tan sereno, tan risueño y tan alegre, que mostraba bien la tranquilidad de su alma. Pero lo mas extraordinario, y lo que verdaderamente asombra mas, es que un hombre de una salud tan estragada, y que cási siempre estaba enfermo, pudiese hacer tantas maravillas. Él solo fundó ciento y seis monasterios en diferentes provincias de la cristiandad. El primero fue el de las tres Fontanas en la diócesis de Chalons, el año de 1118. Á este se siguió en el mismo año el de Tarouca en Portugal, á donde el Santo envió una colonia. Fueron pocos los reinos de la cristiandad que no deseasen tener discípulos suyos. La Saboya, la Italia, la Sicilia, España, Inglaterra, Escocia y Alemania vieron resucitado en sus dominios todo el primitivo fervor y toda la perfeccion de la vida monástica luego que entraron en ellos los monjes de Claraval; y fueron pocos los príncipes cristianos y los prelados eclesiásticos que no los pidiesen.

Pero ninguna cosa hace formar mas justo ni mas elevado concepto del extraordinario mérito y la eminente santidad de san Bernardo, que los grandes, importantes é innumerables servicios que hizo á la Iglesia. Despues de haber sido padre de los pobres, maestro de los religiosos, reformador de la disciplina, y predicador de la penitencia, mostró Dios que tambien le habia escogido para ser pacificador de las turbaciones públicas, árbitro de las diferencias, taumaturgo de su tiempo, azote de los enemigos de la fe, y uno de los mayores doctores de la Iglesia.

En el año de 1124 reconcilió al pueblo de Reims con su arzobispo; en el de 1127 á Estéban, obispo de París, con Luis el Craso, rey de Francia. En el mismo año hizo varias excursiones para el mismo fin por diferentes partes del reino. En estos viajes compuso aquel importante tratado que nos dejó *Sobre la gracia y el libre albedrío*. Al año siguiente envió á Francia el papa Honorio II por su legado al cardenal Mateo, para que celebrase un concilio en Troya, y quiso que san Bernardo asistiese á él. Habíase ya retirado el Santo á Claraval, con firme resolucion de no salir mas de allí, y alegó mil razones para excusarse, pero no le valieron. Fuele preciso obedecer, y despues de haber mostrado al mundo que era el restaurador de la disciplina monástica, le hizo ver que era tambien el alma de los concilios. Por sus decisiones y por sus consejos se arreglaron los cánones del de Troya. Diósele comision á san Bernardo para que dispusiese los estatutos del Órden militar de los Templarios, y con esta ocasion escribió al gran maestre aquel admirable tratado que se intitula: *Exhortacion á los caballeros del Temple*.

Ya habia vuelto nuestro Santo á tomar el camino de Claraval, impelido de su amor á la soledad, cuando un funesto cisma que se suscitó le obligó á acudir al socorro de la Iglesia. Acababa de formarle la ambicion de Pedro de Lyon, que tomó el nombre de Anacleto, contra Inocencio II, legítimo pontífice. Tuvo arte el Antipapa para atraer á su partido, no solo á la ciudad de Roma y el Milanés, sino tambien á Rogerio, rey de Sicilia, al duque de Guiena, y á otros muchos príncipes. El papa Inocencio refugióse á Francia, y celebró en ella los concilios de Clermont y de Etampes, á que se halló presente Luis el Craso. Obligósele á Bernardo á que concurriese á él. Examináronse las elecciones de Inocencio y de Anacleto, y convinieron todos los Padres en que se le dejase al santo Abad la decision de un punto tan delicado. Despues de un maduro exámen, pronunció Bernardo su sentencia en favor del papa Inocencio, y todo el concilio abrazó y veneró como oráculo el dictámen de nuestro Santo, declarando por antipapa á Anacleto. El mismo partido siguieron la Alemania, Inglaterra y España. Solo el duque Guillelmo, famoso por sus excesos, defendia con obstinacion el cisma en que se habia empeñado. Hizo san Bernardo muchos viajes á la corte del Duque para reducirle á la razon; pero todas sus diligencias las frustraba Gerardo, obispo de Angulema, ciego partidario de Anacleto. Pidió el Santo á Dios en la misa por la conversion del Duque, y la alcanzó. Despues de la consagracion, y dada la paz al pueblo, tomó Bernardo el cuerpo de Cristo sobre la patena,

sálese fuera de la iglesia donde estaba el Duque, y arrojando fuego por el semblante, y centellas por los ojos, le habló en tono tan imperioso y tan terrible, que atemorizado el Duque, cayó derribado en tierra medio muerto, y no se pudo levantar hasta que el Santo le dió un golpe con el pié, mandándole que lo hiciese, y escuchase con respeto y reverencia lo que Dios le intimaba por su boca. De repente se convirtió aquel lobo en un manso cordero, y de insigne pecador pasó á ser modelo de la mas austera penitencia. Despues de esta ilustre conquista voló san Bernardo á sepultarse en su Claraval; pero todavía la Iglesia tuvo necesidad de su celo y de sus apostólicos trabajos.

Hallándose el Papa en Lieja, recibió la obediencia de Lotario, rey de romanos; pero se halló muy embarazado con las pretensiones y demandas de aquel Príncipe. Apenas se vió Bernardo con el Rey, cuando todo quedó arreglado á satisfaccion del Papa. Hallóse el Santo en precision de hacer un viaje á Flandes, donde con su presencia perfeccionó muchas ilustres conversiones, que ya habian comenzado su reputacion y sus escritos. Mas de treinta caballeros le vinieron siguiendo á Claraval para entregarse á su direccion; y en el propio año, el mismo Papa con toda su corte vino á visitarle en su monasterio. Fue recibido con aquella pomposa simplicidad que tanto cautiva y tanto edifica á los grandes, halláronse en medio de una multitud de ángeles en carne mortal, que movieron la admiracion, y aun sacaron lágrimas á toda la corte romana. Ni uno solo de tanto número de santos monjes levantó siquiera los ojos para satisfacer una curiosidad tan digna de perdonarse.

Siguióse despues el concilio de Reims, en que presidió el mismo Papa, y tambien este concilio obligó á Bernardo á abandonar su amado desierto. Luego que se concluyó, hizo mil instancias para que se le permitiese restituirse á su Claraval; pero se le mandó que siguiese al Papa en su viaje á Italia. Asistió al concilio de Plasencia, y habiendo reconciliado á los de Pisa con los genoveses, acompañó á Su Santidad hasta Roma. Habíale destinado el cielo para ser árbitro de todas las diferencias. Hízole el Pontífice legado suyo á Alemania, para reconciliar á Conrado, duque de Suavia, con el Emperador; y de vuelta se halló en el concilio de Pisa. Fue el oráculo de él, como lo habia sido de los precedentes; y desde allí pasó á Milan para purgarla de la infeccion del cisma. Al rededor de él no se oian mas que aclamaciones, gritos de alegría, apellidándole en todas partes el Angel de la paz y la columna de la Iglesia. Es verdad que á todas le acompañaba el don de milagros. Obró un prodigioso número de ellos

en Milan, en Pisa y en Cremona; pero el mayor y el mas asombroso de todos sus milagros era el mismo Bernardo. Entre tanta multitud de gravísimas y penosísimas ocupaciones, compuso la admirable obra del *Cántico de los cánticos;* y como si no tuviese otra cosa en que pensar que en cuidar y en extender las colonias de su monasterio de Claraval, en aquel mismo año fundó cinco monasterios. Parecia que no era posible mantenerse la Iglesia universal sin su actividad, siempre victoriosa y eficaz. Proseguia el rey de Sicilia Rogerio en sostener el cisma con porfía y con obstinacion. Tambien esta conversion estaba reservada á nuestro santo Abad. Hallábase á la sazon mal convalecido de una enfermedad, y no obstante marchó á la corte de Rogerio, confundió y desvaneció en su presencia todas las razones del cardenal Pedro de Pisa, reputado por el hombre mas elocuente de su siglo, y finalmente apagó enteramente el cisma. De todas las magníficas ofertas que le hizo el papa Inocencio en reconocimiento de sus grandes é importantísimos servicios, solo admitió un diente de san Cesáreo mártir, con cuya reliquia se volvió á encerrar en su amada soledad, de donde envió dos colonias de sus hijos á Sicilia, en cuyo reino el rey Rogerio acababa de fundar dos monasterios para los monjes de Claraval, y despachó á Irlanda otra tercera, á peticion de su grande amigo san Malaquías.

Parecia que para vencer todos los enemigos de la fe y de la Iglesia no habia otro que el Abad de Claraval. Pedro Abelardo, célebre doctor, por la viveza de su ingenio, y por su brillante erudicion que ostentaba con orgullo, se estragó primero en las costumbres, y muy poco despues desbarró tambien en la fe, enseñando muchos errores, que obligaron á los prelados á convocar un concilio en Sens. Fue llamado á él san Bernardo, refutó los errores de Abelardo, confundióle, y en fin le movió á que hiciese penitencia el resto de su vida. Ni fue este solo el triunfo que nuestro Santo consiguió de los enemigos de la Iglesia. Pedro de Bruis, y Enrique su discípulo, quedaron igualmente confundidos por él, no menos que Arnoldo de Brescia, y todos sus secuaces. Combatió con el mismo valor á otra casta de herejes, que se llamaban apostólicos, y se opuso con vigor al monje Raul ó Raulo, que movido de indiscreto celo predicaba se debia quitar la vida á todos los judíos; haciendo asimismo condenar en el concilio de Reims á Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, y á Eon de la Estrella. Llamábanle el taumaturgo del Occidente, por el prodigioso número de milagros que obraba, no ya en secreto ó en el rincon de Claraval, sino á vista de todo el mundo. El año de 1145 tuvo el con-

suelo de ver elevado á la cátedra de san Pedro uno de sus discípulos, Pedro Bernardo de Paganella, á quien el mismo Santo habia nombrado por abad del monasterio de San Anastasio en Roma. Tomó el nombre de Eugenio III, y con el tiempo el santo Abad le dirigió su precioso libro *de la Consideracion*. En su pontificado se le encargó á san Bernardo que predicase la cruzada contra los infieles. Hízolo con suceso tan feliz, y autorizó con tantos milagros lo que predicaba, que nunca se vió ejército mas numeroso de cruzados. Malogróse esta empresa por los enormes pecados y excesos que los soldados cometieron. Atribuyó el Santo á solas sus culpas esta desgracia; y padeció con alegría una especie de persecucion que ella misma le ocasionó. Habiendo asistido san Bernardo, como oráculo de la Iglesia, á los concilios de Etampes, de Reims y de Tréveris, se retiró á Claraval para recibir al papa Eugenio, y en presencia de Su Santidad celebró allí mismo un Capítulo general de su Órden. Pero conociendo que cada dia se le iban debilitando mas las fuerzas, consiguió en fin que le dejasen quieto en su desierto. No fue inútil á la Iglesia este corto descanso; en él compuso muchas obras llenas de aquella mocion y dulzura espiritual que se experimenta en todos sus escritos, efecto de aquel abrasado amor de Dios que inflamaba su corazon, y de aquella ternísima devocion que era propiamente su carácter. Pero la que mas se dejaba admirar era la que profesaba á la santísima Vírgen. No hubo siervo alguno de esta Señora, ni mas fervoroso, ni mas delicado, ni mas elocuente, ni mas celoso en inspirar su devocion y en extender su culto. Basta leer sus obras para dudar si en todos los siglos tuvo jamás la santísima Vírgen favorecido mas amado, ni siervo mas fiel. Hallándose un dia en la catedral de Espira, en medio del pueblo y clero que le rodeaba, extático y arrebatado, como acostumbraba, hizo tres genuflexiones, y exclamó: *O clemens! ô pia! ô dulcis virgo Maria!* palabras que despues añadió la Iglesia á la antífona que tan frecuentemente reza á esta Señora.

Ningun dia dejó de celebrar el santo sacrificio de la misa, ni por sus viajes, ni por sus ocupaciones, ni por sus trabajos apostólicos, ni mucho menos por sus penosas enfermedades, que se le aumentaron los últimos años de su vida. Continuó ofreciendo el divino sacrificio hasta las últimas extremidades de esta, y siempre con nueva devocion y con mas encendido fervor. En su última enfermedad fue visitado por Gumardo, rey de Cerdeña, que movido de la fama de su eminente santidad, vino expresamente á Claraval para este intento. Hablóle el Santo del abuso y de la vanidad de las cosas hu-



manas, exhortándole á que se quedase en Claraval; vióle poco dispuesto á seguir su consejo, y dejóle ir; pero le pronosticó, que presto antepondria la quietud de una celda en aquel monasterio á todo el esplendor del reino de Cerdeña; y así sucedió efectivamente un año despues.

Hizo un viaje á Claraval Illino, arzobispo de Tréveris, para suplicar al Santo fuese á poner paz entre los moradores de Metz y algunos príncipes vecinos que desolaban aquella provincia. Hallábase san Bernardo poco menos que moribundo, y quiso sacrificar lo poco que le restaba de vida á la quietud y á la salvacion de aquellos pueblos. Dióle fuerzas el Señor; separó los dos ejércitos, pacificó los ánimos, reconciliólos, y cimentando aquella paz con muchos milagros, se restituyó á Claraval para terminar tan santa vida con una santa muerte. Fueron sus últimos suspiros continuados actos del mas puro y mas encendido amor de Dios, y efectos todos de aquella su extremada y tierna confianza en la santísima Vírgen. En fin, el dia 20 de agosto del año de 1153, este gran Santo, restaurador de la vida monástica, modelo de la mas eminente santidad, oráculo del mundo cristiano, órgano del Espíritu Santo, alma de los concilios, mediador y árbitro de todas las diferencias, objeto de veneracion á los Papas y á los Reyes, y de admiracion á todos los pueblos, habiendo renunciado los mas altos puestos y las mas elevadas dignidades de la Iglesia, murió en Claraval con la muerte de los justos, entre los brazos de sus monjes, á presencia de gran número de obispos y de abades que de todas partes habian concurrido á recibir su bendicion, y hallarse presentes á su muerte. Murió á los sesenta y tres años de su edad, cuarenta de la vida religiosa, y treinta y ocho de abad. Fueron sus funerales los que se acostumbraban en la muerte de los Santos, acompañados de mucha devocion, de grande respeto, y de suma veneracion á sus santas reliquias. Diósele sepultura en la iglesia de Claraval, delante del altar de la santísima Vírgen, á quien está dedicada. Fueron tantos y tan ruidosos los milagros que obró Dios en el sepulcro de san Bernardo, que no se le dilató largo tiempo el culto público. Veinte años despues de su muerte fue solemnemente canonizado por el papa Alejandro III, que celebró de pontifical el dia de su canonizacion, cantándole la misa de doctor de la Iglesia.

HIMNO.

BERNARDUS *inclytis ortus natalibus,*
Præclarus meritis, cum claris fratribus,
Fugit in abditis, paternis opibus
Spretis, et mundi flosculo.
Latrator strenuus, sanctus ex utero,
Doctor præcipuus nectare supero;
Vigil assiduus, sub salutifero
Monstratur matri catulo.
Pulsante fœmina latrones clamitat:
Defixa lumina stagno præcipitat:
Abhorret carmina, luxum suppeditat,
Jactæ cedit in lectulo.
Intrat Cistercium cum tricenario,
Fratris connubium solvit religio:
Gerardus hostium perfossus gladio
Liber exit cum vinculo.
Jussu pontificis obedit rustico,
Oleum calicis bibit pro therico,
Stat in veridicis corde prophetico,
Rastrum coæquat annulo.
Scribit epistolam in imbris medio,
Muscæ parabolam affert extinctio:
Feminam discolam plenam dæmonio
Curat crucis signaculo.
MARIÆ *cithara Scripturas explicat,*
Spoliat tartara, functos vivificat:
Nec non gens barbara hunc sanctum prædicat;
Ore, stylo, miraculo.
Sit laus Ingenito, decus et gloria,
Ab Unigenito, sit reis venia,
Nobis Paraclita præstante gaudia
In infinito sæculo.
Amen.

SAN BERNARDO de estirpe y méritos preclaros
Fuese á la soledad con sus caros hermanos,
La herencia paternal todos abandonaron,
Del mundo el oropel todos despreciaron.
Desde la cuna santo, insigne ladrador;
Mas dulce que la miel fue sublime doctor;
Asiduo vigilante, su madre infantillo
Bajo la forma vióle de tierno cachorrillo.
Una mujer le excita, y él *ladrones* clama;
Y en un estanque helado va á apagar su llama;
Detesta la poesía, el loco lujo doma,
Y en miserable lecho su descanso toma.
Entra con otros treinta en el Cister BERNARDO,
Entre ellos hay su hermano el militar Gerardo,
El cual, en justa lid herido, al claustro va
Y de casarse así por siempre libre está.
Á un rústico obedece por órden superior,
Y toma por triaca aceite sin temor;
Con ojo de profeta anuncia lo futuro,
Y siendo abad se humilla al trabajo mas duro.
Una carta escribe no obstante lluvia fuerte,
Parábola le da de una mosca la muerte;
Una mujer procaz del demonio está llena,
Y con sola una cruz la libra de esta pena.
Con la lira MARIANA la Escritura explica,
Preserva del Averno, muertos vivifica,
De modo que cual Santo aun la gente infiel
Lo aclama al verle hacer tan brillante papel.
Gloria y alabanza al Padre no engendrado,
Concédanos perdon el Dios Hijo humanado,
Y denos en el cielo el santo Paracleto
Descanso, bienestar y dicha por completo.
Amen.

DIA VI, ENTRE OCTAVA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA LA VÍRGEN MARÍA.

La Misa es en honra de san Bernardo, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Bernardum ministrum tribuisti; præsta quæsumus: ut, quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habeamus in cœlis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que diste á tu pueblo al bienaventurado Bernardo por ministro de salud eterna: concédenos que tengamos por intercesor en los cielos á quien en la tierra tuvimos por maestro de la vida. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXIX *del Eclesiástico.*

Justus cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum, qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecabitur. Aperiet os suum in oratione, et pro delictis suis deprecabitur. Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiæ replebit illum: et ipse tamquam imbres mittet eloquia sapientiæ suæ; in oratione confitebitur Domino: et ipse diriget consilium ejus, et disciplinam, et in absconditis suis consiliabitur. Ipse palam faciet disciplinam doctrinæ suæ, et in lege testamenti Domini gloriabitur. Collaudabunt multi sapientiam ejus, et usque in sæculum non delebitur. Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur à generatione in generationem. Sapientiam ejus enarrabunt gentes, et laudem ejus enuntiabit Ecclesia.

El justo, levantándose de madrugada, volverá su corazon al Señor que le crió, y hará oracion en presencia del Altísimo. Abrirá su boca para orar, y pedirá perdon de sus pecados. Porque si el Señor grande quisiere, le llenará de espíritu de inteligencia: y él esparcirá los eloquios de su sabiduría como lluvia, y dará gracias al Señor en la oracion, y este dirigirá su consejo y su doctrina, y se aconsejará en los juicios ocultos (del Señor). Él hará patente la enseñanza de su doctrina, y pondrá su gloria en la ley del testamento del Señor. Su sabiduría será alabada de muchos, y no se olvidará jamás. No perecerá su memoria, y su nombre se repetirá de una generacion en otra. Las naciones predicarán su sabiduría, y la Iglesia anunciará sus alabanzas.

REFLEXIONES.

Será su nombre honrado de siglo en siglo, y la Iglesia celebrará sus alabanzas. Esta profecía tiene por objeto á todos los justos. La série de los siglos, que va debilitando la memoria de todos los hombres grandes, da nuevo vigor á la de los Santos, haciéndola cada dia mas respetable. Consume el tiempo hasta el relieve de las mas bellas acciones de los héroes de la tierra; marchítase su lozanía hácia el caer de la tarde: solo la virtud de los justos no está sujeta á esta duracion caduca; siempre se conserva viva la brillantez de su mérito, y siempre encuentra la Iglesia en su piedad asunto nuevo á su elogio. Pero mucho mas á la letra se cumple esta profecía en la Reina de los Santos y Madre de los escogidos, de quien se dice con razon, que todos los siglos venideros exaltarán su dicha. De la santísima Vírgen se puede propiamente decir que la Iglesia celebrará todos los dias sus alabanzas, y que su nombre será de siglo en siglo honrado y glorificado. Es cierto que habiendo predestinado Dios á María desde toda la eternidad para Madre de su Hijo, desde toda la eternidad fue objeto de la predileccion de toda la adorable Trinidad; y si los Ángeles desde el primer instante de su creacion conocieron á Jesucristo por la fe,

¿cómo pudieran menos de reconocer y de venerar á su Madre? San Agustin, san Juan Damasceno, san Bernardo y otros muchos santos Padres aseguran que á los Profetas y á los Patriarcas de la Ley antigua se les dió anticipado conocimiento de la Madre del Redentor, y que mucho mas se les concedió á los Ángeles; pues ¡cuáles serian sus afectos de admiracion, de amor y de respeto! *A Prophetis prænuntiata* (dice san Sofronio), *à Patriarchis figuris et ænigmatibus præsignata, ab Evangelistis exhibita et monstrata, ab Angelis venerabiliter atque officiosissime salutata.* Las hijas de Sion, es decir, las almas fieles de todos tiempos y de todos los siglos, vieron y publicaron su mérito y su gloria (*Cant.* VI): *Viderunt eam filiæ Sion, et beatissimam prædicaverunt.* ¿Qué idea mas sublime de su elevada dignidad; qué elogio mas magnífico que el del ángel san Gabriel en el dia de su Anunciacion; qué veneracion mas caracterizada que la de santa Isabel en el de la Visitacion? *Benedicta tu in mulieribus.* (Luc. I). Pero no se contenta con esto. ¿De dónde á mí (añade) que la Madre de mi Señor me venga á visitar? *Unde hoc mihi?* ¿De qué manera, y en qué términos se explica Santiago el Menor en su liturgia sobre las alabanzas de la santísima Vírgen? «Todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó «llena de gracias; todos los Ángeles y todos los hombres os honren «y os reconozcan por templo santo, paraíso espiritual y gloria de las «Vírgenes, de quien Dios quiso tomar carne, y á quien se dignó re«conocer por madre como hijo; todas las criaturas os alaben y os «bendigan, ó llena de gracias.» Sabemos lo que en este punto sintió san Juan y todos los demás Apóstoles. En todos los siglos de la Iglesia hubo grandes hombres y grandes Santos; pero ninguno de estos grandes doctores dejó de sentir lo mismo por la Madre de Dios. San Ignacio mártir en el siglo I; san Justino y san Ireneo en el II; san Gregorio de Neocesarea y san Cipriano en el III; san Anastasio, san Efren, san Basilio, san Epifanio, san Ambrosio, san Agustin, san Jerónimo, san Crisóstomo, san Sofronio en el IV; san Cirilo, san Euquerio, san Crisólogo y san Basilio el de Seleucia en el V; san Fulgencio, san Andrés de Candía y otros muchos en el VI; san Gregorio el Grande, san Ildefonso y todos los Padres del segundo concilio de Nicea en el VII; san German de Constantinopla y san Juan Damasceno, con el quinto y séptimo concilio general en el VIII; san Nicéforo y Teófanes de Nicea en el IX; el sábio Idiota y san Fulberto en el X; el bienaventurado Pedro Damian y san Anselmo en el XI; san Bernardo en todas sus obras; el abad Ruperto, Arnaldo de Chartres, y Hugo de San Víctor en el XII; el papa Inocencio III, y el

célebre Guillelmo de París, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura, sin hablar de santo Domingo y de san Francisco, en el XIII; el sábio Escoto, san Bernardino de Sena, Juan Gerson, san Laurencio Justiniani y san Antonino en el XIV; todos los grandes hombres y todos los sábios en los siglos siguientes; todas estas lumbreras del mundo cristiano, todos estos oráculos del Espíritu Santo y de la Iglesia, como que apuraron sus voces y su elocuencia en publicar las grandezas de la Madre de Dios, en exaltar su poder despues del de su Hijo, en exhortar á todos los cristianos con expresiones dignas de tal asunto, y con los términos mas enérgicos, á una confianza sin límites, á una singular veneracion, y á una tierna devocion con la santísima Vírgen. Pues ¿qué podrán esperar de su futuro estado y de su eterna salvacion aquellos que no tienen esta tierna devocion y esta confianza llena de consuelo en la Madre de Dios?

El Evangelio es del capítulo V *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut Prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis, donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestrà luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la Ley, ó los Profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la Ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrantare alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

Del singular culto que debemos rendir á la santísima Vírgen.

Punto primero.—Considera que en haciendo reflexion á que la Vírgen es Madre de Dios, fácilmente se comprende el ardor, la tierna devocion y el profundo respeto con que debe ser reverenciada. Solamente los Arrianos, los Nestorianos, los Calvinistas y los Luteranos, enemigos mortales de la Iglesia y de Jesucristo, tuvieron atrevimiento y descaro para desaprobar y condenar el religioso culto que se debe tributar á María. Si hasta el Hijo de Dios respeta á su Madre, ¿cuánto deberán venerar los fieles á aquella portentosa mujer á quien estuvo sujeto aun el mismo Hijo de Dios? Toda la Iglesia implora muchas veces al dia su poderosa intercesion; ¿qué culto no la deben rendir los hijos verdaderos de ella? El infierno vomita sin cesar horribles blasfemias contra esta Señora; pero ¿cuántas no vomita continuamente contra Jesucristo? Jamás hubo, ni jamás habrá quien siga su opinion y tenga el mismo lenguaje, sino la herejía, hija primogénita del infierno. Los verdaderos hijos de Dios hablan y discurren muy de otra manera. Tantos templos, tantos altares erigidos en su honor, tantos votos ofrecidos para merecer su proteccion, tantas piadosas congregaciones y cofradías como hay en la Iglesia católica bajo los auspicios de su soberano nombre, todo prueba, todo publica la necesidad y la santidad de su culto. La sublime, la incomprensible dignidad de Madre de Dios; el augusto título de mediadora con el Hijo del eterno Padre; nuestras necesidades, nuestros intereses, nuestra esperanza, nuestra fe y nuestro reconocimiento, todo nos está pidiendo el mismo reverente culto. Es un tributo debido á la excelencia, á la suma dignidad de Madre de Dios, de Reina de los Ángeles y de los hombres, á la eminente santidad de aquella que es inferior á solo Dios, y superior á todo lo que no es Dios. Al considerar los afectos de la mas humilde, de la mas profunda veneracion con que todos los Santos honraron á la santísima Vírgen, las expresiones de que se valieron para manifestar su respeto interior, que ni uno solo dejó de tributar el culto mas elevado, exceptuando la adoracion de latría; cuando se hace reflexion á que la Iglesia, no contenta con celebrar tantas fiestas en su honor con toda la solemnidad posible, no dándose por satisfecha con no comenzar ni acabar jamás el oficio divino sin una oracion particular á la santísima Vírgen, quiere que todos los dias se toque tres veces la campana, para

acordar á los fieles que tributen á esta divina Madre el culto que se la debe; ¡cuánto debemos sentir el haberla honrado tan tibiamente hasta este dia! ¡oh, y cuánta negligencia en su servicio! ¡qué frialdad, qué indecencia en el culto que la hemos tributado!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que hay en la Iglesia tres especies de religioso culto. El de *latría*, ó de suprema adoracion, que solo pertenece á Dios, y á solo él debe terminarse. Esta adoracion interior, que rendimos á Dios en espíritu y en verdad, tiene sus actos ó señales exteriores, siendo la principal de ellas el sacrificio, el cual á solo Dios se le puede ofrecer; por cuanto el sacrificio se instituyó para dar un público testimonio, y para hacer una solemne protestacion y auténtico reconocimiento de la soberanía de Dios y de nuestra dependencia de él. Todo este religioso culto se debe terminar á Dios como á su necesario fin; y si el que tributa la Iglesia á la Vírgen y á los Santos se puede llamar religioso, es porque necesariamente se refiere á Dios. Así, pues, hablando en propiedad; no es á María á quien dedicamos altares, consagramos templos, y ofrecemos sacrificio, sino á Dios que la escogió, y que la santificó, y que la glorificó. El segundo culto es de *dulía*, y es el que se rinde á los Santos, y cuyas virtudes se celebran, y á ellos se les reconoce como á verdaderos siervos de Dios. Pero el culto que rendimos á la santísima Vírgen, como debe ser proporcionado á su santidad, y á la clase que ocupa en la corte celestial, tambien ha de ser de órden superior al que tributamos á los Santos, y por eso se llama de *hiperdulía;* esto es, de línea tan superior al de los demás bienaventurados, cuanta es la ventaja que la santísima Vírgen hace á todos ellos en santidad, en dignidad y en merecimientos. Y como la santísima Vírgen, en calidad de Madre de Dios, hace en la gloria, digámoslo así, clase aparte, y sentada á la diestra de su Hijo ocupa un trono muy superior á todos los Ángeles y á todos los Santos; tambien merece unos honores, una veneracion y unos cultos muy superiores á los que se tributan á todos los Santos que pueblan la celestial Jerusalen. Y bien, ¿qué culto especial es el que hasta aquí yo la he tributado? Toda veneracion es la medida del aprecio que hacemos del mérito de una persona, y del concepto que formamos de su dignidad. Y la veneracion que hemos profesado hasta ahora á la santísima Vírgen ¿será gran prueba de la excelencia de nuestro culto y de nuestra devocion á esta Señora? Respétanse los retratos, el nombre y hasta los palacios de los grandes; ¿qué respeto hemos tenido á los templos, á las imágenes y al nom-

bre de María? ¿Cuántas veces en nuestras devociones hemos confundido las apariencias de respeto con una mera costumbre?

Vírgen santa, grande es mi dolor de haberos honrado, de haberos amado tan poco hasta el dia de hoy. La confianza que tengo en vuestra bondad alienta mi esperanza de que olvidaréis mis pasadas negligencias. Desde este mismo punto comienzo á honraros como á Madre de mi Dios; comienzo á amaros como á mi querida Madre. Dignaos recibir el arrepentimiento y los votos de un humilde siervo vuestro, que ha sido infiel hasta aquí; pero que está bien resuelto á ser todo el resto de su vida el mas rendido y el mas celoso de todos vuestros esclavos.

JACULATORIAS.—Dignaos, ó sacratísima Vírgen, de que todos los dias de mi vida sean un perpétuo panegirista de vuestras alabanzas. (*Ecclesia*).

Dios te salve, Reina de los cielos; Dios te salve, Señora de los Ángeles y de los hombres. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Rézanse muchas oraciones, y se hace poca oracion; mas parece leer, que meditar ni pedir. El poco respeto y la poca atencion en las devociones las quitan el mérito, y nos privan del provecho. Si quieres que la Vírgen oiga tus oraciones, y que la sean agradables, vive bien. Siempre están puros los labios cuando el corazon no está manchado con culpa. Tu interior y exterior, respecto á la santísima Vírgen, sea prueba de la ternura con que la amas, y señal visible del religioso culto que la rindes. Venera singularmente todas las cosas que la pertenecen ó se refieren á ella; devociones, imágenes, símbolos, oraciones, capillas, cofradías, todo lo que se dirige á honrar á la Madre de Dios, á inspirar confianza en la Madre de Dios, y á promover la devocion con la Madre de Dios; todo ha de ser dulce, precioso y respetable para tí. No pierdas ocasion de mostrar tu religiosa pasion por la Madre de Dios, de exaltar sus grandezas, de publicar sus alabanzas y de extender su culto. Estos afectos son propios de todos sus verdaderos siervos.

2 Hónrase verdaderamente á la santísima Vírgen honrando á toda su familia, singularmente á santa Ana, á san Joaquin y á su prima santa Isabel, á san Zacarías, á san Juan Bautista, á san Juan Evangelista, y sobre todo á su casto esposo san José, guardia y tes-

tigo de su virginidad. Honra tambien por su respeto á todos los Santos que mas sobresalieron en su tierna devocion. Celebra con solemnidad y con especial fervor todas sus fiestas. Es devocion muy meritoría ayunar las vísperas de las festividades de la Vírgen. Pero sobre todo te has de imponer una ley particular de rezar con singular devocion las oraciones que hicieres á esta Señora. Jamás dejes de rezar las *Ave Marías* á la mañana, á mediodía y á la noche; pero siempre con toda atencion y respeto. Pronuncia siempre con grande veneracion el sagrado nombre de María, y entre dia repítela muchas veces esta bella oracion de la Iglesia: *María mater gratiæ, mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.*

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

La muerte gloriosa de santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, en Moulins en Francia, fundadora de las religiosas de la Visitacion de Santa María, esclarecida por su calidad, por la santidad de su vida en que perseveró en los cuatro estados que tuvo, y tambien por el don de milagros. Clemente XIII la canonizó. Su sagrado cuerpo fue trasladado á Annecy en la Saboya, donde fue solemnemente colocado en la primera iglesia de su Órden. Clemente XIV mandó que toda la Iglesia celebrase hoy su fiesta. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Ciriaca, viuda y mártir, en Roma en el campo Verano; la cual en la persecucion de Valeriano se dedicó personalmente con toda su hacienda al servicio de los Santos; y finalmente, padeciendo martirio, con muy buena voluntad dió tambien su vida.

San Anastasio Cornicularío, en Salona en Dalmacia; el cual viendo la constancia con que san Agapito padecia los tormentos, se convirtió á la fe, y confesando el nombre de Jesucristo fue martirizado por órden del emperador Aureliano, y voló al Señor.

El tránsito de los santos mártires Luxorio, Ciselio y Camerino, en Cerdeña; los cuales en la persecucion de Diocleciano por mandato del presidente Delfio fueron degollados.

San Privato, obispo y mártir, en Givoudan, que padeció en la persecucion de Valeriano y Galieno.

Los santos mártires Bonoso y Maximiano, en el mismo dia. *(Eran oficiales de una legion romana en tiempo de Juliano el Apóstata; y cuando este mandó quitar las cruces de los estandartes, y que todos los soldados adorasen los dioses, los dos Santos se negaron á obedecer. Por su negativa fueron primero azotados, luego metidos en una caldera de pez hirviendo, y por fin degollados en Antioquía el año 363, siendo asistidos por el patriarca san Melecio).*

San Paterno, mártir, en Fondi en Italia; el cual vino de Alejandría á Ro-

ma á visitar las memorias de los santos Apóstoles, y retirándose despues á Fondi, como se ocupase allí en dar sepultura á los cuerpos de los Mártires, fue preso por un tribuno, y murió en la cárcel.

Los santos mártires Basa, y sus hijos Teogonio, Agapio y Fidel, en Edesa en Siria; á los cuales en la persecucion de Maximiano la buena madre *(Basa)* los envió delante con sus exhortaciones á conseguir la palma del martirio; y ella despues los siguió en la victoria siendo degollada.

San Euprepio, obispo y confesor, en Verona.

San Cuadrato obispo.

San Bernardo Ptolomeo, abad, fundador de la Congregacion del monte Olivete, en Sena en Toscana. *(Despues de dar pruebas de doctrina y virtud, dispuso de sus bienes en beneficio de los pobres, y se retiró á un escabroso desierto cerca de Sena. Habiéndosele juntado algunos compañeros, fundó la Congregacion de Nuestra Señora del monte Olivete en el año de 1319, aprobada por la Santa Sede. Murió en 1348).*

SAN GERMAN, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA.

San German, uno de los mas celosos siervos de la santísima Vírgen en la Iglesia de Oriente, y uno de los mas célebres prelados de la Iglesia griega, nació hácia la mitad del siglo VII. Fue hijo del patricio Justiniano, á quien el emperador Constantino Pogonato mandó cortar la cabeza por muy ligeras sospechas. Sintió German vivísimamente esta desgraciada muerte, aunque era todavía muy niño, y estuvo inconsolable. Irritado el Emperador, y arrebatado de una barbaridad indigna del corazon humano, castigó severamente en el niño German el delito de haber sentido extremadamente la muerte de su querido padre. Pero al fin, prendado de su noble natural, de su bello ingenio, y sobre todo de su inclinacion á la virtud que ya se hacia admirar, se le trocó el corazon, y se arrepintió mucho, tanto de la muerte del padre, como de los malos tratamientos con que habia mortificado al hijo. Para reparar su falta cuidó que German fuese admitido en el clero, y aun el mismo Emperador hizo que se le diese un empleo distinguido en la iglesia de Constantinopla. Honró el nuevo clérigo su cargo, no menos por la brillantez de su ingenio, que por el ejemplo de sus virtudes. Aplicóse tanto á instruirse en las ciencias de la Religion, que en breve tiempo fue la mas resplandeciente antorcha de la clerecía, y con la pureza de sus costumbres ganó la estimacion y los corazones de toda la ciudad.

Parecía haber nacido ya desde el vientre de su madre con una tierna devocion á la santísima Vírgen, siendo esta respetuosa ternura hácia la Madre de Dios el carácter que le distinguió toda la vida. Cuanto

mas meditaba sus grandezas y sus benéficos favores, mas enardecia su elocuencia en publicar sin perder ocasion sus alabanzas. Tenemos pocos Padres de la Iglesia griega que hayan escrito en esta materia, ni con mas mocion ni con mayor energía. Tardó poco en ser elevado por sus méritos á la primera dignidad de aquella iglesia ; y su sabiduría, su celo por la Religion y su eminente virtud acreditaron que era muy digno de estar á la frente de la clerecía. Ya habia algunos años que brillaba German en Constantinopla, cuando vacó el obispado de Cycico en el Helesponto, y fue electo para él. Tomó su administracion hácia el fin del siglo VII. Habíale inficionado la herejía de los Monotelitas, como á la mayor parte de las otras diócesis de Oriente. Hallóse el Santo en un campo cubierto de malezas, que era preciso desmontar. En breve correspondió la miés á sus trabajos y á la magnanimidad de su celo. Con la pureza de la fe restituyó á su antiguo esplendor la pureza de las costumbres, y en menos de tres años mudó de semblante aquella iglesia, que despues de largo tiempo estaba desfigurada y afligida. Parecióle que el medio mas eficaz para reformar prontamente tantos errores y tantos abusos era resucitar la devocion á la santísima Vírgen. No le engañó su pensamiento : á favor de la proteccion de la Madre de Dios, que destruye todas las herejías, se renovó la pureza de la fe y la reformacion de las costumbres, y en muy breve tiempo vió el santo Pastor unidas todas sus ovejas en un mismo rebaño.

Siendo san German tan agradable á los ojos de Dios, no podia menos de ser probado por la tribulacion. Era el emperador Filipo Bardanés hereje monotelita, y era nuestro Santo ardiente defensor de la verdadera fe ; por lo que no era posible que el Emperador le dejase en paz. Habiendo desterrado al bienaventurado Ciro, patriarca de Constantinopla, al monasterio de Choras, le dió por compañero en el destierro al que era imitador de sus virtudes y de su celo. Mantúvose desterrado nuestro Santo hasta que Filipo, fautor de los herejes, fue depuesto del trono imperial, y colocado en su lugar Anastasio, príncipe católico. Habia solos catorce meses que era dueño del imperio, y viendo la silla patriarcal de Constantinopla ocupada por un hereje intruso llamado Juan, le desposeyó de ella, y fue electo por patriarca el obispo de Cycico. El clero, el senado y el pueblo recibieron á san German con aplauso universal ; y luego se persuadieron todos á que aquella traslacion habia sido un rasgo singular de la divina Providencia, que queria resucitar en la iglesia de Constantinopla la fe, la religion y la virtud. El dia de su entrada pública una

mujer embarazada se subió encima de un banco para verle mejor, y comenzó á gritar en presencia de toda la muchedumbre: *Santo prelado, echa la bendicion al fruto que tengo en mis entrañas.— Bendígate Dios,* respondió el Patriarca, *por intercesion del primer Mártir.* Esta última palabra excitó el pensamiento de poner el nombre de Estéban al niño, que á tiempo parió aquella buena mujer, y fue despues san Estéban el Mozo, que en tiempo de Constantino Coprónimo padeció el martirio en defensa de las santas imágenes.

Apenas se vió nuestro Santo en la silla patriarcal de Constantinopla, cuando se vieron tambien mudadas las costumbres de toda la ciudad. Su primera diligencia fue resucitar con sus sermones y con sus ejemplos la devocion á la santísima Vírgen. Este era el gran secreto de que se servia para la conversion de las almas, y para obrar sus ordinarias maravillas. Las revoluciones que sucedieron en el imperio de Oriente alteraron un poco la paz que gozaba la Iglesia. Fue destronado el emperador Anastasio; sucedióle Teodosio III, que muy presto renunció el trono en Leon Isáurico, el cual se mostró católico á los principios; pero nuestro san German previó las calamidades que habia de padecer la Iglesia, cuando en el año de 719, al tiempo de hacer la ceremonia de bautizar al hijo del Emperador, á quien se le puso el nombre de Constantino, notó que se habia ensuciado en la pila del bautismo.

Duraba todavía la calma, cuando un prodigioso ejército de árabes y de sarracenos entró por el país, y puso sitio á la ciudad imperial. Duró el sitio tres años, en cuyo tiempo muchas veces estuvo en peligro de ser tomada por asalto. En esta pública calamidad se manifestó el celo y la caridad de nuestro Santo; pues viendo que eran muy flacas todas las fuerzas humanas para resistir aquella espantosa multitud de enemigos, recurrió á su ordinario asilo la santísima Vírgen. Predicaba fervorosamente todos los dias, exhortando sin cesar á los fieles que procurasen aplacar la cólera del cielo por medio de la penitencia. Disponíanse los bárbaros para un asalto general, y el Santo ordenó que por tres dias seguidos se celebrase una solemne procesion sobre las mismas murallas, llevando en ella una imágen de la Reina de los cielos. Experimentóse luego el efecto de su poderosa proteccion. Vió el general de los sarracenos desde su mismo campo esta religiosa ceremonia, y preocupado de terror, determinó levantar el sitio. Capituló con el Emperador, y fue una de las condiciones que antes de retirarse se le permitiria entrar en la ciudad á él y á sus principales oficiales, solo por satisfacer su curiosidad, entregándose re-

henes por una y por otra parte. Ya habian entrado algunos de los primeros, y el general estaba ya en la misma puerta del Bósforo, cuando le detuvo inmoble una mano invisible ; y levantando atónito los ojos, vió una imágen de la santísima Vírgen sobre la puerta de la ciudad. Quedó tan asombrado, que retrocediendo inmediatamente, se embarcó con precipitacion y se puso en fuga. Hace mencion de este prodigio una epístola del papa Gregorio II á san German, que se halla en las actas del segundo concilio de Nicea, y de él tomó ocasion nuestro Santo para predicar á su pueblo de Constantinopla unos sermones tan elocuentes sobre las grandezas y las alabanzas de la Vírgen. «Ninguno hay, ó Vírgen beatísima, exclamaba el Santo, que pueda «esperar su salvacion sino por medio tuyo ; ninguno que pueda ob- «tener misericordia sino por tu intercesion. Ó santa Madre de Dios, «¡qué seria de nosotros si nos abandonaras tú, que eres la vida y el «espíritu de todos los Cristianos! Es señal de predestinacion y de vida «tener continuamente en la boca el santo nombre de María... Así «como la respiracion es señal de vida en el cuerpo, así el tener in- «cesantemente en la boca tu santo nombre, ó Vírgen Madre de Dios, «no solo es señal de vida y alegría, sino que el mismo nombre la pro- «cura. Sea el nombre de la Madre de mi Dios la última palabra y el «último acento de mi lengua, para que partiendo de este mundo con «este ramo de oliva en la boca, vuele al lugar del descanso y de la «paz : *Ut illud, velut olivæ ramum in ore referens, avolem, et requies- «cam*... Vos sois, ó Madre de Dios, dice en otra parte, todopoderosa «para salvar los pecadores ; ni necesitais de otra recomendacion para «con Dios, porque sois madre de la verdadera vida. Vuestra protec- «cion es infalible ; vuestra intercesion prenda de la vida misma. Si «Vos no nos enseñárais el camino, ninguno seria espiritual ; ninguno «adoraria á Dios en espíritu ; hízose espiritual el hombre desde que «Dios os hizo á Vos morada y habitacion del Espíritu de Dios. Ó Ma- «dre de Dios, ninguno está lleno del conocimiento de Dios sino por «Vos. Ó Vírgen santísima, ninguno se salva sino por vuestra inter- «cesion. Ó Madre de Dios, ninguno se libra de los peligros sino por «vuestro favor. Ó Vírgen Madre, ninguno consigue gracia alguna «sino por vuestra mediacion. Ó Vírgen amada de Dios, tú eres el «mas dulce consuelo que he recibido de Dios en todos mis trabajos, «tú el rocío celestial que refresca mis ardores : en el seno de tu mi- «sericordia encuentra mi corazon refrigerio en sus arideces y seque- «dades. Despues de Dios tú eres mi fortaleza, mi apoyo, toda mi con-

«fianza; oye, te ruego, mis oraciones. No hay cosa mas propia de «la Madre de mi Dios, la cual ama tanto los pecadores.»

Todos los sermones de este gran Santo están llenos de ternísimos afectos á la santísima Vírgen; y así esta Señora le sostuvo amorosamente en todos sus trabajos, porque habiéndose declarado iconoclasta el emperador Leon, no perdonó á medio alguno para perder á un hombre que tan ilustre y valerosamente defendia la verdadera fe. Valióse de cuantos artificios pudo y supo para desacreditarle: calumnias, embustes, persecuciones, de todo echó mano para despojarle de la silla patriarcal, sin acordarse de los importantes servicios que el Santo habia hecho á la ciudad y al mismo Emperador; pero al santo Patriarca ni le acobardaron las amenazas, ni le hicieron perder su vigor los malos tratamientos. Publicó Leon un impío edicto contra el culto de las santas imágenes; salió al encuentro san German defendiendo la fe con tanta fuerza y con tanto valor, así en sus escritos como en sus sermones, que ofendido y fuera de sí el Emperador por la santa libertad con que le habia reprendido su impiedad, y furiosamente irritado por el celo con que predicaba contra la nueva herejía, le mandó abofetear, azotar y ultrajar ignominiosamente por los mismos soldados que envió para que le echasen del púlpito abajo. Contaba ya á la sazon noventa años el venerable Prelado, y se mostró insensible á tan indignos ultrajes; pero no bastó su paciencia para aplacar el ánimo del impío Emperador. Hízole deponer de su silla por una multitud de obispos vendidos á sus pasiones, y empeñados en su misma herejía, desterrándole despues al monasterio de Choras, donde ya habia estado antes en compañía de san Ciro, su predecesor en la silla patriarcal de Constantinopla. Vivió san German otros dos ó tres años en aquel retiro, entregado enteramente á Dios y á los ejemplares ejercicios de la mas consumada virtud; y el año, en fin, de 734, consumido al rigor de sus penitencias y de sus largos trabajos, cargado de merecimientos, despues de una vida tan dilatada como inocente, rindió su bienaventurado espíritu en manos de su Criador en el monasterio de Choras. Allí estuvo sepultado su santo cuerpo hasta que con el tiempo fue trasladado á Francia por los franceses cuando estos se apoderaron de Constantinopla. Venéranse sus reliquias en la iglesia de Borty, pueblo situado entre el Limosin y el Auvergne. Fue siempre reputado san German por uno de los mayores siervos de la Madre de Dios, y por el primer defensor de las sagradas imágenes.

SAN JUAN, CONFESOR.

El glorioso martirio de san Perfecto dispertó en los ánimos de los fieles de Córdoba gran celo de la honra de Dios y ánimo para defenderla. Señalóse en esto el esclarecido confesor Juan, natural de aquella ciudad, sucesor suyo en las prisiones y baldones, y en la gloria de la confesion, aunque no en la muerte. Era Juan mercader rico, oficio á que solian darse entonces los Cristianos para llevar el peso de los tributos. Viendo los moros cuán bien entablado tenia su negocio, envidiosos de su prosperidad calumniaron sus tratos, y con fraudes hechas á mano para derribarlo, alcanzaron del juez que lo pusiese en la cárcel. Ya entonces no se contentaban con atajar la bonanza de su comercio; trataron de cortarle el hilo de la vida. Para esto le tramaron una gran calumnia, acometiéndole sobre falso con quejas que no tenian, para que les diese ocasion de tenerlas. Hacíanle cargo de que muchas veces tomaba en la boca por burla el nombre de su falso Profeta, y blasfemaba de él, y lo juraba en abono de sus mentiras para engañar á los que no sabian si era cristiano. El santo Confesor, muy ajeno de la traicion de aquella gente, procuró reportarlos con la verdad, y quiso satisfacerles. Mas cómo no pretendian satisfaccion sino ofensa para sujetarlo á castigo, sin darle lugar de descargo alguno, metieron el negocio á barato, supliendo en voces como con mal pleito lo que les faltaba de razon, y unos sobre otros gritando porfiaban por hacer de su mentira verdad. Cansóse el Santo de aquella algazara, y sufriéndose un poco llevó el negocio por burla, y les respondió con cara de risa, aunque con denuedo cristiano: ¿Qué decís? ¿yo jurar por vuestro falso Profeta? Maldito sea de Dios quien desea nombrarlo ni aun tomarlo jamás en boca. Luego que oyeron esto, levantaron un extraordinario alboroto, y con gritos descompasados, echándole mano y atropellándolo, lo presentaron al juez. Acusáronlo de que sentia y hablaba mal de Mahoma, de que escarnecia de su santidad, de que á tono de chiste decia blasfemias para inducir disimuladamente á desprecio de su ley. Fingió piedad el juez, y no hallando bastante averiguacion para condenarlo á pena capital, lo mandó azotar con gran fiereza hasta que negase á Jesucristo. El Santo entonces confesó de plano la acusacion que le ponian, asegurando que por ningun caso abandonaria la fe, aunque le costase derramar su sangre por ella.

Airado el juez con esta respuesta, mandó que luego lo azotasen

hasta darle muerte, si no renegaba de Cristo. Fue tal la carnicería que en él hicieron los verdugos, que se les quedó como muerto entre las manos. Y ellos los bárbaros, aun no satisfechos con su crueldad, así desnudo como estaba lo pusieron en un jumento, y lo sacaron á la vergüenza por las calles, y dieron vuelta á la plaza, pasándolo tambien por las iglesias de los Cristianos para que fuese mayor la afrenta, y alcanzase á todos. Iban los moros diciéndole mil afrentas, portiaban á voces que aun no llevaba el castigo que merecia, y que era digno de muerte por haber osado escarnecer su Profeta. Volviéronle á la cárcel, y en ella estuvo mucho tiempo aherrojado. Despues acabó santamente la vida venerado de todos por la invencible constancia que tuvo en la confesion de la fe. San Eulogio dice que lo halló y conversó con él en la cárcel cuando fue preso algunos meses despues, y que aun se le conocian en las espaldas las llagas de los azotes.

Fue la confesion de nuestro Santo el año 851, esto es, un año y algo mas despues del martirio de san Perfecto, segun escribe Álvaro. El M. Florez la coloca entre el 18 de abril en que cumplia el año del martirio de san Perfecto, y el 3 de junio en que padeció san Isaac; y á cuya pasion antecedió aquel suceso; pues así san Eulogio como Pablo Álvaro dan á san Perfecto y á Juan el órden de primero y segundo. Roa hace memoria de él á 30 de abril, creyendo tal vez que fue atormentado en este dia. Sanchez de Feria no señala dia, pero se inclina á que este caso pasó en el mes de mayo. Tampoco consta si el Santo murió en la cárcel ó no. Florez cree que no, fundado en las actas del martirio de santa Flora y María, donde se dice que salieron libres de la cárcel los cristianos que las acompañaban en ella, uno de los cuales era Juan. Es verosímil, pues, que falleciese en paz, segun el silencio de los que tratan de los Mártires de aquella persecucion, que no lo ponen entre ellos, ni hay quien lo cuente entre los difuntos sino el arcipreste de Córdoba Ciprian, que florecia á fines de aquel siglo. Queda entre sus obras una inscripcion que compuso para su sepulcro, en cuyo título da á Juan el nombre *de Confesor y de Santo.*

SANTA JUANA FRANCISCA, FUNDADORA DEL ÓRDEN DE LA VISITACION.

Santa Juana Francisca, decoroso ornamento del Órden de la Visitacion, una de las mas célebres heroínas del Cristianismo, ilustrí-

sima por su nacimiento; pero mucho mas por sus heróicas virtudes, nació en Dijon, capital del ducado de Borgoña, en el dia 23 de enero de 1572, gobernando la Iglesia san Pio V, y reinando en Francia Cárlos IX. Perdió á su madre, Margarita Berbisys, señora de grande mérito, á los diez y ocho meses, y su padre Benito Fremiot, nobilísimo por su nacimiento, y actual presidente del parlamento de Dijon, quiso encargarse por sí de la educacion de la niña, y formarla en la virtud, no obstante sus graves ocupaciones; pero presto conoció que á los medios exteriores, á que se aplicaba para su mejor crianza, hacia grandes ventajas otro maestro interior que ilustraba su entendimiento, y formaba los rectísimos dictámenes del corazon de Juana; quien ya en sus mas tiernos años se sintió plenamente instruida en los caminos de la perfeccion. En efecto, salió al mundo con las mas bellas disposiciones para la virtud; destinada por la divina Providencia para verdadero modelo de una señora cristiana. Prevínola el Señor desde la cuna con las mas dulces bendiciones; dotóla de un corazon recto, generoso y compasivo; de un entendimiento sólido, vivo y perspicaz; de un genio muy apacible; de una propension natural á la piedad, distinguiéndose con particularidad sobre todo en el grande horror que manifestó desde la cuna á los herejes, ocultándose en el seno del ama que la criaba, cuando aquellos la hacian algun cariño. Y si por casualidad la tomaban en los brazos, eran tales sus extremos, y tan inconsolable su llanto, que les era preciso dejarla en el instante.

Desde luego se dedicó con un nuevo fervor á todos los santos ejercicios de su inveterada costumbre. Su modestia, su cordura, su afabilidad, acompañadas con las prendas naturales, infusas y adquiridas, se granjearon el aplauso universal, y general estimacion de todos los señores del país, que se declararon pretendientes de su mano, juzgando seria dichosa la persona que la lograse por esposa. El padre prefirió entre todos al baron Cristóbal de Chantal, muy conocido por su calificada nobleza, por su riqueza, por su valor, y sobre todo por la uniformidad de costumbres con su hija. Celebráronse en Dijon las bodas con extraordinarios regocijos; y como los esposos estaban penetrados de unos mismos sentimientos, siendo tan igual el matrimonio, no pudo menos de ser feliz.

Llevóla el baron de Chantal á Bourbily, lugar de su residencia, y habiéndola dado el dominio de su corazon, quiso tambien entregarla el de su casa. No tardó mucho tiempo Juana Francisca en acreditar con su prudencia, con el acierto de su manejo y con su dis-

creta economía el alto concepto que habia formado su esposo de su grande talento; quien admirado de la prosperidad con que cada dia florecia su casa, y de la religiosidad con que en el país se distinguia su familia, á esmeros de la sábia, santa y arreglada direccion de Juana, por no privarse de su amable compañía dejó de seguir la corte, donde podia aspirar á los mas altos empleos, á virtud del grande aprecio que de él hacia Enrique IV de Francia; habiéndole manifestado su constante fidelidad en tiempo que la ambicion de diversos pretendientes al trono tenia dividido el reino en poderosos partidos.

Gozáronse algunos años los dos amados esposos, siendo en el país Juana el objeto de los mas altos elogios por la justificacion de su conducta, y por la inmensa caridad con que asistia y socorria toda clase de necesitados; cuyos piadosos oficios le merecieron el renombre de madre de los pobres. Continuaba la Santa á largas jornadas en el camino de la virtud, cuando el Señor, que hasta entonces la habia colmado de extraordinarios favores, y derramado en su alma aquellas dulzuras que hacen gustar con anticipacion los destellos de la bienaventuranza, quiso darle parte de su cruz, para que el mundo viese que su virtud era superior á todas las desgracias. Salió un dia el baron de Chantal con un pariente íntimo amigo á divertirse en la caza, y herido por este de casualidad con un tiro mortal, dieron á Juana aviso del fracaso. No es fácil explicar el sentimiento que recibió la Santa luego que vió á su amado esposo en aquel inminente peligro; pero en lo que mas se hizo admirar la grandeza de su espíritu fue en saber reprimir los naturales impulsos de la carne y sangre, cuidando, antes de informarse de la desgracia, de que se dispusiese para morir como cristiano, haciéndole escribir á su esposo el perdon de tan doloroso hecho en estos términos: *Yo no tengo repugnancia en perdonar al que disparó el tiro por pura inadvertencia, considerado que yo por pura malicia herí de muerte á mi Redentor.*

Quedó viuda Juana Francisca á los veinte y ocho años, y resolviéndose á no recibir á otro esposo que á Jesucristo, se portó en este estado con la misma justificacion y admirable ejemplo que en el de vírgen y casada. Todas las virtudes que exige el Apóstol en las viudas cristianas brillaron en ella en el mas alto grado. El retiro del mundo, la educacion de los hijos que le quedaron, el cuidado de su familia, que redujo á pocas personas timoratas, la hospitalidad, el reparto de sus vestidos y alhajas entre pobres y templos, y la distribucion del tiempo en oracion, leccion espiritual y ejercicios piadosos,



hicieron conocer á todos que en la baronesa de Chantal obraba la gracia con un modo tan especial, que indicaba sin duda disponerla para mas altos fines de los que por entonces podian comprenderse.

Considerando la Santa el peligro á que se exponen las almas que aspiran á la cumbre de la perfeccion cuando carecen de un sábio y prudente director, pidió á Dios con fervorosas oraciones, rígidos ayunos y asombrosas penitencias se dignase concederla este indispensable norte. Continuando estas peticiones, oyó una voz que la dijo: *Yo te le daré;* y hallándose despues en un sitio ameno, vió á un hombre vestido con sotana, roquete y bonete, de la fisonomía de san Francisco de Sales, en quien puesta toda su atencion, volvió á oir: *Mira al amado de Dios y de los hombres, á cuya direccion debe sujetarse tu conciencia.*

Mientras llegaba el tiempo de cumplirse aquel pronóstico, sujetóse á un confesor que, no entendiendo su espíritu, fue causa de que padeciese un martirio continuado. Obligóla á prometer cuatro votos imprudentes: primero, de obedecer á él solo: segundo, de no dejarle jamás: tercero, de guardar con inviolable secreto cuanto le ordenaba; y cuarto, de no hablar con otro alguno de asunto perteneciente á su conciencia. Cargándola además con diferentes rigurosos preceptos que apenas la dejaban respirar, cuyo insoportable yugo sufrió algunos años con indecible paciencia.

En el año 1604 los señores de Dijon consiguieron que san Francisco de Sales les predicase la Cuaresma. Benito Fremiot, presidente de aquel parlamento, convidó á su hija Juana Francisca para que oyese aquel oráculo de sabiduría: aceptó gustosísima el convite, y la primera vez que le vió en el púlpito, conoció por las señas que era el director que la divina Providencia le tenia destinado. Dió al Señor repetidas gracias porque se acercaba el tiempo tan deseado; y las mismas dió el Santo luego que reparó en la modestia, en la compostura y en la devocion de aquella oyente, conociendo por luz superior era el medio que Dios tenia destinado para la ejecucion de su nobilísimo proyecto. Apenas bajó del púlpito, preguntó al arzobispo de Bourges quién era aquella señora que le habia robado toda la atencion. Es, señor, le respondió este Prelado, mi hermana, la dama Chantal, que no tendria tan alto concepto de virtud, si no hubiera estado en el sermon con la atencion que ha observado V. S. I.

Como los espíritus poseidos de unos mismos sentimientos tienen entre sí cierta analogía, apenas se vieron ambos héroes, se entendieron sin hablarse, y se amaron en Jesucristo antes de conocerse. San

Francisco de Sales concibió grandes deseos de tratar á Juana Francisca, y no fueron menores los de esta de beber el agua de la celestial doctrina de aquel hombre verdaderamente eminentísimo. Solo la detenia la delicadeza de su conciencia, á virtud del voto prometido á su indiscreto confesor; pero no pudiendo resistirse á los impulsos que sentia en su interior, manifestó su espíritu á aquel célebre Prelado que, admirado de ver un alma tan favorecida de sobrenaturales luces, de tan profunda humildad, y de caridad tan sin límites, alentó sus fervores, y la dejó llena de consuelo en la turbacion que padecia. Turbó esta paz en la ausencia de Sales su antiguo director, ponderándola el crímen que habia cometido en la violacion del voto; en cuyo conflicto recurrió la Santa al P. Villars, gran maestro de espíritu, quien conociendo á fondo toda la causa de aquella inquietud, y que para sosegar la delicadeza de la conciencia de Juana Francisca no convenian razones, la respondió con generosa resolucion: *Yo no digo mas á V. S. que se despida de su director, y se sujete totalmente al obispo de Ginebra; y le añado de parte de Dios, que resiste al Espíritu Santo, si no lo hace así.*

Hicieron estas palabras tanta impresion en el corazon de la Santa, que recibiéndolas como órden del cielo, al que debia obedecer, se partió al momento á buscar á san Francisco de Sales, con quien hizo una confesion general; y concluida, habiéndole suplicado se dignase dirigirla, le entregó el Santo una esquela concebida en estos términos: *Yo acepto en nombre de Dios el cuidado de su direccion, para emplearme en ella con toda la atencion y fidelidad posible.* Y además le dió por escrito un método que contenia el modo de pasar los dias devotamente, en vez de el del diario que señaló despues para la Congregacion que fundaron ambos.

Fácil es de creer los progresos que haria Juana Francisca bajo la direccion de tan sábio maestro, cuando sin este norte supo aprovecharse de las gracias que con mano liberalísima derramó el cielo sobre su alma. Serian necesarios muchos volúmenes para delinear las acciones heróicas que hizo en el resto de su admirable vida esta mujer verdaderamente fuerte, alentada con fervor de un director todo abrasado en la llama del amor divino. Pero aunque todos sus hechos fueron dignos del mayor elogio, ninguno eternizó mas su memoria, ni pudo ser mas útil á la Iglesia, que la fundacion del Órden de la Visitacion, uno de los mas brillantes ornamentos del Cristianismo. Despues que de todos modos probó san Francisco de Sales la magnanimidad de su espíritu, le comunicó su nobilísimo pensamiento de esta-

blecer un nuevo Órden bajo el nombre de la Visitacion. Ofrecióse Juana Francisca á cooperar en un todo á la ejecucion de tan ventajoso proyecto; y con efecto, vencidas las muchas y graves dificultades que pudieran embarazarla, se dió principio á la fundacion en Annecy.

La fama de la eminente virtud de la nueva fundadora atrajo desde luego un gran número de vírgenes que, entregándose á su gobierno, y al de san Francisco de Sales, se obligaron como ella á seguir la misma regla. Puede hacerse juicio de la vida admirable de esta ilustre colonia de Jesucristo por el prodigioso número de heroínas que tan célebre Instituto ha producido; siendo santa Juana Francisca el primer modelo que tuvieron en la tierra, á cuya imitacion todas se ocupaban únicamente en el servicio de Dios, y en obras de caridad para con el prójimo. Su ordinario ejercicio era la oracion, el silencio era perpétuo, el ayuno poco interrumpido; celdas, muebles, vestidos y comida, todo respiraba pobreza evangélica y penitencia. Tal fue el nacimiento de aquella santa Congregacion, tan dichosamente propagada por el orbe cristiano, á la que se han visto venir en todo tiempo muchas personas ilustres á sepultar en la oscuridad de un velo los mas brillantes esplendores del siglo, prefiriendo, á imitacion de la santa madre, la cruz de Jesucristo á los placeres del mundo.

Luego que recibió Juana Francisca la regla del santo Padre, todo su pensamiento y toda su ocupacion fue dar todo el lleno á la alta perfeccion á que era llamada. Aunque su vida hasta entonces habia sido austera y penitente, redobló sus rigores de suerte, que á fuerza de sus mortificaciones y laboriosas fatigas cayó en una enfermedad peligrosísima complicada con varios accidentes. Inconsolable san Francisco de Sales á vista del inminente riesgo que amenazaba á su carísima hija en Jesucristo, no omitió medio alguno que pudiera contribuir á su restablecimiento. Valióse hasta de un hugonote, médico de singular habilidad, que observando con escrupulosa atencion los síntomas del accidente, respondió al Obispo: *Ilustrísimo señor, esta dama está enferma de amor de Dios, y yo no sé curar semejante accidente de manera alguna.* Pero en fin no sin prodigio se vió restablecida enteramente.

Hasta entonces no tenia el nuevo Instituto otra forma que la de simple congregacion sin los votos regulares; pero discurriendo el cardenal arzobispo de Lyon que en estos términos no podia afianzarse su permanencia, interpuso su autoridad para con la Santidad de Paulo V, á fin de que la erigiese en Religion, como lo hizo por su bula apostólica de 23 de abril de 1618, habiendo aprobado la regla que

formó san Francisco de Sales, conforme á la de san Agustin, recopilando en las constituciones lo mas perfecto que halló en otras Órdenes, concediéndolas Su Santidad todas las gracias, indultos y privilegios que gozan las demás Religiones.

El nuevo realce que recibió el Órden de la Visitacion con la aprobacion apostólica, y las conocidas ventajas que sus profesoras hacian cada dia en la carrera de la perfeccion, excitó á muchas personas de la mas alta esfera á que solicitasen con vivas ansias la extension del nuevo establecimiento en diferentes provincias; á cuyo fin hicieron las mas fuertes instancias á san Francisco de Sales y á la santa Madre. Parece que la delicada salud con que se hallaba Juana Francisca podria acobardarla para tan penosas expediciones; pero como su espíritu era tan magnánimo, y su corazon tan generoso, á pesar de la debilidad que sentia en el cuerpo, emprendió las fundaciones de Grenoble, Bourges, París, Dijon, Tonon, Rumilles, Cremieux, Ponte Amauson en Lorena, y Turin en el Piamonte, sin otras que dirigió en diferentes ciudades por medio de sus hijas; acreditando en todas su grande confianza en la divina Providencia, su infatigable celo por la gloria de Dios, y su heróica paciencia en la multitud de contradicciones que se le ofrecieron. No es posible comprender como una mujer sola pudo atender á tantos negocios arduos por su naturaleza, capaces de cansar las fuerzas de muchos hombres robustos; y siendo como el alma de su tierna Religion multiplicada prodigiosamente, atiende, ordena y dispone todos sus acertados movimientos. Pero lo mas asombroso fue, que ni los trabajos de tan arduas empresas, ni las peligrosas enfermedades que contrajo á fuerza de las continuas fatigas, la indultaron para que suspendiese los santos ejercicios de su costumbre, sus ayunos, ni el rigor de sus penitencias.

Mientras la Santa se ocupaba en las penosas fatigas de tan costosas fundaciones, quiso Dios probarla con la muerte de san Francisco de Sales, en las críticas circunstancias de ser tan necesaria la direccion de aquel sábio maestro, no solo para el sosiego de la conciencia de Juana Francisca entre el tumulto de tantos cuidados, sino para el gobierno de tanto número de hijas como estaban pendientes de aquel oráculo. Recibió la santa Madre esta funesta noticia estando de visita en el monasterio de Belay despues de la conferencia última que tuvo en Lyon con el Santo; y fue tan vivo y penetrante el dolor que le causó la nueva, que hubo menester toda su virtud para no rendirse á la fuerza del sentimiento.

Partió inmediatamente á Annecy á satisfacer los últimos oficios de

gratitud á su santo Padre. El triste semblante, los suspiros y las lágrimas de toda la ciudad y de sus hijas inconsolables renovaron de nuevo su mitigado dolor con tanta violencia, que privándola el uso de la lengua, apenas pudo explicar su pena interior. No pudiendo articular palabra, hizo señal para que la acompañasen á la iglesia, donde postrada adoró al Señor sacramentado, enseñando á todos con su ejemplo en quién deben buscar su consolacion las almas afligidas. Concluido este acto, haciéndose no poca fuerza, exhortó á los concurrentes á sacrificar á Dios voluntariamente la pérdida de un padre y de un pastor tan benemérito; dispuso en seguida que se celebrasen las exequias con la solemnidad y pompa correspondiente, y practicó las mas vivas y eficaces diligencias para recoger los escritos de aquel doctor iluminado, con el fin de dar á luz la doctrina utilísima que contenian; interesando toda su eficacia para que sin pérdida de tiempo se formasen los procesos justificativos de las heróicas virtudes y milagros auténticos del santo Padre, á fin de verle colocado sobre los altares.

Logró, en fin, á fuerza de incesantes súplicas, que el obispo de Ginebra le admitiese la renuncia del empleo de superiora, para que libre del cargo pudiera disponerse á morir; y cuando se hallaba empleada en altas contemplaciones, dispuso la divina Providencia que sus hijas la nombrasen superiora del monasterio de Moulins. Interpusiéronse las personas del mas alto grado para vencer la resistencia del obispo de Ginebra y de toda la ciudad; pero á la santa Madre la fue preciso obedecer. Púsose en camino en la edad mas avanzada, visitó de paso varios monasterios, entre ellos el de París, donde manifestó toda la corte el gozo imponderable que tuvo á su vista; pero habiendo caido en una peligrosa enfermedad á poco tiempo de haber llegado á Moulins, conociendo que se acercaba el tiempo de pagar el tributo de los mortales, recibió los últimos Sacramentos con las disposiciones propias de un espíritu todo abrasado en las llamas del amor divino. En el mismo dia escribió á sus hijas una carta llena de los mas sábios y prudentes documentos, para animarlas á la perfeccion á que eran llamadas; y concluida esta prueba de su celo ardiente, repitiendo muchas veces los dulces nombres de Jesús y María, entregó su espíritu en manos del Criádor á las siete y media de la noche, viernes 13 de diciembre del año 1641, quedando su rostro tan apacible y sereno como si estuviese en un dulce sueño.

Luego que espiró, sus hijas le descubrieron el pecho, y en la parte superior del corazon hallaron impreso el nombre de Jesús; y en una

bolsa que llevaba al cuello encontraron un papel que contenia la profesion de la fe, la renovacion de sus votos, la resignacion en todo con la voluntad de Dios, una oracion en que encomendaba á Dios todas las almas, con una accion de gracias al Señor por todos los beneficios recibidos, todo firmado con su propia sangre. Apenas se celebraron las exequias funerales, se dispuso la traslacion del venerable cadáver al primer monasterio del Órden en Annecy, donde fue recibido con las demostraciones de honor y respeto que siempre tributaron á la santa Madre; cuya gloria manifestó Dios á diferentes personas de virtud conocida, confirmándola con portentos singulares.

Promovióse desde luego la causa de su beatificacion y canonizacion; despacháronse de comision apostólica las correspondientes letras para los procesos informativos; y resultando en ellos plenamente justificadas las heróicas virtudes de la santa madre, con los muchos milagros que obró antes y despues de su felicísimo tránsito, decretó su beatificacion el papa Benedicto XIV en el año 1751; y su canonizacion la Santidad de Clemente XIV en el dia 16 de julio de 1767, expresando en su bula el tenor de la vida admirable de la Santa, y sus estupendos milagros.

DIA VII, ENTRE OCTAVA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA LA VÍRGEN MARÍA.

La Misa es en honra de la Santa, y la Oracion la que sigue:

Omnipotens et misericors Deus, qui beatam Joannam Franciscam tuo amore succensam admirabili spiritus fortitudine per omnes vitæ semitas in via perfectionis donasti, quique per illam illustrare Ecclesiam tuam nova prole voluisti: ejus meritis, et precibus concede; ut qui infirmitatis nostræ conscii, de tua virtute confidimus, cœlestis gratiæ auxilio, cuncta nobis adversantia vincamus. Per Dominum nostrum.

Ó Dios omnipotente y misericordioso, que por todas las sendas de la vida en el camino de la perfeccion diste un admirable espíritu de fortaleza á santa Juana Francisca, inflamada en vuestro amor, y que por medio de ella quisiste ilustrar la Iglesia con una nueva familia, concédenos por sus méritos y oraciones, que mientras persuadidos de nuestra miseria confiamos en vuestra virtud, con el auxilio de la gracia celestial venzamos todas las cosas que nos son contrarias. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo XXXI *de los Proverbios, pág.* 149.

REFLEXIONES.

Tu supergressa es universas. Este magnífico elogio en rigor solo le puede tener la santísima Vírgen María. Así lo publicó santa Isabel cuando, visitada de esta gran Señora, la dijo : *Bendita tú entre todas las mujeres.* Siendo la bendita entre *todas;* por cierto *tu supergressa es universas.* Ya esto mismo habia anunciado antes el arcángel san Gabriel al saludarla: *Ave gratia plena.* (Luc. I). *Et bene plena* (dice san Jerónimo), *quia cæteris per partes præstatur; Mariæ vero simul se tota infundit plenitudo gratiæ.* La gracia santificante distinguió el primer instante de su concepcion; aquel instante en que el predestinado y el réprobo, el pobre y el rico, el vasallo y el monarca se ven igualmente envueltos en la desgracia del Señor; aquel instante, vergonzoso para todos los hombres, fue un instante lleno de gracia para la santísima Vírgen. Hija del Altísimo, heredera del cielo, digno objeto del amor de todo un Dios, está viendo el resto de los hijos de Adan esclavos del demonio, herederos del infierno, víctimas de la divina justicia. Ella sola, por una prerogativa que juzgó digna el Señor de la que habia escogido para Madre suya, recibió la gracia en el primer instante de su concepcion, y la conservó hasta el último momento de su vida tan bella, tan pura, tan entera como la recibió, sin haberla manchado jamás, ni con culpa venial, ni con imperfeccion, ni con fragilidad, ni con la mas mínima sorpresa. Gran maravilla es ver brotar del seno de la tierra una agua tan clara, tan pura, tan cristalina, como si bajara del cielo; pero es cosa inaudita que esta misma agua, despues de haber corrido largo espacio por un valle profundo y cenagoso, entre en fin en el mar tan limpia y tan clara, como salió del manantial. Esto hizo la santísima Vírgen. Despues de haber vivido setenta y dos años en este valle de lágrimas, en este lugar de miserias y de imperfecciones, sin haber perdido su corazon un punto de su pureza; su humildad, su castidad y su paciencia expuestas á pruebas que no tuvieron semejante, de las mismas pruebas recibieron nuevo esplendor. Vióse preferida por el mismo Espíritu Santo á todas las de su sexo, *tu supergressa es universas,* y no se alteró su profunda humildad con este sublime honor. La esperanza cierta de ser Madre de Dios y Reina de todo el mundo no fue bastante ni aun para hacerla titubear en el voto de conservar entera su pureza. Ve espirar á su único Hijo entre dolores y oprobios; vióle despues resucitar lle-

no de gloria sin que extremos tan opuestos causasen en su corazon, ni excesos de tristeza, ni excesos de alegría. Su caridad con todos los hombres fue inmensa. ¿Qué fe mas perfecta, qué mortificacion mas continua? ¿qué modestia mas amable? ¿qué amor de Dios mas puro, mas encendido ni mas extraordinario? ¿qué santidad mas eminente? María, dice san Bernardino de Sena, amó á Dios sin interrupcion desde el primer instante de su vida: *Mens Virginis in ardore dilectionis continuo tenebatur*. Si María desde el primer instante de su concepcion hasta el último de su vida hizo tantos actos de amor de Dios, cuantos instantes vivió, habiendo igualado y aun excedido sus méritos desde aquel primer instante á los méritos de todos los Ángeles y de todos los hombres, ¿qué inestimable, qué incomprensible tesoro de gracias, de virtudes y de merecimientos seria el de la santísima Vírgen en el momento de su muerte?

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo, pág*. 151.

MEDITACION.

Del amor que la santísima Vírgen tiene á todos los hombres, singularmente á los pecadores.

Punto primero.—Considera que no solo es cierto, sino artículo de fe, que Dios ama á todos los hombres, que á todos los quiere salvar, y que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: *Illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*. La Vírgen no tiene otra voluntad que la de Dios; y así ama todo lo que Dios ama, ninguna cosa tiene mas en su corazon que todo lo que Dios quiere. El amor de Dios y del prójimo son, por decirlo así, de una misma edad; nacen gemelos dentro del corazon, viven y mueren siempre juntos. Son dos eslabones, dice san Gregorio, que forman una misma cadena; dos rios que nacen de una misma fuente; dos ramas que salen de un mismo tronco; dos astros que proceden de un mismo principio y tienen un mismo motivo. Comprende, si es posible, el extremado amor que la Vírgen tiene á Dios, y entonces comprenderás el que profesa á los hombres. Ahora, pues, así como no hay pura criatura que mas ame á Dios, así tampoco la hay que mas nos ame á nosotros. María, dice san Bernardo, es nuestra hermana, nuestra parienta, nuestra aliada y nuestra madre. *Dic, obsecro te quod soror mea sis, ut bene sit mihi propter te, et vivat anima mea ob gratiam tui.* Aun no lo dije todo; no como quiera es Madre, si-

no buena Madre nuestra. No impuso Dios, dice santo Tomás, precepto particular á los padres y á las madres para que amasen á sus hijos; seria sin duda ocioso, porque la misma naturaleza les comunica un amor tan grande y tan violento hácia sus hijos, que esto propio les sirve de ley y de precepto. *¿Podrá nunca una madre,* dice el mismo Dios, *olvidarse del fruto de sus entrañas?* Pues considera si María se podrá olvidar de los hombres, siendo la mas tierna de todas las madres. Luego que María comenzó á ser Madre de Dios, dice san Anselmo, comenzó á ser Madre de los hombres. ¿Quién dudará ya de la ternura con que nos ama? Esta se puede conocer por el doloroso sacrificio que hizo por nuestro amor. Amaba á su querido Hijo, como ninguna madre amó jamás, ni jamás puede amar al suyo. En medio de eso tratóse de que sacrificase á este su querido Hijo por la salvacion de los hombres; pues no se detuvo un punto en hacer ella misma este doloroso sacrificio. ¿Cuánto te parece que la costaria? Ofrecióle ella misma á la muerte, y á la muerte mas infame, á la muerte mas cruel. Pregunta, despues de esto, si es cierto que nos ama la santísima Vírgen; y mirà si encuentras motivo mayor, ni mas poderoso para una filial confianza en la bondad de la Madre de Dios.

Punto segundo.—Considera que el amor que nos tiene la santísima Vírgen es un amor muy compasivo, en fuerza del cual se la hacen muy sensibles nuestras miserias; y como la mayor de esta vida es el pecado, es mayor la ternura y la compasion con que mira á los pecadores. Inspírala este compasivo afecto la conformidad de su corazon con el de su divino Hijo. Todos sabemos el celo del Salvador del mundo por la salvacion de los pecadores: *Non veni vocare justos, sed peccatores.* Pues esta es la medida del amor y del celo de la santísima Vírgen. Por eso la llama la Iglesia: *Refugio de pecadores;* y en la oracion ordinaria que la repite tantas veces al dia, no la acuerda otro motivo que ser pecadores aquellos por quienes ruega: *Ora pro nobis peccatoribus.* ¡Oh inmaculada Vírgen María! exclama san Efren, Madre de Dios, Reina del universo, esperanza de los mas desesperados, recurso de todo el mundo; todos nos ponemos debajo de vuestra proteccion, cubridnos con las alas de vuestra caridad y de vuestra misericordia, tened piedad de nosotros, manchados con tantas culpas. No cesa la Vírgen de rogar en el cielo por los pecadores, dice el venerable Beda: *Non cessans pro peccatoribus exorare.* Y ciertamente, siendo Madre de misericordia,

¿cómo podia dejar de amar á los pecadores, ni de interesarse por su salvacion? ¡Oh María! exclama san Buenaventura, por miserable que sea un pecador, siempre le miras con ternura de madre: *Materno affectu complecteris*. Es la santísima Vírgen, medianera entre Dios y los hombres como dice san Bernardo: luego es preciso que ame tiernamente á los pecadores. Vírgen santa, prorumpe Guillelmo, obispo de París, si me es lícito hablar así, á los pecadores debeis en cierta manera todo lo que sois; el estar llena de gracia, el coronaros colmada de gloria, y hasta el augusto título de Madre de Dios: *Totum quod habes gratiæ, quod habes gloriæ; etiam hoc ipsum quod es Mater Dei, si fas est dicere, peccatoribus debes*, pues por ellos se os concedió todo esto: *Omnia enim hæc propter peccatores tibi collata sunt*. Pues ¿cómo les podrás negar tu proteccion y tu benevolencia? Ámanos, pues, la santísima Vírgen con ternura; muévenla á compasion nuestras miserias, interésase en nuestra salvacion. ¿Qué motivo de mayor consuelo, ni qué mayor aliento á nuestra confianza? No mereces ser oido porque eres pecador, dice san Anselmo; pero los méritos de la Madre de Dios, que intercede por los pecadores, piden que Dios te oiga. ¿Quién desconfiará de la misericordia del Hijo, dice san Bernardo, teniendo por abogada á la Madre? Ámanos María por mas pecadores que seamos; pues ¿por qué no amarémos nosotros á María? ¿Por qué no pondrémos en ella, despues de Dios, toda nuestra confianza?

Péguese mi lengua para siempre á mi paladar; entréguese al olvido mi mano derecha, si mi corazon cesare jamás de amaros, ó Vírgen santa, si mi lengua cesare jamás de engrandeceros, si me apartare jamás de vuestro servicio; ¡oh única esperanza mia despues de mi Dios! ¡oh refugio mio! ¡oh asilo seguro de mi salvacion!

JACULATORIAS.—Olvídese para siempre mi mano derecha, si me olvidare yo nunca de tu bondad para conmigo, ó Vírgen santa. (*Psalm*. CXXXVI).

En tí confio, Madre de mi Dios, y no quedará confundida mi confianza. (*Psalm*. XXIV).

PROPÓSITOS.

1 Es cierto que despues del sagrado corazon de Jesús, el de su santa Madre es el mas santo, el mas excelente, el mas venerable objeto que se puede proponer á la devocion de los Cristianos. Con-

siderado este corazon en su ser material, es la porcion mas noble del mas santo cuerpo, entre las puras criaturas que hubo jamás en el mundo; y por consiguiente, un objeto mil veces mas digno de veneracion que todas las reliquias de los Santos. Este corazon fue el principio natural de la vida de la santísima Vírgen: él prestó, por decirlo así, aquella preciosa sangre de que el Espíritu Santo formó el adorable cuerpo de nuestro Salvador; él es, como se dice, el asiento, el trono del amor que nos tiene esta Señora, y de él salen todos los tiernos afectos con que nos mira esta bienaventurada criatura. Y si del sentido natural pasamos al moral, ¿qué corazon mas santo, mas digno de nuestro respeto y de nuestra veneracion, puesto que es el solio de todas las virtudes mas admirables, y el símbolo mas natural del amor tierno y perfecto que la santísima Vírgen profesa á Dios y á los hombres? Este corazon es todo nuestro, pues nunca dejó de amarnos; y si María nos ama como á sus hijos, ¿con qué ojos debemos mirar el corazon de tal Madre? Estas consideraciones movieron la devocion de los fieles algunos años há á celebrar una fiesta particular en honor del sagrado corazon de María. Celébrase esta fiesta en muchos obispados de Francia, como son Coutances, Dijon, París, Arles y Lyon, donde se han erigido congregaciones en reverencia de este sagrado corazon, no solo con aprobacion de los mayores prelados, sino tambien con la de la Santa Sede apostólica. Ten tú tambien esta devocion, alístate en algunas de estas congregaciones; y si solo el nombre de María es hoy título particular de una fiesta en gran parte de la Iglesia, ¿qué devocion no debes profesar á su sagrado corazon?

2 El papa Clemente IX en el breve de indulgencias, con data de 28 de abril de 1668, concedido en favor de la congregacion que se fundó en Arles dentro de la abadía de San Cesareo, con el título del *Sagrado Corazon de la Madre de Dios*, señala la tercera dominica despues de Pentecostes para el dia de la fiesta. En París, donde está muy introducida esta devocion, se celebra el dia 8 de febrero. No dejes de hacer esta fiesta todos los años con especial devocion; y para tener parte en las indulgencias que la Silla apostólica concede á los congregantes, agrégate á su número confesando y comulgando el dia de la entrada. Emplea toda tu autoridad y tu celo en extender por todas partes la misma Congregacion. El que es devoto del sagrado corazon de la Madre de Dios no puede dejar de tener parte en sus mayores favores y en la distribucion de todas sus gracias. Rézala con frecuencia la Oracion siguiente:

«Permíteme, ó santísima Madre de mi Dios, que me agregue á «las almas santas que se aplican á honrar con particular culto vues«tro sagrado corazon, para que pueda tener parte en las gracias «concedidas á los que profesan una devocion tan agradable á vues«tro querido Hijo, y á Vos su divina Madre. ¡Oh corazon santísimo «de la Madre de Dios siempre inmaculada! Corazon el mas puro, «el mas venerable despues del corazon de Jesús que formó la mano «todopoderosa del Criador, manantial inagotable de bondad, de «dulzura, de amor y de misericordia; imágen perfecta del sagrado «corazon de Jesucristo mi Salvador, siempre sensible á nuestros ma«les, siempre abrasado en el ardiente deseo de mi salvacion, siem«pre abierto á los que se refugian á él; dígnate admitir mis humil«des obsequios, y mis vivos afectos de respeto y de veneracion. «Vírgen santa, Madre de misericordia y Madre del hermoso amor, «haced que mi corazon sea semejante al vuestro; purificadle por «vuestra poderosa intercesion, santificadle, desprendedle del amor «de las criaturas, y el mismo fuego que abrasa el vuestro, abrase «tambien el mio, en el tiempo y por toda la eternidad. Amen.»

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

La octava de la Asuncion de la bienaventurada Vírgen María.

El martirio de san Timoteo, mártir, en Roma, en la via Ostiense; el cual preso por Tarquino, prefecto de la ciudad, y detenido en la cárcel por largo tiempo, como rehusase sacrificar á los ídolos, fue tres veces azotado y atormentado con otros cruelísimos tormentos, y por último degollado. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Hipólito, obispo, en Porto, esclarecido por su doctrina; el cual en el imperio de Alejandro por haber confesado animosamente la fe, atado de piés y manos, y arrojado en un profundo foso lleno de agua, alcanzó la palma del martirio: su cuerpo lo sepultaron los Cristianos en el mismo lugar. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Sinforiano, mártir, en Autun; el cual, imperando Aureliano, como rehusase sacrificar á los ídolos, primero fue azotado, luego encarcelado, y por último degollado consumó el martirio.

San Antonino, mártir, en Roma, el cual confesando con denuedo que era cristiano, fue condenado á muerte por el juez Vitelio, y enterrado en la via Aurelia. *(Ejercia las funciones de verdugo en el martirio de los santos Eusebio y compañeros, cuando los prodigios que en sus tormentos obraron estos Mártires le convirtieron á Jesucristo).*

Los santos mártires Marcial, Saturnino, Epicteto, Mapril y Félix con sus compañeros, tambien en Porto.

El tránsito de los santos mártires Agotónico, Zótico y compañeros, en Nicomedia, en el imperio de Maximiano, siendo Eutolomio presidente.

Los santos mártires Atanasio, obispo, Antusa, mujer noble á quien él habia bautizado, y dos criados suyos, en Tarso, los cuales todos padecieron martirio en el imperio de Valeriano.

Los santos mártires Mauro y sus compañeros, en Reims.

Los santos mártires Fabriciano y Filiberto, en España. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Guniforte, mártir, en Pavía.

SAN TIMOTEO, MÁRTIR.

Siendo sumo pontífice san Melquíades, vino á Roma de Antioquía un hombre principal, llamado Timoteo, muy docto y bien enseñado en las divinas Letras y fervoroso siervo del Señor. Hospedóse en casa de Silvestre, que despues fue papa y Santo de grande nombre. Estando Timoteo en Roma, comenzó á resplandecer con su vida inculpable y con su doctrina maravillosa, confirmando á los fieles en la fe de Cristo, y convirtiendo con su predicacion muchos gentiles, y alumbrándolos con la luz del Evangelio. Ocupóse un año en estos santos ejercicios, y al cabo fue preso de Tarquino, prefecto; y viendo este que por ningun camino le podia apartar de la confesion de Jesucristo, le mandó azotar cruelmente por tres veces; y despues de haberle afligido con una larga y dura prision, y descoyuntado en el ecúleo, y desgarrado su cuerpo con otros atroces tormentos, le hizo cortar la cabeza; y Silvestre secretamente llevó su cuerpo á su casa, y despues una matrona poderosa, llamada Teodora, le sepultó en una huerta suya, en la via Ostiense, cerca del sepulcro del apóstol san Pablo, en cuyo templo despues honoríficamente fue colocado. Hace la Iglesia conmemoracion el dia de su martirio, que fue tal dia como hoy, año del Señor 311. *(Véase la vida del papa san Silvestre el dia 31 de diciembre).*

SAN HIPÓLITO, OBISPO Y MÁRTIR.

Este Prelado primitivo, doctor esclarecido de la Iglesia, floreció á principios del siglo III. San Jerónimo dice que no pudo averiguar de qué ciudad habia sido obispo; pero Gelasio, en su libro *Sobre las*

dos naturalezas de Cristo, le llama metropolitano de Arabia. Fue discípulo de san Ireneo, como testifica Focio, y asimismo de san Clemente de Alejandría, y maestro de Orígenes. Eusebio y san Jerónimo nos aseguran que escribió comentarios sobre varias partes de las santas Escrituras. En tiempo de Teodoreto aun existia una coleccion de sus homilías, con que aquel autor las cita, y una carta tambien que escribió san Hipólito á la emperatriz Severa, mujer de Filipo, en que trata de los misterios de la Encarnacion de Cristo, y de la resurreccion de los muertos. En su obra contra Noeto, de la que existe aun mucha parte, prueba claramente la distincion de las personas en la Trinidad, la divinidad de Dios Hijo, y la distincion de naturalezas divina y humana en Cristo, en favor de lo que fue muchas veces usada despues su autoridad contra los Eutiquianos. Escribió tambien una crónica hasta el año de 222; cuya obra aun no se ha descubierto en cuantos manuscritos griegos se conocen. Su ciclo pascual, fijando el tiempo de su celebracion por diez y seis años desde el primero de Alejandro Severo, que es la obra mas antigua que de esta especie se conoce, fue publicado por Gruter, y con notas por José Escalígero, y el jesuita Boncher, ó Bucherio. Tenemos existentes varios fragmentos de los Comentarios de san Hipólito sobre varios pasajes de las santas Escrituras, y su homilía sobre la Teofanía ó Epifanía en que habla particularmente del bautismo de Cristo, y de los admirables efectos de este Sacramento en general. Otras varias obras preciosas se han perdido enteramente.

En el año de 1551 cavando cerca de la iglesia de San Lorenzo fuera de los muros de Roma, sobre el camino que guia á Tívoli, donde segun todas las apariencias habia erigida una capilla en honor de san Hipólito, se encontró una antigua estatua de mármol, que representaba á san Hipólito sentado en una cátedra, á cuyos dos lados se hallaban dos inscripciones con sus dos ciclos griegos de ocho años cada uno. Al lado del ciclo de la derecha estaba grabado un catálogo de las obras de san Hipólito, cuya estatua está al presente en la biblioteca Vaticana. El libro de este antiguo Padre *Sobre el Anticristo*, de que hace mencion Eusebio, san Jerónimo y otros, fue descubierto y publicado en el año de 1661. Por Daniel y otros Profetas va señalando las maravillas que han de preceder al Anticristo, que aparecerá antes del fin del mundo. San Jerónimo llama á san Hipólito «varon santísimo y elocuente.» San Juan Crisóstomo y otros le dan los honoríficos dictados de «fuente de luz, testigo «fiel, doctor santísimo, y varon lleno de dulzura y caridad.» Teo-

doreto le coloca igual á san Ireneo, y les llama «fuentes espiritua-«les de la Iglesia.»

San Jerónimo y otros antiguos le titulan obispo y mártir. Algunos Martirologios ponen su muerte en el reinado de Alejandro, que murió en el año de 235; pero aunque ciertamente floreció en sus dias, segun Eusebio y san Jerónimo, san Gregorio de Tours y otros dicen que recibió la corona del martirio en la persecucion de Decio en el año de 251.

Los Martirologios del siglo VIII dicen que fue obispo de Porto, que era el puerto de Roma en el rio Tíber, diez y seis millas distante de aquella capital; y aunque mucho tiempo hace está destruida la ciudad de Porto, con todo su obispo titular subsiste en calidad de sufragáneo de Roma. Esto no obstante es indudable que ni san Jerónimo ni Eusebio pudieron indagar de qué silla hubiese sido obispo, aunque Gelasio lo pone entre los metropolitanos de Arabia. Que floreció en el Oriente se evidencia, porque de otro modo Orígenes no hubiera sido su discípulo; pero que pasó algun tiempo en Occidente tambien se prueba, porque sus ciclos están calculados al estilo de los latinos, y no segun los alejandrinos y otros orientales. No pudo menos de haber sido discípulo de san Ireneo en Lyon, y probablemente se restituiria al Oriente despues del martirio de este Santo, donde enseñó, y fue hecho obispo. Pero los testimonios de los Martirologios antiguos del siglo VIII, la tradicion de la iglesia de Porto, y la estatua de este Santo hallada en Roma, parece que prueban que el Santo vino de Arabia á la Italia, y que acaso en este país recibió la corona del martirio. Varios calendarios orientales dicen que el modo de su martirio fue morir ahogado. Baronio nos asegura que en su tiempo se mostraba un pozo ó estanque en Porto en que se decia haber sido ahogado, y cerca de él una iglesia de su nombre, que habia sido antiguamente muy famosa, y de la cual ya no quedan sino ruinas. En resúmen, parece probable que Italia fue el teatro del martirio de san Hipólito, obispo; mas no puede asegurarse positivamente.

Es de advertir que ha habido tres Hipólitos mártires, á saber: este de quien acabamos de hablar, que fue obispo; otro que fue soldado, cuya historia se lee en el dia 13 de agosto; el tercero, presbítero de Antioquía, y de quien hace conmemoracion el Martirologio romano el dia 30 de enero. Algunos han confundido estos tres Hipólitos en uno.

LOS SANTOS MÁRTIRES FABRICIANO Y FILIBERTO.

En este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de san Fabriciano y Filiberto [1], con la expresion que padecieron en España, sin especificarnos el lugar de su triunfo, ni géneros de martirio que sufrieron. El cardenal Baronio en las notas al Martirologio dicho observa constante la memoria de estos héroes españoles en las tablas de la santa iglesia de Toledo. Pero sin embargo á que ni el Martirologio, ni Baronio nada nos dicen de la vida y martirio, constando como consta su culto continuado en la nacion, interesados algunos escritores patrios en el descubrimiento de sus actas, á pesar de la pérdida de monumentos antiguos (no extraña en un reino que ha sufrido tantas y tan repetidas irrupciones enemigas), escriben fueron naturales de la provincia Carpentana, y que retirados del siglo seguian el tenor de la vida cenobítica en la antigua ciudad Titulcia, hoy Bayona, pueblo cerca del Real sitio de Aranjuez. Lo que se acredita por las dos pinturas que se ven en el dia en la iglesia del mismo pueblo, donde se representan vestidos los Santos con hábito de monjes; los cuales, segun nos dicen los mismos escritores, padecieron martirio en la cruel persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano en el dia 22 de agosto que de ellos hace memoria.

EL BEATO BERNARDO DE ÓFFIDA, DEL ÓRDEN DE CAPUCHINOS, CONFESOR.

Dios, siempre admirable en sus designios, se complació presentar al mundo católico un nuevo ejemplar de santidad en el beato Bernardo de Óffida, lego profeso capuchino. Nacido este de José y de Dominga Peroni, piadosísimos casados, en el distrito de Óffida de la diócesis de Asculi á 7 de noviembre del año 1604, y reengendrado en las sagradas bautismales aguas con el nombre de Domingo; al favor de una santa educacion, y mucho mas al favor de las bendiciones de la gracia, con que se hallaba prevenido, á medida que se iban descubriendo en él las luces de la razon se demostraban tambien, ya un extraordinario desvío de los pueriles entretenimientos, ya una tal inclinacion á los ejercicios de cristiana piedad, que sus

[1] El Croisset que nos sirve de original llama Sinforiano á Filiberto.

padres mismos le proponian por ejemplo á los otros hermanos, aunque menor á ellos en edad.

Aplicado á la guarda del ganado doméstico, no menos ingenioso en convertir este empleo á su provecho, que solícito en ayudar al de los demás, unas veces se retiraba con su ganado á los lugares ásperos y solitarios para atender con menos distracciones á la oracion, otras, no pudiendo evitar el trato y familiaridad de otros pastorcillos sus compañeros, alternaba con ellos ó las alabanzas de la santísima Vírgen, ú otras devotas oraciones, instruyéndolos en los misterios de nuestra fe y en los preceptos de nuestra ley; edificándolos con su ejemplo, teniendo continuamente en sus labios cosas divinas, temblando por el horror le causaba el solo nombre del pecado, y no desplegándolos jamás ó en mentiras aunque jocosas, ó en palabras menos reguladas ó poco medidas.

Celosísimo, pues, de la propia inocencia, huyendo cuanto le era posible el comercio de los hombres hasta merecerse el nombre del *Jóven ermitaño*. Tenia tal afecto á la piedad, que su única pasion era el frecuentar la iglesia, oir la divina palabra y las instrucciones pastorales, recibir á menudo los Sacramentos, asistir al augustísimo sacrificio de nuestros altares, sin faltar por esto al ordinario empleo de pastor de su grey, á la cual debiendo dejar sin custodia en cierta ocasion para asistir á la misa de Óffida, mandó no se apartase del lugar en que la dejaba, y donde en efecto á su vuelta la encontró reunida y alegre; acostumbrada otras veces á olvidarse hasta del pasto para hacer obsequiosa corona al devoto muchacho mientras se entretenia con su Señor.

Presagios tan felices de santidad fueron seguidos de su vocacion á la Religion capuchina; á que haciéndose él un deber de corresponder con prontitud, apenas la comunicó á sus padres, y obtuvo el consentimiento, cuando se presentó al provincial de Capuchinos de la Marca para obtener la suspirada recepcion, y alcanzada para ello la obediencia se fué de allí al noviciado de Corinaldo, y vistió el hábito de novicio el dia 15 de febrero del año 1626, mudando el nombre de Domingo en el de Bernardo. Aquí emulador de las santas costumbres que oyó referir del otro Fr. Bernardo de Óffida, tambien lego capuchino, que floreció con muchos méritos de santidad cerca los años de 1528; y entregándose enteramente á la oracion, á la mortificacion, al fervor, se hizo admirar por veterano en la práctica de la virtud no solo de los novicios, mas tambien de los mismos religiosos aprovechados, los cuales le admitieron por ello, de comun

acuerdo, á la solemne profesion el dia 15 de febrero del siguiente año 1627, en el convento de Camerino, donde se habia transferido el noviciado desde el de Corinaldo.

El vínculo de los sagrados votos no le sirvió mas que de estímulo para correr no solo mas expedito, sí que tambien mas veloz en el camino de la perfeccion. De tal modo celaba la observancia de aquellos, que hablando primeramente de la obediencia, no solo no osó jamás hacer á los superiores la menor instancia temeroso de los engaños del amor propio, antes al contrario prevenia sus intenciones, miraba los oficios se le habian encargado como otros tantos preceptos expresos de Dios, y era tanto mayor su alegría en obedecer, cuanto le venian mas repugnantes y eran mas dificultosos de cumplir sus preceptos; jamás mejor satisfecho que cuando por la obediencia habia sufrido mayores incomodidades de nieve, de lluvia, de intemperie; ó que cuando habia tenido que vencer las propias inclinaciones en la ejecucion de las órdenes contrarias tal vez, ó á su estimada humildad, ó á su religioso encogimiento.

No era menor el celo que tenia de la seráfica prometida pobreza, mientras la que se llama sola, pura, estrechísima necesidad únicamente para vivir, era la regla de la pobreza del beato Bernardo: regla que practicó siempre en sí, no vistiendo mas que paños deshechos y remendados; no sirviéndose para un escaso reposo mas que de una desnuda tabla, á veces con un poco de paja por obediencia; no teniendo otros adornos en su celda que un Crucifijo de madera, y una estampa de papel en que estaba impresa la imágen de la Vírgen santísima; regla de que jamás se apartó en su oficio de limosnero: no aceptaba para sí cosa alguna que le ofreciesen, por mínima que fuese, y rehusando aceptar aun para sus religiosos todo aquello de que creia no hallarse necesitados, y esto por no *perjudicar,* como acostumbraba decir, *á la pobreza;* regla, en fin, que jamás dejaba de recomendar á sus cohermanos á fin de que no despreciasen aun las cosas mas pequeñas, diciendo que *lo que no les servia á ellos, servia á los pobres de Jesucristo,* llamados de él por su ternura hijos, hermanos y amigos.

La inviolada castidad en fin guardada del siervo de Dios con tal celosía, que jamás fijó los ojos sobre la cara de mujer alguna, aunque le fuese parienta, ni aun de niñas de pocos años, que no trató jamás con mujeres sino constreñido de pura necesidad de su empleo, y con la mayor brevedad posible, se arguye bien claramente ya de la deposicion jurada de un calificado testimonio de *haberse*



conservado puro toda su vida, y tan inocente como era cuando niño; ya de las luces soberanas que Dios le comunicaba por el mérito de virtud tan hermosa, con las cuales conocia los inficionados del vicio opuesto, para su saludable arrepentimiento; ya de una prodigiosa paloma, cuando para atestiguar su candor virginal, en ocasion que obligado de su oficio de portero debió suministrar alguna refeccion á ciertas mujeres bienhechoras en una pieza contigua al exterior de la iglesia, pasando él dos veces por delante la puerta de la la iglesia misma, se le puso sobre el hombro, permaneciendo en él hasta cumplido aquel acto de hospitalidad, y en el pasar despues delante la misma puerta para entrarse al convento, tomar el vuelo hácia el tabernáculo, y desaparecerse.

De tanto amor á la castidad nacia en el Beato un odio implacable contra sí mismo, y persuadido que la pureza es una azucena que solo se conserva entre espinas, y que para mantenerse casto el hombre no basta guardarse de las ocasiones exteriores, sino que es aun mas necesario debilitar el orgullo del enemigo doméstico el propio cuerpo, no le concedia otro alimento que unas yerbas escasas y desabridas, y con poco pan y agua cuanto bastase para conservarle la vida; para mortificarle siempre mas, á las austeridades del instituto añadia todo cuanto le inspiraba el espíritu de la penitencia diciendo: *¿No quieres padecer, ó vilísimo cuerpo mio? pues sabe que si quieres gozarte algun dia, no lo logras sino por este solo camino;* y pareciéndole poco el ayuno continuo y tan riguroso, las muchas asperezas inventadas para afligirse, los horribles azotes, repetidos no solo todos los dias, mas muchas veces en un dia mismo, y tal vez por el éspacio no interrumpido de muchas horas, hasta abrirse las espaldas, y hacer de ellas una sola llaga, usaba sobre sus desnudas carnes unos cilicios los mas desapiadados, cuando despues de su muerte fueron vistos con piadoso horror internados en la carne misma.

Sacrificándose de este modo y todo entero á su Dios, daba bien á conocer el espíritu de viva fe que interiormente le animaba. El hábito de tan hermosa virtud, infuso en el santo Bautismo, jamás estuvo en él ocioso ni separado de los actos. Parecia no saber hablar mas que de Dios, de nuestros dogmas, de la verdad de nuestra santa Religion, sacando de todo motivo de discurrir no menos por propia inclinacion que para provecho de los demás. Penetrado de compasion sobre la suerte infeliz de tantos herejes é infieles, acostumbraba decir bañado en lágrimas, *que gustoso derramaria su pro-*

pia sangre en defensa de nuestra santa fe y para la salvacion de ellos. Las fiestas de la Iglesia, el santo sacrificio de la misa, las funciones todas ordenadas al culto de la Religion, eran los objetos mas amados de la devocion y del fervor de nuestro Beato, el cual tenia por esto tal reverencia á los sacerdotes, ministros de Dios y de la Iglesia, que jamás cesaba de inspirarla á los otros con decirles: *Cuando veis á los sacerdotes, respetadlos: y entended que deberíais besar la tierra que ellos pisan. Estos nos resucitan á la gracia con la administracion de los Sacramentos, cuando la hemos perdido. Estos nos muestran el camino del cielo con la predicacion de la divina palabra, y de estos depende en gran parte nuestra salud.*

Tomando Bernardo de las luces de la fe el sustento y el consuelo de una cristiana esperanza, fue de tal modo lleno de la bienaventurada seguridad de esta, que sobre comunicar tambien á otros su espíritu disipando sus desconfianzas, y calmando sus inquietudes acerca la consecucion del paraíso, decíales: *Quiero que vayamos seguramente al cielo, porque allí está nuestra patria.* Era tambien tan sufrido y tan gozoso en todo accidente contrario, hasta llegar á no perder jamás su igualdad de ánimo, acostumbrando continuamente á bendecir en todas las cosas al Señor, y á jactarse con inocente gloria que todo lo esperaba de él, á pesar de cualquier obstáculo natural: como en efecto lo acreditó la divina Providencia, remunerando siempre su confianza con extraordinarios socorros en casos urgentes ó para sus religiosos, ó para otros que recurriesen á él.

Penetrado de tanta fe, de tal modo firme en la esperanza, no es de admirar que ardiese además con tanto fuego de caridad para con Dios, que muchas veces fuese visto prodigiosamente inflamado de él, hasta en el rostro; que muchas veces sufriese sensibles agitaciones de pecho semejantes á las vehementes palpitaciones; que muchas veces sin advertirlo prorumpia en transportes de amor, en exhalaciones de encendidos afectos, en deshaogos de corazon hácia su Dios; y celando su gloria, no solo tenia un horror extremo al pecado, mas para impedirlo tambien en los otros y para encenderlos en el santo divino amor, *Dios,* decia con toda la efusion de su corazon, *Dios merece tanto ser amado, que las mismas piedras se encenderian en su amor si fuesen capaces de amar.*

Parto feliz de esta gran caridad en nuestro Beato era su ternísima devocion á Jesucristo apasionado, cuyas atrocísimas penas formando el objeto de sus meditaciones continuadas por muchas horas, ya de dia, ya de noche, le sacaban copiosísimo llanto de sus ojos,



animaban y esforzaban á encruelecerse mas y mas contra sí mismo, para confesarse mejor con su paciente Jesús, y de tal manera le penetraban y le llenaban, que jamás se satisfacia de acordarlas á los demás, de excitar en ellos la compasion, de provocarlos á amar á un Dios que nos amó á costa de tantos tormentos.

Otro hermoso pimpollo de la caridad de Bernardo era su fervorosísimo amor hácia Jesucristo sacramentado, delante del cual no contento de emplear en profundas adoraciones y ardientes súplicas los breves ratos desocupados del dia, pasaba, despues de dos horas escasas de reposo, todo el restante de la noche en tiernísimos desahogos acompañados muchas veces de inflamaciones del rostro, de centellamientos de ojos, de palpitaciones extraordinarias del pecho: cosas todas que se dejaban ver en él mas admirablemente cuando debia acercarse á la santísima comunion, para la cual es increible con cuánto fervor de caridad se disponia.

De este tan rico fondo de caridad para con Dios traia igualmente su orígen, su sensibilísimo filial afecto á la santísima Vírgen, á la cual tributando siempre algun devoto homenaje, y singularmente rezándola su santísimo Rosario, cual podia llamarse su favorito ejercicio, no olvidaba aficionar los corazones de los otros, y de recomendar asimismo á todos la devocion del Rosario, afirmando *que por medio de él María es singularmente la dispensadora de la gracia,* lo que muchas veces habia él experimentado en sí mismo, por las muchas que de la misma Vírgen alcanzaba á favor de sus prójimos.

Tenia tan fija en su corazon la caridad para con estos, como inseparable de la caridad para con Dios, que hecho todo para todos, se entregaba con todo afecto al alivio de sus necesidades, ya espirituales, ya temporales. Los atribulados hallaban en él su consuelo. Las enemistades mas obstinadas se convertian por su medio en dulces correspondencias de amor fraterno. Los que se peleaban, por mucho que estuviesen enfurecidos, bastaba que le viesen para pacificarse al instante. Muchos pecadores, en fin, se redujeron á mudar su mala vida por sus caritativas exhortaciones, porque estaba dotado de tanta ilustracion de espíritu, y de una persuasion tan viva y tan fuerte, que el Ilmo. Sr. Fradulfi, obispo de Asculi, y el Ilmo. Sr. Paganelli, obispo de Montalto, no dudaron afirmar: *Que el fruto hacia en sus diócesis Fr. Bernardo, era mucho mayor que el de todos los misioneros y predicadores.*

Tenia á mas de esto una singular compasion á las miserias de los

pobres, para sustentar á los cuales, segun correspondia á su oficio de portero, no contento de interesar la caridad de los otros, se privaba de la porcion de alimento que le tocaba á él, llevándosela con todo lo demás que podia para dárselo á ellos en la puerta: donde un dia entre otros fue admirable una bellísima burla de la Providencia divina, porque llevando él en la manga un poco de carne que habia recogido del refectorio comun, y estrechado por su guardian á que le dijese y enseñase lo que llevaba; Fr. Bernardo, metiendo la mano dentro la manga, sacó de ella, en vez de carne, dos ramilletes de flores, con estupor infinito del guardian y de los circunstantes. La importunidad, las injurias, el incomodo, la edad ya muy avanzada, en suma, cosa alguna pudo jamás impedirle el entregarse con todo amor y prontitud á tantos infelices, que convidándose mútuamente recurrian á él para apagar su hambre, y se volvian enteramente satisfechos; sustentados no solo del manjar material, mas tambien con el espiritual de santas conferencias, que para sus instrucciones y para su consuelo acostumbraba anteponer al repartimiento de las viandas: mereciéndose con ésto el dulce nombre de *Padre de los pobres*, con que comunmente le llamaban.

No le experimentaron menos caritativo los enfermos mientras cuidadosísimo de visitarlos todos antes que le deseasen, su primer oficio era, ó el alentarles al sufrimiento de sus dolores, si preveia su curacion, ó el exhortarles á disponerse para morir bien, si con la luz soberana que se le habia comunicado conocia inevitable su muerte. Despues de suministrado con su eficacia al enfermo este espiritual alivio, se dedicaba á prepararle el alimento con sus propias manos, á darle las medicinas, á vendarle las llagas y las heridas, besándolas antes, como que fuesen las llagas del Redentor, lamiéndolas con intrepidez, y tal vez con instantánea curacion, no exceptuando de estos actos piadosos clase alguna de personas, entre las cuales no obstante ocupaban el primer lugar los enfermos religiosos hermanos, acostumbrados á decir entre sí, á consecuencia de tanta caridad, *que era un delicioso enfermar y morir en el convento donde se hallaba Fr. Bernardo.*

Tantas virtudes del Beato tenian por fiel compañera la de la prudencia, sin la cual las virtudes mismas ó son vicios, ó son entusiasmos de un entendimiento soberbio: simplicísimo en ignorar cábalas é intrigas, pero advertidísimo en velar sobre el espiritual gobierno de sí mismo, se sirvió de esta prudencia aun para utilidad de los otros, y ya fuese con el corregir, ya en el aconsejar, ya en

dirigir negocios, jamás se vió burlado de un intento feliz, porque no tomaba sus luces sino del Evangelio y de la oracion: motivo por el cual reputado comunmente por un *oráculo,* se acostumbraba decir como por adagio en los casos mas arduos: *¡Oh! aquí es preciso acudir á Fr. Bernardo, para que nos aconseje lo mas acertado.*

Cuanto á la justicia, que tomada propiamente consiste en el debido órden entre Dios y nosotros, entre nosotros y el prójimo, no hay duda que nuestro Beato guardó un órden el mas bello, mientras respecto á Dios lo acredita su santidad, respecto á los hombres lo manifiesta ya su caridad, ya las demás virtudes sociales de gratitud, de liberalidad, de dulzura, de afabilidad, de sencillez, con las cuales ganaba el corazon de cuantos le trataban.

Consistiendo la templanza por otra parte en la moderacion del apetito y uso de aquellas cosas que deleitan el sentido, y adulan las pasiones, y siendo tres las especies de templanza, esto es la abstinencia, la sobriedad y la castidad; de cuanto queda dicho en órden al sustento de este héroe, y en órden á su pureza, claramente conocerá cualquiera á qué sumo grado de esta virtud se elevase el que sujetó siempre las pasiones á la razon, y la razon á Dios.

Despues de esto, si es propio de la fortaleza el emprender y el sufrir, es constante que Bernardo en el estado de lego no pudo hacer ostentacion de brillantes empresas dignas de registrarse en los fastos modernos; mas tambien es innegable que él dió de su fortaleza evidentísimas pruebas, ya con el áspero gobierno de sí mismo, ó ya con el alegre sufrimiento de sus habituales achaques de discípula, de perlesía, y singularmente de una hernia intestinal con los cuales experimentó bien frecuentemente, y hasta al extremo de su vida, agudísimos dolores.

Hija de la fortaleza es la humildad: teniendo de sí mismo una idea bajísima, solia llamarse *el jumento del monasterio, infelicísimo pecador, merecedor de todo desprecio.* De aquí los encargos mas penosos y mas viles formaban su mas genial ocupacion. De aquí nada conmovido á los injuriosos nombres de *villano,* de *hipócrita,* de *disipador,* y semejantes con que le injuriaban algunos de mal humor, ó callaba, ó respondia de rodillas con un modo dulcísimo siempre igual á sí mismo, siempre verecundo, siempre modesto. De aquí afligidísimo por la veneracion comun que se le tenia, buscó continuamente encubrir á los ojos de todos su virtud y sus méritos, deseoso de que todos le despreciasen en vez de tributarle respeto y honor.

No obstante cuanto mas se envilecia él á sí mismo, mas gustaba Dios de honrarle con sus graciosos dones. Don de oracion. Prescindiendo de la que formaba su acostumbrado ejercicio en las horas desocupadas, y en que experimentaba suavísimos éxtasis, consideraba siempre y de tal modo á Dios presente, que en medio de las mas distractivas tareas del huerto, de la cuestura, de los viajes, de servicios prestados al prójimo, le tributaba homenajes con el corazon y con la lengua, absorto continuamente en él, hasta enajenarse tal vez de los sentidos, y llenársele de resplandores la cara.

Don de penetrar las cosas ocultas. Sobre su cierta ciencia de las cosas acontecidas á grande distancia, y el descubrimiento de los pensamientos de los otros, tenia tambien un conocimiento claro de las conciencias; por lo que era voz comun que antes de presentarse á Fr. Bernardo, convenia purificarse con la confesion por no verse afrentados: como le sucedió entre otros muchos á un cierto Pablo Paolini, á quien el siervo de Dios descubrió menudísimamente el estado de su propia alma, amonestándole con toda dulzura á llevar en adelante una vida mas arreglada y cristiana.

Don de consejo. De cuanto queda dicho de la prudencia del Beato puede bastantemente inferirse que tuvo él este don. Mas para mayor confirmacion se debe añadir aquí, que las vocaciones al estado eran confiadas á su parecer, y que su aprobacion ó desaprobacion servia de regla segura á los que recurrian á él. Sus mismos superiores consultaban su dictámen acerca materias intrincadísimas, y salian al instante de sus dificultades, viendo aclaradas sus dudas. Muchísimos personajes de calidad le consultaban ó de palabra ó por escritos sobre negocios de la mayor importancia, como el Ilmo. Sr. Fadulfi, obispo; y Mons. de Massini, gobernador de Asculi; el Ilmo. Sr. Paganelli, obispo; y Mons. Trigeri, presidente de Montalto; Mons. Filingeri; Mons. Tesorero; Mons. Casniaro, que despues fue cardenal, y muchos otros, no solo de aquellos contornos de Óffida, mas tambien de la Lombardía, de la Francia, de la Alemania, satisfechos todos de ver seguido de un felicísimo éxito el consejo del siervo de Dios.

Don de curaciones y de milagros. Parece que Dios quiso remunerar con estos dos dones su extraordinaria caridad para con sus prójimos enfermos y angustiados. Cuanto á las curaciones, entre los que podrian referirse curados por él, bastará hacer mencion de un pobre que vino al convento por la acostumbrada limosna con un asqueroso cáncer en una pierna; al cual presentándose el siervo de



Dios, con todo amor chupó ansiosamente la matéria corrompida de aquella llaga encancerada, la tragó sin fastidio, y con esto le restituyó al instante la salud. Cuanto empero á los prodigios, multiplicó muchas veces las provisiones para saciar á sus pobrecillos.

Un niño que nació negro como un etíope fue restituido por él á su madre blanco y colorado. Á varios niños muertos alcanzó de Dios la vida con extremado contento de sus padres. Hasta á las bestias se extendió su virtud, ya volviendo la vida á una vaca muerta de muchos dias, ya llamando de dentro un horno ardiendo á nueva vida los descarnados huesos de un cordero hurtado y comido de ciertos golosos, los cuales con arrojarlos al fuego pretendieron ocultar su delito.

Don de profecía. Hé aquí muchas de sus predicciones en una sola, entre tantas, y todas verificadas. Enferma la señora condesa Porcia Fadulfi, desposada en casa Centini de Asculi, queda asegurada del siervo de Dios que curará, mas que por otra parte tendrá que sufrir otra desgracia, cual fue puntualmente la muerte de su único hijo, que sucedió poco despues. Afligidísima por esto aquella noble señora, viene á la presencia de Fr. Bernardo, para hallar serenidad y consuelo, y lo logra en efecto, mientras el buen viejo la pronostica que tendrá otros hijos, que el primero de estos casándose, con el tiempo tendria sucesion, que despues de la muerte de su esposa seria ordenado sacerdote, despues obispo, y que entonces celebrando para su alma la primera misa, saldria ella del purgatorio. ¡Bello consuelo para una pobre afligida madre! En efecto, despues de ocho años de esterilidad la Centini da á luz algunos hijos, el mayor de este se casa despues, y tiene tambien hijos, y noticioso de toda la série de cosas predichas por Fr. Bernardo: *Señora madre*, la dice, *guardaos bien de ir al purgatorio, porque mi misa seguramente no va á sacaros de allí, estando como estoy resuelto de casar segunda vez, si se me muere la mujer que tengo*. ¡Pero qué! se le muere la mujer, y no pensando en tomar otra, se retira á la soledad de la Dalmacia, donde hace voto de abrazar el Instituto de los Capuchinos. Llegando empero casualmente, con motivo de predicar á aquel lugar, el P. Tomás de Asculi, capuchino, se le da á conocer el ermitaño, le declara su voto, y aconsejado del religioso á volverse á la patria, y á pedir dispensa del voto por ser sobradamente dificultoso á su delicadeza, vuelve, obtiene la dispensa, se encamina ya sacerdote á la prelatura, ejerce el gobierno en muchos lugares, sostiene la carga de presidente por espacio de veinte y dos

años en Montalto, y finalmente es promovido por la amable memoria de Benedicto XIV á la silla episcopal de aquella ciudad: sucesos todos de los cuales no podia el buen prelado acordarse sin lágrimas de una tiernísima especial devocion al Beato, como puede testificarlo el postulador de la causa de su beatificacion, á quien el mismo obispo ordenó sacerdote en el año 1763.

Ahora, pues, un capital tan rico de dones derramados sobre el dilatado heróico ejercicio de virtudes, con las cuales el beato Bernardo habia santificado su propia vida, no podia menos, en fin, de presentar en él el edificativo espectáculo de una preciosa muerte.

Descargado por su octogenaria edad y por sus graves habituales incomodidades de algunos oficios claustrales, redobló su fervor á fin de aparejarse mejor á bien morir, y entrando al nonagésimo año, en cual y precisamente en el mes de agosto sabia que habia de ser su feliz tránsito al cielo, como lo habia asegurado él mismo á un noble asculano, y de que habia dado señales nada equívocas á los religiosos; tanto mas alegre cuanto mas se acercaba al tiempo previsto, enfermó de fiebre disipular, acompañada de violentísimos dolores, el dia 20 de dicho mes, y hecha su confesion general, entonces fue cuando su confesor le dió este ilustre testimonio: *que jamás en toda su vida habia Fr. Bernardo ofendido voluntariamente al Señor, y que se habia conservado tal, cual habia salido de las aguas del Bautismo.*

Lleno de paciencia, de piedad, de resignacion, hasta enternecer á los prelados y personajes que habian concurrido á visitarlo, dadas á todos saludables advertencias, sabedor de su inminente tránsito, no obstante de las apariencias de un mal todavía no peligroso, pidió con santa inquietud y con lágrimas los santos Sacramentos, asegurando *que no se debia perder tiempo, pues si se diferia el dárselos, no podria ya recibirlos.* Se los administraron por complacerle; los recibió con tales sentimientos de devocion y de amor, que se vió el rostro todo inflamado, se enajenó de los sentidos transportado por espacio de una hora en un dulcísimo éxtasis: y apenas se dispertó de él, repitiendo sublimísimos actos de religion con un Crucifijo en la mano, luego que oyó en su extremo recomendarse su alma al Señor por el sacerdote, con aquellas palabras: *Proficiscere anima christiana,* dijo con aire de bienaventurada alegría: *Padre guardian, dadme vuestra bendicion para irme al paraiso.* Mas el guardian entre la admiracion y las lágrimas, *esperad,* le respondió, *yo quiero que en virtud de santa obediencia vos bendigais primero á mí*

y á todos los presentes. Los bendijo nuestro Beato, y recibida despues de él la bendicion del superior, espiró tranquilamente al amanecer el dia 22 de agosto de 1694, y á los noventa años de su edad, en el convento de Capuchinos de Óffida.

Divulgándose la fama de su muerte con estas voces universales: *Es muerto el Santo, el Padre de los pobres, el consolador de los afligidos*, fue innumerable el concurso de la gente que concurrió á admirar lo hermoso, colorado, flexible de sus miembros, líquida la sangre en sus venas, las cuales abiertas por un cirujano, dieron sangre en abundancia, como que hubiesen sido de un hombre vivo.

Todos á porfía procuraban por su devocion tomar algunas de las cosas que habian servido para su uso, ó alguna partecilla de su hábito; y finalmente quién los cabellos, quién la barba, quién las uñas, cortando las cuales, cortó al mismo tiempo cierto indiscreto devoto un poco de carne, de la cual corrió tanta sangre, que bastó para empapar pañitos, algunos de los cuales hasta hoy permanecen teñidos en sangre.

Para satisfacer á esta devocion, no solo de los ciudadanos de Óffida, mas tambien de los forasteros que concurrieron igualmente á tributar homenajes de piedad de suspiros y lágrimas al siervo de Dios, se dejó expuesto su cadáver en la iglesia, en cuyo tiempo es digno de admirarse que colocado como estaba boca arriba sobre el féretro, teniendo la cara hácia el cielo, fue visto volverla improvisamente al altar lateral de San Félix, capuchino, y por mucho que procuraron los religiosos tornarla á su primera situacion, no la apartó jamás de su Santo, de quien en vida fue devotísimo, y bajo cuyo nombre encubria por humildad cuanto obraba de prodigioso á favor de los prójimos su caridad. Finalmente, en medio de la piadosa conmocion de innumerables circunstantes de todo grado y condicion, se le dió sepultura distinta de la comun de sus cohermanos, donde no ha cesado jamás ni cesa aun en el dia el concurso de los fieles para venerarlo, atraidos de su santidad, no menos que de los prodigios ha obrado Dios por su intercesion despues de su muerte, de los cuales se referirán tres, que son los que ha aprobado la sagrada Congregacion de Ritos.

Dejando aparte ya el haberse él aparecido en un pequeño huerto de hortalizas en acto de corregir á dos muchachos de Óffida, que aprovechándose de la muerte del siervo de Dios expuesto aun en la Iglesia habian ido allí para destruirle; ya algunos endemoniados que conducidos á la presencia de su venerado cadáver, hicieron

gestos extrañísimos, hasta prorumpir uno de ellos en estas voces: *¡Ah! que este fraile me abrasa mas que el fuego del infierno;* ya la curacion de fiebre maligna de un cierto José Sergiacomi, que se hizo llevar al féretro del beato Bernardo; bastará referir los solos tres milagros aprobados de la sagrada Congregacion de Ritos.

El primero fue obrado en la persona del Sr. Francisco Antonio Piccari de la Amatrice, ciudad del reino de Nápoles. Este jóven de diez y seis años, recaido en una fiebre pútrida inflamatoria, acompañada de tan infaustos síntomas, que formándosele en la cavidad del pulmon una llaga fistulosa, le redujo finalmente despues de algun tiempo á la paracentesi, y en el breve espacio de cerca tres meses pasó al estado de ético, y de aquí á un perfecto y desesperado marasmo á quien iba á suceder en pocos dias la muerte. Afligidísimo su padre, le encomendó al beato Bernardo; excitó en el hijo igual fe que la suya, dándole una su imágen con algunas reliquias; el paciente la concibió hasta prometerse con seguridad la gracia de la curacion; y la obtuvo en efecto, porque cerrada la llaga, recobrado el jóven de fuerzas, hasta levantarse en el propio instante por sí mismo de la cama, y salir de casa al dia siguiente; la misma callosidad de la cicatriz externa desapareció instantáneamente á la sola repetida invocacion del Beato.

Se podria tambien considerar por un doble milagro, mas solamente aprobado por uno, aquel de quien le es igualmente deudora la Sra. Ana Tierché de Apiro, diócesi de Camerino: jóven de cerca veinte y cuatro años, vínola á supuracion en la parte superior del pecho izquierdo un tumor crecido primeramente esquirro, terminado despues en un verdaderísimo carcinoma ó cáncer; y resistiendo el mal á todos los remedios del arte, y empeorando siempre mas, el cirujano la anunció inevitable y próxima la muerte, persuadiéndola pero al mismo tiempo el recurso al Beato para evitarla. Recurrió á él en efecto la enferma con toda fe; se hizo traer una reliquia suya, se la aplicó á la parte ofendida, quitado todo humano medicamento, y héla aquí luego de moribunda, restablecida, que se levanta de la cama por sí misma, no siente mas dolor alguno, se halla curada perfectamente. ¿Pero qué? entrando en desconfianza del milagro por las imprudentes sospechas que otros la infundieron de que el mal reviviria, la comparece de nuevo el carcinoma al instante, y con caractéres mas horrendos que antes, amenazándola la muerte inminente. Reprendida pero del cirujano de su culpa, reanima su fe con nueva aplicacion de la reliquia, y logra repenti-



namente la suerte de sentirse libre de todo dolor, y de ver lleno otra vez el vacío de la llaga cancerosa, soldada la parte sin la menor callosidad, y la cútis misma restablecida.

El otro milagro fue á favor de Ana Temperanza de Monterubbiajo, diócesis de Fermo, la cual enferma de hidropesía, llamada anasárquica, y nada cuidadosa por mucho tiempo no menos de llamar al médico, que de usar los remedios ordenados por él despues de haberlo llamado, perdió finalmente por el aumento de la hidropesía toda esperanza de vida; prevenida ya con los Sacramentos, y asistida de un sacerdote para una cristiana muerte, cierta noche, mientras este habia ido á tomar un leve reposo, se encomendó la enferma con fervor y con fe á algunas imágenes de papel colgadas de la pared, sin saber, como lo supo despues, que fuesen del beato Bernardo; y apareciéndosele el Beato, que ella despues reconoció ser enteramente conforme á la imágen colgada, en semejanza de un viejo capuchino, que la preguntó qué era lo que queria de él, y apenas le expuso la mujer el mal que padecia, cuando oyó que la respondia, *alzaos, que esto es nada;* se levantó esta de hecho, satisfizo su necesidad, volvióse á la cama, durmió tranquilamente, y dispertando se halló libre de toda intumescencia; y enteramente sana, se aplicó en las ocupaciones domésticas con suma admiracion del sacerdote, del médico, y de otros que no cesaron de celebrar tan estupendo prodigio.

Á vista, pues, ya de las virtudes del siervo de Dios Fr. Bernardo, reconocidas heróicas por la sagrada Congregacion de Ritos, ya de sus portentosos milagros aprobados con todos los sufragios de la misma, el inmortal pontífice Pio VI, felizmente reinante, despues de haberse (por un efecto de su soberana benevolencia hácia el Órden de Capuchinos) dedicado al mas solícito desvelo para la discusion de la causa de la beatificacion de este afortunado alumno del Órden mismo, le ha finalmente sublimado al honor de los altares, concurriendo tambien el mismo grande Pontífice de tal manera á los admirables designios de Dios, de presentar al mundo católico un nuevo ejemplar de santidad, para que imitando de él los fieles las virtuosas operaciones, consiguiesen la misma bienaventurada suerte por los merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo, al cual sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

OCTAVA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA LA VÍRGEN MARÍA.

La Misa es en celebridad de la Asuncion de la santísima Vírgen, y la misma que el dia 15, *pág*. 264.

La Epístola es del capítulo XXIV *del Eclesiástico, pág*. 264.

REFLEXIONES.

El que me crió descansó en mi tabernáculo. En estas palabras se comprenden todos los mayores elogios que se pueden decir de la Madre de Dios. Admirámonos algunas veces de lo poco que se halla escrito en la sagrada Escritura acerca de las grandezas de la Vírgen, y hasta los menos celosos de su culto quisieran que el Evangelio se hubiera explayado mas en sus elogios. Pero ¿qué elogio mas noble ni mas excelente nos pudiera decir el Evangelio, qué cosa de mayor estimacion, qué expresion mas propia para llenar todo el concepto que se puede formar de una pura criatura, que decirnos: *María de la cual nació Jesús?* Basta penetrar bien estas dos palabras, *Madre de Dios*, para que se dé por cumplidamente satisfecho todo el celo que se puede tener por la gloria de María. Por ventura ¿puede el mismo Dios elevar una pura criatura á mas alta digidad? Fuera de la union hipostática, ¿hay, ni puede haber comunicacion mas íntima con la naturaleza divina, que la divina maternidad? Esta es la basa en que se funda la profundísima veneracion que toda la Iglesia profesó siempre á la santísima Vírgen; la grande distincion que siempre hizo entre esta Señora y todos los demás Santos. Es María Madre de Dios; pues no hay que temer, ni exceso en sus elogios, ni indiscrecion en su confianza, ni supersticion en el religioso culto que la corresponde. Habiendo destinado Dios á María para el mas augusto ministerio que pudo caber en las ideas de la Sabiduría increada, infirió la Iglesia que necesariamente habia de derramar en ella todos los tesoros de sus gracias, colmarla de todos sus favores, y prevenirla con todos los privilegios que la podrian proporcionar á sostener con dignidad el alto augustísimo carácter de Madre de Dios. En esto se funda para juzgar que fue inmaculada y santa en su concepcion, porque pareceria indecencia que la Madre de Dios ni por solo un instante fuese esclava del demonio; que ella sola recibió mas



gracias que todos los Santos juntos, por haber sido escogida para un fin mas noble que todos ellos; y que ni en el cielo ni en la tierra hay pura criatura que se acerque á la santidad, al mérito, á la gloria, á la inefable dignidad de Madre de Dios. Por esto mismo, despues de haber descubierto la Iglesia todas las excelencias que se comprenden en este glorioso título, queriendo tributar á la Madre de Dios todo aquel culto que fuese mas proporcionado á la elevacion de su separada clase; despues de haber agotado las mas nobles, las mas enérgicas, las mas sublimes expresiones para manifestarla todo el respeto de que está altamente penetrada; poco satisfecha de sus elogios, y desesperando de hallar voces que correspondan á su grandeza, exclama con san Agustin: *Quibus te laudibus efferam, nescio.* Vírgen santa, perdona la bajeza y la desproporcion de mis palabras, no las encuentro adecuadas para manifestaros la veneracion que os profeso; el número y la excelencia de tus perfecciones me deslumbra y me sorprende; no encuentro términos bastantemente respetuosos; no se me ofrecen palabras suficientemente magníficas para celebrar tus grandezas; y todo el motivo de mi pasmo, de mi asombro, es considerar que eres Madre de todo un Dios: *Quia quem cœli capere non poterant, tuo gremio contulisti.* Pero si la Iglesia encontró en el título de Madre de Dios un objeto tan digno de veneracion que proponer á los fieles, todavía halló en este mismo título otra circunstancia de mayor consuelo para nosotros. En él descubrió aquellos infinitos tesoros de gracias que presenta á sus devotos y á sus hijos; en él descubrió una generosa redentora, por explicarme de esta manera; una medianera todopoderosa; un asilo siempre franco á todos los pecadores; una madre llena de ternura para con todos los hombres, porque todo esto dice, el que dice *Madre de Dios*. Sí, seguramente podemos decir con la Iglesia, con los Concilios y con los Padres, que ser Madre de Dios, es en cierto sentido Redentora de los hombres, causa de la salvacion del universo; es aprontar aquella sangre que se derramó por nosotros en la cruz, es formar el adorable cuerpo que sirvió de rescate por todo el género humano, es producir de la mas pura porcion de sí misma aquella adorable víctima que ha de aplacar la cólera de todo un Dios irritado; es arrancarse con violencia del mas amable Hijo de los hombres, para verle enclavado en una afrentosa cruz por nuestro amor. Despues de unas pruebas tan ilustres de su amor, ¿quién dudará de su poder? ¿quién pondrá límites á su confianza? *Pete, Mater mea.* No, Madre mia, no os aprovecheis con reserva de mi poder, la dice su Hijo, con mas

razon que Salomon lo dijo á su madre Betsabé. Y esto es lo que encendió tanto la elocuencia de los Padres en las alabanzas de la Vírgen. Dichosa el alma que coloca su esperanza en María; dichoso aquel que, lleno de amor y de veneracion al Hijo, desde su niñez aprende á reclamar la proteccion de la Madre; dichoso aquel que, despues de Dios, pone en ella toda su confianza.

El Evangelio es del capítulo x *de san Lucas, pág.* 267.

MEDITACION.

De las grandes gracias y singulares favores que nos granjea la verdadera devocion con la Vírgen.

Punto primero.—Considera que la verdadera devocion con la santísima Vírgen es un perenne inagotable manantial de los mayores favores del cielo. Vivimos todos en un país enemigo; ¡qué peligros, qué tentaciones, qué lazos no se arman en él á la inocencia! No solo es menester vigilancia, sino valor y fuerza para resistir al enemigo de la salvacion. Anímanle nuestras caidas, hácenle formidable nuestras miserias, y las ocasiones tan frecuentes ponen nuestra salvacion en gran peligro. Muchos auxilios son menester para librarnos de él; ¿y quién se podrá prometer la victoria sin una poderosa proteccion? Pero el verdadero devoto de la santísima Vírgen tiene un gran recurso. Sirve á una Reina que ejerce un poder sin límites sobre todo el infierno; está en servicio de la heroína que quebrantó la cabeza de la serpiente infernal; reconoce por madre á la distribuidora de todas las gracias. Su poder es sin medida, y su bondad es igual á su poder. Torre de David la llama la Iglesia. *Mil escudos están pendientes de esta torre, y de ella cuelgan todas las armas de los mas valientes.* ¿Dónde se puede encontrar mejor defensa ni mayor seguridad? La verdadera devocion á la santísima Vírgen nos asegura todos estos defensivos. Si nos protege la Madre de Dios, ¿qué podemos temer en este lugar de destierro? Si nos defiende la Madre de misericordia, ¿qué accidente, ni qué enemigo nos podrá ofender? Y si es tan liberal aun con aquellos que la miran con indiferencia, ¿qué liberalidad no usará con sus fieles siervos y con sus amados favorecidos? Todos los bienes me vinieron, dice san Antonio, por la devocion con la santísima Vírgen: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* ¿Tienes la dicha de ser contado en el número de los siervos de María? dice el sábio Idiota: ¿encontraste á María? pues haz

cuenta que encontraste en ella todos los bienes: *Inventa Maria virgine, invenitur omne bonum.* No ha perdonado á medio alguno para cerrar á los Cristianos estas entrañas de misericordia, para privar á los pecadores de este asilo, inspirando á todos los herejes el infernal intento de sufocar la devocion á la Madre de Dios. No ha habido hereje que no haya procurado desacreditarla, condenarla, y desterrar del corazon de los fieles la confianza en la santísima Vírgen; pero la Iglesia ha redoblado su celo, su devocion y su culto á medida que la herejía fué multiplicando su malignidad y sus artificios. ¡Qué mayor honra, ni qué mayor dicha, que estar en la gracia de María! ¡que vivir enteramente dedicado á su servicio! Profesaros á Vos una singular devocion, ó Vírgen santa, es lo mismo que tener las armas defensivas que pone Dios en las manos de los que quiere salvar. Vos sois asilo y sagrado de todos los que se refugian á él. ¿Qué seria de nosotros si Vos nos desamparais? *Si tu nos deserueris, quid de nobis fiet?*

Punto segundo.—Considera que la santísima Vírgen no se contenta con defender á sus siervos contra las tentaciones del enemigo, sino que los consuela en sus tristezas, los asiste en sus peligros, los sostiene en sus combates, los alivia en sus trabajos; porque todo esto quiere decir el título de Madre de misericordia; y esto mismo significan tantas devociones, tantas cofradías, y tantas congregaciones como están erigidas en honor de la Madre de Dios con diferentes títulos. Nuestra Señora de la Esperanza, de la Victoria, del Refugio, de la Esclavitud, de la Piedad. Cuando la Iglesia aprueba estos títulos, llenos de tanto consuelo, quiere descubrirnos los inmensos tesoros de gracias, y aquel inagotable raudal de bendiciones que se halla en el servicio de la santísima Vírgen. Ciertamente no se reconocen bien los indecibles provechos que trae consigo esta devocion. Conocíanlos los Santos, que no encontraban voces, términos ni expresiones bastantemente significativas para explicar los afectos de su amor, de su veneracion, de su confianza, de su ternura y de su admiracion á la Madre de Dios. Pero entre todos los beneficios que nos facilita esta devocion, debe tener el primer lugar en nuestra estimacion el don de la perseverancia, y la gracia de una santa muerte. Es aquel último instante el momento mas crítico, y la necesidad mas apurada; y en aquella hora decisiva es donde experimentan su poderosa proteccion los verdaderos devotos de María; no mostrándose nunca mas liberal con los que la honran esta Madre

de misericordia, que en aquel punto decisivo de su eterna salvacion. Conociendo la Iglesia cuánta necesidad tenemos de esta soberana y poderosa proteccion en aquella hora, hace mencion particular de ella en sus oraciones. *Nunc et in hora mortis nostræ*, repite muchas veces al dia en la Salutacion angélica. *Tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe*, dice en otra parte; tan persuadida está á que nos es absolutamente necesaria la asistencia de la santísima Vírgen en aquel peligroso momento. Pero ¿quiénes se podrán mas racionalmente prometer con mayor seguridad esta poderosa proteccion, que los verdaderos devotos de María? ¿Podrá olvidar en aquel peligro á los que la honraron y amaron toda la vida? ¡Qué mayor consuelo en la última enfermedad, que morir siendo verdadero devoto de María! ¡Qué sentencia tan favorable no podrá esperar del supremo Juez el que logra la proteccion de su Madre! La confianza bien fundada en la bondad de la santísima Vírgen endulza todas las amarguras de aquel último momento, destierra los temores, y serena el corazon. Pocos verdaderos devotos de la santísima Vírgen se hallarán que no mueran con una dulce y piadosa tranquilidad, presagio prudente de su eterna salvacion.

¡Ah Vírgen santa! ¡y qué ansioso deseo tengo yo de amaros, de serviros y de honraros! Dedícome, Señora, enteramente y sin reserva á vuestro santo servicio; y si habeis tenido algun siervo fiel por todos los dias de su vida, ese quiero yo ser mientras me durare la mia.

JACULATORIAS.—Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.

Experimenten, Señora, tu poderosa proteccion todos aquellos que te invocan reverentes. (*Ecclesia*).

PROPÓSITOS.

1 Entre tantas piadosas industrias y devotos ejercicios como la devocion á la Madre de Dios ha inspirado á sus verdaderos siervos, ninguno mas agradable á esta Señora, ni de mayor utilidad á todos los fieles, que el perpétuo culto de la santísima Vírgen, establecido con autoridad de la Silla apostólica en las principales ciudades del reino de Francia, y de algun tiempo á esta parte en el hospital de la ciudad de Lyon, donde es singularmente reverenciada la santísima Vírgen. El principal fin de aquella piadosa congregacion, á la cual concedió grandes indulgencias el papa Clemente XI, es rendir

á la Reina del cielo y de la tierra un culto público y perpétuo, y esto por dos motivos, ambos muy propios para excitar la cristiana piedad. El primero es de amor y de reconocimiento, el cual nos empeña en amar, alabar y reverenciar incesantemente á la mas pura de todas las criaturas, que nunca cesa de amarnos, ni de hacernos bien por su poderosa intercesion, la que continuamente emplea en beneficio nuestro con su querido Hijo y nuestro Salvador. El segundo motivo es de celo, el que todos los verdaderos fieles deben tener por los intereses de la Madre de Dios, nuestra madre comun. Y así como en todos tiempos hubo enemigos declarados de María, que intentaron desacreditar el religioso culto que se la debe, y arrebatarla por este medio una parte de su gloria, así tambien parece justo solicitarla y procurarla por esta fundacion multitud de fieles siervos, que en todos tiempos, y sin interrupcion, la honren, reparando, en cuanto fuere posible, los ultrajes que en todos los siglos ha recibido de los herejes. Esta precisa idea de una devocion tan justa, de tanto provecho, y tan conforme á los intentos de Dios, debe cautivar un corazon inclinado á la piedad, y sensible al reconocimiento. ¿Qué cosa mas justa que la mas perfecta, la mas santa, la mas excelente, la mas elevada en dignidad, y la mas amable de todas las puras criaturas, reciba continuos cultos de aquellos que creen su santidad, su eminente cualidad de Madre de Dios, y se quieren aprovechar de su valimiento? ¿De aquellos, en fin, que reconociéndola por su reina, por su madre, por su abogada y por su refugio, confian con razon en su poder y en su bondad? Ciertamente si María ama á los que la aman: *Ego diligentes me diligo;* si se interesa particularmente en favor de aquellos que la honran y la sirven, ¿qué gracias no conseguirá para sus piadosos y fieles congregantes, que no perdonan á medio alguno para solicitarla tan grande honor? ¿Qué bendiciones del cielo no alcanzará para los pueblos donde se erige tan religiosa Congregacion? Haz cuanto puedas para alistarte en ella. Emplea tu autoridad y tu celo en hacer que se funde donde no estuviere fundada, y procura tener un librito intitulado: *Instruccion para los congregantes del culto perpétuo de la santísima Vírgen,* impreso en Lyon, en la oficina de los hermanos Bruyset, calle Mercière: reza con frecuencia la oracion siguiente, en que se contiene el culto que se debe á esta Señora:

2 «¡Oh santísima Vírgen María, Madre de Dios, Reina del cielo «y de la tierra, Soberana de los Ángeles y de los hombres! Yo creo «con profundo rendimiento de corazon y de juicio todo lo que la fe

«cristiana me enseña de Vos; y en particular creo firmemente que «sois real y verdaderamente Madre de Dios. Confieso que por esta «divina maternidad mereceis un culto particular debido solo á Vos. «Confieso que solo Dios es superior á Vos, y que todo lo que no es «Dios está sujeto á vuestro imperio. Reconozco que todos los Ánge- «les, todos los Santos y todos los hombres son vuestros vasallos y «vuestros siervos; que mereceis toda su veneracion, todo su rendi- «miento, todos sus servicios, todas sus alabanzas, todo su celo y to- «dos sus respetos. Confieso que cuando el Criador del universo se «hizo hijo vuestro, os elevó á una gloria incomprensible á todo en- «tendimiento criado; y así como ninguna pura criatura puede com- «prender vuestra dignidad, así tampoco ninguna es capaz de ren- «diros un culto digno de Vos. Pues ¿qué podré hacer yo, pobre y «miserable pecador, para honraros? Con todo eso, puesto que no os «desdeñais de mis obsequios, ó soberana Reina del mundo, cuya bon- «dad y cuya misericordia son iguales á vuestro poder y á vuestra «dignidad, recibid de mí la veneracion que os es debida. Postrado, «pues, á los piés de vuestro trono, ó Madre de mi Dios, Madre de «mi Redentor, que reinais sobre los Serafines, ante cuya Majestad «es sombra la majestad de todos los reyes, os tributo el mas sincero, «el mas humilde, el mas profundo honor que es posible, despues «del que rindo á mi Dios. Reconózcoos por mi soberana Señora, en «quien despues de Dios coloco toda mi confianza; téngome por di- «choso en conoceros, en perteneceros y en serviros. Pero porque mi «pequeñez no me permite ofreceros cosa alguna que sea digna de «Vos, uno mis cultos con los de los Serafines, y con todos los ho- «nores que recibísteis del mismo Jesucristo, Hijo vuestro. Consá- «grome á Vos para siempre, ó augusta inmaculada Vírgen; reci- «bidme en el número de vuestros esclavos, y dignaos hacer que yo «cumpla perfectamente con las obligaciones que vuestra sublime cua- «lidad de Madre de Dios me impone de respeto, de obediencia, de «amor, de celo, y de un ardiente deseo de consumirme por la glo- «ria de vuestro Hijo y por la vuestra. Hago un firme propósito, ó «divina Madre, de renovar incesantemente á vuestros sagrados piés «el homenaje que en este dia os rindo. Dichoso yo si con mi ejem- «plo y con mi celo pudiere contribuir á perpetuar vuestro culto, se- «gun el fin que me he propuesto, dedicándome á vuestro servicio «en esta devota Congregacion. Así sea.»

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

La vigilia del apóstol san Bartolomé.

San Felipe Benicio, confesor, florentino, en Todi; propagador del Órden de los Siervos de la beatísima Vírgen María, varon de singular humildad: fue canonizado por el papa Clemente X. *(Véase su historia en las del dia de hoy).*

El tránsito de los santos mártires Restituto, Donato, Valeriano y Fructuosa, con otros doce, en Antioquía; los cuales en una honorífica confesion recibieron la corona del martirio.

Los santos mártires Quiriaco, obispo, Máximo, presbítero, Arquelao, diácono, y sus compañeros, en Ostia; los cuales padecieron martirio por mandato de Ulpiano, prefecto en el imperio de Alejandro.

Los santos mártires Claudio, Asterio y Neon, hermanos, en Egea de Cilicia; los cuales acusados por su madrastra de que eran cristianos ante el presidente Lysias, despues de muy crueles tormentos fueron crucificados, y triunfaron con Jesucristo. Despues de ellos padecieron Donvina y Teonila.

El martirio de los santos Timoteo y Apolinar, en Reims en Francia, que en aquella ciudad fueron martirizados, y volaron al reino celestial.

Los santos mártires Minervo y Eleázaro con ocho hijos, en Leon de Francia.

San Lupo (ó san Lope) tambien mártir; el cual habiendo pasado de una condicion servil á la libertad de Cristo, fue despues honrado con la corona del martirio.

San Zaqueo, en Jerusalen, el cuarto obispo de esta Iglesia despues del apóstol Santiago.

San Teonas, obispo y confesor, en Alejandría. *(Gobernó la silla de Alejandría por espacio de diez y nueve años. Escribió una instruccion en forma epistolar, trazando la conducta que debian guardar los cristianos que vivian en la corte de los Emperadores, la cual dirigió á Luciano, empleado de palacio de Diocleciano).*

San Victor, obispo, en Útica en África.

San Flaviano, obispo, en Autun.

San Sidonio, obispo, en Clermont, esclarecido por su doctrina y por su santidad.

VIGILIA.

Como hoy es la vigilia del apóstol san Bartolomé, es dia de ayuno, á no ser que fuera domingo, que en tal caso se anticipa en el dia ó sábado que antecede.

SAN CRISTÓBAL Y LEOVIGILDO, MÁRTIRES DE CÓRDOBA.

Los gloriosos triunfos que consiguieron de los enemigos de la fe san Aurelio, Félix, Jorge, Sabigoto y Liliosa en el dia 27 de julio

del año 852, al paso que pusieron en la mayor consternacion á los moros de Córdoba, infundieron una santa emulacion en los Cristianos, para que imitasen á aquellos héroes que dieron tanto honor á la Religion, entre cuyos esforzados militares de Jesucristo fue uno san Cristóbal, natural de la misma ciudad, descendiente de las ilustres familias que ennoblecieron á Córdoba. Educóse desde sus primeros años bajo la enseñanza de san Eulogio, y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, y de una propension como natural hácia lo bueno, hizo en muy breve tiempo ventajosísimos progresos así en las ciencias como en las virtudes con el auxilio de su santo y sábio maestro; y como Cristóbal juntaba con la pureza de sus costumbres una solidez de entendimiento, descubrió los lazos que el mundo pudiera armar á su inocencia, hicieron poca impresion en su corazon los atractivos de una brillante fortuna, inspiróle su virtud dictámenes mas conformes á la religion que profesaba, y aunque jóven, y en medio de una corte infiel, considerando los grandes peligros á que estaba expuesto quedándose en el siglo, resolvió buscar asilo á su inocencia en algun claustro religioso. Puso los ojos en el de San Martin, que estaba en la sierra de Córdoba en el lugar llamado Rojana [1]; abrazó en él el estado monástico, y soltando las riendas á su fervor, fue dentro de breve tiempo la admiracion de los mas ancianos religiosos por su fervor, por su mortificacion, y por la exactitud en la observancia regular.

Supo el martirio de san Aurelio y el de sus ilustres compañeros, y encendido en vivísimos deseos de lograr la dicha que consiguieron aquellos, bajó á Córdoba, y presentándose al juez agareno hizo una confesion pública de su fe, declamando á un mismo tiempo contra el falso profeta Mahoma. Y no satisfecho con una accion tan generosa, exhortó á los moros á qué recibiesen la luz del Evangelio, bajo el seguro que á seguir con las ridículas patrañas de su Alcoran, era indispensable que pereciesen eternamente en el infierno con su fanático legislador. Estimó el juez el hecho de Cristóbal por uno de los mas enormes atentados, y queriendo castigar su osadía, mandó ponerlo en una oscura mazmorra cargado de cadenas.

Puesto Cristóbal en la cárcel, dió igual ejemplo de valor cristiano ante el mismo juez otro monje de avanzada edad llamado Leovigildo, natural de la antigua ciudad de Iliberi, por la que hoy se en-

[1] De este monasterio no queda otra memoria que esta, siendo cierto que en él fue hospedado san Juan Gorciense cuando fué á Córdoba por embajador de Oton, despues emperador, en el año 957.

tiende Granada, el que vino á Córdoba con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor en el célebre monasterio de San Justo y Pastor, que estaba en lo mas áspero de las montañas de aquella ciudad, junto á una aldea llamada *Leyulense*, del que no nos resta memoria alguna, á pesar de la escrupulosidad con que san Eulogio señaló su disposicion, robándonos la injuria del tiempo todos los indicios que á lo menos pudieran representar las ruinas de aquellos santuarios, donde se tributaron á Dios los mas solemnes cultos en medio de sus enemigos, cuyo furor no perdonó ni aun á las piedras, para que ni aun en ellas resucitasen las memorias que procuraban dejar en un olvido perpétuo.

Vivió Leovigildo muchos años en aquella ilustre casa, siendo un modelo acabado de la perfeccion religiosa por la justificacion de su conducta, tanto mas digna de elogio, cuanto estaba fundada sobre el sólido principio de una profunda humildad, la que era tan grande, que ni aun sus buenos deseos aprobaba sin consultarlos con las personas mas sábias y mas virtuosas; como lo acreditó en los que tuvo de ofrecer á Dios su vida en sacrificio, fiándole al exámen de san Eulogio, que era el oráculo, la columna y el piloto que gobernaba la iglesia de Córdoba, agitada en aquellas calamitosas edades con las mas furiosas olas de la persecucion.

Obtuvo la aprobacion de tan clásico maestro, y con su bendicion se presentó al juez árabe, y comenzó en su presencia á predicar las infalibles verdades de nuestra santa fe, al paso que abominó los delirios y los embustes que el fanático Mahoma escribió en su ley. No pudieron los moros sufrir por mucho tiempo los desprecios que hacia Leovigildo de su Profeta, y no contentos con haber descargado sobre él un sinnúmero de golpes y de bofetadas, de órden del juez lo llevaron á la cárcel, donde le amarraron con pesadísimas cadenas.

Viéronse en la prision Cristóbal y Leovigildo, diéronse el parabien de la dicha que esperaban; y considerándose desde aquel momento como soldados de Jesucristo que iban á pelear con sus enemigos, procuraron armarse con las armas de la oracion, del ayuno y de la penitencia, avivándose en ambos el deseo de padecer por amor del Señor con las continuas conversaciones que tenian sobre la perpetuidad de los bienes eternos. Pronunció en fin el juez la sentencia de muerte contra los dos ilustres Confesores, y recibieron la notificacion con una alegría extraordinaria, viendo que se acercaba el tiempo de su feliz carrera. Sacáronlos para el lugar del suplicio, y cuando el verdugo se preparaba para descargar el golpe del alfanje, se suscitó entre

los dos héroes una humilde competencia sobre ceder el uno al otro la primacía para el sacrificio, graduando los instantes que se adelantaba esta dicha como premio digno entre los que aspiran á la gloria del martirio. Venció en fin Cristóbal, prefiriendo á Leovigildo como mayor en años y en merecimientos, segun su concepto, y manteniéndose ambos sin la menor turbacion en un lance que hasta los ejecutores se inmutan, fueron decapitados en el dia 20 de agosto del año 852. No satisfechos los moros con el injusto castigo, arrojaron los venerables cadáveres á una hoguera encendida, para que reducidos á cenizas no pudieran los Cristianos tributarles la veneracion que acostumbraban á los santos Mártires; pero extrayendo los fieles con exquisita diligencia parte de los cuerpos antes que el fuego los consumiese, les dieron sepultura en la iglesia de San Zoilo, de la cual fueron despues trasladados á la de San Pedro, donde hoy se veneran. La santa iglesia de Córdoba celebra hoy el triunfo de estos santos Mártires. La de Granada hace fiesta á san Leovigildo con oficio doble el dia 16 de este mes desde el año 1732, en que lo dispuso así el arzobispo de aquella metrópoli D. Francisco de Perea.

SAN FELIPE BENICIO, CONFESOR.

San Felipe Benicio, reputado comunmente por fundador de la Religion de los Servitas ó siervos de la Vírgen, aunque hablando con propiedad, como dice el Martirologio, solo fue propagador, tuvo por patria á la ciudad de Florencia, y fue de la noble familia Beniti ó Benizi, tan distinguida y respetada en todo el país. Nació por los años de 1224. Su padre Jacobo y su madre Albanda, igualmente recomendables por su piedad que por su nobleza, tuvieron gran cuidado de darle una cristiana educacion. Dió el niño muy desde luego presagios ciertos de su futura santidad por lo apacible de su bello natural, por su inclinacion á la virtud, y sobre todo por una anticipada devocion á la santísima Vírgen. Aun no tenia un año cuando llegaron á pedir limosna en la ciudad de Florencia algunos religiosos servitas; luego que el niño los vió, desató el cielo su lengua, y exclamó milagrosamente: *Estos son los siervos de la Vírgen*, prodigio que aumentó el amor y la atencion de sus padres, considerándole desde entonces como quien habia de ser con el tiempo la honra de toda la familia.

Despues que acabó la gramática y las letras humanas en Floren-



cia, le enviaron á estudiar la medicina en París. Luego se hizo admirar en aquella universidad la viveza y la penetracion de su ingenio, la pureza de sus costumbres, y una prudencia extraordinaria, poco regular en los mozos de su edad. Restituyóse á Italia, y pasó á continuar el mismo estudio en la universidad de Padua, donde recibió la borla de doctor. Vuelto á Florencia, léjos de dejarse deslumbrar de las brillantes esperanzas que le lisonjeaban, resolvió aspirar á otra gloria mas sólida. Andaba deliberando sobre el estado que abrazaria, cuando un jueves de la octava de Pascua entró á oir misa en la capilla de los Servitas de Florencia. Era puntualmente la Epístola del dia la historia de la conversion de aquel eunuco de la reina de Etiopia, y le hicieron grande impresion aquellas palabras del Espíritu Santo al diácono Felipe: *Felipe, acércate á este carro;* pareciéndole por la conformidad del nombre que se las decian á él. Ocupado enteramente con estos pensamientos, se retiró á su casa, y pidió muy de veras á la santísima Vírgen que le diese á conocer la voluntad de Dios, pasando en oracion hasta la media noche. En ella tuvo la vision siguiente: Parecióle que se hallaba en medio de una vasta y desierta campiña, donde no veia mas que precipicios, peñascos, rocas escarpadas, lodazales, serpientes, espinas y lazos tendidos por todas partes. Atemorizado con tan espantosa vision, comenzó á dar gritos con todas sus fuerzas, pero sin volver del rapto. Sosególe presto la santísima Vírgen, que se le apareció sobre un resplandeciente carro, rodeado de Ángeles y de bienaventurados, y repitiéndole las mismas palabras que habia oido en la misa, le dijo: *Felipe, acércate, y júntate á este carro*, mandándole se entrase en la Religion de los Servitas, que se acababa de fundar, figurada por aquel carro misterioso.

Contaba solos quince años de fundacion aquel religioso Órden, tan fecundo en Santos, y tan digno de veneracion, sobre todo por la especial profesion que hace de servir á la santísima Vírgen, y honrarla con culto muy particular, habiendo sido su cuna el monte Senario, á tres leguas de Florencia, á donde se habian retirado siete mercaderes de la misma ciudad, y servian á Dios de comunidad bajo la proteccion de la santísima Vírgen, tomando el título de siervos de María. Acababan de fundar un hospicio á las mismas puertas de Florencia con una capilla muy reducida, en la cual habia oido Felipe la misa el dia antecedente. No dudando ya que Dios le llamaba á aquella Religion que se iba formando, luego que amaneció se fué al hospicio, y arrojándose á los piés del P. Bonfilio, uno de los primeros fundadores á

quien los demás voluntariamente se habian sujetado, nombrándole por superior, le suplicó con mucha instancia y con no menor humildad le admitiese en su Congregacion al número de los hermanos legos. No conocia el P. Bonfilio ni la calidad ni los talentos del pretendiente, y así le admitió sin dilacion en la humilde clase que él mismo solicitaba, enviándole á Monte Senario para que se ocupase en los oficios mas abatidos de la casa y en las labores del campo. Ninguna cosa era mas conforme á los deseos de su profunda humildad; y supo disimular con tanta destreza así su sabiduría como su noble nacimiento, que ninguno pudo descubrir en él sino un gran fondo de juicio, de prudencia y de virtud, que se hacia reparar no sin admiracion. Su mortificacion era extremada; y como si no bastasen para domar su cuerpo los excesivos trabajos de sus ocupaciones, añadia otras penitencias, que espantarian á los mas robustos. Las ocupaciones exteriores no interrumpian ni su continua oracion ni su íntima union con Dios. Repartia el tiempo con tanta economía, que siempre le sobraban muchas horas para pasarlas en oracion delante de una imágen de la santísima Vírgen, y para retirarse á una gruta poco distante de la iglesia, en la cual acompañaba la meditacion de la pasion del Salvador con mortificaciones voluntarias, olvidando las necesidades del cuerpo hasta pasar tres dias enteros sin alimento. Consolábase con la esperanza de pasar así toda su vida trabajando en la propia santificacion á favor de una vida desconocida y oscura, cuando los superiores, reconociendo en él una prudencia extraordinaria, acompañada de una eminente virtud, le enviaron á Sena para que tuviese la inspeccion de una casa de la Órden que se estaba fundando en aquella ciudad. Tenia consentido en que siempre se podria mantener en el humilde estado de lego; pero una conversacion que tuvo en el camino de Sena con dos Padres Dominicos hizo traicion á su humildísimo espíritu. Descubrieron en él una capacidad tan superior y unos talentos tan raros, que al instante representaron á sus superiores el agravio que se hacian á sí mismos y á toda la Iglesia en tener escondida aquella resplandeciente antorcha debajo del celemin, persuadiéndolos á que tratasen de elevarle al sacerdocio. Fácilmente descubrieron ellos mismos este tesoro escondido luego que le examinaron; y sin dar oidos ni á la resistencia de su humildad, ni á sus ruegos ni á sus lágrimas, consiguieron dispensa de Roma para elevarle á los órdenes sagrados. Apenas fue visto en el altar cuando su eminente santidad se abrió camino, y rompió todos los velos con que hasta entonces se habia procurado cubrir para ocul-

tar su raro mérito. Inmediatamente le fueron ascendiendo sucesivamente por todos los empleos de la Órden; hiciéronle definidor, despues asistente, y en fin general de toda ella. Ninguno lo mereció mas, y ninguno se tuvo por menos digno de serlo. Puso en ejecucion todos cuantos medios supo y pudo para eximirse del cargo, pero no fue oido. Conoció entonces que habia otra voluntad superior á la suya, y se rindió á la disposicion de la divina Providencia, á que ya no podia ni debia resistirse. Aplicóse principalmente á extender el culto de la santísima Vírgen, que era el primario fin de su sagrado Instituto. Aunque se habian pasado ya treinta y cinco años desde los primeros principios de la Órden, apenas habia hecho progresos, reduciéndose toda ella á una casa y á dos ó tres hospicios pequeños; pero luego que nuestro Santo fue visto á la frente de su Congregacion, el mérito del General la hizo célebre y famosa. Concurrian de todas partes en tropas á ponerse bajo su direccion; la mayor parte de las ciudades clamaban por sus hijos, y nuestro Santo dió tanto vuelo y tanta reputacion á su Órden, que aunque fue el quinto general de ella, todos convienen en considerarle como á su fundador. No contribuyó poco á esto un milagro que obró haciendo un viaje á Roma. Encontró en el camino á un pobre leproso cási enteramente desnudo; no teniendo oro ni plata que darle, se despojó de su túnica, echósela á cuestas, y en el mismo instante quedó el leproso totalmente limpio y perfectamente sano. Encargóle, rogóle y conjuróle Felipe que no publicase esta maravilla; pero pudo mas el agradecimiento del leproso que la humildad del Santo. Mas el lance donde resplandeció con asombro su modestia fue cuando huyó de la primera dignidad de toda la Iglesia por muerte del papa Clemente IV. Estaba la sede apostólica vacante habia cerca de tres años; juntos los cardenales en Viterbo, no podian convenir en la eleccion, cuando de repente conspiraron todos en elegir al General de los Servitas, como al sujeto mas digno que entonces se conocia. Luego que el Santo llegó á entender este proyecto, secretamente se huyó á las montañas mas ásperas del territorio de Sena, no llevando consigo mas que un religioso confidente suyo, de quien se podia fiar con toda seguridad. Allí estuvo escondido en las concavidades de los riscos hasta que supo haberse ya dado un nuevo pontífice á la Iglesia, que fue el papa Gregorio X. Fue gratísimo á nuestro Santo aquel casual retiro, viéndose en la soledad á que aspiraba siempre su humilde corazon, y que tenia tantos atractivos para él, logrando la tranquilidad de aquel sosiego para entregarse todo el tiempo á la oracion. Abandonóse enteramente

á los rigores de una penitencia excesiva: su ayuno era austerísimo y continuo; su alimento yerbas silvestres y desabridas; su bebida un poco de agua, y aun esta se le acabó presto, habiéndose secado el manantial por la calidad de aquel árido terreno. Pero se dice que habiéndole herido tres veces con el báculo, lleno de confianza y de fe, brotó un chorro tan copioso, que formó una especie de mar, al cual desde entonces se le da el nombre de los *Baños de san Felipe,* conservándose hasta el dia de hoy en el monte llamado *Montagrate,* y se atribuye á los méritos de nuestro Santo la virtud de aquellas aguas para curar muchas enfermedades.

En aquel retiro fue donde le dió á entender el Señor ser su voluntad que llevase su nombre á otras provincias, y extendiese en los países extranjeros el culto y la singular devocion que profesa su Órden á la santísima Vírgen. Con efecto, luego que salió del desierto nombró un vicario general de Italia en su lugar, y él se fué con dos religiosos á publicar en otras partes las grandezas de la Madre de Dios, predicando al mismo tiempo penitencia. Comenzó por Francia, donde se vió con admiracion el prodigioso fruto que hacian sus sermones, especialmente en las ciudades de Aviñon, Tolosa y París, donde fue recibido como un nuevo profeta. Pasó á los Países Bajos, á Frisia, á Sajonia, á la superior Alemania, publicando en todas partes con nunca oida felicidad las grandezas de la santísima Vírgen, despertando, aumentando y propagando en todas ellas el culto y la tierna devocion á la Madre de Dios.

Empleó dos años en esta apostólica mision, y vuelto á Italia convocó un capítulo general en Burgo, donde no perdonó á diligencia alguna para que le admitiesen la renuncia del generalato. Léjos de admitírsela, todos los vocales á una voz le declararon por general para toda la vida. Viéndose, pues, obligado á mantener el empleo, y á perfeccionar su Instituto, pasó al concilio general de Lyon para solicitar su aprobacion, y la consiguió con todas las gracias y elogios que merecia Instituto tan sagrado. Restituido á Italia, pacificó la ciudad de Pistoya, cruelmente despedazada tiempo habia por los sangrientos bandos de güelfos y gibelinos. Con igual felicidad trabajó en pacificar las turbaciones de Florencia, y redujo los habitantes de Forli á que volviesen á entrar en la obediencia del papa Martino IV. Á la verdad, su ardiente celo le hizo sufrir muchas humillaciones y trabajos. No pudiendo sufrir los rebeldes la vehemencia de sus sermones, se echaron sobre él, le desnudaron vergonzosamente, le azotaron por las calles públicas, y le arrojaron ignominio-

samente de la ciudad; pero no fue sin fruto su paciencia. Uno de los que mas le habian maltratado, llamado Peregrino, se movió, se arrepintió, y escogió la misma Órden de nuestro Santo para teatro de su penitencia. La que hicieron algunas mujeres perdidas, que se convirtieron precisamente á vista de su modestia, fue un noble testimonio de que en los Santos todo es sermon, y todo es eficaz.

Debilitada extraordinariamente su salud al peso de sus trabajos y al rigor de sus penitencias, conoció que se acercaba su fin. Aunque desfallecido y sin fuerzas, pasó de Florencia á Sena, y de Sena á Perusa, donde recibió la bendicion del papa Honorio IV; y habiendo obtenido nuevos privilegios para su Órden, se encaminó á Todi, cuyos moradores le salieron al encuentro con ramos de oliva en las manos para recibirle como en triunfo. Entró en la iglesia de su convento, y postrado delante del altar de la santísima Vírgen, exclamó: *Este será para siempre el lugar de mi reposo.* Asaltóle una calentura el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, y pasó toda la octava en continuos actos de amor de Dios, de afectos á la santísima Vírgen y de dolor de sus pecados. El último dia de la octava mandó que le administrasen los Sacramentos, y despues se quedó por tres horas como muerto. Vuelto de aquella especie de desmayo, dijo que el demonio habia hecho todos los esfuerzos que pudo para perderle; pero que la proteccion de la santísima Vírgen le habia librado de aquel peligro. Pidió despues su libro, que así llamaba al Crucifijo, y aplicándole al pecho estrechamente, entregó el alma al Criador el dia 22 de agosto de 1285, aunque su fiesta se fijó al dia 23 por concurrir el 22 la octava de la Asuncion. Tres dias enteros estuvo el santo cuerpo sin ser posible darle sepultura por el innumerable concurso de la gente; y el año de 1670 le canonizó el papa Clemente X con las solemnidades acostumbradas.

La Misa es en honor de san Felipe, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui per beatum Philippum confessorem tuum eximium nobis humilitatis exemplum tribuisti; da famulis tuis prospera mundi ex ejus imitatione despicere, et cœlestia semper inquirere. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que por medio de tu confesor el bienaventurado san Felipe nos diste tan grande ejemplo de humildad; concede á tus siervos la gracia de menospreciar todas las dignidades de la tierra, y de aspirar siempre á los bienes del cielo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tamquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos dónde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesús nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Unos hombres destinados á la muerte, expuestos al furor de las irritadas fieras para diversion de un numeroso pueblo que concurria á este espectáculo, esta es la idea que formaba el apóstol san Pablo de los varones apostólicos, gloriándose él mismo de este tropel de persecuciones, de ultrajes y de malos tratamientos. Los mónstruos con que habian de combatir eran el error, la idolatría y las pasiones; los Ángeles y los hombres espectadores de este glorioso combate, y el mismo Señor presente á él para sostener y para animar á sus genérosos atletas. El mundo, que solo pretendia insultarlos, convertido en precio del combate, y su conquista efecto inmediato de la victoria. Este solo milagro vale por todos cuantos se han obrado para probar la verdad de nuestra Religion; y con efecto esta es la mayor demostracion de que es verdaderamente divina. Á vista de este retrato formado de los trabajos y humillaciones del Apóstol, no debemos estar menos penetrados de reconocimiento que de admiracion. Si san Pablo y los demás Apóstoles padecieron tanto, fue precisamente por anunciar la fe á aquellos de quienes nosotros la recibimos. Pero ¿dónde está la

promesa que hizo Cristo á sus Apóstoles de que nada les faltaria? Faltóles todo, á excepcion de los abatimientos, las cruces y los trabajos. Digámoslo mejor; nada faltó á los Apóstoles desde el mismo punto que tuvieron valor para sufrir los trabajos del apostolado, y para sacrificarlo todo á los intereses de su divino Maestro. Sirviendo el Apóstol al altar, se sustenta con el trabajo de sus manos. ¡Oh buen Dios, y qué reprension para aquellos ministros ociosos, que algunas veces quisieran sostenerse del altar sin servirle y sin trabajar por él! La piedad de los fieles enriquece á los ministros del Señor, para que desembarazados de los cuidados temporales, puedan dedicarse enteramente á trabajar en la salvacion de las almas. Pero ¿cuántas veces son estas mismas riquezas para alguno de ellos fatal ocasion de una vergonzosa ociosidad, y no pocas de una muy culpable negligencia? No son menos conocidos los discípulos de Jesucristo por los ultrajes y por las maldiciones que reciben de los impíos y de los libertinos, que por las bendiciones que derrama Dios sobre las fatigas de su celo, y por los beneficios que ellos mismos retribuyen á los que los tratan peor. Corresponder al mal con bien es una gloriosa victoria que se consigue tanto de sí mismo como del enemigo; es un secreto encanto que le desarma, ó, en caso de que se resista, es la mas sensible venganza que se puede tomar de su malignidad. Solo aquel Señor que formó el corazon del hombre puede mudar de esta manera los mas naturales movimientos, enseñándonos á vengar las injurias con bendiciones y con beneficios. Esto es sin duda lo que mas contribuyó al establecimiento de la fe. Mas fácil era resistirse á los milagros de los fieles, que dejar de rendirse á los ejemplos de su paciencia. *Non ut confundam vos hæc scribo*. El pastor caritativo, que solo reprende para corregir, siempre se acuerda que es padre; y templando oportunamente la autoridad de superior con la bondad paternal, rectifica con el amor aquella excesiva dósis de temor servil que se puede mezclar en el castigo; y este temor así rectificado hace mas eficaz el amor que inspira en el corazon de los súbditos.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos vestidos que no envejecen, un tesoro en los cielos que

non deficientem in cœlis : quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

no mengua, á donde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la humildad.

Punto primero.—Considera que ninguna virtud es mas liberalmente recompensada que la humildad. *Á los humildes los salvará Dios*, dice el Profeta. *No tienes que temer, pequeña grey*. Con vosotros hablo, los que pareceis tan pequeñuelos á vuestros propios ojos, y cási desapareceis á los ajenos; porque vuestro Padre, que lo es de las misericordias, se ha complacido en escogeros con preferencia á todos los demás para que pobleis el reino de los cielos. Para vosotros es este reino, y ninguno entrará en él que no sea humilde. La soberbia precipitó de aquella corte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la poblará de espíritus humildes: este es como el título primordial de su dichosa posesion. ¡Mi Dios, y qué poco conocida es en el mundo esta verdad!

No hay en él cosa mas rara ni mas escasa que esta virtud; pero tampoco la hay mas importante. Ninguna otra nos enseñó tanto Jesucristo con sus palabras y con sus ejemplos: *Discite à me*. No quiso, por decirlo así, que tuviésemos otro maestro de la humildad mas que á él mismo; ni tampoco podia haber quien nos la enseñase con modo mas eficaz. La humildad es la virtud de Jesucristo y de todos sus verdaderos hijos. Y pregunto, ¿es la humildad nuestra virtud? No se trata ahora de aquella humildad especulativa, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos: este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dejar de tenerle. Háblase de la humildad cristiana, que es la humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio, no solo enseña el bajo concepto que cada cual debe tener de sí mismo, sino que se alegra de que los demás hagan tambien el mismo bajo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; para ser humilde es menester complacerse en la humillacion, y este es el fundamento del edificio cristiano. ¿Lo es tambien del nuestro? ¿Poseemos esta virtud que tiene al cielo por herencia? ¿Entramos en el número de aquella pequeña grey que no tiene por qué temer? Somos á la verdad pequeñuelos; pero ¿somos humildes á los ojos de Dios?

Con todo el corazon deseo serlo, ó divino Maestro mio; y es justo que siga á lo menos vuestro ejemplo. Un Dios humilde es verdaderamente un gran remedio para curar mi soberbia.

Punto segundo. — Considera que no hay virtud mas á mano para todo género de gentes que la humildad; ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican; el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas; el mas grande es el mas humilde; porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma santidad ofrecen grandes materiales al ejercicio de esta virtud. Sean nuestras máximas y nuestros dictámenes en este punto la regla por donde debemos juzgar de nuestro verdadero mérito.

Ninguno hay que no pueda y no deba humillarse; el grande, conociendo su nada, el pequeño, amando su oscuridad y abatimiento. ¡Oh mi Dios, y qué amable sois! Si hubiérais hecho dependiente de otra virtud nuestra salvacion, muchos quizá se considerarian excluidos de vuestro reino; pero ninguno se puede excusar de ser humilde. Considera qué cosa tan fácil es á uno el ser santo, cuando el ser humilde es tan natural. Y pregunto, ¿nos es muy familiar una virtud que tenemos tan á mano? ¿De dónde nace aquella delicadeza, aquella sensibilidad tan inquieta, aquella falta de apacibilidad tan ordinaria, aquella inmortificacion tan viva? ¿De qué otro principio provienen cási todas nuestras faltas?

Busca un solo Santo que no haya sido humilde. Á san Felipe Benicio, cuya fiesta hoy celebramos, dotóle el cielo de muchos talentos naturales y sobrenaturales. Pero ¿quién vivió mas abismado, por decirlo así, dentro del propio conocimiento? En aquella ocasion en que los cardenales habian convenido en elegirle sumo pontífice, huyó secretamente á las mas ásperas montañas del territorio de Sena, para que nadie supiese su paradero. Las prosperidades, que ordinaria y como naturalmente llenan de hinchazon el corazon humano, al suyo le sumergian, y en cierta manera como que le aniquilaban. ¿En qué se parecen nuestros dictámenes á los suyos? Al considerar nuestro modo de discurrir, ¿no se podrá juzgar que hemos descubierto alguna nueva senda para ir al cielo? ¡Oh gran Dios,

qué mayor prueba de que es bien corto el número de los escogidos, que el ser limitado el número de los humildes!

Deseo, mi Dios, ser de este pequeño número; y por eso os pido con las mayores veras me concedais esta amable virtud. Humilladme, Señor, cuanto fuere de vuestro agrado; pero otorgadme la gracia de que sea humilde.

JACULATORIAS.—Sí, Señor, cada dia quiero ser mas humilde á mis propios ojos; y por eso deseo ser cada dia mas humillado y mas abatido á los ojos del mundo. (*II Reg.* VI).

Muy provechoso me ha sido, Señor, el que me hayais humillado; pues de esa manera me habeis hecho dócil á vuestros preceptos, y rendido á vuestros mandamientos. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 En los otros se estima y se alaba grandemente la humildad; pero son pocos los que trabajan eficazmente para poseerla ellos mismos. Si se pudiera ser humilde sin ser humillado; si para serlo bastara conocer que hay sobra de pecados, falta de virtudes, escasez de méritos, pobreza de talentos, no seria tan rara esta virtud. Un poco de entendimiento basta para que cada cual se haga justicia á sí mismo; pero nuestras sentencias en este particular jamás salen del secreto tribunal del entendimiento, y nunca se notifican, ni las consiente el corazon. Ello es cierto que sola la humildad del corazon es virtud cristiana. Para lograrla es menester, á pesar de la repugnancia natural, llevar á bien y aun desear ser humillados. Examina cuidadosamente los rodeos, los efugios, los ingeniosos artificios del amor propio para evitar una humillacion. ¡Qué sensibles somos al mas leve menosprecio! ¡qué vivacidad tenemos, qué empeño en justificar hasta nuestras mismas faltas! ¡qué desafecto guardamos hácia aquellos que á nuestro modo de entender no nos estiman en mucho! Toma una resolucion de reprimir todas esas vivacidades, todos esos dictámenes, todos esos ímpetus del orgullo, y por lo menos de no quejarte, de callar cuando se te ofrezcan ciertas pequeñas humillaciones, y de rogar á Dios por todos aquellos de quienes se vale su amorosa providencia para humillarte.

2 No te contentes con escoger siempre el lugar mas humilde en todas las concurrencias; desea que te le señalen, y alégrate cuando te retiran á él; lo primero puede ser atencion y buena crianza, lo segundo siempre es humildad verdadera. Huye de todo lo que sea

profanidad en el vestido, y segun tu estado conténtate por lo comun con el mas sencillo y con el mas modesto. Jamás trates á ninguno con desden, con desprecio ni con altanería, ni aun á tus mismos hijos ó criados: el tono imperioso y despreciativo siempre es hijo de la soberbia y del orgullo; ni para corregir es menester ajar. Evita con el mayor cuidado cierto modo de andar fantástico y arrogante, que no prueba menos la debilidad de la cabeza que la destemplanza del corazon.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

San Bartolomé, apóstol, el cual predicó en la India el Evangelio de Jesucristo: de allí pasó á la Armenia mayor, en donde habiendo convertido á muchos, fue desollado vivo por los bárbaros, y luego degollado por mandato del rey Astiages, alcanzó la corona del martirio. Su sagrado cuerpo fue llevado primero á la isla de Lipari, despues á Benevento, y últimamente á Roma á la isla del Tíber, en donde es venerado de los fieles con piadosa devocion. *(Véase su vida hoy).*

Los trescientos santos Mártires, en Cartago, en tiempo de Valeriano y Galieno; despues de haber padecido varios tormentos, mandó el presidente encender un horno de cal, y que delante de él les presentasen al mismo tiempo unas ascuas con incienso, y les dijo: Una de dos, ofreced incienso á Júpiter sobre estos carbones, ó seréis echados en el horno: mas ellos armados de fe, confesando que Jesucristo es el Hijo de Dios, con suma ligereza se arrojaron en el horno, y entre el vapor de la cal fueron reducidos á ceniza. Por cuyo motivo aquel ejército de Santos fue llamado la *Masa blanca.*

San Ptolomeo, obispo, en Nepeto, discípulo del apóstol san Pedro, por quien fue enviado á Toscana á predicar el Evangelio: en dicha ciudad alcanzó la gloriosa palma de mártir.

San Roman, obispo de Nepeto; el cual siendo discípulo de san Ptolomeo, fue tambien compañero suyo en el martirio.

Santa Aurea, vírgen y mártir, en Ostia; la cual fue arrojada al mar con una piedra atada al cuello: habiendo su cuerpo salido á la playa, fue enterrado por san Nono.

San Tacion, mártir, en Isauria; el cual en la persecucion de Diocleciano, siendo presidente Urbano, fue degollado, y alcanzó la corona del martirio.

San Eutiquio, discípulo del evangelista san Juan, en el mismo dia; quien despues de haber padecido en diferentes regiones cárceles, y azotes, y fuego por predicar el Evangelio, al fin murió en paz.

San Jorge Lymniota, monje, al cual como reprendiese al impío emperador Leon porque hacia pedazos las santas imágenes, y quemaba las reliquias de los Santos, por decreto suyo le cortaron las manos y abrasaron la cabeza, en cuyo martirio entregó el alma al Señor.

San Oven, obispo y confesor, en Rouan.

San Patricio, abad, en Nevers.

SAN BARTOLOMÉ, APÓSTOL.

San Bartolomé, á quien el Evangelio cuenta siempre el sexto en el número de los doce Apóstoles, fue galileo, de condicion tan humilde como todos ellos, siendo de oficio pescador; pero eran muy puras sus costumbres. Fue hijo de Tolmai, como lo da á entender su propio nombre; porque *Bar* en hebreo significa lo mismo que hijo. Creyeron algunos que san Bartolomé fue aquel Natanael que san Felipe llevó á la presencia del Salvador, de quien el mismo Señor hizo aquel bello elogio, cuando dijo: *Veis ahí un verdadero israelita, en quien no hay dolo ni artificio.* Pero san Agustin impugna esta opinion, asegurando que Jesucristo no escogió á Natanael para apóstol suyo, precisamente porque era doctor de la Ley; y no queria valerse para el ministerio evangélico de letrados ni de sábios, sino de hombres idiotas y groseros, á fin de que resplandeciese visiblemente su omnipotencia en una obra tan grande, en la cual no habia de tener parte alguna la humana sabiduría.

Fue este santo Apóstol uno de los que mas mostraron su generosidad y su fervor en seguir á Jesucristo. Luego que fue llamado al apostolado, todo lo dejó, y nunca pensó volver á tomar lo que una vez habia dejado. Algunos otros apóstoles, despues de su vocacion, volvieron al ejercicio de pescar; pero san Bartolomé no se apartó de su divino Maestro, siendo uno de los mas ansiosos por acompañarle á todas partes, de los mas embelesados con sus conversaciones, de los mas atentos á sus discursos, y de los mas adictos á su divina persona. Hacia fiel compañía á Jesucristo, y fue el mas continuo testigo de sus milagros. Hallóse presente en Cafarnaum cuando el Salvador sanó al criado del Centurion; en Naim, cuando resucitó al hijo de la viuda; y fue testigo de la milagrosa curacion de aquel hombre poseido del demonio, que dueño de su cuerpo, le tenia privado del uso de la lengua y de la vista. Asistió tambien con su Maestro en las bodas de Caná, donde fue testigo del milagro que hizo convirtiendo el agua en vino; y tambien concurrió en el convite de Simon el Fariseo, cuando se convirtió aquella famosa pecadora María Magdalena. En fin, pocos milagros hizo el Salvador en el espacio de su vida de que no hubiese sido testigo san Bartolomé.

Habia mucho tiempo que el Señor, acompañado de sus Apóstoles, iba de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo predicando sin cesar en las sinagogas, no perdiendo ocasion de anunciar á los ju-

díos el reino de Dios, y confirmando siempre su doctrina con la milagrosa curacion de los enfermos, cuando determinó señalar su mision á los Apóstoles, que hasta entonces se habian contentado solo con seguirle; y para excitar en ellos el celo de la salvacion de las almas, virtud tan necesaria en los obreros evangélicos, viendo un dia la multitud de gente que le cercaba, se mostró muy condolido de que pereciesen tantas almas por falta de predicadores y maestros, andando como ovejas sin pastor, errantes y desparramadas por aquí y por allí, expuestas á mil peligros, consumidas de enfermedades, y totalmente desamparadas. Penetrado su corazon de un compasivo dolor, y todo enternecido, vuelto á sus Apóstoles, les dijo: *La miés es grande, y no hay quien la recoja; rogad al Señor de la miés que envie obreros á ella.* Y entonces declaró á sus Apóstoles como los tenia escogidos á ellos para que recogiesen esta cosecha; y despues de comunicarles todos aquellos dones que mas podian contribuir á autorizar su mision, esto es, un poder absoluto sobre los demonios y sobre las enfermedades mas incurables, para lanzar los primeros, y sanar las segundas sin auxilio de remedio ó medicina natural, los envió de dos en dos, para que se ayudasen uno á otro, poniendo siempre á san Pedro á la frente de todos como el principal y la cabeza de aquella escogida tropa. Fue nombrado san Bartolomé por compañero de san Felipe, y se mostró uno de los mas celosos de la salvacion de las almas. En todas partes predicaban las máximas evangélicas, exhortaban á la penitencia, daban salud á los enfermos, y lanzaban los demonios de los cuerpos. En fin, volvieron despues gloriosos, habiendo lanzado los demonios, y curado las enfermedades mas incurables.

Preso el Salvador del mundo por los judíos, fue general la consternacion en todos los Apóstoles. Aunque ya estaban muy prevenidos por todo lo que habian oido al Hijo de Dios acerca de su pasion, con todo eso se llenaron de tristeza, de espanto y de pavor. Sobrecogió tanto el dolor á san Bartolomé viendo á su divino Maestro tan maltratado, que se estuvo encerrado todos los tres dias de la pasion en la casa donde se habian hospedado en Jerusalen derramando continuas lágrimas. Enjugáronsele con la resurreccion del Salvador; hasta la ascension estuvo con los demás en la escuela de Jesucristo; y desde la ascension hasta el dia de Pentecostes retirado en el cenáculo. En aquel dia, que fue el quincuagésimo despues de la resurreccion; en aquella solemnísima fiesta, llamada *Pentecostes*, el Espíritu Santo, cuya inmensidad llena todo el universo, sin dejar el

cielo, vino á la tierra, santificada ya con los trabajos del Salvador, haciéndola sensible su particular presencia por la admirable profusion de sus dones, y por una comunicacion mas admirable de su persona, de que se sintieron llenos todos los Apóstoles y todos los discípulos. Con efecto, se hallaron todos abrasados en aquel fuego divino, iluminados con sobrenaturales luces, y recibieron desde entonces el milagroso don de lenguas. En el repartimiento que hicieron entre sí de todas las regiones del universo tocó á nuestro santo Apóstol la mision de la Licaonia, de Albania, de las Indias orientales y de la Armenia. Llevó á ellas el Evangelio en hebreo, que ya habia escrito san Mateo. Extendió las luces de la fe en todas las provincias por donde pasaba, y no fue el menor de sus milagros la multitud prodigiosa de conversiones que hacia. Dice san Juan Crisóstomo que hasta los mismos gentiles se admiraban de aquella repentina mudanza de costumbres, y que en las regiones por donde transitaba san Bartolomé se miraba con asombro la pureza, la templanza y las demás grandes virtudes que resplandecian en los nuevos fieles.

Habiendo dado todas las providencias que juzgó necesarias para la conservacion de la fe en Licaonia, en la Albania y en las Indias orientales, dejando en ellas operarios formados de su mano, pasó él mismo á la Armenia, que algun dia habia de ser el campo mas fértil de su miés y el mas glorioso teatro de su celo. Llegó á una de las ciudades principales, donde á la sazon estaba el Rey con toda su corte; y luego que el Apóstol entró en el templo, donde el demonio daba oráculos por boca de un ídolo llamado Astarot, enmudeció este; silencio que llenó de pasmo á los armenios, y de consternacion á toda la ciudad. Acudieron á otro ídolo, por nombre Berit, para saber la causa de tan funesto suceso. Respondió el demonio por su boca, que la causa era la presencia de cierto hombre llamado Bartolomé, apóstol del verdadero Dios, y que lo mismo le sucederia á él si aquel hombre llegaba á entrar en su templo. Añadió, que no daria oráculos Astarot mientras no echasen de allí á aquel hombre; porque cien veces al dia, y otras tantas á la noche, hacia oracion á Dios, acompañado de una prodigiosa multitud de espíritus bienaventurados que le escoltaban y le defendian. Quedó admirado el pueblo de este testimonio que, obligado de Dios y á su pesar, dió el demonio de la virtud milagrosa de nuestro Santo, y entró en una impaciente curiosidad de conocer al Apóstol; pero conociendo los sacerdotes que iria por tierra su estimacion si el Santo llegaba á ser reconocido, pusieron en movimiento todos sus artificios para perderle. Buscáronle por espacio de

tres dias; pero en vano, porque Dios le hacia invisible, hasta que habiendo lanzado al demonio de muchos cuerpos, y dado salud á muchos enfermos desahuciados, sus mismos milagros le descubrieron.

Esparcida la fama por todas partes, no le conocian ya por otro nombre que por el de Apóstol del verdadero Dios y el obrador de milagros. Llegó presto á noticia de la corte el ruido de sus maravillas, y teniendo el rey una hija poseida de un furioso demonio que la atormentaba cruelmente, deseaba con ansiosa impaciencia ver al santo Apóstol. Apenas se puso en su presencia san Bartolomé, cuando la princesa quedó libre de aquel infernal huésped; y queriendo el rey mostrar su agradecimiento con magníficos presentes, el Apóstol le dió á entender que no habia venido á buscar oro ni piedras preciosas, sino la salvacion de su alma, y la conversion de sus vasallos. Vengo, añadió el Santo, á daros á conocer al verdadero Dios, único criador de todo este vasto universo; y que solo él es digno de nuestro amor, de nuestra adoracion y de nuestros religiosos cultos. Vuestros ídolos son órganos de los demonios; adorais lo mas execrable que hay en toda la naturaleza; esos que llamais dioses son los mismos demonios; y para convenceros, señor, de que es verdad todo lo que digo, quiero que el mas acreditado de vuestros dioses confirme, mal que le pese, todo lo que yo os predico. Aceptóse luego la condicion; y el rey, acompañado del Santo y de toda su corte, se encaminó al templo; pero apenas puso el pié en él san Bartolomé, cuando el demonio comenzó á gritar que él no era dios, que ni habia ni podia haber mas que un solo Dios, y que ese era Jesucristo, á quien el Apóstol predicaba. Hecha esta confesion, mandó el Santo al demonio, en nombre de Jesucristo, que al instante y sin réplica hiciese pedazos todos los ídolos de la ciudad. Obedeció, y en el mismo punto todos ellos fueron reducidos á polvo. Á vista de tan estupenda maravilla quedaron tan movidos los corazones, como convencidos los entendimientos; convirtióse toda la ciudad, y despues de algunas instrucciones recibió el Bautismo el rey y toda la corte. Siguieron el mismo ejemplo doce ciudades principales, rindiendo la cerviz al yugo de Jesucristo; y habiendo cultivado san Bartolomé aquella viña por algun tiempo, la proveyó de dignos ministros del altar, obispos y predicadores.

No podian menos de pensar en la venganza todas las potestades del infierno viéndose tan maltratadas. Los sacerdotes de los ídolos eran el oprobio de la nacion, y conociendo que no era posible pervertir al rey Polemon, en cuyo corazon habia echado la Religion profun-

dísimas raíces, recurrieron á Astiages, hermano del mismo Príncipe, que reinaba en una parte de la Armenia. Era Astiages idólatra supersticioso, y resolvió vengar la afrenta que hacia á sus dioses aquel desconocido extranjero. Convidóle artificiosamente á que pasase á sus Estados, y san Bartolomé, que ninguna cosa deseaba tanto en este mundo como derramar la sangre por Jesucristo, corrió apresuradamente á la corona del martirio. Así fue; pues no bien habia puesto los piés en la corte de Astiages, cuando el tirano le hizo desollar vivo. No parecia posible tormento mas cruel; pero el Santo le sufrió con tan invicta paciencia, que hasta los mismos gentiles quedaron asombrados. Y como en medio del cruelísimo tormento no cesase de predicar la divinidad de Jesucristo y las grandes verdades de la fe, mandó el tirano que le cortasen la cabeza. Créese que sucedió esto el dia 25 de agosto, y que el dia antecedente habia sido desollado por amor de Jesucristo; siendo acaso este el motivo por que algunas iglesias celebran su fiesta el dia 25, que fue el de su muerte, y otras el 24, que fue el de su suplicio.

Presto vengó el cielo la muerte de nuestro Santo con un visible castigo. Así Astiages como todos los sacerdotes, cómplices de su delito, fueron inmediatamente poseidos del demonio, que despues de haberlos atormentado de un modo horrible por espacio de treinta dias, al cabo de ellos los ahogó á todos. Los Cristianos se apoderaron del cuerpo de san Bartolomé, y le enterraron en una caja de plomo, haciéndose luego glorioso su sepulcro por multitud de milagros. Pasados muchos años, los gentiles se hicieron dueños del lugar donde estaban las santas reliquias, y las arrojaron al mar, el cual llevó la caja de plomo hasta la isla de Lipari, no léjos de Sicilia. Pero habiéndose apoderado los sarracenos de esta isla hácia la mitad del siglo IX, este precioso tesoro fue trasladado á Benevento, de donde el año de 983, siendo emperador Oton II, fue transportado á Roma, donde es reverenciado con singular devocion de los fieles.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la que sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui hujus diei venerandam sanctamque lætitiam in beati apostoli tui Bartholomæi festivitate tribuisti; da Ecclesiæ tuæ, quæsumus, et amare quod credidit, et prædicare quod docuit. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Todopoderoso y sempiterno Dios, que nos hiciste tan venerable este dia por la santa y solemne alegría que nos causa la fiesta de tu bienaventurado apóstol san Bartolomé; concede á tu Iglesia la gracia de que ame lo que creyó, y de que predique lo que enseñó. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.



La Epístola es del capítulo XII *de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Vos estis corpus Christi, et membra de membro. Et quosdam quidem posuit Deus in Ecclesia primum apostolos, secundo prophetas, tertio doctores, deinde virtutes, exinde gratias curationum, opitulationes, gubernationes, genera linguarum, interpretationes sermonum. Numquid omnes apostoli? numquid omnes prophetæ? numquid omnes doctores? numquid omnes virtutes? numquid omnes gratiam habent curationum? numquid omnes linguis loquuntur? numquid omnes interpretantùr? Æmulamini autem charismata meliora.

Hermanos: Vosotros sois cuerpo de Cristo, y miembros unidos á sus miembros. Y Dios á la verdad constituyó á algunos en la Iglesia en primer lugar Apóstoles, en segundo Profetas, en tercero Doctores, despues las virtudes, despues las gracias de curaciones, los socorros, el gobierno, todo género de lenguas, y la interpretacion de las palabras. ¿Por ventura son todos Apóstoles? ¿acaso todos Profetas? ¿acaso todos Doctores? ¿acaso todos virtudes? ¿acaso tienen todos el don de curaciones? ¿acaso hablan todos las lenguas? ¿acaso todos son intérpretes? Aspirad, pues, á los mas sublimes carismas.

REFLEXIONES.

Para hacernos miembros de Jesucristo basta la fe; pero es necesaria la caridad para ser miembros vivos, de manera que sintamos lo que padecen los demás miembros. Quiso el Señor que todos los fieles formasen un solo cuerpo, cuya cabeza era él; pero quiso tambien que la caridad fuese como el alma que diese vida á este cuerpo, y que por ella se conociese los que eran miembros animados de él: *In hoc cognoscent omnes*. Pues ahora, así como cada miembro del cuerpo tiene parte en los trabajos y en las necesidades de los otros miembros, de manera que los ojos, los piés, las manos, todos acuden á socorrer y aliviar al miembro que padece; del mismo modo nos debemos todos interesar en las necesidades de nuestros hermanos, padeciendo con ellos, y aplicando todos los medios posibles para aliviar sus necesidades. Siendo esta la señal que caracteriza á todos los fieles, ¿reconocemos el dia de hoy á muchos por ella? Juzguémoslo por lo que nos interesamos en las miserias ajenas; por lo que socorremos á los pobres y á los desgraciados; por el ansia que tenemos de aliviar á nuestros hermanos, y por las limosnas que hacemos á los menesterosos. ¡Buen Dios, y qué crecido es el número de los hermanos de solo nombre, de los fieles de sola apariencia! ¡Cuántos y cuántos son los miembros muertos, secos y paralíticos! Siendo to-

dos un cuerpo místico de Jesucristo, todos debemos vivir con su espíritu, conformándonos con su espíritu, y en cuanto nos sea posible copiar en nuestro cuerpo los trabajos de su cuerpo natural. Pero esta importante, esta irrefragable verdad, ¿es el dia de hoy acomodada al gusto de todo el mundo? *Estableció Dios en su Iglesia primero Apóstoles, despues Profetas, y en tercer lugar Doctores.* Todos admiramos estos dones; alabamos al Señor porque los repartió á su Iglesia; pero ni los envidiamos para nosotros, ni aun pensamos que los debemos solicitar para ser Santos. El mas precioso don para cada uno en particular es saber usar de los talentos que recibió, sin envidiar los que no tiene. ¿Recibióse solo uno? Pues es preciso negociar con él, so pena de ser castigado como siervo inútil y perezoso. Judas fue apóstol, y se perdió en su apostolado. Profetiza Balaan, y tambien profetiza Saul; pero ¿cuántos profetas se perdieron, cuya desgracia estamos llorando? Cási todos los heresiarcas fueron doctores; es cási infinito el número de los hombres sábios que tuvieron un funesto fin. Cada uno será santo en su estado, como cumpla las obligaciones de él. Túrbase la jerarquía de la Iglesia, porque algunas veces todos quisieran ser doctores ó profetas. No se quiere envejecer en una clase inferior; ni para salir de ella se espera la vocacion de Dios, á quien solo toca colocarnos en los empleos que quiere; y cuando da el empleo, da el mérito y los talentos para desempeñarle. Los dones sobresalientes que pueden ser mas útiles para los demás suelen ser muchas veces los que menos provechosos son para nosotros. ¡Oh mi Dios, haced que yo aprecie mas los que me hacen agradable á vuestros ojos, que los que me granjean la estimacion de los hombres!

El Evangelio es del capítulo VI *de san Lucas.*

In illo tempore: Exiit Jesus in montem orare, et erat pernoctans in oratione Dei. Et cum dies factus esset, vocavit discipulos suos: et elegit duodecim ex ipsis (quos et apostolos nominavit), Simonem, quem cognominavit Petrum, et Andream fratrem ejus, Jacobum, et Joannem, Philippum, et Bartholomæum, Matthæum, et Thomam, Jacobum Alphæi, et Simonem, qui vocatur Zelotes, et Judam Jacobi, et Judam Iscariotem, qui fuit proditor. Et descendens cum illis, stetit in loco campestri, et turba

En aquel tiempo: Salió Jesús á un monte á orar, y pasaba la noche en oracion de Dios. Y habiendo amanecido, llamó á sus discípulos, y eligió de ellos doce (á los que tambien llamó Apóstoles). Á Simon, á quien dió el sobrenombre de Pedro, y Andrés su hermano, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomás, Santiago de Alfeo, y Simon, llamado Zelotes, y Judas de Santiago, y Judas Iscariote, que fue el traidor. Y bajando con ellos, se detuvo en una llanura, y una turba de sus discípulos, y una multitud

discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere : quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes.

copiosa de pueblo de toda Judea y Jerusalen, y de la marina de Tiro y de Sidon, la cual gente habia venido á oirle, y para ser sanos de sus enfermedades. Y los que estaban atormentados por los espíritus inmundos eran curados. Y todo el pueblo procuraba tocarle : porque salia de él virtud, y sanaba á todos.

MEDITACION.

De la vocacion al estado.

Punto primero.—Considera que no hubo ni pudo haber vocacion mas clara ni mas ciertamente de Dios que la de los sagrados Apóstoles; pues el mismo Jesucristo los llamó y los escogió. Con todo eso, entre unos hombres tan legítimamente llamados, se condena Judas. No basta que la vocacion sea legítima; es menester trabajar, es necesario cooperar á la vocacion, cumpliendo cada uno con las obligaciones de su estado. Dispuso Dios la diversidad de los estados y de las condiciones, y á cada uno en particular le destinó á una condicion determinada. Está la salvacion conexa con la vocacion. ¿Abrazas un estado de vida al cual no eres legítimamente llamado? pues te descaminas y te pierdes. En esta sábia economía de la diversidad de los estados distribuye Dios sus gracias con respecto á aquella condicion á que nos llama. ¿Se falta á la vocacion, se abraza otro estado distinto de aquel á que nos tenia destinados la divina Providencia? pues se trastorna, por decirlo así, toda la economía de nuestra predestinacion. Habia medido Dios sus gracias, sus auxilios, el genio y las inclinaciones naturales del sujeto, proporcionándolas á aquella condicion á que le tenia determinado. Seríale entonces fácil la virtud, los peligros raros y no tan perniciosos; estaria el cielo sereno y la mar en calma; pero tú tomaste otro rumbo. Quedóse en el mundo aquel jóven á quien Dios llamaba al estado religioso; el otro, á quien desviaba Dios del altar, se ingirió en el sagrado ministerio. Este es el funesto principio, este el verdadero orígen de este diluvio de males que inundan toda la tierra; esta es la causa de tantos escándalos; esta es la verdadera razon de la pérdida de tantas almas. ¿Se consulta mucho al Señor sobre la eleccion de estado? ¡Ah! que no; los padres y los parientes fabrican la vocacion; el interés de una familia, una vergonzosa pasion, esos son por lo comun los oráculos y los árbitros de los estados que se eligen. Si un jóven es el segundo ó el

tercero de su casa, se le destina á la Iglesia. Mas ¡oh! que no tiene vocacion; no importa, sus padres la tienen por él. Si una doncella es única, si tiene muchos bienes y bellas prendas, luego se la aplica al siglo. Mas ¡oh! que su inclinacion es á los claustros y al retiro; que solo quiere pensar en su salvacion; que conoce que si queda en el mundo se pierde y se condena. ¡Impertinencia! No es eso á lo que se atiende ni lo que se consulta. Las conveniencias, el interés de la familia, los enlaces, la fortuna y la pasion, estos son los resortes que dan movimiento á toda la máquina. ¡Ah Señor! y despues de esto ¿nos admiramos de que las desgracias parezcan hereditarias en algunas familias? ¿nos admiraremos de que esté el mundo atestado de infelices y de descontentos?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no basta abrazar el estado donde nos quiere Dios; es menester cumplir con fidelidad las obligaciones de este mismo estado. Antes de elegirle es necesario hacer mucha oracion, suplicar incesantemente al Señor nos dé á conocer el estado en que quiere le sirvamos; pero una vez abrazado alguno, ya no es tiempo de deliberar ni de dudar si se hubiera hecho mejor en seguir otro. Esas irresoluciones fuera de tiempo son verdaderas tentaciones; entonces solo conviene aplicarse, dedicarse á desempeñar con puntualidad las obligaciones del estado que se abrazó. El demonio, como hábil y astuto tentador, se sirve de esas molestas inquietudes para burlarse de nosotros. Es grande ilusion vivir en continua perplejidad sobre el estado, y descuidar en sus obligaciones; dalas todo el lleno que las corresponde, y vivirás tranquilo sobre la eleccion de la vida. Porque aunque tu vocacion haya sido tan señalada como la de Saul, y tan santa como la de Judas, ¿de qué te servirá haber abrazado el mejor partido si le desempeñas mal? No hay mayor prueba de que estamos en aquel estado en que nos quiere Dios, que nuestro cuidado y nuestro estudio en agradarle. El ofenderle no es prueba de que no fuese buena nuestra vocacion, sino de que es mala nuestra voluntad. ¿Quedóse uno en el mundo? pues viva en él cristianamente; esté sobre las armas contra el enemigo que reina en él; viva muy sobre aviso contra los lazos y contra las redes que por todo él están tendidas; arregle sus costumbres á las máximas del Evangelio, y estará seguro de su salvacion. ¿Abrazó el estado eclesiástico? pues edifique al prójimo con un porte ejemplar, á prueba de toda calumnia; haga con espíritu de religion todas las funciones de los mas sagrados ministerios, y asegurará su salvacion edificando

á la Iglesia. ¿Hállase en el estado religioso? observe las santas leyes de su sagrado instituto; animen todas sus acciones la modestia, la circunspeccion, la observancia y el espíritu de recogimiento y de retiro; sea su devocion un testimonio para el público de la santidad de su vida: entonces vivirá como verdadero religioso y morirá santo. Mas ¡oh! que me es insoportable el yugo que me he echado á cuestas. No, no te encorva la pesadez del yugo, sino tu cobardía y tu flaqueza; ten por cierto que tanto te pesaria otro cualquiera. Pero supongamos que te hubieses equivocado en la eleccion de estado; recibe como penitencia sus mortificaciones y sus trabajos, y hallarás en ellos un manantial de gracias, convirtiéndose en medios para asegurar tu salvacion.

¡Mi Dios, qué sutil, qué astuto es el demonio! y ¡qué necio soy yo! ¡cuántos medios he tenido hasta ahora para ser santo, y cómo los he malogrado por mis vanos arrepentimientos, por mis disgustos sin provecho, y por mis dudas inútiles! No, dulce Salvador mio, no quiero ya pensar en otra cosa sino en santificarme en el estado en que me hallo, y en vivir segun vuestras máximas. Concédeme esta gracia, sin la cual nada adelantaré.

Jaculatorias.—Esperemos en mi Dios y en mi Señor, que con el auxilio de su gracia será eficaz el propósito que hago de cumplir perfectamente con las obligaciones de mi estado. (*Psalm.* XLI).

Juré, Señor, y tengo resuelto guardar inviolablemente en adelante todos vuestros santos mandamientos. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Si no has hecho todavía eleccion de estado, aplica todos los medios que puedas para conocer aquel á que Dios te llama. Nunca se te ofrecerá eleccion que pida mas oracion, mas reflexion, mas consejo ni mayor miramiento; porque tampoco hay punto de mas importante consecuencia. No consultes en él á la carne y sangre. Los padres por lo regular en el destino de sus hijos solo atienden á su inclinacion, á sus intereses y aun á sus pasiones, sin dárseles nada por su salvacion ni por su eterna suerte, con la cual tiene tan estrecha conexion el estado que han de abrazar. Busca un director santo, sábio y prudente, y descúbrele todos tus mas secretos movimientos, tu natural, tus inclinaciones, tu pasion dominante, tus talentos y todas tus buenas y malas cualidades. Haz todos los dias muchas oraciones pidiendo á Dios que te dé á conocer su santísima voluntad.

Frecuenta los Sacramentos; sobre todo empeña á la santísima Vírgen en este importante negocio, y consúltale contigo mismo, considerándote en la hora de la muerte; porque de todo el tiempo de la vida este es aquel en que se hace mas sano juicio de las cosas.

2 Si ya estás en estado, no gastes el tiempo en deliberar sobre la eleccion; esas reflexiones ya son inútiles y aun perniciosas. Ocúpate únicamente en desempeñar con fervor y con puntualidad las obligaciones de este estado, persuadido á que ya te quiere Dios en él, aunque fuese torcida la eleccion y los motivos que tuviste presentes para hacerla; creer lo contrario es tentacion. El que se descaminó no se detiene en discurrir sobre el camino que debiera haber tomado; el que se hirió solo se aplica á curar su herida; y uno y otro no piensan mas que en guardarse de volverse á herir, y de volverse á descaminar. Sigue este consejo.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

San Luis, confesor, rey de Francia, en París; célebre por la santidad de su vida y por sus milagros. *(Véase su vida en las de hoy).*

Los santos mártires Eusebio, Ponciano, Vicente y Peregrino, en Roma; los cuales en el imperio de Cómodo fueron primero colgados en el potro y descoyuntados; despues apaleados y quemados por los costados: mas permaneciendo fiel y constantemente en alabar á Jesucristo, por último los azotaron con cuerdas emplomadas hasta que dieron el alma á Dios.

San Ginés, mártir, tambien en Roma; el cual siendo gentil y cómico, como en el teatro á presencia del emperador Diocleciano hiciese burla de los misterios de los Cristianos, inspirado de Dios se convirtió de repente á la fe, y fue bautizado, por lo cual despues el Emperador mandó que lo apaleasen cruelísimamente, y lo colgasen en el potro, y lo despedazasen con uñas de hierro, y lo quemasen con hachas encendidas. Mas él perseverando constante en la fe de Jesucristo, decia: No hay rey sino Jesucristo, y aunque mil veces me mateis, no me lo podréis quitar de la lengua, ni me lo apartaréis del corazon. Finalmente lo degollaron, y de esta suerte alcanzó la palma del martirio. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Geruncio (ó Geroncio), obispo, en Itálica en España; el cual habiendo predicado en aquellas partes el Evangelio en tiempo de los Apóstoles, despues de muchos trabajos murió en una cárcel. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Ginés, en Arles en Francia, quien siendo notario, como no quisiese redactar los impíos edictos contra los Cristianos, y arrojase públicamente sus registros en testimonio de que era cristiano, fue preso y degollado, alcan-

zando la gloria del martirio con el bautismo de su propia sangre. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Julian, mártir, en Siria.

San Magin, mártir, en Tarragona. *(Véase su vida en las del dia 19 de agosto).*

San Menas, obispo, en Constantinopla.

San Gregorio, obispo, en Utrecht.

Santa Patricia, vírgen, en Nápoles. *(Era nieta del emperador Constantino el Grande: nació y fue educada en Constantinopla. Habiendo hecho voto de castidad, se vió obligada á huir de su patria por no contraer el matrimonio á que queria obligarla el Emperador su padre, y se embarcó para Nápoles acompañada de algunas personas de su servidumbre. Despues pasó á Roma, donde recibió el velo de manos del papa Liberio, consagrándose desde entonces mas particularmente al servicio de la Iglesia).*

SAN GERONCIO, PRIMER OBISPO DE ITÁLICA.

En este dia se hace conmemoracion de san Geroncio, de quien sabemos por un himno gótico que se conserva en el Misal mozárabe, que puso en las notas á este dia el cardenal Baronio, que floreció en tiempo de los Apóstoles, y consta que en los primeros tiempos del Evangelio puso cátedra episcopal en Itálica, una de las pocas ciudades que con la antigüedad de su fundacion conservan noticia cierta de su conversion á la fe, y del establecimiento de su silla. Por el citado himno gótico échase de ver que la predicacion de nuestro Santo en su principio no se limitó á una sola ciudad de nuestra Península, sino á diversos pueblos de la parte occidental de la Bética, que eran los comarcanos á Itálica; por lo que se inclinan algunos á creer que fue uno de aquellos obispos regionarios, que corrió por varias regiones predicando el Evangelio, cuya práctica fue muy frecuente en aquellos varones apostólicos que se dedicaron á dilatar el reino de Jesucristo por diferentes provincias; y que si bien puso su silla en Itálica, al tiempo de su consagracion no se le dió iglesia determinada; á la manera que los siete obispos apostólicos establecieron cátedras episcopales en España, aunque no vinieron destinados á pueblo ninguno determinado.

Pero prescindiendo de la variedad de estas opiniones, es lo cierto que ofendido el gobernador gentil de Itálica de las muchas conquistas que hacia Geroncio para Jesucristo con sus predicaciones, cuyos procedimientos eran contrarios á los decretos de los Emperadores romanos, dirigidos á que todos sus vasallos sacrificasen á los ídolos, dió órden para que lo pusiesen en una dura prision, resuelto á vencer la constancia del Santo, ó por el tédio, ó por las incomodidades de la prision, ó dejándole morir en ella. La hediondez intolerable del



calabozo, la oscuridad en que estaba sepultado, la hambre y la sed pusieron su firmeza en las mas terribles pruebas; todo lo sufrió Geroncio no solo con una paciencia inalterable, sino con tanta alegría, como si pasara la vida mas deliciosa; mas como estaba entregado á la discrecion de los infieles, que no cesaban de atormentarlo, falleció en la misma cárcel en tiempo de la cruel persecucion que el emperador Neron movió contra los Cristianos. Luego que cesó el furor de la sangrienta tempestad, los fieles erigieron una iglesia en honor del ilustre Mártir, donde se le tributó el culto debido, cuya antigüedad nos consta por las actas de san Fructuoso, en las que se refiere haber pasado el Santo desde Sevilla á Itálica á visitar el templo de san Geroncio, cuya memoria era ya entonces muy esclarecida en España.

SAN GINÉS DE ARLES, ESCRIBANO Y MÁRTIR.

Fue san Ginés natural de la ciudad de Arles de Francia: era de poca edad y no se habia bautizado; pero pretendia bautizarse, habiendo dado su nombre en la iglesia, y héchose catecúmeno. Su oficio era de escribano ó notario público. Aconteció prevenirle el juez que escribiese una provision sacrílega, mandando que todos los Cristianos fuesen muertos doquiera que se hallasen. Ginés no solo no quiso obedecer escribiéndola, sino que, arrojando el puntero en que entonces se escribia, se fué de allí. Enojado el juez mandó á sus ministros que le siguiesen y le quitasen la vida. Entendió Ginés el peligro, y envió á rogar á un obispo que le bautizase; el cual ó impedido por otros negocios, ó por examinar mejor la disposicion con que Ginés le pedia el Bautismo, le hizo contestar, que no tuviese pena, que si padecia por Cristo, por medio del Bautismo de sangre alcanzaria la vida eterna. Fuese Ginés hácia el rio Ródano, pasó á la otra parte para esconderse; pero siendo alcanzado de los verdugos que le seguian, diéronle la muerte, y dejaron su sagrado cuerpo allí tendido en el suelo. Tomáronle los Cristianos y trajéronle á estotra parte del Ródano, y allí le sepultaron. Y de esta manera consagró Ginés las dos riberas de aquel rio, la una con su sangre y la otra con su cuerpo. Fue su martirio á principios del siglo IV.

Cuenta san Hilario, obispo de Arles, un milagro que acaeció estando él presente, y fue, que celebrándose en aquella ciudad con mucha solemnidad la fiesta de este glorioso Santo, iba mucha gente á su iglesia, y habian de pasar un puente del rio Ródano: cargó so-



bre él tanta multitud al tiempo que se habia de celebrar el oficio, que se hundió. Fue cosa de grande lástima y que causaba horror los muchos que cayeron, hombres, mujeres y niños, junto con las piedras del puente. Estaba allí el obispo que á la sazon era de Arles, llamado Honorato, gran siervo de Dios; púsose de rodillas pidiendo á san Ginés alcanzase de Dios remedio para toda aquella gente, que por irle á honrar padecia tal desgracia. ¡Oh cosa maravillosa! exclama san Hilario: no habia concluido su peticion Honorato, cuando comenzaron á salir del rio, sanos y sin lesion alguna, cuantos en él habian caido; ninguno quedó ahogado, ninguno tullido, ni manco, ni descalabrado: todos salieron mojados; y todos muy alegres, viéndose libres de tan gran desastre, se abrazaban unos á otros. No faltó á hombre capa ó espada, ni á mujer manto ó rosario: todos se vieron en peligro de muerte; y ninguno murió, ni padeció otro mal que mojarse. Pasaron en barcas el rio, y fueron á la iglesia de San Ginés á dar gracias á Dios por la merced que les habia hecho, y celebraron con mayor regocijo que otros años la fiesta del Santo, por cuyos merecimientos habian salido de aquel peligro.

SAN GINÉS, EL REPRESENTANTE, MÁRTIR.

Jesucristo nuestro Señor, que para manifestar lo grande de su poder, la eficacia de su gracia y lo extenso de su misericordia, llamó á un publicano al apostolado, honró tambien con la gloria del martirio á san Ginés, sacándole del teatro y de la escuela mas infame del vicio y de las pasiones, objeto del odio de los santos Padres de la Iglesia, de los pastores celosos, y de los hombres amantes sinceros de la virtud; y haciéndole de representante y burlador de Cristianos confesor de su santa fe.

Hallóse presente Ginés, aunque de oculto, al tiempo que se celebró un bautismo; y visto las ceremonias que allí se practicaban, y comunicado con los que le ayudaban á sus comedias, pensó hacer representacion de ello, persuadido de que agradaria al emperador Diocleciano. Estando, pues, un dia presente el Emperador y toda Roma para verle representar, fingió que estaba malo, y echóse en una cama. Llamó á los que le habian de ayudar al entremés, y como que eran sus criados, díjoles: «Malo me siento, y pesado; quisiera aliviarme.» Era muy grueso de carnes. Respondieron los criados: «¿Qué podemos hacer nosotros para aliviarte? — Insensatas criaturas, replicó; yo he resuelto morir cristiano, para que Dios

«me reciba en este dia de mi muerte,» como quien busca su salvacion huyendo de la idolatría y de la supersticion. Entonces llamaron un presbítero y un exorcista, esto es, dos actores que representaban aquel carácter, los cuales poniéndose á su lado, dijeron: «Bien, «hijo, ¿para qué nos habeis llamado?» Al llegar á este punto de la farsa se sintió Ginés verdaderamente convertido por una inspiracion poderosísima de Dios, y respondió, no en juego ya, sino sériamente: «Porque deseo recibir la gracia de Jesucristo, y volver á na«cer, para verme libre de mis pecados.» Los otros actores procediendo todavía mimicalmente practicaron en él todas las ceremonias del Bautismo; pero él respondia siempre á las preguntas fervorosamente, y al bautizarle en efecto le vistieron blancas ropas. Despues de esto venian otros actores vestidos de soldados, para seguir el juego de su representacion; le cogieron y le presentaron ante el tribunal para que fuese juzgado. De todo esto gustaba mucho Diocleciano, y gustaban todos los circunstantes, pareciéndoles que era irrision y burla de los Cristianos, cuando el negocio iba de veras; porque mandando el fingido juez traer allí un ídolo de Vénus, y mandando á Ginés que le adorase ó se aparejase á los tormentos, él levantándose con los vestidos blancos, con que acostumbraban vestirse los Cristianos por ocho dias despues que eran bautizados, puesto delante la estatua de Vénus, y vuelto á Diocleciano, le dijo: «Óyeme, Emperador, y to«dos cuantos presentes estais, oficiales del ejército, filósofos, senado«res y pueblo, lo que os voy á decir. Jamás pude ni aun oir el nom«bre de cristiano, antes me llenaba de horror al escucharle, y de«testaba á mis mismos parientes porque profesaban aquella Religion. «Procuré con vana curiosidad ver los misterios de los Cristianos, pa«ra que en público, imitándolos burlando, moviese al pueblo á risa; «mas al tiempo que yo pedí el Bautismo, dentro de mí mismo sentí un «remordimiento de conciencia acerca de mi vida, gastada toda en «maldades; tanto que me provocó á dolerme y tener pesar por ha«ber sido malo: y al tiempo que desnudo me quisieron echar el agua «sobre mi cabeza, y me preguntaron si creia lo que los Cristianos «creen, levantando los ojos en lo alto, ví una mano que bajaba del «cielo sobre mí, y ví Ángeles con rostros de fuego, que de un libro «recitaban todos los pecados que en mi vida cometí. Dijéronme: De «todos estos serás limpio con esta agua con que quieres ahora ser ba«ñado, si lo deseas. Yo que así lo deseé y pedí, luego que cayó sobre «mí el agua ví la escritura del libro borrada, sin que en él que«dase señal alguna de letras. Mira, pues, ó Emperador, y mirad

«vosotros, ó romanos, lo que es justo que haga: yo pretendí agra«dar al emperador de la tierra, y hallé gracia con el Emperador del «cielo: procuré causar risa en los hombres, y causé alegría en los «Ángeles; y por tanto digo que confieso de hoy mas á Jesucristo «por verdadero Dios; y os amonesto que todos conmigo hagais lo «mismo, y que salgais de las tinieblas de que yo he salido.»

Airado sumamente Diocleciano al oir estas palabras, mandó prenderle, luego apalearle inhumanamente, y despues llevarle á la cárcel. Al siguiente dia mandó á un prefecto, llamado Plutiano, que le atormentase cruelmente hasta que negase á Cristo. Pusiéronle en el ecúleo, rasgáronle los costados con uñas de hierro, y aplicáronle en ellos hachas encendidas. El Mártir sufrió todos estos tormentos con la mayor constancia, desafiando aun á Plutiano á inventarlos mas exquisitos. Avisó de esto el Prefecto al Emperador, quien mandó que le cortasen la cabeza, y así se hizo por los años del Señor 303, imperando Diocleciano, como se ha dicho.

(Además de este san Ginés representante, de san Ginés de Arles, hay otro san Ginés confesor, cuyo cuerpo, segun lo refiere Villegas, está junto á Cartagena en España).

SAN LUIS, REY DE FRANCIA.

Luis IX de este nombre, uno de los mayores reyes que ocupó el trono de Francia, y uno de los mayores Santos que venera la santa Iglesia, nació en Poissy el dia 25 de abril del año de 1215. Como el Señor le habia escogido para formar un rey á medida de su corazon, le previno con aquellos singulares dones que forman tambien el corazon de los Santos. Ningun príncipe nació al mundo con mas noble inclinacion á la virtud, con mas rico fondo de dulzura y de bondad, con prendas mas heróicas ni mas reales. Quiso encargarse de su educacion su misma madre la reina D.ª Blanca, princesa mas recomendable por su eminente piedad que por sus elevados talentos y por su espíritu verdaderamente superior. Aplicóse á formar aquel tierno corazon de manera, que antes aprendiese á obedecer y á servir á Dios, que á mandar á los hombres. Poco tuvo que hacer la escuela en un genio tan feliz. Anticipábase él mismo á las lecciones que le daban, y presto se reconoció no habia nada que hacer sino dejar que produjesen por sí mismas las semillas de la virtud que Dios habia sembrado en aquella grande alma.

Á los ocho años de su edad perdió Luis al rey Felipe Augusto, su abuelo, y tres años despues á su padre Luis VIII que le dejó la corona bajo la tutela de su madre, cuando Luis contaba solos once años. Quiso la Reina madre prevenir las turbaciones de una larga menor edad (porque en aquel tiempo hasta los veinte y cinco años no se declaraban mayores los reyes de Francia), y dispuso que su hijo fuese consagrado en Reims, disipando con su prudencia en poco tiempo los sediciosos intentos de los condes de Champaña, de Boloña, de Bretaña, de la Marca, de Dreux, de Flandes, de Tolosa y de Provenza, ligados contra el Gobierno; de manera, que con su conducta y su valor aseguró la autoridad del Rey su hijo, y conservó la calma en el Estado durante el tiempo de su acertada regencia. El mayor cuidado de la virtuosa Princesa en aquella dulce tranquilidad fue la santa educacion del niño Rey. No perdonó á medio alguno para que desde aquella tierna edad recogiese todos los frutos de la virtud y del estudio. Encontraba en el hijo toda la docilidad, toda la dulzura, todo el despejo del entendimiento y toda la disposicion de corazon que era menester para que fuesen eficaces sus lecciones. Repetíale continuamente, que no obstante la ternura con que le amaba, querria mas verle perder la vida que la gracia; leccion que se le imprimió tan altamente en el alma, y por toda la vida le infundió tan grande horror al pecado, que preguntando un dia á su confidente Joinville cuál querria mas, estar plagado de lepra, ó cometer un pecado mortal; y respondiendo Joinville con su natural franqueza que antes cometeria cien pecados mortales que padecer la lepra, indignado el jóven Rey, le dijo con alteracion: *Bien se conoce, Joinville, no sabes lo que es estar en desgracia de Dios; sábete que un solo pecado mortal se debe temer mas que todos los males de este miserable mundo.*

El singular gusto que tomaba á todas las máximas del Evangelio le movia á practicar sus consejos. Comenzó á mortificar sus sentidos, á macerar su cuerpo, y á domar sus pasiones cási desde la cuna. Gustaba mucho de la caza, de la pesca, de la cetrería y del juego de ajedrez; esto bastó para prohibirse á sí mismo todas aquellas inocentes diversiones desde la edad de quince años. Desde entonces ocuparon el lugar de estos lícitos desahogos la oracion y lós ejercicios espirituales. Su modestia en el templo y su devocion reformaron toda la corte. Sintiéronse movidos hasta los mas disolutos, y todo se rendia á sus ejemplos.

Mientras desempeñaba con tanta perfeccion las obligaciones de



cristiano, no se descuidaba en llenar todas las funciones de un gran rey. No se vió príncipe mas anticipadamente formado á las reales virtudes del trono; tan político en el gabinete, como diestro y valeroso en la campaña, brillaba igualmente en uno y otro teatro. Sabia muy bien la lengua latina, prenda muy rara en aquel tiempo, singularmente entre los príncipes; las horas que no ocupaba en el despacho las dedicaba á los ejercicios de la Religion, á la lectura de los santos Padres, sin que la natural blandura que inspira la devocion debilitase en su ánimo los espíritus del valor. Resucitó la liga de los príncipes malcontentos con la *regencia;* púsose Luis á la frente de sus tropas, aunque contaba solos catorce años de edad, y al punto se deshizo la sediciosa confederacion. Contra el parecer de sus generales puso sitio á Bolesme, plaza entonces inconquistable, en lo mas riguroso del invierno, y la tomó: primer ensayo de sus hazañas que domó á los malcontentos, obligándolos á pedir la paz, y restituyó al reino la calma.

Volvió el Rey á París, donde dió nuevas muestras de su piedad. Fundó la célebre abadía de Royaumont; puso la primera piedra en la iglesia de Santa Catalina del Val; erigió el monasterio de los Cartujos, dándoles el palacio de Bambert; edificó varios conventos y hospitales; y habiendo logrado restituir al conde de Tolosa al gremio de la Iglesia romana, tuvo el consuelo de poner fin á la guerra de los Albigenses, que su padre Luis VIII habia comenzado.

Apaciguadas las guerras civiles, y abatidos los enemigos extraños, entró en París tan estimado de los oficiales y de los soldados, como aplaudido y amado de todo el pueblo; viendo todos con el mayor asombro á un rey tan poderoso en una corte tan brillante, y en la edad de diez y ocho á veinte años con tal delicadeza de conciencia, con tal pureza de costumbres, con tanta prudencia y con tanta devocion, que causaria admiracion en el mas estrecho claustro. No se presentaba ocasion de hacer justicia, de aliviar al vasallo, y de ejercitar alguna obra de caridad, que no la abrazase con el mayor gozo. Siempre fueron los pobres sus principales favorecidos, y desde su menor edad sustentaba en palacio un gran número de ellos, sirviéndoles él mismo á la mesa. Su pasion dominante fue el celo de la Religion; firmábase muchas veces *Luis de Poissy*, en memoria de haber recibido allí la primera gracia del Bautismo. El año de 1234 se casó con Margarita, hija primogénita de Raimundo de Berenguer, conde de Provenza, princesa cabal, cuyas inclinaciones eran muy conformes á las del santo Rey; y luego se dedicó á arreglar su casa y la casa

de la Reina, de manera que ambas casas fueron modelo de virtud, de buen gobierno, y del mas cristiano método á las demás familias particulares. Luego que el Rey llegó á la edad de mayor, hizo aun mas abierta profesion de la santidad á que Dios le llamaba. Desterró de su palacio toda profanidad; deshízose de todos los muebles preciosos y de todos sus magníficos vestidos; prohibióse hasta las mas inocentes diversiones, aumentó sus penitencias, y maceró su cuerpo con disciplinas y con cilicios; arregló las horas de sus devociones. Rezaba todos los dias el oficio divino, hacia sus estaciones, visitaba á los pobres en los hospitales; y como el amor á la santísima Vírgen era, por decirlo así, su pasion, ningun dia dejaba pasar sin dar algunas pruebas de su celo por su honor y por su culto.

Pero sus devociones nunca disminuian su aplicacion á los negocios del Estado. Jamás se habia visto el reino en mayor gloria. Habiéndose coligado con Enrique III rey de Inglaterra Hugo de Lusignan, conde de la Marca, príncipe inquieto y sedicioso, tomó las armas contra su legítimo Soberano; y orgulloso con los poderosos socorros que le habia conducido el mismo inglés en persona, nada menos se prometia que la conquista de todo el reino. Juntó Luis algunas tropas, púsose á su frente, marchó al enemigo, deshizo al Conde, pasó el rio Charanta, atacó á Enrique, fiero con su numeroso ejército, desbaratóle con solo su valor, llevó el terror y el desórden hasta el mismo cuartel del Rey, que con el miedo de ser hecho prisionero corrió sin comer dos dias y dos noches hasta ponerse en salvo dentro de la plaza de Blaye. Vinieron el Conde y la Condesa á echarse á los piés del Rey; perdonólos, y aunque le hubiera sido fácil apoderarse de todo lo que poseian los ingleses de esta parte del mar, se contentó el santo Rey con haber echado al enemigo; concedióle la paz, y restableció la tranquilidad en el reino.

Afligió el hambre á las provincias de Normandía, de Guiena y de Poitou; y no contento san Luis con libertarlas de los impuestos ordinarios, envió á ellas gran cantidad de granos, haciendo cuantiosas limosnas á todos los pobres. Corrió la voz en el Oriente de que Luis, el mayor enemigo que tuvieron jamás los mahometanos, habia tomado la cruz; y un reyezuelo de Fenicia, llamado por sus vasallos *el Viejo de la montaña, ó el Rey de los asesinos*, acostumbrado á ser en este punto ciegamente obedecido por ellos, envió dos asesinos á París para que quitasen la vida al santo Rey; súpolo con tiempo, fueron presos los asesinos, y los envió libres, cargándolos de presentes. Así se vengó el santo Rey de los que vinieron á darle la muerte.

Extendida por todo el mundo la reputacion de un Rey verdaderamente cristiano, tan célebre por su sabiduría como por su valor y por su eminente santidad, los príncipes mas distantes solicitaron su amistad y su proteccion. Vino á Europa el año de 1239 Balduino II, de la casa de Courtenay, emperador de Constantinopla, á implorar el socorro de los príncipes latinos, y le pareció que ganaria de un solo golpe el corazon de san Luis, trayéndole la sagrada corona de espinas de nuestro Salvador. No se engañó; y el Rey le socorrió con tropas y dinero. Salió la sagrada corona del poder de los venecianos, en quienes los griegos la tenian empeñada, y fue conducida á Francia. El Rey, seguido de toda la corte y de todo el clero, la salió á recibir hasta cinco leguas de Sens, y la acompañó hasta París con tales afectos de devocion y de piedad, que se hicieron muy visibles en todo su exterior. Él mismo llevó la sagrada reliquia con los piés descalzos y descubierta la cabeza, desde la iglesia de San Antonio de los Campos, hasta la de Nuestra Señora. Depositóse despues en la capilla de San Nicolás, que estaba contigua á palacio; y habiendo recibido, andando el tiempo, un pedazo del *lignum crucis*, echó á tierra la capilla de San Nicolás, y fabricó la santa capilla, donde colocó las sagradas reliquias, engastadas en oro y piedras preciosas, fundando un cabildo de canónigos. Todos los años en el dia de Viernes Santo pasaba á ella revestido de sus ornamentos reales, con corona en la cabeza, y él mismo exponia el sagrado leño á la adoracion del pueblo. Despues con la cabeza descubierta, los piés descalzos, sin ceñidor y sin espada se postraba profundamente, hacia una breve oracion, iba andando de rodillas, parábase, volvia á orar un breve espacio, y acercándose en fin á la santa cruz, deshecho en lágrimas oraba tercera vez, y postrado la besaba tiernamente con tanta humildad y con tanta compuncion, que sacaba devotas lágrimas á los ojos de todo el concurso.

Gozaba toda la Francia de una dichosa calma, acompañada de cuantas prosperidades se podian desear en el reinado mas santo, y con el rey mas celebrado en el universo, terror de sus enemigos, admiracion de los extraños y delicias de su pueblo, cuando acometió al santo Monarca una fiebre maligna que en el breve espacio de cinco dias le redujo á la mayor extremidad, y puso á todo el reino en la mas dolorosa consternacion. Conocióse en aquella ocasion cuánto le amaban sus vasallos. No se veian ni se oian en toda la Francia mas que lágrimas, oraciones, procesiones generales, rogativas públicas con el Sacramento patente, ayunos y penitencias. Oyó Dios los fer-

vorosos clamores del reino : recobróse el Rey, pero fue haciendo antes voto de pasar personalmente á la Palestina, llevando consigo un poderoso ejército para echar de toda ella á los turcos. En vano pretendió oponerse á este religioso intento toda la familia Real, todos los grandes del reino y todos los Prelados. Mantúvose el Rey inmoble en su resolucion, tomó la cruz, y habiéndose abocado en Cluny con el papa Inocencio IV, que le nombró generalísimo de todo el ejército cristiano, habiendo declarado á su madre la reina D.ª Blanca por regenta del reino, tomó el camino de Aguas muertas en el Langüedoc, para esperar allí á los cruzados, y hácia el fin de mayo del año 1248 partió de aquel puerto con una formidable armada, compuesta de mil ochocientas velas. Fue muy feliz la navegacion ; y habiéndose detenido algunos meses en la isla de Chipre, donde tenia sus almacenes, se hizo á la vela y desembarcó en Egipto. Quince ó veinte mil sarracenos que intentaron disputarle el desembarco fueron derrotados, y el ejército francés se apoderó de Damiata, que era la plaza mas fuerte, y como la llave de todo Egipto. Acudia el Rey á todas partes, haciendo en todas prodigios de valor; pero dando igualmente en todas no menos prodigiosos ejemplos de virtud. Observando en Damiata la misma regla que en París, empleaba en los ejercicios de caridad y de devocion todo el tiempo que no dedicaba á los cuidados de la guerra. Tenia muy en el corazon la conversion de los sarracenos, y el Señor le dió el consuelo de ver todos los dias acudir al campo un gran número de infieles á pedir el santo Bautismo.

La felicidad de aquel primer suceso dió ocasion al desórden y á la disolucion del oficial y del soldado. Parecia que cuanto mas se empeñaba el santo Rey en merecer la proteccion del cielo con sus oraciones, con sus penitencias y con sus limosnas, mas empeño hacia el ejército de desmerecerla por sus pecados y por sus disoluciones. Y así muy presto experimentó los efectos de la cólera de un Dios tan justamente irritado. Púsose delante de la ciudad de Massour, y la falta de víveres, las enfermedades y el fuego artificial de los enemigos á breves dias le puso en tan miserable estado, que todo el ejército se redujo á un monton de cadáveres y de enfermos. Introdújose en todo él la disenteria y el escorbuto, sin perdonar al mismo santo Monarca. Fue conducido con gran trabajo á una corta ciudad, llamada Charmasach, donde le metieron en una especie de cabaña ; pero no tardó mucho en ser embestida de una espesa nube de sarracenos, y queriendo el santo Rey perdonar la sangre de los suyos, les mandó que se rindiesen. Lleváronle á Massour, donde el Soldan hizo con-

ducir en triunfo el oriflama y los demás estandartes franceses. Hallábase la Reina en Damiata, y con el dolor que le causó la noticia de haber sido hecho el Rey prisionero, dió á luz antes de tiempo un hijo, á quien por la tristeza de este desgraciado suceso se le dió el nombre de Juan Tristan, y fue el tercero de los varones que tuvo.

Nunca se mostró el Rey ni mas grande ni mas santo que en aquella abatida adversidad. Perdida hasta la misma libertad, supo ser prisionero como rey, y como rey cristianísimo. En aquella gran mudanza de estado en nada mudó su género de vida. No interrumpió sus ayunos ni las demás ordinarias penitencias. Tan tranquilo en la prision como en la corte, prosiguió rezando todos los dias el oficio divino á las horas regulares, y tuvo á singular gracia de Dios que habiéndole despojado los sarracenos de tantas alhajas preciosas, solamente le hubiesen dejado las Horas y el Breviario. Dueño siempre de sí mismo, milagroso en su paciencia y firme sin arrogancia, rehusó con invencible teson todo lo que creyó ser contra su conciencia y contra su honor; y fue todo su consuelo un heróico rendimiento á las disposiciones de la divina Providencia. Asombrados hasta los mismos sarracenos de aquella grandeza de alma, y hechizados de sus extraordinarias prendas, decian públicamente que si queria ser su rey no reconocerian otro. Ajustóse su rescate y el de todo el ejército en la rendicion de Damiata, en ochocientos mil bezanes de oro, y en una tregua de diez años.

Desembarcó el Rey en Acre de Palestina, donde se quiso mantener cuatro años para poner en mejor forma ó fortificar las principales ciudades de la Tierra Santa. Era su mayor pasion poder derramar su sangre en defensa de la fe. Durante su mansion en Palestina hizo prodigios de valor, y en muchísimas ocasiones dió tales pruebas de su virtud, que hasta entonces no se habian visto semejantes en algun otro monarca. Precisado á restituirse á Francia por la noticia que tuvo de la muerte de la Reina gobernadora, partió de Palestina el dia 24 de abril del año 1255, despues de haber reedificado y fortificado á Jaffa, Cesarea, Sidon y Acre. Los extraordinarios regocijos que se hicieron en toda Francia á la llegada del santo Rey fueron buenas pruebas del sincero y universal amor que le profesaban los pueblos. Dedicóse enteramente á hacerlos dichosos y felices, reformando abusos, suprimiendo contribuciones, y publicando santas, justas y provechosísimas leyes. Nunca resplandecieron mas su fe, su religion, su sólida y real virtud. Bastaron sus ejemplos para refor-

mar la corte y todos los demás estados. Desterró de sus dominios la blasfemia por el severo castigo de los blasfemos. Restituyó el debido respeto y reverencia á los templos, castigando rigurosamente á los que los profanaban. Al paso que era muy indulgente con los que ofendian su persona, era exactísimo en hacer observar la ley de Dios; y se decia comunmente que no era posible ni mejor siervo de Dios, ni mejor amo de los hombres.

Todos los dias oia muchas misas. El respeto y la devocion con que asistia á ellas compungian á los asistentes. Las copiosas lágrimas que derramaba á la elevacion de la hostia eran efecto de su abrasado amor á Jesucristo y de su fe. Despues que volvió á Francia aumentó las penitencias. Además de los ayunos de la Iglesia, que observaba con rigor, ayunaba todo el Adviento, todos los viernes del año, y el dia antes de todas las fiestas de la santísima Vírgen á pan y agua. En el Adviento y en la Cuaresma no comia ni fruta ni pescado, sino solo pan y legumbres. Nunca se desnudó despues el cilicio, ni el religioso mas austero era mas ingenioso que él en mortificarse. Sus tesoros solo se franqueaban á los pobres; todos los sábados concurrian á palacio mas de doscientos; lavábales los piés, besábaselos, y les daba una limosna. Mantenia siempre dentro de palacio ciento y veinte, y nunca comia el Rey sin tener á la mesa alguno de ellos. Era dicho comun que el Rey no tenia otros favorecidos que los pobres, los religiosos de santo Domingo y san Francisco. Hubo pocas provincias en su reino, ni aun ciudades en sus Estados, donde no fundase enfermerías, hospitales, monasterios, capillas é iglesias colegiales. En París fundó el hospital de los *Trescientos*, donde se mantenian trescientos pobres ciegos, en memoria de los trescientos caballeros de su comitiva, á quienes sacaron los ojos los infieles en la jornada de Oriente. Tenia una exacta lista de todos los mas nobles de cada provincia que padecian necesidad, de todas las viudas y doncellas de distincion que no tenian dote para tomar estado; y lo menos que hacia era socorrerlas para que viviesen con decencia. No alcanzaba su poder á donde llegaba su caridad; no hubo príncipe que con mas justa razon mereciese el glorioso título de padre de su pueblo, y en particular el de padre de los pobres. Llamábanle el Salomon de la cristiandad por la prudencia y por la sabiduría que mostraba en la administracion de la justicia; siendo tan grande su penetracion, su rectitud y su equidad, que llegó á ser el árbitro de todas las diferencias. Mas de una vez le escogieron para terminar las suyas los Reyes, los pueblos, y aun los mismos Papas. Gregorio IX, el emperador Federico II, En-

rique III, rey de Inglaterra, y los barones ingleses no quisieron admitir otro árbitro que á este ángel de paz.

Llegaron á sus compasivos oidos las noticias del lastimoso estado en que se hallaban los cristianos de Levante, y se renovó en su piadoso corazon el celo y el dolor de ver en poder de los infieles los Santos Lugares de Jerusalen. Resolvió tomar segunda vez la cruz, y hacer todos sus esfuerzos para arrancarles de las manos la posesion de la Tierra Santa. No fueron bastante á disuadirle de este intento, ni las lágrimas de la Reina su esposa, ni los ruegos de los príncipes sus hijos, ni las representaciones y clamores de toda la corte. Persuadióse á que Dios le pedia este sacrificio, y nada bastó para estorbarle aquella expedicion. Tomó la cruz de mano del cardenal de Santa Cecilia, legado de la Santa Sede; y la hizo tomar á sus tres hijos, Felipe, que era el primogénito, Juan Tristan, conde de Nevers, y Pedro, conde de Alenzon, como á cási todos los grandes señores del reino. Hizo despues su testamento; nombró por regentes del reino al abad de San Dionisio, y al señor de Nesle; dispúsose con muchos ejercicios de devocion, y se embarcó el dia 1.° de julio del año de 1270. Viéndose obligado á ancorar en el puerto de Caller, se volvió á hacer á la vela, y enderezó la proa á Tunez, cuyo rey habia dado muestras de quererse convertir. Hízose el desembarco sin oposicion, porque los sarracenos que guardaban el puerto se retiraron apresuradamente al acercarse la escuadra francesa. Perdióse la esperanza de la conversion del rey de Tunez luego que se supo habia mandado poner en cadenas á todos los Cristianos. Pero los excesivos calores del clima, la falta de buena agua, y la corrupcion de los víveres causaron en el ejército una enfermedad tan contagiosa, que todo el campo se llenó de cadáveres. Murieron de los primeros el conde de Nevers, hijo del Rey, y el Cardenal legado. Sintióse el mismo Rey tocado del contagio. Las prontas órdenes que dió para salvar el resto de las tropas dieron bien á entender que no tenia ya presagios, sino noticia cierta de su muerte. Ningun dia dejó de rezar el oficio divino y todas las demás devociones con mayor fervor. Conociendo que le iban faltando las fuerzas, mandó llamar á su hijo Felipe, que habia de ser su sucesor, y le dió esta admirable instruccion que ya tenia escrita:

«Mi muy caro hijo: El primer consejo que te doy es que ames á «Dios con todo tu corazon y con todas tus fuerzas, porque sin él nada «podemos. Has de estar dispuesto á dejarte hacer pedazos antes que «ofenderle mortalmente. Si te enviare alguna enfermedad, ó cual«quiera otro trabajo, le debes dar muchas gracias, persuadiéndote

«á que mereces muchos mayores castigos, por haberle servido mal, «y por haberle ofendido. Cuando recibieres de su mano algun favor, «ríndeselas tambien con humildad, y guárdate mucho de engreirte «con él; seria gran mal abusar de sus beneficios para ofenderle. Acon- «séjote que te confieses á menudo, y que escojas confesores de vida «ejemplar, para que te instruyan en tus obligaciones. Á esos y á tus «amigos los has de tratar de manera que estén persuadidos á que con «toda libertad y sin el menor recelo te puedan advertir de tus defec- «tos. Vean tus vasallos que de buena gana asistes en la iglesia á los «divinos oficios. Está siempre en ella con modestia y con atencion, «especialmente mientras se celebra el santo sacrificio de la misa; «nunca se te escape en el templo palabra alguna excusada, y sea en «él tu respeto un testimonio visible de tu fe. Encárgote que profeses «una gran devocion á la santísima Vírgen, y que tengas un corazon «tierno y liberal con los pobres. Cuando padecieres alguna inquie- «tud, ó te afligiere algun cuidado, si fuere comunicable, descárgale «en el seno de tu confesor, ó en el pecho de alguna otra persona dis- «creta y capaz de darte algun alivio en tu pena. Algunas veces has «de tener el gusto de trabar pláticas y conversaciones de cosas san- «tas con personas virtuosas. Nunca sufras que en tu presencia se tra- «ten materias libres, escandalosas, ni de murmuracion; y toda pa- «labra injuriosa á Dios y á los Santos castígala severamente. Si Dios «te hiciere la gracia de que llegues á la corona, muéstrate por tus «buenas obras digno de la sagrada uncion, que hace á los reyes de «Francia los ungidos del Señor; y aplícate sobre todo al ejercicio de «aquellas virtudes que son propias de esta elevada dignidad. Reco- «nózcase en tí una entereza y una equidad á toda prueba. Declárate «siempre antes en favor del pobre que del rico, y da entera libertad «á tus ministros para que hablen contra tus intereses, cuando se «trata de hacer justicia. Restituye sin dilacion lo que no fuere tuyo, «ó pudieran haber usurpado tus predecesores; considera que en eso «se atraviesa la quietud de tu conciencia y el descanso de sus al- «mas. Impide las violencias que se intenten hacer á los eclesiás- «ticos. Ama á los religiosos, hazles bien, y sigue la máxima del «rey Felipe mi abuelo, que algunas veces vale mas disimular los ex- «cesos de los eclesiásticos, que causar escándalo repriméndolos con «demasiada violencia. Ama y respeta á la Reina tu madre, y oye «sus consejos. Estima á tus hermanos, cela sus intereses, pero nun- «ca á expensas de la justicia. Valte de buenos consejos para la dis- «tribucion de los beneficios; lo mas acertado es no dar mas á los que

«ya tienen algunos; siempre te sobrarán vasallos beneméritos, que «ninguno hayan recibido, y en estos se deben distribuir los que va-«caren. Evita, en cuanto te fuere posible, hacer la guerra á los prín-«cipes ó señores cristianos. Antes de empeñarte en ella prueba todos «los medios de paz; y el motivo que debes tener presente para esto «ha de ser evitar los innumerables males y pecados que trae consigo «la guerra; pero si te hallares precisado á hacerla, sea de modo que «no padezcan por el culpado una infinidad de inocentes. Sitia las «plazas del que te niega la justicia, ó te hace agravio; pero perdona «á sus vasallos en cuanto te sea posible. Emplea toda tu autoridad «en impedir la guerra entre tus propios vasallos; no puedes hacer «cosa mas agradable á los ojos de Dios. Procura siempre tener bue-«nos magistrados para que hagan justicia; en todos has de aborre-«cer lo malo, pero muy particularmente en aquellos en quienes has «depositado tu autoridad, y abusan de ella.

«Profesa siempre gran respeto á la Iglesia romana y al Papa, á «quien debes venerar como á tu padre espiritual. Estorba en tus Es-«tados todos los males que puedas estorbar, sobre todo los juramen-«tos, las blasfemias, los juegos de envite, la embriaguez y la im-«pureza. Destierra de ellos á los herejes y á los desalmados. Tienes «obligacion de restituir á Dios con tu celo y con tu reconocimiento «todos los bienes que recibiste de su liberalidad, honrándote en to-«das ocasiones de ser siervo de Dios y padre de tu pueblo. No ha-«gas gastos supérfluos, ni cargues al vasallo con injustos impues-«tos: mira que te encomiendo mucho estos dos puntos. Si muero «antes que tú, procura que se digan por mí muchas misas y mu-«chas oraciones en todas las comunidades de Francia, y dame parte «en todas las buenas obras que hicieres.

«Yo te doy mi bendicion, mi muy caro hijo, y tal cual la puede «dar un padre á su hijo á quien ama tiernamente, y ruego á Nues-«tro Señor Jesucristo que te conserve y te proteja con su gracia, «concediéndote la de que jamás hagas cosa contra su voluntad, para «que siempre le honres y le sirvas. La misma gracia le pido para «mí, á fin de que ambos juntos podamos alabarle, verle y honrarle «por toda la eternidad. Amen.»

Estas instrucciones las escribió el santo Rey poco antes de salir de París, y en ellas hizo un fiel retrato, y nos dejó un puntual compendio de toda su conducta. Habia comulgado muchas veces durante su enfermedad; pero creciendo cada dia la calentura, recibió los últimos Sacramentos con tales demostraciones de devocion, que ninguno de

los circunstantes pudo contener las lágrimas. Despues no quiso le hablasen de otra cosa que de Dios. Nunca mostró semblante mas alegre ni mas sereno que cuando se iba acercando á la muerte. Mandó que le tendiesen en camisa y cubierto de cilicio sobre un lecho de ceniza; y teniendo un Crucifijo arrimado á los labios, espiró tranquilamente el dia 25 de agosto del año 1270, siendo de cincuenta y cinco y cuatro meses de edad, á los cuarenta y cuatro de su reinado. Así murió con la muerte de los justos uno de los mayores reyes y de los mayores Santos que se vieron sobre el trono. Grande por su valor, que le hacia intrépido en los combates; mucho mayor por su cristiana magnanimidad, por la cual se hizo admirar hasta en sus adversidades; siendo ella sola la que puede formar los verdaderos héroes, dignos de la pública veneracion hasta el fin de los siglos. Los huesos del santo Rey, despues de descarnados, se colocaron juntamente con su corazon en una caja muy rica. La carne la pidió su hermano Cárlos de Anjou, rey de Sicilia, y trasladado á Palermo, la mandó enterrar en la abadía de Mont-Real. El rey Felipe, despues de ajustada una tregua con el rey de Tunez por espacio de diez años, volvió á Francia, trayendo consigo la preciosa caja en que estaban los huesos y el corazon de su santo padre. No se pueden explicar las demostraciones de veneracion y ternura con que fue recibido en Francia este tesoro. Depositóse luego en la iglesia de Nuestra Señora de París, y el dia siguiente, que fue 21 de mayo de 1271, fue trasladado á la de San Dionisio con un acompañamiento que mas parecia triunfo que pompa funeral. El mismo rey Felipe, acompañado de todos los príncipes de la casa Real, de los grandes del reino y de gran número de prelados, quiso llevar el cuerpo del Santo sobre sus reales hombros. La multitud de milagros que obró Dios en una y otra sepultura del santo Rey movió tres años despues al papa Gregorio X á mandar se recibiesen jurídicas informaciones, las que se hallaron mucho mas ámplias de lo que era menester; mas por la corta duracion de los nueve pontificados siguientes se suspendió por diez y siete años su canonizacion, que terminó finalmente Bonifacio VIII el año de 1297, con increible solemnidad y magnificencia.

La Misa es en honor de san Luis, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Ludovicum confessorem tuum, de terreno regno ad cœlestis regni gloriam transtulisti: ejus, quæsumus, meritis et interces-

Ó Dios, que trasladaste á tu confesor san Luis desde el reino de la tierra á la gloria del cielo; concédenos que por su intercesion y por sus mé-



sione, regis regum Jesu Christi Filii tui facias nos esse consortes. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

ritos tengamos parte en el reino del Rey de los reyes Jesucristo, tu único Hijo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x *del libro de la Sabiduría, pág.* 235.

REFLEXIONES.

Condujo el Señor al justo por caminos derechos. En ninguna cosa resplandece mas la divina Providencia que en la economía que observa con los justos y los Santos. Si solo se da oidos á la prudencia humana, si las cosas se miran no mas que con los ojos de la carne, y si únicamente se consultan las luces de nuestra escasa razon, parece que Dios se olvida de los buenos, y que reserva todas las prosperidades para los pecadores. ¡Cuántos hombres virtuosos pasan toda la vida entre las adversidades y trabajos! Nada les sale bien, todo conspira á humillarlos, parece que su misma rectitud, la pureza de sus costumbres, aquella inviolable buena fe, su constante virtud les trae á casa todas las desgracias, al mismo tiempo que para los impíos y para los desalmados todas son dichas y prosperidades. Crecen como los árboles mas encumbrados. Ví al impío, dice David, en su mayor elevacion; víle descollar como los cedros del Líbano; pasé, volví, y ya habia desaparecido: *Et ecce non erat;* ni aun pude encontrar el lugar donde le habia visto elevado: *Et non est inventus locus ejus.* Esas continuas prosperidades en este mundo por lo comun son presagio cierto de las mayores desgracias. Un invierno sereno y apacible siempre causa enfermedades. Dios es el que guia al justo; pues ¿qué podrá temer logrando tal conductor? Viva seguro de que siempre irá por camino derecho. Los intentos de Dios son muy diferentes de los nuestros. ¿Quién no se hubiera lastimado de la triste aventura que sucedió al patriarca José? Su desgraciada suerte parecia dignísima de compasion. Es vendido á los ismaelitas un tierno inocente niño; todo su delito fue su misma inocencia, su candor y su virtud: enciérranle en una oscura prision precisamente porque no quiso ser malo; con todo eso, su cautiverio y su prision fueron los grados por donde ascendió cási hasta igualar con el trono. Díme, prudencia humana, ¿hubieras tomado tú ese camino para hacer la fortuna de José, y para colocarle en el primer empleo de todo Egipto? ¿Pareceríate ese camino muy derecho? Sin embargo, fue el único y el mas breve que pudo tomar para ser feliz y para ser grande. ¡Cuántos y cuántos censurarian las

empresas de san Luis! Seguramente que no se acomodaban ni al gusto, ni á los discursos de la política; y por otra parte los desgraciados sucesos, así de Levante como del África, parecia que autorizaban la murmuracion de los cortesanos. ¡Cuántos grandes censurarian sus devociones, y seguramente no irian por el mismo camino si hubieran nacido en el trono como él! Con todo eso, ¿qué grande del mundo, qué príncipe ni qué monarca ha merecido mayores elogios? ¿qué rey ni qué emperador no quisiera tener la misma suerte?

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam accipere sibi regnum, et reverti. Vocatis autem decem servis suis, dedit eis decim mnas, et ait ad illos: Negotiamini dum venio. Cives autem ejus oderant eum; et miserunt legationem post illum, dicentes: Nolumus hunc regnare super nos. Et factum est ut rediret accepto regno: et jussit vocari servos, quibus dedit pecuniam, ut sciret quantum quisque negotiatus esset. Venit autem primus, dicens: Domine, mna tua decem mnas acquisivit. Et ait illi: Euge, bone serve, quia in modico fuisti fidelis, eris potestatem habens super decem civitates. Et alter venit, dicens: Domine, mna tua fecit quinque mnas. Et huic ait: Et tu esto super quinque civitates. Et alter venit dicens: Domine, ecce mna tua, quam habui repositam in sudario: timui enim te, quia homo austerus es: tollis quod non posuisti, et metis quod non seminasti. Dicit ei: De ore tuo te judico, serve nequam. Sciebas quod ego homo austerus sum, tollens quod non posui, et metens quod non seminavi: et quare non dedisti pecuniam meam ad mensam, ut ego veniens, cum usuris utique exegissem illam? Et adstantibus dixit: Auferte ab illo mnam, et date illi qui decem mnas habet. Et dixerunt ei: Domine, habet decem mnas. Dico autem vobis, quia omni

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Cierto hombre noble fué á un país lejano á tomar posesion de un reino, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dijo: Negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecian, y enviaron detrás de él una embajada, diciendo: No queremos que este reine sobre nosotros. Y sucedió que volviendo despues de tomar posesion del reino, mandó llamar á los criados, á quienes habia dado el dinero, para saber cuánto habia negociado cada uno. Vino, pues, el primero, y dijo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dijo: Alégrate, buen criado; porque has sido fiel en lo poco, serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y (el señor) dijo á este: Tú tambien serás señor de cinco ciudades. Y vino otro, y dijo: Señor, hé aquí tu mina, que la tuve guardada en un pañuelo: porque te temí, por cuanto eres un hombre austero, tomas lo que no depositaste, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor): Por tu misma confesion te condeno, mal criado: sabias que yo soy un hombre austero, que tomo lo que no deposité, y que siego lo que no sembré; pues ¿por qué no pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo lo recobrase con ganancias? Y dijo á los

habenti dabitur, et abundabit: ab eo autem, qui non habet, et quod habet auferetur ab eo.

que presentes estaban: Quitadle á este la mina, y dádsela al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo, que á todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abundancia; pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.

MEDITACION.

De la verdadera generosidad con Dios.

Punto primero.—Considera que la verdadera generosidad con Dios consiste en no negarle cosa alguna. ¿Se le podrá nunca dar mucho aunque se le dé todo? ¿Y nos podrá pedir demasiado aunque nos pida todo lo que tenemos, y todo lo que somos, aquel Señor de quien hemos recibido todo lo que somos y todo lo que tenemos? ¿Hay alguno en el cielo ni en la tierra que pueda entrar en concurrencia con Dios? y este Dios ¿se podrá contentar con partijas, ni con mitades? Á tu corazon apocado le parece mucho cuando da á Dios alguna cosa; pero á un corazon generoso, haga lo que hiciere por Dios, todo le parece poco, y le parece bien. Respecto de Dios, toda reserva es como una especie de hurto. La verdadera generosidad pide que nada se le niegue; es decir, que se le sea fiel en todos tiempos y en todas cosas. Este es el punto mas importante de la vida espiritual practicándole bien, sin poner límites, sin aflojar nunca, sin sufrir interrupcion ni vacío en los ejercicios de virtud ni en los progresos de la gracia. Aquel es verdaderamente generoso, que sin restriccion y sin levantar la mano hace todo lo bueno que puede, y lo mejor que le es posible. Mas el que concede á su corazon la mas mínima excepcion en el servicio de Dios, ese ya decae de aquella noble generosidad. ¡Buen Dios, y cuántos cobardes hay entre los que se dedican á vuestro servicio! ¡cuántos perezosos se encuentran entre ellos! Conténtanse con no hacer cosa mala; pero ¿hacen todas las cosas buenas que pudieran? Cotejemos nuestra fidelidad, nuestro fervor y nuestra generosidad con la de aquellos generosos siervos de Dios que tanto arrebatan nuestra admiracion. Estos son nuestros modelos; ¿nos parecemos mucho á ellos? Vuelve la reflexion hácia la vida cristiana, y hácia las heróicas virtudes de san Luis: ¡qué humildad en la elevacion del trono! ¡qué piedad en todos los ejercicios de religion! ¡qué caridad con los pobres! ¡qué afabilidad con sus criados! ¡qué mortificacion entre la púrpura y entre las delicias de la

corte! ¡qué generosidad con Dios por todo el tiempo de su vida! Nosotros profesamos la misma Religion, tenemos las mismas leyes, servimos al mismo dueño; pero ¿le servimos con la misma fidelidad?

Punto segundo.—Considera que pocas almas hay verdaderamente generosas para con Dios, aun entre aquellas mismas que hacen profesion de estar dedicadas á su servicio. ¡Cuántas partijas hacen de su corazon y de sus afectos! ¿Aman á Dios con todo su corazon, con toda su alma y con todas sus fuerzas? Este es no obstante el primer mandamiento, la basa y el cimiento de todas las virtudes cristianas. Pero ¡cuántas reservas hay en todos los sacrificios que se le hacen! El amor propio siempre se levanta con la mejor porcion, y, por decirlo así, con toda la sustancia. Bastardea el dia de hoy la virtud de las personas mas ajustadas. Son pocos los que andan sin pararse; pocos los que ponen mano al arado sin mirar atrás. ¿Hállanse por ventura en nuestros tiempos muchas de aquellas almas generosas que no desistan, ó á lo menos que no se paren al salirlas al encuentro las menores dificultades? ¿hállanse muchas de aquellas almas puras, que en todas las obras solo busquen pura y precisamente la mayor gloria de Dios? ¿que no tengan otro fin en los sagrados ministerios de su celo? ¿Atiéndese únicamente á la voz de Dios en nuestras empresas, en nuestros proyectos y en nuestras ideas? ¿Es posible que en ellas nunca se da oidos á las voces de la carne y sangre? ¿Extinguiéronse las pasiones en esos corazones que se dicen cristianos? ¿Están por lo menos domadas, humilladas, abatidas en esa alma que hace profesion de virtuosa? Consultémos esa tibieza y ese cobarde temor que reina aun entre nuestros fervores; consultemos esos pusilánimes respetos humanos, que nos hacen tan tímidos en las ocasiones de declararnos por Dios; consultemos esa eterna aplicacion á nuestras comodidades, esa delicadeza que llega á ser melindre y nimiedad, esas amistades, esos apegos, esas inclinaciones tanto mas peligrosas en la vida espiritual, cuanto parecen menos groseras; consultemos, en fin, esas obligaciones y esas menudencias de nuestro estado, en que tanto nos descuidamos, ó las cumplimos tan imperfecta y tibiamente; y concluyamos de todas estas imperfecciones y de todos estos defectos, que verdaderamente somos unos cobardes.

Pero ¿será posible, Señor, que todo este conocimiento y toda esta triste confesion se ha de reducir á un inútil y estéril arrepentimiento? No, divino Maestro mio, ya no mas infidelidad en vuestro servicio. Desde este mismo punto quiero comenzar á amaros con ternura, y

á serviros con generosidad. Toda mi confianza la coloco en vuestra infinita misericordia. Dadme gracia para que generosamente os sirva.

JACULATORIAS.—Amaréte, Señor, espíritu y fortaleza mia. (*Psalmo* XVII).

¿Quién será capaz de apartarme del amor de mi Señor Jesucristo? (*Rom.* VIII).

PROPÓSITOS.

1 Asombro es que se sirva á Dios con negligencia, sobre todo si se considera que es Dios el Señor á quien se sirve. Si quieres servirle con generosidad, procura estar continuamente en su presencia, no ya haciéndote violentos esfuerzos, ó estando en una ansiosa inquietud para lograrlo, sino por medio de una dulce, amorosa y sosegada atencion. Hay algunas almas que se contentan con recogerse tres ó cuatro veces al dia, y por lo demás dejan vaguear libremente al espíritu, guardándose solo de cometer alguna culpa. Estas personas no son absolutamente malas, pero pierden inmensos tesoros de gracia; y como son poco liberales con Dios, quédanse así, andan toda la vida arrastrando, y nunca arriban á la perfeccion. Si quieres conservar esta dulce presencia de Dios, destierra de tí toda accion de ligereza, toda vana curiosidad y toda conversacion inútil. La entera abnegacion de sí mismo, y el total desprendimiento de las criaturas, es el camino para lograr una continua memoria de Dios.

2 El ejercicio de esta misma abnegacion es tambien un soberano medio para conseguir aquella noble generosidad de corazon, de que vamos hablando. Hay muchas almas que se mortifican algunas veces; pero las almas generosas siempre y en todo se mortifican. La perseverancia en este ejercicio es uno de los puntos que mas contribuyen á aprovechar mucho en la vida espiritual. Á un corazon generoso jamás se le ofrece ocasion de mortificarse, que no la abrace; como aquellos hábiles comerciantes que nunca malogran ocasion de adelantar el negocio. Si deseas tener esta generosidad con Dios, despréndete enteramente de las criaturas. Un alma generosa rompe con valor todas las prisiones para ponerse en libertad; la cobarde y la pusilánime gime siempre debajo de la cadena, sujeta á la esclavitud de sus desordenadas pasiones. Pon en ejecucion estos saludables consejos; pues no se conoce lo que vale esta generosidad, sino cuando se tiene la dicha de lograrla.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

San Zeferino, papa y mártir, en Roma. *(Véase su vida en las de hoy).*

Los santos mártires Ireneo y Abundio, tambien en Roma; los cuales en la persecucion de Valeriano porque sacaron de una alcantarilla el cuerpo de santa Concordia, fueron sumergidos en la misma alcantarilla. Sus cuerpos los sacó de allí Justino, presbítero, y los enterró en una gruta junto á san Lorenzo.

San Segundo, mártir, en Vintimilla, ciudad de la Liguria; varon esclarecido, y capitan de la legion Tebana.

San Alejandro, mártir, soldado de la misma legion, en Bérgamo en la Francia Cisalpina: habiendo confesado con la mayor constancia el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, fue por ello degollado.

Los santos Simplicio, y sus hijos Constancio y Victoriano, en los Marsos; los cuales, imperando Antonino, fueron primero atormentados de diversas maneras, y por último degollados alcanzaron la corona del martirio.

El martirio de san Adrian, hijo de Probo, césar, en Nicomedia; el cual por haber reprendido al emperador Licinio por la persecucion que habia movido contra los Cristianos, por mandato suyo fue martirizado. Domicio, obispo de Bizancio y tio suyo, enterró su cuerpo en Argiropoli.

San Víctor, mártir, en España; el cual siendo muerto por los moros por confesar la fe de Jesucristo, alcanzó la corona del martirio. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Rufino, obispo y confesor, en Capua.

San Félix, presbítero y confesor, en Pistoya.

Santa Rosa de santa María, en Lima en el Perú, vírgen, de la tercera Órden de santo Domingo, cuya fiesta se celebra el dia 30 de este mes. *(Véase su vida en dicho dia).*

SAN ZEFERINO, PAPA Y MÁRTIR.

Fue san Zeferino romano de nacimiento, hijo de Abundio, y salió á la luz del mundo hácia la mitad del siglo II. No se sabe cosa cierta de los primeros años de su edad; y todo lo que se puede decir es, que sus padres fueron cristianos de aquellos que honraban la Religion con su bondad, con su rectitud, y con la irreprensible pureza de sus costumbres. Era Roma á la sazon no solo el centro de la fe, sino el modelo de todas las virtudes y el teatro de la generosidad cristiana. Concurríase á ella de todas las partes del mundo para admirar el prodigioso número de cristianos de todos sexos, edades y condiciones que florecian en aquella capital del universo, y para ob-

servar la excelencia de sus virtudes, con el fin de aprovecharse de sus ejemplos. Por este elevado concepto que se hacia de los fieles que vivian en Roma podemos formar alguno de la eminente virtud y del extraordinario mérito de nuestro Santo; puesto que muerto el papa san Víctor, el mismo Dios declaró con señales visibles y milagrosas que en todo el clero no habia otro mas digno que Zeferino para gobernar la Iglesia.

Era emperador Severo, y el fuego de la persecucion no se habia visto en su tiempo ni mas encendido ni mas devorador. Necesitaba la Iglesia en aquellas circunstancias de un papa tan generoso como santo. Once dias habia que unidos los fieles con el clero se lo pedian continuamente á Dios con incesantes y fervorosas oraciones, cuando el cielo se declaró visiblemente en favor de Zeferino, bajando el Espíritu Santo en figura de paloma sobre su cabeza, donde reposó un breve espacio de tiempo, y luego desapareció. Basta para elogio de su mérito esta señal tan pública de una eleccion tan especial, y de un amor del cielo tan distinguido, así como bastó para unir en su favor todos los votos. Fue, pues, nombrado por sucesor de san Víctor el año 202 con aplauso universal de todos los fieles.

Conocióse muy luego el particular cuidado que tenia Dios de su Iglesia por la milagrosa eleccion de san Zeferino para gobernarla en un tiempo en que mas que nunca tenia necesidad de un papa santo. El primer año de su pontificado, y décimo del emperador Severo, fue puntualmente el mismo en que aquel Príncipe, que hasta entonces se habia mostrado tan favorable á los Cristianos, publicó edictos que excitaron contra la Iglesia una horrible persecucion. Entonces reconoció el Santo los altos designios de la divina Providencia en elevarle á la silla pontifical durante aquella furiosa y deshecha tempestad. No se espantó ni se acobardó. Sus primeros pensamientos, á impulsos de su fervoroso celo y de su abrasado amor á Jesucristo, fueron salir al público como buen pastor para derramar la sangre en defensa de su rebaño, y señalar con el martirio los principios de su pontificado. Pero reflexionando que no se perdonaria al rebaño por la muerte del pastor, y que destituida del piloto la navecilla de la Iglesia fluctuaria mas á violencia de las encrespadas olas, juzgó que debia mirar por sí para consuelo de sus hijos. Mas no por eso perdonó á cuidados, desvelos, ni trabajos para alentar á los cristianos, y para socorrerlos en aquella pública desolacion. Corria dia y noche las casas de los particulares, penetraba las cavernas y los lugares subterráneos, donde por el miedo de la tempestad se habian refugiado los mas tímidos;

animábalos con sus palabras, exhortábalos con sus discursos, fortalecíalos con los Sacramentos, y los sustentaba con sus limosnas. Á los Confesores los alentaba en los calabozos; acompañaba á los Mártires hasta los cadalsos; y despreciando generosamente los peligros, era pródigo de sus fatigas y de su celo. En fin, despues de nueve años de persecucion, tuvo el consuelo de ver restituida la paz á la Iglesia con la muerte del emperador Severo. El santo Pontifice aprovechóse maravillosamente de esta calma para mantener en la Iglesia la pureza de la fe contra los enemigos domésticos que la combatian.

Nunca lo hacian los herejes con mayor violencia que en las treguas, ó en aquellas calmas que la permitian los gentiles. Proseguian sembrando sus errores ciertos teólogos que habia condenado el papa Víctor. Atacólos san Zeferino con tanto brio y con tan esforzado vigor, que mereció la gloriosa nota con que le honraron los mismos herejes, de ser el primero que habia tenido valor para defender contra ellos la divinidad de Jesucristo; y por solo esto san Optato cuenta á nuestro Santo en el número de los santos Doctores que combatieron contra las herejías.

Cierto hombre vano y atrevido, llamado Praxeas, de nacimiento asiático, habia venido á Roma en el pontificado de san Víctor, predecesor de nuestro Santo, y al principio se declaró contra los Montanistas; pero el orgullo le precipitó á él mismo en muchos errores. No reconocia mas que una sola persona en la Trinidad; decia que el Padre habia sido crucificado, por lo que á sus sectarios se les dió el nombre de *Patri-pasianos;* y, en fin, Praxeas se hizo heresiarca. No perdonó el santo Pontífice á medio alguno para sacarle de aquel abismo de errores y de extravagancias; convencióle, confundióle, y le convirtió. Abjuró sus errores, recibióle con benignidad, y le restituyó al gremio de la Iglesia. Pero como las cabezas de partido cási nunca se convierten de buena fe, habiendo pasado Praxeas á África, reincidió en sus desvaríos, y murió infelizmente en la herejía.

Pero otro suceso mas dichoso consoló á nuestro Santo, y le compensó aquella pérdida. Natal, ilustre confesor de Jesucristo, tuvo la flaqueza y la desgracia de hacerse cabeza de los Teodorianos, adoptando su herejía por un sórdido motivo de avaricia. No queriendo rendirse á los saludables consejos ni á los convincentes argumentos del santo Pontífice, fue rigurosamente castigado la noche siguiente por mano de los Ángeles. Como este castigo era efecto de la misericordia de Dios que le queria salvar, le hizo dócil. Apenas amaneció, cuando vestido de un saco, y cubierta de ceniza la cabeza,

fué Natal á echarse á los piés de san Zeferino, interponiendo los ruegos y las instancias de los fieles para conseguir la gracia de volver á la comunion de la Iglesia. Despues que le hizo purgar su pecado por medio de una saludable penitencia, y dar satisfaccion del escándalo á los fieles, le recibió con benignidad; y el arrepentido Natal, en testimonio de su dolor, abrazó con grande humildad las rodillas de todos los legos, pidiéndoles perdon del mal ejemplo que les habia dado con su infidelidad, y siendo su perseverancia la prueba mejor de la sinceridad de su penitencia.

Desagradó á Tertuliano una indulgencia tan conforme al espíritu de Jesucristo con los pecadores verdaderamente arrepentidos. Aquel genio naturalmente austero y duro, lleno de propia estimacion, censuró altamente la suavísima conducta de aquel buen Pastor, que como amoroso padre usaba del rigor cuando lo juzgaba necesario para el mayor bien de sus hijos, y echaba mano de una prudente blandura cuando la creia saludable. Afligió sensiblemente al santo Pastor y á toda la Iglesia la funesta caida de aquella columna de ella. Dejándose llevar Tertuliano de aquella su genial excesiva severidad, efecto de su orgullo, se precipitó en errores muy groseros, defendiéndolos con pertinacia, y tuvo la desdicha de morir hereje.

Publicó san Zeferino muchos decretos provechosos para la disciplina eclesiástica. Prohibió que se consagrase la preciosa sangre de Jesucristo en cálices de madera, como se hacia entonces por la extrema pobreza de los fieles. Mandó que las órdenes de los ministros de la Iglesia se celebrasen en público, queriendo que fuese notoria á todos su inocencia y la pureza de costumbres á toda prueba. Ordenó que ningun obispo pudiese ser juzgado sino por el Sumo Pontífice, ó por autoridad subdelegada suya; que todos los fieles comulgasen en la Pascua; y que siempre que celebrase el obispo, se hallasen presentes algunos presbíteros y algunos diáconos. Otros muchos decretos publicó el santo Pastor, que acreditan su atencion y vigilancia, su vasta comprension, una capacidad que nada se le escondia, y su infatigable celo sobre todas las diferentes necesidades de la Iglesia. En fin, colmado de méritos y consumido de trabajos, terminó su santa vida, despues de diez y ocho años de pontificado, con la corona del martirio, el dia 26 de enero del año 221, siendo emperador Antonino Eliogábalo. Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Calixto en la via Apia, de donde despues se trasladó á una de las iglesias de la ciudad.

SAN VÍCTOR, LLAMADO VULGARMENTE SAN VICTORES, MÁRTIR.

Uno de los muchos ilustres Mártires de Jesucristo que padecieron en la desgraciada época que se hallaban dueños de España los mahometanos fue san Victores, natural de la villa de Cerezo, bien conocida en la provincia de la Rioja cerca de Belorado y de Santo Domingo de la Calzada. Dejóse ver en el mundo dotado de todas aquellas nobles disposiciones de naturaleza y de gracia para los altos designios que sobre él tenia la divina Providencia, por lo que su infancia fue un preludio de su santidad futura. Dedicáronle sus padres á la carrera de las letras; y como tenia Victores unos talentos extraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en las ciencias, y con especialidad en las santas Escrituras, de cuyas fuentes originales bebió la doctrina revelada para comunicarla al pueblo. Con este noble objeto abrazó el estado eclesiástico, y ascendió por el órden prescrito en los sagrados cánones á la dignidad del sacerdocio; y no teniendo ocioso el sagrado ministerio, desempeñó algunos años la parroquia de la iglesia de Santa María, la principal de su patria, con gran provecho y edificacion de su rebaño.

Aunque la conducta de Victores no podia ser mas justificada, como le llamaba Dios á un grado de perfeccion eminente, todas sus ansias y todos sus suspiros eran por la soledad, para atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion, libre de los peligros del siglo. Retiróse en efecto á una cueva espantosa, que hasta hoy conserva su nombre en el desierto de Oña, donde, soltando las riendas á su fervor, renovó en su persona aquellas espantosas imágenes de penitencia que nos refieren las historias de los mas famosos solitarios de Egipto y de la Tebaida; bien que el Señor endulzaba maravillosamente sus rigores con el don de contemplacion que le concedió, siendo su vida una oracion cási continua.

Cuando Victores se hallaba en su amada soledad disfrutando los dulces consuelos que Dios le comunicaba, determinaron los moros, dueños de la mayor parte de España, apoderarse de Cerezo, ciudad por entonces numerosa, conocida antiguamente con el nombre de Cerasia ó Cerosia, sobre lo cual formaron tan obstinado empeño, que la tuvieron sitiada por espacio de siete años. En todo este tiempo aquellos ciudadanos manifestaron la mas valerosa resistencia; pero fatigados con los continuos asaltos de los enemigos, y lo que es mas con la falta de víveres, comenzaron á padecer una suma necesidad y á acon-

gojarse notablemente, viéndose destituidos de todo socorro humano. Clamaron á Dios en el apuro, valiéndose de la proteccion de la santísima Vírgen, invocando su patrocinio en la parroquia de Santa María de Villalba, que es la mas antigua de las tres de la villa de Cerezo; y oyendo el Señor los ruegos de su pueblo afligido, quiso consolarles por medio de su compatriota Victores. Aparecióesele un Ángel y le dijo: *Vé inmediatamente á tu patria á salvarla de la opresion en que la tienen los mahometanos, expuesta á rendirse por falta de alimentos; pues yo soy enviado para asistirte, y te aseguro el feliz éxito de esta gloriosa empresa.* Obedeció Victores sin réplica á la voz del cielo, y tomando el báculo sobre el que se apoyaban sus débiles fuerzas, se dirigió á Cerezo. Llamó á las puertas de la ciudad (sobre la que llamó hay una ermita suya) para que le abriesen; pero desconociéndole los naturales por lo desfigurado que le habian puesto sus rigurosas penitencias, se vió en la precision de manifestarles quién era, y como venia á socorrerlos de parte de Dios. Recibiéronlo todos llenos de alegría, contemplando en él un Ángel destinado para socorrerlos; y conociendo Victores que el medio mas eficaz para que el Señor patrocinase su empresa era la reformacion de las costumbres, relajadas con motivo de una guerra continuada, predicó á los ciudadanos con aquel fervoroso celo que es propio de los varones apostólicos, sobre la necesidad de purificar sus almas por el conducto de la penitencia. Admitieron tan saludable consejo, y como la gracia infunde un valor inexplicable en el espíritu, con ella recobraron nuevo aliento los de Cerezo, deseando todos sacrificar sus vidas por defensa de la fe.

No era Victores profesor de la carrera militar, pero sus acertadas providencias manifestaron desde luego que eran inspiradas de Dios, como lo acreditó la experiencia. Entre sus sábios ardides refieren algunos que fue uno el siguiente: Esperaban los moros rendir por hambre á la ciudad; y conociéndolo así el Santo, dispuso que se diese de comer trigo á una vaca hasta que se hartase: mandó soltarla hácia el campo de los enemigos, y atravesándola estos con una lanza, apenas vieron la abundancia de trigo que salió del vientre, se persuadieron que los naturales no padecerian la necesidad que discurrian, cuando á los animales daban con abundancia tan preciso alimento. Pero prescindiendo de afirmar por constante este prudente arbitrio, nada difícil de creer, es lo cierto que Victores defendió prodigiosamente á la ciudad mas con sus fervorosas oraciones que con sus sábias providencias.

No satisfecho el siervo de Dios con la defensa de su patria, salia

de ella frecuentemente sin algun temor á los escuadrones enemigos á predicarles las infalibles verdades de nuestra santa fe; y como confirmaba su celestial doctrina con estupendos prodigios, lograba para Jesucristo recobrar á muchos cristianos que habian apostatado de la fe, y muchas conversiones de los infieles. Comandaba el ejército agareno Gaza Mahomat Zaqueto, capitan general de Abderraman segundo de este nombre, rey de Córdoba: padecia aquel la penosa enfermedad de gota, que le molestaba con agudísimos dolores; y agravándose estos, le dieron noticia los moros de que entre sus escuadrones se dejaba ver un sacerdote cristiano, poderoso en obras y en palabras, que le podria dar salud, como lo hacia con otros enfermos. Concibió el General grandes deseos de ver y tratar á un hombre tan portentoso, juzgando neciamente que no era su virtud la que obraba los prodigios que contestaban los infieles, sino su gran pericia en la medicina y en el conocimiento de las yerbas; y gobernado de esta idea, mandó traer á su presencia á Victores, y le suplicó que le sanase de aquella penosa enfermedad. Curóle el Santo perfectamente, creyendo ablandar la obstinacion de aquel bárbaro, para reducirlo á perfecto conocimiento; pero tuvo el desconsuelo de ver frustradas sus intenciones. No dudó Zaqueto que su maravillosa curacion sin medicamento alguno era efecto sin duda del poder sobrenatural; mas con todo se resistió á las eficacísimas persuasiones de Victores, dirigidas á que conociese á aquel Señor en cuya virtud se obraban semejantes prodigios. Pareció al moro que con ofrecer al siervo de Dios grandes dones quedaria satisfecho; pero el Santo le hizo ver que los perfectos cristianos no buscaban los caducos bienes de la tierra, sino los del cielo, que solo podian conseguir los creyentes en Jesucristo, y no los secuaces de la ley de Mahoma, que era un contexto de fábulas y de clásicos errores.

Aunque las palabras de Victores eran unos rayos encendidos que abrasaban el corazon de sus oyentes, no surtieron este efecto en la obstinacion del Capitan general árabe; antes bien encendieron de tal modo su cólera, que olvidándose del beneficio que acababa de recibir, mandó al Santo que se retractase de todo lo dicho contra su Profeta, so pena de padecer una muerte infame; pero el horror que causó á Victores la retractacion á que queria obligarlo, y la heróica constancia con que se negó á una accion tan indigna, redobló la furia y la crueldad del bárbaro en términos, que por pronta providencia dió órden para que lo pusiesen preso en sus caballerizas cargado de hierro. Mantúvose el siervo de Dios en el establo padeciendo innumerables

trabajos; pero no cesando de predicar nuestra santa fe á cuantos iban á verlo, hizo muchas conversiones de moros, desengañados de los delirios de su secta á la luz de su celestial doctrina.

Supo Zaqueto las conquistas que hacia en la prision Victores para Jesucristo; y temiendo que si le dejaba con vida serian inevitables las conversiones de los infieles, mandó que lo degollasen inmediatamente. El Santo pidió ser antes crucificado, y lo hicieron así. Tres dias vivió clavado en la cruz, en los cuales se convirtió gran número de infieles con su predicacion, haciendo de la cruz cátedra pública de celestial doctrina y trono de glorioso triunfo. Al cabo lo desclavaron, y lo llevaron á Quintanilla de las Dueñas, media legua distante de Cerezo, donde lo decapitaron en el dia 26 de agosto por los años 830 ó 834, segun el cómputo mas arreglado, aunque en esto son varias las opiniones de los escritores.

No tardó Dios en acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con admirables prodigios. Luego que le degollaron, salió por la herida sangre y leche, que salpicando algunas yerbas y troncos de unos morales, se dejaron ver las hojas de color blanco y carmesí, cuya maravilla duró algunos años en aquellas plantas, para testimonio auténtico de un suceso tan memorable. Pero lo mas asombroso fue, que levantándose del suelo el cuerpo del Santo y cogiendo en sus manos la cabeza, se dirigió á Cerezo, predicando la fe de Jesucristo con el mismo valor y con la misma eficacia que si estuviese vivo; en vista de lo cual muchos africanos se convirtieron á nuestra santa Religion. Sintieron en el alma los de Cerezo la pérdida de su salvador, lloraron amargamente su muerte; y habiendo celebrado sus exequias con la solemnidad y con la pompa que exigian sus relevantes merecimientos, le dieron sepultura en el sitio llamado San Victores el Viejo, en una ermita que allí erigió la devocion de los fieles; luego le edificaron otra capilla mayor, servida por los beneficiados del Fresno, donde se mantuvo en grande veneracion hasta el año 1466, en que habiendo el condestable de Castilla fundado allí un convento de la Órden de Predicadores, dichos beneficiados le cedieron las posesiones que allí tenian. El cuerpo del Santo fue trasladado á la iglesia de este monasterio, en domingo dia 20 de mayo, asistiendo á esta solemnidad el abad de Cardeña, Diego IV, por comision de D. Luis de Acuña, arzobispo de Búrgos. Los religiosos Dominicos el dia 9 de diciembre del año 1551, siendo provincial Fr. Bartolomé de Miranda, cedieron este convento á favor del cura y beneficiados de San Andrés del Fresno. Dos años despues lo cedieron estos al condestable, el cual con breve de Paulo IV lo dió

á los Padres Observantes de san Francisco. Tomó posesion de este convento Fr. Juan de Salcedo á 2 de setiembre de 1556, en presencia del provincial Fr. Gonzalo Arias.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Cuando la Iglesia destina todos los meses un dia á la conmemoracion de los fieles difuntos, no solo tiene presente la caridad con los muertos, sino tambien el provecho de los vivos; persuadida esta comun madre de que el pensamiento de la muerte es tan saludable para los unos, como las oraciones que ofrece son provechosas para los otros: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis*. Piensa con frecuencia en la muerte, y no te atreverás á pecar. Piensa en la muerte, y no te dejarás infatuar de tu propia estimacion: no serás tan vivo en defender tus derechos; no serás tan celoso de tu autoridad; no serás tan áspero en tu trato, tan delicado en tus intereses, tan arrebatado en tus vivezas, tan duro con los otros, tan indulgente contigo mismo, y tan poco cristiano en toda tu conducta. Piensa en la muerte, y verás como tienes afabilidad, mansedumbre, circunspeccion, urbanidad, moderacion y paciencia. No hay pasion que no se temple con este saludable pensamiento. El pensamiento de la muerte es el contraveneno de todas las pasiones; y acaso por eso se huye de pensar en la muerte, y se tiene tanto horror á este pensamiento. Se aman las pasiones, se fomentan, se las lisonjea, y se aborrece todo lo que las puede turbar ó enflaquecer.

Pero si el pensamiento de la muerte conturba, atemoriza y aturde, ¿qué será la muerte misma? ¿Quién duda que ha de morir? y ¿quién está seguro de que ha de morir bien? Una buena muerte ¿es obra tan fácil ó tan indiferente, es de tan corta consecuencia que no merece el que se piense en ella? Depende de la muerte una suerte feliz ó desdichada por toda la eternidad; son pocos los que mueren santamente, y ¿cómo es posible que se muera santamente si no se piensa en la muerte? Pues á la verdad son muy pocos los que procuran asegurarla buena por el ejercicio de una santa vida. El último momento es el mas crítico de todos, porque decide de nuestra eterna suerte. De una santa muerte, ó de una muerte en pecado, depende una eternidad dichosa ó desventurada. Este momento es violento, es apretado, todo se puede temer en él. El espíritu sin fuerzas, la conciencia cargada de pecados, el alma toda espantada; y si en algun tiempo el ene-

migo de nuestra salvacion pone en movimiento todos sus enredos, todas sus violencias, todos sus artificios, es en aquel último momento. Gran consuelo es en aquella hora haber tenido una santa vida; pero si los mayores Santos temblaron al acercarse la muerte, ¿quién podrá asegurar en ella á los imperfectos y á los pecadores? Ninguna otra cosa sino la confianza bien fundada en la Madre de Dios. En la hora de la muerte es cuando propiamente se conoce y se experimenta la dicha de los verdaderos devotos de la santísima Vírgen; en aquella ocasion tan peligrosa para la salvacion se hace sentir su poder en favor de los que la sirvieron con fidelidad; ella es, por decirlo así, su abrigo y su refugio. Es cierto que la sangre del Salvador nos ha de salvar; pero este Salvador es en aquella hora un juez severo que aterra; dichoso aquel, dice san Bernardo, que encuentra entonces en María una abogada que interceda, una medianera que asegure, una protectora que desvanezca todos los esfuerzos del enemigo de nuestra salvacion. Con mucha razon se la aplica lo que el Espíritu Santo dijo de la Sabiduría (*Sap*. x): *In fraude circumvenientium illum affuit illi*. Ella le ayuda contra los que pretendian sorprenderle en aquel último momento. (*Serm. de Nativ.). Non ita timent hostes visibiles aciem ordinatam*, dice san Ambrosio, *sicut dæmones Dei Matrem:* No temen tanto los enemigos visibles á un ejército puesto en órden de batalla, como los demonios temen á la Madre de Dios. *Sicut fluit cera à facie ignis* (*Hom*. 1 *sup. Missus est*), dice san Bernardo, *sic dæmones ad invocationem nominis Mariæ:* Así como la cera aplicada al fuego se derrite y desaparece en un instante, así desaparecen los demonios cuando se invoca el santo nombre de María. Defiéndeme, Vírgen santa, exclama san Efren, y ten misericordia de este pobre pecador; sobre todo en aquel momento en que he de comparecer delante de mi Dios y de mi supremo Juez, á quien tantas veces he ofendido: *Sub alis tuis custodi, et protege me; miserere mei, qui sceleribus plurimis creatorem Deum meum, et judicem offendi*. No permitas que mi formidable enemigo, el demonio, me encuentre destituido de tu amparo, particularmente en aquella última hora, *à tua spe destitui cognoscat;* despues de Dios, ó Vírgen santa, en tí tengo puesta toda mi confianza: *Non mihi alia fiducia Virgo sincera*. Tú eres el único puerto á donde me puedo abrigar durante la tormenta: *Tu enim meus portus;* y de tí espero me venga todo el socorro que he menester en el tiempo de la agonía: *Præsens auxiliatrix*. Si alguna cosa me da seguridad, es el considerarme al abrigo de tu soberana proteccion: *Sub tutela et protectione tua tutus sum*.

Háceme temblar, dice Ricardo de San Víctor, la consideracion de los terribles juicios de Dios; solo me consuela pensar que cuando parezca delante de mi Dios para ser juzgado, si está en mi favor la Madre de misericordia, si se digna ponerse de mi parte, no puedo dudar que el Juez me sea favorable (*Part.* 2 *cap. Cant.*): *Si accedam ad judicium, et Matrem misericordiæ mecum habuero in causa mea, quis Judicem negabit propitium?* Si alguna vez se interesa por sus siervos esta Madre de misericordia, nunca la ejercita mas que en aquel crítico y decisivo momento.

Cuando los marineros se ven combatidos de una furiosa y deshecha borrasca, dice san Ambrosio, ninguna cosa los consuela y los alegra mas que descubrir la estrella del mar; esto es, la estrella polar. Pero mayor consuelo, gozo mas dulce y mas exquisito sienten los que hallándose en la agonía descubren durante aquel formidable combate con las potestades del infierno aquella brillante estrella del mar, la santísima Vírgen, como la apellida la Iglesia cuando la saluda como Madre de Dios: *Tam gratum erit nobis in ultimi agonis lucta, multis dæmonum tentationibus, vehementissimis doloribus agitatis, ubi viderimus præclaram hanc maris stellam, quam Ecclesia salutat: Ave maris stella, Dei Mater alma.* Sí, dice san Bernardo, María es aquella hermosísima estrella que preside en este borrascoso mar en que todos navegamos embarcados: *Ipsa est præclara et eximia stella super hoc mare magnum merito sublevata.* Como la observes y la sigas, nunca perderás el rumbo: *Quam sequens, non devias.* Si recurres á ella y la suplicas, no tienes que desesperar: *Ipsam rogans, non desperas.* Nunca la pierdas de vista, y jamás errarás el camino: *Ipsam cogitans, non erras.* Mientras estuvieres debajo de su proteccion, no tienes que temer en aquella última hora: *Ipsa protegente, non metuis.* Está seguro de que, como ella te sea favorable, arribarás dichosamente al puerto de salvacion: *Ipsa propitia, pervenies.* Cuando vuelvo los ojos de la consideracion á Vos, ó Vírgen santa (prosigue el mismo Padre), no descubro mas que bondad y misericordia: *Cum te aspicio, nihil nisi misericordiam cerno.* Fuísteis Madre de Dios principalmente por los pecadores; y así la misericordia es hija de vuestras entrañas: *Nam pro miseris Mater Dei facta es, misericordiam insuper genuisti.*

Nunca nos es mas necesaria en todas las necesidades de la vida la proteccion especial de la santísima Vírgen que en aquel momento crítico, en aquel último momento, en que el infierno pone en movimiento todos sus artificios, y en que hace sus mayores esfuerzos para espantarnos, para tentarnos, para enredar y confundir á una pobre

alma, induciéndola á desesperacion. ¿Qué aliento no infunde en aquella ocasion la benevolencia, el favor y el auxilio de aquella Señora, cuyo valimiento es tan poderoso con su soberano Hijo, nuestro Salvador, nuestro supremo Juez y nuestro Dios, y cuyo solo nombre ahuyenta y disipa todo el poder de las tinieblas? Pero este poder, este valimiento, ¿en favor de quiénes le explicará esta Madre de misericordia, sino de aquellos que la honraron, que la amaron, la sirvieron todo el tiempo de su vida? Dichosos mil veces los devotos de María, exclama san Bernardo, que en aquel terrible riesgo, en aquella furiosa tempestad encontrarán puerto seguro y abrigo impenetrable á todas las máquinas y á toda la malignidad del enemigo. Dichoso aquel que en la terrible y estrecha cuenta que ha de dar al supremo Juez tiene por abogada á la Madre de Dios en aquel tremendo tribunal. Dediquémonos, pues, toda la vida al servicio de tan soberana Reina, grita el venerable Beda considerando las inestimables ventajas que se logran mereciendo su benevolencia en aquel último momento; dediquémonos al servicio de una emperatriz que nunca abandona en tan apretada necesidad á los que se ponen debajo de su proteccion (*Hom. de Sanct. Mar.*): *Serviamus semper tali reginæ Mariæ, quæ non derelinquit sperantes in se*. Porque cuando el que clama no merezca ser oido por sus méritos, dice san Anselmo, lo merecerá por los de la Madre de Dios, que clama por él (*De Concept. B. V.*): *Si merita invocantis non merentur ut exaudiantur, merita tamen Matris intercedunt ut exaudiantur*. Sobre todo, solicitemos la gracia final, y solicitémosla por María, dice san Bernardo, porque siempre halla lo que busca, y nunca deja de conseguir lo que pide (*Serm. de Nativ.*): *Quæramus gratiam, et per Mariam quæramus; quia quod quærit, invenit, et frustrari non potest*. Aunque seas grande pecador, puedes acercarte á Dios con toda confianza, prosigue el mismo Santo, como tengas en tu favor á la Madre que se presenta á su Hijo, y á este Hijo que se presenta á su Padre. La Madre muestra á su Hijo los pechos que le dieron leche; el Hijo muestra á su Padre sus llagas y su costado abierto; y no es posible que niegue Dios una gracia que se le pide con tantas demostraciones de amor: *Securum accessum habes apud Deum, ó homo, ubi Mater stat ante Filium, Filius ante Patrem: Mater ostendit Filio pectus et ubera, Filius ostendit Patri latus et vulnera. Ibi ergo nulla poterit esse repulsa, ubi tot sunt amoris insignia*. Es error creer que la santísima Vírgen haya sacado nunca del infierno á ningun condenado: *In inferno nulla est redemptio*. Pero es mucha verdad que ha estorbado que muchos devotos suyos fuesen precipitados en aquellas llamas, al-

canzándoles de su Hijo tiempo y auxilios para convertirse, y disponiéndoles para el último momento, de manera que consiguiesen la gracia de la final perseverancia. Tampoco se duda que la santísima Vírgen ha tenido algunas veces las almas impenitentes en cuerpos desangrados y acribados de heridas, para darles tiempo de reconciliarse con Dios, de lo que se refiere en la historia eclesiástica mas de un ejemplo. Es tambien de un gran consuelo que no hay cosa mas eficaz para abreviar las penas del purgatorio que la proteccion singular de la Madre de Dios. Por eso dijo san German que la proteccion de esta Señora es superior á todo lo que podemos concebir; no siendo posible comprender hasta dónde llega su fuerza y su extension: *Patrocinium Virginis majus est, quam ut possit intelligentia apprehendi.* Una madre de misericordia; una madre tan tierna y tan compasiva con sus hijos, no es posible que á sangre fria los esté viendo arder en las voraces llamas del purgatorio. Ni son menester milagros para aliviarlas; medios tiene la santísima Vírgen para aliviar á aquellas almas afligidas, mas naturales y mas conformes al órden regular de la divina Providencia. En sus manos tiene todas las gracias y todas las misericordias del Señor, dice el bienaventurado Pedro Damiano: *In manibus ejus sunt omnes miserationes Domini.* Ya sabrá disponer que aquel fiel siervo suyo, dedicado toda la vida á su servicio, cuyas cristianas costumbres, cuya arreglada vida acreditó tanto su devocion, haga en la hora de la muerte un acto de amor de Dios tan encendido, tenga tan perfecta contricion, que Dios por su misericordia le remita la mayor parte de las penas, perdonándole la mayor parte de sus deudas, ó disponiendo que se le apliquen los tesoros de la Iglesia, como tambien el infinito valor del sacrificio de la misa y los sufragios de los fieles. En el capítulo 13 del libro 4 de las Revelaciones de santa Brígida se leen estas palabras llenas de consuelo que la santísima Vírgen dijo á aquella gran Santa: *Yo soy Madre de Dios, y Madre de todos los que están en el purgatorio. No se pasa hora alguna en que el rigor de las penas no se mitigue por mi intercesion.* Pues ¿qué parte no tendrán en estos insignes favores todos aquellos que fueron verdaderos devotos de la Madre de Dios durante su vida?

La Misa es de los difuntos, y la Oracion la que sigue:

Fidelium Deus omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum: ut in-

Ó Dios, criador y redentor de todos los fieles, conceded á las almas de todos vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que

dulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis, et regnas, etc.

obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre esperaron de tí, que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo XIV *del Apocalipsi.*

In diebus illis : Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi : Scribe : Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis : opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias : Oí una voz del cielo, que me decia : Escribe : Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora les dice el Espíritu que descansen de sus trabajos ; porque sus obras les acompañan.

REFLEXIONES.

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Esta es la que se llama muerte preciosa: cualquiera otra es despreciable y vil; solo la de los Santos es respetable y estimable. Muera uno ilustrado con una gloriosa série de victorias, con una continuada cadena de prosperidades, con una prodigiosa multitud de heróicas acciones y de magníficos elogios; si no muere con la muerte de los Santos, solo será grande en el papel y en la historia; toda su dicha es imaginaria y quimérica. No hay otra muerte feliz sino la muerte de los Santos; pero es menester pensar muchas veces en la muerte si se quiere morir santamente. Se puede decir que el pensamiento de la muerte hace de algun modo en las pasiones el mismo efecto que la muerte misma: *In illa die,* dice el Profeta, *peribunt omnes cogitationes eorum.* Desvanécense en aquel último momento todos los proyectos de la ambicion, todas las vastas ideas, todas las lisonjeras esperanzas, *peribunt.* Aquel plan de fortuna trazado con tanta prudencia y con tanto acierto, aquellas medidas tomadas con tanta comprension y con tanto pulso, aquellas empresas ideadas con tanto corazon y con tanto espíritu, *in illa die peribunt;* todo eso perecerá, se desvanecerá, desaparecerá en aquel terrible dia; todo lo que embelesa, todo lo que lisonjea, todo lo que engaña se marchita, se apaga en el último momento. Pues poco mas ó menos lo mismo hace, durante la vida, el pensamiento de la muerte. Toda pasion halaga, embelesa, encanta, prometiendo nueva felicidad y nuevo gusto. Viene la muerte, y despojóla de todo su atractivo. No esperan los lazos en aquel dia á que otros los desaten, ellos se hacen pedazos por sí mismos. Entonces todo disgusta, todo enfada; la idea de aquella quimérica felicidad en que se estaban saboreando las pa-

siones, se convierte entonces en indignacion contra la propia locura. Bien se puede decir que en aquel dia perecen á un mismo tiempo las pasiones y los pensamientos : *In illa die peribunt omnes cogitationes eorum.* Á la verdad, ¿con qué ojos se mira á la hora de la muerte todo aquello que fomentó la concupiscencia, todo lo que fue objeto de la ambicion, y todo lo que sirvió de materia á las pasiones humanas? Aquel empleo elevado que tanto costó, luego pierde su valor y todo su mérito en mirándole, por decirlo así, á dos dedos de la sepultura. Esa magnificencia, ese fausto, esa suntuosidad, ese esplendor que tanto deslumbra en vida, perdió entonces toda su brillantez. Hasta los resplandores de la majestad real se oscurecen con las sombras de la muerte. Grande ejemplo nos ha dado de esta verdad el siglo presente. Aquel monarca tan celebrado en el mundo por el dilatado reinado de setenta y dos años, Luis XIV, digo, soberano en quien por los años se contaron las victorias, aquel monarca que fue la admiracion de todas las naciones, el terror de sus enemigos, idea real de la mayor grandeza y la mas brillante imágen de la humana felicidad, muere como mueren todos los demás hombres; y en aquel último momento de la vida, grandeza, poder, majestad, resplandor, todo desaparece, todo se apaga de repente. ¡Oh buen Dios, y qué de falsas brillanteces se descubren en aquella hora! ¡Oh qué bello punto de vista el de la muerte para representar muchos objetos, y para hacer patentes muchos misterios! En la vida, por engaño de las pasiones, se nos representan todas las cosas á una falsa luz; pero en la muerte todo se nos pone delante como es en sí sin engaño y sin artificio. Entonces se descubre distintamente el verdadero motivo de aquellos amargos celos, la legítima causa de aquella maligna envidia, el objeto de aquella desmedida ambicion; pero ¿con qué cara se nos descubre? ¿qué se piensa entonces de esa sórdida codicia, cuando de todas las posesiones adquiridas, de todos los tesoros amontonados, no resta mas que una sepultura, un ataud y una mortaja? ¡Oh, y qué santamente se moriria si se muriera dos veces!

El Evangelio es del capítulo VI *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus turbis Judæorum : Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum : et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne, *la que daré* por la vida del mun-

invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

do. Disputaban, pues, entre sí los judíos y decian: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

Del verdadero secreto para lograr una santa muerte.

Punto primero.—Considera que el verdadero secreto para lograr una santa muerte es tener una santa vida. Vanamente se lisonjea el hombre, confiando en los socorros espirituales que logrará en una larga enfermedad. Fuera de la incertidumbre del tiempo, de la incompetencia del estado y de la incompatibilidad de las circunstancias, es cierto que esas conversiones precipitadas, superficiales, y por la mayor parte forzadas, rarísima vez fueron verdaderas. Es menester que haya algun intervalo entre la conversion, entre la penitencia y la muerte. Aun habiendo vivido con un exacto arreglo de costumbres, con una vida inocente y ajustada, todavía se temen, y con razon, los altos juicios de Dios; pues ¿cómo podrá asegurar á un moribundo una conversion de dos dias, despues de una vida desbaratada y perdida? Para una fundada confianza es menester un motivo mas sólido y mas plausible. Dios es misericordioso, es verdad; pero en esa misma infinita misericordia confiaban los mayores Santos, y con todo eso temblaban. Convengamos, pues, en que solo una vida pura, una vida penitente, una vida empleada en ejercicios de mortificacion y en la práctica de las virtudes cristianas, una vida conforme á la ley y á las máximas del Evangelio, puede fundar una verdadera confianza. Confesemos que una santa vida es el verdadero secreto de lograr una santa muerte. Y de buena fe, ¿cómo es verosímil que despues de haber pasado los dias de la vida en una continua desobediencia, y aun en un menosprecio formal de los mas sagrados preceptos, de la mas clara voluntad de Dios tan expresa en el Evangelio; despues de haber preferido siempre las impías máximas del mundo á las santas máximas de Jesucristo; despues de haber sido cristiano de solo nombre, sin tener mas que una aparente ceremonia y sobrescrito de reli-

gion; despues de haber menospreciado á sangre fria y con reflexion las gracias mas fuertes, las inspiraciones mas vivas, las exhortaciones mas apretadas, los ejemplos mas convincentes y todos los medios de conversion mas eficaces; una última enfermedad, que debilita la razon, que nos hace incapaces de atender al mas mínimo negocio, que nos obliga á romper los lazos mas fuertes y mas estrechos, sea ni tiempo, ni estado, ni medio proporcionado para reparar todos los desórdenes y todo el desbarato de una vida que pediria treinta años de retiro, de lágrimas y de penitencia? ¿No es desacreditar nuestra Religion, y en cierta manera insultar á Jesucristo, imaginar, y mucho menos creer, que seguramente se puede contar sobre esa especie de ceremonia ó de monería? Aquella mujer perdida, aquel hombre disoluto, aquel eclesiástico mundano, aquel religioso tan irregular, tan indevoto y tan inmortificado, ¿habrán hallado por ventura el secreto de eludir todos los oráculos de Jesucristo, sus leyes, sus consejos y sus amenazas? Forma el sistema que quisieres; figúrate la moral que se te antojare; finge la doctrina que te lisonjeare mas; pero desengáñate, que el verdadero, el único secreto de lograr una muerte cristiana, es vivir cristianamente. Bien puede Dios hacer milagros: mas ¡oh, y qué digno de compasion es aquel que solo fia á un milagro su salvacion! Por Dios no hagas inútiles estas reflexiones.

Punto segundo.—Considera que tambien hay otro secreto para lograr una santa muerte, muy reconocido de todos los santos Padres; este es la verdadera devocion con la santísima Vírgen. Pero no creas que por verdadera devocion se entiende una sarta ó una multitud de oraciones vocales, rezadas en honor y reverencia de la Madre de Dios; un nombre escrito en los libros de una congregacion ó cofradía de la Vírgen; una costumbre en ciertos ejercicios de mortificacion y de piedad, que aunque muy santos, no bastan, si no están animados de la gracia y del espíritu cristiano; todas esas devociones muertas, y, por decirlo así, descarnadas, no merecen el nombre de verdadera devocion. Por esta se entiende un deseo ardiente de honrar, servir y agradar á la Madre de Dios; se entiende un porte cristiano, que pruebe la rectitud, la pureza y la santidad de las disposiciones interiores; se entienden unos ejercicios de devocion, que sean efecto de un corazon abrasado en el amor de Dios y en ternura á la santísima Vírgen. No puede la Madre mirar con buenos ojos á los que son desagradables á su santísimo Hijo. Es, pues, visible que semejante devocion es un secreto admirable para lograr una santa muerte, porque es orígen de una san-

la vida. ¿Qué auxilios, qué gracias, qué utilidades nos granjea á los devotos de la Madre de Dios en aquel último momento decisivo de la eternidad? Es la santísima Vírgen la que distribuye las gracias de su Hijo; y nunca hay mayor necesidad de ellas que en aquella última hora. ¿Cómo las ha de negar esta Madre de bondad á sus hijos, á sus devotos y á sus fidelísimos siervos? Cuando su piedad asiste aun á aquellos mismos que la profesaron menos devocion y confianza, ¿olvidará á los que la honraron, sirvieron y amaron tiernamente durante su vida? Y si los asiste y los protege con un modo tan tierno y tan activo, ¿qué gracias no recibirán ya contra los esfuerzos del demonio, ya contra los naturales temores de la muerte, ya contra las angustias y dolores de la última enfermedad? ¡Mi Dios! ¿dónde hay motivo de confianza mas bien fundado? ¿dónde hay esperanza mas llena de consuelo? ¿Cuántas veces repetimos con toda la Iglesia: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte?* ¿Podemos temer que esta Señora se olvide, ni que se haga sorda á una oracion tan repetida? Confesemos, pues, que la verdadera devocion con la santísima Vírgen es un secreto infalible para lograr una buena muerte.

Dignaos, ó Madre de mi Dios y amada Madre mia, dignaos de oir favorablemente mis humildes ruegos. Espero que la sincera, la tierna devocion que os profesaré toda la vida, me asegure la gracia de una dichosa muerte.

JACULATORIAS.—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora, y en la hora de nuestra muerte. Amen. (*Ecclesia*).

María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo, y recíbenos en la hora de la muerte. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Siendo una santa vida el verdadero secreto de lograr una santa muerte, no busques otro inútilmente. Refiere á este fin todas tus acciones, todos tus proyectos y todos tus deseos. En cuanto emprendieres, y en cuanto hicieres, ten siempre á la vista este pensamiento tan necesario: *¿Y esto me servirá para morir bien?* No solo has de hacer todos los ejercicios cristianos con esta mira, sino que aun todas las funciones de la vida civil las debes ejecutar con el mismo espíritu, y dirigirlas al mismo respeto. Las aflicciones y las adversidades pierden la mitad de su amargura cuando se piensa que los trabajos nos pueden servir para desprendernos del amor á la vida,

y para disponernos á una santa muerte. Las prosperidades embriagan, ó cuando menos aturden, y muchas veces trastornan la cabeza. Entonces trae á la memoria el pensamiento de la muerte, que este es el contraveneno mas eficaz.

2 Una de las cosas que mas nos interesa en la devocion á la santísima Vírgen es el conseguirnos una buena muerte. Este es otro poderoso motivo para tan santa devocion; sea la tuya desde hoy mas afectuosa y mas ardiente. De aquí adelante, cuando reces la Salutacion angélica, haz particular reflexion á aquellas palabras *Nunc, et in hora mortis nostræ;* ahora, y en la hora de nuestra muerte. Familiarízate toda la vida con las dos devotas jaculatorias que acabas de leer al fin de esta meditacion; y pide á la Madre de Dios su proteccion particular para la hora de la muerte.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

San José (de Calasanz), confesor, en Roma, esclarecido por su inocencia de vida y por sus milagros; el cual para adoctrinar la juventud en la piedad y en las letras fundó la Órden de los clérigos regulares pobres de la Madre de Dios de las Escuelas pias. *(Véase su vida en las de hoy).*

El martirio de san Rufo, obispo y mártir, en Capua en Campania; el cual siendo de la noble sangre de los patricios, fue bautizado con toda su familia por san Apolinario, discípulo del apóstol san Pedro. *(Convirtióse al Cristianismo á vista del milagro obrado por san Apolinario, que restituyó la vida á una hija suya ya difunta. El mismo Santo despues le consagró obispo de Capua, que gobernó poco tiempo, siendo inmolado en la persecucion contra los fieles á principios del siglo II).*

Los santos mártires Rufo, tribuno, y Carpoforo, en la misma ciudad, que padecieron martirio en el imperio de Diocleciano y Maximiano.

Los santos mártires Marcelino, tribuno, su mujer Manea, y sus hijos Juan, Serapion y Pedro, en Tomis en el Ponto.

Santa Eutalia, vírgen, en Sicilia, junto á Lentini; á la cual por ser cristiana mató Sermiliano su hermano, y voló al Señor *(despues de haber intentado hacerla violar por un esclavo).*

El martirio de santa Antusa la Jóven, en el mismo dia; la cual por la fe de Jesucristo fue arrojada á un pozo, y así alcanzó el martirio. *(El sobrenombre de* Jóven *es para distinguirla de otra santa Antusa, que padeció imperando Diocleciano).*

San Narno, en Bérgamo, bautizado y despues ordenado primer obispo de aquella ciudad por san Bernabé.

San Cesareo, obispo, en Arles, varon de maravillosa santidad y piedad. *(Véase su vida en las del dia de hoy).*

San Syagrio, obispo y confesor, en Autun.

San Juan, obispo, en Pavía.

San Licerio, obispo, en Lérida en la España Tarraconense. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Pemon, anacoreta, en la Tebaida. *(Brilló extraordinariamente entre los antiguos Padres del desierto, al cual se retiró por los años 385. Siguiéronle á la soledad seis hermanos que tenia, y que fueron otras tantas lumbreras de la vida eremítica. Las vidas de los Padres del desierto abundan de sentencias admirables atribuidas á san Pemon, especialmente en lo tocante á la mortificacion de los sentidos, al silencio, al desprecio de sí mismo y á la humildad).*

Santa Margarita, viuda, en Septempeda, por otro nombre San Severino, en la marca de Ancona. *(Fue hija, hermana y esposa de príncipes. Nació y murió en Baviera esclarecida en virtudes y milagros).*

SAN CESAREO, ARZOBISPO DE ARLES.

San Cesareo, una de las mayores lumbreras de la Iglesia galicana, nació el año de 469 en el territorio de Chalons, á las márgenes del rio Saona, de padres distinguidos por su antigua nobleza, pero mucho mas por su ejemplar piedad. Tomó el gusto á las cosas de Dios desde su niñez. Aun no tenia siete años, y ya se enternecia á vista de un Crucifijo ó de cualquiera imágen devota. Volvió un dia á casa medio desnudo, y sus piadosos padres quedaron gustosamente sorprendidos, cuando entendieron que habia dado parte de sus vestidos á un necesitado. Creciendo su virtud con el amor de Dios, sin dar noticia á sus padres se fué á buscar al obispo de Chalons, y le suplicó que le cortase el cabello, y que con la tonsura le concediese el hábito clerical. Estaba ya muy informado el obispo de la virtud del santo niño, y no solo le concedió todo lo que le pedia, sino que tambien le agregó al clero de su iglesia, á pesar de las oposiciones de su familia.

Pero deseoso todavía de vida mas perfecta, y distante de la vista de sus padres, tomó la resolucion de hacerse religioso en el célebre monasterio de Lerins, sito en la Provenza. No pudo emprender su fuga con tanto secreto, que su madre no la llegase á entender. Despachó al punto algunos criados tras de él, pero nunca le pudieron alcanzar. Tambien se asegura que el demonio hizo cuanto pudo para estorbar sus santos intentos. Fuéle siguiendo por mas de una legua un endemoniado, gritando con todas sus fuerzas: *Cesareo, no pases adelante: detente, Cesareo.* Fatigado el virtuoso mancebo de aquellos importunos gritos se paró; hizo la señal de la cruz en una taza

que llevaba, habiéndola llenado de agua, diósela á beber al poseido, y al punto quedó libre de tan enfadoso huésped.

Llegado á Lerins le dió el hábito de monje san Porcario, abad del monasterio. En breve tiempo se hizo admirar de todos los religiosos el fervor, la devocion y la modestia del jóven novicio. Profesó, y en viéndose ligado á la Religion con los sagrados votos, soltó las riendas á su fervor. Parecia haber nacido sin pasiones, y en fuerza de su continua mortificacion perdió el uso de los sentidos. Era perpétuo y riguroso su ayuno, gastaba en oracion y en leccion el tiempo dedicado al descanso; por su apacibilidad, por su compostura, y por su íntima union con Dios, no era conocido por otro nombre que por el del *Ángel del monasterio*. Arruinaron su salud los rigores de su penitencia, juntos á la delicadeza de su complexion. Hizo su santo Abad cuanto pudo para que la recobrase; pero viendo que nada aprovechaban los remedios, ni su paternal cuidado, juzgó que le haria mas provecho la mudanza de aires. Envióle á la ciudad de Arles á casa de un ciudadano muy conocido en ella, que se llamaba Fermin, quien con su mujer Gregoria se ejercitaba en obras de caridad con los pobres y con los religiosos enfermos. Enamorado Fermin de la extraordinaria virtud de Cesareo, le trató como á hijo suyo, cuidó de su salud con cariñoso desvelo, logró repararsela del todo, y pareciéndole que le hacia doble beneficio, le puso bajo la disciplina de Pomerio, célebre retórico, para que le perfeccionase en la elocuencia y en las letras humanas. Pedia Dios á Cesareo otro estudio mas sério y mas conforme á los designios de su divina Providencia. Así se lo manifestó en una vision, y desde entonces únicamente se dedicó al de la Religion y de la sagrada Escritura.

Visitando un dia Fermin al obispo Eona, le dijo en la conversacion que tenia hospedado en su casa á un monje de Lerins, mozo de un mérito nada vulgar. Llamóle el Prelado, hízole varias preguntas acerca de su país y de su familia; reconoció por ellas que era su pariente, y con beneplácito de su abad le detuvo en su palacio y le incorporó en la clerecía de Arles. Confirióle luego los sagrados Órdenes, y poco despues le ordenó de presbítero. La nueva dignidad le hizo mas humilde y mas mortificado. Acordándose que era religioso, quiso parecer siempre lo que era. Nunca mudó su modo de vivir. Siempre el primero á los divinos oficios, siempre mas penitente, mas caritativo y mas devoto, era para él el palacio episcopal lo mismo que el monasterio. Habia fundado uno san Honorato en el arrabal de la ciudad, y situádole en una isleta que formaba el

Ródano, llamada la Camarga. Hízole abad el obispo, y el Santo le gobernó tres años con tanto celo, con tanta prudencia, y con tanto acierto, que habiendo caido malo el Obispo de la enfermedad de que murió, deseó mucho no tener otro sucesor que á Cesareo. Muerto el Prelado, fue electo Cesareo para sucederle por unánime consentimiento. Á todos agradó la eleccion menos á él: resistióse, huyó, escondióse; pero todo fue en vano; era menester rendirse á un llamamiento de Dios tan descubierto.

Luego que Cesareo fue elevado á la silla episcopal, reconocieron todos que tenian en él un perfecto sucesor de los Apóstoles. Correspondió su celo á su eminente virtud, y á su celo el fruto de sus trabajos. Predicaba regularmente dos veces al dia, por la mañana y por la tarde, y siempre con eficacia y con maravillosa mocion. Parecia que registraba lo mas interior de los corazones, segun las vivísimas pinturas que hacia de las costumbres y de los desórdenes de su tiempo. Tenia singular talento para descubrir y para curar las enfermedades del alma. Su caridad con los pobres jamás le permitia dejar á alguno sin socorrerle: solia decir que las rentas del obispo eran la pension que la Iglesia tenia consignada para alimentos de los necesitados. Ningun pastor excedió á nuestro Santo en el cuidado de su rebaño. En toda su diócesi no hubo aldea, choza ni cabaña que no viese todos los años á su obispo, ni persona alguna que se escondiese á su vigilancia pastoral. Si manifestó su celo en reformar los abusos y desarraigar los vicios, y en restablecer la disciplina, no resplandeció menos en conservar entre sus ovejas la pureza de la fe. Combatió principalmente la herejía de los Arrianos que profesaban los godos, dueños á la sazon de la provincia. No explicó menos su celo en atacar á los Pelagianos, y especialmente á los Semipelagianos, cuyo número era el mayor. Ni su caridad se estrechaba á los límites de su diócesi. Enviaba á los reinos comarcanos muchas copias ó traslados de sermones que supliesen la falta de predicadores, y facilitasen la sana instruccion de los fieles. Tambien se aplicó á arreglar el oficio y culto divino, y á desterrar de los templos las conversaciones inútiles, las posturas indecentes, los trajes y modales desenvueltos, y, en fin, todo lo que olia á profanidad. En medio de tantos trabajos, jamás se dispensó en alguna de sus acostumbradas penitencias; y causaba admiracion como podia hacer tantas limosnas con rentas tan moderadas. Fundó hospitales así para los enfermos como para los peregrinos ó forasteros, y tambien fundó algunos monasterios.

Siendo nuestro Santo tan agradable á Dios, no le podian faltar

tribulaciones. Hallóse expuesta su paciencia á tristes y prolongadas pruebas. Reinaba á la sazon en España Alarico II, rey de los visigodos, y se extendian sus Estados á la Aquitania y á la Galia Narbonense, que comprendia el Langüedoc y gran parte de la Provenza. Aunque era arriano el Monarca, permitia á los obispos católicos que se juntasen para la conservacion de la fe, y para atender á la disciplina eclesiástica. Convocóse un concilio en la ciudad de Agda el año de 506. Presidió en él san Cesareo, á quien los obispos respetaban como á su maestro por su doctrina y por su virtud. Halláronse en este concilio treinta y cinco obispos, que hicieron setenta y un cánones de mucha importancia para la disciplina. Ordenaba el décimoctavo, que todos los fieles comulgasen tres veces al año, por Pascua, por Pentecostes, y por Navidad, añadiendo que los que faltasen á esto no serian tenidos por católicos. Era san Cesareo rígido celador y muy observante de los sagrados cánones, por lo que los hacia observar á todos con su acostumbrada exactitud. Desagradó á muchos este celo; formaron contra el Santo una especie de conjuracion, y no perdonaron medio alguno para desacreditarle, y para perderle con Alarico, forjando contra él mil calumnias. Estaba á la frente de los malcontentos Liciniano, notario de su iglesia, y acusó al Santo de que favorecia secretamente á los borgoñones. Movido de esta falsa acusacion, echó el Rey á Cesareo de su iglesia y le desterró á Burdeos. Sufrió el Santo con heróica paciencia las incomodidades de su destierro. Conocieron los de Burdeos su inocencia luego que fueron testigos de su santidad. Prendióse fuego en la ciudad, y no se halló otro medio para atajar el incendio que recurrir á las oraciones del Santo. Apenas se puso en oracion á vista de las llamas, cuando estas se apagaron. Informado Alarico del milagro y de la ejemplar paciencia con que llevaba su destierro, le restituyó á su iglesia. Fue recibido en ella con públicas demostraciones de alegría, pero no duró mucho la calma. Derrotado Alarico por Clodoveo en los llanos de Poitou, perdió con la corona la vida.

Sucedióle Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia, y luego se halló con los franceses y con los borgoñones entre los brazos, sitiando unos y otros la ciudad de Arles. Pasóse al campo de los sitiadores un eclesiástico mozo, pariente de san Cesareo, y de aquí se tomó pretexto para una nueva calumnia. Los Arrianos y los judíos que formaban el partido mas poderoso, y eran enemigos de la religion de nuestro Santo, le acusaron á los ministros del Rey de que tenia inteligencia con los franceses y los borgoñones, y trataba de entre-

garles la ciudad. Bastó esto para suponerle reo; echaron mano de él; encerráronle en una horrorosa prision, y ya se trataba de arrojarle al Ródano, cuando dichosamente se interceptó una carta de cierto judío que prometia á los sitiadores hacerles dueños de una puerta de la ciudad, como libertasen del saqueo á todos los de su nacion. Conocióse por esta casualidad la inocencia del Santo. Sacáronle del calabozo, pusiéronle en libertad, y solo se aprovechó de ella para asistir á una multitud de personas desamparadas que se refugiaron á la ciudad despues de levantado el sitio. Viendo san Cesareo que se las dejaba perecer de hambre y de miseria, despues de haber vendido todo cuanto tenia para socorrerlas, hizo fundir los vasos sagrados de oro y plata que servian al altar para pagar el rescate de los prisioneros, y para sustentar á los que estaban en peligro de morir de necesidad.

Esta generosa caridad, admirada de todos los buenos, irritó el corazon de los envidiosos, que no podian sufrir su virtud, y dió pretexto á otra nueva calumnia. Diósele á entender á Teodorico que Cesareo habia destruido y puesto pobre á su iglesia por enriquecer á los franceses y á los borgoñones, y que fomentaba siempre en los pueblos cierto espíritu de sedicion. Mandóle el Rey comparecer en Italia para responder á los cargos que se le hacian. Obedeció el Santo; pasó á Ravena y presentóse al Rey con aquella serenidad de semblante, y con aquel sosiego de corazon que inspira la buena conciencia. Bastó su presencia para disipar las impresiones del Monarca. Luego que le vió se sintió penetrado de la mayor veneracion y respeto al santo Obispo: no le permitió hablar ni una sola palabra en punto á su justificacion; colmóle de honores, hízole ricos presentes que admitió Cesareo, pero el mismo dia los empleó todos en rescatar á cuantos prisioneros de su diócesi se hallaban en Italia. No pudo menos de admirar y de publicar el mismo Rey una caridad tan asombrosa. Noticioso el papa Símaco de que san Cesareo estaba en Ravena, le quiso ver. Fue recibido del Pontífice, del clero y de los senadores de Roma con aquellos honores que solo se tributan á la virtuy y á un mérito extraordinario. Su presencia aumentó su reputacion. Concedióle Su Santidad el pálio, y permitió que los diáconos de su iglesia llevasen dalmáticas, como los de la Iglesia de Roma.

Restituido á ella san Cesareo, gozó de la paz y de la calma que le habia merecido su eminente virtud. Reedificó el monasterio que habia comenzado, y habian destruido los Arrianos con el pretexto

del sitio, dedicándole á la santísima Vírgen, á quien profesó toda la vida muy singular devocion; es aquel célebre monasterio que se llama hoy la abadía de San Cesareo. Puso en él una comunidad de religiosas, haciendo venir para gobernarla á su hermana santa Cesarea, que vivia con gran fama de santidad en un monasterio que el famoso abad Casiano habia fundado cerca de Marsella. Compúsolas una regla en que se descubre sensiblemente el espíritu del Señor, y es un compendio de la perfeccion cristiana. Observóse exactamente en el monasterio hasta que se introdujo en él la regla de san Benito. Tambien dispuso el Santo otra regla para los monjes, que fue recibida en muchos monasterios.

No fueron estas solas las obras que escribió este gran Santo. En la Coleccion de las de los Padres se hallan muchas homilías suyas, y los sábios se duelen con razon de la gran pérdida que hizo la posteridad eclesiástica en el *Tratado de la gracia y del libre albedrío*, que compuso contra Fausto, obispo de Riez. Siendo ya san Cesareo el oráculo de toda la Francia por su sabiduría y por su santidad, celebró un concilio en Arles, donde se hicieron muchos útiles reglamentos. Convocó otro en Carpentras, que presidió él mismo, y hallándose dos años despues en Orange, en compañía de muchos obispos, con ocasion de la dedicacion de la iglesia fundada por el patricio Liberio, se celebró en la misma ciudad aquel famoso concilio, cuyos veinte y cinco cánones sobre la predestinacion y la gracia fueron desde luego aprobados por el papa Bonifacio II en una epístola que dirigió á san Cesareo, como presidente que habia sido del concilio, y despues fueron adoptados por los concilios generales. Igualmente presidió en el concilio de Baison, y poco despues en el de Riez, en que fue depuesto el obispo contumelioso por su escandalosa vida. Pronunciada la sentencia del concilio, escribió nuestro Santo al papa Juan II, que la aprobó, y confirmó cuanto habia hecho contra aquel indigno prelado, que fue desterrado á un monasterio por el resto de su vida.

Restituido san Cesareo á su iglesia, conoció que Dios queria premiar sus trabajos, y que estaba cercana su muerte. No hubo dias mas llenos que los suyos. Cayó malo hácia la mitad de agosto, y todos sus pensamientos se volvieron á los gozos celestiales, de que ya le daba el Señor á gustar algunos como destellos en medio de los agudos dolores que padecia. En fin, despues de haber recibido los Sacramentos de la Iglesia con el mayor fervor, lleno de dias y de merecimientos entregó dulcemente su espíritu en manos de su

Criador el dia 27 de agosto del año 542, á los setenta y cuatro de su edad, venerándole despues todos los siglos como el verdadero modelo de un perfecto obispo. Diéronle sepultura, como lo habia deseado, en el monasterio de las religiosas que habia fundado él mismo, y que hoy tiene su nombre, aunque la iglesia, como ya se dijo, estaba dedicada á la santísima Vírgen.

SAN LICERIO, LLAMADO EN VULGAR CATALAN SAN LLEY, OBISPO Y CONFESOR.

El glorioso san Licerio se conjetura que fue francés. Desde su mas tierna edad fue puesto en estudios, y cuánto aprovechara en ellos se vió despues, puesto que por sus letras é integridad de vida llegó á ser obispo. Á su tiempo le ordenaron de sacerdote, en lo cual le quiso Nuestro Señor honrar mucho. Estando la iglesia Carinense sin pastor, fue electo Licerio obispo de ella, la cual gobernó santísimamente, atesorando grandes riquezas de bienes del cielo. No le impidió la dignidad ni las riquezas temporales el ejercicio de las virtudes, antes bien supo con estas cosas atesorar riquezas para la otra vida, con lo que llegó á tan insigne santidad, que mereció despues de muerto ser puesto en el catálogo dé los Santos. Habiendo, pues, gobernado su iglesia Carinense cuarenta y cuatro años, dió el espíritu á su Criador. Celébrase la fiesta de san Licerio tal dia como hoy en algunas partes de Cataluña, en donde le tienen mucha devocion, y muy particularmente en Villamajor ó Villamayor, territorio del Vallés, en el obispado de Barcelona, en donde hay un templo dedicado á su nombre. En el retablo de este Santo en dicho templo hay pintados muchos milagros que se hicieron por su intercesion; pero por negligencia de los escritores pasados no tenemos de él ni de ellos mas noticias de las que aquí se dejan significadas. En Lérida rezaban antiguamente de este glorioso Santo, y en lecciones de los Breviarios antiguos le llaman obispo Carinense. (*Domenech*).

SAN JULIAN, HOSPEDERO DE POBRES Y CONFESOR.

El bienaventurado san Julian fue de noble linaje y dado al ejercicio de la caza como tan propio de caballeros. Aconteció que estando un dia corriendo un ciervo, se volvió á él, y le dijo: «Tú que me per«sigues y me quieres matar, matarás á tu padre y á tu madre.» Oyendo esto Julian pasmóse, y porque no le aconteciese el caso tan de-

sastroso que le habia dicho el ciervo, dejó cuanto tenia, y se fué á tierras muy apartadas. Entre otras llegó á la corte de un gran príncipe, al cual sirvió tan bien así en palacio como en la guerra, que se le aficionó mucho, y le casó con una dama muy principal, señora de un castillo, y dióle aquel castillo en dote. En este tiempo el padre y la madre estaban muy tristes por haber perdido á su hijo, é iban buscándole por el mundo con gran solicitud. Sucedió que llegaron á las tierras de su hijo estando él ausente, y su mujer les pidió quiénes eran. Y como ellos le hubiesen dicho que eran padres de un Julian que se habia ido de su casa, y referido todo el suceso, entendió que eran padres de su marido, y como tales los recibió y agasajó lo mejor que supo y pudo. Y á fin de que pudiesen mejor descansar hízoles dormir en su propia cama, mandando aparejar cama para ella en otro aposento. Por la mañana la buena señora se fué á la iglesia dejando en la cama á sus suegros. En el entre tanto volvió Julian á su casa, y dirigióse á la cama para despertar á su mujer. Y como hallase allí á sus padres durmiendo, no pensando que fuesen ellos sino su mujer con algun adúltero que le hiciese traicion, echó mano á la espada, y matólos á entrambos. Iba á salirse de casa, cuando topó con su mujer, y pidiéndole quiénes eran aquellos que él habia hallado en su cama, respondióle que eran sus padres, los cuales le buscaban, y ella les habia recibido con mucho contento y honra, dándoles para su descanso su propia cama.

Oyendo Julian esto comenzó á llorar amarguísimamente, diciendo: «¡Oh desdichado de mí, que he muerto á mis padres dulcísimos, «aquellos que yo tanto queria! ¿Qué haré ahora, desventurado de «mí? Ahora veo que se cumplió lo que me dijo el ciervo, que por «evitarlo me alejé de la casa de mis padres, y nada ha aprovechado. «¡Oh pecador, qué haré! Hermana y señora mia dulcísima, quedad «en buena hora; porque ya no tengo de reposar hasta que Nuestro «Señor haya recibido mi penitencia y perdonado mis pecados.» Respondió su mujer entonces: «No quiera Dios os deje yo en los traba«jos; porque si os he sido compañera en la alegría y contento, tam«bien os quiero acompañar en la pena y penitencia.» Con esto los dos buenos casados se fueron de allí, y edificaron un gran hospital junto á un rio caudaloso, donde Julian pasaba á los pasajeros el rio, y recogia los pobres de Jesucristo en él, haciendo vida santísima. Sucedió que una noche de mucho frio, como reposase Julian, oyó un hombre que le llamaba, y dando voces le rogaba que le pasase el rio. Levantóse el Santo, y halló el hombre tiritando de frio, llevólo á su casa,

y encendiendo lumbre procuró que se calentase, y acostóle en su cama. Pasado poco tiempo, el que mostraba ser hombre apareció resplandeciente como un sol, y vió Julian que se subia al cielo, y le decia : «Julian, el Señor me ha enviado aquí para que te anunciase que «acepta tu penitencia. Y sepas que en breve tiempo tú y tu mujer «habeis de morir; por eso aparejaos.» Era este un Ángel enviado por el Señor. El siervo de Dios y su mujer murieron de allí á pocos dias llenos de limosnas y buenas obras, dando el espíritu en manos de su Criador. Á honra de este san Julian (como dice san Antonino) en muchas partes los caminantes acostumbran decir un Padre nuestro y una Ave María, para que Dios les dé buen camino y buena posada, y les guarde de peligros. Tiénese mucha devocion á este Santo en algunas partes de Cataluña, y en particular en la parroquia del Fou en el obispado de Barcelona, donde le tienen por su patron. Celébrase su fiesta tal dia como hoy. (*Domenech*).

SAN JOSÉ CALASANZ, CONFESOR.

San José Calasanz, uno de los mas brillantes ornamentos del clero español y uno de los mas célebres patriarcas de las Religiones que hermosean el jardin ameno de la Iglesia, nació en el dia 11 de setiembre de 1556 en la villa de Peralta de la Sal, sita en el reino de Aragon. Sus padres D. José Calasanz y D.ª María Gaston, ilustres por la calificada nobleza, pero mucho mas por sus recomendables virtudes, criaron al niño conforme á las máximas de la religion cristiana; pero su bello natural é inclinacion á la virtud facilitaron mas que todo el efecto de su buena educacion. Habíale prevenido Dios con todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los nobles designios á que le destinaba su sábia providencia. Su natural afable, dulce y benéfico; su corazon noble, dócil y generoso; el sumo horror que manifestó al pecado y natural propension á los ejercicios piadosos y devotos, que fueron los únicos entretenimientos de su niñez, hicieron conocer á sus padres el interés que tenia el cielo en aquella grande alma, que acreditó desde luego el mas ardiente celo por el honor y gloria de Dios. Entre otras muchas pruebas, á los cinco años vieron con admiracion que, tomando en sus débiles manos un cuchillo, salió al campo con generosa intrepidez, diciendo que iba á matar al demonio, porque incitaba á los hombres á que ofendiesen á Dios; por

cuya anticipada guerra con el enemigo de la salvacion maquinó este no pocas veces contra su vida.

Enviáronle sus padres á estudiar latinidad á Estadilla, pueblo tres leguas distante de Peralta; y á muy breve tiempo se concilió el amor de sus maestros y la veneracion de sus condiscípulos por la justificacion de su conducta, arreglada en un todo á las leyes del trato civil y modestia cristiana. Acompañado este porte de un deseo ambicioso de saber, hizo conocidos adelantamientos en las humanidades, retórica y poesía, y no menores en la ciencia de los Santos. Los padres quisieron aplicarle á la milicia, para que renovase en la guerra las gloriosas hazañas de sus predecesores; pero como José aspiraba á otros honores mas sólidos, ya resuelto á consagrarse al servicio de Dios enteramente, rogó á su padre le dejase seguir en la carrera de las letras. Pasó á la universidad de Lérida á estudiar filosofía; y conociendo que el tiempo de los estudios es ocasionado á resfriar el fervor, tuvo gran cuidado en prevenir este escollo con la oracion, con la frecuencia de Sacramentos, con rigurosas penitencias y con su aplicacion á obras de caridad en las horas que dejaba el estudio; de suerte, que alternando en este y en aquellos ejercicios, sin dar lugar á las diversiones de la juventud, hizo á un mismo tiempo admirables progresos tanto en la virtud como en la filosofía y derecho civil y canónico, en que recibió el grado de doctor con universal aplauso.

Deseaba José mas altos conocimientos en otras ciencias mayores, donde se consuma el ingenio, y se fecunda el entendimiento con mas elevadas ideas. Con este objeto pasó á Valencia á estudiar teología; y aunque allí no mudó un ápice de su arreglada conducta, con todo, la ciega pasion de una señora enamorada de su gallarda disposicion, de hermoso, grave y modesto semblante, le obligó por conservar su pureza, no solo á dar la prueba que el antiguo José en Egipto con la mujer de Putifar, sino otra mayor, que fue dejar aquella ciudad, trasladándose á la de Alcalá de Henares á continuar el mismo estudio. En esta universidad dió en muy breve tiempo muestras de su extraordinario talento y de su virtud eminente. Los progresos que hizo bajo el magisterio de los mas sábios maestros de aquella célebre academia se miraron con particular admiracion de los mismos preceptores y demás concolegas. Á pocos años dió públicos testimonios de un hombre consumado en filosofía, derecho civil, canónico y en la sagrada teología, en cuya facultad recibió el grado de doctor con no menor aplauso que aquel en Lérida. Pero lo mas prodigioso de este héroe fue, que ni su aplicacion á los estudios ni la diversidad de sus tareas pudie-

ron jamás resfriar su fervor, ni disminuir su devocion; reflexionando todos como un milagro visible de la gracia que una salud tan debilitada como la suya por toda suerte de maceraciones pudiese conciliar tantos ejercicios de piedad con tanto estudio. Lo cierto es que José se veia tan asistente á las escuelas como á los templos, allí haciendo honor á sus maestros, y aquí emulando á los Ángeles en el amor y respeto á Dios, sin dejar de hacer muchas conquistas espirituales en la ciudad con su celo verdaderamente apostólico.

Recibió los órdenes sagrados y la dignidad del sacerdocio de mano del obispo de Urgel, en el mes de diciembre de 1583, siendo de edad de veinte y ocho años; cuyo ministerio dispensó con aquella pureza y con aquel fervor que caben en un ministro digno del altar, siendo la edificacion de la Iglesia y del pueblo.

Informado D. Andrés Capilla, obispo de Urgel, de las relevantes prendas de Calasanz, creyéndose con superior derecho que cualquiera otro prelado para valerse de un ministro tan útil, le obligó á aceptar algunos beneficios eclesiásticos, le nombró vicario, y visitador de Tremp y de su territorio, cuyo partido abraza setecientas poblaciones con setenta y dos parroquias. Partió José á desempeñar su empleo; halló mucho que reformar en el clero, y mucho mas que corregir en el pueblo, y haciendo los oficios mas de padre que de juez, fueron las armas de que se valió para la destruccion de los abusos, la dulzura, la afabilidad, la caridad, la oracion y el ejemplo, sin usar del rigor sino contra los soberbios y protervos.

Viendo el Obispo de Urgel el grande fruto que hacia aquel insigne operario en el partido de Tremp, quiso emplear su infatigable celo en empresa mas ardua é interesante á su vasta diócesis, que se extiende dentro de los Pirineos. Los pueblos incultos y groseros de aquella comprension, cuyas gentes estaban criadas entre montes y selvas, vivian como fieras, entregados á toda clase de excesos: los sacerdotes, poseidos de la ignorancia y de la avaricia, desatendian enteramente las obligaciones de su ministerio: los párrocos, constituidos para declamar y corregir los vicios, los autorizaban con su ejemplo. En vano los obispos se oponian al cúmulo de tantos desórdenes con la repeticion de sus edictos pastorales, pues despreciando el clero á los legisladores y las leyes, hollaban cualesquiera prohibicion que se oponia á sus corrompidas costumbres.

La reforma de tanto vicio se encomendó á Calasanz en la clase de visitador, quien, luego que reconoció la dificultad de la empresa, pensó que debia dar principio con implorar la divina misericordia sobre

aquellas gentes abandonadas. Los gemidos, las oraciones, los ayunos y las mas rigurosas penitencias fueron las víctimas con que procuró hacer propicio al Omnipotente. Revestido de aquel celo santo que constituye el carácter de los varones apostólicos, se arrojó á tan ardua expedicion, sin dejar pueblo ni aldea, en la vasta extension de aquel país cási inaccesible, que no visitase personalmente á pesar de los precipicios é inminentes peligros á que expuso su vida no pocas veces. Cuando se presentaba en los pueblos, á unos amonestaba como padre, á otros enseñaba como maestro, y á otros corregia como juez, dejando, cuando se ausentaba, en todas partes sábios, cristianos y oportunos decretos, para que les sirviesen de regla. No es posible explicar los trabajos y penosas fatigas que le costó la empresa; pero en fin tuvo el consuelo de ver introducidas nuevas cristianas costumbres en aquellos pueblos, y respetadas las órdenes de sus prelados, de los que antes se hacia un total desprecio.

Concluida la visita, dió cuenta de ella al Obispo de Urgel, quien repitiendo á Dios gracias por los copiosos frutos de aquel infatigable operario, para que toda su diócesis tuviese parte en sus sábias determinaciones le eligió por vicario general del obispado, cuando solo contaba treinta y cuatro años. Aceptó José el nuevo empleo deseoso de sacrificarse en el servicio de la Iglesia, y portándose siempre igual en su justificada conducta, se aplicó á corregir los abusos, á reparar los desórdenes del clero y del pueblo, y á promover el culto divino; obrando con tanta actividad y con tanta prudencia, que en muy breve tiempo el obispado de Urgel se hizo el objeto de los mas altos elogios por el infatigable celo de su Vicario.

Las alabanzas y los aplausos con que todos celebraban su santidad, su mérito y su acierto le estimularon á dejar á España por lo mucho que ofendian á su profunda humildad semejantes aclamaciones: habia algunos meses que oia en su corazon una voz que le decia: *Vé á Roma, vé á Roma,* cuyos ecos sentia con mayor eficacia en medio del fervor de las oraciones, y cuando con mas rigor afligia su cuerpo. Agregóse á esto una vision que tuvo, en que le parecia hallarse en Roma rodeado de muchos niños, á quienes instruia en las letras y en la doctrina cristiana. Consultó el asunto con su director, y aprobada su determinacion, renunció su empleo de vicario con los beneficios eclesiásticos, excepto algunas rentas que se retuvo para piadosos destinos. Y habiendo fundado en Urgel cási á sus expensas un monte pio y otro en Peralta, arregladas todas sus cosas partió á Italia en traje de peregrino en el año 1592.

Luego que llegó á Roma, fue su primera diligencia visitar con la devocion y ternura propia de su espíritu todos los santos lugares que se veneran en aquella capital, rogando á Dios con muchas lágrimas que se dignase manifestarle su voluntad; puesto que el deseo de cumplirla le habia traido á la cabeza del orbe cristiano, haciendo la misma súplica á la santísima Vírgen, en quien despues de Dios tenia puesta toda su confianza. Habia prevenido el Obispo de Urgel el arribo de José con la mas expresiva recomendacion á su agente en Roma, el cual era confidente del cardenal Marco Antonio Colona. Pidió este á aquel que se informase de algun sujeto idóneo para teólogo suyo, y manifestándole las cartas del Prelado de Urgel, en que le hacia ver que era Calasanz una persona calificada por su nacimiento, por sus empleos, por su notoria ciencia y eminente virtud, Su Eminencia le recibió en clase de teólogo con las demostraciones de la mayor estimacion. Á poco tiempo de su trato conoció aquel purpurado que era mayor la sabiduría y la santidad de José que lo que se le habia informado, bajo cuyo supuesto fió á su cuidado los mas graves negocios de su cargo; la direccion de sus dos sobrinos, hijos del condestable Colona, á lo que se agregó la instruccion de su familia, logrando todos por la enseñanza y ejemplo de Calasanz tan conocidas ventajas, que la casa de Colona llegó á ser el objeto de admiracion de Roma, donde nuestro héroe español era tenido por uno de los mas hábiles teólogos de su tiempo, y por uno de los mayores Santos de su siglo, acreditando ambos conceptos en las comisiones mas arduas que se fiaron á su cuidado.

Habíase formado en Roma despues del santo concilio Tridentino la venerable hermandad de la Doctrina cristiana, con el objeto de enseñarla á los niños, artesanos y jornaleros en los dias de fiesta. Alistóse en ella José, y no satisfecho con practicar esta enseñanza en las festividades é iglesias destinadas á este efecto, lo hacia en los dias de trabajo en las plazas y calles de la ciudad con tan ardiente celo, que en muy breve tiempo se conoció en los pobres la utilidad de sus infatigables tareas.

Por la experiencia que adquirió el Santo en los ejercicios dichos llegó á conocer la grande necesidad que tenian los niños pobres de instruirse en las letras y en la doctrina cristiana; por cuyo defecto se veian muchos ignorantes de los principales misterios de la fe, avergonzándose ó no queriendo, cuando ya adultos, aprender lo necesario para salvarse. Lastimado su piadoso corazon con esta pena, aunque en Roma advertia que no faltaban escuelas asalariadas, no-

taba qué no habia personas que se dedicasen graciosamente por mera caridad á la enseñanza de los pobrecitos en los primeros importantes rudimentos. Persuadido que seria muy agradable á los ojos de Dios un instituto que por constitucion tuviese tan laudable objeto, empeñó toda su actividad y toda su eficacia con los cuerpos y sujetos mas poderosos de la ciudad, á fin de que contribuyesen á la ejecucion de tan noble pensamiento; pero permitió el Señor que fuesen en vano todas sus diligencias, porque reservaba para su persona tan digna como utilísima empresa. Las mociones continuas que sentia en su interior y el recuerdo de la vision dicha que tuvo en Urgel le indicaban ser esta la voluntad de Dios, en la que se confirmó en cierta ocasion que viendo una tropa de niños que con acciones y palabras descompuestas le hicieron conocer la necesidad de su proyecto, oyó resonar en su corazon, detenido á reflexionar en aquel lastimoso espectáculo, aquellas palabras del Espíritu Santo: *Á tí se ha encomendado el pobre, y tú serás la ayuda del huérfano.*

Convencido José que era aquel el fin para que Dios le trajo á la capital del orbe cristiano, se dedicó sin pérdida de tiempo á la ejecucion de la empresa. Como estaba práctico en los barrios de Roma con motivo del cargo de visitador de la Congregacion de los santos Apóstoles, conociendo que el del Transtiber era el mas numeroso de niños pobres, le consideró mas á propósito para dar principio á su proyecto. Comunicó el pensamiento á D. Antonio Brendoni, íntimo amigo, cura de Santa Dorotea, que era un venerable anciano lleno de caridad, quien no solo lo aprobó, sino que le ofreció el uso de dos piezas, prestándose á ser su compañero en ejercicio de tanto mérito; lo mismo hicieron dos sacerdotes individuos de la hermandad de la Doctrina cristiana, con cuya ayuda abrió las Escuelas pias en Santa Dorotea en el año 1597 con aprobacion y elogio del papa Clemente VIII.

El enemigo de la salvacion no podia mirar con indiferencia un establecimiento de tanta utilidad en la Iglesia; y para impedir sus progresos aplicó todos los artificios de su refinada malicia. Desanimó á muchos eclesiásticos que concurrian á la enseñanza, haciéndoles fastidioso el impertinente ministerio. Excitó á los maestros de escuela de los cuarteles de Roma á que formasen agrias quejas contra el santo Fundador; pero todas estas diabólicas astucias solo sirvieron para su mayor crédito, pues habiendo el Papa cometido el exámen de las falsas delaciones á los cardenales Baronio y Antoniani, con encargo especial de que visitasen las Escuelas pias, para que le informasen

de sus progresos, fueron tales los elogios que hicieron los dos purpurados del infatigable celo, de la caridad y de la paciencia de Calasanz, y de la utilidad de sus escuelas, que despreciando Su Santidad las calumnias, las recibió bajo su proteccion inmediatamente.

Las incesantes fatigas y continuas tareas de tan penosa enseñanza no impedian á José para que se emplease en una multitud de piadosos ejercicios, ni que omitiese sus acostumbradas devociones, ayunos y penitencias. Alistóse en las cofradías de las Llagas, en la de la santísima Trinidad, y en la del Refugio, en cuya institucion habia tenido gran parte, formando sus reglamentos con el cardenal Baronio. Tenian por objeto estos establecimientos la asistencia de los peregrinos y el socorro de toda clase de pobres necesitados, y á todos atendia la ardiente caridad de Calasanz, practicando los mismos oficios en las cárceles y en los hospitales, y en otras muchas urgencias que ocurrieron en Roma en su tiempo. Los que observaban sus pasos individualmente no acertaban á comprender cómo podia acudir á tantas obras piadosas, y á tantos encargos entre sí diferentes, lo que hizo á Mons. Boneti, promotor fiscal en el proceso de sus virtudes, formar una fuerte duda sobre la inverosimilitud de tantos ejercicios á un tiempo; pero las pruebas eran tan óbvias y ciertas, que fue cosa gloriosa para nuestro Santo la disolucion de este reparo con la contraposicion de su ardiente caridad é infatigable celo, que le tenian en un movimiento continuo de dia y de noche sin descansar un solo rato en muchas de ellas.

Sucedió en la cátedra apostólica al papa Clemente VIII en el año 1606 el cardenal Burghesi, bajo el nombre de Paulo V, tan grande protector de las Escuelas pias, que sus profesores se llamaron Paulinistas. Intentaron al principio de su pontificado los émulos de Calasanz renovar sus calumnias; pero no tuvieron otro efecto que el nombrar Su Santidad un cardenal de autoridad y reputacion para que las protegiese, manifestando en su breve de 24 de marzo de 1607 *haber sido instituidas, siendo Dios el autor*. Y para dar á José un testimonio de su estimacion quiso condecorarle con el capelo, bien que sus lágrimas y humildes ruegos pudieron alcanzar de Su Beatitud que le exonerase de la dignidad, pues su corazon, revestido de pobreza evangélica, estaba muy distante de apetecer honoríficos empleos, como lo tenia acreditado en las renuncias antecedentes de las prebendas y obispados que le ofreció en España el rey Felipe III.

Quiso el santo Fundador que se perfeccionase su establecimiento

en congregacion perpétua, y proponiendo su pensamiento á Paulo V, logró este indulto por su breve de 6 de marzo de 1717, previniendo en él Su Santidad que se llamara Congregacion Paulina de la Madre de Dios de las Escuelas pias; que la profesion se hiciese con simples votos de pobreza, caridad y obediencia; que Calasanz fuese propio prepósito general de ella durante el tiempo de su voluntad, dándole facultad para que hiciese los estatutos y reglamentos oportunos bajo la proteccion de la Santa Sede. El cardenal Justiniano, en nombre del Papa, vistió en su palacio al santo Patriarca con el hábito que eligió para su Órden; y en aquel acto se desnudó del apellido del siglo, y tomó el sobrenombre de la Madre de Dios. Hizo su profesion en el año siguiente, y dando en ella el último complemento de su renuncia á todos los bienes de la tierra, resignó en eclesiásticos pobres los beneficios que se reservó en España, y distribuyó los bienes paternos entre miserables y encarcelados, contentándose con salir de puerta en puerta á pedir limosna para mantenerse con los de su Congregacion, y para prestar á los niños los auxilios acostumbrados.

Significóle el Cardenal protector que era voluntad del Papa formase las constituciones para su Congregacion: retiróse á este fin á la casa que fundó en Narni de órden del mismo purpurado; dispúsose para ello con cuarenta dias de ejercicios espirituales para implorar la asistencia del Espíritu Santo, por cuya inspiracion escribió los mas sábios y piadosos reglamentos. Murió á la sazon Paulo V: llegó á Narni el cardenal Ludovici, arzobispo de Bolonia, que pasaba al conclave, y sabiendo que se hallaba José en aquella ciudad, como ya le conocia anteriormente, y tenia formado tan alto concepto de su eminente santidad, quiso hospedarse en su casa para disfrutar su amable conversacion. Profetizóle el Santo que seria electo sumo pontífice, y le rogó encarecidamente protegiese su Congregacion. Cumplióse el vaticinio puntualmente, tomando el Cardenal el nombre de Gregorio XV; y deseoso de dar á José una prueba auténtica de su estimacion, sobre querer condecorarle con la púrpura, para tener á su lado un Santo, de cuya dignidad se excusó con humildísimos ruegos, elevó al grado de religion su Congregacion Paulina, con supresion de esta denominacion, por su breve apostólico de 1621, concediéndola todos los indultos, gracias y privilegios que gozan las demás Religiones. Aprobó por otro de 31 de enero de 1632 con los mas altos elogios las constituciones formadas

por José; y por otro de 24 de abril del mismo año le constituyó general por espacio de nueve años, señalándole cuatro asistentes generales para el gobierno del Órden.

El nuevo carácter á que se elevaron las Escuelas pias, y las grandes utilidades que cada dia resultaban de ellas, hizo que en todas partes los sujetos de la mas alta esfera solicitasen á competencia su establecimiento. Aunque al siervo de Dios costaron tantas fatigas y tantos desvelos, quiso el Señor darle el consuelo de verlas extendidas en el Estado pontificio, en Sicilia, en el reino de Nápoles, en Venecia, en Lombardía, en Toscana, en Polonia, en el Piamonte, en Hungría, en Bohemia, y en toda la Alemania; confesando ingénuamente en una carta que escribió al P. Melchor Alanchi, que si se hallase con diez mil religiosos, los podia repartir á todos en un mes en las partes que se los pedian con grandísimas instancias.

Aunque el corazon de José se hallaba lleno de gozo, dando á Dios repetidísimas gracias por las bendiciones que echaba sobre su caritativo establecimiento, quiso el Señor purificar aquella grande alma con el fuego de la mas terrible tribulacion, y aumentar por este camino muchos grados á sus méritos. Seria necesaria una relacion dilatadísima para referir individualmente lo ocurrido en esta prueba, de la que solo darémos alguna idea. Un hijo del mismo Órden, llamado Mario Sozi, díscolo por naturaleza, uno de aquellos hombres perversos que Dios permite en el mundo para ejercicio de los buenos, desterrado de Roma por su indigno porte, supo engañar con su aparente celo en asuntos de fe de tal suerte al inquisidor de Florencia, que volviendo á Roma con la mas expresiva recomendacion de aquel ministro, fulminó tales calumnias contra su santo Padre ante el asesor del Santo Oficio, que de órden de este Calasanz fue conducido preso á la Inquisicion por las calles públicas de la ciudad, que se consternó á vista de tan inopinado suceso. Aunque José se purificó en términos, que hizo demostracion que ni aun tenia noticia de los delitos imputados, por lo que se le volvió á su casa en carroza por los mismos sitios que fue conducido como reo; con todo, logró el perseguidor con sus artificios, á pretexto de que era necesario tiempo para justificar sus delaciones, que se le suspendiese del empleo, y que se nombrase un visitador general de distinto Órden. El primero en que recayó esta comision fue el P. D. Agustin Urbandini, de la Congregacion somasca, quien no pudiendo sufrir las iniquidades de Mario, se vió en la precision de renunciar el empleo. Logró el perseguidor que se nombrase al P. Silvestre Pietrasanta,

sujeto adicto á sus perversísimas ideas; con cuyo motivo cargó su ambicion con todo el gobierno del Órden, como primer asistente. Hablábale José de rodillas con el mayor respeto; pero el pérfido hijo, despreciando la venerable persona de su santo Padre, le trataba de hipócrita, de soberbio y de embustero, hasta decirle que le haria morir en una galera. Sentian en el alma sus hijos la tribulacion del Patriarca; solo él estaba alegre porque padecia por Jesucristo, sin cuidar de su defensa; pero tomándola Dios por él, cubrió al calumniador de piés á cabeza con una tan horrible lepra, que le privó hasta de la forma humana, exhalando un hedor tan fétido, que no podian tolerarle por un brevísimo tiempo sus mismos confidentes, de cuyo mal murió desgraciadamente.

No sosegó la tempestad con la muerte de aquel infeliz: sucedióle en el empleo el P. Estéban Querubini, secuaz de sus inícuos pensamientos; quien con el visitador Pietrasanta y otros díscolos conspiraron á la destruccion de las Escuelas pias, á lo que se inclinó el papa Inocencio X, á fuerza de los falsos informes de los perseguidores. Ya se deja discurrir el sentimiento que causaria en José la degradacion de su Órden, que le costó tantos trabajos y tan penosas tareas. Sufrió como otro Job aquella desgracia, expresándose con los mismos ecos que el antiguo: *Dios lo dió, Dios lo quitó; sea el nombre de Dios bendito*. Tuvo algun consuelo al ver que todos los cuerpos políticos y eclesiásticos de Italia, con las personas de la mas alta esfera, interpusieron sus ruegos para con Inocencio, á fin de que revocase su determinacion, manifestándole las grandes utilidades que se experimentaban en todas partes con las Escuelas pias; y si no tuvieron por entonces efecto aquellas recomendables súplicas, con todo les profetizó José á sus hijos, que estaban inconsolables, que dentro de breve tiempo verian reintegrado el establecimiento en los mismos términos honoríficos á que le elevó la Santa Sede; cuyo vaticinio se cumplió á la letra en los pontificados inmediatos de Alejandro VII y Clemente IX, sucesores de Inocencio; restituyéndola el primero en el año de 1656 al grado de Paulo V, y el segundo en el de 1669 al que la sublimó Gregorio XV.

Habia ya algun tiempo que el santo Patriarca acostumbraba decir á sus hijos, cuando se condolian de sus trabajos, *esperad al agosto, y lo que Dios permitirá*. Como decia estas palabras con cierto aire de alegría, esperaban algun suceso propicio al Órden; pero el profeta hablaba de su muerte. Quiso en el dia 21 de julio ir con los piés descalzos á la iglesia de San Salvador á conseguir las muchas indul-

gencias concedidas en ella por los Sumos Pontífices. Volviendo á casa tropezó tan fuertemente en una piedra, que herido gravemente el dedo pulgar del pié derecho, señaló con su sangre toda la calle; y en una máquina tan debilitada como la suya se comunicó el dolor fácilmente. Dispertósele en principios de agosto la acostumbrada incomodidad del excesivo calor del hígado. La primera vez los médicos no hicieron mucho caso de la novedad, prometiéndose pronta curacion. Solo temieron que fuese mortal la enfermedad cuando el dolor llegó á ser tan vehemente que dió á conocer el paciente lo mucho que toleraba. Instruido con luz superior que estaba su fin próximo, se dispuso á pagar el tributo impuesto á los mortales con las preparaciones propias de un espíritu todo abrasado en el amor de Dios. Recibió los últimos Sacramentos con tanta edificacion, que movió á tiernas lágrimas á todos los concurrentes, y habiendo sufrido con indecible paciencia el exceso de sus dolores hasta el dia 25 de agosto, dando ejemplo de resignacion con la voluntad divina, fijando, ya entrada la media noche de aquel, los ojos en el cielo, levantó el brazo derecho en ademan de bendecir á sus hijos, y diciendo tres veces Jesús espiró tranquilamente en el dia dicho del año 1648, á los noventa y dos de su edad. Su rostro quedó tan apacible y tan sereno como si estuviese en un dulce sueño, y su venerable cadáver despidió un olor tan maravilloso, que nada tenia de su natural.

Cuando sus hijos llegaron á desnudarle, ocurrió con la mano derecha á cubrir la desnudez vergonzosa; y queriendo removerla para proseguir el piadoso oficio, acudió el difunto con la siniestra; enseñándoles que aun estando muerto era celoso de aquel pudor con el que toda su vida habia custodiado intacta su virginidad. Pusiéronle en el féretro, y fue tanta la multitud de concurrentes á tributarle veneracion, que no bastando las prevenciones tomadas por los religiosos, fue necesario que el Papa enviase unos soldados de su guardia. En todo el ámbito del templo no se oian otras voces que *murió el Santo*, ó aclamaciones de algun milagro, siendo muchos los que obró el Señor en confirmacion de la gloria de su fidelísimo siervo, á quien se dió sepultura en la iglesia de San Pantaleon, á puerta cerrada, con las debidas formalidades, á presencia de algunos distinguidos personajes que pudieron ser admitidos al reconocimiento del cadáver, que se vió con una prodigiosa flexibilidad.

Apenas habia pasado un año á su precioso tránsito, con aprobacion del mismo Inocencio X se comenzaron los procesos informativos sobre sus virtudes heróicas y auténticos milagros; y resultando

justificados plenamente, le declaró beato el papa Benedicto XIV en el 7 de agosto de 1748. Y despues celebró su canonizacion con magnificencia en la basílica Vaticana la Santidad de Clemente XIII en el dia 16 de julio de 1767.

La Misa es en honor de san José Calasanz, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui per sanctum Josephum confessorem tuum ad erudiendam spiritu intelligentiæ, ac pietatis juventutem, novum Ecclesiæ tuæ subsidium providere dignatus es, præsta, quæsumus, nos ejus exemplo, et intercessione ita facere, et docere, ut præmia consequamur æterna. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que por medio de san José Calasanz, tu confesor, te dignaste proveer á tu Iglesia con un nuevo subsidio, para enseñar á la juventud el espíritu de inteligencia y piedad: os rogamos nos concedas por su ejemplo é intercesion, que obremos y enseñemos de modo que consigamos los premios eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo x *del libro de la Sabiduría, pág.* 235.

REFLEXIONES.

El desprendimiento de los bienes de esta vida es tan raro como la inocencia en medio de la abundancia; y así tiene razon el Sábio para contar uno y otro en el número de las mayores maravillas. Ser rico, y no colocar su corazon en los tesoros; ser rico, y poner límites á la codicia; ser rico, y moderar los placeres, y vivir con aquel ejemplo que manda Jesucristo á todos los fieles, es una gran maravilla, así por la dificultad de la empresa, como por ser cosa mas rara. Si el Evangelio ha de ser la regla de las costumbres, como es preciso lo sea en todos los profesores de la religion cristiana, no hay condicion mas digna de lástima que la de los opulentos. Dura parecerá esta filosofía á muchas personas, mas por eso no dejará de ser la filosofía del Evangelio: en la opulencia todo es lazos, todo tentacion, todo estorbos: el camino de la perdicion está tan lleno de escollos, el crímen está tan disfrazado y tan aplaudido, que es muy dificultoso cautelarse. Por otra parte esta dificultad no disminuye la culpa; solo aumenta la obligacion en que están los ricos de hacerse una continua violencia. ¡Oh mi Dios, qué prueba mas evidente de que se salvarán pocos ricos! Su mayor recurso consistia en la limosna; pues es el único secreto que se les puede enseñar para salir del peligro. Las manos de los pobres son las únicas que los pueden sacar de tantos riesgos, y guiarlos con seguridad en medio de tantos precipicios. ¡Qué desgracia la suya si

no se valen de estos auxilios y de estas guias! Bienaventurado el rico que conservó la inocencia, y no se dejó llevar de las riquezas; cuya prueba es una de las mayores, porque fácilmente pudo vivir mal, y vivió bien, hacer maldades, y no las hizo. No es menester mas para mover á Dios á colmarle de prosperidad y de abundancia. Ved aquí la causa por que dice el Sábio que en toda la Iglesia del Señor se celebrarán sus limosnas, y se sabrá que debe la continuacion de beneficios y gracias á su liberalidad. ¡Qué desgraciados serán los ricos que haciendo estas reflexiones no sean mas caritativos!

El Evangelio es del capítulo XVIII *de san Mateo.*

In illo tempore: Accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Quis putas, major est in regno cœlorum? Et advocans Jesus parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit.

En aquel tiempo: Se llegaron los discípulos á Jesús, diciendo: ¿Quién piensas que es mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús á un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, este es el mayor en el reino de los cielos. Y el que recibiere un niño tal en mi nombre, á mí recibe.

MEDITACION.

Sobre la educacion de los niños.

Punto primero.—Considera que la buena educacion de los niños es á un mismo tiempo una de las mas estrechas obligaciones que tienen todos aquellos á quienes Dios ha constituido en el grado de superiores, y uno de los manantiales mas copiosos de la felicidad de la Religion y del Estado.

San Pablo, escribiendo á los de Corinto (*Epist. I, c.* III) les dice que habia procurado su instruccion dándoles la leche de la doctrina evangélica, y considerándolos como á niños en la religion del Crucificado. Estaban los corintios recientemente engendrados en Jesucristo por medio de la gracia del Bautismo. Consideraba el santo Apóstol que de las primeras instituciones que en aquel tierno estado les diese pendia la buena ó mala conducta de todo el resto de su vida; y así procuraba instruirlos llenando sus corazones de máximas saludables para que creciesen con ellos, y se fuesen robuste-

ciendo á proporcion que su edad se fuese haciendo mayor y mas madura. El mismo Jesucristo manifestó á sus Apóstoles el cuidado y esmero que se debia poner en la crianza de los niños, cuando juzgando ellos que no convenia á la dignidad y autoridad del Salvador ocuparse en cosas tan mínimas, el divino Maestro los reprendió blandamente, é hizo que los niños se llegasen á él, los tomó en sus brazos, los acarició y enseñó, diciendo que *de ellos era el reino de los cielos*. Siguiendo esta doctrina el Padre san Jerónimo, ocupaba toda la ciencia y experiencia de su venerable ancianidad en criar y educar á la niña Paula; y escribiendo á Leta, dice estas notables palabras: *Si me enviares á Paula, prometo ser su ayo y su maestro. La llevaré en mis brazos, la enseñaré á formar con los tiernos labios las balbucientes palabras; y en esto mismo me tendré por mas glorioso que el filósofo Aristóteles en ser preceptor del rey de Macedonia. Él enseñaba á un hombre soberbio, á un rey cruel, que habia de perecer con el veneno de Babilonia; pero yo enseñaré y criaré á una sierva y esposa de Jesucristo, que ha de ser ofrecida al reino de los cielos por eterna compañera de los Ángeles.*

Si los santos Padres, los Apóstoles y el mismo Jesucristo miran con tanto esmero la educacion de los niños, ¿con qué ojos deberán mirarla aquellos á quienes la divina Providencia ha puesto en este mundo en el grado de superiores? ¿Qué cuidado, qué delicadeza no debe ser la suya en advertir las palabras que les dicen, y las acciones que les presentan? Los corazones de los niños son como de una blanda cera, y la materia mas proporcionada para recibir todo género de impresiones. Cuanto oyen y cuanto ven, otro tanto se queda grabado en sus tiernas almas, con tanta profundidad, que en vano se emplean las reflexiones é instrucciones de la edad madura para borrar las preocupaciones ó máximas erradas que recibieron en la infancia. Por otra parte, los niños tienen un derecho de justicia á que los mayores en edad no perdonen trabajo, cuidado ni cautela que pueda ceder en su beneficio. Ellos se encuentran destituidos de todos los medios con que pudieran precaverse del mal. La experiencia no ha podido abrirles los ojos para que vean la enorme diferencia que hay entre la verdad y la mentira, entre lo malo y lo bueno. Están destituidos de las luces de la sabiduría con que pudieran distinguir los caractéres de la virtud, y las líneas horrorosas con que se representa el vicio. Su corazon, enteramente desnudo de todos los hábitos, abraza cualquiera sin la menor repugnancia, porque ignora sus consecuencias. La prudencia no ha po-

dido todavía dirigir sus acciones, ni darle aquella astuta sagacidad con que enseña á entresacar lo útil de lo dañoso. Un niño, pues, se halla como una tabla rasa en donde se puede dibujar una figura perfecta, ó un mónstruo; como un árbol naciente que se le puede dirigir derecho ó torcido; como un hombre inerme que está á la discrecion de lo que quieran hacer de él; como un objeto, en fin, acreedor á todos los cuidados, á todos los esmeros de sus semejantes para ser verdaderamente feliz. Estas consideraciones deben hacer en todos el efecto de procurar por su parte no escandalizar á los niños con las acciones ni con las palabras. Todo hombre que ha llegado á usar de su razon debe considerarse, cuando trata con los niños, como maestro que les ha destinado la misma naturaleza. Si á esto se llegan los conocimientos sobrenaturales, y las obligaciones mútuas que nos impone la caridad, resulta que la educacion de los niños es una obligacion cási universal, y de las mas grandes que tienen sobre sí todos los hombres. Considera, ó cristiano, todas estas verdades, y vuelve despues los ojos á la conducta que hasta ahora has tenido.

Punto segundo.—Considera que el descuido de la educacion y enseñanza de los niños es frecuentemente orígen de la mayor parte de los daños que se ven en la sociedad humana, y que muchos de ellos son trascendentales á la Religion.

El profeta Isaías tratando de la destruccion de Jerusalen, y señalando las causas que habian de ocasionarla, exclamaba diciendo: *¿En dónde está el maestro de los niños?* Sin embargo de que los hebreos eran tan escrupulosos en la conservacion de su ley, que para que se fijase en los corazones procuraban imprimirla en los niños desde la infancia, presentándoles á los ojos imágenes de su religion, en tiempo de Isaías habia llegado á ser tal el descuido en esta materia, que se queja el Profeta de él, y vaticina que de allí nacerian todos los males y calamidades que habian de oprimir á Jerusalen. Esta doctrina y esta persuasion, que eran verdaderas en el tiempo de Isaías, no lo son menos en nuestros tiempos. *El corazon de los niños*, dice Quintiliano (Lib. 1 Inst. c. 1), *no solamente es blando para recibir las impresiones, y se presta como la cera al sello, sino que además es tenacísimo de lo que recibe; y así como la vasija conserva siempre el olor del licor primero que tuvo, y la lana blanca el primer color de que fue teñida, de la misma manera el corazon del hombre conserva por toda la vida los resábios de las instituciones pri-*

meras que en él se depositaron. Con él crecen, y con el tiempo van adquiriendo mayores fuerzas para explicarse en aquellas acciones que son propias de sus principios.

Un niño que oye continuamente á sus padres la palabra obscena, el juramento, la maldicion, la mentira, ¿cómo es posible que en llegando á una edad adulta no sea un deshonesto, un maldiciente, un falsario y un perjuro? Un niño que ve en sus padres falta de respeto á las cosas sagradas, que no los ve emplearse en ejercicios de piedad, sino que antes por el contrario les oye muchas veces sacrílegas murmuraciones contra los puntos mas sagrados de la Religion, ¿cómo es posible que con el tiempo no sea un mal cristiano, un hombre indevoto y un impío? Y si por desgracia se llega á esto el oir aquellas necias calumnias en que suelen precipitarse los hombres, censurando no solamente las acciones de sus hermanos, sino tal vez las disposiciones de los magistrados, y los santos designios de aquellos que hacen las veces de Dios en la tierra, ¿qué se puede esperar sino que al daño deplorable de malos cristianos junten el defecto horroroso de ciudadanos y vasallos pérfidos? Tú, padre de familias, que lloras y te lamentas de los extravíos de tu hijo y de las disipaciones de su juventud corrompida, vuelve los ojos á tí mismo, y hallarás la causa funesta en los malos ejemplos que le has dado en tu persona. ¿Con qué razon, con qué justicia puede pretender una madre de familias que sus hijas adornen su hermosura con los preciosos atavíos de la honestidad y de la modestia, cuando ella misma está hecha un ejemplar de lujo y una piedra de escándalo para todos cuantos la miran? Si sus hijas están mirando tan de cerca las máximas de corrupcion y de profanidad, ¿será posible que dejen de contaminarse sus tiernos corazones? El Espíritu Santo dice *que todo aquel que toca la pez será manchado de ella*. En consecuencia de esto se puede decir que todas las malas costumbres, todos los corrompidos ejemplos, y todos los graves delitos que se advierten en el mundo son una consecuencia natural del descuido con que se mira la enseñanza de los niños, y de las impresiones que hacen en su tierno corazon las obras de sus padres y de aquellos que los rodean.

JACULATORIAS.—Señor, todas nuestras inclinaciones, todo el peso de nuestro corazon, nos llevan al mal desde los años mas tiernos. (*Genes*. VIII).

Los que guiaren santamente á sus hermanos dirigiéndolos á la jus-

ticia resplandecerán eternamente como las brillantes estrellas del cielo. (*Dan.* XII).

PROPÓSITOS.

1 La caridad y la justicia nos obligan de comun acuerdo á evitar los daños á nuestro prójimo, y á suministrarle todos los medios de su mayor aprovechamiento. Esto mismo debe hacer que los padres de familias pongan el mayor esmero en dar á sus hijos, especialmente cuando son niños, instrucciones y consejos saludables. No basta enseñarles los primeros rudimentos de la doctrina cristiana y aquellas oraciones comunes con que se ejercita la Religion. Las máximas morales, que son las que forman el hombre virtuoso, deben ir embebidas en las obras. Los niños no tienen capacidad para recibir instrucciones especulativas sobre la Religion y las costumbres. Se llevan mas bien de lo que ven sus ojos que de lo que oyen sus oidos; y así logra mayor efecto en ellos un buen ejemplo que muchos buenos discursos. Por tanto, en su educacion se debe atender á la probidad de sus maestros, y de todos aquellos con quienes tratan. Un criado vicioso, una ama poco virtuosa, unos concurrentes chocarreros, deshonestos ó disipados, son causa suficiente para hacer la perdicion de tu hijo. Entre las mismas diversiones de la niñez suelen ocultarse los fomentos de la corrupcion. Tal vez se celebran por gracias los que son verdaderamente delitos y semillas de grandes males para la edad futura. La palabra atrevida, el enojo importuno, los gestos altaneros, el desprecio de la criada, la accion insultante, la risa que se burla de los concurrentes, suelen ser en los niños otras tantas gracias que celebran sus padres, y de que quedan muy ufanos solicitando aplauso de los amigos y parientes. Pero todo esto es á la verdad una manifestacion de las semillas de maldad que quedaron en nuestro corazon de resultas del pecado del primer hombre. Deben, pues, estos excesos, aunque pequeños, ser corregidos con gracia, y evitarse con discrecion sus perniciosas consecuencias. Unas veces deberán los premios alentar y estimular á los niños á las acciones virtuosas; y otras les retraerá un moderado y discreto castigo. Pero siempre se ha de tener presente que si las fieras indómitas se amansan y domestican con la maña, con el buen trato y la dulzura, con mucha mas razon debe esperarse esto de la nobleza del hombre. Sobre todo no olvides jamás que para los niños es irresistible la fuerza del buen ejemplo.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

La muerte gloriosa de san Agustin, obispo y doctor de la Iglesia, en Hipona la Real en África; el cual convertido á la fe católica, y bautizado por san Ambrosio, la defendió con maravillosa constancia contra los Maniqueos y otros herejes; y despues de haber trabajado mucho por el bien de la Iglesia, voló al cielo á gozar del eterno premio. Sus reliquias fueron sacadas de su ciudad por causa de los bárbaros, y llevadas primero á Cerdeña, y despues por Luítprando, rey de los longobardos, á Pavía, en donde se custodian con singular veneracion. *(Véase su vida en las de hoy).*

El martirio de san Ermeto, varon ilustre, en Roma; el cual, segun se lee en las actas del papa san Alejandro, primero fue puesto en una cárcel, y despues degollado con otros muchos por decreto del juez Aureliano.

El martirio de san Julian, mártir, en Brionde en Auvernia; el cual siendo compañero de san Ferreolo *(ó Ferríol)* tribuno, como en traje de soldado sirviese ocultamente á Jesucristo en la persecucion de Diocleciano, fue preso por los otros soldados, y luego padeció una muerte muy cruel, siéndole cortada á pedazos la garganta. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Pelagio, mártir, en Constanza en Francia: el cual imperando Numeriano, por decreto del juez Evilasio alcanzó la corona de mártir.

Los santos mártires Fortunato, Cayo y Anthes, en Salerno, degollados en tiempo del emperador Diocleciano y del procónsul Leoncio.

San Alejandro, obispo, en Constantinopla, anciano esclarecido, por cuya oracion Arrio, condenado ya en el juicio de Dios, reventó por los ijares, y le salieron las entrañas.

San Viviano, obispo y confesor, en Santonges en Francia. *(Era el pasmo de su tiempo por el especial don de milagros con que el Señor le favoreció, por lo cual fue llamado el* Milagrero).

San Moisés, etíope, que de ladron famoso vino á ser esclarecido anacoreta; convirtió á muchos ladrones, reduciéndolos á ser monjes, y los llevó consigo al monasterio.

SAN JULIAN, MÁRTIR DE ALVERNIA.

El bienaventurado san Julian fue natural de la ciudad de Viena, en Francia, y de noble linaje. Tenia entonces en aquella ciudad san Ferriol amigo suyo oficio de tribuno; pero ejercitábalo de suerte que no dejaba por eso de emplearse mucho en el servicio de Dios, y holgaba tener en su compañía al bienaventurado san Julian, por verle siervo fidelísimo del Señor. Entendiendo san Ferriol la gran persecucion que amenazaba á los cristianos de la ciudad de Viena, indujo á san

Julian á que se fuese. Llegó en efecto la persecucion; y aunque Julian deseaba padecer el martirio, dejó sus padres y sus bienes, y fuese á la provincia de Alvernia, no por miedo á la muerte, sino porque léjos de su tierra mas fácilmente alcanzase la corona apetecida; porque temia que sus padres, con el amor que le tenian, no se lo disuadiesen. Llegó á un lugar llamado Beja, en el cual los gentiles hacian gran fiesta á sus ídolos; y como entendiese por revelacion, que sus contrarios iban tras él para prenderle, rogó á una viuda que le escondiese para no ser hallado. Hízolo así la buena mujer, la cual tenia su casa no muy léjos del lugar donde los gentiles hacian la fiesta á sus dioses. Vinieron, pues, ellos, y la preguntaron por aquel hombre que habia recibido en su casa. Como la viuda negase haberle visto, ni saber de él, salió Julian del lugar donde estaba escondido, diciendo: «Yo soy á quien buscais; haced lo que os mandan vuestros «príncipes, que no quiero tanto esta miserable vida, que me estorbe «desear infinito trocarla en otra en que pueda gozar de la dulce pre«sencia de mi Señor Jesucristo.» Dicho esto, luego aquellos infernales ministros le cortaron la cabeza, y su santa alma voló al descanso de la bienaventuranza eterna. Acudieron ciertos hombres ancianos con mucha devocion á dar sepultura á su santo cuerpo, en los cuales mostró Dios tan grande milagro, que se hallaron remozados en un punto, recobrando sus fuerzas como cuando eran mozos.

Fue su martirio tal dia como hoy, cerca de los años del Señor 298, imperando en Roma Diocleciano. El bienaventurado san Ferriol tomó la cabeza de este bendito Mártir, y como despues fuese tambien martirizado, pusieron su sagrado cuerpo y la cabeza de san Julian en un mismo sepulcro.

En el lugar donde martirizaron á san Julian hay una fuente clara y de regaladas aguas, en la cual los gentiles lavaron su santa cabeza, y su divina Majestad por honra del bendito Mártir hace en aquella grandes milagros: porque allí cobran vista muchos ciegos; los que padecen de tercianas ó cuartanas, cuando están en el ardor de la calentura, si van á beber de ella, hallan remedio, y de la misma suerte otros enfermos. Y como volase la fama de los milagros y maravillas que obraba Dios en los hombres por la intercesion del bienaventurado mártir san Julian, acudian á su sepulcro muchos, donde alcanzaban grandes mercedes del Señor. De suerte que en aquel lugar, y en otros, hace Dios por él grandes prodigios, de los cuales recitarémos aquí algunos, porque recitarlos todos seria nunca acabar.

Un enfermo baldado de todos sus miembros fue puesto en un car-

ro, y llevado á la iglesia del Mártir, y estando en la noche delante la dicha iglesia, la vió muy resplandeciente, y oyó en ella voces de cantores como si fueran de muchos hombres. Mientras tanto el enfermo hacia oracion á Dios espantado del resplandor que habia visto, pasó delante de sus ojos la luz, y desapareciéndole, se halló sano y bueno, como si tal no tuviera.

Un ciego acompañado de su guia vino al altar de San Julian, donde tocando con sus ojos la cubierta del arca de las santas reliquias cobró vista. Y tambien los endemoniados tocados con la dicha cubierta curan.

Estuvo colgada encima del altar del Santo una cruz de alquimia hecha con tanta perfeccion, que parecia de oro purísimo, y viniendo los bárbaros en aquella provincia, uno de ellos pensó que era de oro y robóla. Pero castigóle Dios tanto, que al momento se halló pesadísimo, de tal suerte que no lo podia sufrir en manera alguna, el cual haciendo luego penitencia de su pecado, la restituyó.

Estando una noche en su cama el diácono de aquella santa iglesia, sintió un ruido en ella, como que le abrian las puertas; y escuchando con atencion lo que podria ser, parecióle despues de largo rato que las volvian á cerrar. Levantóse luego, y acudió con su luz al sepulcro de san Julian, y vió que todo el suelo estaba cubierto de hermosísimas rosas, mucho mas grandes que las ordinarias, y de mas suave olor y fragancia, y tan frescas como si entonces las acabasen de coger. Tomólas el buen sacerdote con gran reverencia, y recogiólas en lugar decente.

Á este santo Mártir tienen mucha devocion en algunas partes de Cataluña, y especialmente en la iglesia parroquial de Vallfogona, donde le tienen por patron. (*Domenech*).

SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Agustin, ornamento del órden episcopal, uno de los mas brillantes astros del orbe cristiano, y tan sobresaliente entre los santos Doctores de la Iglesia, nació en Tagaste, ciudad de Numidia en África, el dia 15 de noviembre del año 354. Fue de honrada familia; y aunque Patricio su padre no era todavía cristiano, pero su madre santa Mónica ganó tanto el corazon de su marido con su mansedumbre, con su sufrimiento, con su paciencia y con su virtud, que bastó á ablandar con sus lágrimas, no solamente el corazon de su marido Patricio, que al fin murió católico, sino el de su mismo hijo, que endu-

recido con una vida licenciosa, y entumecido con una vana sabiduría, se hacia mas insensible á los consejos y persuasiones santas con que su madre le combatia. Siendo muchacho tuvo un tan récio dolor de estómago, que le puso en términos de perder la vida. (*Lib.* 1 *Confes. cap.* 11). Deseó entonces y pidió ardientemente el Bautismo; pero habiéndose mejorado, su piadosa madre juzgó mas acertado dilatárselo, porque preveia que el genio vivo y demasiadamente fogoso de Agustin no tardaria en ponerle en términos de manchar su alma, y de arrastrarle á vicios feos que afrentarian el augusto carácter de cristiano. Así sucedió; «pues á los diez y seis años, levantándose los «vapores del cenagal de su concupiscencia (*lib.* 2 *Confes. cap.* 2), de «tal modo oscurecieron su espíritu, que sin discernir entre la dulzura «del amor casto y el desasosiego del impuro, arrebataron su edad «flaca, precipitándola en mil deseos desordenados, y en un piélago «de inmundicias. Procuraba el Señor apartarle de ellas misericor«diosamente, acibarando todos sus ilícitos gustos para que buscase «deleites cumplidos sin mezcla de amargura; pero sordo con el rui«do de la cadena de su inmoralidad que llevaba siempre arrastran«do, dejó que tomase entero dominio de su alma la concupiscencia, «rindiéndose sin reserva á sus fragilidades.»

Á esto se llegó que habiendo interrumpido los estudios que hacia en Madaura, estuvo ocioso; y como la ociosidad es madre de todos los vicios, crecieron estos en el corazon de Agustin, fomentados de las malas compañías de otros jóvenes que le incitaban al mal, y á quienes por mera vanidad queria competir en los desórdenes. «Avergon«zábase Agustin de no ser tan desvergonzado como otros amigos su«yos; porque cuando estos se jactaban de sus maldades, y con tanta «mas gloria cuanto mas feas y abominables eran, sentia no haberlas «hecho él tambien, para recibir elogios y alabanzas entre aquellos «jóvenes disolutos. Sucedia por esto que, cuando Agustin no tenia «algun delito verdadero con que poder igualarse á otros compañe«ros suyos mucho mas viciosos, fingia haberle cometido, deseando «que no le tuviesen en menos por su inocencia, ni le juzgasen por «despreciable y abatido por ser mas casto.» (*Lib.* 2 *Confes. cap.* 3). Crecieron tanto las espinas de su incontinencia, que llegaron enteramente á poseer su corazon. Patricio, que á la sazon no era mas que catecúmeno, y tenia en órden á su hijo miras demasiadamente carnales, pasaba por todos sus defectos; pero Mónica sentia íntimamente sus extravíos, como que los contemplaba por los mayores impedimentos que podia tener su hijo para conseguir la verdad. Por tanto le lla-

maba á solas, le hablaba al corazon, le hacia conocer sus errados pasos, le persuadia á enmendarlos, y acompañaba la solidez de sus razonamientos con la fuerza imponderable de sus lágrimas. Todo esto era en aquel tiempo para Agustin un ruido estéril, un trabajo sin fruto; porque además de que las pasiones mandaban despóticamente en su alma, miraba las persuasiones y consejos de su madre como faltos de todo el apoyo que la especiosa sabiduría impone á los preocupados con su autoridad, mas que con sólidos raciocinios, y despreciaba las amonestaciones de una madre cariñosa, discreta y piadosísima, solamente porque eran amonestaciones de una mujer. (*Lib.* 2 *Confes. cap.* 3).

Siendo de diez y siete años le enviaron sus padres á que continuase los estudios en Cartago, en donde al mismo tiempo continuó tambien los extravíos de sus costumbres; pues al año siguiente trabó una comunicacion tan estrecha y vergonzosa con una mujer, que de ella tuvo un hijo llamado Adeodato, cuyo ingenio alaba el Santo con expresiones encarecidas. Adormecido algun tanto el vicio de la incontinencia con la hartura que lograba en la amistad ilícita, tomaron el ascendiente sobre su corazon otras pasiones tal vez mas peligrosas. Era Agustin de un ingenio sumamente vivo y penetrante. Nada se resistia á su comprension; y lo vasto de su talento, juntamente con una aplicacion infatigable, le hacian dueño fácilmente de cuantas facultades emprendia. Pero lo que le habia de estimular á reconocer los dones de Dios, y á darle humildes gracias, eso mismo fue lo que él convirtió en motivo de vanidades y de soberbia. Vestíase con elegancia, picándose de parecer galan y cortesano. (*Lib.*3, *cap.* 1). Frecuentaba los teatros, en donde veia las imágenes de sus miserias representadas al vivo, y aunque fingidas, unas veces le sacaban las lágrimas á los ojos, y otras encendian mas el fuego libidinoso en que estaba miserablemente ardiendo. (*Lib.* 3, *cap.* 2). En este estado quiso Dios dar algunas aldabadas á las puertas de su alma por medio de los mismos libros y estudios en que Agustin bebia su vanidad. Leyó el Hortensio de Ciceron, en donde encontró aquel saludable aviso que da san Pablo á los colosenses (*Colos.* II, 8), diciendo: *Estad en vela para que ninguno os engañe por la filosofía vana y falaz, fundada en doctrina de hombres, apoyada en los principios del mundo, y no segun Cristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad.* (*Lib.* 3 *Confes. cap.* 4). «Este libró trocó todos sus afectos, y «le trocó de manera, que le hizo pedir á Dios ardientemente que in«fundiese en su alma diversos deseos de los que antes la poseian.

«Despreció las esperanzas que antes le atormentaban, y su corazon «solo anhelaba por conseguir la sabiduría inmortal. Comenzó Agustin «á levantarse para volver al Señor; porque no leia aquel libro para «ejercicio de la elocuencia, sino para aficionarse y seguir las buenas «máximas que enseñaba. Lo que mas encendia el ardor de sus de-«seos era que allí no se le exhortaba á seguir esta ó aquella secta de «filósofos, sino á buscar y amar la sabiduría como ella es en sí mis-«ma. Sola una cosa le desagradó en aquel libro, y templó aquellos «deseos felices, y fue el no encontrar en él el nombre de Jesucristo «que habia mamado con la leche, y conservaba íntimamente grabado «en su corazon desde su infancia, en tanto grado, que todo lo que «estuviese escrito sin este nombre le causaba desagrado, aunque tu-«viese todos los atractivos de la erudicion, de la elocuencia, y aun «de la verdad.»

Para perfeccionar la obra comenzada por el Hortensio, determinó Agustin dedicarse á leer las sagradas Escrituras, y ver qué cosa eran; pero este afecto de curiosidad, incompatible con el espíritu humilde á que está reservada la inteligencia de aquellos divinos escritos, puso un velo á su entendimiento; y así no solamente se quedó sin entender los soberanos misterios que llevan á la vida bienaventurada, sino que la humildad de su estilo, que juzgaba sumamente inferior al de Ciceron, le causó fastidio. Por otra parte habia llegado á apoderarse de su alma una vanidad y soberbia tan finas en materia de literatura, que no podia concebir que fuesen escritos apreciables y sublimes aquellos que no se sujetaban á su inteligencia. (*Lib.* 3, *cap.* 5). En esta turbacion y revolucion de afectos tuvo la desgracia de encontrar con los Maniqueos, gente locuaz, carnal, hipócrita y extravagante, quienes le convidaron con la consecucion de la verdad, y le arrastraron á la profesion de su doctrina. Enseñaban que habia dos principios de donde se originaban todas las cosas, uno bueno, y otro malo; que la luna y el sol eran dos naves en que volvian á su principio las partículas de sustancia que se purificaban por medio de la contrariedad de elementos; que las virtudes habitaban en estos dos astros transformadas en varones; aborrecian el matrimonio; pero en su lugar usaban de comercios ilícitos nefandos, en que abusaban torpemente de las cosas mas sagradas. Negaban que Cristo hubiese tomado carne verdadera, y que hubiese venido para hacer con su resurreccion que nuestros cuerpos fuesen alguna vez glorificados. En cada hombre ponian dos almas, una buena y otra mala: una de donde nacian los actos virtuosos, y otra de donde tomaban su orígen los vicios; pero ambas enseñaban que

se volvian á resolver en materia al tiempo de la muerte. Á este tenor multiplicaban los Maniqueos sus dogmas y sus delirios; pero sus promesas eran espcciosísimas, capaces de engañar á cualquiera, y mucho mas á un jóven que deseaba la verdad. (*Aug. De utilitate cred. cap.* 1). Se jáctaban de ser ellos solos en donde se podia encontrar esta preciosa joya, lo cual persuadian con grande aparato de elocuencia y de palabras. Y como no se les caia de la boca el nombre de la *verdad, y en sus lenguas ocultaban los lazos del demonio* (*lib.* 3 *Confes. cap.* 6) *bajo de unas palabras en que ponian una liga confeccionada con el nombre de Jesucristo y del Espíritu Santo,* no solamente lograron que Agustin fuese sectario de sus errores, sino que hizo caer en ellos á su protector Romaniano, y á sus amigos Honorato y Alipio.

Luego que santa Mónica supo que su hijo se habia hecho maniqueo, se entristeció de manera, que no habia para ella consuelo en todo lo criado. Lloraba inconsolable dia y noche, pidiendo á Dios la conversion de Agustin, y esto con tanta copia de lágrimas, que en donde quiera que se ponia á hacer oracion, dejaba humedecida con ellas la tierra. (*Lib.* 3 *Confes. cap.* 11). No consentia que su hijo viviese con ella en su casa, ni que se sentase á su mesa, detestando hasta este punto los errores y blasfemias que nuevamente habia adoptado, y esta demostracion de desamor la duró hasta que tuvo un sueño maravilloso en que la manifestó Dios que su hijo se convertiria. El sueño sucedió de esta manera: Soñó que estaba puesta de piés sobre una regla de madera (*lib.* 3 *Confes. cap.* 11), y que un jóven muy gallardo, viéndola tan afligida, la preguntó cuál era la causa de su afliccion y de las lágrimas que derramaba. La Santa le respondió que la perdicion de su hijo Agustin. Entonces el jóven la mandó mirar con atencion la regla, y reflexionar que donde estaba ella tambien estaba Agustin. Miró la piadosa madre, y vió que en la misma regla estaba ella, y junto á ella tambien su hijo. Consolada con esta vision, fué á contársela á Agustin, esperando que causaria en él el efecto deseado; pero el ingenioso mancebo interpretó la vision muy al contrario, diciendo: *que aquello queria decir, que donde él estaba, allí estaria su madre haciéndose maniquea.* Mucho pesar recibió Mónica con esta respuesta ilusoria; pero oponiendo ingenio á ingenio, y sutileza á sutileza, le replicó: *No, hijo mio, no es eso lo que significa la vision, sino lo contrario; porque á mí no se me ha dicho: donde él está, allí estarás tú; sino donde tú estás, allí estará él.* Esta respuesta viva é ingeniosa hizo mas mella en Agustin que la vision misma; pero sin embargo perseveró todavía en sus errores por

espacio de nueve años, revolcándose en sus tinieblas, al paso que su madre, mas alegre con las esperanzas infundidas por la celestial vision, no cesaba de pedir á Dios su conversion, derramando continuas lágrimas en sus fervorosas oraciones. (*Lib.* 3 *Confes. cap.* 11).

En este intermedio tuvo santa Mónica otra respuesta y misterioso aviso de que su hijo habia de abjurar la secta maniquea. Solicitó la Santa de un venerable obispo que disputase con Agustin hasta convencerle de sus errores; pero el prudente prelado la disuadió, asegurándola que estaba todavía incapaz de admitir la doctrina católica: *que le dejase en su error por algun tiempo, sin hacer mas diligencias que rogar á Dios por él; pues estaba seguro de que continuando en estudiar y leer, llegaria á persuadirse por sí mismo de la enormidad de los errores maniqueos.* Confirmó esto mismo con su ejemplo, pues siendo niño, su madre, á quien los Maniqueos habian engañado, le hizo participante de sus impiedades y desvaríos: habia estudiado todos sus libros, y aun los habia copiado de propia mano; pero sus reflexiones creciendo con la edad y el estudio, llegó á conocer por sí mismo cuán abominable era aquella secta, y así la habia abandonado. No se aquietó con todo eso Mónica; antes bien, confiando que nadie mejor podria disuadir á su hijo que aquel que tan íntimamente conocia la falsedad de la secta maniquea, le instó con súplicas y rogó con lágrimas que disputase con él, y le convenciese. Cansado entonces el obispo de sus importunaciones, la dijo: *Déjame, mujer, así Dios te salve; que es imposible que un hijo de esas lágrimas se pierda.* Estas palabras fueron para Mónica como un oráculo venido del cielo, y de allí adelante mezclaba ya sus lágrimas con la consolacion de aquella profecía, que para ella en este concepto eran tenidas las palabras de aquel venerable obispo. (*Lib.* 3 *Confes. cap.* 12).

«Desde los diez y nueve años hasta los veinte y ocho vivió Agus-«tin engañado, y engañando á otros, ya enseñando las artes liberales, «ya bajo el pretexto de religion, siendo unas veces soberbio, otras «supersticioso, y siempre vano. Por una parte seguia el humo del «aura popular, pretendiendo llevarse siempre la gloria respecto de «sus competidores, ya en los versos que hacia para los teatros, ya en «las locuras de los espectáculos, y ya en la destemplanza de los ape-«titos. Por otra, queriendo purificarse de todas estas manchas, lle-«vaba de comer á los que entre los Maniqueos se llamaban *escogidos*, «para que en la oficina de sus estómagos le fabricasen ángeles y dio-«ses que le librasen de sus pecados.» (*Lib.* 4, *cap.* 1). Sumergido Agustin en un piélago de miserias, quiso Dios darle otro aviso, y

alargarle nuevamente su mano misericordiosa para que saliese de ellas. Explicando retórica en Tagaste, trabó, ó, por mejor decir, confirmó la amistad que desde niño habia tenido con un jóven paisano suyo. Este, todavía catecúmeno, seguia la verdadera fe de Jesucristo; pero pudieron tanto con él la amistad y las persuasiones de Agustin, que le obligó á abandonarla y hacerse maniqueo. Sobrevínole una enfermedad peligrosa, de la cual murió; Agustin, todo consternado de sentimiento, no se apartaba de su cabecera, consolándole con su conversacion y con su presencia. En un parasismo que le acometió, acompañado de un sudor mortal, le administraron el sacramento del Bautismo. Luego que volvió en sí comenzó Agustin á hablarle, burlándose del Bautismo que le habian dado á su amigo, y esperando que le serian gratas sus burlas; pero sucedió muy al contrario, pues el enfermo le manifestó tanto horror como si fuese su mayor enemigo, y le amonestó que si queria ser amigo suyo no le hablase de aquella manera indigna de una cosa tan sagrada. Quedó Agustin turbado con esta respuesta, y mucho mas con la repentina mutacion y persuasion de donde se originaba: persuasion y mutacion que le valieron á aquel hombre venturoso una eternidad de gloria, habiendo muerto á muy poco tiempo de haber sido reengendrado en Jesucristo. (*Lib. 4 Confes. cap. 4*).

«La pérdida de este amigo llenó á Agustin el corazon de tinieblas, «en tanto grado, que en cuanto miraban sus ojos no veian sino la mis«ma muerte. Su patria le servia de suplicio, y la casa de sus padres «de una morada de infelicidad y desventura. (*Lib. 4, cap. 4*). Traia «su alma como despedazada, ensangrentada é impaciente de habitar «ya en el cuerpo. No encontraba descanso en los bosques amenos, ni «en los juegos y cánticos, ni en los jardines olorosos, ni en los es«pléndidos banquetes, ni en los lechos floridos rodeados del amor y «sus deleites, ni últimamente en los libros y poesía, que era el man«jar mas sabroso para su alma. Todo le causaba horror hasta la mis«ma luz; y así determinó volver á Cartago, como lo hizo.» (*Lib. 4 Confes. cap. 7*). Con la compañía de nuevos amigos y la asistencia á los teatros olvidó fácilmente aquella muerte que tanto dolor le habia causado. Pudo ya con tranquilidad dedicarse á los estudios, y así escribió los libros de *lo hermoso y conveniente*, que dedicó á un famoso orador romano, llamado Hierio, á quien únicamente conocia por su fama. Siendo ya de veinte y nueve años sucedió que vino á Cartago un obispo maniqueo, llamado Fausto, que engañaba á muchos con la suavidad de sus palabras. Hablaba en público, te-

niendo á todos suspensos, aun al mismo Agustin, que como los demás alababa y admiraba su elocuencia. Como este obispo era uno de los mas sábios que tenia la secta de los Maniqueos, pensó nuestro jóven que en él hallaria la luz de la verdad por que tanto anhelaba su corazon. Oia atentamente sus discursos; pero en ellos no encontraba mas que un gran follaje de palabras y ninguna sustancia de verdades. Acercóse mas á él, tratóle de materias científicas, propúsole sus dudas; pero encontró con un hombre vacío enteramente de las ciencias, que pretendia soberbiamente que se le creyese sobre su palabra como á un Espíritu Santo; y últimamente, incapaz por confesion suya de disputar con Agustin, y mucho mas de aclarar sus dificultades manifestándole la verdad, que era lo que buscaba. (*Lib.* 5 *Confes. cap.* 3, 5 *y* 6). Este desengaño le hizo despreciar en su interior los errores de los Maniqueos, y cási abandonar su secta; y el deseo de encontrar la verdadera Religion, juntamente con las persuasiones de sus amigos, le inspiraron el proyecto de pasar á Roma, como lo ejecutó, engañando á su madre, y dejándola á la orilla del mar sumergida en lágrimas. (*Lib.* 5, *cap.* 8).

Luego que llegó á Roma cayó enfermo de una enfermedad peligrosa, que le puso á las puertas de la muerte; pero ni se acordó siquiera de pedir el Bautismo de Jesucristo, persuadido á que el cuerpo que los judíos crucificaron no habia sido mas que un fantasma. (*Lib.* 5, *cap.* 9). Perseveró algun tiempo en aquella ciudad, unas veces tratando con los Maniqueos, de cuya secta era el huésped de la casa donde estaba, otras inclinándose á dudar de todo con los Académicos, y otras oyendo y consultando á los Católicos, para ver si podia alcanzar la verdadera inteligencia de los Libros sagrados y de sus misterios. Habia presenciado en África algunas disputas que tuvo Helpido con los Maniqueos, y habia visto que estos no podian desatar las razones que les proponia, ni dar salida é interpretacion á los textos de la Escritura que les alegaba. (*Lib.* 5, *cap.* 11). Esto mismo le hacia desear ardientemente encontrar con algun varon católico piadoso y sábio á quien oir, y de quien ser instruido: y Dios, que por caminos desusados y secretos iba disponiendo en Agustin un Doctor y un Padre de su Iglesia, hizo que pidiendo los magistrados de Milan á Símaco, prefecto de Roma, que les enviase un maestro de retórica, pusiese este los ojos en el vacilante jóven, á instancias de los mismos Maniqueos. De este modo se verificó que pasase á Milan, que visitase á san Ambrosio, que este santo Prelado le recibiese con la mayor benignidad, y que en sus sermones y discursos al pueblo

escondiese la gracia aquel poderoso anzuelo con que Agustin habia de ser sacado de las aguas amargas del siglo, para ser manjar delicioso á los hambrientos de sabiduría.

Al principio oia al santo Obispo por sola curiosidad, y por ver si eran su ciencia y mérito iguales á su fama; pero como al mismo tiempo no podía menos de percibir toda la fuerza que tiene la verdad por sí misma, iba persuadiéndose poco á poco á que las doctrinas de los católicos podian defenderse muy bien, y llegó enteramente á abandonar el maniqueismo. (*Lib.* 5, *cap.* 14). Determinó, pues, permanecer en estado de catecúmeno, mientras no descubriese con certeza cuál era la religion y doctrina que debia seguir, para alcanzar aquella vida dichosa que tanto suspiraba. Por este tiempo, que era ya el treinta de su edad, vino á Milan en busca suya, y mucho mas de su salud eterna, la piadosa Mónica. Díjola como ya no era maniqueo, ni tampoco católico cristiano; y la prudente madre, que conoció que la verdad iba venciendo á su hijo por grados, se alegró con modestia, y multiplicó nuevamente sus oraciones y sus lágrimas, esperando firmemente que Dios habia de concluir la obra comenzada. (*Lib.* 6, *cap.* 1). Asistia Agustin á los sermones de san Ambrosio, y los oia con sumo cuidado, y su entendimiento se iba ilustrando poco á poco, de manera que de cada vez le parecia mas racional la doctrina del Evangelio. Los muchos cuidados y ocupaciones del santo Obispo no le permitian tratar con él, y comunicarle sus dudas con aquel espacio que ellas necesitaban para disolverse. Iba á su casa; pero se contentaba con verle estudiar, y le miraba como un varon respetable, lleno de piedad y de sabiduría, de que rebosaban sus pláticas, que por lo comun contenian puntos que no parecian sino destinados á labrar la conversion de Agustin. La mayor dificultad de este consistia en el sacrificio que debia hacer de sus luces en obsequio de la fe. Parecíale sumamente repugnante y dificultoso haber de dar crédito á cosas y misterios sobrenaturales, que exceden la capacidad del entendimiento humano. «Pero meditando consigo mismo cuantas «cosas creia sin haberlas visto, como son una multitud de hechos «que refieren las historias, la existencia de tantos pueblos, y la no«ticia misma de que Patricio y Mónica eran sus padres, vino á con«cluir que para conocer la verdad era necesaria la autoridad de las «sagradas Escrituras; y comenzó á creer que de ningun modo hu«biera Dios dado tanta autoridad en todo el mundo á aquellos li«bros, si no fuese su voluntad que le creyesen por ellos, y por ellos «le buscasen.» (*Lib.* 6, *cap.* 5).

Sin embargo de todo esto, como su alma ardia en deseos de honores, de riquezas y de los deleites sensuales, estaba presa con unas cadenas de hierro que le impedian dar pasos mas acelerados hácia la verdad. Consultaba continuamente con su amigo Alipio, y con cuantos conocia que podian iluminar de algun modo sus tinieblas; estudiaba incesantemente con perjuicio de sus intereses; oia con gusto las persuasiones de su santa madre; pero nada bastaba á contrastar el peso que hacian en su alma por una parte el deseo de ver la verdad con evidencia, y por otra las vivas pasiones que la tenian dominada. Por este tiempo fué á Roma, en donde con la compañía de Alipio, que gustaba demasiado de los espectáculos sangrientos, tuvo ocasion de ejercitarse algo en la mansedumbre cristiana, disuadiéndole de asistir á los juegos del circo, cubierto siempre de horrores y de sangre. Permaneció allí algun tiempo, hasta que, volviendo á Milan en compañía de Alipio, encontró allí á Nebridio, su paisano, que habia dejado su patria, sus haciendas y su madre por buscar la verdad, agitado de dudas poco diferentes de las que inquietaban el alma de nuestro jóven. Estos tres amigos trataban en sus conversaciones de aquella materia que tenia sin sosiego sus almas. Deseaban una vida quieta y tranquila, libre de todos los vaivenes de la inconstante fortuna, y segura de una felicidad verdadera que no estuviese sujeta al tiempo ni á sus mudanzas. No encontraban este bien ni en las ciencias, ni en las diversiones, ni en los banquetes, ni en el favor y amistad de personas poderosas; pues todo esto tenian, y con todo se reputaban por infelices. Principalmente Agustin se hallaba tan vencido del amor, que le parecia imposible poder vivir sin la compañía de una mujer. Su madre, que conocia bien su pasion, trató de casarle, y aun le buscó una graciosa jóven para esposa, arrancando de su lado aquella que habia venido cebando su cariño desde África. (*Lib.* 6, *cap.* 6, 7, 8, 10, 13).

Entre tanto, abrumado con las inquietudes y molestias de la vida, é indeciso en el partido que podia tomar en las crueles dudas que devoraban su alma, trató con sus amigos sobre huir del bullicio de las gentes á vivir en un ocio tranquilo. Dispuso que de los bienes de todos, que serian como unos diez compañeros, se hiciese una masa comun de donde se proveyese á las necesidades de todos. Que se nombrasen anualmente dos como administradores que cuidasen de las cosas temporales, y los demás viviesen quietos tratando solamente de las ciencias y del espíritu. Ya estaban para poner en ejecucion un proyecto tan semejante á la vida monástica, y arre-

glado á los consejos del Evangelio; pero acordándose despues de que por ser algunos de ellos casados deberian tener mujeres en su compañía, conocieron que todo lo proyectado era imposible, y así volvió Agustin á sus antiguos gemidos é inquietudes. (*Lib.* 6, *c.* 14). Enredóse nuevamente con los amores ilícitos de otra mujer; porque como le habian quitado aquella de quien tenia un hijo, por juzgar que podia ser de impedimento al matrimonio proyectado, y este no podia efectuarse por no tener todavía la esposa la edad competente, no pudo resistir los ímpetus de la incontinencia. (*Lib.* 6, *cap.* 15). Así iba sumergiéndose en un abismo de delitos, y multiplicando los lazos de su perdicion; pero el misericordioso Dios nunca le perdia de vista, ni dejó su corazon tan desnudo de sentimientos saludables, que no conservase siempre en sí mismo el agudo cuchillo de los remordimientos. «En medio de la multitud de opiniones que si- «guió Agustin en todas las materias, nunca llegó á dudar que des- «pues de la muerte le quedaba otra vida á nuestra alma, ni que «habia de ser la suerte de los buenos y de los malos extremamente «diversa. Esta persuasion le habia hecho mirar con desprecio el sis- «tema de Epicuro, á quien sin este defecto hubiera concedido la «palma entre todos los filósofos. Por tanto, en medio de sus torpe- «zas y extravíos, siempre le atormentaba el miedo de la muerte, y «del juicio que ha de hacer Dios de las obras buenas ó malas; y «este mismo miedo era un estímulo continuo que le impelia á salir «del abismo de los deleites carnales en que estaba encenagado.» (*Lib.* 6, *cap.* 16).

Ya iba acercándose el tiempo en que la gracia habia de triunfar de todas las dudas y perplejidades de Agustin, y en que sujetas á la razon las pasiones, habia de poner la virtud un trono estable en el mismo corazon en que habia reinado el vicio. Esta operacion en un hombre tan sábio, que no se movia sino por principios, se habia de hacer por medio de la ilustracion de su entendimiento, como basa segura para mover dulcemente su voluntad. Así dispuso Dios que viniesen á sus manos los libros de Platon, traducidos del griego por Victorino filósofo, en los cuales encontró muchas verdades de aquellas mas difíciles que la religion cristiana manda creer sin investigarlas. Tales fueron la generacion eterna del Verbo (*Joan.* 1), *que era en el principio, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo; que Dios Verbo no nació de la carne, ni de la sangre, ni por voluntad de varon, ni de la carne, sino que nació de Dios:* que el Hijo es igual sustancialmente al Padre; que es ante todos los tiempos, y sobre to-

dos los tiempos coeterno con su Padre Dios ; y últimamente, *que la gloria* (*Rom.* I, 21), *debida solamente á Dios incorruptible, estaba trasladada y atribuida á los ídolos y vanos simulacros, hechos á manera y semejanza del hombre corruptible, y de aves, de cuadrúpedos y de serpientes.* (*Lib.* 7, *cap.* 9). Con esta leccion convirtió Agustin hácia sí mismo sus reflexiones; y estando en ellas, vió sobre su entendimiento y sobre su alma misma una luz inconmutable superior á todas las cosas criadas. Sus rayos fueron tan claros, y al mismo tiempo tan activos, que deslumbrado Agustin no pudo resistir tanta vehemencia. Estremecióse de amor y espanto, y halló que estaba muy léjos de Dios, y parecióle que oia su voz, que le decia: Yo soy comida de los que son grandes: crece, y entonces te serviré de manjar; pero no me convertirás en tu sustancia como los otros alimentos de que se sustenta tu cuerpo, sino que tú te convertirás en mí. (*Lib* 7, *cap.* 10).

Con esta luz y vision celestial quedó Agustin tan enseñado, que llegó á creer *la existencia de aquella verdad, que se ve y conoce por las criaturas* (*Rom.* I, 20), esto es, de Dios, con mas firmeza que creia su propia existencia. Leyó despues las epístolas de san Pablo, y se iban apoderando de su corazon las sublimes verdades del Evangelio, al paso que iba conociendo cuánta diferencia hay de la doctrina eterna y verdadera de Dios á la de los filósofos hinchados con una sabiduría vana, tan débil como los principios terrenos sobre que está fundada. Los libros de Platon, aunque le habian enseñado algunas verdades, le habian hecho mas soberbio; al contrario, los sagrados ilustraron su entendimiento, y le infundieron un espíritu de humildad para buscar la verdad por el camino que es la verdad misma. (*Lib.* 7, *cap.* 20, 21). Todo cuanto habia leido en san Pablo, se le habia quedado impreso en el alma. Hallábase como sitiado por todas partes, cierto ya de la vida eterna y de todas las verdades que deseaba, sin otra necesidad que de la constancia y firmeza en lo que habia aprendido. Pero acerca del género de vida que habia de emprender tenia muchas dudas, y aunque le agradaba el camino que habia de tomar, que era el mismo Salvador, estaba tibio y perezoso para pasar lo que este camino tiene de estrecho. Para desvanecer estos obstáculos determinó ir á verse con Simpliciano, varon santísimo, y recibir de él unos consejos que el mismo san Ambrosio veneraba, y recibia como de un padre que lo habia sido de su fe, dándole el Bautismo. (*Lib.* 8, *cap.* 2).

Propúsole sus dudas, manifestóle su corazon, hízole patentes las

llagas de su alma, contándole muy por menor los grados por donde habia llegado al estado en que se hallaba, y las dificultades que á la sazon le oprimian. Díjole como habia leido los libros de Platon traducidos por el filósofo y orador romano Victorino, y las verdades que en ellos habia encontrado. Alegróse el santo anciano, y le dió el parabien de haber encontrado con aquel filósofo griego antes que con otro; porque en sus obras á cada paso y de todos modos se insinúa y da á conocer Dios y su divino Verbo. Despues le refirió la conversion maravillosa de aquel grande filósofo Victorino, á quien san Simpliciano habia tratado muy familiarmente en Roma. «Como «aquel doctísimo anciano, y sapientísimo en todas las ciencias y «artes liberales, que habia leido tantas obras de filósofos, y las ha«bia criticado é ilustrado; que habia sido maestro de tantos nobles «senadores; que por la excelencia de su sabiduría mereció que se «le erigiese una estatua en la plaza pública de Roma, que es lo mas «glorioso que hay para los ciudadanos de este mundo; que hasta «aquella edad tan avanzada habia adorado y venerado á los ídolos, «sin exceptuar los mónstruos que Roma habia tomado de Egipto; «que, finalmente, tantos años habia defendido estas idolatrías con su «elocuencia y con su fama, no se avergonzó en su ancianidad de hu«millarse como un párvulo, para recibir el sello de siervo de Jesu«cristo, y renacer con el Bautismo, sujetando su cuello al yugo del «Evangelio, y sellando su frente con la cruz que antes tenia por «oprobio.» (*Lib.* 8, *cap.* 2).

Esta relacion de Simpliciano hizo en Agustin todo el efecto que se habia propuesto. Admiró el esfuerzo con que un hombre de sus circunstancias habia atropellado por todos los obstáculos del mundo, abandonando su reputacion, sus amigos, que eran muchos y poderosos, y hasta su profesion; pues el emperador Juliano prohibió que los Cristianos enseñasen las letras humanas y retórica. Encendióse en deseos de hacer lo mismo que habia hecho Victorino; pero las fuerzas no eran iguales, y por esto atribuia á fortuna de aquel filósofo la conversion que tanto ruido habia hecho, mas que á fortaleza y virtud del convertido. La verdad era, que «Agustin estaba ata«do con cadenas mas fuertes que de hierro. El comun enemigo do«minaba despóticamente en su voluntad, de la cual habia hecho una «cadena con que le tenia preso. Porque pervertida la voluntad na«ció el apetito desordenado: este con la continuacion produjo la cos«tumbre; y la costumbre sin freno pasó á necesidad y naturaleza. «De estos eslabones se formaba la cadena que tenia á Agustin en

«una dura servidumbre. Las verdades del Evangelio, la vida cris-«tiana y las divinas promesas le agradaban, pero sin acabar de ven-«cerle; y los gustos de la carne y sangre le deleitaban de modo que «le ataban, sin dejarle libertad bastante para acabar de abandonar-«los.» (*Lib.* 8, *cap.* 5). Parecíale que Dios hablaba interiormente á su alma, diciéndole aquello del Apóstol (*Ephes.* v, 14): *Levántate de ese profundo sueño: sal de entre los muertos, y te iluminará Cristo;* pero tibio y perezoso le respondió: *Ahora; de aquí á un instante; déjame otro ratito;* palabras que denotaban lo asida que estaba su alma al sueño peligroso de la culpable vida.

Al paso que se multiplicaban los golpes con que la gracia de Dios combatia el corazon endurecido de Agustin, crecian en este las congojas, los suspiros y los deseos de acabar de resolverse; y cuando apenas habia acabado de sufrir un golpe, ya Dios le tenia otro preparado; porque le queria hacer su siervo y columna de su Iglesia. Un dia que estaba en su casa con Alipio, vino á visitarle un paisano suyo llamado Ponticiano, hombre muy principal, empleado en el palacio del Emperador. Vió por casualidad sobre una mesa de juego las epístolas de san Pablo: sorprendióse de ver un tal libro en poder de Agustin, y como era fiel y verdadero cristiano, le dió la enhorabuena. Despues comenzó á hablarles de san Antonio y de su admirable vida; de los muchos monjes que vivian virtuosamente recogidos en monasterios, y de otros mas penitentes y retirados que habitaban en los desiertos. Además de esto les contó la maravillosa conversion de dos amigos suyos, que se hicieron anacoretas en Tréveris, dejando el palacio del Emperador á quien servian, y dos amables doncellas con quienes tenian contraidos esponsales, por seguir á Jesucristo, y servirle retirados en un desierto. Y últimamente les dijo el valor con que las dos esposas, oyendo la resolucion de sus esposos, imitaron su ejemplo, y consagraron á Dios su virginidad. (*Lib.* 8, *cap.* 6). Todas estas cosas hicieron en Agustin una sensacion vivísima, y cada una de ellas le era un espejo en que veia su flaqueza para horrorizarse de sí mismo. Despachó Ponticiano el negocio á que habia venido, y se despidió dejando anegado á su amigo en un mar de congojas.

Entonces todo turbado y fuera de sí, se volvió hácia Alipio, y con una especie de descompostura enérgica exclamó diciendo: *¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿qué es lo que nos sucede? Levántanse los ignorantes, y se apoderan del cielo; y nosotros con nuestras doctrinas, sin juicio ni cordura, ¿nos estamos revolcando en el cieno de la carne y*

sangre? ¿Acaso tenemos vergüenza de seguirlos porque van delante de nosotros, y no tendrémos vergüenza siquiera de no seguirlos? Dijo otras cosas semejantes arrebatado de la interior congoja de su alma. Alipio le miraba silencioso, advirtiendo en el color encendido de sus mejillas, en lo exaltado de los ojos y en el tono irregular de la voz, la furiosa tormenta que sucedia dentro de su corazon. En este estado, retiróse Agustin á un huerto que habia en su casa, y Alipio le siguió sin hablarle jamás una palabra. Sentáronse en lo mas retirado, y Agustin bramaba enfurecido é irritado contra sí mismo, reprendiéndose la tardanza en ir á abrazarse con Dios. Arrancábase los cabellos; dábase palmadas en la frente; cruzaba las manos, y se apretaba las rodillas, y hacia otros extremos y contorsiones con todos los miembros de su cuerpo, que causaban á un mismo tiempo admiracion, horror y lástima. Decia en su interior: *Ea, hágase al instante: ahora mismo se han de romper estos lazos.* Iba ya á ejecutarlo; pero sus amistades antiguas se le representaban de pronto, y como tirándole de la ropa, parece que le decian en voz baja: *Pues qué, Agustin, ¿nos quieres abandonar? ¿que desde este instante no estarémos ya contigo para siempre jamás? ¿que desde este instante no te será ya lícito esto y aquello para siempre jamás? ¿piensas que te será posible vivir sin estas cosas en que tanto deleite tiene tu alma?*

Luego se le representaba la amable continencia con un rostro sereno, majestuoso y alegre, y le halagaba honestamente, convidándole á que se llegase á donde estaba, y desechase los temores que le detenian. Extendíale sus piadosos brazos para recibirle en su seno, lleno de multitud de continentes, con cuyo ejemplo le alentaba. Allí le manifestaba innumerables personas de todas edades, sexos y condiciones: allí habia multitud de mozos y de doncellas, de jóvenes y de ancianos, de viudas venerables y de vírgenes delicadas. Y la continencia con una graciosa sonrisa como que le decia: *Pues qué, ¿no podrás tú lo que pueden todos estos y estas? Por ventura lo que estos y estas pueden, ¿lo pueden por sus propias fuerzas, ó por las que la gracia de su Dios y Señor les ha comunicado? Su Dios y Señor les dió la continencia; pues yo soy dádiva suya. ¿Para qué confias en tus propias fuerzas, si esas no pueden sostenerte, ni darte firmeza alguna? Arrójate con confianza en los brazos del Señor, y no temas, que no se apartará de tí para dejarte caer. Arrójate seguro y confiado, que él te recibirá en sus brazos, y te sanará de tus llagas.* Avergonzábase Agustin oyendo estas reconvenciones, de que le tuviesen preso todavía los lazos débiles de los deleites antiguos, y entonces la continencia vol-

vió á decirle: *Hazte sordo á las voces inmundas de tu concupiscencia, que de ese modo quedará amortiguada; y si te promete deleites, sabe que no pueden compararse con los que hallarás en la ley de tu Dios y Señor*. Alipio veia en Agustin unos movimientos extraños, una inquietud que parecia frenética; pero aunque adivinaba la lucha interior que pasaba en su espíritu, no quiso interrumpirla, sino esperar su fin con paciencia y silencio. (*Lib.* 8, *cap.* 11).

Con estas profundas reflexiones se conmovió hasta lo mas oculto y escondido que habia en el fondo del corazon del vacilante jóven; y junta toda su miseria, se elevó como si fuera una nube espesa, y se le puso delante de los ojos de su alma: sentia en lo interior una amargura que le comprimia el corazon, y como si fuera una gran lluvia, querian salir las lágrimas por los ojos. Para derramarlas libremente y dar rienda suelta á su dolor se levantó de donde estaba, ahogando su voz los sollozos y gemidos. Conoció Alipio que queria estar solo para poder llorar con libertad, y así le dejó ir solo á donde quisiese. Fue Agustin anegado en amargura, y se echó debajo de una higuera sin saber de qué manera ni en qué postura. Allí comenzó á derramar gran copia de lágrimas, que parecian dos rios que salian de sus ojos, y hablando con Dios, con razones interrumpidas, le decia: *Y Vos, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo habeis de mostraros enojado? No os acordeis, Señor, de mis maldades antiguas*. Conocia Agustin que eran sus pecados los que le tenian preso, y así con lastimosas voces decia á gritos: *¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que yo diga mañana, mañana? ¿Por qué no ha de ser ahora desde este mismo instante el poner fin á todas mis maldades?* Al decir esto lloraba Agustin inconsolablemente con amarguísima contricion de su alma, cuando en medio de sus sollozos hé aquí que llega á sus oidos una voz delicada como de un niño ó niña, que cantaba y repetia muchas veces estas palabras: *Toma y lee, toma y lee.*

Turbóse mas Agustin, mudó de semblante: la admiracion y el cuidado tomaron el lugar que antes tenian las lágrimas y la amargura. Púsose á considerar si tenian los muchachos algun juego en el cual usasen de aquellas voces, y no acordándose haberlas oido jamás, se levantó de donde estaba, firmemente persuadido á que aquella voz habia sido voz del cielo, en que se le mandaba que tomase las epístolas de san Pablo, y leyese lo primero que se le presentase. Volvió al sitio donde habia dejado á Alipio, porque allí habia dejado tambien las epístolas de san Pablo: tomó en sus manos el libro, le abrió, y leyó lo primero que se presentó á sus ojos, que eran estas pala-

bras: *No en banquetes ni en embriagueces; no en disolucion y deshonestidades; no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo; y no os cuideis de satisfacer los apetitos del cuerpo.* (Paul. ad Rom. XIII). No quiso Agustin leer mas, ni fue necesario; pues luego que acabó de leer esta sentencia del Apóstol, se disiparon todas las nubes y dudas que ofuscaban su alma por medio de un rayo de luz clarísima que la llenó de celestiales resplandores. Convirtióse, pues, Agustin á su Dios: comunicó su determinacion á Alipio que, aunque algo débil todavía en la fe, se unió á su resolucion y buen propósito; y ambos juntos se entraron en el cuarto de santa Mónica, quien oyendo por menor las misericordias que el Señor habia derramado sobre su hijo, no cabia en sí de gozo, especialmente cuando oyó á su hijo Agustin que ya no pensaba en casarse, sino en la soledad y el retiro: enviaba afectuosísimas bendiciones al cielo, derramando ahora mas lágrimas de alegría que solia antes de amargura por la conversion de su hijo. (*Lib.* 8, *cap.* 12).

Para disponerse mejor á recibir el santo Bautismo, se retiró Agustin á una casa de campo poco distante de Milan, en compañía de su madre, de su hijo Adeodato, y de su amigo Alipio. En este retiro compuso el libro *contra los Académicos*, el tratado *de la vida feliz*, el *de la inmortalidad del alma*, el del *órden de la Providencia*, y los *Soliloquios*. Pasaba cási la mitad de la noche meditando las verdades de la Religion; continuaba sus oraciones hasta muy entrado el dia, y encontraba en los Salmos un gusto muy exquisito. Escribió á san Ambrosio, que habia manifestado á santa Mónica su singularísimo gozo por aquella conversion, dándole cuenta de la disposicion en que se hallaba, y pidiéndole sus instrucciones para prevenirse al sagrado Bautismo. Al principio de la Cuaresma del año 387 se restituyó á Milan, y en fin fue bautizado por san Ambrosio el Sábado Santo en compañía de su hijo Adeodato y de su grande amigo Alipio. Dícese que en aquella solemnísima funcion compusieron entre san Ambrosio y san Agustin el himno ó el cántico: *Te Deum laudamus*... en accion de gracias por una conversion que colmaba de gozo á toda la Iglesia, y era una insigne victoria contra todo el infierno.

Contaba treinta y tres años san Agustin cuando fue bautizado. Elevado por el Bautismo á la dignidad de hijo de Dios, resolvió conservarla toda la vida con la pureza de costumbres y con el arreglo de toda su conducta; pero considerando que el bullicio del mundo podia servir de estorbo á sus intentos, tomó el partido de retirarse, y resolvió buscar en el África aquel lugar que le pareciese mas á

propósito para llorar sus pecados. Partió de Milan en compañía de su madre y de su hijo, y se detuvo en el puerto de Ostia esperando embarcacion. Aquí perdió á su querida madre santa Mónica, y no pudo negar sus tiernas lágrimas á la muerte de aquella que tantas habia derramado por él en el discurso de su vida. Concluidos los funerales de su santa madre, pasó á Roma con ánimo de detenerse algun tiempo en aquella ciudad, y todo le empleó en solicitar la conversion de los Maniqueos. No pudiendo sufrir el descaro con que se jactaban de su imaginaria continencia, para curarlos, y para reducirlos á la fe, compuso entonces los dos libros *de las costumbres de la Iglesia católica*, y *de las costumbres de los Maniqueos;* y poco despues el tratado *del libre albedrío contra los mismos herejes.*

Habiéndose detenido en Roma de quince á diez y seis meses, se embarcó en Ostia, y aportó al África hácia el fin del invierno del año 389. Retiróse á una casa de campo con algunos amigos suyos, y por espacio de tres años se entregó enteramente á ejercicios de devocion y de rigurosa penitencia. Ocupábase dia y noche en oracion, y en el estudio de la Religion y de la sagrada Escritura. Ayunaba todos los dias con extremado rigor, y maceraba su carne con grandes y continuas penitencias. En aquel santo retiro compuso los dos libros sobre el *Génesis*, y el que intituló *el maestro*, que es un admirable diálogo con su hijo Adeodato, á quien perdió poco tiempo despues durante el mismo retiro, cuyo último fruto fue el libro *de la verdadera Religion*, una de las obras mas excelentes de aquel gran hombre.

Contaba Agustin cási tres años en las piadosas delicias, sosiego y gusto de aquella amable soledad, cuando le obligó á salir de ella la fama de su eminente virtud y de su rara sabiduría. Cierto gran señor de la ciudad de Hipona, una de las principales de la Numidia, gran cristiano, y grande amigo de nuestro Santo, le instó para que pasase á verle. Consintió Agustin en este viaje por la esperanza de ganar á aquel señor, y de reducirle á que aumentase el número de su pequeña comunidad. Hallándose en Hipona el obispo de aquella ciudad, llamado Valerio, propuso al pueblo la necesidad que aquella iglesia tenia de un presbítero virtuoso y sábio que ayudase al mismo Obispo en las funciones de su ministerio episcopal. Como los vecinos tenian tan conocida la virtud y la sabiduría de Agustin, no quisieron otro; pero era menester sorprenderle, porque le sobresaltaba hasta la sombra de toda dignidad. Entró un dia en la iglesia á tiempo que estaban juntos todos los fieles, y al instante echaron mano de él: y sin dar oidos, ni á sus lágrimas, ni á sus ruegos,

ni á sus razones, todos á una voz comenzaron á clamar que le ordenasen de presbítero. El obispo Valerio, que estaba ya de acuerdo, hizo menos caso que todos de los elocuentes argumentos esforzados por su humildad y por su ingenio, con que le fue preciso rendirse; y habiendo recibido los demás órdenes sacros, el mismo Obispo le ordenó de presbítero. Lo mas que pudo capitular fue que le habian de hacer donacion de una huerta de la iglesia para fundar en aquel sitio un monasterio. Luego que se acabó la fábrica, concurrieron á llenarla gran número de sujetos excelentes, para los cuales compuso el Santo su regla. Era en ellos extrema la pobreza, el ayuno y el silencio continuo, la oracion poco interrumpida. Y esta es aquella admirable regla que fue como fecunda madre de tantas familias religiosas, y lo es el dia de hoy de una de las mas ilustres y de las mas santas que adornan la santa Iglesia. Aunque todavía no se acostumbraba en la de África que predicasen los presbíteros, siendo este ministerio propio y privativo del pastor, no dudó Valerio dispensar esta costumbre en favor de san Agustin. Quiso, pues, que repartiese al pueblo el pan de la divina palabra, y lo hizo con tanto fruto, que ya no le conocian por otro nombre sino por el del Apóstol de la palabra de Dios. Predicaba todos los dias, y cada dia con mayores concursos y con mas universal aplauso.

No contentándose Agustin con hacer guerra á los vicios por medio de sus sermones, se la hacia tambien, y no menos sangrienta, con las armas de sus escritos. Compuso él libro *de la utilidad de la fe*, con el cual reformó muchos abusos que se habian introducido en Hipona. Tuvo una disputa pública con Fortunato, que era el héroe de los Maniqueos, en la cual no solo le confundió, sino que tambien le movió, pues prometió convertirse; aunque esta promesa se redujo despues á ausentarse, y á no parecer mas en la ciudad. El año de 393 asistió al concilio de Hipona, convocado por Aurelio, obispo y primado de Cartago, en que á ruego de los Padres compuso el libro *de la fe y del símbolo*, que es un admirable compendio de la doctrina cristiana. En el mismo año publicó varios escritos contra los Donatistas y los Maniqueos, declarándose el azote de todos los herejes. El año de 394 se estrechó aquella íntima amistad entre san Jerónimo y san Agustin, habiéndola ligado Alipio con ocasion de un viaje que hizo á Palestina. Tambien san Paulino de Nola quiso tener correspondencia con nuestro Santo, que ya era venerado en el mundo como el oráculo de la Iglesia; y, en fin, no habia en toda ella sujeto alguno sobresaliente en letras ó en virtud que no solici-

tase entablarla con aquel grande hombre. Pero el obispo Valerio, temiendo que le arrebatasen á Agustin para alguna iglesia destituida de pastor, quiso asegurarle; pidióle por coadjutor suyo, y lo consiguió. Juntos los obispos de la provincia, y despreciando su resistencia á aquella sublime dignidad, le obligaron á rendirse á la voluntad del Señor, consagrándole por obispo coadjutor del de Hipona el año de 395, á los cuarenta y dos de su edad.

Estremeciéronse todas las sectas luego que vieron á Agustin colocado en la silla episcopal. Los Donatistas, de que estaba lleno aquel país, previendo el peligro que corria su partido si Agustin se declaraba contra él, pidieron composicion. Ofrecióles una conferencia, y obligaron á Proculino, su obispo, á que la aceptase; pero este nunca tuvo valor para medir sus fuerzas con tan formidable adversario. Recurrieron á una tropa de bandidos y de facinerosos, que era la gente mas honrada y la mas escogida de los Donatistas. Llamábanlos *circonceliones*, porque su ocupacion se reducia á rondar continuamente al rededor de las casas, para cometer todo género de insolencias y de crueldades. Sedientos de la sangre de los Católicos, se alampaban mucho mas por la de Agustin: muchas veces intentaron asesinarle; pero siempre le libró Dios por milagro. En medio de eso no cesaba el Santo de trabajar en su conversion, ya con sus palabras, ya con sus escritos, y con esta ocasion compuso sus tratados sobre *el Bautismo*, y sobre *la unidad de la Iglesia*. Asistió á muchos concilios que se convocaron en Cartago y en otras partes, siendo el alma y el oráculo de todos ellos. Pero no le ocupaban tanto los herejes, que no dedicase su primera y principal atencion al cuidado de su rebaño, particularmente despues de la muerte del obispo Valerio, su predecesor, visitando su diócesis con todo el celo y con todo el fruto que correspondia al alto concepto de su santidad y de su mérito.

Como los Donatistas no cesaban de turbar la Iglesia de África, el emperador Honorio se vió precisado á permitir una disputa pública entre los sujetos mas hábiles de los dos partidos. Celebróse en Cartago el año de 411, concurriendo á ella doscientos ochenta y seis obispos católicos, y doscientos setenta y nueve donatistas. Asistió á este famoso congreso el tribuno Marcelino, á quien el Emperador nombró por su comisario para evitar todo desórden. El principal, ó por mejor decir el único actor, fue nuestro Agustin, que dejó confundido á Petiliano, el Aquiles de los herejes. Triunfó la religion católica, y se desvaneció como humo aquella espesa nube de donatistas. Pero no fueron estos los únicos herejes que combatió nuestro Santo,

ni fue esta la única victoria que consiguió. Habíale escogido Dios para perseguir, para quitar la máscara, para atacar y para vencer á todas las herejías. Despues que confundió, postró y aterró á los Arrianos, á los Priscilianistas, á los Origenistas y á los Maniqueos, fue preciso que midiese sus armas con Pelagio. Este monje, originario de Irlanda, de tal manera habia engañado al mundo con su compostura exterior, con su cara de hombre penitente y mortificado, y con todo el aparato de varon ejemplar y virtuoso, que generalmente era tenido por hombre santo, y á la sombra de esta reputacion habia derramado por todas partes el veneno de la mas perniciosa herejía. Mientras el maestro la iba extendiendo por el Egipto, su discípulo Celestino la sembraba y la defendia en el Occidente. Refutó san Agustin todos los errores de esta emponzoñada secta por un prodigioso número de escritos que con razon le merecieron el glorioso renombre de *doctor y defensor de la gracia.*

No se hablaba ya en todo el orbe cristiano sino de los talentos, de las obras, de las victorias de san Agustin, venerado por el asombro del mundo y por el hombre de la Iglesia. Acudian á él de todas partes para consultarle, ni se celebraba concilio, ó junta, ó congreso de obispos y de doctores á que no fuese llamado, y donde no fuese oido como oráculo. Pero lo mas admirable fue, que siendo tan elevado su mérito y siendo su fama tan extraordinaria, aun era mucho mayor su humildad. No habia hombre que hiciese mas bajo concepto de sí, ni se conoció jamás fiel alguno mas rendido á la Silla apostólica. Aquel grande y sublime ingenio nunca perdió de vista su nada, ni los descaminos de su juventud. Con este humildísimo espíritu compuso el libro de sus *Confesiones*, procurando templar la eminente reputacion de su santidad con aquella pública confesion de sus pecados. Dícese que paseándose un dia por la orilla del mar, ocupada la imaginacion en querer apurar algunos puntos incomprensibles del inefable misterio de la Trinidad, en que á la sazon estaba trabajando, encontró un niño muy afanado al parecer en meter el agua del mar en una poza que habia abierto en la arena. Preguntóle el Santo qué pretendia con aquello. —*Meter toda el agua del mar en esta poza*, respondió el niño. —*Pues, hijo*, replicó Agustin, *¿no ves que eso no puede ser?* —*Mas fácil es esto*, respondió el niño, *que comprender con tu limitado entendimiento la grandeza del misterio incomprensible.*

Así como su sabiduría no habia hinchado su corazon, así tampoco habian entibiado su devocion los estudios. De pocos Santos se

cuenta virtud mas afectuosa, mas tierna ni de mayor jugo que la de san Agustin; de pocos que tuviesen el corazon mas abrasado en un amor de Dios tan puro, tan activo y tan fogoso; de pocos que profesasen á Jesucristo y á su santísima Madre una devocion mas viva ni mas tierna. *Atravesaste, Señor, mi corazon,* dice en una parte, *con una flecha de amor tan penetrante, que introducida profundamente en el pecho, se quedó el encendido arpon dentro de la misma herida.* Este era aquel divino fuego que ilustraba su entendimiento, que inflamaba su corazon, y que encendia en él aquel fogoso celo por cuyo impulso fue siempre el azote de los herejes. Solo con leer sus *Soliloquios*, sus *Meditaciones* y sus *Confesiones* se reconoce el fuego del amor de Dios que le consumia, y la mucha razon con que le pintan con el corazon en la mano, rodeado todo de llamas, siendo cierto que no se podia discurrir símbolo mas justo. El esmero en la pureza no pudo subir á mayor punto: jamás permitió que entrase en su casa mujer alguna, ni su misma sobrina, ni su propia hermana, ni volvió á mirar la cara de alguna mujer. La caridad con los pobres correspondia á su abrasado amor de Dios. Decia que las rentas del obispo eran rentas de los pobres; y que si el pobre no hallaba que comer en casa del obispo, era preciso que el obispo aquel dia se quedase sin comer. No podia sufrir á los murmuradores, por el horror que tenia á la murmuracion; y era dicho comun, que tanto temia la murmuracion la presencia de Agustin, como el error sus disputas.

Hallándose el santo Doctor cargado de años, pues ya contaba sesenta y dos, y mucho mas cargado de trabajos públicos, que se multiplicaban cada dia, pidió que le diesen por compañero al presbítero Eraclio para repartir con él los cuidados de la diócesis. Viéndose por este medio con algun alivio, emprendió la revision y el exámen de sus obras, que componian ya el número de doscientos treinta y dos libros, comprendidos en ochenta tratados de diferentes materias, sin incluir en ellos un número cási infinito de cartas y de sermones sobre asuntos muy importantes. Este exámen y esta revision produjo la obra de sus *Retractaciones*, en que corrige todo lo menos justo ó menos exacto que pudo habérsele escapado, censurando y criticando sus escritos con extrema severidad. Habia ya algun tiempo que san Agustin, consumido de penitencias y de trabajos, se sentia muy desfallecido, cuando el conde Bonifacio, resentido del emperador Valentiniano III, de quien se imaginaba desairado, llamó á los vándalos de España. Desembarcó en el África su rey Genserico al frente de ochenta mil hombres, y en menos de dos años se

hizo dueño de toda ella, á excepcion de las tres ciudades principales, Cartago, Hipona y Cirta. Muchos obispos se retiraron al acercarse los bárbaros; pero san Agustin nunca quiso desamparar á su rebaño. Exhortábale todos los dias á aplacar la cólera de Dios con la penitencia, no cesaba de llorar dia y noche en la presencia del Señor, suplicándole que no perdonase al pastor, para que se salvasen las ovejas. Estaba sitiada la ciudad, y sin esperanza de socorro. Pidió al Señor, que si era su voluntad que la ciudad cayese en poder de los bárbaros, le retirase de este mundo antes que fuese testigo de aquella desdicha. Conoció que Dios le habia oido por la enfermedad en que cayó. Dispúsose para morir con un fervor muy correspondiente á aquella grande alma. Recibió los Sacramentos con la fe y con la piedad que le animaba, y el dia 28 de agosto del año 430 rindió tranquilamente su espíritu, rodeado de sus discípulos y de su clero, que todos se deshacian en lágrimas, siendo de sesenta y seis años de edad, y al tercer mes del sitio de la ciudad.

Tal fue la preciosa muerte de este hombre verdaderamente grande, á quien los mayores hombres de la Iglesia llaman la lumbrera de los Doctores, el modelo de los Prelados, el escudo de la fe, el almacen de la Religion, la torre de David de donde penden mil arneses, el azote de los enemigos de Jesucristo, la columna de la Iglesia, y el mas iluminado maestro de la moral cristiana. Los Sumos Pontífices y hasta los mismos Concilios han hecho magníficos elogios de la doctrina de san Agustin y de sus escritos. El papa san Celestino engrandece su fe, y le llama, con otros pontífices sus predecesores, uno de los primeros Doctores de la Iglesia. San Paulino le apellida sal de la tierra; san Jerónimo el enemigo del error, y Severo Sulpicio industriosa abeja que sustenta á los fieles con la miel de su doctrina, y con el aguijon taladra de parte á parte á los herejes.

Fue enterrado su santo cuerpo con toda la solemnidad posible en la iglesia catedral. Al año siguiente se apoderaron los bárbaros de la ciudad; pusiéronla fuego, pero las llamas perdonaron al sepulcro y á la librería del Santo, donde estaban todas sus obras. Los obispos de África que fueron desterrados á Cerdeña llevaron consigo el santo cuerpo, y en su destierro aquel precioso tesoro les sirvió de mucho consuelo. Allí estuvo por espacio de doscientos seis años, hasta que Luitprando, rey de los longobardos, le hizo trasladar á Pavía el año de 712, y en aquella ciudad se conserva hasta el presente, expuesto á la pública veneracion.

La Misa es en honor de san Agustin, y la Oracion la que sigue:

Adesto supplicationibus nostris, omnipotens Deus: ut quibus fiduciam sperandæ pietatis indulges, intercedente beato Augustino, confessore tuo atque pontifice, consuetæ misericordiæ tribue benignus effectum. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Escuchad favorablemente, ó Dios todopoderoso, nuestras muy humildes súplicas, y dignaos conceder por la intercesion de vuestro confesor y pontífice san Agustin el efecto de vuestra acostumbrada misericordia á los que habeis dado la confianza de esperarla de vuestra infinita bondad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, pág.* 85.

REFLEXIONES.

Predica la palabra; insta oportuna é importunamente. No desistas de enseñar, aun cuando veas que no te quieren oir. Que haga bueno, que haga mal tiempo, siempre siembra el labrador. Toda semilla que ha de fructificar, se pudre en la tierra antes de arraigar y romper. Lo que se siembra en un genio distraido, tal vez burlon y mofador, en un corazon duro y mal dispuesto, no pocas veces prende y fructifica cuando menos se piensa. El verdadero celo es muy paciente; en el impetuoso se mezcla mucho de pasion, y no puede ser verdadero el celo. Todo celo sin prudencia, sin discrecion y sin caridad es defectuoso; todo celo que no sea muy arreglado y contenido es digno de temerse; siempre da en extremos, en nada repara, á nada atiende sino á sus preocupaciones, las mas veces injustas y mal fundadas: cuanto mas temeridades comete, mas se aplaude; y como siempre está acompañado de mucha ignorancia, sus mismas imprudencias le hacen mas fiero. Este indiscreto celo es de ordinario mas culpable, y tambien mas frecuente en los que acaban de darse á la virtud, precipitándolos fácilmente en excesos de severidad, particularmente respecto de los otros. *Señor,* decian Santiago y san Juan, animados de un celo mas vivo de lo que convenia contra los samaritanos, porque habian echado de su país á los discípulos, *Señor, ¿quereis que hagamos bajar fuego del cielo y los consuma?* Era aquel celo mas severo de lo que fuera razon; y así les respondió el Señor: *No sabeis de qué espíritu sois.* Mézclase frecuentemente mucha ilusion en esa fogosidad, á quien siempre se la da el nombre de

celo; unos dejándose llevar de su natural dan en rigores excesivos, y otros en una reprensible blandura. Algunas veces la misma virtud del confesor le sirve de ocasion para ser mas severo; y otras sus mismas imperfecciones y miserias le hacen demasiadamente benigno. Muchas por mera especulativa se condena con demasiada prisa, y no pocas por la mucha práctica se absuelve con sobrada facilidad. Todo celo falso es efecto de la pasion. Los que se mueven por él son bastantemente parecidos á los que el apóstol san Judas llama *nubes sin agua, que agitadas á todas partes por los vientos se desvanecen en relámpagos y en truenos*. El verdadero celo siempre está acompañado de mucha prudencia, de mucho sosiego y de mucha suavidad.

El Evangelio es del capítulo v *de san Mateo, pág.* 373.

MEDITACION.

Del amor de Dios.

Punto primero.—Considera que es cosa bien extraña el que tengamos necesidad de que se nos exhorte y se nos pruebe que debemos amar á Dios. ¿Cómo es posible conocer que Dios es el soberano bien, el orígen de todos los bienes, el único bien verdadero, y que dejemos de amar á Dios, desde que somos capaces de amarle? Precisamente, Dios mio, habeis de ser poco conocido cuando sois tan poco amado. ¿Qué cosa hay ni puede haber en todo el universo capaz de arrebatar nuestro corazon, que no posea Dios eminentemente? Grandeza, hermosura, poder, bondad, en todos los objetos criados nada sois sino unas imperfectísimas sombras; solo Dios es grande, sábio, poderoso y bueno. No nos cansemos; por amable, por cabal que sea el objeto criado en quien hemos fijado nuestro corazon en este mundo, no es capaz de hacernos dichosos ni por un solo momento. ¡Cuántos enfadosos accidentes, cuántas mudanzas imprevistas, cuántos reveses, cuántos contratiempos turban nuestro corazon! El temor de que se canse, la certeza de que algun dia se ha de perder, inquietan y sobresaltan. El amor de las criaturas es inseparable del desasosiego, de la turbacion y del dolor. Solo Vos, mi Dios, solo Vos, que sois toda mi felicidad, solo Vos podeis ser mio todo el tiempo que yo quisiere. No hay sucesos, no hay acasos, no hay poder en el mundo para arrancaros de mi alma, y en un objeto tan amable no tengo que recelar ni mudanza ni disgusto. Pero supongamos se hallase un objeto criado que fuese digno de nuestro amor, ¿quién nos

podria asegurar que él nos juzgase á nosotros dignos del suyo? Ese gran Dios tan poderoso, tan perfecto, tan amable, no solo no se desdeña de nuestro corazon, no solo no nos considera indignos de su amor, sino que nos impone un expreso precepto de que le amemos, y se complace extremamente en un alma que le ama. El nacimiento oscuro, una medianía de talentos, una desgracia bastan para hacernos el desprecio del mundo; y en esas circunstancias tan humildes y tan abatidas nos mira Dios con unos ojos llenos de ternura. Despréciante los grandes, pero Dios te ama. Aborrécente los envidiosos y los concurrentes, pero Dios te mira con cariño; porque entre los favorecidos de Dios no hay envidias, ni emulaciones, ni competencias. Dios nos ama: ¡y será posible que nosotros no amemos á Dios!

PUNTO SEGUNDO.—Considera qué afectos de reconocimiento y de amor no se encenderian en nuestro corazon, si supiéramos que el mayor monarca del mundo nos honraba con su benevolencia. ¡Ah! Vos, mi Dios, me amais, no lo ignoro yo: todo me lo está gritando, todo me lo está convenciendo; ¡y yo no os amaré! Sí: no solo es Dios infinitamente amable, sino que nos ama infinitamente. Son los beneficios la prueba mas convincente del amor; y ¡cuántos hemos recibido de Dios! ¿No nos está colmando de ellos á cada momento, aun cuando nos valemos de los mismos beneficios para ofenderle? ¿Á quién debes ese ser que tienes, y á quién debes todo lo que es menester para conservarle? Ese cielo, esos astros, esa tierra, esos frutos ¿son efectos menos visibles de la bondad del Criador? Todo eso es suyo, y todo lo crió Dios para tí y por tu amor. Busca dentro de tí ni fuera de tí bien alguno que no lo hayas recibido de su mano, que no sea don de su infinita liberalidad. ¡Ah! que todo nos grita, todo nos predica que Dios nos ama; ¿cuándo podrémos nosotros decir que amamos á Dios? Pero ¿dónde hay beneficio mayor que el de la redencion? Si un rey se hiciera esclavo por rescatar á un vasallo suyo, ¿no seria esta una gran prueba de su amor? ¿no tendria derecho á esperar algunas señales de reconocimiento? Ese gran Dios, que á ninguna criatura habia menester para ser infinitamente feliz, se hizo hombre, se hizo esclavo para que los hombres fuesen enteramente dichosos. Es verdaderamente incomprensible ese amor de mi Dios para con los hombres, yo lo confieso; pero ¿será menos incomprensible la tibieza, la frialdad y la ingratitud de los hombres para con Dios? Consideremos la vida y la muerte del Redentor: recorramos todos los misterios de nuestra Religion; la Eucaristía, los Sacramentos, y el fin de todos esos

medios, que es nuestra eterna bienaventuranza. Todo eso hizo Dios para probarnos el exceso de su amor. ¿Salió con su intento? ¿qué te parece? ¿hizo bastante? ¿y debió hacer mas? Creo, Señor, todas estas maravillas; pero creyéndolas, ¿de nada me acusa mi fe? ¡Ah, Señor! no solamente es justo que yo os ame, sino que en realidad solo en vuestro amor encuentro mi propio interés. No hay alegría pura, no hay paz, no hay reposo, no hay felicidad en la tierra sino en el corazon de los que os aman. ¡Qué prudentes, qué discretos fueron los Santos, aquellos grandes hombres, aquellos superiores genios, en colocar toda su dicha, pura y precisamente en amar á Dios! ¡Qué dichoso fue un Agustin en vivir todo abrasado en el fuego del divino amor! Pues ¿de quién dependerá que no logre yo la misma dicha? Vuestro amor, ó mi Dios, vuestro amor, y esto me basta.

Diligam te, Domine. Esto es hecho, mi Dios y todas mis cosas; yo os amaré sin repartimiento y sin reserva: mediante vuestra divina gracia voy desde luego á recompensaros de mi ingratitud por los aumentos de mi amor.

Jaculatorias.—Bien sabeis, Señor, que nada deseo tanto como amaros. (*Joan.* xxi).

¿Quién será capaz de separarme del amor de mi Señor Jesucristo? (*Rom.* viii).

PROPÓSITOS.

1 Un Dios infinitamente amable nos permite, nos solicita y aun nos manda que le amemos, pena de un suplicio eterno; y ¿quién obedece este mandamiento? Muéstrase el amor de mil maneras: el entendimiento solo se ocupa y solo se deleita en el objeto amado; la lengua nunca se cansa de hablar de él. ¡Qué ansia y qué solicitud en darle gusto! No se halla este sino en todo lo que le agrada á aquel: todo cuanto se opone á su voluntad y á su inclinacion nos da en rostro. Estas son las pruebas que de hoy en adelante han de acreditar tu amor á Dios. Si amas á Dios, pensarás en Dios frecuentemente; nunca le perderás de vista. Imponte una ley de no malograr ocasion alguna de hablar de Dios: esta será la señal cierta de que le amas; pero sobre todo dedícate á darle gusto. Pídete cosillas al parecer pequeñas, la observancia de ciertas reglas menudas. Probarás que amas á Dios por esta exacta observancia.

2 Acostúmbrate á ejercitarte frecuentemente en actos de amor de Dios en todas ocasiones: en las visitas de atencion, de obligacion

ó de necesidad; en las conversaciones ordinarias, en las ocupaciones y en el estudio. Un levantar el corazon á Dios, una palabrita que muestra el incendio de tu amor, un mirar al cielo tiernamente, fomentan, inflaman maravillosamente este divino fuego. Los mejores actos de amor de Dios son los menos estudiados, aquellos en que prorumpe de repente el corazon. Con todo eso te puedes servir de los que se te han sugerido al fin de la meditacion. Tambien te abastecerán de una multitud de ellos los Soliloquios, las Meditaciones y el libro de las Confesiones de san Agustin. Dí á Dios muchas veces que le amas; esto conduce mucho para granjearnos su amor. No faltan el dia de hoy personas virtuosas que hacen al dia hasta dos mil actos de amor de Dios.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

La degollacion de san Juan Bautista, á quien hizo cortar la cabeza Herodes cerca de la fiesta de la Pascua; cuya degollacion se celebra hoy solemnemente en memoria de haber sido hallada segunda vez su cabeza en semejante dia; la cual trasladada despues á Roma, se guarda con suma veneracion de los fieles en la iglesia de San Silvestre junto al campo Marcio. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de santa Sabina, en Roma en el monte Aventino; la cual siendo degollada imperando Adriano, alcanzó la palma del martirio. *(Véase su historia en las de hoy).*

Santa Cándida, vírgen y mártir, tambien en Roma; cuyo cuerpo lo trasladó el papa Pascual I á la iglesia de Santa Praxedes. *(Esta Santa, romana, es de los primeros dias del Cristianismo).*

El tránsito de los santos mártires Niceas y Pablo, en Antioquía en Siria.

Los santos mártires Hipácio, obispo de Asia, y Andrés, presbítero, en Constantinopla; los cuales por defender el culto de las santas imágenes, imperando Leon Isáurico, despues que con pez derretida les untaron la barba, y se la quemaron, y les desollaron la cabeza, fueron degollados.

San Eutimio, romano, en Perosa; el cual huyendo de la persecucion de Diocleciano con su mujer y su hijo Crescencio, murió allí en el Señor.

San Adelfo, obispo y confesor, en Metz.

San Mederico, presbítero, en París.

San Serbó, rey, en Inglaterra. *(Era hijo de Seward, rey de los sajones orientales, y le sucedió en el trono el año 664. Fue el sexto rey cristiano de aquel pais, y despues de un reinado de treinta años renunció la corona á favor de sus dos hijos Sigeardo y Senfrido, recibiendo luego el hábito monástico de las manos de*

san Erkonwald, obispo de Lóndres. Murió en esta ciudad, y fue sepultado en la iglesia de San Pablo).

SANTA BASILA, en Esmirna.

SANTA SABINA, vírgen esclarecida en virtudes y milagros, en una aldea de Troyes en Francia.

SANTA SABINA, MÁRTIR.

Fue santa Sabina romana, de ilustrísima cuna, hija de Herodes Metalario, y mujer de un caballero principalísimo llamado Valentino. Muerto su marido, recibió en su casa á una doncella cristiana y honestísima llamada Serapia, la cual con su buen ejemplo y sus buenas razones la persuadió que se hiciese cristiana, y la encendió tanto con sus palabras en el amor de Jesucristo, que siendo presa Serapia por la fe y condenada á muerte, santa Sabina no se podia apartar de ella, y así la siguió hasta el lugar del suplicio. Vióla el presidente Berillo, y díjole: Mucho me maravillo que olvidada de tu linaje y del padre que te engendró, y del marido que has tenido, andes en hábito tan despreciado tras esta maga y hechicera que te ha engañado, y á muchos otros, y sacado de juicio. Respondióle santa Sabina: Quisiera yo, ó Presidente, que tú hubieras oido á Serapia como la he oido, y probado sus verdaderas razones (que tú llamas hechizos); porque yo sé que dejarias la adoracion de tus falsos dioses, y conocerias al que solo es Dios vivo y verdadero, y remunera con vida eterna á los buenos, y castiga con perpétua pena á los malos. El Presidente, aunque le desagradaron las palabras de Sabina, teniendo respeto á la calidad de su persona, la dejó. Fue coronada de martirio santa Serapia; y Sabina recogió sus reliquias, y las guardó como un rico y preciosísimo tesoro; y de allí á algunos dias fue presa y presentada á un juez, llamado Elpidio, el cual viéndola muy constante en la confesion de Jesucristo, y que con grande libertad le reprendia, la mandó degollar y confiscar todos sus bienes. De esta manera acabó esta vida temporal la gloriosa mártir santa Sabina, y comenzó á vivir aquella vida felicísima y sempiterna que alcanzan los que saben tan bien pelear y vencer como ella supo. Los Cristianos tomaron su cuerpo, y le pusieron en la misma sepultura donde ella habia enterrado á santa Serapia. Todos los Martirologios hacen mencion de santa Sabina. Padeció imperando Adriano, tal dia como hoy, año del Señor de 122, en cuyo dia se celebra su fiesta, y segunda vez con santa Serapia en 3 de setiembre, porque en aquel dia fue dedicado á Dios en Roma un famoso templo, segun nos dice

Adon, bajo del patrocinio de estas dos Santas en el año de 430. En él fundó el glorioso patriarca santo Domingo un convento de su sagrada Órden. Al presente solo lleva el título de Santa Sabina, y en él se tuvo la primera estacion en el primer dia de Cuaresma, hasta que en el último siglo sucedieron á la devocion de estaciones las preces públicas de Cuarenta horas, siendo aquella iglesia el sitio en que generalmente se junta el pueblo á ellas con gran devocion.

LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

Siempre se celebró en la Iglesia con solemnidad la Degollacion de san Juan Bautista; esto es, la fiesta que se solemniza el dia de hoy en honor de su martirio. Antes del siglo VI se llamaba esta fiesta *la Pasion de san Juan*. Tambien se la daba el nombre del *Nacimiento del Precursor*, como aun hoy se da el de nacimiento á la gloria al dia en que los santos Mártires consumaron su martirio; pero desde san Gregorio el Magno acá conservó siempre el nombre de Degollacion de san Juan Bautista la fiesta cuya historia vamos á referir.

Habíase el Bautista retirado al desierto desde su niñez, y en él habia pasado cerca de veinte y cinco años entregado á los rigores de la mas austera penitencia. Era su vestido una especie de cilicio, compuesto de ásperas pieles de camello, que ceñia al cuerpo con una correa ó cinto de cuero. Sustentábase de langostas, alimento bastante comun de la gente pobre en Palestina, y añadia un poco de miel silvestre de gusto muy desabrido, y de aquella que se encontraba en los bosques. Á los veinte y nueve años de su edad, y veinte y ocho de Jesucristo, el décimoquinto del imperio de Tiberio César, el Espíritu Santo le sacó del desierto, y le mandó que predicase en las riberas del Jordan la doctrina y el bautismo de la Penitencia. Entonces fue cuando aquel primer pregonero del Salvador, aquel hombre concebido por milagro, aquel admirable solitario y aquel precursor del Mesías recibió la órden de cumplir con su encargo, y de ejercitar el ministerio para el cual habia sido enviado. Desde luego el nuevo predicador metió gran ruido en toda la Judea. Concurrian de todas partes á ver y á oir á aquel hombre milagroso, declarándose muchos por discípulos suyos; exhortaba á unos, bautizaba á otros, y persuadia á todos á que hiciesen penitencia, porque se acercaba el reino de los cielos. La gente desamparaba las ciudades por oir al nuevo predicador. Solamente los Fariseos y los Saduceos, hombres

sin ley y sin piedad, se obstinaban en no venir á pedirle el bautismo con muestras de humildad y de contricion. Como no era aceptador de personas, clamaba contra el vicio y contra el desórden, sin excepcion de clases ni de condiciones; era su celo vivo, pero discreto, y su doctrina sana y santa.

Mientras san Juan Bautista instruia de esta manera á los pecadores, el Salvador de todos ellos, el Justo y el Santo por excelencia, quiso tambien ser bautizado por su mano; sin duda para proporcionarle esta ocasion de ser el primero que le anunciase al pueblo. Vino, pues, el Salvador desde Nazaret al Jordan, y se presentó para ser bautizado como todos los demás. No le habia visto san Juan á lo menos desde su infancia; pero en aquel mismo instante recibió una luz superior que le dió á conocer que aquel hombre que le pedia el Bautismo era el Mesías prometido. Penetrado íntimamente su espíritu de veneracion y de respeto, se excusó á bautizar al que sabia que era su Salvador y su Dios, que venia á quitar los pecados del mundo. *Pues ¡qué, Señor*, exclamó, *tú vienes á mí! ¡tú quieres que yo te bautice, cuando yo debo ser el bautizado por tí!* Jesucristo solo le respondió, *que así lo debia hacer para cumplir toda justicia*. Con motivo de las maravillas que acompañaron á este acto de humildad del Salvador, le publicó san Juan por el verdadero Mesías, dándole á conocer á sus oyentes.

Poco despues de esta accion el celo del Bautista dió ocasion á su prision y á su muerte. Ya habia tiempo que Herodes, por sobrenombre Antipas, hijo del viejo Herodes, llamado el Grande, en cuyo reinado habia nacido Jesucristo, vivia escandalosamente amancebado con Herodías, mujer de su hermano Felipe, que abandonando descaradamente á su marido, se figuraba casada con su cuñado. San Juan, animado siempre de un generoso celo, predicaba vivamente contra este escándalo. Ofendióse Herodes atizando el fuego Herodías, que no pudiendo sufrir las fuertes declamaciones de aquel hombre santo, solicitaba continuamente á Herodes para que le hiciese callar. Tiranizado el Monarca de su infame pasion, mandó prender al santo Precursor, y le hizo asegurar en el castillo de Maqueronta. Indignáronse todos contra aquella injusticia; pero contentándose con detestarla, concurrian siempre á oirle predicar en su prision con la misma libertad y con el mismo celo. Aun el mismo Herodes no podia dejar de estimarle, ni de irle á ver algunas veces á pesar de Herodías; pero el Santo lo mismo le contemplaba en la cárcel que le habia contemplado en el desierto, y no cesaba de repetirle que no le

era lícito retener la mujer de su hermano. Este generoso celo encendió en el corazon de Herodías un odio tan implacable contra el Bautista, que solo se pudo extinguir en su inocente sangre. No dándose por satisfecha con verle preso, determinó desembarazarse de aquel molesto censor quitándole la vida. Ofrécíósela una ocasion muy favorable con motivo de celebrarse los dias de Herodes, en que este Príncipe tenia prevenido un soberbio festin, á que estaban convidados los grandes de su corte, los oficiales de sus tropas, y los principales de toda Galilea. Tenia Herodías una hija del marído que habia abandonado; llamábase Salomé, y era jóven, hermosa, bizarra, muy á propósito para embelesar con su despejo y con su gala. Danzaba sobre todo primorosamente. Entró Salomé en la sala del festin extraordinariamente ataviada, y comenzó á danzar en presencia de Herodes y de todos los convidados mientras estaban sentados á la mesa. Agradó tanto al Rey y á todos los circunstantes, que arrebatado Herodes del gusto y de la pasion, la dijo que pidiese cuanto se la antojase, jurando á vista de todos que todo se le concederia, aunque le pidiese la mitad de su corona. Inmediatamente corrió Salomé á donde estaba su madre para consultar con ella lo que pediria. Volvió prontamente á entrar en la pieza del convite, y pidió á Herodes que la diese en un plato la cabeza del Bautista. Contristóse Herodes al oir semejante peticion, y aun manifestó su enfado; pero acordándose del juramento, y en atencion tambien á los convidados, que habiendo sido comprendidos en las vehementes declamaciones del santo Precursor contra los pecadores y los disolutos, no sentirian mucho verse libres de aquel importuno fiscal, el impío Rey, por la mas injusta y mas bárbara flaqueza, dió órden á uno de sus guardias que pasando á la prision le trajese la cabeza del Bautista. Fue al punto obedecido; y aquel Santo, que toda la vida habia vivido mas como ángel que como hombre; aquel digno precursor del Redentor, cuyo nacimiento habia llenado al mundo de gozo, y cuya santa vida habia sido su admiracion, vió á sangre fria que se le acercaba la muerte, gozoso de anticiparse por el martirio á la dolorosa que habia de padecer el Salvador, á cuyo nacimiento tambien se habia anticipado. Algunos son de sentir que Jesucristo se halló milagrosamente á su muerte, como se halló presente á la de san Estéban. Pero sea lo que fuere de esta opinion, el oficial le cortó la cabeza, y en una fuente se la presentó á Herodes, que luego mandó se entregase á la danzarina, y esta regaló con ella á su madre. Dice san Jerónimo que Herodías le picó la lengua con la aguja de su pelo, para ven-

garse en la muerte de lo que la habia reprendido cuando vivia. De esta manera la vida del hombre mayor entre todos los nacidos fue el premio y la recompensa de la gracia y el donaire de una desenvuelta bailarina. Pero no tardó la divina Providencia en vengar la muerte de san Juan. Empeñado Herodes en una desgraciada guerra con Aretas, rey de los árabes, que se quiso despicar de la afrenta recibida en la persona de su hija, á quien habia repudiado por casarse con Herodías, perdió una gran batalla, cuyo infortunio los mismos judíos lo atribuyeron á la muerte del Bautista. Pocos años despues el emperador Calígula le privó de sus Estados, y le desterró á Leon de Francia juntamente con Herodías, y en aquella ciudad murieron ambos consumidos de miseria. Añade Nicéforo que su hija Salomé, cayendo en un rio helado, y quedando con la cabeza fuera del hielo, se degolló á sí misma con los movimientos que hizo con los piés para libertarse. Sucedió la muerte de san Juan el año 31 de Jesucristo, y á los 32 del mismo Bautista. Sus discípulos tuvieron modo de apoderarse del santo cuerpo, y le dieron sepultura en una ciudad de Samaria llamada Sebaste. Pusieron aparte la cabeza; y habiéndose encontrado en tiempo del grande Constantino, fue llevada á Constantinopla con pompa y solemnidad, de donde con el tiempo se trasladó á Occidente, venerándose en Roma la mayor parte de ella. Muchas iglesias de Italia y Francia poseen parte de sus reliquias. Las mas considerables se adoran en Malta, en Lyon, en Puy, en Viena del Delfinado, en Turin, en Venecia; y la iglesia del palacio de San Chaumont, en el Leonés, conserva una considerable parte de una de sus quijadas.

La Misa es en honor de san Juan Bautista, y la Oracion la que sigue:

Sancti Joannis Baptistæ, præcursoris et martyris tui, quæsumus, Domine, veneranda festivitas, salutaris auxilii nobis præstet effectum. Qui vivis et regnas...

Haced, Señor, si os agrada, que la venerable festividad de vuestro precursor y mártir san Juan Bautista nos consiga el efecto de vuestra saludable asistencia. Tú que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo I *de Jeremías.*

In diebus illis: Factum est verbum Domini ad me, dicens: Accinge lumbos tuos, et surge, et loquere ad Juda omnia quæ ego præcipio tibi. Ne formides à facie eorum: nec enim timere

En aquellos dias: El Señor me habló, diciendo: Ciñe tus lomos, y levántate, y habla á Judá todo lo que yo te mando. No tengas miedo de su presencia, porque yo haré que no temas

te faciam vultum eorum. Ego quippe dedi te hodie in civitatem munitam, et in columnam ferream, et in murum æreum, super omnem terram, regibus Juda, principibus ejus, et sacerdotibus, et populo terræ. Et bellabunt adversum te, et non prævalebunt: quia ego tecum sum, ait Dominus, ut liberem te.

sus miradas. Porque yo te he hecho hoy como una ciudad guarnecida, y como una columna de hierro, y como un muro de bronce contra toda la tierra, contra los reyes de Judá, y sus príncipes y sacerdotes, y el pueblo de la tierra. Y pelearán contra tí, pero no vencerán; porque yo estoy contigo, dice el Señor, para librarte.

REFLEXIONES.

Seria muy de desear que ninguno se ingiriese en el sagrado ministerio sin legítima y bien probada vocacion. No se verian entonces tantos operarios inútiles; no estaria la viña del Señor hechá un erial, encomendada á una multitud de obreros ociosos y desmañados; presto se experimentaria el mundo purgado de los vicios que le inundan; no crecerian mas los abusos, como la mala yerba que sufoca el buen grano; la corrupcion de las costumbres dejaria de ser una enfermedad popular, que penetra hasta el mismo santuario; y floreciendo en todos los estados la piedad cristiana, todos honrarian y todos harian el elogio mas elocuente de la Religion. Sabido es que la corrupcion del corazon humano es el mas copioso manantial del desórden de las costumbres, y de aquella licencia universal que reina en todos los estados y en todas las edades. ¡Qué disolucion tan desenfrenada en la juventud! ¡qué irreligion en la edad mas madura! ¡qué indolencia en el negocio de la salvacion! ¡qué olvido de Dios en la mayor parte de los hombres hasta que las cercanías de la muerte despiertan en el alma congojosos remordimientos y crueles sobresaltos! ¡Con qué imperio reinan las pasiones en el dia de hoy! Ellas son el gran móvil de todas las acciones; todo se rinde á su violencia. En fin, ya no buscan mascarilla para disfrazarse, ni la injusticia, ni la usura, ni la mala fe; perdieron la vergüenza desde que se hicieron tan universales. ¿De dónde nacerá tanta generalidad de desórdenes en medio de una religion tan pura y tan santa? De que se encuentran ya pocos Juanes Bautistas que tengan valor para levantar el grito, y para decir á todos con resolucion y con claridad: *Non licet:* no es lícito vivir con tanto regalo, con tanta delicadeza, con tanta profanidad, hundidos, abismados dia y noche en diversiones y en pasatiempos: no te es lícito, seas del estado, de la clase, del sexo, de la edad que fueres, seguir ciegamente tus pasiones, y no hacer una vida contenida y mortificada. El temor, la

cobardía, los respetos humanos del pastor mercenario dejan á las pobres ovejas á merced del lobo carnicero. Por mas que grite Dios: *No temais, no os acobardeis,* la sombra los asusta; pues ¿qué harán las tímidas ovejas si el pastor huye del lobo? Cobardes directores, predicadores pusilánimes y condescendientes, profetas aduladores, que solo os aplicais, y solo abrís la boca para anunciar cosas alegres y acomodadas al amor propio, ¿qué estragos no haceis en la Religion? ¿De cuántas almas que se condenaron no os han de pedir cuenta, si se perdieron por vuestra indigna condescendencia, por vuestra perniciosa cobardía? ¡Cuántos padres de familia, cuántos magistrados, cuántas personas constituidas en dignidad, cuántos superiores encargados de gobernar á otros no sabrán qué responder cuando se les pida estrecha cuenta de aquellos cuya salvacion descuidaron por cobardía ó por temor!

El Evangelio es del capítulo VI *de san Marcos.*

In illo tempore: Misit Herodes, ac tenuit Joannem, et vinxit eum in carcere propter Herodiadem uxorem Philippi fratris sui, quia duxerat eam. Dicebat enim Joannes Herodi: Non licet tibi habere uxorem fratris tui. Herodias autem insidiabatur illi, et volebat occidere eum, nec poterat. Herodes enim metuebat Joannem, sciens eum virum justum et sanctum; et custodiebat eum, et audito eo multa faciebat, et libenter eum audiebat: et cum dies opportunus accidisset, Herodes natalis sui cœnam fecit principibus et tribunis, et primis Galilææ: cumque introisset filia ipsius Herodiadis, et saltasset, et placuisset Herodi simulque recumbentibus, Rex ait puellæ: Pete à me quod vis, et dabo tibi; et juravit illi: Quidquid petieris, dabo tibi, licet dimidium regni mei. Quæ cum exisset, dixit matri suæ: Quid petam? At illa dixit: Caput Joannis Baptistæ. Cumque introisset statim cum festinatione ad Regem petivit, dicens: Volo ut protinus des mihi in disco caput Joannis Baptistæ. Et contristatus est Rex propter jusjurandum, et propter simul discumbentes noluit eam contristari:

En aquel tiempo: Envió Herodes y prendió á Juan, y le puso atado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Filipo su hermano, porque se la habia tomado por mujer. Juan, pues, decia á Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. Y Herodías le ponia asechanzas, y deseaba quitarle la vida, pero no podia; porque Herodes temia á Juan sabiendo que era varon justo y santo, y le defendia, y por su consejo hacia muchas cosas, y le oia con gusto; y habiendo venido un dia oportuno, hizo Herodes una cena en el dia de su nacimiento á los tribunos, y á los principales de Galilea; y habiendo entrado la hija de la misma Herodías, y habiendo bailado y agradado á Herodes y á los convidados, dijo el Rey á la muchacha: Pídeme lo que quieras, y te lo daré; y la juró: Cualquiera cosa que pidas te la daré, aunque sea la mitad de mi reino. Y habiendo salido ella, dijo á su madre: ¿Qué he de pedir? Y ella la dijo: La cabeza de Juan Bautista. Y habiendo entrado inmediatamente al Rey con presura, hizo la peticion diciendo: Quiero que me dés pronta-

sed misso spiculatore præcepit afferri caput ejus in disco. Et decollavit eum in carcere, et attulit caput ejus in disco, et dedit illud puellæ, et puella dedit matri suæ. Quo audito, discipuli ejus venerunt, et tulerunt corpus ejus, et posuerunt illud in monumento.

mente en un plato la cabeza de Juan Bautista. Y el Rey se contristó por el juramento, y no la quiso disgustar á ella por causa de los convidados, sino que enviando un verdugo, mandó que le fuese traida en un plato la cabeza de Juan. Y le degolló en la cárcel, y trajo en un plato su cabeza; y se la dió á la muchacha, y la muchacha la dió á su madre. Lo cual sabido por sus discípulos, vinieron y recogieron su cuerpo, y le pusieron en el sepulcro.

MEDITACION.

Del efecto de las pasiones.

Punto primero.—Considera que todo cuanto malo sucede en el mundo por parte de los hombres, por lo comun es efecto de las pasiones. Multitud de inquietudes, insaciabilidad de deseos, tropel eterno de enfados, turbacion en las familias, guerras en los Estados, injusticias, violencias, atrocidades, delitos enormes, herejías, cismas, parcialidades, escándalos, todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amarguras; este es el fruto de las pasiones. El mismo infierno, por decirlo así, es obra suya; aun las mas inocentes no lo son tanto como parece. Buen Dios, un hombre que hace algun uso de su fe y de su razon ¿puede conceder la menor tregua á un enemigo de quien todo lo puede temer, á quien debe todos sus disgustos, y que al cabo le ha de arrastrar al abismo de las mayores desdichas? ¿Qué prosperidad podrá resistir á las tempestades que la menor de todas las pasiones es capaz de levantar en el corazon? Todas ellas poseen el maligno secreto de acibarar los gustos mas tranquilos con la mas triste amargura. Una pasion que nos domine basta para amotinar todas las demás. Un despique, una emulacion, un interés, un odio no reprimido, un orgullo irritado, y sobre todo una pasion de impureza, santo Dios, ¡qué estragos no hacen! En Herodes tenemos un ejemplo harto palpable. Luego que se apoderó de su corazon la ciega y pecaminosa pasion por Herodías, ¿qué efectos tan extraños no produjo? La impiedad, la irreligion y la injusticia. Era Herodías esposa legítima de su hermano Felipe; tenia sucesion en aquel casto matrimonio, pero la pasion no se para á discurrir tanto, no mira los objetos tan de cerca. Repudia Herodes su legítima mujer, aunque hija de un poderoso rey que sabrá to-

mar satisfaccion de aquel agravio: Despreciando el escándalo universal, cásase públicamente con la mujer de su hermano. El primer efecto de la pasion es la ceguedad. Juan, aquel hombre justo, aquel hombre santo, reconocido por tal de él mismo, clama, grita, movido de celo y de religion contra tan escandaloso amancebamiento. Herodes, no obstante lo mucho que le estima y le venera, gobernándose muchas veces por sus acertados consejos, le manda cortar la cabeza. Esto es lo que puede y esto es lo que hace una pasion. Llenos están todos los siglos de funestos ejemplos que convencen hasta dónde llega la violencia y la tiranía de las pasiones. Con todo eso se hace la paz con un enemigo tan furioso; nos familiarizamos con estas fieras, las sustentamos, las acariciamos, ¡y despues nos admiramos de los estragos que causan!

Punto segundo. — Considera que uno de los principales efectos de las pasiones es debilitar la razon, cegar el espíritu y extinguir en el alma la fe. Bien se puede asegurar que no ha habido en el mundo herejía alguna que no fuese efecto ú obra de alguna pasion. En materia de religion cada pasion es un encanto. Gran prueba es de esta verdad la pertinacia y la obstinacion de los Luteranos y de los Calvinistas. Toda su terquedad nace del interés, de la ambicion, y sobre todo del amor á la libertad. Desvanézcanse las preocupaciones de la voluntad; no se dé atencion á las voces de los sentidos; tenga en el alma menos imperio la pasion; cesen las razones de emulacion, de venganza, de orgullo y de libertad, y luego se verán convertidos todos los herejes. No gustan esas reflexiones por demasiado verdaderas, y porque perturban la posesion del error, que lisonjea al amor propio, y va un poco de acuerdo con los sentidos. Es artificio de nuestro amor propio el representarnos siempre nuestras pasiones á una luz falsa, á un aspecto engañoso: solo nos parecen violentas, feas, malignas y perniciosas en los otros; pero las nuestras se nos figuran mas humanas y menos odiosas. Mirémoslas sin preocupacion; pensemos de ellas lo mismo que piensan los demás; considerémoslas en sus efectos, y ninguna cosa nos hará formar idea mas cabal de lo que son; siempre ofenden cuando se las mira sin disfraz. Examinemos el verdadero orígen de esas inquietudes, de esos disgustos, de esos sobresaltos: no tendrémos que fatigarnos mucho; no le encontrarémos muy léjos; hallarémos el verdadero manantial de nuestras pasiones.

¡Ah, Señor, y será posible que perpétuamente hemos de conve-

nir todos en estas verdades prácticas, sin que jamás se explique en la ejecucion este estéril conocimiento! Vuestra gracia, Señor, vuestra gracia; y desde este mismo punto voy á trabajar sin intermision en domar estos enemigos domésticos, pues ellos solos turban mi quietud, y ponen en tanto peligro mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.—Líbrame, mi Dios y mi Señor, de las sangrientas pasiones que me tiranizan. (*Psalm.* L).

Sácame á paz y á salvo, Dios y Señor mio, de las manos de mis enemigos, y defiéndeme de los que se levantan contra mí para combatirme. (*Psalm.* LVIII).

PROPÓSITOS.

1 Poco importa conocer la violencia y la malignidad de las pasiones, si falta el valor para combatirlas. Ninguna hay que no ponga en peligro la salvacion, ninguna que no sea una enfermedad mortal; pero ¿de qué sirve conocer la naturaleza de la enfermedad, si se ignoran los remedios para curarla? El primer medio para domar un enemigo tan temible es no hacer jamás paces ni treguas con él. El que le contempla ya está vencido. De la porfía y del teson en el combate depende cási la victoria. Contemporiza con una pasion, y cada dia la experimentarás mas imperiosa y mas fiera; conténtala, y te hallarás esclavo de ella. Basta que la dejes respirar un momento para que te eche á cuestas los grillos y las cadenas. Examina cuáles son las pasiones que te dominan, y resuélvete desde este mismo instante á no condescender con ellas ni en la mas mínima cosa.

2 Entre las pasiones, á unas se las ha de atacar cara á cara, á otras por las espaldas, picándolas la retaguardia. Ciertas pasiones hay, cuya victoria solo se asegura con la fuga del objeto; y nunca te olvides de que vencer no mas que á medias una pasion, no es rendirla, sino irritarla mas. ¿Eres colérico? Pues reprime y ahoga en tí hasta los primeros movimientos de la indignacion; y aunque el criado ó el hijo te dé motivo de enfado, no le hables palabra. ¿Domínate la avaricia? Da liberalmente con garbo y con alegría; sobre todo, sé liberal en limosnas, especialmente con aquellos á quien tienes mas razones para negárselas. ¿Gimes oprimido bajo el tirano yugo de alguna pasion impura? Evita hasta la sombra del objeto que la despierta; huye, huye aun de las mas mínimas ocasiones, macera la carne, ora mucho, y ten una tierna devocion con la santísima Vírgen.



DOMINGO QUE VIENE DESPUES DE FINIDA LA OCTAVA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

FESTIVIDAD DEL INMACULADO CORAZON DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA.

Fuera de un sinnúmero de otras devotas congregaciones, establecidas con autoridad de la Santa Sede, bajo diversos títulos tomados de las prerogativas de las virtudes y cualidades particulares de la Madre de Dios, todas las cuales son unos medios muy propios para avivar la devocion, y merecer á todos los que están inscritos en ellas una especial proteccion de la santísima Vírgen, hay tambien la *Congregacion de misioneros del Inmaculado Corazon de María*, establecida ya en algunos puntos de nuestra católica España. Esta Congregacion, cuyo título y objeto explican claramente su excelencia, tiene por fundador al Excmo. é Ilmo. Sr. arzobispo D. Antonio María Claret, quien, inspirado por Dios y aconsejado por hombres de elevada posicion, espíritu y prudencia, la instituyó á fin de que fuese para la Iglesia, sus prelados y las almas lo que el corazon para el cuerpo; y como el inmaculado de María es sin duda el mas simpático, el destinado á aplacar á Dios, y por sus atractivos el mas eficaz para ganar el de los hombres, por esto dió ese encumbrado nombre á su Congregacion, por ser el mas apropiado al fin á que está destinada.

Dios nuestro Señor, que todo lo dispone con admirable sabiduría y providencia, dió luego á conocer con señales muy patentes que esta era obra suya; verdad es que, como á las demás instituciones suyas, permitió al hombre enemigo la asaltase y probase; mas aquel mismo Dios, que si permite la tormenta es para que serenándola con su imperio resplandezca mas su proteccion, hizo que, mientras pasaba por dichas pruebas, los hombres de mejor espíritu y los prelados mas distinguidos, como el Excmo. Echanobe de Tarragona, el Excmo. Lorente de Gerona, y con especialidad el Ilmo. Casadevall de Vich, etc., etc., la alargasen luego su mano afectuosa, y la prometiesen, para animarla, todo su cariño y proteccion; cariño y proteccion que continúan dispensándola todos los de la metrópoli y de otras partes.

Algun tiempo despues el Gobierno de S. M. la aprobó, y Su Santidad el papa Pio IX la alabó y recomendó con palabras muy ex-

presivas, concediéndola muchas gracias y privilegios para que los misioneros con mas expedicion pudiesen llenar su ministerio; por todo lo cual se ha podido conocer que esta Congregacion es obra de aquel Dios que en todas las épocas ha deparado hombres é instituciones segun las necesidades. El siglo en que vivimos se halla anegado por la sensualidad, el indiferentismo, la codicia y el orgullo; por eso ha elegido Dios esta Congregacion para que con la predicacion, acompañada del fervor, la abnegacion y desprendimiento, fuese guia al ciego y camino al desviado. Los efectos que, gracias á Dios, han producido las misiones y ejercicios dados á los eclesiásticos, estudiantes, monjas y demás clases y condiciones de diferentes diócesis, y la salud que, en medio de estos trabajos, ha concedido Dios á sus indivíduos, hasta á los naturalmente débiles y enfermizos, es otra prueba convincente de que está con nosotros, de que suya es esta obra, y de que no son excesivas ni extremadas sus prácticas, como algunos malamente han propalado.

En ningun estado se da mas gloria á Dios y se contrae tanto mérito como en aquel en que se deja todo para seguir á Jesucristo, propagar su reino y salvar á los pecadores: esta es la caridad mayor, y este es el oficio del perfecto misionero.

Á mas de esto, ¿qué congregacion, qué cofradía, despues de la del sagrado Corazon de Jesús, es mas digna de aprecio? ¿Qué asociacion es mas devota? ¿Qué establecimiento mas ventajoso que el que ha sido erigido bajo el título de Sagrado Corazon de María, asilo de los pecadores, y morada de todas las almas justas? Dichosos los pueblos, las parroquias y las comunidades, en las cuales se halla establecida una sociedad tan santa y tan augusta; pues no hay otra (excepto siempre las que se refieren á Jesucristo) cuyo objeto sea mas respetable que la del Sagrado é Inmaculado Corazon de María.

La Misa es propia de la festividad, y la Oracion es la siguiente:

Omnipotens sempiterne Deus, qui in Corde beatæ Mariæ virginis, dignum Spiritus Sancti habitaculum præparasti; concede propitius: ut ejusdem purissimi Cordis festivitatem devota mente recolentes, secundum cor tuum vivere valeamus. Per Dominum.

Omnipotente y sempiterno Dios, que en el Corazon de la bienaventurada Vírgen María preparaste morada digna del Espíritu Santo; concédenos propicio: que celebrando con afectuosa y pura devocion la festividad de aquel mismo Corazon inmaculado, llevemos una vida tan irreprensible, que sea enteramente conforme segun tu corazon. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del capítulo VIII *de los Cantares.*

Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio: lampades ejus lampades ignis atque flammarum. Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam: si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam.

Ponme como sello sobre tu corazon, como sello sobre tu brazo: porque fuerte es como la muerte el amor, duro como el infierno el celo: sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas. Muchas aguas no pudieron extinguir la caridad, ni rios la anegarán: si diere el hombre toda la sustancia de su casa por el amor, como nada la despreciará.

REFLEXIONES.

Pone me ut signaculum super cor tuum. Ciertamente despues del corazon de Nuestro Señor Jesucristo, centro é instrumento del extremado amor que nos tiene, ¿qué corazon mas digno de nuestra veneracion y de nuestro culto, que el amable corazon de María, siempre abrasado en el mas puro amor de Dios, y siempre lleno de ternura para con todos los hombres? Á la verdad, si la veneracion que profesamos á los Santos hace que su corazon nos sea tan precioso, y que le miremos como la mas preciosa de sus reliquias; ¿qué debemos pensar del *corazon* tan puro y tan santo de María, objeto de las mas tiernas complacencias de Dios desde el primer instante de su inmaculada Concepcion? ¿Cómo debemos mirar á este *corazon* mas puro, mas santo, mas abrasado del fuego del amor divino desde aquel primer instante que el corazon de todos los Santos juntos lo ha sido al fin de su vida? ¿Qué corazon despues del sagrado corazon de Jesús ha estado jamás en disposiciones tan admirables, y tan conformes á nuestros verdaderos intereses? ¿Dónde hallarémos un corazon, cuyos sentimientos, cuyos movimientos nos hayan sido, y nos sean todavía tan ventajosos? ¿De qué celo de nuestra salvacion no ha estado siempre abrasado? ¿De qué compasion no está penetrado continuamente á vista de nuestras necesidades y miserias? Juzguémoslo por la parte que tomó en los tormentos y en la muerte de su divino Hijo, cuyo sacrificio habia ya hecho mucho tiempo antes al eterno Padre. ¿Qué *corazon de madre* mas afectuoso hácia nosotros, mas impaciente, mas sensible, mas tierno? Este amable *corazon* es el asiento de todas las virtudes: es un manantial inagotable de bendiciones, y debe ser el asilo de los pecadores y el retiro de todas las almas justas.

El Evangelio es del capítulo II *de san Lucas.*

In illo tempore : Dixit Mater Jesu ad illum : Fili, qui fecisti nobis sic? Ecce Pater tuus et Ego dolentes quærebamus te. Et ait ad illos: Quid est quod me quærebatis? Nesciebatis quia in his quæ Patris mei sunt, oportet me esse? Et ipsi non intellexerunt verbum, quod locutus est ad eos. Et descendit cum eis, et venit Nazareth : et erat subditus illis. Et Mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.

En aquel tiempo : Dijo á Jesús su Madre : Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu Padre y Yo angustiados te buscábamos. Y respondióles : ¿Por qué causa me buscábais? ¿No sabíais que en las cosas pertenecientes á mi Padre celestial conviene ocuparme? Mas ellos no entendieron por entonces las expresiones que les habló. Y bajando con ellos, vino á Nazaret : y estaba sujeto y obediente á los mismos. Y su Madre conservaba todas estas palabras en su corazon.

MEDITACION.

Sobre la festividad del dia.

Punto primero.—Considera que la devocion al *corazon de María* ha seguido de cerca la devocion al sagrado corazon de Jesús. Así es como este divino Hijo parte siempre con su Madre los honores que se le tributan en la Iglesia. Ciertamente, despues del sagrado corazon de Jesús, el *inmaculado corazon de María* es el objeto mas dulce y mas amable que se pueda proponer á la devocion de los fieles.

En efecto: este sagrado *corazon de María,* siempre vírgen é inmaculado, fue el *corazon* mas puro, el mas noble, el mas grande, el mas santo, que jamás hubiese formado la omnipotente mano del Criador, despues del adorable corazon de Jesús. *El de María* es un manantial inagotable de bondad, de dulzura, de misericordia y de amor: es el modelo de todas las virtudes. Este *corazon* sagrado (imágen la mas perfecta del corazon de Jesús) estuvo siempre encendido con el fuego de la mas ardiente caridad: *él* solo amó mas á Dios que todos los Serafines juntos, y le dió mas gloria con el menor de sus afectuosos sentimientos, de la que le han dado todas las criaturas por medio de las acciones mas heróicas. El *corazon* de la augusta Madre del Redentor es el augusto solio en el cual se han juntado la misericordia y la justicia : es el *corazon* que ha sentido vivamente nuestras miserias y flaquezas, que ha formado los mas ardientes votos por nuestra felicidad, y que ha sufrido inmensos dolores por nuestra salvacion.

Este *corazon* admirable se digna aceptar nuestros cortos servicios. ¡Cuán felices serémos nosotros si le tributamos todos los homenajes de que es capáz nuestra alma! Nosotros debemos darle las mas rendidas acciones de gracias por los sentimientos de misericordia y de compasion con que tan á menudo se conmueve en favor nuestro. Seamos, pues, reconocidos á los muchos beneficios que hemos recibido de *él;* beneficios que tienen su orígen en el inagotable fondo de bondad que le es peculiar.

Punto segundo. — Considera que en este *corazon,* que fue el primero consagrado por el voto de virginidad, es en donde todas las almas puras hallan sus delicias: honrándolo, amándolo y alabándolo, han aprendido del Espíritu Santo, que las dirige, que por medio de este *corazon,* centro del verdadero amor, han de caminar hácia Jesucristo, y pagar todo lo que deben á Dios hecho hombre, que ha sacado de este *corazon* la preciosa sangre con que nos ha rescatado. Estas almas puras saben que debemos adorar, amar, servir, bendecir, alabar, reconocer y rogar á Dios por medio del sagrado *corazon de María,* ofrecernos al Señor por medio del *mismo,* y suplicarle que supla nuestra pobreza en las riquezas de este *corazon,* que forma las delicias del Padre, es el objeto del amor del Hijo, la morada mas agradable del Espíritu Santo, y el santuario de las tres adorables Personas de la santísima Trinidad.

Este *corazon* adorable, y todo digno de ser amado, debe ser el objeto de toda nuestra veneracion y amor: debe ser el camino por el cual vayamos á nuestro Salvador, y del cual nos vendrá la misericordia: debe ser nuestro refugio y consuelo en nuestras penas. *Él* es el espejo de todas las perfecciones al cual debemos contemplar: la escuela en la cual debemos oir las lecciones de nuestro divino Maestro. En *él* debemos estudiar las divinas máximas, y aprender la humildad, la pobreza, la dulzura, la paciencia, el desprecio del mundo, y sobre todo el amor á Jesucristo. Tales son los sentimientos que deben animarnos presentándonos al *inmaculado corazon de María.* Este *corazon,* el mas humilde de todos, el mas conforme con la divina voluntad, el modelo de todas las virtudes, nos alcanzará las gracias de perseverancia y de salud: en una palabra, es la esperanza de todos los que lo honran.

Reconozcamos la infinita clemencia de Dios, que para la salud de los pecadores y el socorro de los miserables ha dado á la bienaventurada Vírgen María un *corazón* semejante al de su divino Hijo Jesús,

y ha hecho de *él* un manantial de dulzuras y de misericordias. Roguémosle que conceda á todos los que honran este tesoro de santidad, la gracia deque por sus méritos se conviertan en hombres formados segun el corazon de Jesucristo. Y si nosotros tenemos una firme confianza en el sagrado *corazon de María*, pronto experimentarémos los frutos de nuestra devocion y de nuestro culto. Esta santa práctica será para nosotros durante nuestra vida un manantial de gracias y de bendiciones, y á la hora de la muerte encontrarémos en el mismo un fondo inagotable de delicias y consuelos.

JACULATORIAS. — ¡Oh Vírgen sagrada! infunde en mí aquella pureza de corazon, y renueva en mis entrañas aquella rectitud de espíritu, sin las cuales no puedo menos de desviarme del verdadero camino. (*Psalm.* L).

Sea sin mancilla mi corazon en tus justificaciones, para que no sea yo confundido. (*Psalm.* CVIII).

PROPÓSITOS.

1 No podemos dudar que la Vírgen santísima es entre todas las criaturas la que mas amó á Jesucristo, y la que fue mas amada, y la que desea tambien mas ardientemente que su Hijo sea perfectamente amado. Ella es la Madre del amor perfecto y hermoso: *Ego Mater pulchræ dilectionis* (Eccli. XXIV): á ella nos debemos encaminar para ser abrasados en este amor. Los sagrados *corazones* de Jesús y de María son muy conformes y muy unidos para poder tener entrada en el uno sin tenerla en el otro; con esta diferencia, que el *corazon* de Jesús no admite sino á las almas extremadamente puras, y el *corazon de María* purifica por las gracias que las consigue á las que no lo son, y las pone en estado de ser recibidas en el *corazon* de Jesús. María es la esperanza de los pecadores; María es el asilo de todos los miserables; es el remedio universal de todo el mundo; Jesucristo la concede fácilmente lo que nosotros somos indignos de recibir: *Quia indignus eras, cui donaret* (dice san Bernardo), *datum est Mariæ, ut per illam acciperes quidquid haberes*. Á ella hizo dispensadora de sus gracias, y tiene resuelto no hacer ninguna que no pase primero por sus manos: *Nihil nos Deus habere voluit, quod per manus Mariæ non transiret*.

2 En vista de esto, ¿por qué no han de acudir todos los pecadores á esta divina Madre, cuyo *corazon* es tan tierno y compasivo? Ciertamente no habrá uno solo que no obtenga la gracia por su me-



diacion. Pero conviene no olvidar jamás lo que ella requiere y pide de tí: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi.* (Prov. XXIII). Dame, hijo mio, tu corazon. Estas palabras deben resonar de continuo en tus oidos, y estar grabadas en el fondo de tu corazon. Á mas, cuando te pide el corazon, lo quiere vacío y sin mancha, para que lo pueda llenar de su misericordia. *Beati mundo corde,* dice Jesucristo (*Matth.* V); bienaventurados los limpios de corazon. Sin este requisito el *inmaculado corazon de María* no puede amarnos, queriendo nosotros continuar siendo enemigos de su divino Hijo. *Qui diligit cordis munditiam, propter gratiam labiorum suorum habebit amicum Regem.* (Prov. XXII). Por grande que sea el número y deformidad de tus pecados, pon toda tu confianza en el *sagrado corazon de María:* practica todos los medios que estén á tu alcance para romper las cadenas que te retienen esclavo del demonio. Aquel *corazon amoroso de María* te ayudará con sus poderosos auxilios, y no cesará de rogar al Señor hasta que la oveja extraviada haya entrado otra vez en el rebaño, y disfrute de la gracia y de la misericordia de su Dios.

3 Procura, pues, entre dia, y con la frecuencia que tus ocupaciones lo permitan, ofrecerla tu corazon, rezándola con el mayor afecto y devocion la oracion siguiente:

Ó corazon inmaculado de María, que sois el trono de la caridad, de la misericordia y de la paz: yo me atrevo á presentaros mi corazon manchado con mil pecados, y agitado con mil desarregladas pasiones. Por mas que sea indigno de Vos, espero que no lo despreciaréis. Purificadlo, santificadlo, apartadlo de las criaturas, penetradlo del dolor de sus pecados, llenadlo de vuestro amor y del amor de Jesucristo: en fin, hacedlo semejante á Vos para que pueda unirse con Vos en el cielo, y amar eternamente á Dios en vuestra compañía. Amen.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

SANTA ROSA DE SANTA MARÍA, vírgen, de cuyo tránsito se hace memoria el dia 26 de este mes. *(Véase su vida en las de hoy).*

EL MARTIRIO DE SAN FÉLIX, presbítero, en Roma en la via Ostiense; el cual en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, despues de haber sido atormentado en el potro, fue sentenciado á ser degollado; y al llevarlo al suplicio le salió al encuentro un cristiano, el cual confesando espontá-

neamente su Religion, junto con él fue tambien degollado. Los fieles ignorando su nombre, le llamaron **Adaucto** ó *Añadido*, porque se habia agregado á san Félix por compañero en la corona.

Santa Gaudencia, vírgen y mártir, **con otros tres**, tambien en Roma.

San Pamaquio, presbítero, esclarecido por su doctrina y santidad, igualmente en Roma. *(Véase su vida en las de hoy).*

Sesenta santos Mártires, muertos por el furor de los gentiles en Suffetula, colonia romana en África.

Los santos Bonifacio y Tecla, padres de **doce hijos** todos mártires, en Adrumeto, tambien en África.

San Fantino, confesor, en Tesalónica, quien habiendo padecido grandes persecuciones de parte de los sarracenos, fue por ellos finalmente echado del monasterio en donde habia vivido con maravillosa abstinencia: al cabo, despues de haber convertido á muchos al camino de la salud, murió en santa vejez.

San Fiacrio, confesor, en la diócesis de Meaux. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Pedro, confesor, en Trevi en Italia; el cual esclarecido por sus grandes virtudes y milagros, allí mismo durmió en el Señor, y es honoríficamente venerado.

San Bononio, abad, en Bolonia.

SAN FIACRIO, CONFESOR.

San Fiacrio, tan célebre en toda la Iglesia, pero singularmente en la Francia, fue hijo primogénito de Eugenio IV, rey de Escocia, que comenzó á reinar el año de 606. Deseoso el Rey de dar á su hijo aquella cristiana educacion que correspondia al heredero presuntivo de la corona, se la confiaron á Canon, obispo de Sodera, prelado de ejemplar virtud y de prendas muy sobresalientes. El ilustre preceptor halló en el Príncipe un bello natural, un corazon noble y generoso, un genio dócil, y no perdonó á medio alguno para formar en Fiacrio un príncipe cumplido. Consiguiólo. Correspondió el Príncipe al cultivo del Obispo con tanta inclinacion y con tanta docilidad, que presto se reconoció que ya no le hacia falta el maestro. La inocencia de sus costumbres y aquella natural inclinacion que tenia á la virtud le disgustaron de la corte. Conoció sus peligros; y descubriendo la nada de todas las grandezas humanas entre las mismas aparentes brillanteces del fausto y del esplendor, resolvió aspirar únicamente á enriquecerse con las prosperidades del cielo. La tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen le inspiró tanto amor á la pureza, que solo pensó en buscar un asilo seguro en donde poner á cubierto aquella delicada virtud; y el don de oracion con que Dios le habia favorecido le determinó á pasar en algun desierto toda la vida. Ninguno se le ofrecia en Escocia donde no pudiese ser fácilmente descu-

bierto, por lo que tomó la resolucion de retirarse á Francia, huyéndose secretamente de la corte. Pero sabiendo que su hermana Sira tenia los mismos pensamientos, la comunicó su intento, y ella se determinó á ser su compañera en aquella piadosa fuga. Escapáronse, pues, de la corte sin noticia del Rey su padre, y partiendo en diligencia al primer puerto, encontraron un navío que estaba pronto á hacerse á la vela para Francia; y embarcándose en él sin darse á conocer, dentro de pocos dias dieron fondo en aquel reino.

Como todo su anhelo era buscar un lugar solitario donde retirarse, encontraron cerca de Meaux un desierto, que á nuestro Santo le pareció ser el mismo que el cielo le habia destinado para sus piadosos fines. Presentáronse á san Faron, obispo de Meaux, ocultando siempre su nombre y su calidad, y le suplicaron con la mayor sumision tuviese á bien permitirles se quedasen en algun paraje retirado de su diócesis, donde pudiesen pasar el resto de sus dias en ejercicios de oracion y de penitencia. La Princesa le rogó se dignase señalarla algun monasterio de doncellas donde se recogiese para atender únicamente al negocio de la salvacion, y nuestro Santo le pidió permiso para quedarse en el desierto inmediato. Bien conoció el santo Obispo por su aire y por sus modales que eran personajes de mucha distincion; pero como no se querian dar á conocer, no los apuró mas, y se contentó con aprobarles sus piadosos intentos. Á la princesa Sira la metió en un monasterio, de que era abadesa santa Fara, hermana del mismo Obispo, y al príncipe Fiacrio le dió un sitio en el bosque de Fordille para que fabricase en él una ermita.

Luego que nuestro Santo se vió en su amado desierto, erigió en él una capilla en honor de la santísima Vírgen, á quien apellidaba su querida madre, yendo cada dia en aumento su tierna devocion con esta Señora, y junto á la capilla fabricó una humilde celdilla. En ella renovó el ilustre solitario la mas perfecta imágen de los Pablos, de los Antonios y de los Hilariones, viviendo mas como ángel que como hombre. Aquel tierno Príncipe, que habia nacido y se habia criado entre las delicias y los regalos de la corte, no tuvo en adelante otro alimento que yerbas silvestres y raíces amargas. Su ayuno era continuo, y la oracion tan continua como el ayuno. Comunicábase el Señor á aquella grande alma con tanta abundancia de consuelos celestiales, que no le daban lugar ni aun para acordarse de los atractivos de la corte. Fueron tan excesivas sus penitencias, que el historiador de su vida como que se inclina á acusarle de haber tratado su cuerpo con demasiado rigor.

No podia menos de descubrirse presto una santidad tan eminente, sin que bastase á esconderla toda la espesura del espantoso desierto. Dilatóse luego con mucho ruido la fama de nuestro Santo, y esta reputacion le hizo encontrarse con una multitud de huéspedes. Recibia con mayor gusto á los pobres, y su ardiente caridad le sugeria mil industrias para aliviarlos y para socorrerlos. No contento con las gracias que les conseguia del cielo, sanándolos milagrosamente de sus enfermedades, procuraba asistirlos en su pobreza, discurriendo todo género de medios para hacer menores sus miserias. Fabricó varios cuartos, que formaban una especie de monasterio, para hospedar á los forasteros; y él mismo por su mano cultivaba un pequeño campo y un huertecillo en que plantaba legumbres para regalarlos el tiempo que se detuviesen en la ermita. Volviendo de Roma san Chilano, oyó decir tantas maravillas de la virtud de nuestro solitario, que quiso ir á verle; y hallando en lo que experimentaba mucho mas sin comparacion que lo que la fama le habia informado, se hubiera quedado para siempre en aquella soledad á no haberle sacado de ella su mérito y su rara santidad para hacerle obispo en el condado de Artois.

Pero como creciese cada dia el número de los peregrinos que concurrian á san Fiacrio buscando consuelo en sus trabajos, y milagrosa salud en sus enfermedades, juzgó el Santo que debia acudir por nuevo socorro á san Faron. Representóle que si le concedia mayor espacio de terreno en aquel desierto, él lo cultivaria y le haria producir lo bastante para sustentar á tanta multitud de pobres. Oyóle el Prelado con veneracion, y le respondió que desde luego le hacia donacion de todo el espacio de terreno que él solo, y sin ayuda de otro, pudiese rodear de un foso en un solo dia. Despidióse Fiacrio del Obispo, retiróse á su ermita, hizo oracion á Dios, y la mañana siguiente, tomando su báculo en la mano, comenzó á trazar con él una línea, dentro de la cual se habia de comprender el terreno que el Obispo le habia concedido; pero por un prodigio verdaderamente original la línea se iba abriendo por sí misma en una zanja ancha y profunda al paso que el Santo la iba delineando, cayéndose al mismo tiempo los árboles hácia uno y otro borde de la zanja para servir de muro al recinto de la ermita. Una mujer vió por casualidad este portento, y teniendo al Santo por hechicero, voló al punto al Obispo de Meaux, y le dijo que el ermitaño de Fordille era un mago y un encantador, pues ella misma habia visto por sus propios ojos los asombrosos efectos de sus encantamientos; y sin esperar á mas razones, volvió corriendo á la ermita, llenó al Santo de injurias y de

improperios, y le intimó de parte del Obispo que no pasase adelante. Detúvose inmediatamente el Santo; y despues de dar muchas gracias á aquella precipitada mujer por la mala obra que le habia hecho, se reclinó para descansar sobre una piedra, en que dejó milagrosamente estampada la figura de sus rodillas y de su brazo, como se registra hasta el dia de hoy en su iglesia. Llegó poco despues san Faron, y admirando las maravillas con que manifestaba Dios la santidad de su siervo, le rogó que continuase en la obra del recinto, y el mismo Obispo fue testigo del prodigio.

Mientras Fiacrio vivia tan quieto, tan sosegado y tranquilo en su santa soledad, murió el Rey su padre, y le sucedió en la corona de Escocia su hermano menor Fercardo; pero teniendo la desgracia de dejarse inficionar de la herejía de los Pelagianos, y habiéndose precipitado en los mayores desórdenes, fue depuesto por una junta general de los Estados, tanto por sus errores, como por sus excesos. Era preciso señalarle sucesor, y todos los Estados convinieron en dar la corona á Fiacrio, á quien pertenecia de derecho. Enviaron sus diputados al rey de Francia Clotario II, suplicándole emplease toda su autoridad en obligar á Fiacrio á que se restituyese á Escocia. Sobresaltóse el Santo, y con el miedo de que le arrancasen por fuerza, suplicó con instancias al Señor que de repente le hiciese leproso, esperando con este especioso artificio conservarse en su propia celdilla, y hacer el generoso sacrificio de su reino. Salióle bien la piadosa estratagema. Cubrióse al parecer de una asquerosísima lepra, á cuya vista los diputados se llenaron de horror, y se contentaron con decirle friamente que en su mano estaba ir á tomar posesion de la corona que le pertenecia; bien que ellos no se atrevian á instarle á que abandonase su amada soledad. Presto se convinieron ambos partidos. Respondióles el Santo que él no trocaba su destierro por todos los reinos del mundo; y que así podian buscar quién los gobernase donde mejor les pareciese. Apenas los diputados volvieron á pasar el mar cuando la aparente lepra desapareció, y el Santo se quedó tranquilo en su preciosa soledad. Dió nuevo realce á su virtud este ruidoso suceso. Divulgado el esplendor de su Real nacimiento, que hasta entonces habia tenido tan profundamente sepultado, creció prodigiosamente el número de los admiradores, dándose priesa á ver y á conocer aquel Príncipe disfrazado en ermitaño. Esta reputacion afligió mucho á su humildad; y siendo cada dia mayor el concurso de los que le buscaban, pidió al Señor que le sacara de este mundo. Concedióselo; y lleno de años y de virtudes murió el dia 30 de agosto del año 670,

á los sesenta y cuatro de su edad, habiendo pasado los cuarenta en el desierto. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia que él mismo habia fabricado con el título de la Madre de Dios; y algun tiempo despues fue trasladado de ella á la catedral de Meaux, donde se conserva expuesto á la pública veneracion en una caja de plata dorada, dádiva de Luis II.

Habiendo obrado tantos milagros en vida, aun fueron mas frecuentes y mas célebres los que obró despues de muerto. De todas partes concurrian á implorar la intercesion de este gran Santo para todo género de enfermedades y de calamidades públicas. Un vecino de Monchi en Picardía iba en peregrinacion al sepulcro del Santo, llevando consigo dos hijos suyos enfermos: todos tres cayeron en un rio muy profundo, y en un instante se perdieron de vista. Cuando ya se les creia sorbidos de las aguas, los vieron parecer con admiracion, llevando el padre de la mano á sus dos hijos, y caminando sobre las aguas que se habian consolidado, hasta que llegaron á la orilla. Á este prodigio se siguió el de sanar á los hijos de los males que padecian, y muy poco tiempo despues tras de este milagro obró nuestro Santo otro mas admirable.

Fuéronse á bañar al rio Oise cuatro muchachos, y todos cuatro quedaron sepultados en sus olas; buscáronse sus cuerpos por mucho tiempo, pero no fue posible encontrarlos. Noticiosas de esta desgracia las tristes madres, acudieron al rio muchas horas despues deshechas en lágrimas; y llenas de confianza en nuestro Santo, imploraron su poderosa intercesion con Dios, suplicándole se compadeciese de los hijos y de las desconsoladas madres. Apenas acabaron su fervorosa oracion cuando vieron venir por el rio á los muchachos muy serenos, los cuales aseguraron despues que san Fiacrio los habia sostenido en medio de las aguas.

Son adoradas en Meaux con la mayor veneracion sus santas reliquias; pero la reina María de Médicis obtuvo una porcion de ellas, que se conservan en Florencia; y en el año de 1637, habiendo conseguido el cardenal de Richelieu uno de los huesos de la espina, le hizo engastar en un precioso relicario, que hoy se venera en la iglesia parroquial de San José de París, en la que hay una célebre cofradía en honor del mismo Santo.

SAN PELAYO, ARSENIO Y SILVANO, CONFESORES.

En la época infeliz que se hallaba España bajo el dominio de los mahometanos, habiendo estos bárbaros destruido muchos monaste-

rios célebres en letras y en santidad, cupo esta desgracia al de San Pedro de Arlanza, sito en un valle llamado así á tres leguas de la ciudad de Lara. Huyeron los monjes que pudieron librarse del estrago; y ocultándose en las cuevas de aquellas montañas, hicieron vida eremítica, sucediéndose unos á otros hasta la restauracion del mismo santuario. Siguieron este tenor muchos insignes solitarios; pero entre todos se distinguieron Pelayo, Arsenio y Silvano, así por su prodigiosa vida, como por los auxilios que prestaron á los Cristianos para que triunfasen de los enemigos de nuestra santa fe.

Florecia por entonces en España el famoso conde Fernan-Gonzalez, que si bien distinguido por su ilustre nacimiento, lo fue mucho mas por las memorables victorias que consiguió de los agarenos. Resolvió este valeroso héroe hacer la guerra mas viva contra semejantes enemigos, no con otro objeto que el de librar á los fieles de la dura esclavitud que sufrian bajo el yugo mahometano; y habiendo ganado en la primera salida el castillo de Taranco, una de las mas importantes fortalezas que tenian los árabes, sobrevino á estos una grande tribulacion. Sintió el rey de Córdoba la conquista del castillo, y arrebatado de un furor extraordinario, despachó su capitan general Almanzor con un poderoso ejército, para que vengase la injuria hecha contra los africanos. Supo el Conde la venida de los bárbaros, y llamando en su ayuda á todos los cristianos de Castilla, aunque incomparables con la multitud de los infieles, marchó hasta la ciudad de Lara á esperar al enemigo. Parecióle conveniente divertir los penosos cuidados que afligian su corazon, y saliendo á caza con algunos de los suyos, vió á un ciervo ó jabalí de una magnitud extraordinaria, que ocultándose entre las malezas de un monte estimuló á Fernan-Gonzalez á registrar la montaña, con ánimo de cazar la fiera. Llegó con este motivo á una ermita toda cubierta de hiedra, donde halló tres solitarios dedicados al servicio del Señor en aquella espantosa soledad: extrañaron estos la novedad, y preguntándole Pelayo quién era, y qué se le ofrecia, no le ocultó el Conde ni su persona, ni la causa que le condujo á aquel sitio por casualidad. Era ya puesto el sol cuando ocurrió este pasaje, y conociendo Pelayo la dificultad con que podria Fernan-Gonzalez regresar á los suyos, le rogó que se mantuviese con ellos aquella noche. Accedió el Conde á las súplicas de los eremitas, que le robaron toda la atencion con sus venerables aspectos, con su afabilidad y con su agradable trato; y despertándose muy temprano con el cuidado de volverse á su ejército, Pelayo con espíritu de profecía le anunció todo lo que le habia de suceder en las bata-

llas que hubo luego en defensa de la fe contra el moro Almanzor, así en las Hacinas como en la de Cascajares, lugar sobre Arlanza rio arriba enfrente de las torres de Carazo. Hablóle de esta manera : *Has de creer ciertamente que Dios dirige tus expediciones, con cuya asistencia triunfarás de todo el poder de Almanzor : asimismo has de saber que recuperarás gran parte de la tierra que ocupan los agarenos, y tu felicidad será tan grande, que resonará la fama de tu brio militar por todo el mundo; pero antes de tres dias padecerás grandes angustias, porque verás á tu gente en la mayor consternacion, á causa de una señal espantosa que ocurrirá á su presencia; tú confórtalos al instante con las mejores palabras que puedas, que ellos perderán el temor. Véte, pues, ahora, entendido que encontrarás á todo tu ejército triste, y lleno de sentimiento, creyendo que has sido muerto ó cautivo. Mas yo te ruego y pido, que, despues que venzas á los enemigos de la fe, te acuerdes de este pobre lugar destruido, pues somos tres monjes que en él hacemos vida anacoreta, y si el Señor no nos mantuviese, ya nos hubieran devorado las fieras que hay en este monte.*

Tuvo el Conde gran consuelo con las agradables nuevas que le dió Pelayo, y refiriendo á los de su ejército cuanto le manifestó el célebre solitario acerca de la actual expedicion, partieron todos llenos de valor á ocupar un sitio ventajoso, desde donde se veia el ejército agareno. En este estado ocurrió el signo espantoso que anunció Pelayo á Fernan-Gonzalez, y fue el abrirse la tierra de repente, y tragarse un caballero con el caballo en que iba montado, que algunos llaman Pero Gonzalez, de la Puente de Fitero, cuyo suceso intimidó y alborotó el ánimo de los fieles espantado de aquel suceso funesto; pero alentándoles el Conde, segun la prevencion ya hecha por Pelayo, acometieron á los moros con tanto valor y con tal ímpetu, que aunque fue porfiada la resistencia de los bárbaros, al fin quedaron vencidos. Huyó Almanzor precipitadamente, y siguiendo los Cristianos á los árabes, dieron muerte á muchos de ellos, y se apoderaron de todos los despojos que tenian en sus tiendas. Conseguida la victoria, pasó Fernan-Gonzalez con los suyos á dar las correspondientes gracias á los tan célebres eremitas, y habiéndoles dejado cuantiosos dones, se retiró á Búrgos.

Sintió Almanzor en el alma la derrota que padeció en aquella guerra; pero habiendo implorado el auxilio de los moros del África, volvió á Castilla con una multitud innumerable, con firme resolucion de destruir enteramente á los Cristianos. Supo el conde Fernan-Gonzalez la determinacion del bárbaro agareno, y reuniendo su ejército,

luego que llegó á Piedrahita partió á ver á su amigo Pelayo, para saber de él el suceso de la guerra. Dijéronle Arsenio y Silvano que su insigne compañero ya habia muerto santamente, y penetrado el corazon del Conde del mas vivo sentimiento, entró en la ermita á pedir al Señor que le asistiese contra el poder de los infieles. Detúvose en la oracion algun tiempo, y quedándose dormido se le apareció Pelayo entre celestiales resplandores, hablándole de esta suerte: *Levanta, Conde, y vuelve á tu ejército, pues Dios te ha concedido cuanto pediste. Cree que vencerás á Almanzor, pero perderás mucha gente en la guerra; mas porque sirves al Señor de todo corazon, enviará en tu ayuda al apóstol Santiago, y á mí con una multitud de Ángeles que apareceremos en el combate, llevando cada uno una cruz en su bandera, á cuya vista quedarán aterrados los moros, y te dejarán el campo.* Despertó el Conde lleno de alegría, y meditando sobre la vision, oyó una voz que le dijo: *Vé prontamente á comenzar la guerra.*

Manifestó el Conde á sus soldados cuanto vió y oyó en la ermita de San Pedro, y acometiendo á los moros como valientes leones, duró el reñido combate dos dias continuos, con considerable pérdida de uno y otro ejército; pero habiendo aparecido al tercer dia el apóstol Santiago y Pelayo acompañados de una multitud de Ángeles con las insignias que le predijo el bienaventurado eremita, vencidos á su vista los agarenos, consiguió el Conde una de las victorias mas célebres que se refieren en los anales; de la que aunque dudan algunos críticos, es lo cierto que se halla apoyada por los escritores de mejor nota.

Los moros despues de la rota de Cascajares vinieron contra los ermitaños, y los degollaron. El Conde entonces se dedicó á labrar un monasterio á la ribera del rio Arlanza cerca de la ciudad de Lara, y en el año 912 otorgó la escritura de donacion á esta iglesia dedicada con la advocacion de San Pedro y san Pablo, donde estaban, dice, sus reliquias. Despues expresa además de los Apóstoles á san Martin obispo, en honor de los cuales estaba dedicada la iglesia, y da la villa de Contreras (llamada allí *Contrarias*) y lo demás que pertenecia á la jurisdiccion de la iglesia, al abad Sonna y sus sucesores, que debian guardar la regla de san Benito.

En esta casa, pues, con aprobacion de la Sede apostólica se da culto á aquellos tres Santos. En su sepulcro se puso un epitafio en versos leoninos, segun el gusto del siglo XII, por el cual consta que ya entonces eran venerados de toda España, y debe suponerse que lo eran ya mucho tiempo antes que los pusiesen juntos en aquella arca.

Acerca del martirio de nuestros Santos han mediado algunas contradicciones. Aunque el rey D. Fernando I en una donacion que hizo á Arlanza el año 1042 llama á san Pelayo *testigo de Cristo*, que es lo que significa la palabra mártir, y en otra del año 1062 le da nombre de mártir, es verosímil que estos documentos hablen no de nuestro monje, sino del niño san Pelayo, esclarecido mártir de Córdoba que habia padecido á 26 de junio del año 925, del cual toda España procuraba tener reliquias desde que fue trasladado á Leon el año 967 á los principios del reinado de Ramiro III, mayormente constando de la memoria de las reliquias de Arlanza, impresa por Sandoval, que aquel monasterio tenia huesos y cabellos de este santo Mártir.

Lo que hay á favor del martirio de nuestros Santos es : 1.° Una memoria que en el arca vieja de sus reliquias se halló en el año 1571, en la cual es llamado san Pelayo *monje y mártir*. 2.° El testimonio de Fr. Alonso Chacon que en el libro de los doscientos Mártires de Cardeña, impreso en Roma el año 1594, pág. 62, dice que el capitan Zafa martirizó en San Pedro de Arlanza á los santos Pelagio, Arsenio y Silvano, monjes benedictinos de aquel monasterio. 3.° Una bula de Clemente VIII del año 1604 en que á todos tres llama Mártires. 4.° Algunas pinturas antiguas que los representan dando la vida en defensa de la fe. 5.° La tradicion del mismo monasterio.

SAN PAMAQUIO, CONFESOR.

Fue un senador romano y ornamento distinguido de la ilustrísima familia de los Camilos, segun que le llama san Jerónimo, compañero suyo cuando jóvenes. Los que cuidaron de su educacion procuraron sazonar sus instrucciones con deleites para que adquiriese alguna aficion y gusto á los estudios, por lo que le condujeron por los resbaladizos pasos de la elocuencia; y tambien fue iniciado en la literatura sagrada. Habiendo salido de las escuelas en el año de 370, cuando san Jerónimo se retiró al desierto, él entró en el Senado, y con su virtud y talento ilustró aquel respetable cuerpo. Fue elevado á la dignidad proconsular, y casó con Paulina, hija segunda de santa Paula. Él fue el primero que descubrió los impíos errores de Joviniano, y los delató al papa Siricio, quien condenó á aquel heresiarca en el año de 390. Las amistades principiadas en la niñez, y cimentadas con las simpatías de inclinaciones y de estudios, segun advierte Quintiliano, son por lo comun las mas agradables, y exceden á todas las demás, especialmente si están cimentadas en virtud. Así

fue la union de los corazones de san Jerónimo y Pamaquio. El último ayudó al primero en sus obras contra Joviniano, y le consultó muchas veces en sus propias dificultades. La jóven Paulina murió en el año de 393, á los cinco años no completos de su matrimonio; y Pamaquio despues de ofrecido por ella el santo sacrificio segun costumbre, dió comida á todos los pobres de Roma, como dice san Paulino, que concluye su carta de este modo: «Vuestra esposa es ahora «una prenda y un poderoso medianero con Jesucristo por vos. Tan«tas bendiciones os ha obtenido ahora del cielo, como tesoros suyos «habeis repartido en la tierra, no honrando su memoria con inúti«les lágrimas, sino haciéndola partícipe de estos vivos dones: ella «es honrada con el mérito de vuestras virtudes: se alimenta con el «pan que habeis dado á los pobres, etc.» San Jerónimo dice que Pamaquio regó sus cenizas con el bálsamo de las limosnas y de la misericordia, que alcanzan el perdon de los pecados; que desde el tiempo de la muerte de ella, hizo al ciego, al cojo, y al pobre sus coherederos, y herederos de Paulina; y que jamás salia de su casa sin ir acompañado de una tropa de aquellos. Pamaquio, pues, erigió un hospital para extranjeros en el Puerto Romano, y asistia con sus manos al pobre y al enfermo: con sus cartas convirtió á todos sus arrendatarios, vasallos y feudatarios de sus vastos Estados en Numidia, del cisma donatista á la comunion católica; cuyo celo mereció una carta gratulatoria del grande san Agustin en el año de 401.

No parece en parte alguna que este Santo se hubiese jamás ordenado, como imaginaron algunos modernos; pero vivió retirado del mundo, dedicado enteramente á los ejercicios de devocion, penitencia y caridad. Murió en el año de 410, un poco antes del saqueo de Roma.

SANTA ROSA DE LIMA, VÍRGEN.

En Lima, capital del reino del Perú, se dejó ver al mundo en el dia 20 de abril del año 1586 la rosa mas preciosa que produjo aquel fértil país, decoroso ornamento de la tercera Órden de penitencia del patriarca santo Domingo, una de las mas célebres Santas de estos últimos tiempos. En su nacimiento su madre declaró con juramento no haber sentido los dolores del parto, dispensando el Om-

nipotente la ley penal impuesta á todas las mujeres en cabeza de Eva por los méritos previstos de la recien nacida. Bautizáronla en la Pascua del Espíritu Santo; misteriosa hasta en esto la divina Providencia para denotar que derramaba en aquella grande alma el incendio del amor divino en la estacion que descendió en lenguas de fuego sobre el colegio apostólico. Pusiéronla Isabel por nombre; pero á virtud del extraordinario prodigio que ocurrió estando en la cuna á los tres meses de haber nacido de transformarse su cara en una hermosa rosa, se llamó desde entonces con este nombre, en el que fue confirmada por santo Toribio Alfonso Mogrobejo, dignísimo arzobispo entonces de Lima, al que añadió el de Santa María, por disposicion de la Reina de los Ángeles.

Criáronla sus padres con el mayor cuidado segun las máximas de la religion cristiana; pero como se hallaba prevenida del cielo con las mas dulces bendiciones, tuvieron el consuelo de ver en la niña á poco tiempo un pequeño prodigio de la gracia, que parecia obrar en ella con mas actividad que la misma naturaleza. En efecto, su afabilidad, su agrado, su serenidad, su candor, su tranquilidad, y su admirable sufrimiento en varias incisiones que la hicieron con motivo de enfermedades, sin que alentase el mas mínimo suspiro, y sobre todo su inclinacion connatural á la virtud, hicieron conocer á todos desde luego que el Señor la habia elegido para esposa suya.

Continuando Rosa, sostenida de la divina gracia, siendo el objeto de los mas altos elogios por la justificacion de su conducta, llegó aquel punto de edad en que la naturaleza manifestó las cualidades apreciables de hermosura, despejo, vivacidad y extraordinarios talentos con que se hallaba dotada; y aunque su recato y modestia procuraban ocultarlas, y aun desfigurarlas para no ser grata á los hombres, como sus personales prendas eran públicas y notorias, mucho mas recomendables con el adorno de su eminente virtud, se declararon varios pretendientes de su mano, conceptuándose feliz el que la lograse por esposa. Los padres prefirieron entre todos á un jóven rico y poderoso, vinculando su felicidad en tan ventajoso matrimonio. Exigieron de Rosa el consentimiento, la que consternada con aquel lenguaje desconocido, respondió sencillamente que ya tenia consagrada su virginidad á Jesucristo con voto. No se puede ponderar el sentimiento que concibieron los padres de una resolucion tan inesperada; y así en despique, sobre otras muchas injurias, ultrajes y malos tratamientos, la echaron á cuestas todo el peso de la casa, mandándola que hiciese los oficios mas viles y penosos. Sufrió por algun

tiempo aquella persecucion, que sirvió únicamente para que mas brillase su inalterable paciencia y admirable sufrimiento, hasta que conociendo los padres que Dios era el autor de sus resoluciones, bien calificadas por sus acciones precedentes, no queriendo oponerse á la voluntad divina, la dejaron seguir en sus santas ideas.

Por aquel tiempo D.ª María de Quiñones, y santo Toribio Alfonso Mogrobejo fundaron en Lima el monasterio de Santa Clara; y creyendo ambos que entre las primeras plantas que pudieran recomendar la religiosidad de aquella nueva casa seria sin duda Rosa, bien conocida por su eminente virtud, la ofrecieron todo lo necesario para que entrase en aquel convento; pero como la divina Providencia la tenia destinada para que fuese decoroso ornamento de la tercera Órden de penitencia del patriarca santo Domingo, no tuvieron efecto sus deseos. Frustrada aquella proporcion, un hermano de la Santa, que tenia bien conocido su espíritu, hizo con toda cautela las mas vivas diligencias para que entrase en el monasterio de la Encarnacion de Lima, del Órden de san Agustin. Dispuestas todas las cosas, en el mismo dia que la esperaban las religiosas entró de paso á la capilla de Nuestra Señora del Rosario á dar á su Majestad gracias por haberle concedido el favor de consagrarse en el claustro al servicio de su santísimo Hijo; pero apenas hincó las rodillas en tierra, quedó inmóvil, sin poder levantarse, ni aun con la ayuda de su hermano. Conoció por aquel síntoma, ilustrada superiormente, que su determinacion no era del agrado del Esposo eterno, y sí el que siguiese el rumbo de santa Catalina de Sena, cuyo ejemplo se propuso imitar desde sus mas tiernos años; y prometiéndolo así en el mismo acto, quedó expedita para todo movimiento. Comunicó el suceso circunstanciado con su confesor, y con acuerdo de este, vencidas las muchas dificultades que ocurrieron, vistió el hábito de tercera dominica en el año 1606, dia de san Lorenzo, abrasada con los mismos ardores de caridad que aquel ilustre Mártir de Jesucristo.

No es fácil poder explicar el gozo de que se llenó el corazon de Rosa, viéndose vestida con la misma divisa que la heroína á quien deseaba imitar con vivas ansias. Para formar como aquella un retiro proporcionado, donde negada al comercio del mundo pudiera entregarse totalmente al servicio de su amado, dispuso en lo mas apartado de la huerta de su casa una pobre celda, en cuya habitacion se dejó ver el prodigio de que, estando rodeada de un batallon de mosquitos y tábanos, ninguno de ellos se atrevió á molestarla; respondiendo con mucha gracia á los que la preguntaban sobre aquella extraordinaria

maravilla, que tenia hecho pacto con los animalillos de no ofenderles, ni ellos á ella.

No satisfecho su fervor con lo dicho, apenas vistió el hábito de tercera, quiso acreditar el carácter de aquel Órden con las mas asombrosas penitencias: en los principios se disciplinaba con cordeles retorcidos; pero despues con una cadena de hierro hasta que corria la sangre por la tierra, redoblando este rigor cuando entendia irritada la divina Justicia por culpas ajenas, ó amenazaba algun castigo á su patria; pero habiéndole prohibido su confesor aquella crueldad, se ciñó la cintura tres veces con la misma cadena, cerrando sus extremos con un candado, cuya llave arrojó para que no fuese fácil la apertura. Siguió con este martirio algun tiempo, hasta que introducida en la carne la cadena, la puso en términos de morir, y viéndose entonces en precision de descubrir el secreto á su confidenta Mariana, condescendió con ella que la quebrase á fuerza de golpes, bien que el Señor, para impedir una operacion tan cruenta, hizo que saltase inopinadamente la chapilla; pero arrancáronse con ella varias porciones de carne, y sufrió intensísimos dolores en las heridas que le resultaron. Prohibióle su director el uso de aquel instrumento, en cuyo lugar afligia todas las partes de su inocente cuerpo con ásperos cilicios, y una vestidura interior de sayal tosco y grosero, que sobre no poderse mover con ella, la abrasaba en los rigores del estío.

No debe extrañarse este rigor despues que eligió el Órden de penitencia, cuando desde sus mas tiernos años manifestó la propension á esta virtud, deseosa de ser participante de las penas que padeció Jesucristo. Servia en su casa una india de áspera condicion, llamada Mariana, á quien rogaba, cuando niña, que la azotase, ultrajase, escupiese, y pusiese los piés en su boca, rogándola, puesta de rodillas, que así lo hiciese por amor de Dios, cuando se resistia aquella á ejecutarlo. Viendo, á los doce años no cumplidos, una imágen del Señor en la postura de *Ecce Homo*, penetrado su corazon del mas vivo sentimiento al considerar los dolores que el Señor padeció cuando le pusieron la corona de espinas, ansiosa de imitarle, hizo primeramente un cerco de estaño con tachuelas por la parte interior, ciñéndose con él la cabeza; pero no pareciéndole bastante esta pena, formó otra de plata con treinta y tres puntas, correspondientes á los años que vivió el Redentor, mudándola repetidas veces, para que las nuevas heridas le lastimasen la cabeza, apretándola fuertemente cuando sentia alguna tentacion impura.

Habiendo leido en la vida de santa Catalina de Sena su desposo-

rio con Jesucristo, aunque deseaba tener esta dicha, no se atrevia á pedírsela al Señor, considerándose indigna, tanto en su concepto, que solia prorumpir no pocas veces, *que no sabia cómo Dios no la habia ya sumergido en el abismo, cuando por sus horribles culpas le era debido el mas profundo lugar del infierno;* siendo así que su confesor apenas encontraba materia sobre que absolverla. Cuando luchaba con esta pena, la dejaron sin la palma acostumbrada á dar á las terceras dominicas en una de las de Ramos, é interpretando aquella inculpable omision en otro sentido que el dispuesto por la divina Providencia, pasó llena de amargura á la capilla del Rosario, á desahogar su pena con la Reina de los Ángeles, que viéndola anegada en tan profundo sentimiento, intercedió con su santísimo Hijo para que la consolase; hízolo el Señor diciéndola: *Rosa de mi corazon, yo te quiero por esposa.* Hicieron en su corazon tal impresion estas dulces palabras, que cayó desmayada en tierra, luchando entre el amor y temor, sin atreverse á mirar la soberana majestad de su dueño, quien confortándola con nuevas gracias, le entregó un anillo en señal de su desposorio, en el que Rosa hizo grabar el retrato del niño Jesús, con las expresiones dichas. Desde entonces creció la inseparable union con su amado, en términos que pudo decir con el Apóstol: *Ya no vivo en mí, sino en Jesucristo,* acreditando con pruebas prácticas el incendio de amor en que se hallaba abrasado su pecho.

Sin embargo á que el Señor se daba por tan satisfecho con los servicios de Rosa, con todo quiso probarla por medio de enfermedades gravísimas y dolores muy intensos, en los que siempre dió ejemplo de una indecible paciencia y de un admirable sufrimiento. Pero no fueron estas mortificaciones las que mas la dieron que padecer. Solicitaba su Esposo purificar todavía mas aquella grande alma con el fuego de la tribulacion, para aumentar por este camino muchos grados á sus merecimientos; cesaron derepente los continuos favores con que el Señor la regalaba, tan olvidada de ellos, como si nunca los hubiera recibido. Hallóse su espíritu poseido de una desolacion, de una aridez y de una sequedad suma; de un disgusto total á todos los ejercicios de devocion; de un tédio insoportable á la oracion; acometido de una sublevacion general de las pasiones, que la combatian con ciertas tentaciones desconocidas de la castísima vírgen hasta entonces. Por espacio de quince años, á lo menos una hora al dia quedaba anegada en el abismo de tan terribles pruebas, que pasaba el resto del dia y de la noche temblando y palpitando el corazon. Finalmente para su consuelo se vió obligada á consultar su padecer con los teólogos

ıas doctos, cuyos dictámenes solo sirvieron de aumentar su pena; ·orque unos graduaron aquellos síntomas de delirio, otros de iluiones y desvaríos, y los mas piadosos de efectos nacidos de su deicadeza. Desolada, despreciada y abandonada, se puede dudar con ·azon si era posible martirio mas cruel; pero, con todo, Rosa en nada se desmintió á sí misma luchando, sostenida de la divina gracia, con-ıra todo aquel torbellino de tormentos. Despues de su continuo recurso al Señor, todo su consuelo era la proteccion de la santísima Vírgen; viéndola muchas veces durante aquellos excesos de desolacion y desamparo abrazarse estrechamente con alguna imágen de la Señora, implorando su clemencia.

Sucedió, en fin, la calma á tan deshecha tempestad, y la alegre luz á tan tristes tinieblas. Apareciósela su santo Esposo, acompañando su sensible presencia con tan celestiales consuelos, que en un instante la hicieron olvidar todos los pasados tormentos; y queriendo remunerar su pacífico sufrimiento con favores singulares, la visitaba con frecuencia, haciendo lo mismo su Madre santísima y santa Catalina de Sena, á quien señaló el Señor por su directora, mediante á que la eligió por modelo de sus operaciones, dejándose ver por su continuo comercio el rostro de Rosa como una copia viva de aquella heroína, por cuya razon los limeños la llaman segunda santa Catalina de Sena. De esta familiaridad, y la que tenia con los Ángeles, especialmente con el de su guarda, á quienes despachaba con las expresiones mas tiernas de afecto, para que las hiciesen presentes á su Esposo, resultó abrasarse en las llamas del amor divino; de suerte que unas veces se desahogaba con profundos suspiros, y otras con voces significativas de sus sentimientos. *¿Cómo es posible*, decia muchas veces, *Dios y Señor mio, que haya quien deje de amarte? ¿Cuándo yo, mi buen Jesús, comenzaré á hacerlo como mereces? ¡Ay de mí! qué léjos estoy de aquel amor perfecto é íntimo que te debo, pues aun no he aprendido á amarte como conviene; no sé cómo no me avergüenzo de mi tibieza: ¿de qué me sirve el corazon que tengo, para qué le quiero, si hasta ahora no se ha deshecho de puro amarte?* Á estas expresiones eran consiguientes sus deliquios y admirables éxtasis, en los que no pocas veces su cara despedia rayos encendidos de fuego, indicios nada equívocos del volcan que ardia en su pecho.

Gustaba Rosa, sosegada y plácidamente, aquellas espirituales dulzuras que son como anticipados destellos de las delicias del cielo en la soledad de su retiro, sin dejarse apenas ver mas que en el templo y al pié de los altares; pero habiéndole dado á entender el Señor que

la caridad podia extenderse á favorecer al prójimo, la ejercitó de tal suerte con todo género de pobres y necesitados, que hubiera agotado seguramente los fondos que encontraba de personas devotas para socorrerlos, á no haber suplido Dios con milagros sus asistencias. Al paso que era su caridad inmensa, era tambien excesivo su celo por la salvacion de las almas, siendo pocos los miserables á quien no convirtiese, al mismo tiempo que los socorria; aplicando, para que el Señor le concediese su gracia, fervorosas oraciones y rigurosas penitencias, cuyos sufragios no omitia en alivio de las almas del purgatorio.

Debilitada la salud de Rosa al rigor de sus grandes penitencias y prolijas enfermedades, se dignó el Señor manifestarle el dia de su muerte; y fue tan excesiva la alegría que la causó esta noticia, y tan vehementes los gozosos ímpetus que sintió su corazon, que no pudo disimularlo. Acercándose el tiempo de su disolucion, su Esposo le reveló padeceria los dolores mas intensos, por última prueba de su invicta paciencia. Con este aviso, tres dias antes de su última enfermedad, pasó á la capilla del Rosario á pedir á la santísima Vírgen la favoreciese con su asistencia para beber aquel cáliz de amargura. Cayó en efecto en el dia 1.° de agosto en un abismo de dolores, tales, que á pesar de su grande sufrimiento, prorumpió á la media noche en clamores lastimosos: ocurrieron los domésticos, y la hallaron tendida en el suelo, en términos que solo la palpitacion del pecho y la respiracion apresurada daban testimonio de que permanecia en ella el calor vital. Acudieron los facultativos, y atendiendo á los síntomas de la extraordinaria enfermedad, depusieron que la complicacion de aquellos accidentes era superior á cuanto podian sufrir las fuerzas humanas. Continuó Rosa con aquellos vivos dolores e inexplicables amarguras, mas sensibles que la misma muerte, hasta el dia de san Bartolomé, en que profetizó su tránsito, sin que se le oyesen otras expresiones que las de su conformidad con la voluntad divina. Recibió los últimos Sacramentos con la devocion y ternura propia de su espíritu, y transportada en dulces éxtasis, consumida aquella bienaventurada víctima á violencia del incendio del amor del Esposo eterno, rindió su espíritu en manos del Criador en el dia 24 de agosto del año 1617.

La fama de santidad con que murió Rosa, y la multitud de milagros que se dignaba el Señor obrar cada dia por su intercesion, movió á todo el reino del Perú, á la Religion de santo Domingo, al Rey católico, á que suplicasen á la Santa Sede defiriese á su beatificacion

canonizacion. Dispensó la Santidad de Alejandro VII el decreto de Irbano VIII sobre que no se tratase este asunto de algun siervo de)ios hasta que pasasen cincuenta años despues de su muerte. Des-achàronse las correspondientes letras apostólicas para los procesos nformativos, y resultando plenamente justificados por una multitud le testigos el heroismo de sus virtudes y notorios milagros en vida y lespues de muerte, la beatificó el papa Clemente IX por su decreto le 12 de febrero de 1648, y por otro de 2 de enero del año siguien-te la declaró patrona de la capital de Lima y de todo el Perú. Pero continuando las instancias por su canonizacion, la hizo con la so-lemnidad acostumbrada Clemente X en el dia 12 de abril de 1671.

La Misa es en honor de santa Rosa, y la Oracion la que sigue:

Bonorum omnium largitor, omnipotens Deus, qui beatam Rosam cœlestis gratiæ rore præventam, virginitatis et patientiæ decore Indis florescere voluisti: da nobis famulis tuis; ut in odorem suavitatis ejus currentes, Christi bonus odor effici mereamur. Qui tecum vivit et regnat in sæcula sæculorum.

Ó Dios omnipotente, liberal dador de todos los bienes, que quisiste que floreciese en las Indias con el decoro de la virginidad y la paciencia la bienaventurada santa Rosa, prevenida con el rocío de la gracia celestial: concede á nosotros, siervos tuyos, el que corriendo tras el olor de su suavidad, merezcamos hacernos buen olor de Jesucristo. Quien contigo vive y reina por los siglos de los siglos.

La Epístola es de los capítulos X *y* XI *de la segunda de san Pablo á los Corintios, pág.* 213.

REFLEXIONES.

Es grande error el atormentarse y afligirse cuando se está en la oracion, sin luces interiores y sin algun sentimiento de devocion. Es gran falta quebrarse la cabeza por tener fervor sensible en la Comunion ó en los otros ejercicios de piedad, dejando entre tanto el pensamiento de evitar las faltas ligeras, de ser puntual aun en las menores observancias, de abrazar las ocasiones que se ofrecen de mortificar sus antojos y caprichos, de vencer los respetos humanos, de procurar la humillacion y abatimiento de los hombres. Y así, quien tuviera un poco de juicio, no atendiera á otra cosa que á la práctica de estas virtudes, sin hacer el menor esfuerzo para que le salgan segun el gusto y juicio propio los ejercicios espirituales. Digo se-

gun el gusto y juicio propio, porque á la verdad nunca salen mejor que cuando se lleva con humildad la sequedad y falta de aquel fervor que se desea, que la naturaleza ama tanto, y que el verdadero amor de Dios no tiene en mucho; mas aun á veces le rehusa, cuando por alguna causa justa conoce que es mejor estar sin él.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág.* 200.

MEDITACION.

De la pérdida del tiempo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que en esta vida no hay pérdida mas irreparable ni de mayores consecuencias que la pérdida del tiempo. ¿Perdiste una hora, perdiste un dia? no admite reparo; para siempre le perdiste. Las demás pérdidas pueden repararse. Si se perdió la salud se puede recobrar; un robo, un incendio, un naufragio no son pérdidas sin remedio; los negocios mas desbaratados dejan siempre algun resquicio á la esperanza. La pérdida de una batalla, la de un pleito, la de toda la hacienda, la de la misma honra no es pérdida sin recurso. El mundo tiene altos y bajos; la que se llama fortuna vuelve á levantar á los mismos que precipitó; y en fin, cuando falten los medios naturales, hay recurso á la esperanza de los milagros: puede Dios hacer lo que no pueden los hombres. Solo en la pérdida del tiempo está enteramente cerrada la puerta á todo recurso y remedio. No puede Dios hacer que el dia de ayer no se haya pasado, ni que tantos bellos años empleados en diversiones y en pasatiempos no se hayan perdido. Puede alargarte la vida todo un mes, puede dilatártela todo lo que fuere de su agrado; pero no puede hacer que tornen los dias que se perdieron. Podrás tú emplear mejor los que te restan de vida; pero no podrás reparar los que perdiste. Comprende bien, si puedes, la grandeza, la enormidad y las consecuencias de esta pérdida.

Con esos dias mal empleados ¡cuántas gracias se perderian que acaso estaban destinadas, preparadas y determinadas á ellos! Quizá dependerian de esos dias malogrados la gracia de nuestra conversion, la de la vocacion, la de la perseverancia. El sol estaba entonces en el cenit; ahora va declinando hácia el ocaso. No restaba mucho camino que andar, todavía teníamos mucho dia; ahora va ya bajando el sol, y aun nos falta mucha jornada; aun esa corta luz que

nos alumbra, con la cual apenas se divisa el terreno que pisamos, está para apagarse. Apenas hay ya tiempo para ponernos en camino; hemos dormido mucho, levantámonos muy tarde. Acércase la noche, y no es ocasion de acudir á la tienda para hacer provision de aceite; quizá vendrá el esposo mientras vamos á comprarle. Aquellos bellos dias de una florida juventud; aquellos brillantes años de una edad robusta y vigorosa; aquella noble sazon de la vida que lastimosamente se malogró en una blanda y delicada ociosidad; todo ese tiempo tan precioso únicamente se nos concedió para hacer nuestra jornada. Detuviéronnos en el camino las diversiones, los placeres, los regalos y las perniciosas compañías. Al dar vuelta el giro de la edad, cuando ya se acercan las sombras de la noche, al tiempo que los dias son mas breves, y esos cortados con los achaques y las enfermedades, entonces se conoce que nos hemos detenido demasiado en el camino, cási cuando era ya tiempo de descansar dichosamente en el término. Hombres del mundo, mujeres del siglo, jóvenes aturdidos, que perdeis miserablemente los mas hermosos dias de vuestra vida, aplicaos á vosotros mismos estas alegorías, comprended y meditad bien este metafórico discurso.

Punto segundo.—Considera cuán grave es una pérdida de la mayor importancia, cuando es irreparable. Pues tal es la pérdida del tiempo. Con todo eso, esta gran pérdida se hace, no solo sin dolor, sino con el mayor gusto, divirtiéndose, riéndose; y se tendria por desgracia el no hacerlo. Pero ¿son cristianos los que proceden de esta manera? ¿son racionales? ¿no padecen algun rapto de locura? ¿hay otro frenesí que sea seguido de mas cruel, pero mas inútil arrepentimiento?

Todo el tiempo que se pasó en el juego, en vanos entretenimientos, en peligrosas diversiones, en espectáculos profanos, cuando no los honestó por lo menos un motivo justo y racional, es tiempo lastimosamente perdido. Todo este tiempo que se gastó en componerse, en adornarse, en refinar sobre la misma profanidad, en seguir escrupulosamente una moda, hija de la vanidad ó del capricho, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se empleó en la demasiada delicadeza, en excesivo melindre, en el exquisito regalo, en la ociosidad y en la holgazanería, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se ocupó en negocios, en pretensiones que no tuvieron otro móvil que el de la ambicion y la codicia, es tiempo perdido. Todo el tiempo malogrado y consumido en inutilidades especiosas, en fruslerías, en

bagatelas, en unos nadas que parecen algo, todo ese tiempo es tiempo perdido; todo será estrechamente reinvindicado por aquel soberano Señor que solamente nos le concedió para que negociásemos con él en órden á la vida eterna. ¡Oh Dios, qué pérdida! ¡y qué cuenta tan estrecha se nos pedirá!

Piérdese este precioso tiempo, y se pierde sin dolor; antes bien no pocas veces el único dolor que se tiene es porque no se sabe en qué se ha de perder. La gente noble, esas personas tan distinguidas por sus cuantiosas rentas, por su nacimiento, por su clase, por sus empleos, por su dignidad; esas son las que por lo comun emplean peor el tiempo. Pero en la última enfermedad; esto es, cuando el tiempo va á espirar, cuando se asoma la eternidad, cuando apenas hay ya tiempo, entonces se acude á los ministros del Señor, se recurre á los expedientes. En breves instantes, y esos poco libres, poco despejados, en los cuales apenas se sabe lo que se hace, se quiere hacer aquel grande, aquel negocio espinoso para el cual nos concedió Dios toda la vida. Y ¿habrá mucho que confiar en todas aquellas devociones forzadas, que parecen ya tan fuera de sazon, en todos aquellos exteriores arrepentimientos, en todas aquellas reflexiones que han tardado tanto en llegar? Todas pueden ser eficaces y sinceras, no lo niego: algunas lo serán tambien, igualmente lo confieso; pero ¿cuántas serán estas? Concediósenos toda la vida para trabajar en el negocio de nuestra salvacion; no hay edad, no hay tiempo, no hay condicion, no hay empleo que nos dispense de esta obligacion; este es el único negocio grande de toda nuestra vida. ¿Qué dirán, qué pensarán de esta verdad en aquella postrera hora todos aquellos que al presente no piensan en ella?

Mi Dios, conozco que es irreparable la pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia me concedeis todavía algunos dias de vida, resuelto estoy con vuestra divina gracia á no malograr ni un solo instante de tiempo.

Jaculatorias.—Pues tenemos tiempo, aprovechémosle bien. (*Galat.* vi).

Deseó mi alma guardar tus santos mandamientos por todos los dias de mi vida. (*Psalm.* cxviii).

PROPÓSITOS.

1 El tiempo es precioso, es corto, y la pérdida del tiempo es irreparable. ¿Se podrá convenir en estas tres proposiciones, y se po-

drá perder el tiempo? Con todo eso, no hay cosa mas cierta que ese tiempo se pierde cada dia, y la rapidez con que vuela no es bastante á corregir el ansia que tenemos de verle volar. Ponte hoy á contar tus años, ajusta el número de tus dias, y díme, ¿cuántos has perdido, cuántos has dejado perder? Esta pérdida es de consecuencia; porque al fin contados están todos los dias de nuestra vida, y no hay siquiera uno de que no se nos haya de pedir estrecha cuenta. La pérdida es irreparable; porque, ¿cómo se repararán quince ó veinte mil dias perdidos y malogrados? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y al buen uso de los que te restan. No pierdas un solo instante, y pon en práctica los consejos siguientes:

2 Todos los dias por la mañana y por la noche, y en el sacrificio de la misa, pide perdon á Dios con vivo y sincero dolor del tiempo que has perdido. No tomes descanso, diversion ni recreo alguno que no procures santificar por algun motivo, no solo honesto, sino santo, esforzándote á santificarle tambien aun en el mismo ejercicio. Determina algun número de actos de amor de Dios que hayas de hacer durante el tiempo del recreo, y aun en la misma comida. Cada semana dedica una ó media hora á la oracion, ó á algunas otras buenas obras de aquel mismo tiempo que tienes destinado para descansar, ó para recrearte. Escoge un dia cada año, que has de emplear todo entero, *en redimir el tiempo*, como se explica el Apóstol; esto es, en oracion, en penitencia, en buenas obras, haciendo limosnas mas cuantiosas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel dia. El mas á propósito para este importante ejercicio es el dia en que cumples años. No dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que has perdido, porque es falta muy sustancial.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

San Ramon Nonato ó Nonacido, cardenal y confesor, del Órden de Santa María de la Merced, redencion de cautivos, en Cardona, pueblo de la diócesis de Solsona en España; esclarecido en santidad de vida y en milagros. *(Véase su vida en las de hoy).*

El martirio de san Paulino, obispo, en Tréveris; el cual en tiempo de la persecucion arriana, por defender la fe católica fue desterrado por el emperador Constancio, arriano; y de destierro en destierro lo fueron llevando hasta las tierras en donde no se conocia el nombre cristiano; finalmente murió en la Frigia, donde el Señor le dió la gloriosa corona de mártir.

Los santos mártires Robustiano y Marcos, tambien en Tréveris.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CESIDIO, presbítero, Y SUS COMPAÑEROS, en Transacco junto al lago de Marso; los cuales en la persecucion de Maximiano alcanzaron la corona del martirio.

LOS SANTOS TEODOTO, RUFINA Y AMIA, en Cesarea en Capadocia: los dos primeros fueron padres de san Mammes, al cual parió Rufina en la cárcel, y Amia lo crió. *(Véase la vida de san Mammes ó Mamete en las del dia 17 de este mes).*

SAN ARÍSTIDES, en Atenas, muy esclarecido por su fe y su sabiduría; el cual presentó al emperador Adriano un tratado de la religion cristiana, en el que daba razon y pruebas de nuestra doctrina; y además pronunció un elocuente discurso delante del mismo Emperador, probando que Jesucristo es el solo Dios verdadero. *(Era filósofo, y aunque abrazó la religion cristiana, no cambió de profesion, antes al contrario, sostuvo el Evangelio con los recursos que le prestaba la filosofía. La* Apología *que entregó al emperador Adriano fue muy célebre en aquel tiempo, y aunque no dió todo el resultado que se deseaba, mitigó no obstante la persecucion contra los Cristianos).*

SAN OPTATO, obispo y confesor, en Auxerre.

SAN AIDANO, obispo de Lindisfarne, en Inglaterra, cuya alma habiéndola visto subir al cielo SAN CUTBERTO, pastor de ovejas, las abandonó, y se hizo monje.

SAN AMATO, obispo, en Nusco.

EL BIENAVENTURADO BONAJUNTA, confesor, otro de los siete fundadores del Órden de los Siervos de la santa Vírgen María, en el monte Senario junto á Florencia; el cual estando predicando á sus hermanos sobre la pasion de Jesucristo, en el mismo acto entregó su espíritu al Señor.

La santa iglesia de Calahorra celebra en este dia la fiesta de la traslacion de los santos HEMETERIO Y CELEDONIO, cuya historia se lee en las del dia 3 de marzo.

SANTO DOMINGO, MÁRTIR.

Entre las muchas tragedias que la perfidia de los judíos ha ejecutado en diferentes tiempos con los párvulos cristianos, es digna de eterna memoria la que practicaron en la capital de la provincia de Aragon con santo Domingo del Val, ó san Dominguito, cuyo nombre indica la tierna edad en que se hallaba cuando fue martirizado. Nació este ilustre niño en Zaragoza por los años 1243, y como el cielo le destinaba para que fuese uno de los mas insignes mártires de Jesucristo, se dejó ver en el mundo con una corona sobre la cabeza, y con una cruz en el hombro derecho, todas señales nada equívocas de su gloriosa pasion. Estos signos, que podian llamarse aun mas que vaticinios historias de lo futuro, y noticia puntual del triunfo para que el Señor le habia escogido, pusieron en ex-

pectacion á los padres del niño, que lo fueron Domingo del Val, é Isabel, los que interpretando misteriosos aquellos extraordinarios indicios, esperaban que el tiempo les aclarase el significado. No se tardó mucho en experimentarlo, pues cuando contaba Dominguito siete años, é iba á la escuela á aprender las primeras letras, vieron cumplido el suceso pronosticado.

Los judíos que habia en Zaragoza tenian concertado exonerar de los pechos, de las contribuciones y de las imposiciones á cualquiera de su secta que robase algun párvulo cristiano, y se lo entregase para darle muerte. Quiso disfrutar este indulto cierto hebreo llamado Mosen Albaizeto, fiel imitador del inícuo traidor Judas, y hurtando secretamente al niño Domingo, lo entregó á los infames judíos. Recibieron estos la inocente víctima con extraordinario regocijo, y como su ánimo no era otro que el de renovar el sacrificio que hicieron los de su secta con Jesucristo en la cruz, clavando al niño en la pared por los piés y por las manos, le traspasaron el costado con una lanza; pero temerosos de que se descubriese un delito tan atroz, enterraron el cuerpo del ilustre Mártir á la orilla del rio Ebro en el silencio de la noche.

No quiso el Señor, por quien habia padecido Domingo, que estuviese oculta una maldad tan execrable, y para descubrirla se valió de uno de aquellos admirables prodigios que acostumbra su adorable providencia. Vieron los guardas de las puertas de Zaragoza repetidas noches descender del cielo luces muy resplandecientes sobre el lugar en que enterraron los judíos el venerable cadáver; dieron noticia á la ciudad de aquel fenómeno extraordinario, y cavando en el sitio hallaron el cuerpo del ilustre Mártir sin la cabeza. Concurrió todo el pueblo á ver el lastimoso espectáculo, y manifestando su dolor con tiernas lágrimas, lo condujeron por entonces á la iglesia de San Gil, en cuyas puertas, pasados algunos dias, se manifestó al pueblo el niño puesto de rodillas milagrosamente.

Publicóse aquel prodigio por toda la ciudad, y hallándose á la sazon obispo de Zaragoza, segun parece, D. Arnaldo de Perálta, varon de conocida piedad y de gran sabiduría, hizo que se formase una procesion solemne con todo el clero, magistrados, nobles y ciudadanos, y que se trasladase con toda solemnidad el cuerpo del insigne Mártir desde el templo de San Gil á la iglesia de San Salvador, que por entonces era la catedral.

Habian echado los judíos la cabeza de Domingo en el pozo de la misma casa en que ejecutaron el enorme atentado, y queriendo el

Señor que se descubriese con no menor prodigio que el que intervino en la invencion del cuerpo, apareció en el brocal del pozo un globo de luz á manera de un sol resplandeciente, que dió motivo para extraer la preciosa reliquia, que se colocó con el cuerpo en una costosa urna, donde se grabó la inscripcion siguiente: *Aquí yace el beato Domingo del Val, mártir por el nombre de Jesucristo.*

Tuvieron las reliquias del ilustre Mártir varias traslaciones, hasta la última que se hizo á la magnífica capilla donde hoy existe un solo altar, sobre el cual se manifiesta un sepulcro de alabastro, en el que está el cuerpo del Santo, excepto la cabeza que se conserva en una urna de plata entre las reliquias del sagrario, la que se lleva á los enfermos, que por su veneracion y contacto consiguen saludables beneficios. Celebran con demostraciones festivas la fiesta de este ilustre Mártir los infantes de coro de aquella santa iglesia; á cuyas instancias el cardenal D. Francisco Baberino, cuando estuvo de legado apostólico en España, certificado del martirio de santo Domingo, y de la gran devocion que se le profesaba, concedió indulgencia plenaria á todos los fieles que visitasen la capilla donde está el cuerpo del Santo desde las vísperas hasta puesto el sol del dia 31 de agosto, que es en el que se celebra su festividad, rogando á Dios por la exaltacion de la santa fe católica, etc.

EL SANTO CONDE OSORIO GUTIERREZ.

El santo conde Osorio fue dado á España en el siglo X para que fuese lumbrera suya y dechado de la gente principal, y aun de la familia Real con quien tenia parentesco. Llamáronse sus padres D. Gutierre y D.ª Aldonza, los cuales ofrecieron mucha hacienda al monasterio de Celanova cuando lo edificaba san Rudesindo por los años 941. El abuelo tuvo el mismo nombre y sobrenombre de nuestro Santo; del bisabuelo dicen haber sido alférez mayor del rey D. Ramiro I en la batalla de Clavijo, y que por esta línea el señorío de Villalobos venía heredado por nuestro Conde con otros Estados que hoy forman las casas de Villafranca, Lemos y Astorga. En una escritura del año 958 que publicó Florez, el rey D. Ordoño IV, llamado por otro nombre el Malo, lo trata de tio suyo. Tuvo tambien nuestro Santo una hermana llamada D.ª Urraca, señora de gran piedad, promovedora del verdadero culto de Dios y de todas las cosas sagradas. Por una carta suya escrita al Conde su hermano, consta que este siervo de Dios, siguiendo las huellas de sus mayores, y aten-

diendo á las necesidades públicas del Estado, abrazó la milicia contra los enemigos de la Religion en obsequio de Dios y de los reyes Ramiro II, Ordoño III y Sancho I. Casó con D.ª Urraca Nuñez, hija de D. Nuño Osorio, y tuvo una hija llamada D.ª Urraca como su madre, y dos hijos que ambos fueron condes despues de la muerte de su padre; el principal fue D. Gutierre Osorio, muy nombrado en escrituras hácia los fines del siglo X.

Heredó nuestro Conde muchos bienes de sus padres. Los reyes le dieron otros, y le hicieron grandes mercedes en pago de su lealtad, y de los señalados servicios que les habia hecho estando de continuo en la frontera de los moros. Gran parte de sus haciendas tenia en el obispado de Mondoñedo, otras en tierra de Campos. En medio de las grandes riquezas que Dios le habia dado, nunca se dejó dominar del gusto en su posesion ni corromper en su distribucion. Usaba de este mundo como si no usase de él, clavados siempre los afectos de su corazon en los verdaderos é inconmutables bienes que para despues de esta vida nos tiene Dios guardados. Él mismo confiesa de sí que en cada lugar donde poseia algo, deseó siempre que fuese heredero participante Dios, Criador de los cielos y de la tierra, y que fuese siempre servido y adorado.

Como estos deseos fuesen creciendo en él cada dia mas, muerta su mujer, viéndose con hijos, resolvió consagrar á Dios todos los bienes que tenia libres, y entregarse enteramente al servicio del Señor, dejando la milicia. Para esto determinó fundar el monasterio de San Salvador en el lugar suyo de Villanueva, que estaba en el obispado de Mondoñedo, junto al riachuelo *Laurenzana*, no léjos del punto en que desemboca en el rio *Masma*, que va por *Fox* al mar. Habiendo comunicado su pensamiento con Teodomiro obispo de aquel territorio, para ponerlo por obra con mayor solemnidad, resolvieron que se congregasen los obispos de Galicia Ermigildo de Braga, san Rudesindo Dumiense, Gonzalo de Leon, Sisnando de Iria, Viliulfo de Tuy, Rodrigo, cuya iglesia no se expresa, los cuales juntos con el de Mondoñedo en *Naviego*, oida la propuesta de nuestro Conde que se hallaba presente, respondieron: *Loamos que sea el monasterio en Villanueva para Dios y para los monjes, que le posean por los siglos de los siglos. Amen.* Hízose la escritura de esta fundacion á 17 de junio del año 969. Toda ella está rebosando la piedad, la devocion y la verdadera humildad de que estaba dominado el buen Conde, y el desengaño que debia á Nuestro Señor de lo que es esta burlería y

vanidad del mundo [1]. Despues de dotar en ella abundantísimamente aquel monasterio, añade: *Últimamente me ofrezco á mí mismo por monje para servir á Dios en él.* Esta junta de Obispos dió nueva fuerza y autoridad á la ejecucion de tan santo proyecto. Quedó sujeto el monasterio al obispo de Mondoñedo así en órden á admitir monjes, á elegir abad y los demás oficios, como á corregir los abusos contrarios á la regla, bien que esto se haga con caridad, y sin molestar á los monjes. Á estos se concede tambien facultad para que puedan administrar los Sacramentos á los fieles, y enterrarlos en su iglesia, de todo lo cual se hace memoria en la dicha escritura.

Mientras se trabajaba en la fábrica del monasterio, levantaba el Conde en su corazon el edificio espiritual de la virtud para abrazar con mayor pureza aquel nuevo estado. Convocó á sus domésticos y vasallos para despedirse de todos, y pagarles si algo les debia. Pidióles perdon de los malos tratamientos y agravios que les hubiese hecho, y escribió al rey, recomendando el mérito de sus criados y de los soldados de sus pueblos que le habian servido.

Hecho monje comenzó á andar á largos pasos por el camino de la virtud. Vivia en suma abstinencia de todas las cosas; era grandísima su humildad, pasaba los dias y las noches en atizar las lámparas de la iglesia, en ayudar las misas, en barrer la iglesia y el claustro, y en servir á sus hermanos en la mesa y en cuanto podia. Para con los pobres tuvo siempre entrañas mas que de madre, especialmente para con los huérfanos y extranjeros: á todos ellos servia con gran devocion como al mismo Cristo. Él era el que dispertaba con las tablas á la comunidad, y tocaba las campanas á Maitines, los cuales rezaba con los demás monjes, y luego cuidaba sus estaciones y devociones hasta que era de dia; entonces se iba á preparar los altares para las misas. No se hartaba de dar gracias á Dios porque lo habia librado de la borrasca deshecha del mundo, y llevádolo al puerto de la vida monástica; en pensando esto, sin querer le caian hilo á hilo las lágrimas. Bien se echa de ver cuán á gusto vivia en su estado por el ansia que tenía de coger los frutos de aquel retiro en la oracion y contemplacion, y en los ayunos y trabajos corporales, y aun mas en el fervor con que hacia todo esto. Con licencia de la comunidad visitó los Santos Lugares de la Palestina; y vuelto al monasterio, á poco tiempo fué llamado del Señor al premio de su santa carrera. Su muer-

1 Esta escritura publicóla en latin el M. Florez, tom. XVIII, apéndice 17, pág. 332, y comienza así: *Sancti Comitis Osorii, etc.*

te se sabe que fue el dia último de agosto, el año no; pero habiéndose erigido el monasterio el año 969 y vivido allí el Santo algunos años, puede conjeturarse que falleció á fines del mismo siglo.

El sepulcro donde está el cuerpo del santo Conde es vistosísimo, de mármol entre blanco y cárdeno con pintas verdes. Divulgada por aquella tierra la fama de su santidad, desde luego obró el Señor por su intercesion muchas maravillas. Esto debió dar principio á la celebracion de su fiesta, la cual continuando á vista y consentimiento de los obispos, fué creciendo de dia en dia con la aclamacion del pueblo, y con el aumento de los milagros, entre los cuales cuenta Yepes cuatro muertos vueltos á vida.

Este monasterio de San Salvador de Lorenzana siempre ha sido de Benedictinos.

SAN RAMON NONATO, CONFESOR.

Nació san Ramon en Cataluña el año de 1204 siendo su patria la villa de Portell, en el obispado de Solsona, y su familia de las mas distinguidas, tanto por su nobleza, como por sus alianzas con las ilustres casas de Fox y de Cardona. Salió á la luz del mundo despues de muerta su madre, haciéndola una incision, y le sacaron vivo y sano contra toda esperanza de los mas hábiles médicos, por lo que se le dió el nombre de *Nonato* ó de *No nacido*. Á este que podemos llamar milagroso nacimiento, se añadió el singular favor con que el Señor le previno, dotándole de una bellísima índole y de una inclinacion á la virtud, que se anticipó á la edad y á la educacion.

Luego que llegó á tener uso de razon, viéndose sin madre en la tierra, resolvió escogerse otra mejor en el cielo. Dedicó á la santísima Vírgen todas las ternuras de hijo, y tomóla desde entonces por su dulcísima madre; no tomándola jamás en boca sino con este ternísimo nombre. En medio de su niñez nada le entretenia ni en nada encontraba gusto sino en la oracion. Toda su diversion eran sus devociones, sobre todo aquellas que se dirigian á la soberana Reina de los cielos. Cuando se encontraba con alguna imágen suya, la rendia especial culto; tanto, que observada de todos su extraordinaria ternura con la Madre de Dios, le llamaban generalmente *el Hijo de María*. Púsose bastante cuidado en criarle bien, pero su bello natural ahorraba á los preceptores mucha parte del trabajo en la educacion. Dotado de excelente ingenio y de no menor aplicacion, ha-



cia rápidos progresos en los estudios; pero su padre no quiso que prosiguiese en ellos, recelando en vista de su devocion que se inclinase á abrazar el estado eclesiástico ó religioso; y por desviarle de este pensamiento le envió á una quinta suya, encargándole el gobierno y la administracion de aquella hacienda, no obstante su tierna edad; todo con el fin de que divertido en aquella ocupacion, no pensase en otra cosa. Obedeció Ramon, y sin penetrar los intentos de su padre, de tal manera se acomodó con aquella vida, que ella misma le sirvió para poner en ejecucion el plan que ya se habia ideado en el estudio de dedicarse á Dios en vida retirada y penitente. Enamorado de aquella soledad, él mismo quiso ser el pastor de sus rebaños; y mientras las ovejas pacian en el monte, apacentaba él su alma con la contemplacion de las cosas celestiales, ocupando todo el dia en devotos ejercicios. Su mayor pena era no poder tributar á la santísima Vírgen las devociones acostumbradas en alguna iglesia dedicada á esta Señora, como lo hacia cuando estaba en casa de su padre. Pero el Señor proveyó á esta necesidad. Acostumbraba el piadoso pastorcillo conducir su ganado al pié de una montaña, donde encontró una ermita abandonada, y junto á ella una capilla donde todavía se conservaba una bellísima imágen de la santísima Vírgen. No se puede explicar el gozo de Ramon cuando se halló con aquel dulce objeto de sus amorosas ansias. Desde entonces no se acordó mas de las iglesias de Portell. La ermita fue todo su embeleso y la capilla su acostumbrada mansion. En aquel ejercicio le comunicó Dios un extraordinario amor y gusto á la soledad; y añadiendo á la oracion muchas penitencias, cada dia se iba haciendo mas grato á los ojos del Señor. Pusieron en gran cuidado al demonio aquellos principios, y no era posible que dejase en paz á nuestro Santo. Apareciósele, pues, en figura de otro pastor, y trabando conversacion con él, procuró disgustarle de la soledad. Admírome, le dijo, que un niño de tu nacimiento, de tu distincion y de tu ingenio se ocupe en oficio tan humilde, dedicado á guardar ovejas, y entregado á una vida rústica, grosera é indecente. Representóle despues los gustos y las conveniencias que podia gozar en el mundo; y deslizándose poco á poco el espíritu inmundo en otras materias, le comenzó á tocar especies que sobresaltaron extrañamente su pureza y su inocencia. Todo asustado el santo mancebo, levantó los ojos al cielo, implorando la proteccion de la santísima Vírgen, y á solo el nombre de María desapareció el demonio, dando un espantoso grito, acompañado de una espesísima humareda, que inficionó el

ambiente, llenándole de un hedor intolerable. Reconociendo el Santo la malignidad del tentador, corrió á la capilla, postróse á los piés de la santísima Vírgen, y la suplicó le protegiese contra los artificios de tan temible enemigo. Fue oida su oracion; y colmado abundantemente de consuelos celestiales, se consagró de nuevo por toda la vida al servicio de tan amorosa Madre.

Viendo el demonio que le habia salido tan mal su maligno intento, y qué estaban descubiertos sus enredos, se valió de la envidia de los otros pastores para molestar al Santo, y para interrumpirle sus devotos ejercicios. Fueron á contar á su padre, que Ramon, ocupado únicamente en sus devociones, no cuidaba del ganado, dejándole morir de hambre, y que él mismo se podia informar por sus propios ojos de esta perniciosa negligencia. Dando el padre crédito á lo que le decian, pasó un dia secretamente á la hacienda, y vió que estaba guardando sus hatos un pastorcillo de tan extraordinaria hermosura, que le causó respeto y admiracion. Como no halló en su compañía á su hijo, se encaminó á la capilla, donde le encontró en oracion; y preguntándole quién era aquel zagal á quien habia encargado que guardase las ovejas; ignorando el santo niño el milagro que hacia por él la divina Providencia, se arrojó á los piés de su padre, y deshaciéndose en lágrimas le pidió perdon de aquel descuido. Conoció entonces el padre que todo era obra de Dios: enterneciós; y no queriendo impedirle sus piadosos ejercicios, le abrazó amorosamente y se retiró. Á este favor del cielo se siguió otra gracia mayor. Aparecióse le la santísima Vírgen, y le declaró que el zagal que habia visto su padre era un Ángel á quien la misma soberana Reina habia encargado que cuidase del ganado mientras él cumplia con sus devociones; pero que todavía le queria hacer otra gracia mas singular, y era, que dejase la soledad y entrase en una Religion fundada con el nombre de Nuestra Señora de la Merced, donde era su voluntad viviese toda la vida. Indeciblemente consolado Ramon al recibir una órden tan positiva de la misma Madre de Dios, y tan conforme á su inclinacion, se valió del conde de Cardona, su pariente, para alcanzar el consentimiento de su padre; y obtenido este, el mismo Conde le envió á Barcelona para que tomase el hábito de Nuestra Señora de la Merced. Conocióse por su aire, por su nombre y por su virtud, que era un regalo que el cielo presentaba á la nueva familia, y entró en el noviciado, recibiendo el santo hábito de mano de san Pedro Nolasco.

Presto la virtud del reciente novicio hizo muchas ventajas

los profesos mas antiguos. Su fervor, su desasimiento de todas las cosas, su devocion, su obediencia, su excesiva mortificacion y su profunda humildad eran superiores á toda admiracion. En fin, hizo tan extraordinarios progresos en la perfeccion de su estado, que dos ó tres años despues de su profesion se le juzgó digno de confiarle uno de los mas importantes empleos y ministerios de su sagrado Instituto. Este fue enviarle á las costas de Berbería para tratar con los infieles sobre el rescate de los cautivos cristianos, con el título y facultades de redentor. Ninguno desempeñó tan caritativo ministerio, ni con mayor valor, ni con mayor prudencia, ni con mayor santidad. Llegado á Argel, encontró tanto número de cristianos cautivos, que consumido todo el caudal que llevaba de la redencion en rescatar á los que pudo, viendo que este no alcanzaba para todos, consiguió la libertad de muchos, quedándose él mismo por esclavo en su lugar, movido á tan magnánimo sacrificio de su propia libertad por desviar á muchos infelices del peligro en que se hallaban de apostatar de la fe.

Este milagro de caridad, que hasta entonces apenas tenia ejemplar, le puso muy presto en ocasion de padecer una especie de martirio. Los moros á quienes se encomendó su custodia le trataron con tanta barbaridad, que se temió mucho de su vida. Informado de esto el cadí ó corregidor de Argel, temiendo que si perdia la vida se perderia tambien la crecida suma que estaba prometida por su rescate, expidió una órden mandando no se le hiciese otro maltrato que el correspondiente á las cargas ordinarias de la cautividad, so pena de que si muriese en ella á violencia del excesivo rigor, los transgresores pagarian la suma que estaba estipulada por su libertad. Afligió mucho al Santo este tal cual alivio, como quien ansiosamente anhelaba por el martirio, á lo menos de la caridad. Pero ya que sus pecados (como él decia) le habian estorbado la dicha de perder la vida por la libertad de aquellos pobres esclavos rescatados con la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, quiso aprovecharse bien de la que le daban para andar libremente por la ciudad. Dia y noche visitaba los fosos y los calabozos donde eran conducidos los nuevos cautivos que llegaban á Argel: consolábalos en su desgracia, fortalecíalos en la fe, y suavizaba sus trabajos con la esperanza de la redencion. No contento con animar y esforzar á los Cristianos, se extendia su caridad hasta los mismos infieles. Concedióle Dios la gracia de convertir á algunos, que fueron bautizados por su mano; pero tardó poco en recibir la recompensa de su celo.

Informado el gobernador, y furiosamente irritado por aquellas conversiones, le condenó á ser empalado; y se hubiera ejecutado esta cruel sentencia á no haber mediado las poderosas intercesiones de los interesados en su rescate, que por no perderle pudieron conseguir se conmutase en una horrible bastonada.

Pero ni este insufrible tormento fue bastante á que dejase de continuar sus instrucciones á todos los que las querian oir. Denunciáronle de nuevo al gobernador, que le mandó azotar por todas las calles públicas de la ciudad; y conducido despues á la plaza mayor, el verdugo le barrenó los dos labios con un hierro caliente; pasóle una cadena por ellos, y con un candado le cerró la boca, entregando la llave al gobernador, que la tenia siempre en su poder, y no la daba sino en aquellas horas en que era preciso que tomase algun alimento. Además de eso le mandó encerrar en un oscuro calabozo, donde estuvo ocho meses hasta que llegó su rescate.

Como su alma sentia tanto consuelo en padecer por el nombre y por la fe de Jesucristo, pidió con grandes instancias á los superiores le permitiesen pasar el resto de sus dias en aquel país, que consideraba el único para proporcionarle la suspirada corona del martirio; pero le fue preciso obedecer. Queriendo el papa Gregorio IX honrarle con la sagrada púrpura, creó cardenal de título de san Eustaquio al glorioso confesor de Cristo. Hízole tan poca impresion aquella eminente dignidad, que no mudó ni el traje, ni la pobreza, ni el método de su penitente vida. Retiróse á su convento de Barcelona, sin que el Conde de Cardona, su pariente, le pudiese jamás reducir á que admitiese el tren de cardenal, ni aun permitiese se alhajase su celda con alguna mayor decencia.

Era siempre igualmente encendida su caridad con todos los necesitados; y habiendo encontrado á un pobre traspasado de frio, y desnuda la cabeza, movido de compasion le abrazó tiernamente, y no teniendo que darle, le cubrió con su sombrero, retirándose al convento muy mortificado por no haber tenido otra cosa con que socorrerle. La noche siguiente, estando en oracion, se le apareció la santísima Vírgen, y le puso en la cabeza una corona de flores; pero aunque fue tan singular este favor, el Santo no pudo menos de mostrar que de mejor gana preferiria á la de flores una corona de espinas. Agradó tanto al Señor esta preferencia, que le pareció á Ramon que el mismo Jesucristo le ponia en la cabeza una corona en todo semejante á la suya, y que apretándosela fuertemente, sentia un vivísimo dolor.

Deseando el papa Gregorio tener cerca de sí á un varon tan santo, le llamó á Roma. Obedeció Ramon, púsose en camino; pero llegando á Cardona, pocas leguas distante de Barcelona, le asaltó una maligna calentura, que muy luego hizo perder á todos las esperanzas de su vida. No pareciendo el cura que le habia de administrar el santo Viático, y deseando Ramon con vivísimas ansias recibirle, tuvo el consuelo de que se lo administraron los santos Ángeles, ó como aseguran algunos autores, el mismo Jesucristo, y hubo muchos testigos de esta maravilla. En fin, rico de virtudes, consumido de trabajos y de penitencias, y colmado de merecimientos murió con la muerte de los justos el dia 31 de agosto del año de 1240, á los treinta y seis de su florida edad. Luego que espiró se suscitó una gran disputa sobre el lugar donde se le habia de dar sepultura. Los de Cardona protestaron con toda resolucion que nunca consentirian desprenderse de aquel presente con que el cielo los habia regalado: el clero de Barcelona pretendia que el entierro de un cardenal por derecho le tocaba á él; y su Religion alegaba los muchos títulos que la asistian para la posesion de aquel tesoro hallado en terreno propio. En fin, despues de muchos debates, convinieron todos en que la decision de aquel pleito se habia de cometer á la divina Providencia. Que el santo cuerpo se encerrase en una caja; que esta se pusiese sobre una mula ciega, dejándola caminar sin guia ni conductor á donde ella quisiese, y que se le diese sepultura en el lugar donde la mula se parase. Así se hizo: caminó la mula por mucho tiempo, seguida de innumerable gentío, y atravesando montes y campos, se quedó inmoble en la ermita ó capilla de San Nicolás, donde el Santo habia recibido tantos favores del cielo por intercesion de la santísima Vírgen. Movido de este prodigio san Pedro Nolasco, general de la Órden de la Merced, pidió la capilla y una porcion de terreno en aquel desierto para fundar en él un magnífico convento de su Religion; y en su iglesia reposan las reliquias del Santo, honrándolas Dios cada dia con nuevos milagros.

La Misa es en honra de san Ramon, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui in liberandis fidelibus tuis ab impiorum captivitate, beatum Raymundum, confessorem tuum, mirabilem effecisti: ejus nobis intercessione concede; ut, à peccatorum vin- [illegible] absoluti, quæ tibi sunt placita,

Ó Dios, que hiciste admirable á tu bienaventurado confesor san Ramon en el cuidado de rescatar á tus fieles del cautiverio de los impíos, concédenos por su intercesion que libres de la esclavitud del pecado ejecutemos con

liberis mentibus exequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

toda libertad de espíritu todo aquello que es de tu agrado. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico, pág.* 132.

REFLEXIONES.

El que fuere probado de esta manera, y fuere hallado perfecto, ese gozará de una gloria eterna. Una de las mayores tentaciones del hombre sobre la tierra son las riquezas. El que las supiere poseer sin apego, ó desprenderse de ellas sin congoja, ó perderlas sin dolor, ese será hombre perfecto y digno de una eterna gloria. Bien se puede decir que las riquezas son un objeto que despierta todas las pasiones; así no hay que admirar exciten tantos movimientos tumultuosos, vivos y picantes; ni que levanten tantas turbaciones en el alma. *Radix enim omnium malorum est cupiditas;* porque la codicia, dice el Apóstol, es la raíz de todos los males; *y algunos que se dejaron llevar de ella,* añade el mismo, *se desviaron de la fe, y cayeron en muchas amarguras.* Es menester un grande ánimo, un corazon magnánimo, noble y generoso para no dejarse deslumbrar de un vano resplandor, que dando en los ojos, penetra hasta el corazon, y le encanta con la esperanza de todas las prosperidades que prometen las riquezas, y de los gustos que facilitan al amor propio, á los sentidos y á las pasiones. Ser pobre de espíritu entre las riquezas, y vivir contento en la pobreza y en la necesidad, es lo mismo que estar en medio del fuego y no quemarse; vivir rodeado de aduladores y de lisonjeros, sin engreirse ni dar lugar al orgullo; estar metido en medio de las ocasiones, y no caer en ellas: á la verdad, poder vivir mal sin temor del castigo, y vivir bien, no es el menor de todos los milagros; pero muy infeliz es aquel estado en que es menester un milagro para que un hombre sea bueno. Y á la verdad, segun los principios de la fe, ¿serán muy apetecibles las riquezas? ¿Se podrá dejar de temerlas mucho, considerando cuánto dificultan la salvacion? Mas fácilmente se comprende el generoso desinterés de los primeros fieles, que absolutamente se despojaban de todo, que la sórdida y vil codicia de los Cristianos de nuestros tiempos, á quienes ninguna cosa les basta. Si naciste en una mediana fortuna, da muchas gracias á Dios porque te quitó el mayor estorbo de la salvacion: si naciste rico y opulento, teme mucho el estado en que te

hallas, y pídele sin cesar que te libre de sus lazos. Las riquezas, segun la expresion del Salvador, son espinas; pero espinas que punzan mas el corazon que los sentidos. ¿Y quién no sabe que es mortal toda herida en el corazon?

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas, pág*. 87.

MEDITACION.

De las diversiones del campo y de la aldea.

PUNTO PRIMERO.—Considera que nada nos debe causar tanta admiracion como el ansia con que todos procuran divertirse en el mundo, aun aquellos que profesan una religion que ninguna cosa inculca y predica mas que cruz, penitencia y mortificacion de las pasiones. Las diversiones en nuestros tiempos se han hecho moda en todas las estaciones y en todas las edades. No se pregunta ya si es decente á un cristiano tener una vida regalona, ociosa y totalmente divertida; pregúntase si los que hacen profesion de ser cristianos, los que creen el Evangelio, pueden dispensarse de hacer una vida mortificada, si pueden entregarse enteramente á las diversiones, y ser verdaderamente cristianos. Pero dicen que alguna diversion han de tener al cabo del año, y que el tiempo mas propio es el otoño. Esto es decir por otros términos que en el otoño pueden dejar lícitamente de ser buenos cristianos. ¡Mi Dios! ¿en qué parte de vuestro Evangelio se encontrará esta doctrina? Es verdad, responden, que nos divertimos; pero en estas diversiones no hay cosa mala. Pero ¿de cuándo acá se ha descubierto un tiempo, una estacion en el año en que es lícito á un cristiano pasar los dias y las semanas en un eterno olvido de Dios? ¿Son por ventura las pasiones mas inocentes en el campo y en la aldea que en la ciudad? ¿Es acaso menor el peligro por lo mismo que hay mas libertad, mas licencia, mas ocasiones, menos recato, y mayores tentaciones? No se hace cosa mala; harto malo es no hacer cosa buena en quien está obligado á hacerlas á todas horas. No se hace cosa mala; pues qué, una eterna série de diversiones, de juegos, de banquetes, de conversaciones libres y desenvueltas, de visitas, de paseos licenciosos (porque en estas ocupaciones se emplea de ordinario el tiempo destinado para el campo, para la quinta y para la aldea), esa perpétua cadena de ociosidad, de regalo y de pasatiempos, ¿es cosa muy inocente? Consulta, consulta esos tristes despojos de la inocencia, miserables reliquias del naufragio que padece regular-

mente en esa funesta estacion. Al ver en ella tanta licencia se pudiera dudar si el tentador, si el enemigo de nuestra salvacion, tenia prohibicion de entrar en esos lugares de los pasatiempos; ó si las pasiones que en todas las demás partes hacen tantos estragos, se apagaban al entrar en las casas de campo y en las quintas. Sin embargo, allí se vive, por lo comun, sin devociones, sin ejercicios espirituales, sin el auxilio de los Sacramentos, sin preservativos, sin circunspeccion y sin desconfianza. Concédese toda libertad á los sentidos; corre sin freno el amor propio; suéltase la rienda al pensamiento; espárcese el ánimo con entera libertad; el corazon se desahoga á sus anchuras; ¿y reinará por mucho tiempo la inocencia? Mi Dios, ¡qué de remordimientos sin provecho, qué de lágrimas amargas excitarán algun dia las diversiones del buen tiempo!

Punto segundo.—Considera que no hay en todo el año tiempo alguno que nos dispense en las obligaciones esenciales de la Religion. Conocer á Dios, amarle y servirle es el ejercicio de un cristiano por todos los dias y por toda la vida; esto es todo hombre, dice el Sábio, *hoc est enim omnis homo*. Teme á Dios en todos tiempos, y guarda sus mandamientos. Este es el compendio y como el epílogo de nuestras obligaciones. En esto consiste, no solo toda la perfeccion, sino toda la sabiduría, toda la prudencia, toda la bondad, toda la sana razon y el buen uso que se debe hacer de ella. Poseer todas las demás prendas, hacer con la mayor perfeccion todas las demás cosas, y no temer á Dios, no amarle y ofenderle, es ser irracional, despreciable y mentecato. Pues ahora, ¿de cuándo acá el otoño, el buen tiempo, aquella temporada que se pasa en el campo, ha dispensado á los Cristianos de sus obligaciones mas indispensables? ¿Por ventura Dios no es tan dios, tan soberano y tan señor nuestro en el retiro del campo como en el bullicio de cualquiera otra parte? Pues ¿qué autoridad superior á la suya nos dispensa entonces en los ejercicios de la Religion, en las devociones, en la leccion espiritual, en el respeto, en la devocion y en la asistencia al sacrificio de la misa? Los domingos y los demás dias festivos ¿perderán en el campo su solemnidad? ¿No tendrán en él el mismo vigor que en la ciudad así las máximas del Evangelio, como las mas sagradas leyes de la Iglesia? ¿Y no hay sobrada razon para hacer estas preguntas al ver como algunos suelen pasar los dias en aquella temporada en que se retiran á sus quintas? Valga la verdad: ¿á qué se suele reducir toda la santificacion de esos santos dias? Aparécese

precipitadamente en la iglesia con una indecencia verdaderamente rústica y campestre : óyese una misa, la mas breve que se puede, con posturas disipadas, inquietas, y en un continuo movimiento: apenas se tiene paciencia para esperar á que se acabe; consumen todo el resto del dia la mesa, el juego, la caza, los paseos, el baile y las mas estudiadas diversiones; y se puede decir con verdad que los pasatiempos del dia de fiesta hacen muchas ventajas á los del dia de trabajo. ¿Será muy cristiana esta profana multiplicacion de pasatiempos? ¿serán todos muy inocentes? ¿Se asiste entonces á los divinos oficios? Las personas de distincion se avergonzarian tal vez de concurrir á ellos. Y despues de esto, se pensará que las diversiones del campo son sin consecuencia; que á lo mas son indiferentes; y segun la idea de muchos, absolutamente necesarias. Convengo en que se puede ir á respirar algunos dias al campo durante la bella estacion del buen tiempo, convengo en que este desahogo, este levantar la mano de los negocios, del estudio y de las ocupaciones sérias es muy lícito de suyo, y tambien muy conveniente; pero todas las diversiones de campo han de ser cristianas, y el estar en la campaña á ninguno dispensa en las obligaciones esenciales de la Religion.

Reconozco, Señor, el desórden del corazon humano, y desde luego le condeno. Espero, mediante vuestra divina gracia, tener siempre muy presente que no hay estacion, tiempo ni lugar en que sea lícito desagradaros; y confio que de hoy en adelante serán muy inocentes todas mis diversiones.

Jaculatorias.—Sí, Señor, en todos los tiempos y en todas las estaciones del año os bendeciré y os serviré con fidelidad; siempre y en todas ocasiones resonarán en mi boca vuestras divinas alabanzas. (*Psalm.* xxxiii).

Bienaventurado aquel que siempre teme á Dios, y que pone todo su gusto en guardar perpétuamente sus divinos mandamientos. (*Psalmo* cxi).

PROPÓSITOS.

1 No se puede prohibir á todo género de gentes todo género de diversiones. Las puede haber muy inocentes, y con efecto hay muchas que son muy lícitas. El fin es el que todas las debe arreglar. El ánimo continuamente aplicado pide necesariamente algun desahogo; el cuerpo fatigado con el trabajo pide de justicia algun descanso. Las diversiones pueden distraer, pero no pueden ocupar; han

de recrear el corazon, dejándole alegre, pero nunca arrepentido. Son perniciosas en siendo demasiadas. No debe ser la pasion ni su alma ni su regla: para ser lícitas es preciso que siempre sean cristianas.

2 Retírate en buena hora á la campaña por algun tiempo; pero no te olvides de que esto no te dispensa en las obligaciones de cristiano. Ningun dia faltes á tus acostumbrados ejercicios espirituales; antes bien has de procurar hacerlos con mas fervor y con mayor exactitud que la regular y ordinaria. Asiste á la misa todos los dias, y ninguna tarde dejes de tener media hora de leccion espiritual, y otra media de oracion retirado en tu oratorio ó en tu cuarto, ó paseándote solo en algun lugar apartado. Cuando se te permitan algunas honestas diversiones mas, no omitas las verdaderas, que consisten en el exacto cumplimiento de todas tus devociones. Si por la distancia de la iglesia no pudieres asistir á Vísperas los domingos y dias de fiesta, no dejes de rezarlas en particular. En el Rosario no te dispenses dia alguno, como ni en leer algun rato en un libro devoto durante el tiempo que te mantuvieres en la campaña. Le has de considerar como una especie de retiro, ó á lo menos por algunas horas del dia. El mismo campo inspira recogimiento, pero el demonio le disipa tanto, que hace omitir en él los ejercicios mas ordinarios de la Religion. Preocupa estos artificios, y experimentarás la liberalidad y la dulzura con que recompensa Dios inmediatamente el fervor de una alma cristiana. Cuando se observa todo esto con fidelidad, se experimenta por lo comun mas devocion en el campo que en otras partes.

FIN DEL MES DE AGOSTO.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE AGOSTO.

39*

FIN DEL ÍNDICE.

ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
71	9 y 10	*turbis judæorum, et principibus sacerdotum:*	*Scribis, et Pharisæis:*
100	23	*de la Sabiduría.*	*del Eclesiástico.*
114	20	*firmiorempro pheticum*	*firmiorem propheticum*
120	4	SAN HILARINO	SAN HILARIO
543	37	SERBÓ	SEBBO

